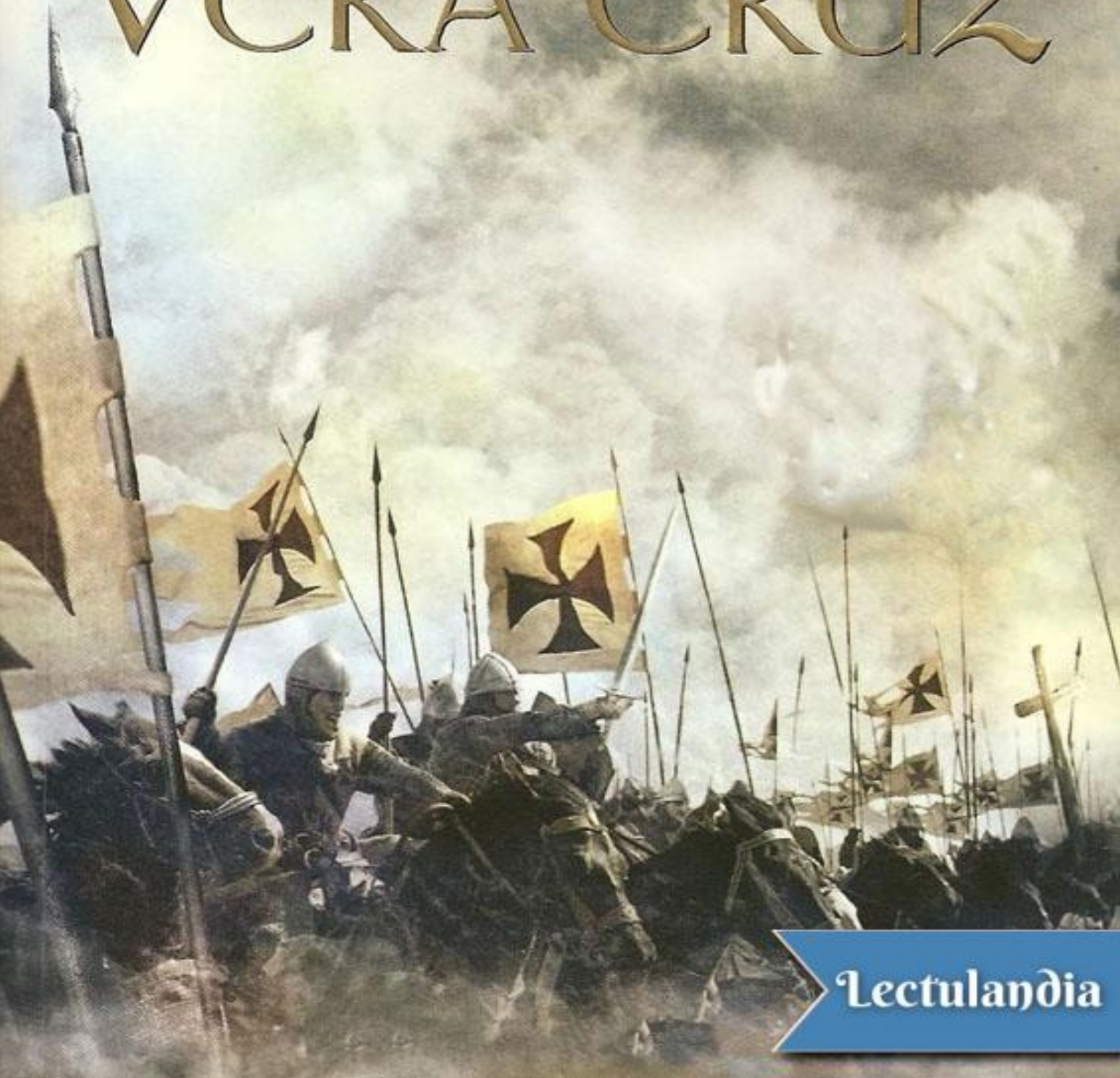


DAVID CAMUS

CABALLEROS DE LA VERA CRUZ



Lectulandia

Caballeros de la Veracruz

Año 1187, Hattin (Tierra Santa): tras derrotar a la flor y nata del ejército cristiano, el sultán Saladino arrebató a los francos la Vera Cruz, el leño en que se crucificó a Cristo, que siempre había acompañado a los cristianos en sus combates. El caballero hospitalario Morgennes recupera la consciencia entre los caídos en el campo de batalla. Tras ser torturado por los sarracenos, acepta renegar de su fe y convertirse al islam.

Condenado por lo suyos, a modo de redención, parte en busca de la Vera Cruz con la esperanza de que esta dé ánimos a los francos y salvar así Jerusalén. Cuenta en su decisión con el apoyo del sobrino de Saladino, así como con el de una bella y misteriosa mujer de nombre Casiopea, un mercader de reliquias y un joven templario. Su aventura parece destinada al fracaso, pero una fuerza invisible lo acompaña, lo protege y lo guía.

¿Bastará con ella para librarse del más grande de todos los peligros?

Lectulandia

David Camus

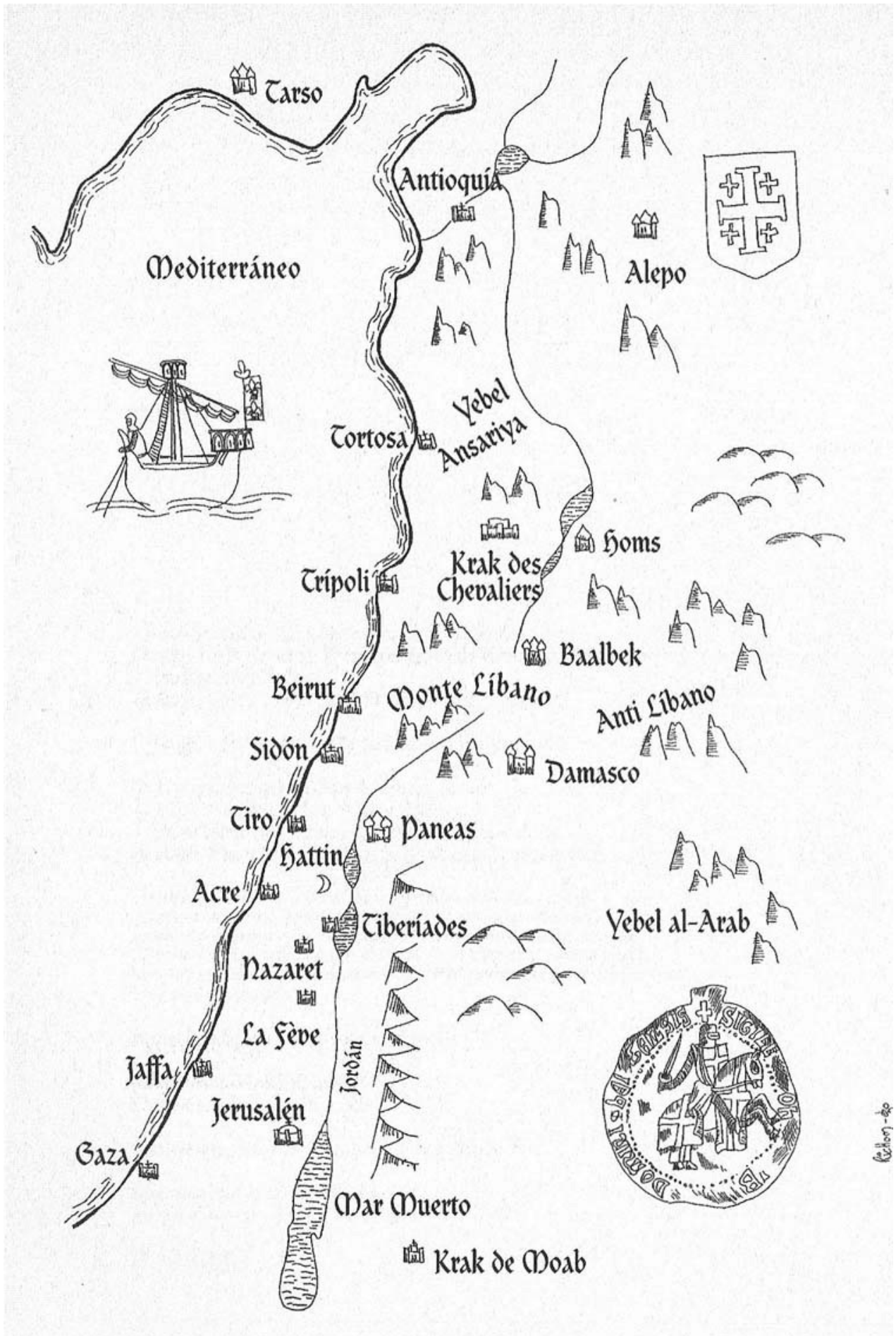
Caballeros de la Veracruz

ePUB v1.0

jubosu 01.11.11

más libros en lectulandia.com

Título: CABALLEROS DE LA VERA CRUZ
ISBN: 8425339979
Editorial: GRIJALBO MONDADORI, S.A.
Autor: David Camus



Libro I

In hoc signi vinci

(«Con este signo vencerás»)

Prólogo

*Replicóles Pilato: «Pues ¿qué he de hacer de Jesús, llamado el Cristo?».
Dicen todos: «Sea crucificado». Y siguió él: «Pero ¿qué mal ha hecho?».
Mas ellos comenzaron a gritar más, diciendo: «¡Sea crucificado!».*

Mateo, XXVII, 22-23

Dios tenía un hijo, y ese hijo murió. Lo clavaron en una cruz y murió. Esta es la historia de esa cruz y del hombre que partió en su busca en el año de gracia de 1187.

Después de la Crucifixión, nadie se había preocupado de la Vera Cruz. Hasta el año 312, cuando Constantino, en vísperas de la batalla del Puente Milvio, vio en sueños una gran cruz de fuego. «*In hoc signo vinces*», le murmuró el arcángel Gabriel. Constantino lo escuchó, colocó esta divisa y esta cruz sobre los escudos de sus soldados y consiguió la victoria. En 326, santa Elena, la madre de Constantino, realizó un viaje de peregrinación a Jerusalén para buscar el objeto que había soñado su hijo. De nuevo se apareció Gabriel y dijo a Elena mientras dormía: «Cava bajo el Gólgota y encontrarás la Vera Cruz». Elena hizo lo que el arcángel le había ordenado y desenterró el madero en el que Cristo había sido crucificado. Tras el hallazgo de la Santa Cruz, Constantino envió a sus mejores arquitectos a Jerusalén para ofrecerle el más hermoso de todos los relicarios: la iglesia del Santo Sepulcro.

Miles de peregrinos de todo el mundo afluyeron entonces a la ciudad santa para adorar la cruz. Sin embargo, algunos espíritus taciturnos no dejaron de señalar que se trataba de un instrumento de tortura. Temían que fuera un mal presagio, y desfilaban de rodillas por la ciudad cantando salmos y rezando. Querían retrasar a cualquier precio la llegada de la Jerusalén celestial —¡el advenimiento del Anticristo!—, que otros, en cambio, reclamaban con sus invocaciones: «¡Apresuremos el Apocalipsis — proclamaban estos impetuosos— para establecer cuanto antes el reino de Dios!». Y todos se flagelaban siguiendo la Santa Cruz...

Por desgracia, en 614 todo este tumulto atrajo la atención del rey de Persia, Cosroes, que envió su ejército al asalto de Jerusalén. Ahora bien, el general en jefe de Cosroes sentía un amor apasionado por su reina, una ferviente cristiana, y por eso se dirigió al Santo Sepulcro para apoderarse de la Vera Cruz y secuestrar al patriarca de Jerusalén, con intención de ofrecerlos a su soberana.

La ciudad agonizaba. Los hierosolimitanos se lamentaban: «Oh, Jerusalén, tú que eres tan bella, ¿a quién tienes para defenderte? ¿Quién te devolverá tu corazón, oh Jerusalén adorada?».

Heraclio I, emperador del Imperio bizantino, fue sensible a sus súplicas. Con sus elefantes derrotó al ejército de Cosroes y, no contento con eso, arrasó Ctesifonte.

Temiendo por su vida, Cosroes preguntó a Heraclio I cómo podía aplacar su furor.

«¡Devuelve su alma a Jerusalén!», le respondió este.

Una semana más tarde, la Vera Cruz era restituida.

Jerusalén revivía. Sus habitantes festejaron el acontecimiento durante varios días, para descubrir después que el emperador bizantino se había llevado la Santa Cruz con él, a Constantinopla, y que Sofronio, su patriarca, no había sido liberado.

Así y todo, los hierosolimitanos se conformaron con la situación. En cualquier caso se felicitaban por pertenecer a una ciudad que indudablemente había nacido para la religión, como Venecia para el comercio, o París para la filosofía. Por desgracia para sus habitantes, esa era también la opinión del califa Ornar, que en 637 se apoderó de la ciudad santa en nombre de Alá. El califa respetó, con todo, el Santo Sepulcro y la libertad de los judíos y los cristianos, de manera que Heraclio no abandonó Constantinopla.

Pasaron casi cuatro siglos. El año mil se aproximaba, y una corriente incesante de peregrinos afluía a Jerusalén. En 1009, sin embargo, lo que resonó en la ciudad no fueron las trompetas del Apocalipsis, sino el ruido de los picos y piquetas que centenares de obreros descargaban contra las paredes del Santo Sepulcro mientras se desgañitaban proclamando: «*Allah Akbar!* ¡Alá es grande!».

Al-Hakim, sexto califa de El Cairo, príncipe de Babilonia, pilar de la religión, piedra angular del islam, asociado de la dinastía y muchas cosas más —de hecho, un fundamentalista, un Calígula de la época y Dios autoproclamado—, había decidido acabar de una vez por todas con el Santo Sepulcro. Pero una fuerza misteriosa despojaba de su vigor a los obreros que atacaban los cimientos. Los infieles murmuraban: oían una voz en el interior de la tumba. ¿Era Jesús? Al-Hakim, que no temía nada, se lanzó con todo su peso contra la puerta de la tumba. Se elevó un grito, se diría que humano. Al-Hakim palideció y anunció el fin de los trabajos; luego volvió a Egipto, donde desapareció en 1021.

Si en Jerusalén los cristianos agradecían a la providencia que hubiera preservado la Santa Cruz permitiendo que estuviera en Constantinopla, en Constantinopla el nuevo emperador decía que, si Dios había permitido que un infiel atacara el Santo Sepulcro, era precisamente porque la Santa Cruz ya no se encontraba en él. El emperador obtuvo de los descendientes de Al-Hakim la autorización para reparar la iglesia, a condición de financiar la operación y de emplear solo a mahometanos. Ante la importancia de los gastos, Constantinopla se dirigió a Roma, que rehusó participar en la financiación de los trabajos. Patriarcas y papas se enviaron bulas y diplomáticos, que al punto se hacían pedazos. Para acabar, en 1054, las dos iglesias se excomulgaron una a otra. El mismo año, astrólogos chinos descubrían en el cielo una nueva estrella.

La cristiandad se encontraba en muy mala situación el día en que la Santa Cruz

fue restituida al Santo Sepulcro, finalmente reconstruido. Constantinopla, encargada del mantenimiento del lugar, aumentó las tarifas. ¡Había que recuperar los gastos! ¿Por una visita a la iglesia? Dos dinares. ¿Por una rápida ojeada a la cruz? Dos dinares más. ¿Cuánto por besarla? Cien dinares, y el doble si el peregrino venía de Roma. La visita se realizaba de noche. Los visitantes solo tenían derecho a un leve beso y luego volvían a su casa, con el paraíso en el bolsillo.

En Roma, el Papa estaba furioso. «La cruz —decía— no es un objeto de comercio.» En torno a él todos callaban, seguros de que Dios les proporcionaría un día los medios para castigar a Constantinopla. Y en efecto, unos años más tarde, los seléucidas invadieron el Imperio bizantino. «¡Ayudadnos!», imploró el emperador, enviando un cargamento de piedras preciosas a Roma. La cólera del Papa se aplacó, y con la mayor calma el pontífice anunció: «Sí, ayudaremos a nuestra hermana oriental... Pero no enseguida...».

En 1071, los seléucidas destrozaron al ejército bizantino en la batalla de Mantzikert. Palestina se encontraba amenazada. En 1089, Tiro cayó en manos del enemigo, y esta vez se produjeron ataques contra peregrinos, que fueron asesinados o vendidos como esclavos. En 1095, Roma reaccionó por fin.

Urbano II, príncipe de los apóstoles, santísimo padre, sucesor de Pedro, siervo de los siervos de Dios, etc., pidió a los soberanos cristianos que tomaran la cruz. Había llegado el momento de defender la tumba de Cristo y expulsar de ella a los infieles. Y el Papa empezó a prometer indulgencias plenarias y remisión de los pecados, antes de concluir su plegaria con un vigoroso: «¡Dios lo quiere!».

Primero partieron los pobres, la gente sencilla. Siguieron a Pedro el Ermitaño y a Gualterio Sin Haber, y cada día se sorprendían de la distancia a la que el Señor había colocado Jerusalén. El camino estaba sembrado de dificultades. Para animarse a avanzar, entonaban cánticos: «¡Que el Santo Sepulcro sea nuestra salvaguarda!». A pesar de todo, muchos sucumbían.

En Constantinopla se unieron a ellos Godofredo de Bouillon y otros caballeros. Juntos se apoderaron de numerosos territorios, donde fundaron principados y condados. Jerusalén, su futuro reino, estaba solo a unos días de marcha. Los cruzados continuaron avanzando valientemente, establecieron y disolvieron alianzas, corrompieron, traicionaron, mataron y rezaron.

Finalmente llegaron a Jerusalén y la sitiaron.

El 15 de julio de 1099, después de más de un mes de combates, Jerusalén volvió a ser cristiana. Su bautismo se realizó en la sangre: «El mejor de los cementos», aseguró Malecorne, uno de los sacerdotes presentes.

Enseguida, los caballeros emprendieron la búsqueda de la Vera Cruz, que los canónigos del Santo Sepulcro habían ocultado en la leprosería de San Lázaro. Los canónigos creyeron que nadie iría a buscarla allí, pero no habían contado con el

impetuoso temperamento de Malecorne, que declaró: «¡Si no temo al diablo ni a los sarracenos, menos temeré a los leprosos!». Guiado por su instinto, el sacerdote entró en la leprosería y encontró la Vera Cruz bajo una cuna de paja oculta bajo una cama. «¡Como Cristo en su nacimiento! —exclamó Malecorne, que la besó y añadió—: Hemos venido a ti con la sola fuerza de nuestra fe y nuestra voluntad. ¡Que estemos aquí es un milagro, y aunque fueras tú quien desde lejos nos guiara, nosotros, solo nosotros, te hemos salvado!»

El sacerdote apretó la cruz contra su pecho y murmuró: «¡Pido humildemente que tus próximos milagros nos estén reservados a nosotros, los que te hemos liberado!».

Hay que creer que la Santa Cruz lo escuchó, porque en los años siguientes se sucedieron los prodigios.

En 1101, Balduino I, rey de Jerusalén, se vio obligado a partir al combate con solo dos mil hombres, frente a treinta mil egipcios. Las perspectivas eran tan negras que el rey pidió un milagro a Malecorne. «¡Un milagro! —exclamó Malecorne—. No es a mí, señor, a quien hay que pedirlo, sino a la Santa Cruz. ¡Confíadle vuestros pecados y ella os salvará la vida!» Balduino saltó de su caballo y se confesó ante sus soldados. Los hombres quedaron profundamente impresionados, y muchos se pusieron a llorar cuando Malecorne levantó en el aire la Vera Cruz, gritando: «¡Venceremos! ¡Dios lo quiere! ¡Venceremos!». Y todos creyeron ver brillar la cruz en el cielo, como un rayo de sol en medio de la noche.

Balduino volvió a montar y prometió a la cruz: «¡Juro ante Dios que si obtenemos la victoria, te cubriré con más riquezas de las que nunca haya podido soñar mujer alguna!».

Vencieron a los egipcios, y el tesoro reunido en el campo de batalla sirvió para cubrir la cruz con un ropaje de oro y perlas. En 1118, después de haber permitido a los francos vencer en Tell Danith, la Santa Cruz fue recompensada con la concesión de una guardia particular: doce valerosos caballeros, elegidos entre los mejores, que fueron conocidos como «los apóstoles».

Pero el uso que los reyes hacían de la Vera Cruz no gustaba a los religiosos. «¡Su lugar está en el Santo Sepulcro, no en los campos de batalla!», no dejaban de clamar. Los reyes no los escuchaban. Hasta el día en que el patriarca de Jerusalén tuvo problemas graves con una horda de jinetes mahometanos que querían cortarle la cabeza. Balduino II aprovechó la ocasión para volar en su socorro con la Vera Cruz. El rey ahuyentó a los infieles y devolvió la reliquia al patriarca, precisando: «La Santa Cruz no os pertenece. Vos tenéis solo el usufructo de la cruz, no la propiedad, que recae en todos los cristianos. Más que en una iglesia, su lugar está al lado de estos, dondequiera que se encuentren, siempre que estén en peligro». La santa Iglesia ya nunca volvió a criticar en Tierra Santa el uso que los reyes hacían de la Vera Cruz.

En el curso de los años, la reliquia dio tantas victorias al reino cristiano de

Jerusalén que los sarracenos huían a su vista. En Montgisard, en 1177, Balduino IV, el pequeño rey leproso, se disponía a hacer frente a veinte mil infieles con solo quinientos hombres. El rey imploró la ayuda de la Santa Cruz. Y enseguida esta se elevó en los aires, irradiando un extraño resplandor. Todos los que se vieron bañados por la luz de la cruz se sintieron imbuidos de una fuerza prodigiosa. El ejército mahometano fue aplastado. Saladino pudo salvarse solo gracias al sacrificio de su guardia próxima. El caudillo musulmán nunca olvidó la afrenta sufrida aquel día; reclutó a mil magos y los conminó a encontrar un medio para contrarrestar los efectos de la cruz. Y, para que no pudieran tentarlos ni apartarlos de su objetivo, les hizo saltar los ojos y los encerró en el calabozo más profundo de su palacio de El Cairo.

Así, la cruz permitía vencer a los cruzados. Los éxitos se sucedían, y los francos ya se veían reinando sobre el mundo. Hasta ese día de julio de 1187, en Hattin.

1

*Porque sé que quieres hacerme habitar en la muerte,
en la casa donde han de reunirse todos los que viven.*

Job, XXX, 23

Morgennes se despertó en medio de los muertos y miró alrededor. Se preguntó si estaba en la tierra o en el paraíso, aunque el infierno parecía corresponderse mejor con lo que tenía ante la vista: cuerpos mutilados, amputados por el filo de un sable o hundidos por un mazazo; cráneos abiertos, con el cerebro ennegrecido caído sobre la arena; sangre coagulada en las comisuras de una boca con las encías hendidas; un yelmo que encerraba para siempre el rostro sorprendido de un caballero que se había creído al abrigo de la muerte; corazas convertidas en ataúd que ejércitos de insectos revestían con un segundo caparazón; zumbidos de alas y élitros; maxilares y mandíbulas en acción; chasquidos de ganchos y pinzas; sobresaltos; vacilaciones; danzas de agujones, labros y palpos; antenas, lenguas y trompas horadando, lamiendo, aspirando, entrando y saliendo de las heridas, de las cavidades de los muertos. Excitados por el festín, los cuervos saltaban de un cuerpo a otro, sin saber por qué manjar comenzar; luego uno de ellos se acercó a un arquero medio muerto para deleitarse con los humores de su ojo.

Morgennes se sintió mareado y cerró los ojos un instante. Permaneció tendido, tratando de recordar los acontecimientos que lo habían llevado hasta allí. Pero no recordaba nada. Tenía los sentidos embotados. Solo sentía el peso de su cota de malla. Era increíblemente pesada, tan pesada que le molestaba para respirar. Sin embargo, tenía la impresión de flotar. Jadeando, tanteó con la palma de la mano para saber dónde se encontraba. La posición horizontal no era la de un hombre en medio de un combate. A menos que estuviera muerto. Lo que no era su caso, ahora estaba seguro de ello. Sentía en su mano enguantada de cuero la arena del campo de batalla, caliente por la sangre, negra y densa. De hecho, yacía tendido en un baño de sangre de tales proporciones que se preguntó si no era la propia tierra la que sangraba.

Extrañamente, aquello le dio nuevas fuerzas. Tenía que levantarse, levantarse de nuevo porque... sí, ahora lo recordaba: su caballo se había desplomado, mortalmente herido, y lo había arrastrado en su caída.

Morgennes sacó fuerzas de flaqueza, se apoyó con las dos manos en la arena húmeda y se incorporó. La cabeza le seguía dando vueltas, los sonidos le llegaban como ahogados. Se soltó el bacinete, lo lanzó un poco más lejos y, con los ojos cerrados, aspiró una bocanada profunda del aire ardiente y el acre olor de la batalla. Luego reflexionó. Debía de estar herido. Pasó la mano por la cota de malla y notó un

profundo desgarrón en su flanco izquierdo. Algunas anillas de acero habían saltado, y su capa y su manto estaban rasgados. Solo tenía ligeras magulladuras en las costillas, pero la lanzada había rozado el corazón.

Al ver al arquero picoteado por el cuervo, Morgennes gritó, golpeó el suelo con el pie e hizo gestos amplios con los brazos. El pájaro salió volando pesadamente para ir a posarse a unos metros de allí, graznando de indignación.

Parecía que, con su ojo intacto, el arquero le diera las gracias. Pero el hombre estaba muerto, y aunque su boca esbozara una sonrisa, no iba dirigida a Morgennes.

El caballero recogió el escudo, luego a *Crucífera*, su espada, y partió en busca de los suyos. Emmanuel, su escudero, ¿seguiría con vida? Por desgracia, no sería su caballo quien lo ayudara a encontrarlo. Morgennes divisó los despojos del animal, que yacía cerca, destripado. Sobre su vientre zumbaban tantas moscas como estrellas tenía la noche.

Iría a pie, pues. Pero ¿hacia dónde? ¿Y en busca de quién?

Mirara donde mirara, no veía más que cadáveres, de sarracenos, de caballos, de caballeros, de arqueros, ballesteros y piqueros, de marinos, con sus ropas de lino basto, que habían ido a morir a tierra firme para ganar cuatro cuartos. Un gran número de turcópolos —auxiliares, cristianos en su mayoría, que los cruzados contrataban a precio de oro para aumentar sus efectivos— yacían tendidos en un mosaico informe. Sus túnicas disparejas, sucias, manchadas de polvo y sangre, se confundían con la tierra, que cubrían con un siniestro sudario. Morgennes era incapaz de decir dónde acababa el cadáver que tenía ante los ojos y dónde empezaba aquel otro del que distinguía, un poco más lejos, un trozo de pierna. Se diría que había un único muerto, un inmenso cúmulo de carnes putrefactas, tendido en un espacio de más de media legua. ¿Era posible que, de aquel ejército que había partido a ejecutar la voluntad de Dios, solo él hubiera sobrevivido? «Poco importa —se dijo—. Debo resistir. Resistir cueste lo que cueste.» Pero primero tenía que orientarse. ¿Reconocía aquellos parajes? ¿Qué colina era esa en la que crecían algunos tallos de hierba dispersos, secos y recios, donde se escalonaban unos raquíticos matorrales quemados por el sol?

Sí, era la colina de Hattin. La víspera, al atardecer, los francos se habían detenido allí después de una jornada cabalgando por el desierto. Habían pasado a lo largo de las cumbres nevadas de Tūrán y de al-Shajara y, tras dejar atrás los montes Lübiya y Khan Madín, habían franqueado las alturas de Meskana y avanzado luego apresuradamente hacia Tiberíades. La ciudad había sido ocupada ya, y el castillo asaltado por Saladino. Les quedaba media jornada de camino, pero la sed y la falta de avituallamiento habían alargado las distancias.

Con la garganta seca, Morgennes caminó hacia la colina, cuyas cimas —dos picos rocosos al pie de los cuales el rey de Jerusalén había plantado su tienda— se

levantaban en el cielo del amanecer como los cuernos del diablo. Allí pensaba encontrar, si no a las tropas del rey Guido de Lusignan, al menos las del Temple y del Hospital. Y, quién sabe, tal vez a Emmanuel. De hecho, oía voces y un tintineo de armaduras.

El viento se puso a soplar. Venía del este y arrastraba una oleada de calor y de arena, henchida de vapores tórridos. Morgennes tosió ruidosamente. Le picaban los ojos. Cogió la *keffieh* de un sarraceno muerto y se la enrolló en torno al rostro.

Existe, en Sarmada, a medio camino entre Alepo y Antioquía, un viento terrible y temido por todos llamado el khamsin. Es un viento seco y cálido, cargado de gravilla. Cuando ruge, las ropas más delicadas se desgarran y el khamsin ataca la piel. No es raro que viajeros mal informados, o mal equipados, mueran con el cuerpo en carne viva, y a veces incluso con el hueso al descubierto, perfectamente limpio. Así, el khamsin se parece a las mujeres que, cuando no tienen lo que desean, muerden y arañan para haceros ceder. El viento que se abatía sobre Morgennes tenía la fuerza de un harén.

Morgennes utilizó su gran escudo en forma de almendra, que llevaba en la cara delantera la cruz blanca de ocho puntas de los hospitalarios, para ayudarse a avanzar. Plantó la base en la arena, se protegió detrás y esperó una encalmada. Pero los negros torbellinos del viento se encarnizaban con él, silbando, y trataban de morderlo, como un ejército de serpientes. Por más que Morgennes descargara violentos golpes con su espada para disiparlos, sus esfuerzos eran inútiles. Las serpientes se dividían al entrar en contacto con la hoja, se formaban de nuevo un poco más lejos y volvían al asalto. Morgennes trató de no hacer caso de ellas, se dijo que era víctima de un sortilegio y que nada de aquello era cierto. Permaneció inmóvil en medio de las ráfagas fuliginosas, impasible, como una roca, más fuerte que la borrasca, que sus zarpazos, que su locura. Luego, cuando el viento se calmó, se colocó de nuevo la correa del escudo en torno al cuello y volvió a ponerse en marcha.

En el campo de batalla, la acumulación de cadáveres era tan grande que, una y otra vez, Morgennes tropezaba con un cuerpo o patinaba sobre un escudo o una mancha de sangre. Si reconocía a un cristiano, murmuraba una corta oración y proseguía su camino. Ahora estaba seguro: la batalla había terminado. Los francos habían sido vencidos. Lo que ignoraba todavía era la magnitud de la derrota, no sabía aún cuántos hombres habían conseguido huir para volver a Jerusalén, a Tiberíades o a las llanuras más suaves de Séforis, desde donde habrían podido lanzar una contraofensiva.

La víspera, al atardecer, Raimundo III, conde de Trípoli, ya había predicho el desastre. «Es una locura atacar en estas condiciones —había dicho a Guido de Lusignan y a Gerardo de Ridefort, que mandaba la orden de los templarios—. No hay ni un solo punto de agua a menos de una jornada y media de marcha, y sin duda

Saladino habrá situado allí a su ejército.» Algunos nobles, entre ellos los hermanos Hugo y Balian II de Ibelin, que se habían distinguido por su bravura en Montgisard, le habían dado la razón; pero Ridefort, cuyas opiniones siempre eran muy escuchadas por el rey, había hecho este comentario: «Sois un cobarde, Trípoli. No queréis enfrentaros a Saladino porque es vuestro amigo. Pero nosotros tenemos la fe, y la Vera Cruz está con nosotros: ¡Dios nos preservará de la sed!».

Entonces se habían girado hacia la Santa Cruz, que el obispo de Acre, Rufino, sostenía sin mucha convicción; y a continuación Lusignan, mirándola también, había dado la orden de ponerse en camino. «¡Dios está con nosotros!», había añadido para darse ánimos e imitar al breve linaje de los que lo habían precedido en el trono de Jerusalén.

Se hizo lo que el rey había ordenado, y al caer la noche las predicciones del conde de Trípoli se confirmaron: las tropas de Saladino rodeaban efectivamente el único punto de agua de la región. Incluso antes de entrar en combate, la cristiandad había perdido.

Los francos, extenuados por una jornada de marcha forzada y una noche sin beber, fueron recibidos de madrugada por la caballería mahometana, cuyos arqueros oponían a sus débiles asaltos una lluvia de flechas antes de salir disparados al son de los tambores de guerra.

La fe, el vigor y las espadas de los cristianos no sabían dónde golpear, y sus armas arrojadas no llegaban a hacer mella en el cuero de los infieles.

Raimundo de Trípoli había intentado, entonces, una carga, pero las líneas sarracenas se habían separado ante él para dejarlo atravesar. «¿Dónde estará ahora? —se preguntó Morgennes—. ¡Espero que haya podido ponerse a salvo!»

De pronto se escuchó un estrépito más potente que los aullidos de la tempestad. Se acercaban voces entre un entrecocar de hierros. ¿Amigas o enemigas? Una orden en árabe se elevó por encima del tumulto:

—¡Cogedlo! ¡No dejéis que escape!

¡Los sarracenos!

Un caballo pasó al galope ante Morgennes. Un chorro de bilis verdosa le manchaba el pecho, donde se habían aglutinado placas de arena y de sangre seca. Aterrorizado, el animal corría al viento en una huida caótica. Su silla negra con faldones dorados, bordados con hilos de oro y plata, llevaba sobre la perilla unas borlas de lana blanca. El arzón trasero tenía forma de cruz. Al obispo de Acre —pues aquella era su montura— le gustaba descansar el cuerpo contra él, pero, sobre todo, se trataba de un signo, de un símbolo: señalaba a los profanos la presencia de la Santa Cruz.

¡Y la silla estaba vacía!

La rabia, la vergüenza, la cólera, se apoderaron de Morgennes.

El obispo de Acre era la persona hacia la que todos se volvían en caso de dificultad. El obispo desempeñaba la función de un escudo espiritual y mostraba el camino que debían seguir, levantando bien alto la cruz para que todos pudieran verla, en todo momento, en cualquier punto del campo de batalla.

¡La Santa Cruz había caído!

Una ráfaga de viento lanzó al caballo hacia una nube de polvo, y Morgennes se puso a caminar enseguida en dirección opuesta. Rufino debía de encontrarse allí.

El caballero se aventuró en medio de un tornado de ramitas ardientes que se le pegaban a la *keffieh* y amenazaban con inflamarla. Volutas de una humareda negra, tan densa como la pez, se aglutinaron sobre su cota de malla y su escudo, como si quisieran obligarlo a renunciar. Una capa de brasas calentó la sobrecota de malla de sus calzas y le quemó los pies. Pero Morgennes perseveró en su intento, reuniendo todo su coraje y las pocas fuerzas que le quedaban para avanzar. Encontraría al obispo y la cruz y los conduciría de vuelta a su campamento. Por nada del mundo debían caer en manos de los infieles. ¡Por Dios que no cedería hasta conseguirlo!

El aire se estremeció, la tierra se puso a temblar. ¡Se acercaban jinetes! El olor de ramaje y de alquitrán quemados se debilitó un poco. Morgennes se detuvo. Tendría que combatir. Los pliegues de su pesada capa negra flotaban tras él, azotando el aire con vigor y haciendo restallar la gran cruz blanca que la adornaba.

Ante Morgennes, las cortinas de humo negro parecieron apartarse por sí mismas, como dos puertas que se abren ante un huésped de postín.

Alguien se acercaba: un hombre con la cara y las manos rojas de sangre, desarmado, con las ropas desgarradas. Llevaba un vestido escarlata de mangas anchas y un lujoso jubón de cuero bordado de oro. Un crucifijo con piedras preciosas engastadas colgaba de su cuello, un fino estilete de plata pendía de su cinturón y un báculo labrado, que sostenía blandamente con su mano derecha, se arrastraba lastimosamente tras él. Era Rufino, el obispo de Acre. Había perdido su mitra. Aturdido, con la mirada ausente, parecía enajenado. Al distinguir a Morgennes, levantó los brazos al cielo gimiendo. Morgennes exclamó:

—¡Monseñor! ¡Por aquí! Soy yo, Morgennes, guardián de la Vera Cruz...

Ante estas palabras, el rostro de Rufino recobró algo de vida.

—¡Salvadla! —suplicó—. ¡Salvadla, la he perdido!

Morgennes se acercó, buscó la cruz con la mirada, pero no la vio por ningún lado. Sin embargo, por fuerza tenía que...

El obispo seguía avanzando, titubeando como si estuviera borracho, sin prestar ya atención a Morgennes. De vez en cuando tendía la mano hacia el suelo y levantaba un puñado de arena, que enseguida dejaba resbalar entre los dedos, llorando.

—¡En realidad soy yo, yo, quien está perdido! —gritó, levantando un puño rabioso hacia el cielo cubierto de nubarrones.

En el mismo instante la tierra tembló violentamente. Morgennes apenas había tenido tiempo de pasar el brazo izquierdo por las enarmas de su escudo, cuando media docena de jinetes mahometanos surgieron de una nube de polvo, a solo unas varas de distancia.

—¡*Milhi vindicta!*— aulló Morgennes para atraer su atención—. ¡Venganza!

Los jinetes lo oyeron y pasaron galopando a ambos lados del obispo. Morgennes pensó por un momento que tal vez hicieran caso omiso de su presencia. Pero el último jinete de la pequeña tropa cortó, con un amplio sablazo, la cabeza de Rufino, que rodó por la arena. Le había dado muerte sin odio, casi con indiferencia.

No ocurriría lo mismo con Morgennes. La cruz de su escudo lo señalaba como uno de los peores enemigos de Saladino. El formaba parte de esas órdenes de caballeros que eran objeto del más intenso odio por parte de los infieles. Era un soldado de Cristo, uno de esos *milites Christi* que habían jurado defender Tierra Santa costara lo que costase y morir por ella si era necesario.

Su experiencia de combate le había enseñado que no servía de nada precipitarse. De manera que se plantó firmemente sobre los pies, sujetó su escudo con fuerza y esperó pacientemente la carga de los mahometanos. «Muerto por muerto —se dijo (pues esa era su divisa)—, mejor pelear e ir hasta el final.»

Los jinetes se acercaban a galope tendido, y a su estela crecía una nube de polvo donde —detalle curioso— Morgennes vio volar algunos insectos; moscas, avispas o abejas, no hubiera sabido decirlo. Nunca antes había sido testigo de un fenómeno como aquel. Los infieles cabalgaban con aire decidido y sus rostros no revelaban ninguna emoción. Uno de ellos sostenía una lanza, que bajó mientras espoleaba a su caballo. Otros dos blandieron sus arcos y, de pie sobre los estribos, lanzaron una salva de flechas. Las primeras no alcanzaron a Morgennes, pero luego los disparos se hicieron más precisos. Las últimas se clavaron en su escudo, y el lancero se precipitó contra él.

La lanza golpeó a Morgennes con tal violencia que, tras rajarse su escudo, lo proyectó cuatro varas hacia atrás. Un dolor vivísimo ascendió por su brazo izquierdo y se extendió por todo su cuerpo. La mano le empezó a temblar. Por suerte había caído sobre el cadáver de un obeso, y la grasa del hombre había amortiguado el impacto. Al ladearse en el último momento, Morgennes había evitado que lo ensartaran como un pollo.

El caballero volvió a levantarse, sin aliento, y cogió la tarja del difunto. Los sarracenos ya volvían al asalto.

Los arqueros giraron en torno a él y lo acosaron a flechazos. Aunque Morgennes no dejaba de moverse, por más que cambiara de paso y de dirección y blandiera su pequeño escudo, los proyectiles pasaban zumbando tan cerca de su rostro que podía distinguir el penacho de plumas negras del extremo.

—*Pater noster, qui es in coelis, sanctificetur nomen tuum...*

Morgennes empezó a entonar un padrenuestro, lamentando no haber aceptado el sacramento de la extremaunción, que se administraba a los guerreros antes del combate.

Los jinetes caracoleaban buscando el ángulo de ataque ideal. Morgennes, a pesar de su sufrimiento, conservaba aún suficiente fuerza y voluntad para combatir y hacerles pagar lo más cara posible su captura o su muerte.

—... *adveniat regnum tuum...* —*prosiguió, persuadido de que su última hora estaba próxima.*

A una señal del jinete que había cargado la primera vez, dos sarracenos se lanzaron contra él con el sable desenvainado. Las hojas brillaban a pesar de la ausencia de luz, y Morgennes retrocedió para mantenerlas en su campo de visión.

—... *fiat voluntas tua sicut in coelo et in terra!* —*se apresuró a terminar, no queriendo morir sin haber acabado su oración.*

El primero de los jinetes descargó un golpe que Morgennes paró sin dificultad con su escudo, y el segundo recibió un tajo que le cortó el brazo a la altura del codo en el mismo instante en que se disponía a golpear. Demasiado seguro de sí mismo, había subestimado a Morgennes y no había visto en él más que a un caballero que se acercaba ya a la vejez.

El sarraceno lanzó un grito de dolor que se elevó a los cielos acompañando el sordo ruido del antebrazo al caer en la arena. Su mano, crispada sobre la empuñadura del sable, se contraía, presa de convulsiones.

—*Panem nostrum quotidianum da nobis hodie...*

Llevados de su impulso, los jinetes se habían alejado. Morgennes aprovechó la circunstancia para deshacer su *keffieh* y secarse la sangre que lo había salpicado, sin perder de vista a sus adversarios. Se preparaba una nueva carga de dos jinetes, uno de los cuales blandía una poderosa maza que hacía girar por encima de la cabeza. Morgennes sujetó la tarja con más fuerza y se agachó ligeramente, preparándose para rodar de costado en el momento en que llegara el golpe. El hombre de la maza hundió las espuelas en los flancos de su caballo y se precipitó contra Morgennes.

En ese momento un sarraceno gritó:

—¡No lo matéis! ¡Atrapadlo vivo! ¡Es un hospitalario! ¡Cincuenta dinares para el que me lo traiga atado de pies y manos! ¡Saladino, jefe de los ejércitos, Espada del Islam, lo ordena!

Los jinetes pararon en seco su carga y se miraron desconcertados. Extenuado, Morgennes apretó la empuñadura de *Crucífera* y se protegió detrás de su pequeño escudo. Habiéndose creído muerto ya hacía unos instantes, no tenía ningún deseo de rendirse y seguía decidido a vender cara su piel.

—... *et dimitte nobis debita nostra sicut et nos dimitimus debitoribus nostris...*

En ese momento una oleada de dolor lo hizo vacilar. Tenía una flecha clavada en la espalda. La punta había sido especialmente estudiada para horadar las armaduras. El proyectil había atravesado dos capas de la cota de malla y se había hincado en su gambesón de tela acolchada.

Una segunda flecha le pasó por encima, luego una tercera, una cuarta, y fue como si hubieran tocado a rebato. De los seis infieles, cinco estaban indemnes, y juntos se precipitaron contra Morgennes, que en ese mismo instante confiaba su alma a Dios.

—... *et ne nos inducas in tentationem, sed libera nos a malo. Amen.*

Había acabado. Podía morir.

Morgennes se sintió desfallecer. Tenía la sensación de que su corazón estaba a punto de estallar. Le dolían las articulaciones, le temblaban las rodillas, sus manos ya no tenían fuerza, su vista se nublaba. Quiso tragar, pero ya no tenía saliva.

«Se acabó —pensó, agotado—. ¿Puedo decir tan solo que he vivido bien?»

Más allá del sarraceno que cargaba, una nube de insectos se agitaba dispuesta a caer sobre él. Entonces un trazo luminoso hendió el espacio y atravesó el pecho del infiel. Durante un instante, Morgennes tuvo la impresión de que el tiempo ya no existía, de que ya no había sonidos, olores ni sufrimiento. Finalmente, como el mar que ataca de nuevo la costa con la marea alta, la vida volvió, ruidosa y colérica. La nube de insectos se disipó, y el infiel —cuyo caballo acababa de encabritarse— cayó de la silla, muerto, con una lanza sarracena atravesándole el cuerpo.

Un hombre se acercó al pequeño grupo formado por los cinco jinetes. El sarraceno, montado en una yegua blanca, los miró fijamente, hirviendo de cólera.

Su fino bigote lo señalaba como una persona distinguida; su vestimenta —un brial cortado en un tejido de brocado azul, un par de botas equipadas con espuelas de oro y un tocado de seda bordada con centenares de perlas pequeñas— revelaba a un personaje noble; su espada, una magnífica cimitarra con joyas engastadas en la guarda, encajada en un cinturón adornado con hilo de oro, indicaba que se trataba de un *muqaddam*, es decir, uno de los jefes del ejército sarraceno. La túnica que vestía estaba manchada de sangre en algunos lugares, pero no tenía ningún desgarrón, como si la mano de Dios (o de Alá) se hubiera interpuesto entre él y sus adversarios.

El recién llegado, que manejaba una lanza parecida a la que el sarraceno acababa de recibir en mitad del pecho, hizo trotar a su montura en dirección a Morgennes mientras decía a los jinetes en tono firme:

—Este hombre es mío, ya que vosotros no lo queréis. Saladino, que Alá lo guarde, ha pedido que se detenga la matanza y que se hagan prisioneros. Si Saladino, honor del Imperio, ornato del islam, lo pide, no seré yo, su sobrino, su humilde servidor, quien decida otra cosa. ¡Y vosotros debéis obedecerme, como yo obedezco a Saladino, que a su vez obedece a Alá, del que todos somos esclavos!

Los jinetes bajaron la cabeza sin rechistar, mientras Morgennes se preguntaba qué

iba a hacer aquel hombre con él. Ya no se sentía con fuerzas para combatir, solo esperaba que le viniera una idea o que la gracia lo iluminara.

Pero fue el sobrino de Saladino quien, inclinándose desde lo alto de su caballo, le puso la mano en el hombro y le dijo con gran dulzura:

—Ahora puedes rendirte, no tiene sentido continuar.

—Es imposible —respondió Morgennes—. Soy un hospitalario.

—¡Pero tu rey se ha rendido!

—Yo solo obedezco a mi orden.

—Todos los de tu orden han capitulado ya. Eres el último que combate. Incluso tu señor ha depuesto las armas.

—Solo Dios es mi señor —dijo Morgennes—. Y Dios no se rinde nunca.

Entonces, comprendiendo el desamparo de su prisionero, Taqi ad-Din —el más noble de los sobrinos de Saladino— extendió la mano en dirección al campo de batalla.

En aquel momento, como si la naturaleza lo obedeciera, se levantó un viento que expulsó la bruma, la niebla, el polvo y la humareda que envolvía las llanuras y la colina de Hattin, enrojecidas por la sangre. Lo primero que impresionó a Morgennes fue la luna, redonda y pálida. Su forma irregular se recortaba con tanta nitidez por encima del horizonte que podía distinguirse hasta la más pequeña mancha, hasta el menor cráter. Morgennes nunca la había visto así, y aún menos avanzada la mañana.

Luego vio las decenas, las centenas, los miles de soldados, todos cristianos, que los mahometanos habían hecho prisioneros. Morgennes divisó igualmente los estandartes del rey de Jerusalén, los de innumerables casas nobles, así como las banderas del Temple y del Hospital.

Debajo, hombres sentados en fila, con las lanzas y las espadas, inútiles, a su lado, eran encadenados por los soldados de Saladino.

Finalmente distinguió la Vera Cruz. Un infiel la paseaba del revés por el campo de batalla gritando:

—¡Alá es grande! ¡Alá es único! ¡El es el único Dios!

Solamente entonces Morgennes rindió las armas.

2

*Saladino, el rey de los reyes, el vencedor de los vencedores,
es como los otros hombres, el esclavo de la muerte.*
Inscripción de un estandarte en la cúspide de la tienda de Saladino.

El día después de la derrota de Hattin, Saladino se encontraba en compañía de su estado mayor y de los más nobles de los prisioneros francos cuando fueron a anunciarle una noticia. Bajo el inmenso toldo de su tienda, tres emires se adelantaron para comunicarle la buena nueva: Nazaret ofrecía la rendición y Tiberíades había caído. Comprendiendo que las huestes de Jerusalén nunca acudirían a socorrerla, Eschiva de Trípoli había capitulado tras cinco días de resistencia. La condesa había abandonado el precario abrigo de su castillo con sus allegados y sus sirvientes — apenas una cincuentena de personas, entre ellas una docena de combatientes—, y bajo las miradas admirativas y compasivas de los infieles había cogido la ruta de Tiro, esperando encontrar allí a su marido, Raimundo de Trípoli, del que seguían sin tenerse noticias.

—¡Traidor! —escupió Guido de Lusignan al oír este nombre.

Saladino se volvió hacia el rey de Jerusalén, se frotó la barba, corta y regular, y adoptando un aire avisado le preguntó:

—¿Por qué esa indignación?

—Porque es vuestro amigo. La carga que dirigió solo tenía por objeto permitirle escapar. Él nunca ha tratado de causaros problemas. —Y añadió en un tono más bajo y casi acusador—: Habéis cerrado un acuerdo con Raimundo de Trípoli...

—No digo que lo haya hecho —respondió su interlocutor, enigmático—. Pero tampoco digo que no lo haya hecho.

Saladino observó a Lusignan, y una leve sonrisa iluminó por un instante su hermoso rostro, habitualmente grave y melancólico. El rey Guido creyó leer diversión en su mirada, pero lo que Saladino sentía estaba más próximo a la tristeza: el hombre que tenía ante sí no veía que su Dios lo había abandonado (pues no hay otro Dios que Alá); no veía que pronto todos los francos serían expulsados de Tierra Santa, que caerían bajo la espada o serían vendidos como esclavos. Ese hombre estaba ciego. Como estaban ciegos los que lo acompañaban y que se encontraban allí por ser cautivos de categoría, hombres cuyas familias deberían pagar un elevado rescate si querían volver a verlos: el condestable Amaury de Lusignan, hermano del rey de Jerusalén; Gerardo de Ridefort, maestro de la orden del Temple; el anciano marqués Guillermo III de Montferrat, de brazo tan valeroso como cuando había acompañado al rey LuisVII a Damasco; Unfredo IV de Toron, cobarde como una hiena a pesar de

su sangre noble; algunos pequeños señores, como los de Yebail o de Boutron, y uno de los seres más viles que pudieran existir: Reinaldo de Chátillon, príncipe de Antioquía y señor de TransJordania. Los sarracenos lo llamaban «Brins Arnat», y lo odiaban porque, a pesar de las treguas, atacaba las caravanas de peregrinos que se dirigían a La Meca.

Los prisioneros habían sido despojados de sus armas y armaduras y vestían una simple túnica de tela cruda que les daba aspecto de pordioseros recién salidos de la cama. Con excepción de Reinaldo de Chátillon, todos temblaban de miedo ante la idea de ser entregados como alimento a las panteras de Saladino, que un mameluco de cara angulosa paseaba con aire despreocupado. De vez en cuando se escuchaba un bufido: un adolescente se divertía cosquilleando el morro de uno de los felinos con una pluma de avestruz. La bestia abría las fauces gruñendo, lanzaba un violento zarpazo y tiraba de la cadena en dirección al audaz. El mameluco hacía retroceder a la bestia; la cadena tintineaba y el animal se calmaba. El muchacho reía entonces a carcajadas y volvía a iniciar el juego.

—No temáis —dijo Saladino a sus invitados—. Estas panteras no le harán ningún daño. Lo conocen bien y lo dejan divertirse un poco. De hecho, las reservo a los posibles asesinos* (¡la peste caiga sobre ellos y sobre su jefe, Rashideddin Sinan!) que pudieran estar lo bastante locos, o drogados, para atreverse a entrar en mi tienda...

* Los asesinos (hashishin) eran una secta ismailí (chií) que usaba el asesinato de sus rivales como táctica política. Se decía que actuaban intoxicados por hachís, de ahí su nombre. (N. del E.)

El sultán se acercó a la mayor de las dos panteras y le acarició la cabeza entre las orejas. El animal ronroneó de placer y enseguida se tumbó en el suelo boca arriba para mostrar su vientre liso y negro a su amo.

—Como veis, son muy afectuosas. La primera, la que ahora se acerca al más joven de mis hijos (¡que es la niña de mis ojos, Dios lo guarde!), se llama Sahrazad. Estaba preñada de su hija cuando me la regalaron, y quise devolverla al desierto. Pero, como la heroína que le da nombre, se mostró tan encantadora que no pude resolverme a hacerlo. La segunda es la hija. La he llamado Maj-nun, nombre que se da a las personas poseídas por el demonio; pues, si de día es parecida a su madre, gentil y dócil, algo extraño le ocurre cuando cae la noche: entonces se transforma en un animal temible, y nadie, excepto yo, puede acercársele. Estas dos panteras son los únicos seres autorizados a permanecer en mi habitación cuando me acuesto.

Un silencio denso gravitaba en el aire, añadiéndose a las volutas de humo que surgían de las cazoletas de especias. La atmósfera era cada vez más pesada. Incómodos, los francos fingían encontrarse absortos en la contemplación de un pebetero o un tapiz de lana. La tienda era inmensa y albergaba a unas sesenta

personas, la mayoría de las cuales se mantenían en la sombra. Solo algunos carraspeos y risas apagadas y el rumor de las conversaciones en voz baja señalaban su presencia. De hecho, los francos no llegaban a distinguir más que a una veintena de individuos: emires con lujosos vestidos de seda, *muqaddam* en cota de malla y brial de paño negro manchado con la sangre de los combates, mamelucos de la Jandáriyya de túnica de color amarillo azafrán, encargados de la protección personal de Saladino... Todos observaban a los prisioneros, disfrutaban con la contemplación de sus rasgos modelados por el miedo. Era un espectáculo penoso, pero Saladino lo prolongaba a voluntad; buscaba, a la vez, satisfacer a sus emires, gente cruel en su mayoría, y hacer comprender a los infieles que esta vez era el fin.

Con excepción de Chátillon, los francos lanzaban miradas en todas direcciones, buscando en el entorno de Saladino una razón para confiar aún, un indicio, una esperanza. Pero los mahometanos se mantenían imperturbables. El más fiel servidor de Saladino, el cronista Abu Shama —que, porque le gustaban las lenguas y conocía varias, ejercía el papel de traductor—, mantenía, por su parte, la cabeza baja. Él, de ordinario tan locuaz, charlatán como un loro, no apartaba la mirada de los motivos entrelazados de sus babuchas.

Cuando tuvo suficiente, después de haber saboreado a satisfacción su victoria, Saladino dio unas palmadas. Desde el fondo de la tienda se aproximaron una decena de sirvientes. El primero sostenía solemnemente un jarro de cristal decorado con suras del Corán y que contenía un líquido claro; el segundo, un par de candelabros; otros tres, platos decorados cargados de dátiles, pistachos, almendras y nueces, uvas secas e higos, y los últimos portaban instrumentos de música y empezaron a tocar. Un tañedor de *ud* —una especie de laúd— acompañaba a una pareja de tambores, mientras un cuarto músico extraía alegres sonos de un *arghul*.

—Comed —dijo Saladino a sus huéspedes, invitándolos a ocupar un lugar sobre los cojines que cubrían el suelo de la tienda, recubierto de *kilim*.

Una joven bellísima salió de detrás de un biombo y se puso a bailar. Sus movimientos hechizadores cautivaron a la asistencia y la ayudaron a relajarse. A veces la bailarina jugaba con un pañuelo que pasaba ante sus ojos, y encantaba con la mirada, uno por uno, a los hombres presentes. Sus pequeños pies descalzos, decorados con hilos de oro, estaban dotados de una gracia y una ligereza fascinantes. ¿Era aquella joven una hurí descendida de su nube?, se preguntaba el viejo marqués de Montferrat, mientras la observaba boquiabierto. En cualquier caso, era la más hechizadora de las mujeres, y resultaba aún más sorprendente porque su piel era blanca, como la de las occidentales. Sin dejar de contemplarla, Saladino mojó sus labios en el jarro de cristal —lleno de agua de rosas refrescada por las nieves del Hermón— y luego lo pasó a Guido de Lusignan.

—Existe entre nosotros la noble costumbre de perdonar la vida a un cautivo que

haya bebido y comido con su vencedor —dijo Saladino—. Bebed tanto como queráis, sé que estáis sediento.

Apenas había acabado de hablar el sultán, el rey de Jerusalén, después de haber bebido, pasó la copa de la paz a Chátillon, que la vació a grandes tragos.

Chátillon encontró el agua tan refrescante como si un canto de pájaros naciera en su pecho. Se sintió revivir a medida que el agua se deslizaba por su garganta y devolvía el vigor a sus miembros. Una luz nueva brillaba en sus ojos cuando su mirada se cruzó con la de Saladino.

El sultán lo observaba temblando, conteniendo a duras penas su cólera, apretando los puños y clavando en él sus ojos brillantes, de los que había desaparecido cualquier señal de benevolencia.

Sin saber por qué lo había ofendido, pero encantado de haberlo hecho, Chátillon sonrió a Saladino. Entonces este se levantó bruscamente y declaró, señalándolo con el dedo:

—Decid a este hombre que no he sido yo quien le ha dado de beber, sino Guido de Lusignan, rey de Jerusalén.

Había hablado en un tono tan violento que los músicos cesaron de tocar. Las panteras dejaron de roer los huesos que les habían tirado y levantaron la cabeza. La joven bailarina, por su parte, cerró los brazos en torno al cuerpo y retrocedió a las sombras de la tienda, donde desapareció.

Los francos se sintieron dominados de nuevo por la inquietud. No comprendían la reacción de Saladino. Se habían creído a salvo, y ahora el jefe de sus enemigos se indignaba porque uno de los suyos había bebido de la copa de la paz. El viejo marqués de Montferrat, que tenía algunos conocimientos de árabe, se acercó a Abu Shama y le preguntó en un tono lleno de aprensión:

—¿Puedes decirme qué ocurre?

—Este hombre es un demonio —respondió Abu Shama mirando a Reinaldo de Chátillon—. Saladino (a quien Dios salve) se ha jurado que le haría pagar sus crímenes.

Todos sabían, en efecto, hasta qué punto se había hecho aborrecible Brins Arnat. Chátillon se había burlado a la vez de los hombres y de los dioses, cristianos o mahometanos, y solo había mostrado desdén y menosprecio por las treguas y la palabra dada. Se le debían numerosas guerras, innumerables actos de piratería, e incluso, unos años antes, el ataque a las ciudades de Medina y La Meca, cuyos arrabales había incendiado y saqueado. Igual que se recogen las espigas de trigo tupidas y cargadas de grano, Chátillon aprovechaba cada paz firmada entre Saladino y los reyes de Jerusalén para partir en campaña. Se dirigía entonces con sus mercenarios a sembrar la muerte y la desolación entre los más pacíficos, los que nunca tomaban parte en el combate, las mujeres, los niños, los viejos, los

campesinos... Todos los que se esforzaban por vivir en buena armonía con los cristianos y encarnaban una promesa de paz entre las diversas comunidades. En realidad, a él se debía esta guerra —el ataque a Tiberíades por parte de Saladino—, y también había sido él quien, en contra de la opinión de Raimundo III de Trípoli, había animado a Ridefort para que convenciera a Lusignan de abandonar el oasis de Séforis, donde las huestes de los francos se habían instalado a la sombra de las palmeras.

Aunque era un hombre entrado en años, Reinaldo de Chatillon seguía manteniendo todo su vigor, su mal carácter y su insolencia. Chátillon era un fanático, uno de esos personajes de los que se piensa que la tierra iría mejor si un día desaparecieran. Un hombre que dirigía su violencia y su rabia contra todos los que se le oponían, golpeaba a los débiles igual que a los fuertes, y no respetaba nada, ni a su Dios ni a su rey ni a sus hermanos de armas, que a menudo habían tratado de devolverlo a la razón o de calmar sus ansias destructoras. Al tratarlo de demonio, Abu Shama se había quedado por debajo de la verdad: aquel hombre era el mismo diablo, por más que los mahometanos lo llamaran Brins Arnat y los cristianos el Lobo de Kerak, por el nombre de su fortaleza. Todo en él recordaba a ese animal abominado por todos: Chátillon tenía el cabello gris, la mandíbula prominente, la mirada acerada, la formidable musculatura y el paso vigoroso y ligero de esta alimaña. Para este hombre «de sangre y de violencia, patrón de todos los que viven de la muerte y la rapiña» (como se dice en *Le Román de Renart*), el mundo solo era una presa. Todos le temían, tanto sus enemigos como sus aliados. Chátillon no tenía amigos, nunca los había tenido, y tampoco los quería. Todo lo que quería era..., a decir verdad, no tenía ni idea de qué quería realmente. Y eso lo volvía loco de ira.

Saladino se acercó a Chátillon, que permaneció sentado, sosteniendo todavía en las manos la copa de la paz que el rey de Jerusalén le había alcanzado.

—Brins Arnat, príncipe de Antioquía y señor de Transjordania, viudo de Constanza (que Dios tenga en su santa guarda) y marido de Étiennette de Milly, dama de Kerak (que Alá tenga piedad de ella), ¿recordáis vuestras traiciones, vuestras exacciones, vuestra crueldad? ¿Conserváis en la memoria, desgraciado sire, vuestras rapiñas y vuestros pecados? ¿Sabéis que lo sé todo sobre las blasfemias (¡que el Altísimo os maldiga!) proferidas contra nuestro Profeta y que estoy al corriente de todas vuestras empresas sacrílegas contra las santísimas ciudades de La Meca y de Medina, de vuestros pillajes y violaciones? Ya que Alá os ha puesto en mi poder, responded a mi pregunta: ¿qué haríais de mí si me tuvierais en vuestras manos, como os tengo yo ahora en las mías?

—Sin duda te haría crucificar —respondió Chátillon con aplomo.

—¡Insolente! —exclamó Saladino.

El sultán desenvainó uno de sus dos largos sables y golpeó a Chátillon en el

hombro izquierdo. El sablazo casi le arrancó el brazo. La sangre manó de la herida y manchó el agua de rosas de la copa de la paz, que cayó al suelo y se vació.

—Acabas de elegir tu suplicio —dijo Saladino, volviendo a envainar su arma.

En los ojos de Chátillon brillaban dos llamas que el dolor no llegaba a extinguir. El Lobo de Kerak estaba tendido en el suelo, inmóvil, pero no había sucumbido al golpe infligido por Saladino; sus ojos permanecían fijos en el sultán, al que observaba mientras murmuraba palabras misteriosas.

Los francos se miraron atemorizados.

—Es justo que castigue tantos crímenes y cumpla mi juramento —dijo Saladino, sosteniendo la mirada de Chátillon—. Lo he jurado, recibirás la muerte por mi mano. ¡Prendedlo! —ordenó a sus mamelucos.

De nuevo se produjo un silencio. Saladino hizo que arrastraran a Brins Arnat por los pies y lo llevaran ante Guido de Lusignan. Al instante, el rey de Jerusalén padeció un violento ataque de tos, escupió algo en la mano y se excusó: «Un pistacho que se había quedado atascado...».

—Tranquilizaos —dijo Saladino—, un rey no mata a otro rey. Pero la perfidia de este hombre supera toda medida. En cuanto a ti, Brins Arnat, considera que no soy yo quien te castiga, sino Alá.

Los dos hombres se enfrentaron con la mirada y Chátillon comprendió instantáneamente la alusión. Unos años antes había atacado una caravana de peregrinos de camino hacia La Meca, y a los que le imploraban piedad les había respondido: «Pedid a vuestro Dios que os salve», antes de asesinarlos.

Saladino, en su noble papel de restaurador de la justicia en la tierra, se había jurado vengarlos.

De pronto una increíble pestilencia se extendió por la tienda. Tres hombres acababan de entrar. Vestidos enteramente de blanco, los recién llegados ofrecían un vivo contraste tanto con Saladino y su estado mayor, que vestían todos de negro, como con los mamelucos, que llevaban ropas de color amarillo azafrán y bordadas de oro. Aquellos hombres apestaban de tal modo que los francos se taparon la nariz con los dedos, mientras los mahometanos se esforzaban por mantener la compostura. Algunos esclavos de piel mate se apresuraron a doblar el número de pebeteros y los llenaron de mirra y cardamomo.

—¿Por qué este retraso? —preguntó Saladino, aliviado al verlos llegar.

—La cabeza se resistía... —respondió lacónicamente uno de los hombres.

En su voz vibraban extraños chirridos de insecto, que intimaron a los ocupantes de la tienda a guardar un profundo silencio. Lo más curioso de todo eran sus ojos, blancos también, ya que carecían de pupilas.

Seguidamente el hombre mostró a Saladino un cofrecillo de forma piramidal, adornado en los costados con versículos en relieve del Corán. Al parecer, la arqueta

se abría haciendo bascular hacia afuera una de las inscripciones. Eso hizo el hombre de blanco, y el cofrecillo se abrió, desvelando el rostro de Rufino.

El obispo de Acre dirigía a los invitados de Saladino una sonrisa boba, como si la locura que se había apoderado de él hacia el final del combate no lo hubiera abandonado, marcando sus rasgos para siempre. La cabeza tenía los ojos cerrados, igual que la boca, con los labios pintados de rojo, lo que resaltaba la palidez de las mejillas. Los francos vieron entonces que el hombre que sostenía el cofre era ciego.

—¿Cómo lo habéis hecho? —le preguntó Saladino, observando a la vez la caja y la cabeza que se encontraba en su interior, estupefacto al ver que el cráneo de Rufino había cabido allí dentro a pesar de su tamaño.

—¿Es una ilusión óptica? ¿Un truco de magia? —preguntó al-Afdal, el hijo menor de Saladino.

De hecho, por momentos le parecía ver cómo los contornos del rostro de Rufino se superponían a los de la arqueta.

—Es un misterio que no estoy autorizado a revelarte —respondió en tono enigmático el portador del cofrecillo, un místico reputado llamado Sohrawardi—. A menos que Saladino, tu padre (¡que la gracia sea con él!), sol de los méritos, sultán de Egipto, de Siria, del Yemen y de Nubia, me lo ordene, claro está...

—Conserva tus secretos —dijo Saladino, apartando la mano de su hijo del cofrecillo—. Que cada cual se ocupe de sus asuntos. Yo, de los hombres y de todo lo que se encuentra en la superficie del mundo; tú de los demonios y de todo lo que vive y respira bajo tierra.

Sohrawardi inclinó ligeramente la cabeza. Sus cabellos, peinados con elegancia, caían como una fina nieve sobre sus hombros, y su barba, también blanca, larga y untada de pomada, colgaba por encima de la arqueta.

—Gracias, ornato de la nación. Saludo tu sabiduría y aclamo tu grandeza de espíritu.

—Tu clarividencia me honra —repuso Saladino.

Sohrawardi le dirigió una amplia sonrisa, que descubrió una boca de dientes estropeados en la que faltaban la mitad de las piezas. El místico inclinó apenas la cabeza con aire de entendimiento. Ni Saladino ni él se llamaban a engaño.

En efecto, al contrario que Saladino, que era suní, Sohrawardi era de obediencia chií. El místico estaba persuadido de que el Corán tenía un sentido oculto, y trabajaba para descubrirlo. Pretendía reverenciar a los verdaderos imanes —y entre ellos el primero era Alí, el yerno de Mahoma—, apartados de la sucesión del Profeta por mentirosos y ambiciosos, ávidos de poder. No era raro que algunos chiíes entre los más sabios practicaran la astrología.

O peor aún, la nigromancia, como era el caso de Sohrawardi. A Saladino no le gustaba recurrir a hombres como aquellos.

Había entablado incluso una guerra feroz contra ellos. Pero en el combate que oponía a los cristianos, frente a una potencia como la de la cruz, había tenido que contemporizar. Había aceptado, pues, no hacer decapitar a Sohrawardi y a algunos de sus seguidores a cambio de sus servicios. Después de hacer que les saltaran los ojos, Saladino había ordenado que arrojaran a esos magos a las mazmorras de El Cairo, de donde los sacaba en ocasiones, cuando partía al combate.

Saladino sabía que eran peligrosos. Y, para mantenerlos bajo control, utilizaba ese sabio equilibrio entre bondad y crueldad que lo caracterizaba. Nunca los llevaba a todos juntos consigo, sino que prometía a los cautivos de El Cairo que ordenaría ejecutar a los que lo acompañaban si ellos no se comportaban como debían. Luego decía lo mismo a estos últimos, amenazándolos con mandar degollar a sus prisioneros si desobedecían. Aquella situación repugnaba a Saladino, que estaba decidido a hacerlos decapitar a todos una vez que hubiera concluido su misión: devolver Jerusalén al islam y librar a Tierra Santa de los francos. Por eso la captura de la Santa Cruz y la victoria de la víspera en Hattin lo alegraban tanto. Se acercaba el día en que por fin podría deshacerse de los brujos chiíes.

Y Sohrawardi lo sabía.

De todos los magos de Saladino, él era el más poderoso y el más temido.

Sohrawardi había nacido en Ispahan de la unión de una mujer y un macho cabrío, algo repugnante e insensato que, sin embargo, muchos relataban como un hecho cierto. Según decían, de ahí provenía su constitución excepcional, su superior resistencia a las enfermedades y los venenos, y aquella capacidad para no envejecer que tantos le envidiaban. De todos modos, los envidiosos se consolaban diciéndose que esas ventajas iban a la par con un desarreglo de las glándulas sudoríparas que lo hacía sudar de forma abundante y exhalar la pestilencia de su padre.

Sohrawardi no tenía edad. Aunque su barba y sus cabellos fueran blancos y su cara tuviera arrugas, había algo extrañamente joven en él. Algunos le atribuían una edad aproximada de ciento sesenta años, arguyendo que había seguido las enseñanzas de Avicena en Hamadan; otros pretendían que esas cuentas no eran co-rrectas y afirmaban que había sido discípulo de Farabi, maestro de Avicena... Otros, en fin, más aventurados, se remontaban hasta Yehuti, portavoz y archivero de los dioses, y aseguraban que él era el único auténtico maestro de Sohrawardi.

Pero todos coincidían en reconocer que ningún otro mago sabía invocar a los yinn y someterlos mejor que Sohrawardi.

La leyenda explicaba que Sohrawardi había forzado al rey de los yinn a revelarle las palabras de poder que permitían hacer temblar la tierra, inflamar el aire, secar una fuente o emponzoñarla, lo que le había valido el sobrenombre de señor de los yinn.

Se murmuraba también que sabía hacer hablar a los muertos y deseaba el retorno de Ahrimán, el dios persa del Mal, aunque aquello no se había probado.

En cualquier caso se lo temía más de lo que se lo respetaba, y Saladino nunca lo dejaba solo: los dos hombres que se mantenían a su lado eran dos de sus más feroces mamelucos, y uno de ellos era el hijo de Tughril, su propio guardia de corps. Para hacerlos insensibles a cualquier posible sortilegio, les habían reventado los tímpanos, y para inmunizarlos contra el espantoso olor de Sohrawardi, habían destruido, por medio de brebajes y filtros, su sentido del gusto y del olfato.

—¿Está todo listo? —preguntó Saladino.

Sohrawardi asintió con una pequeña sonrisa de satisfacción. Visiblemente, el cofre había reclamado toda su atención, y parecía contento del resultado.

—Pues vamos.

Cuatro mamelucos rodearon al sultán, mientras un quinto, el famoso Tughril, un coloso, se dirigía hacia la salida. Tughril era el más importante de todos los esclavos de Saladino. Era su *jandár al-Sultdn*, es decir, el jefe de su guardia, que por entonces contaba con más de tres mil mamelucos. Sus funciones incluían ser la «sombra» del sultán y precederlo en cada uno de sus movimientos para asegurarse de que el camino estaba libre. Era tan importante que Saladino lo había ennoblecido: a su muerte Tughril podría ceder el título a su hijo, quien, por su parte, no podría hacerlo a menos que fuese, a su vez, ennoblecido.

Los mamelucos mantenían una mano en la empuñadura de sus sables, sostenían una lanza en la otra y velaban por que nadie se acercara a Saladino.

Les seguían Sohrawardi y sus dos guardianes; después el estado mayor del sultán, que estaba compuesto esencialmente por el emir Darbas al-Kurdi, que tenía el mando de la *al-Halqa al-Mansúra al-Sultániyya* —la guardia particular de Saladino, formada por una cincuentena de jinetes curtidos—; Moisés Maimónides, que era el médico personal del sultán; Ibrahim al-Mihrani, el *síláhdárdn* de Saladino, es decir, su escudero; Ibn Wásil, a la vez estratega, táctico y ayuda de campo, y el cadí Ibn Abi Asrun, que se ocupaba de todos los asuntos judiciales, civiles y religiosos del reino. Seguían toda clase de individuos a los que los francos vieron salir por primera vez de los rincones más oscuros de la tienda: mamelucos, muqaddam y emires diversos. Y cerraban la marcha mujeres vestidas con un simple taparrabo —cuya piel, frotada con grasa, olía a almizcle y brillaba en la penumbra—, que llevaban bandejas con jarras y vasos para ofrecer de beber a los invitados.

Abu Shama se acercó a Guillermo de Montferrat.

—Saladino me ha encargado que os escolte en la fiesta de esta noche —le dijo—. Os serviré de guía y de intérprete...

Y se inclinó, llevándose una mano al pecho.

Pero Gerardo de Ridefort, que sentía simpatía y admiración por el Lobo de Kerak, cogió a Abu Shama del brazo y, señalando a Chátillon, que agonizaba en un rincón de

la tienda, le preguntó:

—¿Y él? ¿Qué le ocurrirá? ¿Saladino lo abandona a sus panteras?

Porque, en efecto, Majnun se había acercado y sorbía a lengüetadas los charcos de sangre que empapaban las alfombras, ahora de color escarlata.

—Mi padre ha dado órdenes —intervino al-Afdal—. Ha dicho que lo haría crucificar. Hará honor a su palabra, podéis estar seguros...

—¡Vamos! ¡Debemos apresurarnos! —cortó Abu Shama, que se impacientaba en la entrada de la tienda.

Guillermo de Montferrat tuvo un instante de vacilación. Buscó con la mirada a la joven que acababa de danzar para ellos y a la que había encontrado tan hermosa. Pero no aparecía por ningún sitio. ¿Se habría evaporado? ¿Habría vuelto al paraíso? Distinguió entonces un pedazo de tela negra que colgaba por encima de un biombo. ¡El pañuelo con el que los había seducido a todos!

Adivinando el objeto de su deseo, al-Afdal le propuso que lo cogiera.

—¡Espero que os traiga suerte!

—Ella es lo más feliz que he vivido desde hace muchos años —dijo Guillermo con un suspiro, anudándose el pañuelo al cuello—. Ni siquiera era feliz antes de nuestra partida de Séforis. Desde la muerte de mi esposa, la tristeza y la melancolía no me han abandonado. Y temo que el espectáculo de este ángel danzando sea mi último momento de felicidad. Quisiera no olvidarlo nunca...

Guillermo de Montferrat suspiró de nuevo, tratando de invocar sus recuerdos. Pero no quería que al-Afdal comprendiera la naturaleza de su turbación, porque aquella joven le recordaba a alguien...

3

Por el nombre se conoce al hombre.
Chrétien de Troyes, Perceval

Habían sacado a Morgennes del cercado y dos mamelucos lo habían conducido luego a la cima de la colina de Hattin. Desde aquella altura, el caballero observó un extraño corredor de seda que, ondulando al viento, subía hacia él desde la llanura. La doble muralla estaba formada por una sucesión de telas cosidas entre sí, donde se representaban, bordados en hilos de oro, los más célebres episodios de la vida del rey de reyes, toda una serie de conquistas hechas en nombre de Alá por un kurdo: Saladino. En una de las páginas, Morgennes descifró cómo Saladino había crecido junto a su padre, Ayyub el Orgullosa, y su tío, Sirkuh el Voluntarioso; otra reflejaba la muerte del atabek de Alepo, Nur al-Din, en nombre del cual Saladino y los suyos habían conquistado Egipto; más lejos, Saladino testimoniaba su simpatía a la familia del difunto, y en otro lugar el sultán deponía y luego reemplazaba al último califa de El Cairo. Finalmente, la nación mahometana rendía homenaje a Saladino por ser el primero que había conseguido unificar Egipto y Siria, cogiendo de hecho en una tenaza al pequeño reino franco de Jerusalén. A punto de cumplir los cincuenta, el rey de los reyes, el vencedor de los vencedores, soñaba con incluir allí su página más bella: Jerusalén devuelta al islam.

Morgennes tenía la impresión de encontrarse en la última página de un libro inmenso, desplegado para permitir que sus héroes descendieran a recorrer el mundo. En comparación con la vida del sultán, la suya no era más que una puntada, un encaje con más vacíos que llenos. Recordaba vagamente haber estado en Egipto en la época en que Saladino realizaba sus hazañas, y buscó con la mirada el inicio del libro de seda. Los soldados alineados a lo largo de aquel relato gigantesco parecían prolongarlo hacia el exterior, como si las imágenes que el artista no había tenido derecho a representar —al prohibir el islam la representación de la vida— aparecieran dibujadas en el exterior. Esta impresión se veía reforzada por el hecho de que las telas, hinchadas por la brisa, se enrollaban en torno a los sarracenos y parecían querer absorberlos de nuevo. En suma, la historia los reclamaba. Inclinandose ligeramente, Morgennes pudo ver una tienda inmensa donde ondeaba un estandarte adornado con una inscripción ilegible a aquella distancia. Debía de ser la de Saladino. Luego un mameluco lo obligó a volver a su lugar, en el extremo del corredor de seda. Morgennes podía oír, a uno y otro lado de las colgaduras, cómo la multitud se apretujaba, impaciente y llena de murmullos.

Morgennes se preguntó qué querían de él. ¿Tal vez hacerlo figurar también en

una de las páginas de la vida de Saladino? Esbozó una sonrisa amarga y, como lo habían despojado de sus cadenas, se pasó las manos por las pantorrillas, allí donde habían pesado los hierros.

Observó el campo de batalla y sus innumerables cadáveres, las hogueras donde quemaban a los muertos, las pilas de túnicas, armas y armaduras. Espadas y cuchillos acompañaban a un caos de lanzas no lejos de un montón de mantos y escudos, todos con las armas del Temple y del Hospital. Más allá se veían cotas de malla, garnbesones de cuero, bragas y camisotes, cascos, bacinetes, una montaña de sillas y estribos, una miríada de arneses: ruina del ejército de Dios.

Al ver que las carretas no dejaban de llegar, alimentando el fuego de las hogueras, haciendo crecer las pilas de objetos, Morgennes se sintió invadido por una especie de embriaguez. El pulso le martilleó en las sienes hasta aturdido, le dio vueltas la cabeza, le flaquearon las piernas. Estaba a punto de desmayarse cuando un mameluco lo sujetó por el brazo. La presión de su mano había sido más amistosa que hostil; Morgennes se lo agradeció con una ligera inclinación de cabeza, pero el mameluco permaneció impassible.

Un movimiento en la llanura atrajo su atención. Un hombre vestido enteramente de negro, montado sobre un caballo del mismo color, arrastraba tras de sí a una treintena de pobres diablos atados que lo seguían con grandes dificultades. El jinete iba al paso, pero los cautivos estaban tan cansados que Morgennes podía ver cómo sufrían, agotándose en el intento de mantener la marcha.

Uno de ellos se derrumbó.

Dos de los prisioneros trataron de levantar al desgraciado, que se desplomó de nuevo. Entonces el jinete descendió del caballo, cogió un odre que llevaba atado a la silla, se acercó al hombre tendido en el suelo y le dio de beber, a él y a sus dos compañeros. Luego el jinete volvió a su montura, y la pequeña caravana continuó su camino.

Un clamor ascendió hacia el cielo. Venía de la parte baja de la colina, no lejos de la imponente tienda que Morgennes suponía que era la de Saladino. Una sesentena de nobles, oficiales y esclavos estaba saliendo al exterior. A su cabeza marchaba la Espada del Islam, seguido de su escolta y de Sohrawardi, al-Afdal, Abu Shama y algunos prisioneros francos. A su vista, el clamor ganó fuerza. Se escucharon aclamaciones, aullidos de alegría, que eran para Morgennes como sablazos que descargarán sobre él. Las exclamaciones atronaban; los sonidos reventaban como gotas enormes; se ahogaba en aquella marea de palabras, se asfixiaba, no podía respirar. Morgennes ya no oía nada. Bruscamente todo se volvió negro. En su cabeza solo resonaba una palabra. No, no una palabra, sino una necesidad: «¡Beber!».

Sus labios, secos y agrietados, parecidos a esa tierra que el sol poniente pronto bañaría con su luz, se torcieron para pedir agua. Pero de ellos no salió ningún sonido.

Pronto haría dos días que no bebía nada, dos días durante los cuales había visto cómo algunos compañeros se volvían locos y otros se tragaban su orina o la de su caballo, y luego morían, riendo y llorando a la vez. Morgennes era solo aridez. El calor no le arrancaba ya ni una gota de sudor; el dolor, ni una lágrima.

La presión del mameluco sobre su brazo se acentuó, y Morgennes se incorporó, dispuesto a librar el que tal vez sería su último combate: su encuentro con Saladino.

El sultán avanzaba entre los lienzos de su vida, esas páginas de seda en las que sería envuelto cuando muriera y que constituirían el epílogo, la última puntada. Por el momento pasaba revista a los guerreros que se habían distinguido en Hattin. Saladino se acercaba a cada uno de sus bravos, los abrazaba y hacía que les entregaran un certificado que les permitiría ascender de grado, o recibir unas tierras o una renta si el soldado ya era viejo.

A veces el hombre recompensado se arrojaba a los pies del sultán y, deshaciéndose en lágrimas, se abrazaba a sus botas y las besaba con fervor. Enseguida un mameluco sujetaba al adorador para empujarlo violentamente hacia atrás: en 1176, un asesino había surgido de entre la multitud para asestar a Saladino un golpe en la cabeza con su daga. Por suerte, el sultán iba equipado con una cofia de mallas colocada bajo el fez, una protección que desde aquel día llevaría siempre. Hacía más de diez años que los ismailíes nizaritas multiplicaban las tentativas de asesinato. Los miembros de esta secta odiaban a Saladino, culpable a sus ojos de haber hecho caer el califato fatimí de Egipto, chíí como ellos. Saladino era peor que aquellos perros cristianos. Era un traidor al que había que castigar a cualquier precio. El sultán, por su parte, les devolvía con creces ese odio, asediando una a una sus fortalezas en Siria. Un rumor afirmaba que se disponía a atacar la más poderosa entre ellas, situada en Persia: Alamut («el nido del águila»). Los mamelucos mantenían la mano en el pomo de la espada y Tughril examinaba a la multitud con la mirada; pero Saladino, por su parte, resplandecía. El sultán abrazó al último de sus hombres y se volvió hacia Morgennes con una mirada en la que brillaban la inteligencia y la curiosidad.

La luz era suave. El día se extinguía lentamente y en el cielo brillaban ya las primeras estrellas. Detrás de Saladino, antorchas blandidas por esclavos proyectaban sombras móviles sobre los rostros.

—De modo que... —empezó Saladino.

Pero apenas había abierto la boca cuando el resonar de unos cascos, acompañado de quejas y gritos, se dejó oír muy cerca. Los mamelucos desenvainaron sus sables y rodearon a Saladino, apartando a la multitud a empellones y golpeando a la gente con

la hoja plana de la espada. Un jinete, con la cara sucia de hollín, se acercaba al galope.

El jinete saltó de su montura antes incluso de que el animal se hubiera detenido y se dirigió a grandes zancadas hacia Saladino. Un murmullo recorrió la multitud, que —temiendo que fuera un asesino— retrocedió asustada; entonces al-Afdal, el hijo menor de Saladino, exclamó:

—¡Primo Taqi!

A pesar de su vestimenta, al-Afdal había reconocido a su primo: Taqi ad-Din, el sobrino preferido de Saladino. Taqi era un hombre de carácter fuerte, un original al que nunca faltaban recursos ni argumentos, y el sultán tenía una confianza ciega en él. Saladino le había confiado el gobierno de Egipto, e incluso lo había colocado al frente del Yazak al-Dá'im, una unidad especial formada por los mejores jinetes del ejército sarraceno que oficialmente no existía. Las misiones del Yazak eran tan importantes como variadas: preparar el terreno cavando pozos en los puntos avanzados de los futuros bivaques del ejército; envenenarlos o inutilizarlos si caían en manos del enemigo; vigilar al adversario para prever sus movimientos y cortar el acceso a sus fuentes de aprovisionamiento y de información; lanzar contra él ataques sorpresa con objeto de evaluar sus fuerzas; infiltrar a un agente en sus filas y sacarlo luego; tenderle emboscadas; destruir sus víveres, dañar su material, robar sus caballos, secuestrar a sus oficiales...

Taqi ad-Din hincó la rodilla ante Saladino, le besó la mano, balbuceó una excusa, y luego se volvió hacia Morgennes, quien reconoció enseguida al hombre que le había salvado la vida, y que también, hacía un momento, había conducido a treinta prisioneros él solo y les había dado de beber.

Morgennes siguió observando a Taqi mientras este se lavaba la cara con un trapo blanco. El sobrino de Saladino vestía un brial de paño negro y, extrañamente, no llevaba armadura. En cuanto a su arma, era fácil de reconocer: era la suya, *Crucífera*, la espada que le había dado Balduino IV y que había sido antes del buen rey Amaury. Una hoja que había vertido mucha sangre y que Taqi, al parecer, encontraba de su gusto.

La montura de Taqi era la misma con que había combatido la víspera en Hattin: simplemente, la había embadurnado también de negro. Como el animal había transpirado mucho, en algunos lugares el hollín se había corrido, revelando una soberbia yegua blanca. Unas hermosas orejas salían oblicuamente de su cabeza nerviosa, rematada por un tupé de crines blancas. Solo su dueño podía cogerla de la brida sin que coceara. Taqi le susurró unas palabras al oído, y la yegua se alejó dócilmente hacia la llanura.

Luego Taqi se alisó el bigote y se giró hacia su tío.

—De modo —dijo Saladino— que este es el hombre cuyo coraje me alabaste

tanto...

—Sí, es él —respondió Taqi.

—¿Y quién es exactamente?

—Un valiente.

—¿Es todo lo que puedes decirme de este individuo que me has pedido que separara de los suyos?

—Perdonadme, tío, pero no sois vos quien lo ha separado: él mismo lo ha hecho. Ha dado pruebas de mayor valor y tenacidad que ningún otro cristiano. Además, seguía queriendo batirse cuando la batalla hacía tiempo ya que había terminado.

—Sin embargo, se rindió.

—Yo lo convencí para que lo hiciera. Alegrémonos de tener vivo, por una vez, a uno de esos valientes que la muerte nos arrebató con tanta frecuencia.

—Mmm... —murmuró Saladino, indeciso—. ¿Quieres que lo honre porque sigue con vida?

—Mi muy querido tío, esplendor del islam, por desgracia somos incapaces de honrarlo como merece. Este hombre se ha honrado a sí mismo al mostrarse a la altura de sus ideales. Rindiéndole homenaje, nos honraremos a nosotros mismos.

—Basta —cortó Saladino, que empezaba a encontrar irritante a Taqi—. Ha llegado el momento de pedir su opinión a aquel de quien acabamos de hablar—concluyó, poniendo la mano en el hombro a Morgennes, que, vencido por la sed, se había derrumbado de nuevo.

—¡Agua! —gimió.

—¡Tu nombre! —ordenó Saladino.

—Se muere —se interpuso Taqi—. Hay que darle de beber.

—Que diga primero su nombre —bufó Sohrawardi frotándose las manos.

En torno a ellos el silencio era total. Todos aguzaban el oído. Conocer el nombre de aquel caballero franco se había convertido en algo tan importante para ellos como saber el nombre secreto de los yinn, el nombre que tendrían en el paraíso, aquel con que las huríes los invitarían a unirse a ellas en el lecho.

—¡Agua! —repitió Morgennes con voz ronca.

—¡Dinos tu nombre! ¡Si no, te corto las orejas y la lengua y se las doy a Majnun! —tronó Saladino.

El sultán sacó de su vaina una hoja larga y la sostuvo ante los ojos de Morgennes. En su mente atormentada, este había comprendido que alguien le preguntaba su nombre. Pero ¿qué era un nombre? No tenía ni idea. Le parecía que oía aquella palabra por primera vez. No recordaba siquiera que algún día hubieran podido darle un nombre

—Se llama Morgennes —dijo entonces una voz.

Saladino volvió su espada hacia el que había hablado: Guillermo de Montferrat.

El viejo caballero arrugaba nerviosamente entre sus manos un pañuelo negro y lanzaba miradas inquietas alrededor. Nunca en su vida había suscitado semejante atención. «Nunca en mi vida —pensó entonces— he pronunciado una frase tan grave...» Lo que acababa de hacer podía condenar a Morgennes a muerte. Montferrat ya se arrepentía de su acción.

—¿De modo que lo conoces? —siguió Saladino, acentuando la presión de los dedos en el hombro de Morgennes, en el lugar donde la víspera había penetrado una flecha.

—Es uno de nuestros caballeros, un pequeño noble, venido aquí hace más de veinte años... —respondió Montferrat, evasivo, con la cabeza inclinada en señal de deferencia.

Cada vez lamentaba más sus palabras.

—¿Y vosotros? —preguntó Saladino a los otros francos—. ¿Lo conocéis?

—Es del Hospital —dijo Gerardo de Ridefort con una sonrisa cruel.

Un murmullo de cólera se elevó de la multitud.

—¡Cómo! —se indignó Saladino, retirando bruscamente la mano del hombro de Morgennes—. ¡Quieres que recompense a un demonio!

—Tío... —dijo Taqi.

—¡Estabas al corriente! ¡Además, es a ti a quien debe el estar con vida! ¡Mataste incluso a uno de los nuestros para salvarlo! ¡Mira su tonsura! ¡Y su barba! Hubiera debido adivinarlo: ¡todo en su porte revela al monje caballero!

—¡Hay demonio en ti, lo sabía! —escupió Sohrawardi, pasando su mano arrugada sobre los párpados de Morgennes—. ¿De qué color era tu caballo?

—¿Por qué esta pregunta? —inquirió Saladino.

—Invoqué a los yinn poco antes del inicio del combate. «San Jorge participará», me dijeron, los yinn no siempre dicen la verdad, pero la presencia del obispo de Lydda en el campo de batalla me incita a creerlo, pues en esta ciudad precisamente nació el culto a este santo. Allí descansa, allí le rezan con el máximo fervor:..

—¿Es todo?

—Este Morgennes tiene el valor de san Jorge... Y, si tuviera su montura, no habría duda: este hombre y san Jorge serían una única persona.

—Si no puede ni decir su nombre, ¿por qué habría de decirnos el color de su caballo?

—Para salvar su vida...

—Respondería cualquier cosa. Por otra parte, es imposible verificarlo. Dime más bien por qué es tan importante para ti saber si Morgennes es san Jorge.

—Su sangre es poderosa —musitó Sohrawardi—. El que se baña en ella se hace invencible.

—¡No os dejéis engañar por estas palabras! —intervino Taqi—. ¡Ya podéis ver

que está herido! ¡Tiene una herida en el costado y otra en el hombro! —Se acercó a Saladino y le cogió la mano—. ¡Vuestra mano, tío, está cubierta de sangre! Al apoyaros sobre él, habéis vuelto a abrir la herida causada por la flecha... ¿Es esto un signo de invulnerabilidad?

—No recompensaré a este hombre —decretó Saladino, retirando su mano—. No sé si es o no san Jorge. En cambio, es un hecho incontestable que es del Hospital. Tengo un trato que proponer a estos caballeros, igual que a los del Temple, cuyos términos expondré mañana por la mañana, al salir el sol.

El sultán esperó un instante, y luego, viendo que Taqi se disponía a responderle, lo conminó a guardar silencio y, mirando a Morgennes, dijo:

—No tendrás recompensa, pero, de todos modos, tengo algo que darte. No es dinero, pues pronto no tendrás ya necesidad de él; no son tierras, de las que no podrías disponer; no es un título, pues ningún título tiene valor para quien cree en Dios; pero te concedo mi estima, ya que me parece digno de ella —dijo mirando al rey de Jerusalén y a Gerardo de Ridefort—. Que lo lleven con los suyos. ¡Dadle de comer, pero, sobre todo, no de beber!

Saladino había hablado.

El sultán continuaba ya su camino hacia el terraplén situado en la cima de la colina de Hattin, donde había ordenado que se construyera una pequeña estela conmemorativa, cuando la voz de Sohrawardi se elevó de nuevo tras él:

—¡Pido ver la espada de este caballero!

—¿Por qué? —tronó Saladino, visiblemente irritado.

—Si este hombre es san Jorge, la hoja de su arma estará hecha de un acero especial, particularmente ligero y resistente. O bien ocultará una reliquia en la empuñadura... En cualquier caso, hay que examinarla.

Una chispa de interés brilló en la mirada de Saladino.

—¿Alguien sabe dónde se encuentra su espada?

Nadie respondió.

Taqi no decía nada, esperando que nadie se fijara en el arma que llevaba al cinto. El sobrino de Saladino contaba con el hecho de que la mayoría de las armas tomadas al enemigo se encontraban amontonadas al pie de la colina, a la espera de ser repartidas entre las tropas del sultán.

—Está ahí —dijo Morgennes con dificultad, tendiendo un dedo tembloroso hacia *Crucífera*.

La visión de su arma, el hecho de que hablaran de ella, le había proporcionado nuevas fuerzas. Lejos de ella languidecía, mientras que cerca de su espada la vida volvía a él.

—¡Pero si habla! —se sorprendió Sohrawardi, encantado de haber suscitado una reacción en aquel cristiano que todos creían moribundo.

Saladino dirigió una mirada intensa a su sobrino.

—¿De modo que la has cogido?

—Sí, tío.

—¿Por qué?

—Me gustó. No sabía que fuera la suya...

—Pero ¿qué la hace tan especial?

A modo de respuesta, Taqi sacó la espada de su vaina. A contrario que las espadas que utilizaban los caballeros, su extremo no era redondeado. Así pues, el arma estaba destinada a servir tanto a un hombre de a pie, que golpea con la punta y con el filo, como a un caballero, que golpea solo con el filo. Por otra parte, su guarda, con una longitud de dos palmos y adornada con una cruz de bronce, permitía sostenerla con las dos manos y, por tanto, golpear con más fuerza, aunque en ese caso no podía utilizarse escudo.

—Es una espada de infante —constató Saladino—. No una espada de caballero...

—Mata igualmente bien —dijo su sobrino.

Taqi le tendió la espada, presentándola por la empuñadura, que estaba adornada con una medalla medio borrada por el tiempo. Saladino creyó distinguir, sin embargo, la forma de una luna rodeada por una serpiente.

—Ha derramado la sangre de nuestros guerreros. No quiero tocarla.

—Dame —dijo Sohrawardi clavando en Taqi sus ojos de ciego. Con manos febriles, el mago fue a sujetar el arma, pero Taqi lo rechazó.

—¿Tiene un secreto? —preguntó Saladino a Morgennes.

—Sí —dijo Morgennes con un suspiro—. Como todas las espadas santas...

Todos los presentes lo miraron sorprendidos.

—¿Cuáles? —inquirió Sohrawardi.

—Después de forjarlas —dijo Morgennes jadeando—, sus hojas se enfrían en una pila de agua bendita mezclada con sangre de demonio. Esto les abre el apetito...

Saladino se manoseó la barba y esbozó una sonrisa. Se preguntaba si Morgennes no estaría burlándose de ellos. Pero algunos miembros de la corte del rey de Jerusalén ya empezaban a murmurar. La atención que Saladino prestaba a ese hombre y a su arma irritaba a más de uno y despertaba los celos de los francos, que no habían olvidado cómo Balduino IV y Amaury habían preferido a Morgennes frente a otros muchos caballeros.

—¡Patrañas! —objetó Ridefort.

—Nunca oí hablar de semejante costumbre —añadió Guido de Lusignan.

—Esta hoja es antigua —intervino Sohrawardi—. Digan lo que digan, no es de origen franco. No han podido forjarla... Es demasiado hermosa para eso.

—¡Poco importa! —cortó Saladino, antes de ordenar en tono imperioso—: ¡Taqi! ¡Deshazte de esta espada! ¡Lánzala a un volcán, al fondo de los océanos, donde sea,

pero no la conserves!

—Sí, tío —prometió Taqi bajando los ojos.

El sultán se dirigió hacia la cima de la colina. El momento de la oración se acercaba. Cuando Taqi pasó por delante de Sohrawardi, el viejo mago lo sujetó bruscamente por la manga, pero el sobrino de Saladino ocultó su sorpresa.

—Confíame esta arma —le espetó Sohrawardi.

—¡Nunca! —replicó Taqi.

—¡Obedece!

—No me provoquéis —lo previno Taqi—. Ya sabéis con qué tipo de sangre se alimenta esta espada...

El viejo mago lanzó un resoplido, soltó la manga de Taqi y fue a reunirse con Saladino.

4

¡Nuestros pasos nos conducirán ante tus puertas, oh Jerusalén!

Salmos, CXXII, 2

La cima de la colina de Hattin estaba excavada por una depresión, el cráter de un antiguo volcán. El ejército de Saladino, vestido enteramente de blanco, se apretujaba en la hondonada, ansioso por oír a su sultán. Era la hora del crepúsculo.

—Oremos —dijo Saladino.

Encaramados sobre el lomo de sus camellos, en minaretes de campaña, los muecines lanzaron la llamada ritual: —*Allah Akbar! La illah ilaAllah!*

Inclinados hacia La Meca, con la frente contra el suelo, recitaron la primera sura del Corán: «En nombre de Dios, el compasivo, el misericordioso; alabado sea Dios, señor del universo, el compasivo, el misericordioso, el rey del día del juicio. A ti solo adoramos, a ti solo imploramos socorro. Dirígenos por la vía recta, la vía de los que Tú has agraciado, no la de los que han incurrido en tu ira ni la de los extraviados».

Acabada la oración, hombres y mujeres se volvieron hacia Saladino. A pesar de sus vestiduras negras, el sultán brillaba más que la Kaaba en el centro de la multitud de los fieles.

Era el príncipe de los creyentes, la corona de los emires, el victorioso, el honor del Imperio, el glorificador de la dinastía, su buen augurio y su apoyo, el que posee las preeminencias, etc. Las palabras eran demasiado pequeñas para él; sin embargo, ninguna garganta era bastante profunda para pronunciarlas. Por más que se agotaran buscando una frase que lo ciñera, ningún hombre poseía el aliento necesario para decirla. No existían términos suficientes para honrarlo.

De modo que se engarzaban los comparativos más gastados para hacer de él un mito, un gigante, capaz de rivalizar con los héroes de la India, de Persia o de la Grecia antigua: sus ojos eran piedras preciosas y sus dientes perlas; sus encías y el interior de su boca eran de nácar y sus brazos de bronce; sus manos eran de oro; y sus dedos —¡ah, sus dedos!—, quién podría atreverse a compararlos con nada; sus piernas eran dos pequeños cedros; sus pies, un zócalo de mármol; su cólera, en fin, su fuerza, eran tan terribles que a su lado el *khamsin* parecía un capricho de niña, una broma. Su inteligencia, su astucia, harían triunfar la justicia y la verdad. Una palabra suya, y los malvados perecían.

Los sirios, los egipcios, los yemeníes servían al mayor de los conquistadores. Jerusalén ya les pertenecía. ¡Jerusalén! Dios, en su gran bondad, la ofrecía a Saladino. Ya no se trataba de tomarla, sino de aceptarla. Saladino, en un exceso de humildad que le era habitual, se preguntaba: «¿Somos dignos de ella?».

Sin duda era así.

El sultán levantó los brazos. Las mangas de su caftán se abrieron como las alas de un pájaro. Se hizo el silencio, apenas turbado por una brisa ligera y por el crepitar de las hogueras. En algún lugar graznaron unos cuervos. Más allá resonó la risa de una hiena. Qué importaba; los sarracenos no los oían. Todos escuchaban a Saladino, inmóviles, encapuchados en sus vestidos de lana color de luna.

Saladino abrió las manos, con las palmas tendidas hacia el cielo, y la luz de las antorchas que ardían tras él lo iluminó en ondas de carmín.

—¡Concedenos la gracia, oh Señor, de expulsar a tus enemigos de Jerusalén! ¡Ofrécenos esta alegría! Jerusalén, la tres veces santa, está en manos de los infieles desde hace más de noventa años. Noventa espantosos años en los que nada se ha hecho por Ti en este lugar santo. Noventa años terribles en los que los infieles se han reforzado. Noventa penosos años en los que tus sirvientes, los que te estamos sometidos, no hemos hecho sino desgarrarnos entre nosotros. Yo sé por qué. Sí, sé por qué en noventa años ningún jefe mahometano ha conseguido reconquistar Jerusalén. Gabriel me lo ha revelado...

Se produjo un movimiento tras el sultán. Un cortejo de hombres morenos de rostro severo se acercó: eran religiosos, tocados con pequeños sombreros cónicos y hermosos mantos blancos de manga corta, sobre los que estaban inscritos en letras de oro versículos del Corán. Los hombres llevaban un bulto pesado, voluminoso, de aspecto vagamente humano. Los asistentes se preguntaron qué sería. ¿Un cadáver? ¿Un herido?

Los religiosos se detuvieron cerca de Saladino y, con un gesto uniforme, curvaron la espalda y levantaron los brazos. Una cruz se levantó en medio de ellos. La Vera Cruz. A pesar de su ropaje de oro y perlas, la Santa Cruz había perdido su luz y parecía más apagada que entre las manos de los francos. Entre la multitud se intercambiaron miradas: «¿Qué quiere el sultán?».

Entonces Saladino se acercó a la cruz y dijo acariciándola:

—¡Esta cruz no es la menor de nuestras victorias!

Luego calló, dejando a los suyos tiempo para que se deleitaran con el espectáculo de la Santa Cruz.

—¡A juzgar por la desolación de los francos, es la más importante de nuestras victorias! Más importante que la captura del rey de Jerusalén, de los maestros del Temple y del Hospital; más importante que la muerte de centenares de sus caballeros y de miles de sus soldados; más que todos los prisioneros y los rehenes que hemos hecho. ¡Más importante que todo, porque con ella hemos capturado a su Dios!

Los sarracenos se preguntaban: «¿Cómo es posible adorar esto?». Algunos reían, otros imitaban la crucifixión: burlonamente abrían los brazos, inclinaban la cabeza, sacaban la lengua en señal de agonía y se dejaban caer al suelo entre estertores. Los

bromistas fueron expulsados a puntapiés.

—¡Sin ella, en Montgisard, Balduino IV estaba perdido! —prosiguió Saladino—. ¡Sin ella, hoy los francos están perdidos!

Una tempestad de aclamaciones saludó sus palabras.

—¡Alá es grande! ¡Alá es único! ¡Él es el único Dios!

Dios era incandescente. El calor había aumentado. Era como si el antiguo volcán de Hattin hubiera despertado para unir sus fuerzas a las de los mahometanos.

—Para que nuestra victoria nunca sea olvidada, he ordenado levantar una estela.

El sultán señaló con el dedo una pequeña construcción de forma circular, que habían empezado a edificar aquel día. La rodeaba un andamiaje. Sorprendentemente, aunque los muros no se habían levantado del todo, una cruz de madera se alzaba en lo alto de la edificación. Era más o menos tan ancha como alta era la Vera Cruz. Debajo de ella, dos hombres con capirotos negros, armados con mazos y clavos de hierro, aguardaban con los brazos cruzados sobre el pecho. Eran verdugos.

—Gabriel me ha dicho —continuó Saladino—: «Dios te esperaba». Me ha dicho: «Ninguna casa tiene más mérito que la tuya». Me ha dicho: «A los ayyubíes corresponde el honor de devolver Jerusalén al islam». Me ha dicho: «¡Y a ti, Saladino, corresponde unir a todos los mahometanos bajo una misma bandera!».

Los sirios, los egipcios, los yemeníes y los nubios entonaron el nombre de Saladino. Los otros, beduinos en su mayor parte, o los que venían de Bagdad, no dijeron nada. Una sombra había pasado sobre sus rostros. Entonces Saladino ordenó a Sohrawardi:

—¡Diles lo que los yinn te han revelado!

—Tomarás la ciudad, oh esplendor del islam. ¡Pero perderás un ojo!

Un murmullo se elevó de la multitud.

—¡Aunque me costara los dos ojos —declaró Saladino—, iría de todos modos!

Los hombres lo aclamaron. El sultán impuso silencio y prosiguió con una voz vibrante de cólera y emoción:

—¡No todos los creyentes estaban ayer en Hattin! ¿Dónde estaban, pues? ¿Dónde estaban los verdaderos mahometanos? ¡Los que tardan en acudir en ayuda del islam no recogerán los frutos del paraíso! La *yihad* es el deber personal de todo mahometano. ¿Por qué la casa de los ayyubíes es la única en combatir?

Saladino recorrió con la mirada a los que consideraba como los suyos —sirios, egipcios, nubios, yemeníes—, vestidos con el uniforme blanco con versículos del Corán bordados a la espalda. A aquellos los amaba. Luego desafió con la mirada a los beduinos y a los que venían de Bagdad. Entre ellos se encontraban algunos jefes de tribus importantes. Pero muchos no habían acudido, esperaban a conocer el resultado de la batalla para desplazarse. Entre los más valerosos se encontraban Dahrán ibn Uwád, el joven jeque de los kharsa, una tribu de diez mil tiendas —no tenía aún trece

años, pero ya gustaba mucho a las mujeres—; Náyif ibn Adid, el impetuoso jeque de los muhalliq, una tribu de tres mil tiendas —un gran amante del arte que por nada del mundo se hubiera perdido un combate—; Matlaq ibn Fayhán, el misterioso jeque de los zakrad, una tribu de ochocientas tiendas —que formaba a los mejores halconeros del mundo—, y finalmente, aunque hubiera llegado en el último momento, al final de las hostilidades, como era su costumbre, Rawdán ibn Sultán, el voluptuoso jeque de los maraykhát, una tribu de mil quinientas tiendas, que se desplazaba con muchas mujeres y bebía vino a raudales.

En cambio, al menos otras dieciséis tribus, que representaban unas treinta mil tiendas, habían hecho caso omiso de la llamada lanzada por Saladino el mes precedente. Para él, era un insulto. El sultán se encendió de ira.

—¡Todos deben acudir junto a nosotros o perecer como perros en el desierto! ¡Id a decir a todas las tribus, a todas las casas, que se sumen a nuestras filas para que nos unamos en la gloria de Alá!

A pesar de su pequeña talla, Saladino irradiaba gran energía.

El sultán apretó contra su pecho a su hijo, al-Afdal, y respiró en su cabello el intenso olor del atardecer de que se había impregnado. Sus hijos eran todo su orgullo. Por ellos había erigido su imperio. Se sentía como el orgulloso Alejandro de otros tiempos, cuyo imperio era mayor que la mano de Alá, pero más pequeño que donde alcanza su mirada, porque su mirada alcanza el infinito.

Morgennes, que a pesar de su extrema fatiga había seguido con atención toda la escena, se sintió emocionado por la fe de Saladino y la vehemencia con que enardecía a su pueblo. A su lado, la figura de Guido de Lusignan palidecía. Ridefort era patético y Raimundo de Castiglione, el maestro del Hospital, era un hombre que no destacaba apenas. Ninguno de los tres tenía ese carisma, esa fuerza de convicción, ese don para mostrar a sus tropas el camino que debían seguir.

Una desesperación inmensa se adueñó del alma de Morgennes. Se preguntaba por qué los mamelucos no lo habían acompañado de vuelta al cercado. ¿Acaso el espectáculo no había terminado? Buscó con la mirada a Taqi ad-Din, pero había desaparecido. En cambio, la corte del rey de Jerusalén no estaba lejos. Parecía que no se preocupaban por él. De pronto, el viejo marqués de Montferrat se llevó un dedo a los labios para indicarle que estuviera dispuesto. Discretamente le dirigió un pequeño guiño y le mostró la gran cruz en lo alto de la estela. Al parecer, Montferrat tenía un plan. A menos que tratara de decirle que no perdiera la esperanza, que Jesús estaba allí, que velaba por él.

Morgennes se vio apartado de sus reflexiones por el concierto que ofrecían una cuarentena de palomas que revoloteaban a ras de suelo. Los pájaros arrullaban alegremente, felices de salir en misión. Matlaq ibn Fayhán les había atado bajo el vientre un rollo de pergamino para anunciar la victoria de Saladino a todas las tribus

que hasta entonces se habían mostrado reacias a participar, a todas las ciudades que todavía no se habían incorporado a su causa; y para conminarlas a que se unieran a él, o al menos enviaran armas, dinero o víveres.

El vientre y las alas de las palomas habían sido pintados de color azul cielo; Solo les habían dado de comer una vez en todo el día, al alba, una mezcla especial de cebada y de mijo de la que la tribu de los zakrad poseía el secreto.

Agentes del Yazak habían penetrado la semana anterior, disfrazados de mendigos, mercaderes o ulemas, en el seno de cada ciudad, de cada tribu a la que Saladino quería enviar su mensaje. Y en cada caso llevaban consigo dos jaulitas. La primera contenía una pareja de palomas: un macho y una hembra; la segunda, un joven macho célibe. Posteriormente habían separado las parejas; los machos habían vuelto al campo de Saladino con uno de los agentes del Yazak, y las hembras habían sido introducidas, bajo la mirada de su compañero, en la jaula del palomo célibe. La naturaleza está hecha de tal modo que los machos, celosos y desgraciados, solo tenían un deseo: volver volando rápidamente junto a su amada.

Matlaq hizo un gesto en dirección a Saladino, y tres palomas volaron hacia él. Eran unos pájaros soberbios, de gran envergadura. Las aves se posaron a los pies del sultán, pavoneándose. Saladino cogió una de las palomas en sus manos, formando una copa, y se acercó al rey de Jerusalén.

—Esta es para vuestra mujer. Le informo de a cuánto asciende vuestro rescate... Así sabrá que estáis con vida. ¿Queréis añadir algo?

Lusignan, temblando ante la idea de que el Yazak se hubiera acercado tanto a su esposa, se contentó con murmurar:

—Decidle que pague, lo más rápido posible...

—Escribídselo vos mismo.

Dos ulemas le llevaron con qué escribir, y Guido de Lusignan comenzó a redactar su nota. Cuando hubo terminado, Saladino cogió un segundo pájaro. Esta vez se dirigió a Gerardo de Ridefort, maestro del Temple.

—Este mensaje es para el patriarca de Jerusalén, Heraclio —dijo el sultán—. Por desgracia para él, son muy malas noticias: la Vera Cruz está en nuestra posesión, y uno de sus hijos, Rufino, obispo de Acre, está... —Saladino lanzó una ojeada a la cabeza de Rufino, en la arqueta, y prosiguió—:... incapacitado para abrazar de nuevo a su padre. En cuanto al obispo de Lydda, Bernardo, su otro hijo, no lo hemos encontrado. ¿Está muerto? ¿Vive aún? Probablemente haya huido... A vos, pues, Gerardo de Ridefort, gran amigo de Heraclio, planteo esta pregunta: ¿queréis ser el hombre que lleve al patriarca de Jerusalén, y por tanto a la cristiandad, la noticia de que la Vera Cruz está en nuestra posesión?

—Se lo diré. Y añadiré también que haré cuanto esté en mi mano para recuperarla.

—Es decir, no gran cosa, me temo —concluyó Saladino volviéndose hacia la tercera y última paloma—. Esta es para Etiennette de Milly, futura viuda de Reinaldo de Chátillon, que aquí llega justamente...

Dos robustos mamelucos subían a caballo por un estrecho sendero arrastrando tras de sí a un hombre encadenado: Reinaldo de Chátillon. El Lobo de Kerak, reducido al estado de magma sanguinolento, se tambaleaba bajo el peso de sus cadenas. Jirones de carne se habían enredado con los eslabones, de modo que parecía imposible liberarlo sin arrancarle la mitad del cuerpo. Pero Chátillon no había perdido nada de su fiereza. Aún se tenía en pie, Dios sabe cómo, y en medio de los escupitajos, las injurias y los golpes, seguía avanzando. En sus ojos resplandecía un brillo demente y sus labios se elevaban en un rictus repulsivo que descubría sus caninos, enrojecidos por la sangre. El hecho de que aún siguiera vivo ya era en sí mismo un milagro. Lo impulsaban una cólera y una rabia tan vivas que a intervalos irregulares su organismo se veía acometido por temblores. Entonces reducía el paso, tensaba los músculos como si quisiera romper los hierros que lo sujetaban y frenaba la marcha de los caballos que tiraban de él. Ante sus esfuerzos, la multitud, espantada, retrocedía. Los mamelucos espoleaban a sus monturas, y Chátillon volvía a arrancar, como un roble brutalmente desenraizado.

Una vez llegados a la cima de la colina de Hattin, los mamelucos se dispusieron a izar a Chátillon al primero de los tres niveles del andamiaje. Los verdugos los ayudaron, sujetando el cuerpo por las axilas y pasando cuerdas bajo sus brazos, mientras desde abajo lo empujaban por las piernas gritando rítmicamente.

Un lamento fúnebre, un aullido que helaba la sangre, surgió de la garganta del Lobo de Kerak. Un largo grito de dolor y de rabia. Los sarracenos estaban ansiosos por acabar y clavar definitivamente en su cruz a aquel hombre infame. Mientras lo subían al segundo nivel del andamiaje, Saladino se dirigió a la multitud.

—Temo que Brins Arnat no esté en condiciones de escribir a su viuda. De modo que yo me encargaré de hacerlo. Así conocerá su epitafio.

El sultán blandió una placa de madera, sobre la que había hecho grabar, en árabe y en *lingua franca*, la inscripción: REINALDO DE CHÁTILLON, PRÍNCIPE DE LOS FRANCOS DE TIERRA SANTA.

—Usurpando el poder en toda ocasión, mofándose de Dios igual que de los hombres, cualquiera que fuera su rango, escuchándose solo a sí mismo, así era Brins Arnat. El es la imagen que conservaremos para siempre de los francos venidos a esta tierra: la de unos abominables saqueadores sacrílegos, violadores y embusteros, sin fe ni ley.

Cuando su ayudante hubo acabado de copiar el mensaje bajo su dictado, Saladino soltó a la paloma, que, con un breve aleteo, se reunió con sus congéneres. El jeque Matlaq ibn Fayhán acarició a los pájaros con la mirada, en una muda señal de aliento.

Durante unos momentos las palomas trazaron círculos por encima de Hattin, y luego se dispersaron en la noche, llevadas unas por el viento y otras luchando contra él. Finalmente desaparecieron. Excepto un último pájaro, mucho mayor que los otros, que lanzó un grito estridente. Morgennes lo miró: era un magnífico halcón peregrino, el ave preferida de los reyes. Su plumaje gris oscuro mezclado de azul señalaba que era una hembra, cazadora temible, con reputación de indómita, que se había convertido en el emblema de los zakrad.

Poco después, los verdugos sacaron los brazos de Chátillon del amasijo de cadenas que los sujetaban y se los separaron para clavarle las manos. Los mamelucos estaban cada vez más nerviosos. Tughril los había dispuesto en círculo en torno a Saladino y

la estela funeraria. Los guardias formaban un cordón tan apretado de cimitarras y lanzas que quien tratara de franquearlo padecería un infierno de hojas aceradas.

Se escuchó una inspiración profunda, seguida inmediatamente de un silbido horrible: el del metal hundiéndose en la madera. Chátillon no había despegado los labios.

Los sarracenos exultaban.

—¡Sufre! —gritaban—. ¡Retuércete de dolor! ¡Sufre más! ¡Sufre siempre!

La vigilancia se había relajado ligeramente, y Montferrat, Plebano de Boutron y Unfredo IV de Toron se acercaron a Morgennes. En otras circunstancias, este lo hubiera encontrado más bien chusco, porque Unfredo de Toron era conocido por su cobardía —que por otra parte no negaba ni trataba de ocultar— y evitaba la compañía de los audaces. Los tres caballeros se esforzaban en adoptar un aire tan tranquilo como podían, pero sus sonrisas eran crispadas y en sus rasgos se reflejaba la tensión.

Guillermo de Montferrat dio unos pasos ante Morgennes, lo buscó con la mirada y, cuando lo hubo encontrado, desanudó su pañuelo. El chal de seda se deslizó de su cuello y cayó al polvo. Luego Montferrat bajó la cabeza, como si esperara algo, mientras sus labios articulaban un padrenuestro silencioso.

De pronto, un brusco movimiento de la multitud tuvo lugar del lado de la estela. Un franco de unos treinta años («¡Unfredo de Toron!», constató Morgennes, estupefacto) escalaba el andamiaje, con una decena de mamelucos tras sus talones.

—¡Huid! —exclamó entonces Montferrat, dando un empujón al primero de los mamelucos que vigilaban a Morgennes, mientras Plebano de Boutron sujetaba al segundo.

Inmediatamente Morgennes se inclinó, cogió el pañuelo y huyó, aprovechando la aglomeración y la oscuridad para desaparecer. Montferrat lo vio escapar y no pudo evitar una última sonrisa antes de que los mamelucos se abalanzaran sobre él.

5

*¡Que mi doctrina chorree como la lluvia, que mi palabra gotee como el rocío,
como el aguacero en la hierba tierna, como la llovizna en la pradera!*

Deuteronomio, XXXII, 2

El campamento de Saladino se extendía en un espacio de más de media legua entre Tiberíades y Kafr Sebt. Morgennes ascendió por la pendiente en el interior de la depresión y luego bajó la colina. Corrió, primero a cuatro patas, como un animal, magullándose las manos y los pies con las rocas, y luego se incorporó. Después de alcanzar el refugio de un bosquecillo, se detuvo cerca de un olivo y se enrolló el pañuelo negro en torno a la cabeza. Parecía un beduino.

Sus ropas estaban sucias y manchadas de sangre, con multitud de agujeros que dejaban ver su piel morena, tostada por el sol. La huida había despertado en él recuerdos dormidos desde hacía mucho tiempo. Su infancia. Los juegos con su hermana, las partidas de escondite en la montaña, las carreras en la nieve, el viento helado sobre sus rostros, sus dedos entumecidos por el frío, los copos en su pelo, en sus ojos, en sus bocas, muy abiertas. En su boca, muy abierta... De hecho, no era el Morgennes adulto quien había corrido, sino el Morgennes niño. Había corrido como en otro tiempo había huido, al otro lado del río, hacia la capilla y el bosque... Antes de aquella carrera, no recordaba siquiera haber tenido una infancia. Como Ulises, aquel primo lejano que lo había precedido en la peregrinación, Morgennes había provocado la furia divina. Una maldición había borrado en parte su memoria. Desde entonces permanecía como un náufrago en Tierra Santa, condenado a seguir lejos de su hogar hasta que una mano caritativa lo devolviera allí.

¿Pero había en algún lugar una Penélope, un Telémaco? Ya no lo recordaba. En realidad, ni siquiera recordaba haber olvidado. Para él solo existía la prisión del presente.

Todo lo que Morgennes sabía de su pasado era o reciente o muy antiguo. Pero había olvidado hasta las razones de su ida a Tierra Santa, sus primeras hazañas — aunque se las hubieran relatado en más de una ocasión— y todo lo que hace que un hombre haya vivido. Morgennes se sentía, sin duda, con un pasado, con una historia, pero ¿era la suya? Si hubiera sido la de otro, no habría visto ninguna diferencia. En cierto modo, había nacido hacía menos de un año. Cuando lo habían nombrado guardián de la Santa Cruz. Otros caballeros del Hospital habían soñado con ser elevados a esta función. Él no. Él no era un político suficientemente hábil, y nunca se había encontrado a la cabeza de esa casta. Había gente que velaba por él, amigos. Gente que pensaba bien de él, que conocía su historia, las pruebas que había

soportado, las hazañas que había realizado, la maldición que lo había golpeado. Otros, al contrario, estaban celosos de su persona, lo querían mal. Morgennes los irritaba: parecía indiferente a todo. Pero lo que en unos suscitaba exasperación, en los otros despertaba estima. Era como si el mundo, al entrar en contacto con él, se dividiera en dos. Estaban los que lo encontraban modesto y los que lo encontraban orgulloso. Estos decían que a menudo era triste y aquellos opinaban que estaba casi siempre alegre. Los que consideraban que se preocupaba poco por los demás se enfrentaban a los que alababan su capacidad de escuchar. Estos resaltaban su calma y su dominio de sí mismo. Aquellos deploraban su cólera y su impertinencia.

En el año de gracia de 1186, el maestro del Hospital, Roger des Moulins, había reunido a su consejo privado. Se trataba de saber qué hermano debería reemplazar al noble y buen hermano Montillet, guardián de la Vera Cruz, muerto en el combate. Se había mencionado el nombre del hermano Morgennes, lo que había dado lugar a una agitada discusión.

—¡Es un individuo insulso, os digo!

—¡Pues yo creo que tiene una fuerte personalidad!

—¡Es un insolente!

—¡Siempre se muestra muy respetuoso! —¡No deja de discutir!

—¡Nunca habla demasiado, y siempre lo hace acertadamente!

Le encontraban innumerables defectos que compensaba un tesoro de virtudes. Valiente, audaz, eran calificativos que se repetían con frecuencia. Tímido, indeciso, también.. Se sorprendían de que fuera hospitalario. Se discutía entonces sobre los rasgos de carácter que debía poseer un caballero del Hospital. Y todos coincidían en que debía reunir las tres virtudes propias de un buen monje, es decir, obediencia, pobreza y castidad; así como las de un buen caballero: lealtad, coraje y prudencia.

Hecho rarísimo, la discusión había acabado con altercados y gritos, a los que Roger des Moulins había puesto fin al declarar:

—Lo que es seguro es que al hablar demasiado de él, cualesquiera que sean sus méritos o sus defectos, nos perdemos. Lo que debe retener nuestra atención no es el noble y buen hermano Morgennes, sino Cristo, los pobres, los enfermos, la Santa Cruz, al servicio de los cuales estamos. Tengo la impresión, al escucharos, de que no habláis del mismo hombre; y no consigo saber cuántas personas es Morgennes. ¿Es dos, uno bueno y el otro malo? ¿Es muchos más que dos? Lo que es seguro es que, al querer delimitarlo demasiado bien, uno pierde la razón. Este debate me entristece, y nos aleja de nuestro tema: ¿el noble y buen hermano Morgennes es o no es digno, en vuestra opinión, del cargo de «apóstol» tal como nosotros lo entendemos?

De nuevo hubo discusiones para saber qué calificaciones debía tener quien era elevado a ese rango. ¿Debía poseer un temperamento fogoso y brutal, como Rolando de Jourdain, o debía ser, al contrario, dulce y piadoso?

El maestro del Hospital había zanjado la cuestión.

—Siendo noble Morgennes, y puesto que estamos de acuerdo en que sabe combatir y cabalgar muy bien, le confiaremos la guardia de la Santa Cruz. Id a buscar al hermano Morgennes a fin de que sea informado del honor que se le hace.

—Muy bien —declaró Morgennes al conocer la noticia.

Morgennes se había puesto a cubierto entre dos rocas. El hambre lo atormentaba, pero la idea de comer le daba náuseas. No había bebido nada desde hacía demasiado tiempo. De manera que se levantó y volvió a caminar hacia el lago Tiberiades, junto al que acampaba el ejército de Saladino. Iba hacia allí porque un hombre solo, en el desierto, sin caballo ni agua, no tenía ninguna posibilidad de sobrevivir. Morgennes caminó en la noche, confiando en su oído, tratando de adivinar de dónde provenían los ruidos de las banderas que flameaban al viento. Finalmente divisó unas luces, a un tiro de flecha. Unos braseros brillaban en las tinieblas como ojos de gatos salvajes. De pronto vio una forma que se movía, luego dos, y a continuación más de una docena.

Una jauría de perros de pelo corto, esas criaturas inmundas que son las sombras de los ejércitos, se atracaba con la carne de los cadáveres. Después de haber lamido las heridas aún tibias, los animales se habían puesto a devorar a los muertos empezando por las partes tiernas. Una hiena que sostenía una mano en la boca gruñó en dirección a Morgennes, que permaneció inmóvil. De ningún modo quería darle la impresión de que había ido a disputarle su comida. La hiena lo dejó tranquilo.

Un animal se apartó bruscamente del grupo y lo miró, con los ojos húmedos y la lengua colgando. No era un carroñero: tenía el pelo más largo, amarillo, casi rojizo. Era una perrita, mezcla de raposa y podenco. Los chacales y las hienas la rechazaban, amenazaban con morderla cada vez que se acercaba a un muerto.

Morgennes la observó. Estaba tan delgada que se le veían las costillas. Tenía el pelo chamuscado a trozos y en las patas se veían huellas de quemaduras. Seguramente había pertenecido a uno de los soldados del ejército franco, caído en el campo de batalla. Morgennes dirigió una mirada a los cuerpos hechos pedazos. ¿Habría sido su amo uno de ellos?

El hospitalario hizo ademán de seguir adelante, e invitó a la perrita a acercarse con un gesto. El animal ladró feliz y lo siguió. Con la perra pegada a los talones, Morgennes llegó al campamento sarraceno. Aquí y allá, fuegos que ardían bajo ollas colgadas de soportes horadaban la oscuridad de la noche, en la que Morgennes se fundía. La perra se puso frenética. Corrió hacia un caldero, de donde ascendía un olor delicioso, y fue acogida con gritos entusiastas. Los mahometanos le arrojaron algunos restos de pinchos de carne, amenazándola en broma con asarla a ella si no se los acababa. La perrita devoró alegremente lo que le tiraban al polvo. Un adolescente la cubrió de caricias y la llamó «mi amiguita». Luego miró alrededor, temeroso de que

alguien fuera a reclamarla. Pero un viejo con la boca llena de dientes rotos y negros, agitando una ramita con la punta incandescente, le gritó:

—Puedes quedártela, ahora es tuya. ¡Son los perros los que eligen a sus amos, y no al revés!

El adolescente le dirigió una sonrisa radiante. El viejo se entretuvo soplando la brasa de su bastoncillo, y añadió:

—Ya tendrás tiempo de devolverla, cuando vengan a buscarla. Incluso podrás pedir unos dinares por haberte ocupado tan bien de ella...

—Mientras tanto hay que encontrarle un nombre —concluyó el adolescente.

Morgennes había seguido toda la escena en la sombra.

«Ingrata», pensó. Y luego se marchó, ansioso por encontrar algo con que calmar su sed: mirara a donde mirara, veía a alguien bebiendo. Agua, té, leche, zumos de frutas e incluso alcohol. Algunos soldados, vestidos todavía con sus gambesones de tela acolchada, bebían a grandes tragos un vino perfumado con el que se emborrachaban. Les decían:

—No bebáis alcohol, está prohibido.

Y ellos respondían:

—¿Es alcohol? No lo sabíamos, era de los francos (¡la maldición caiga sobre ellos!)...

—¡Los francos ya no tenían nada que beber! —les replicaban.

Y ellos reían a carcajadas y seguían emborrachándose.

Por todas partes se oían gritos, llamadas. Soldados que transportaban haces de leña se sentaban sobre ellos para celebrar interminables partidas de *az-zhar*. Los que habían comido demasiado se envolvían en una estera y se dejaban caer al suelo, borrachos de hartura.

Morgennes se alejaba discretamente hacia un rincón más tranquilo, cuando un grito atrajo su atención. Se agazapó detrás de un barrilito de pescado fresco, cuyo olor le dio náuseas, y arriesgó una mirada. Dos hombres habían sacado sus cuchillos y se insultaban. La razón de su disputa era imprecisa, pero al parecer tenía relación con el color de las banderas mahometanas. Los hombres se dirigían miradas crueles y se trataban el uno de pagano y el otro de politeísta. Sus armas despedían destellos. El pagano trató de morder al politeísta lanzando unos abominables gritos de hiena.

Morgennes comprendió entonces a qué parte del campamento de Saladino lo había conducido el azar: se encontraba en la zona que ocupaba la más terrible de las tribus aliadas a Saladino, la de los maraykhát, que eran a los hombres lo que los carroñeros a los perros. Los maraykhát nunca participaban realmente en los combates, sino que esperaban a ver por quién se inclinaba la victoria... Y después saqueaban a los vencidos. Saladino, que siempre hacía acampar a su ejército en orden de marcha, les había ordenado que plantaran sus tiendas atrás.

Morgennes hubiera podido darse cuenta antes; en numerosos lugares, los estandartes amarillos de la tribu de los maraykhát acompañaban a los del sultán.

Rawdán ibn Sultán, el jeque de los maraykhát, era un buen representante de su pueblo: cruel y pérfido, siempre estaba dispuesto a venderse al mejor postor. Saladino lo sabía bien, pues ya en dos ocasiones le había ofrecido tales cantidades de dinero que, después de haber prometido su apoyo a los francos, Rawdán se había vuelto contra ellos. Los maraykhát combatían con armas de un género especial, con una hoja curva que causaba heridas que no se cerraban. A menudo las untaban con un veneno contra el cual estaban inmunizados y que tenía la particularidad de impedir que la sangre se coagulara. Ocurría así, en ocasiones, que uno de sus enemigos saliera vencedor de un combate para morir poco después de una herida que no dejaba de sangrar. Todo el mundo, de los mahometanos a los francos, odiaba y temía a los maraykhát. Se compraban sus servicios a precio de oro por miedo a que el campo enemigo hiciera lo propio.

Esos hombres se daban a sí mismos el nombre de «señores de las serpientes y los escorpiones», pero de hecho tenían una relación muy lejana con ambos animales y se comportaban más bien como ratas.

Aunque era ya muy tarde, los maraykhát seguían divirtiéndose. Algunas mujeres bailaban lascivamente con un compañero que imitaba sus gestos, con las manos colocadas sobre sus nalgas. Los más audaces —o los más borrachos— depositaban besos voluptuosos en el cuello de las bailarinas, que reían a carcajadas. Las manos se aventuraban sobre los senos, las bocas sobre las bocas, los sexos se rozaban.

Morgennes se cargó al hombro el barrilito de pescado fresco y se acercó a una hoguera pequeña que los juerguistas habían abandonado. En medio de los restos de provisiones, se veían algunos cantarillos dispersos. El hospitalario se apoderó subrepticamente de uno de los recipientes y se alejó como si tal cosa.

En aquel momento una voz exclamó tras él:

—¡Eh, tú, allí! ¿Adonde te llevas el barril? ¡Es nuestro, déjalo!

Lentamente, Morgennes dejó el barril en el suelo y prosiguió su camino.

—¡Detente!

Morgennes se detuvo, pero no se giró.

—Muéstranos tu cara. ¿Quién eres?

El hombre estaba a solo unos pasos y lanzaba exabruptos contra los zakrad. Morgennes dirigió una mirada rápida a los alrededores para evaluar la situación. Comensales dormidos obstaculizaban el paso; dos soldados borrachos caminaban dándose el brazo, zigzagueando; algunos niños se divertían persiguiéndose y se tiraban a la cara puñados de arena, huesos de pollo o restos de pastelillos; finalmente, pasaban jinetes a todo galope, saltando por encima de las hogueras, volcando las ollas y asustando a los juerguistas, que se indignaban con su audacia. Menudeaban las

peleas, y se reñía por una mujer, un pedazo de carne, un vaso de licor, o por el gusto de hacerlo. Un poco más allá había gente cantando, bebiendo. De modo que Morgennes dejó que el hombre se acercara, y luego se volvió bruscamente y le rompió el cantarillo en el cráneo. El recipiente explotó con la violencia del impacto; el maraykhát retrocedió titubeando, y acto seguido se derrumbó inconsciente.

—¡Cogedlo! —exclamó una voz que venía de más lejos.

Morgennes no lo pensó dos veces y salió a escape en dirección al campamento de los zakrad. Su jefe, Matlaq ibn Fayhán, había sido el primero de todos los nómadas en seguir a Saladino. Era un hombre justo y bueno, o al menos tenía esa reputación.

—¡Es un espía de los zakrad! —gritó otra voz.

Una intensa agitación se propagó por el campamento de los maraykhát. Morgennes corrió tan deprisa como pudo, con una horda de perseguidores pisándole los talones. Podía oír cómo vociferaban, se atrepellaban y desenvainaban sus armas. A aquel escándalo pronto se añadió un ruido de caballos: una decena de jinetes galopaban tras él. Sacando fuerzas de flaqueza, Morgennes aceleró el paso y se precipitó hacia una tienda inmensa donde ondeaba el estandarte de los zakrad.

La irrupción de centenares de maraykhát entre los adiestradores de aves no pasó inadvertida. Sin preocuparse por aquel individuo con la cara envuelta en un pañuelo, numerosos zakrad corrieron hacia los bárbaros para expulsarlos, porque aquellos dos pueblos se odiaban. Mamelucos montados en recias cabalgaduras trataron de separar a los beligerantes, y al ver que recibían golpes de ambos lados, hicieron restallar sus látigos. Locos de rabia, los maraykhát se lanzaron contra ellos para derribarlos de la silla. Se entabló un cuerpo a cuerpo brutal, se enarbolaron armas y corrió la sangre.

De pronto un grito estridente resonó en el cielo, y un relámpago azul grisáceo golpeó a uno de los maraykhát en el pecho. El hombre se llevó la mano al corazón y la miró. Estaba manchada de una sangre espesa. No tuvo tiempo de sorprenderse y se derrumbó muerto. Los aullidos se hicieron ensordecedores, y un nuevo grito llegó del cielo.

Un halcón peregrino trazaba círculos bajo la bóveda celeste y escrutaba la tierra con sus ojos de oro. El ave abrió el pico, en busca de una nueva presa, extendiendo sus alas por encima de los combatientes. Generalmente aquellos pájaros no volaban de noche. ¿Estaría encantado el halcón?

Los zakrad enmudecieron. Los maraykhát se miraron con inquietud y volvieron a su campamento. Morgennes, que se había ocultado en medio de una hilera de caballos trabados, esperó un rato para hacerse olvidar. Estaba recuperando la respiración cuando escuchó un tintineo de campanillas. ¿De dónde procedía? No lejos de él, rodeada por una decena de tiendas más pequeñas, se veía una gran carpa de tela cuadrada: probablemente la tienda de Matlaq ibn Fayhán. Una ráfaga de viento levantó la cortina de pelo de camello de la entrada y dejó a la vista una mesita baja

con unos vasos encima, y también una garrafa de cristal. Luego la cortina volvió a caer. El corazón de Morgennes se puso a palpar con violencia. A unos pasos tenía con qué apagar su sed. «Demasiado fácil», se dijo.

Se escuchó de nuevo el tintineo. Morgennes volvió la cabeza y vio acercarse a una joven montada en una camella. El animal, originalmente blanco, había sido embadurnado de negro con el hollín recogido de la base de un caldero. Sobre el pecho llevaba una campanita de bronce que sonaba al ritmo de su marcha bamboleante.

La túnica de la camellera era de seda negra y brillaba en la oscuridad. La tela reflejaba todo lo que refulgía alrededor: resplandores de braseros o de antorchas, que se consumían en sus pliegues.

El pájaro de presa chilló otra vez. La joven levantó la mirada, lo buscó entre las estrellas y, cuando lo hubo descubierto, tendió el brazo. El ave se lanzó en picado hacia ella y se posó sobre el puño cerrado, abrazándolo con delicadeza. Su ama le habló entonces en una extraña lengua, hecha de sonos guturales y notas agudas, de silbidos y susurros. El halcón la escuchaba inclinando la cabeza, y respondía a veces, tan dócil como un canario. La joven y el pájaro se entendían tan bien que parecían de la misma raza, de la misma sangre.

El viento expulsó las nubes y una claridad lunar los iluminó con un aura vaporosa. La campanita resonó por tercera vez. Morgennes tenía la impresión de asistir a una ceremonia religiosa y de estar, violando un interdicto. Aprovechando el retorno de las nubes, se deslizó a escondidas al interior de la tienda de Matlaq ibn Fayhán.

La tienda era profunda, con un mástil de marfil en el centro. Una luminaria en forma de palmera difundía una luz cobriza. El mobiliario era sencillo: algunos cojines bordados, una mesa baja, un arca, un biombo. Todos decorados con versículos del Corán. El biombo estaba compuesto por tres paneles de boj esculpidos: unos soberbios grabados representaban un águila gigantesca, el pájaro Roc, cuyas hazañas se relataban en *Las mil y una noches*. En uno de los paneles, el pájaro Roc transportaba a un elefante por los aires para abandonarlo en la cima de la montaña más alta de Arabia.

Cuando Morgennes entró, un pavo real que hacía la rueda plegó su cola y, con un graznido, huyó hacia el fondo de la tienda, lanzando reflejos coloreados sobre la tela. Aquella imagen reavivó la sed de Morgennes. Sus ojos no se apartaban de la garrafa de cristal. Tenía tanta sed que un frasco de alcohol de lana hubiera sido ambrosía para él. Morgennes cogió la garrafa y la inclinó hacia uno de los vasos. ¡Vacía! Su mano empezó a temblar. Poco faltó para que retorciera el cuello al pavo real y se saciara con su sangre. Sentía unas ansias asesinas que no podía explicarse. Miró los vasos;

también estaban vacíos. Rabioso, barrió la mesa con el dorso de la mano. Vasos y garrafa se rompieron contra el suelo en medio de un silencio absoluto. Las espesas alfombras de lana habían amortiguado la caída.

Un ruido atrajo su atención: llegaba gente. Morgennes se deslizó precipitadamente tras el biombo, donde se había refugiado el pavo real, y un hombre con una voz que le era conocida invitó a una mujer a entrar en la tienda.

—Me envía a Bagdad con una camella cargada de trofeos —dijo la mujer en árabe, con un ligero acento franco—. Quiere que convenza al califa de que le envíe nuevas tropas, dinero y víveres. Si no, dijo, será toda la Umma la que se vea condenada a la desaparición, vencida por los francos.

—Me sorprendería mucho —replicó Taqi—. Los francos están demasiado atrapados en sus propias disputas para preocuparse por nosotros. No se moverán.

—Desengáñate —replicó la joven en tono disgustado—. Cuando sepan que la Santa Cruz está en vuestras manos, miles de soldados realizarán la travesía para acudir en su socorro.

—¡Que vengan! Los venceremos, y luego iremos a llevar la palabra del Profeta hasta vosotros. París tendrá por fin su catedral, ¡pero será una mezquita!

Morgennes, que los había observado por una rendija del biombo, había reconocido a la joven del halcón peregrino y a Taqi ad-Din, el sobrino de Saladino. Sorprendido de volver a verlo, atribuyendo a la providencia el hecho de haberlo encontrado con tanta frecuencia en su camino, Morgennes pensó por un instante en salir de su escondite. Pero ya la joven volvía a tomar la palabra. Había visto los vasos en el suelo.

—No lo entiendo. Había pedido que nos trajeran agua fresca y lo han tirado todo...

Taqi se agachó, colocó la mano sobre la alfombra y la miró: estaba mojada.

—Probablemente un animal —dijo.

—Debe de haber sido mi pavo real. Por cierto, ¿dónde está? Normalmente siempre viene a hacerme zalamerías...

Morgennes se estremeció. ¿De qué agua hablaba? Él había visto la garrafa, la había tenido entre sus manos: ¡y estaba vacía! «Me estoy volviendo loco», pensó. Con manos febriles, apretó el cuello del pavo real y todo se puso a dar vueltas. Ya no sentía los brazos, no sentía su cuerpo. Solo sentía una opresión, y aquella obsesión continua: «Beber, beber, beber, beber...».

Un roce atrajo su atención. Al mirar de nuevo por la rendija del biombo, vio que Taqi se despojaba de su brial negro. Debajo llevaba una camisa bordada, cubierta de inscripciones árabes, pentágonos y signos cabalísticos. Tenía el aspecto ajado de la ropa que se ha llevado demasiado. Cuando Taqi se la sacó, apareció su torso, cubierto de tatuajes. La mayoría eran transcripciones de versículos del Corán; otros eran

pentagramas, símbolos alquímicos. Muchos eran incomprensibles, pero recordaban los dibujos de la camisa trazados del revés. Como si la prenda hubiera desteñido.

La joven también se había desnudado. Morgennes sabía que hubiera debido apartar la mirada, pero el espectáculo de sus senos lo hipnotizaba. Otra forma de sed se despertó en él, una sed cuya llamada no había escuchado desde hacía años, una sed que había creído extinguida desde... Ya no llegaba a recordar cuándo. Por otra parte, Taqi también debía de sentirla, porque adelantó una mano hacia el pecho de la joven para acariciarlo. Ella lo dejó hacer un momento, y luego lo invitó a detenerse.

—No tenemos tiempo.

Taqi siguió contemplándola, trazando distraídamente sobre su espalda inscripciones en árabe. Morgennes vio así cómo se dibujaban y luego desaparecían frases cortas donde podía leerse «te amo» y «Dios te guarde». Luego ella lo rechazó gentilmente y se puso la camisa de Taqi. Sus movimientos estaban tan llenos de gracia que producían la impresión de un estandarte flotando delicadamente al viento, en vísperas de un combate. La joven llevaba, además, numerosas joyas: brazaletes, zarcillos, talismanes, collares, aros y anillos adornados con piedras preciosas, peines de marfil prendidos en el pelo, hilos de oro en los tobillos y en la cintura... Parecían joyas antiguas. «No hay tantas en el tesoro de los templarios», pensó Morgennes. De su cuello colgaba el más célebre de los amuletos de la suerte del islam, la mano de Fátima.

—¡Eres tan hermosa, prima! Estos adornos no te embellecen, sino tú a ellos. Tú les das su brillo, su belleza...

—Taqi —dijo la joven con un suspiro—, para, me incomodas.

—¿Te incomodo? Pero si solo me acerco a tu verdad; llamarte hermosa es decir poco. Eres un atisbo del paraíso, y entreverte significa ya estar salvado. Eres el más precioso de los relicarios.

Incapaz de dejar de mirarla, Morgennes lo corrigió sin siquiera darse cuenta: «O, más exactamente, la más preciosa de las reliquias...».

Finalmente la joven, después de haberse vestido con la camisa de Taqi y de haberse puesto sus propias ropas encima, se dirigió hacia un mueble y sacó un cofre, el mismo que Morgennes había visto aquella mañana en manos del ciego queapestaba a macho cabrío. La joven mantuvo el cofrecillo apretado contra su cuerpo, con una expresión triste y resuelta en el rostro que Morgennes no podía explicarse.

—¿Dispuesta? —preguntó Taqi.

Ella asintió con la cabeza, y los dos se fueron.

Morgennes decidió seguirlos. Esperó unos instantes, y luego salió también, dejando atrás a un pavo real erizado de espanto.

6

Es posible que tengáis aversión a una cosa que es un bien para vosotros.

Corán, II, 216

Morgennes avanzaba en la noche, sombra entre las sombras, manteniéndose a distancia de las antorchas. Siguiendo los pasos de Taqi ad-Din y de la joven a la que había dado el nombre de «la Reliquia», se introdujo en el seno del campamento de los zakrad con la discreción de un zorro, ocultándose detrás de un caballo, una tienda, un camello.

Los dos jóvenes llegaron a una zona del campamento donde una cuarentena de camellos montados por beduinos los esperaban impacientes. Mientras las antorchas se apartaban para dejarlos pasar, un hombre viejo, de unos sesenta años, que llevaba un cayado en la mano, se acercó a la Reliquia y a Taqi. El hombre levantó el cayado y se hizo el silencio.

—Escuchadme —dijo el anciano con mirada febril—. ¡Si no lleváis a buen término la misión que Saladino (la paz sea con él) os ha encomendado, estaremos acabados! ¡Los dioses de las antiguas naciones tiemblan! ¡Los herejes están acorralados! ¡Se rebelarán y se aliarán con los cristianos (que la peste caiga sobre ellos)! ¡Hordas de demonios surgirán de los infiernos para combatirlos! ¡Pero no hay más Dios que Alá, Él es el único Dios! Su victoria será total, está escrito. Pero antes quiere ponerlos a prueba: obstáculos terribles se levantarán en vuestro camino.

Y, señalando a Taqi, dijo con una voz que retumbaba como la tempestad:

—En el tuyo, noble Taqi ad-Din Umar, gobernador de Egipto, sobrino de Saladino, los cristianos y los chiies tratarán de detenerte, de hacerte tropezar... Pero vencerás, porque eres un hombre fuerte, intrépido e inteligente. Sabrás desenmascarar los disfraces de los que se presenten ante ti y ver el mal bajo la máscara del bien. A ti corresponderá decidir luego las acciones que debas emprender.

Y, girándose hacia la Reliquia, murmuró:

—En el tuyo, Casiopea, noble y querida hija que adoptamos como una segunda Fátima, se levantarán tantos obstáculos como astros en la constelación cuyo nombre llevas. Los peores vendrán de ti, de tu propio corazón, de tus dudas, de tu pasado. Y tendrás que hacer lo que siempre te has negado a hacer: afrontar tu destino.

—Lo afrontaré... —respondió la Reliquia, cuyo auténtico nombre acababa de conocer Morgennes.

—No lo dudo —prosiguió el anciano—. Si consigues llevar esta camella a Bagdad y obtener del jefe de los creyentes (que Alá lo proteja y lo guarde) que nos envíe refuerzos, habremos contraído contigo una deuda eterna. Estos desafíos que

Dios, en su grandísima misericordia, ha colocado en vuestro camino os convertirán en héroes. Precisamente porque os ama y porque sois sus hijos preferidos será tan arduo. Alá nunca facilita la labor a sus elegidos. En nombre del conjunto de los hijos del desierto que han seguido a Saladino desde el anuncio de la yihad, seáis benditos los dos. ¡Que los yinn os sean favorables! ¡Que Dios os guarde!

Aquel anciano con aspecto de pastor era, en realidad, el jeque de la tribu de los muhalliq: Náyif ibn Adid. Del caudillo muhalliq se ponderaba menos su valor en el combate, su fidelidad, su paciencia y su coraje, que su amor por la guerra y su pasión por las intrigas: amorosas, políticas, militares... Porque a Náyif ibn Adid le horrorizaba la posibilidad de aburrirse, y hubiera matado a su padre y a su madre para acabar con la rutina. Gastaba fortunas para atraer a pintores, narradores, cantantes, bailarinas, músicos... de los cuatro extremos de Arabia, e incluso de la India, Persia y Europa. Su corte, aunque de tamaño modesto, era conocida por albergar a algunos de los más grandes artistas cristianos, judíos y mahometanos del mundo. Cuando se trataba de arte, a Náyif ibn Adid no le preocupaba ya la religión. Allí podían encontrarse en gran número poetas y trovadores de todas las confesiones. En 1178, el propio Chrétien de Troyes había residido en ella con ocasión de un viaje a Tierra Santa que había realizado en compañía del conde de Flandes, Felipe de Alsacia, su protector. En su casa, los artistas eran considerados héroes, y el pueblo los adoraba. Porque distraer al jeque de los muhalliq no era tarea fácil. Náyif ibn Adid se parecía a las princesas de *Las mil y una noches*, y se aburría mortalmente.

Como ellas, Náyif ibn Adid seguía célibe y sin descendencia legítima. Su harén le había proporcionado algunos placeres, numerosos bastardos y aún más preocupaciones —en suma, todo lo que acarrear las mujeres—, pero no una esposa oficial. Algunos decían que soñaba con casarse con Casiopea; pero ella rechazaba sus avances, como los de todos los demás.

Se decía que la joven todavía era virgen. Los niños no la querían; sus madres eran menos duras. Las mujeres tenían celos de ella. Y muy pocos hombres se atrevían a abordarla. Los que se arriesgaban a hacerlo galleaban ridículamente o se ponían a farfullar. Casiopea era una mujer altiva y severa a la que miraban con respeto, y también con cierto temor. Decían que buscaba un hombre, al personaje de una narración. Pero, según otro rumor, había hecho un voto y se había jurado que no aceptaría esposo mientras no lo hubiera cumplido. Todos admiraban su gracia, su belleza, su talle esbelto y su porte de reina. Impresionaba el hecho de que supiera combatir tan bien como bailaba, y más de uno no se atrevía a alabarla por temor a su reacción. La joven tenía para la gente que se dirigía a ella (excepto para Taqi, aparentemente) palabras que helaban la sangre. Con una sentencia, un gesto, una mirada, los devolvía a la infancia de donde creían haber salido y les hacía comprender que siempre serían unos mequetrefes, que frente a ella ningún hombre

daba la talla, si bien ella misma no era tan mayor, por más que su rostro pareciera haber sido siempre el de un adulto. A su lado, no eran nada.

Casiopea había subido a su camella blanca, con los flancos todavía negros de hollín. Conforme a la tradición, que también exigía que fuera una mujer la que montara la camella, habían pasado en torno al cuello del animal la famosa «campana de la llamada», atada a una cuerdecita de pelo de cabra. Cuando la campana tintineó, los hombres se pusieron a gritar: «¡Refuerzos! ¡Refuerzos! ¡Refuerzos!». Era la costumbre: todos los que la oían sonar debían unirse a su portador y ofrecerle su ayuda.

Morgennes se prometió que, una vez restablecido, organizaría una expedición que se encargara de perseguir a Casiopea a través del desierto. Había que impedir a toda costa que llegara a Bagdad, [ero antes debía encontrar algo de beber. No muy lejos divisó un campo donde varias cabras y cabritillos habían sido instalados para la noche. Las ubres de las cabras estaban cargadas de leche. Morgennes entró sigilosamente en el cercado y trató de atrapar alguna. Pero los animales huían ante él, balando con todas sus fuerzas.

Cansado de perseguirlas, esperó sin moverse. Las cabras se calmaron, y Morgennes se fue acercando a una de ellas hasta que estuvo bastante cerca para poder tocarla. Tenía la blancura de los hábitos de oración, y sus pezones rozaban los escasos tallos de hierba. Morgennes se disponía a quitarse la keffieh cuando un perro ladró con furia.

—¡Otra vez tú! —exclamó Morgennes al ver a la perra que había salvado de las hienas.

El animal gruñía en su dirección, azorado, girando a su alrededor mientras arañaba la tierra con las patas traseras, como si tratara a la vez de proteger las cabras y de prevenirlo de un peligro: tres siniestros individuos acababan de saltar la cerca y se acercaban rápidamente a Morgennes. Los hombres habían desenvainado sus kandjar, unos finos cuchillos de hoja curvada. La cabra salió a escape. La perrita ladró con todas sus fuerzas, y dos brazos vigorosos sujetaron a Morgennes por detrás para inmovilizarlo.

Uno de los sarracenos tenía el rostro picado de viruela y un brazo amputado: era el maraykhát a quien Morgennes había cortado el brazo derecho la víspera.

—¿Quién eres tú? —chilló el soldado alargando su mano útil hacia la *keffieh* de Morgennes.

Pero este bajó la cabeza para impedir que se la quitaran.

—¿Qué ocurre? —preguntó entonces una voz femenina llena de autoridad, mientras el repiqueteo de una campana tintineaba en la noche.

—Un ladrón ha entrado en el cercado de las cabras... —explicó uno de los maraykhát.

—Quiero verlo.

Morgennes fue empujado hacia la cerca, detrás de la cual se encontraba Casiopea montada en su camella. La joven había iniciado su ruta acompañada por una treintena de camelleros, entre los cuales Morgennes reconoció al adolescente que se había encaprichado de la perra. Cuando Morgennes estuvo cerca de ella, Casiopea se inclinó para palpar la *keffieh*.

—Este pañuelo es mío —dijo—. ¿Dónde lo has encontrado?

Los hombres de Casiopea habían sacado sus armas, unos largos sables afilados. Una sonrisa se dibujaba en sus rostros. Cortar la mano o la cabeza a los ladrones era solo una formalidad para ellos.

—Me lo han dado —respondió Morgennes.

—Devuélvemelo. Y podrás volver con los que te han capturado. No me corresponde a mí juzgarte, sino devolvarte a los que te han hecho prisionero. Solo te estoy pidiendo uno de mis bienes.

La mujer tiró del pañuelo para desenrollarlo, desvelando así el rostro de Morgennes. Se elevaron gritos:

—¡El franco!

Pero aquella agitación no era nada comparada con la turbación de Casiopea, que tuvo que sujetarse a la silla para no caer. La joven observó a Morgennes con aire grave, a la vez confusa y turbada. ¿Había visto un fantasma? Luego, viendo que descargaban una lluvia de golpes sobre Morgennes, levantó un látigo de tres puntas y lo dejó caer sobre los maraykhát.

—¡Basta! —gritó—. Este hombre es de Saladino. ¡Solo él puede castigarlo!

Las correas de cuero, provistas de ganchos de bronce, laceraron el rostro de uno de los soldados, que retrocedió, con la piel arrancada y un ojo reventado. Sus aullidos inmovilizaron a la multitud, cuyo furor se esfumó como por ensalmo.

—¡Llévalo al cercado de los hospitalarios! —ordenó Casiopea—. ¡Vivo!

Luego se anudó el pañuelo al cuello y continuó su camino a la cabeza de su escolta. Morgennes se levantó, destrozado, con el hombro ardiendo y el cuerpo molido a golpes. Entonces uno de los maraykhát le susurró al oído:

—Le hemos prometido que te llevaríamos vivo, pero no hemos dicho en qué estado...

Los maraykhát discutieron sobre el castigo que debían infligirle. El manco quería que le cortaran un brazo; el tuerto, que le saltaran un ojo, y en cuanto a los otros, no tenían preferencias; pero el quinto señaló:

—No podremos hacerlo todo...

Decidieron echarlo a suertes, y el tuerto tuvo que hacer trampa para ganar. Conforme a la tradición, que exigía que le reventaran el ojo derecho para que la víctima no pudiera llevar ya el escudo sin tapar la totalidad de su campo de visión, el

maraykhát acercó su kandjar a Morgennes, tanto que este pudo ver, finamente grabada en la hoja de doble filo del puñal, la inscripción:

ES POSIBLE QUE TENGÁIS AVERSIÓN A UNA COSA QUE ES UN BIEN PARA VOSOTROS.

Morgennes se preguntó cuántas víctimas antes que él habían tenido tiempo de leer aquella extraña frase. Trató de debatirse, pero los maraykhát, dejando caer todo su peso sobre él, le mantenían los brazos y las piernas pegados al suelo. Un largo grito escapó de su garganta. Morgennes aullaba su futuro dolor, como si el aullido pudiera llevarlo lejos de allí o devolverlo al combate de la víspera, antes de su caída, de su rendición.

Luego el maraykhát hundió la hoja de su arma en el ojo de Morgennes.

El brazo que no puedas romper, bésalo, y reza a Dios para que lo rompa.
 Proverbio de la región de Hosn el-Akrad

El agua caía a raudales sobre Morgennes. El caballero abrió el ojo izquierdo (el derecho no era más que una llaga) y miró alrededor. Se encontraba en el cercado de los monjes caballeros. El lugar hervía de murmullos, de tintineos de cadenas y de los ecos del grito que acababa de lanzar. ¿O había sido el día anterior? No lo sabía.

Todo estaba borroso, perdido en un caos de sensaciones, formas vagas y sonidos. Unos hombres rezaban a su lado, formando una capilla humana por encima de su cuerpo. Había tomado por agua sus palabras, que caían como lluvia sobre su alma, como un bálsamo aplicado a su dolor. Los caballeros encomendaban a Dios a Morgennes. Los maraykhát lo habían arrastrado inconsciente hasta ellos y les habían ordenado: «Cuidadlo. Si muere, será por culpa vuestra». La mayoría de los hermanos del Hospital habían recibido una formación para el cuidado de los enfermos, y sabían vendar, escarificar y suturar; habían aprendido a poner sanguijuelas, reducir fracturas, entablillar, serrar un miembro cuando estaba gangrenado, componerlo si estaba destrozado, cauterizar un principio de lepra y calmar a los que arrojaban por la boca o tenían arrebatos de frenesí; finalmente, y sobre todo, podían ayudar al paciente a expulsar a sus demonios en el sufrimiento (porque sufrir acercaba a Dios). Pero Morgennes se encontraba en un estado tan lamentable que sus camaradas juzgaron que no se podía estar más cerca de Dios sin estar muerto.

—Por fin despiertas —dijo Chénevière al ver que volvía en sí—. Temíamos que murieras...

—¿Cómo te sientes? —preguntó Sibon.

—Sediento —respondió Morgennes, cuyo ojo derecho era todo dolor.

El caballero observó a sus amigos y reconoció a Keu de Chénevière, del Hospital, y a Reinaldo de Sibon, del Temple. Pero no conseguía hacer coincidir totalmente el recuerdo que conservaba de aquellos valientes caballeros con esos pobres desgraciados de rostro demacrado, con esos hombres devorados por la sed, enflaquecidos por las pruebas sufridas, aureolados de desdicha en la luz rasante del alba.

En aquel momento, varios centenares de jinetes vestidos de blanco cabalgaron hacia ellos. Volvían de la oración y, por un sorprendente efecto óptico, parecían arrastrar a su estela una luna jorobada, pues el astro ascendía en el cielo al ritmo de su cabalgada. La luna estaba tan baja, era tan enorme, que daba la impresión de que las montañas extendían sus sombras sobre ella. Los caballeros la contemplaron santiguándose, inquietos por aquella extraña aparición.

—Dios nunca nos perdonará la pérdida de la Vera Cruz —susurró un joven templario.

Se santiguaron de nuevo; y luego Morgennes se frotó el ojo derecho con la punta de los dedos y dijo articulando con gran esfuerzo:

—Desde nuestra derrota, siento curiosas sensaciones. Como si la locura se hubiera apoderado del mundo o las aguas del tiempo se encontraran atrapadas en un torbellino y se fundieran unas con otras.

—Deberías descansar... —le aconsejó Chénevière.

—¿Para qué? —replicó Morgennes—. De todos modos, dentro de poco estaremos muertos.

—Qué importa. Un caballero debe conservar sus fuerzas; porque, aunque no pueda ya combatir, al menos puede rezar...

—Nunca he rezado tanto —dijo Morgennes incorporándose sobre un codo—. Recé mientras huía, mientras buscaba agua... Mi cuerpo entero es una oración: mi garganta reza por que le den de beber, mis brazos rezan por combatir, mis piernas rezan por correr y mi trasero reza por descansar sobre una silla... Mis labios forman padrenuestros sin que sea consciente de ello, pasajes de la Biblia cruzan por mi cabeza sin que yo lo quiera; por no hablar de mi ojo derecho, que ha visto el Corán de tan cerca que se ha cerrado para siempre... Creo que es rezar bastante.

Los caballeros callaron y lo miraron. Lo creían loco. Con un pie en este mundo y el segundo en la otra orilla. Luego los sarracenos llegaron hasta ellos con gritos de «*Allah Akbar! La íllah ila Allah!*». En medio de un número impresionante de soldados había algunos ulemas, tan excitados como jovencitos a punto de perder la virginidad. Los doctores de la ley dirigían a los prisioneros miradas llenas de altivez y arrogancia. Muchos blandían un sable por primera vez. Daba pena verlos. Los más cobardes se reconocían por el hecho de que gritaban más fuerte que los otros y agitaban su espada con mayor energía aún. Los monjes caballeros no podían evitar estremecerse al contemplarlos; pero eran estremecimientos de piedad más que de miedo, hasta tal punto el entusiasmo que mostraban los ulemas al agitar sus sables iba unido a la ignorancia más total sobre lo que significaba matar, sobre lo que significaba vivir.

Los monjes soldados se levantaron y se dirigieron hacia Saladino, tropezando con sus cadenas. Los que no tenían fuerzas para desplazarse se apoyaron en el hombro de un amigo o fueron sostenidos por sus camaradas. Aunque a veces habían sido derrotados o habían tenido que batirse en retirada—después de que el resto de las tropas se encontrara a salvo—, los templarios y los hospitalarios nunca habían mostrado debilidad, nunca habían flaqueado. Los mahometanos los odiaban por su valor, que consideraban locura temeraria y calificaban de «suicida». Los caballeros del Temple y del Hospital eran una abominación de la que había que desembarazarse

a cualquier precio. Era imposible corromperlos, imposible convertirlos en uno de los suyos o conmoverlos. Al contrario, a veces conseguían incluso ganarse el corazón de los sarracenos por la forma en que sabían mostrarse caritativos con aquellos que se encontraban animados por una justa piedad. Saladino había llegado a pensar que era preferible enfrentarse con mil Reinaldos de Châtillon antes que con esos monjes soldados animados por una fe que él sentía, por su parte, hacia Alá, una fe llena de amor y de temor. Luchando contra ellos, Saladino peleaba contra su *alter ego*; y consideraba que no había adversario más temible. Ellos también combatían en una guerra santa. Ellos también peleaban en nombre de Dios. En el campo de batalla, su caballería era la primera en lanzarse al ataque, y penetraba en las filas enemigas como esas rejas de arado que se acababan de inventar. La mayoría de las veces, los sarracenos no esperaban al impacto de la carga: huían. Entonces una lanza les atravesaba el pecho y morían, con los ojos desorbitados de terror, arrastrados por el campo de batalla por el galope de un caballo al que nada podía detener. Espantada, la infantería desaparecía sin esperar al choque. Los caballeros más hábiles ensartaban a un par de desgraciados, y luego dejaban la lanza y sacaban la espada, para crear en torno a ellos un gran vacío sonoro, poblado solo por los gritos de agonía.

Los sarracenos rodearon a los caballeros, y los ulemas pusieron pie a tierra, escoltados por numerosos hombres armados. Saladino, su estado mayor y sus invitados —entre los que se encontraba el rey de Jerusalén y la flor y nata de la nobleza franca— observaban la actitud de los ulemas: parecían raposas en un gallinero, pero raposas enviadas por el propio campesino. Morgennes oyó murmurar al joven templario:

—¡Dios sea conmigo! ¡Debo ser fuerte! ¡*Gloria, laus et honor Deo in excélsis!*

El pobre estaba tan blanco como el vientre de una doncella. Recibir la muerte desarmado, sin combatir y a manos de civiles era, para un monje soldado, la peor de las humillaciones.

«Saladino habló de un trato en el curso de la ceremonia», recordó Morgennes. Recorrió la multitud de jinetes con la mirada, esperando descubrir a Taqi ad-Din y a Casiopea, pero no los vio por ninguna parte. En cambio, entrevió a Guido de Lusignan, a Gerardo de Ridefort y a algunos otros nobles francos, aunque no al viejo marqués de Montferrat, ni a Plebano de Boutron, ni a Unfredo IV de Toron. ¿Habrían perdido la vida en el curso de la estratagema organizada para favorecer su evasión? Morgennes sintió una punzada de dolor en su interior o, mejor, un dolor que se instalaba en su corazón y lo petrificaba.

Más extraña era la ausencia de Tughril, *el jandár al-Sultán de Saladino*, que nunca abandonaba a su amo. ¿Qué podía haberle ocurrido? ¿Estaría muerto? En ese caso Saladino habría tenido que nombrar a uno nuevo, lo que no parecía ser el caso.

Pero si un nuevo misterio había surgido, otro más antiguo encontraba ahora explicación. Los que se habían preguntado qué había sido de Raimundo de Castiglione, el maestre del Hospital, acababan de encontrar la respuesta: allí estaba, encadenado, tirado como un cadáver sobre el lomo de un mulo.

Saladino se mostraba exultante. Cuando bajó del caballo, la atención del millar de sarracenos presentes se concentró en su persona y la engrandeció. Fue como si las miradas hubieran esculpido el aire en torno a él y le hubieran conferido una dimensión mística sin relación con su talla real. Saladino era un gigante, y podía comprenderse la inquietud del califa de Bagdad, que veía cómo la gloria del sultán crecía a medida que la suya disminuía.

Dos mamelucos, montados en purasangres, hicieron caer al suelo a Castiglione. El caballero trató de incorporarse, se enredó los pies en las cadenas y cayó cuan largo era en el polvo. Al contrario que los otros prisioneros, Castiglione llevaba todavía su hábito de hospitalario. Pero su manto estaba tan sucio de arena y de sangre que apenas se distinguía la cruz de la orden. ¿Se trataba de su propia sangre, o era la sangre de los sarracenos a los que había matado en el combate? Nadie hubiera sabido decirlo. Castiglione se arrodilló para rezar.

Saladino ordenó que lo dejaran tranquilo y, después de que el maestre del Hospital hubo encomendado su alma a Dios, le preguntó:

—¿Tienes sed?

—Sí —respondió Castiglione—. Pero la única agua que aceptaré será la que Cristo me sirva cuando me encuentre a su diestra.

—Como gustes —dijo Saladino.

—Padre —intervino al-Afdal—, ¿qué significa esta cruz sobre el manto de este hombre?

—Es el símbolo de su orden —respondió Saladino—. Se trata de la cruz de ocho puntas de los hospitalarios.

—¿Por qué tiene ocho puntas y no cuatro, como la de los templarios?

Saladino dejó que Castiglione lo explicara.

—Porque la cruz de Jesucristo no se extiende solo del septentrión al mediodía, y de oriente a poniente, sino en todas direcciones, comprendidas las espirituales. Esta cruz es el signo de que la gloria de Nuestro Señor afecta a todos los hombres, sin que importen su rango, su época, su país o su fe.

—¿Y por qué es blanca y no roja, como la de los templarios? ¿Es para subrayar el hecho de que vosotros conocéis tan bien el arte de cerrar las heridas como el de abrirlas?

—No —dijo Castiglione—. Nuestra cruz es blanca para ayudarnos a mantenernos en el camino de la pureza. Y la de nuestros hermanos del Temple es roja para que nunca se olvide la sangre que Cristo derramó.

—¡Y es la sangre de vuestro orgullo! —exclamó Saladino—. ¡Estos hombres son el diablo y llevan en sí la mentira! Es bueno que los exterminemos. Pero incluso los demonios pueden salir del infierno, y no se dirá que yo no lo he intentado. ¡Convertíos o morid!

—¡Nunca! —se indignó Castiglione.

—Como gustes —dijo Saladino.

Con un silbido metálico, su sable surgió de la vaina y decapitó al maestro del Hospital. Saladino había sido tan rápido que el cuerpo de Raimundo de Castiglione permaneció algunos instantes horriblemente petrificado en actitud de plegaria. Luego se deslizó lentamente al suelo, donde su sangre se mezcló con el polvo.

Guido de Lusignan, Gerardo de Ridefort y todos los caballeros, horrorizados, se dispusieron a entregar su alma a Dios. En la luz del alba, las banderas de los abasíes y los ayyubíes azotaban el aire con su seda negra. A Morgennes le recordaron las serpientes de arena contra las que había luchado la víspera. Serpientes de polvo que nada conseguía deshacer y que parecían dotadas de conciencia.

Los ulemas circularon entre los caballeros, los obligaron a arrodillarse y les pasaron por el cuello collares de metal unidos por largas cadenas. Los prisioneros estaban tan débiles que no opusieron ninguna resistencia. Muchos, abrasados por la sed, cerraron los ojos y se mordieron los labios por miedo a reclamar agua contra su propia voluntad.

Morgennes fue atado entre el joven templario, que se llamaba Arnaldo de Roquefeuille, y Keu de Chénevière, y luego ataron a Sibon a este último.

—Recemos, hermanos —dijo Sibon—. ¡Pronto estaremos a la vera de Dios!

—Tiene que haber una escapatoria —dijo Morgennes—. Sin duda Dios tiene otros proyectos para nosotros que no sea nuestra muerte.

—Ya estamos muertos —murmuró Chénevière, pálido a pesar de tener la piel tostada por el sol.

—Deberíais haberme dejado morir... —dijo Morgennes.

—Nuestro deber era salvarte la vida —replicó Chénevière entre dos oraciones—. El tuyo es salvar tu alma.

Morgennes no respondió. Vio cómo Saladino volvía a montar a caballo y desfilaba en medio de sus tropas. Los ulemas no se andaban con remilgos a la hora de tratar a los prisioneros, cuyas tonsuras y barbas constituían una injuria a sus ojos. A menudo se mostraban inútilmente brutales y maltrataban a los que encadenaban. Los collares de metal se cerraban sobre las barbas arrancándoles los pelos, antes de ser apretados con tanta fuerza que ahogaban a aquellos que debían guardar. Se descargaban golpes con la hoja plana del sable por puro placer, y los caballeros menos dóciles tenían la cabeza hundida en la arena, lo que causaba un gran desorden entre sus cantaradas ya que los más próximos caían arrastrados también. Al final no

hubo más que una larga línea de monjes soldados encadenados juntos. Y Morgennes, viendo que eran tan numerosos, sintió gran vergüenza por estar vivo todavía.

Uno tras otro, los prisioneros se negaban a convertirse, y presentaban su cabeza a los verdugos. Entonces un ulema se arremangaba, levantaba su sable y lo abatía sonriendo sobre su nueva víctima. La cabeza caía en la arena, donde dos chorros de sangre cavaban dos pequeños cráteres. Esta escena se repetía luego de forma idéntica, como si el tiempo girara en círculo y el mismo muerto —interrogado varias veces— se levantara para repetir incansablemente: «¡Fidelidad a Cristo!». Poco a poco, los muertos superaron a los vivos. Morgennes veía cómo la hilera de los caídos se alargaba, como un ancla gigante lanzada al mar. «¡Únete a mí!», decía. Ninguno había renegado. Ninguno se mantenía en pie, erguido y blanco como la nieve, en medio del llano de los suyos. ¿Por qué morían? Por amor a Cristo, sí. Pero también para mostrar a esos infieles que la única fe verdadera era la fe cristiana. Sin preocuparse en lo más mínimo por eso, los ulemas se entregaban alegremente a la matanza, decapitando prisioneros a mansalva. Algunos, más torpes, tenían que repetir la operación varias veces, porque ajustaban tan mal sus golpes que la hoja apenas penetraba en la carne. Los más inhábiles entre ellos tuvieron que ser reemplazados. Sus víctimas habían rodado por los suelos, y allí gemían, con la boca llena de polvo y las uñas hundidas en la arena, suplicando que acabaran con ellas.

Saladino galopaba de un extremo a otro de la fila de prisioneros vociferando:

—¡Adelante, adelante! ¡Quiero que una erupción de sangre surja de estos chacales y que sus aullidos sean tan agudos que lleguen hasta el paraíso para alegrar el oído de nuestros mártires!

Una granizada de golpes se abatió sobre los prisioneros; enardecidos, los verdugos se animaban mostrando el color de su espada, se embriagaban matando a aquellos caballeros indefensos, a los que su fe condenaba a muerte. Cuando solo quedaron ya un puñado de monjes soldados vivos, la excitación de los ulemas llegó al extremo. Entonces torturaron a los muertos. Les quemaron la barba y el bigote. Sus miembros fueron arrancados y arrojados a los animales; sus cabezas fueron clavadas en la punta de una lanza y enarboladas como un estandarte.

Finalmente, un ulema tan obeso que los pliegues de su carne ondulaban bajo la piel, preguntó a Roquefeuille:

—¿Qué prefieres? ¿Abrazar la Ley o permanecer fiel a tu Dios? —«abrazar la Ley» o «gritar la Ley» eran los términos empleados por los ulemas para decir «convertirse al islam».

—Aún eres joven —le susurró Morgennes—. Puedes continuar el combate. ¡Sálvate!

—Es lo que haré —respondió Roquefeuille—: *Mea culpa* por mis pecados, Señor. *Mea máxima culpa...* ¡Acógeme en tu reino!

Y ofreció su cabeza a los verdugos. Un sable se la separó del cuerpo, y cayó, con los labios apretados en una mueca horrible, justo delante de Morgennes, al que los ulemas observaron riendo burlescamente. El obeso hizo crujir los dedos, pasó la hoja de su espada por el cuello de Morgennes y le espetó:

—¡Es tu turno, hijo de perra! ¿Qué eliges? ¿Gritar la Ley? ¿Permanecer fiel, como él? —dijo señalando con su espada el afligido rostro de Roquefeuille.

Morgennes bajó los ojos y se tomó tiempo para reflexionar. Dios no era cruel hasta ese punto. Existía una escapatoria, Morgennes estaba seguro. Comprobó la solidez de sus ligaduras, sondeó la determinación del ulema que lo interrogaba, observó la larga hilera de cuerpos a su derecha y se perdió en la mirada ausente de Roquefeuille...

El contacto de la hoja sobre su nuca se hizo más insistente. El ulema se impacientaba. Amenazaba con matarlo sin esperar la respuesta. Pero una voz retumbó por encima de ellos, y Saladino ordenó:

—¡Déjalo! Me pertenece.

Morgennes recordó entonces la forma en que Taqi ad-Din lo había salvado en el campo de batalla, y se dijo que Dios le había enviado a Saladino para permitirle escapar sin tener que hundirse en la deshonra. Pero Dios tenía otros proyectos, porque el sultán le preguntó con voz imperiosa:

—Caballero, ¿qué eliges? ¿Abrazar la Ley o seguir fiel a Cristo?

Morgennes seguía esperando una señal de Dios, pero allí, en el campo de batalla, en medio de los sarracenos, no había nada, nada, excepto la Vera Cruz. Y de pronto todo estuvo claro. Morgennes inspiró profundamente y declaró con una voz que en adelante le resultaría ajena:

—Abrazar la Ley.

—En ese caso, repite la *shahada* conmigo: «Atestiguo que no hay más Dios que Alá y que Mahoma es su profeta...».

Su lengua era una llama, su garganta un horno, pero encontró fuerzas para repetir:

—«Atestiguo que no hay más Dios que Alá y que Mahoma es su profeta...»

—¡Traidor! —exclamó Chénevière, justo al lado de Morgennes.

—«Atestiguo que no hay más Dios que Alá y que Mahoma es su profeta...» — prosiguió Saladino, como si no hubiera ocurrido nada.

—«Atestiguo que no hay más Dios que Alá y que Mahoma es su profeta...» — repitió Morgennes, con una voz desgarrada, vibrante de emoción.

—¡Arderás en el infierno! —le espetó Sibon.

—«Atestiguo que no hay más Dios que Alá y que Mahoma es su profeta...» — continuó Saladino, imperturbable.

—«Atestiguo que no hay más Dios que Alá y que Mahoma es su profeta...» — repitió Morgennes, agotado.

—¡Escupe sobre la cruz! —ordenó Saladino, indicando a los mamelucos que acercaran la reliquia.

Morgennes temblaba de arriba abajo. Sus labios, que tantas veces habían besado la Santa Cruz, trataban de reproducir, a su pesar, lo que tantas veces habían hecho antes.

—¡Escupe a la cruz! —gritó Saladino— ¡Si no, le daré a beber tu sangre!

—Agua —dijo Morgennes—. Tengo la garganta seca como una roca...

Saladino dudó un instante, y luego sonrió ampliamente.

—Te lo has merecido —declaró—. ¡Para felicitarte, te serviré yo mismo!

Mientras iba a buscar agua, Morgennes se volvió hacia Chénevière y Sibon.

—Perdonadme —murmuró en un susurro...

—¡Miserable traidor! —se indignó Sibon.

Chénevière, en cambio, prefirió callar. Pero su mirada rebosaba odio; el mismo odio que Morgennes había podido leer, la víspera, en los ojos de los maraykhát. Poco después, Saladino volvió con un vaso y lo acercó a los labios de Morgennes.

—¡Los denarios de Judas! —exclamó Sibon—. ¡Te arrepentirás de esto!

Morgennes bebió a placer, perdiéndose en aquel sorbo largo y lento que le llenaba el cuerpo de una dulzura incomparable. Cuando hubo acabado de beber, Saladino le ordenó:

—¡Obedece!

Morgennes escupió contra la Santa Cruz. Un rumor se elevó de la muchedumbre. Los mahometanos dieron rienda suelta a su alegría lanzando multitud de gritos de «*Allah Akbarh!*».

—¡Lo que no obtiene una espada —dijo Saladino a los suyos—, lo proporciona un vaso de agua!

El sultán se volvió hacia Chénevière y Sibon para ofrecerles agua, pero Sibon declaró:

—Nada de lo que tú puedas darnos nos saciaría.

Los dos hombres fueron ejecutados rápidamente. Poco después, Morgennes creyó ver que llevaban la Vera Cruz hasta un grupito de caballeros de la orden del Temple. Enseguida, uno de ellos se izó sobre los estribos y levantó la Vera Cruz.

A esta señal, los mahometanos prendieron fuego a una pila de hábitos de soldados del Temple y del Hospital y lanzaron al montón la tienda roja del rey de Jerusalén. Ante este espectáculo, el propio Saladino vertió algunas lágrimas. El sultán ordenó que dejaran de jugar con los cadáveres de los monjes soldados, sacaran sus cabezas de las picas, fueran a buscar los restos de sus cuerpos que habían arrojado a los animales y los lanzaran al fuego.

Mientras una lluvia de cenizas grises caía sobre la llanura de Hattin, ensombreciendo a los misteriosos caballeros del Temple que se alejaban hacia el sur

con la Vera Cruz, un penacho de humo negro se elevó arremolinándose en un cielo cargado de nubes. Los dos nubarrones se fundieron en un manto negro y gris, siniestra parodia del estandarte de los templarios y los hospitalarios.

Finalmente, una imponente columna formada por varias decenas de miles de prisioneros se dirigió hacia el norte bajo una poderosa escolta.

—¿Adonde van? —preguntó Morgennes.

—A Damasco —respondió Saladino—. Al mercado de esclavos, donde te venderán a ti también.

Morgennes no dijo nada. Contempló el campo, que poco a poco se vaciaba de sus ocupantes y que los carroñeros vaciarían de sus muertos.

Libro II

Destruir o convertir

Divisa de los templarios

8

El mar es una gran criatura en cuya superficie navegan, como gusanos sobre un pedazo de madera, débiles criaturas.

'Amr ibn Al-'As, en respuesta a 'Umar ibn al-Khattáb

La misma noche de la derrota de Hattin, en las calles de Jerusalén, Beirut, Acre, Tiro, Trípoli, resonaron las terribles noticias: los sarracenos se habían apoderado de la Vera Cruz, y el mayor ejército nunca reunido por los francos había sido vencido.

Unos días más tarde se supo que, en el este, Tiberíades y Séforis habían caído; en el sur, un ejército llegado de Egipto marchaba hacia Jafa, mientras que, en el norte, Beirut y Sidón se encontraban, a su vez, amenazadas. En el interior, Naplusa y el castillo de Toron estaban sitiados, al igual que, en la costa, la ciudad de Acre, sitiada por el propio Saladino. En cuanto a Jerusalén, tenía por toda protección a dos ancianos caballeros de manos temblorosas que ya no veían muy bien, Algabaler y Daltelar.

No había ningún lugar donde refugiarse, si no era a bordo de los barcos que hacían la travesía del Mediterráneo. Enseguida las embarcaciones fueron tomadas al asalto por una multitud inquieta, traumatizada por tener que abandonar lo que, en el curso de las generaciones, se había convertido en una patria. A menudo, hombres llegados unos años antes de Francia, Provenza o Inglaterra abandonaban a los sarracenos a las mujeres y los hijos que tenían en Tierra Santa y volvían a su lugar de origen, donde, en la mayoría de los casos, los esperaban otra mujer y otros hijos.

En Tiro, Balian II de Ibelin, señor de Naplusa y de Caymon, hizo su entrada con lo que quedaba de los supervivientes de Hattin. El puerto hervía de actividad. Numerosas galeras de mercancías, al no poder acostar en los puertos de Acre, Beirut o Sidón —cuyo entorno se había hecho peligroso por la presencia de naves de guerra mahometanas—, acudían allí a descargar, generalmente un cargamento de armas que revendían a precio de oro. Luego, con sus calas llenas de refugiados a modo de mercancía, los barcos ponían rumbo a Marsella o Venecia. Algunos pasaban por Chipre y otros por Sicilia.

Para ir a Roma, había que subir a uno de esos barcos.

Y a Roma precisamente quería ir el joven arzobispo de Tiro, Josías, que acababa de cumplir entonces veintidós años.

Josías había sido nombrado arzobispo de Tiro en 1185, seis días después de la muerte de su predecesor, el venerable Guillermo. Urbano III, sensible a las prédicas de Guillermo, que en vano trataba de convencer a las cabezas coronadas de Europa para que acudieran a Tierra Santa, había aceptado la nominación de ese hombre joven

del que muchos prelados le habían cantado las alabanzas.

Urbano III veía en Josías al heredero de Guillermo, y tenía razón.

De madre libanesa, cristiana maronita, y de padre francés, Josías era lo que se conocía como un potro sin domar, uno de esos hombres con mezcla de sangres que nunca se encontraba realmente en su casa residiera donde residiera. Demasiado blanco, demasiado rubio, demasiado alto para los orientales, si por desgracia hubiera llegado a ir a Occidente, le habrían reprochado su acento y su tez bronceada. Pero Josías, nacido en Tiro, nunca había abandonado su ciudad natal.

Guillermo, impresionado por su sensibilidad y su inteligencia, lo había tomado bajo su protección y le había enseñado a leer y a escribir. A su lado, el joven descubrió el trabajo de un clérigo ilustrado, de un arzobispo.

Josías, que había crecido a la sombra de los pupitres, gastándose la vista a fuerza de tomar por escrito los pensamientos de su maestro, era, de todos los eclesiásticos, el que mejor conocía la obra de Guillermo. El aprendiz había captado su espíritu, y podía incluso adelantarse a él cuando —hacia el final de su vida— el viejo arzobispo se esforzaba por encontrar una palabra. Josías proseguía sus trabajos, y ya estaba dando una continuación a la célebre *Historia rerum in partibus transmarinis gestarum*, donde Guillermo relataba los primeros años del reino franco de Jerusalén.

Aquel día, si Josías quería abandonar Tiro, no era para huir, sino para ir a hablar con el Papa. El arzobispo quería transmitirle las palabras de Balian II de Ibelin sobre Hattin, narrarle la toma de la Vera Cruz y exponerle todas las desgracias que se abatían sobre los cristianos de Tierra Santa. Sobre todo quería recordar al Papa lo urgente que era —para el rey de Francia, Felipe Augusto, el rey de Inglaterra, Enrique II Plantagenet, y el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, Federico Barbarroja— tomar la cruz y acudir a Tierra Santa.

Jerusalén, por la que tantos cristianos habían dado la vida, objeto de cerca de cien años de esfuerzos y combates, estaba a punto de caer. La situación era tan grave que bastaría con que Saladino se presentara ante sus muros para ver cómo las puertas se abrían, a falta de defensores aguerridos. Sin ejército, sin rey, sin la más santa de sus reliquias, la ciudad podía ser ocupada sin combate, hasta tal punto las equivocaciones y los errores de juicio de Guido de Lusignan —seguro de imponerse a los sarracenos— la habían privado de sus defensas.

De hecho, era sorprendente que la ciudad no fuera ya mahometana. ¿Concedía Dios un respiro a los cristianos? ¿Una última oportunidad? Josías no hubiera sabido decirlo, y poco le importaba.

Solo importaba una cosa: presentarse en la sede apostólica y entrevistarse con Urbano III.

Desde el anuncio de la derrota de Hattin, Josías no había abandonado el puerto e iba de un barco a otro apremiando a los capitanes a que lo llevaran cuanto antes a

Venecia, a Marsella, a Pisa o a Genova.

Pero los mercaderes habían comprendido hasta qué punto se encontraban apurados los nobles de Tiro y de las ciudades más próximas. Los que habían podido huir atestaban ahora las posadas y las calles de la ilustre metrópoli, ocupaban entre varios una sola habitación o se refugiaban bajo una tienda de pelo de camello levantada a toda prisa en la plaza del mercado, que estaba atestada de refugiados.

Todo el mundo quería marcharse, y a ser posible inmediatamente.

De modo que los mercaderes hacían subir los precios. Se descubrían averías de las que nadie hubiera imaginado la existencia una hora antes. Pero, por un poco de oro, se llevaban a cabo las reparaciones oportunas. Se inventaban autorizaciones y papeles obligatorios con los que las autoridades creaban dificultades. Doscientos o trescientos dinares, la entropierna de una jovencita, y todo quedaba arreglado. Desde luego, esos documentos no existían. Solo eran un medio que utilizaban los mercaderes —todos venecianos— para enriquecerse aún más.

Para acelerar la partida no se dudaba en vender la propia casa o en ceder terrenos, que se encontraron en el mercado de forma tan súbita y en número tan elevado que nadie conseguía deshacerse de ellos: no había bastantes compradores. Todos los que tenían algo que perder querían irse, y los otros, de todos modos, no tenían medios suficientes.

Alguien se declaró interesado. Un veneciano, evidentemente, que adquirió, por cuatro cuartos y por la promesa de una travesía, una bonita finca y un huerto hermosísimo en los arrabales de la ciudad. Dos o tres de sus pares también manifestaron interés, y algunos bienes pasaron del lado de Venecia. Los más acomodados entre los habitantes de Tiro pudieron partir. Otros ofrecían casas en Acre o comercios en Sidón, pero nadie los quería: los mahometanos ya las ocupaban. Ya no valían nada.

La gente enloqueció y amenazó con tomar los navíos al abordaje. Los capitanes respondieron apostando guardias pagados con oro egipcio y celemines de trigo. Era tanta la agitación, que Balian II de Ibelin tuvo que intervenir. Con Ernoul, su escudero, y algunos veteranos de Hattin, se presentó en la capitanía de Tiro con la espada y el escudo en la mano.

Balian estaba loco de ira.

—¡Por la lengua de Dios! —gritó—. ¡Cuando la cristiandad de Oriente se encuentra sumergida por las oleadas de una marea mahometana, vosotras, repúblicas italianas, disfrutáis malévolamente hundiéndola aún más! ¿Qué hace falta para que recordéis cuál es vuestro campo? ¿Que os atraviese el cuerpo con mi espada?

—Oro —le respondieron—. El oro bastará.

Balian habló de requisar los barcos y de apoderarse de ellos con sus caballeros. A lo que los venecianos replicaron que, si actuaba de aquel modo, ya nunca vería sino

navíos mahometanos, y que serían galeras.

Balian se entrevistó entonces con Tommaso Chefalitione, capitán mercader, hombre de unos cuarenta años, propietario de numerosos palacios en Venecia y de una veintena de barcos, cocas y *usciera*. Chefalitione era el más tratable de todos los venecianos. Sin embargo, tardaba —como los demás— en volver a casa. Balian le ofreció un cofrecillo que contenía muchas piedras preciosas y le prometió, una vez realizado el viaje, tantos terrenos, castillos y granjas en Provenza que el hombre se preguntó si Balian de Ibelin no había perdido la cabeza.

Pero Balian hablaba en serio. Las garantías que le ofreció parecían seguras, y Chefalitione, a quien el comercio de armas había hecho riquísimo, soñaba con honores y dominios en el extranjero que el dinero por sí solo no podía ofrecerle.

—Ocupaos del arzobispo —le dijo Balian— y os aseguro que ni vos ni vuestros descendientes tendréis que arrepentiros nunca. Tenemos con qué aguantar, y dentro de unos días las naves del Temple y del Hospital estarán aquí. Entonces los precios bajarán...

Chefalitione, que no era tonto sino solo muy codicioso, reflexionó un instante, se frotó la barbilla y preguntó:

—Vuestra oferta es sumamente generosa. ¿Puedo saber por qué gastáis tanto por un joven que es ya considerablemente rico?

—¡Voto a Dios! —se indignó Balian—. ¡Porque, al parecer, no lo es suficientemente para vos! En segundo lugar, porque su padre no dudó, en otro tiempo, en dar su vida para salvar la mía, y porque desde hace más de diez años no tiene más familia que su madre. Finalmente, porque el objetivo que persigue es justo y necesario, y quiero contribuir a hacerlo posible. Roma debe ser informada de lo que ocurre aquí. Josías es un hombre de palabra, alguien recto que sabe evitar las guerras inútiles. Gracias a él pudimos impedir que Guido de Lusignan tomara las armas contra Raimundo III de Trípoli, cuando este firmó un pacto de no agresión con Saladino.

Las palabras de Balian emocionaron a Chefalitione. No se trataba de un simple trabajo, sino de una misión. De todos modos, debía volver a Italia. Venecia o Roma no suponían una gran diferencia para él. De manera que ¿por qué no ir allí en compañía de un hombre de Iglesia? La perspectiva de una posible aventura le divertía. Aquello lo distraería de las conversaciones de los marinos, que encontraba cargantes a fuerza de repetidas: siempre comenzaban por el mar y acababan invariablemente en el vino.

—De acuerdo —dijo Chefalitione, estrechando la mano de Balian—. Llevaré al arzobispo de Tiro allí donde desee, con tal de que no sea al infierno.

—Tranquilizaos, no será necesario. Contentaos con conducirlo al Vaticano, no pido más.

—Aunque allá también el diablo tiene sus embajadores —dijo Chefalitione.

Ibelin se echó a reír y abrazó a Chefalitione.

—¡Ah, capitán, veo que me habéis comprendido! No olvidéis que el hombre que os he encargado que escoltéis es un santo. ¡Cuento con vos!

—No temáis —respondió el veneciano con una leve sonrisa en los labios, preguntándose cómo alguien tan joven como el arzobispo de Tiro podía ser ya un santo.

Mientras conducían a Josías y a su madre a bordo de *La Stella*, Chefalitione e Ibelin siguieron conversando. El veneciano quería saber por qué Balian no iba con ellos.

—Porque parto esta noche para Jerusalén —le explicó—. Voy a buscar a mi mujer y a mis hijos, que se encuentran en la ciudad.

Chefalitione adoptó un aire grave y murmuró:

—Sabéis que el príncipe de los infiernos ha despachado allí al principal de sus agentes: Saladino. Dentro de poco, los ejércitos de este demonio hormiguarán en torno a la ciudad como gusanos sobre un cuerpo.

—Y yo cuento con hacer lo imposible para impedirle entrar —respondió Ibelin apretando los dientes—. Creedme, daría mi vida por salvar la ciudad y a sus habitantes. Aunque fuera el único dispuesto a oponerme a sus asaltos, iría de todos modos. ¡Dios lo quiere!

Los dos hombres se separaron al atardecer, poco antes de la salida del navío. No lo sabían, pero nunca volverían a verse. Sin embargo, hubieran podido ser amigos.

Cuando *La Stella* desapareció en el horizonte, Balian escribió a Saladino para pedirle permiso para reunirse con su mujer y sus dos hijos, y por tanto para atravesar tierras ocupadas por los sarracenos. Saladino se lo concedió, bajo la forma de un salvoconducto que le llevó un mensajero. Dos días después de la partida de Josías, Balian abandonó Tiro en dirección a Jerusalén en compañía de Ernoul y de algunos de sus hombres más fieles. Su mujer, María Comneno, era lo que más quería en el mundo. Aunque su boda había sido arreglada, la unión se había revelado felicísima. Estar junto a ella, en compañía de sus hijos, valía más que un castillo, un dominio o un título. Nada era tan valioso para él como María, sus ojos, la dulzura de sus brazos, sus besos, sus sonrisas.

Josías pasó los primeros días de la travesía rezando en su camarote. Una mañana, sin embargo, apareció en el puente del navío y celebró una misa para los pasajeros y los hombres de la tripulación. Sabía que muchos no habían asistido a una misa desde hacía mucho tiempo, y quería acercarlos a Dios.

O, mejor dicho, pretendía acercar a Dios a los marinos, que, al haber estado demasiado tiempo en la mar, habían tendido a olvidarlo y a creerse liberados de él.

Algo en lo que, según pensaba Josías, tal vez no estuvieran del todo equivocados, ya que es mejor rezar a Dios como hombre libre y de forma desinteresada que hacerlo en la necesidad. Además, aquellos hombres tenían por costumbre afrontar las tempestades no rezando, sino sosteniendo el timón con mano firme y recogiendo velas en el momento oportuno. Sus brazos, sus manos, su conocimiento del oficio, la seguridad de sus decisiones, eran su credo. No eran gentes alegres, sino más bien desengañadas, preocupadas únicamente por llenarse los bolsillos y el vientre, que vaciarían luego en un puerto y con mujeres de la vida. Si Josías quería rezar entre ellos, era para oírlos hablar de Dios e impregnarse de su muy particular modo de ser, con todo, cristianos. Cristianos a su pesar; cristianos cuya fe era una condición más que un modo de vida, un resto de costumbre más que una elección. Tenía ganas de decirles: «¡Es el momento de creer!».

Durante este período, la madre de Josías se esforzaba por poner a mal tiempo buena cara, y, a pesar del dolor del exilio, permanecía serena y tranquila. Esta firmeza y esta calma sedujeron a Chefalitione.

El capitán, con cuarenta años cumplidos, era soltero y no tenía hijos. Se le habían conocido algunas mujeres —y a veces pasiones—, pero nada definitivo.

Sin embargo, aquella mujer le gustaba. Tenía el cabello largo, negro como las algas, la piel morena de una ribera y los ojos verdes del mar. Las largas ropas blancas que vestía formaban en torno a su cuerpo una espuma que hacía resaltar sus frágiles formas. Sin duda, ya no era una mujer joven, una de esas mujeres fáciles tras las que se corre por un poco de placer. No, ella era una mujer a la que un hombre solo podría unirse con lazos de una solidez a toda prueba.

Chefalitione se decía: «Le hablaré, le comunicaré mis sentimientos».

Pero la timidez lo retenía. Mientras que antes todo le parecía fácil, ahora, por primera vez en su vida, se sentía en peligro. Él, que hubiera podido hacer que cualquier golfa encerrada en sus calas cediera a sus deseos, él que dominaba a sus hombres con la sola fuerza de su mirada, tenía miedo de desagradar a la madre de Josías. ¿Era, tal vez, por su viudedad? ¿Porque su hijo era arzobispo? ¿O simplemente porque se había enamorado de ella? Chefalitione pasaba noches enteras en el puente observando las pesadas cocas de su convoy y las naves que las escoltaban. La tripulación murmuraba, a su paso se escuchaban frases que tiempo atrás lo hubieran enfurecido. Pero él no decía nada. No oía nada.

Reflexionaba. Aquella mujer, llamada Fenicia, no hablaba mucho, no mostraba apenas su tristeza. A veces se le escapaba un suspiro. Era cuando, al atardecer, con la mano en la borda y la mirada dirigida a Palestina, pensaba en todo lo que nunca volvería a ver y que sin duda ya no existía.

Aquel valor, aquella abnegación, fascinaron a Chefalitione, que, por su parte, gustaba de compararse con las tempestades que súbitamente se desencadenan y lo

arrasan todo a su paso. Aquella mujer era la calma que necesitaba. Pero la esposa atenta que en otro tiempo había sido Fenicia se había adormecido y solo había dejado en vela a la madre de Josías. Desde luego, Chefalitione tenía la intención de resucitar sentimientos más egoístas en Fenicia. El capitán le hizo la corte durante varios días, le habló de los palacios de Venecia, pero también de la dulzura de sus futuras tierras de Provenza. Trató de distraerla, de mostrarle que la felicidad era posible bajo otros cielos y, por qué no, con él. Fenicia lo escuchaba. Pero cuando se puso de rodillas para preguntarle: «¿Tengo una oportunidad de poder ser amado por vos un día?», si bien no dijo que no, tampoco dijo sí. Y Chefalitione se desesperaba. Tenía la impresión de ser un caballero que había partido al asalto del castillo de la bella durmiente, el castillo cuyas torres se llamaban Silencio, y las murallas, Indiferencia. Y entonces, sin saber ya qué más decir, sin ideas, se encerró en su camarote y no volvió al puente en varios días. Chefalitione rumiaba su desgracia.

Una mañana tuvo el placer de ver entrar a Josías con un libro en la mano: *El rey Marc y la rubia Iseo*.

—¿Lo habéis leído? —preguntó Josías.

—No, ¿de qué habla?

—Del amor en el seno del matrimonio... De la felicidad de ser fiel... Mi madre os lo envía.

—Comprendo. De modo que no tengo ninguna posibilidad...

—Al contrario, echa de menos vuestra conversación. Leed esta obra, y luego id a verla. Os espera.

—¡Gracias!

El capitán besó el anillo de Josías y lo llamó monseñor, título al que el joven arzobispo tenía derecho pero que Chefalitione no había querido darle hasta ese momento. Unos días más tarde, Fenicia y el capitán Chefalitione pasearon por el puente de La Srella. Chefalitione estaba lleno de prevención. Había leído la historia de *El rey Marc y la rubia Iseo*, y ahora sabía que en el amor el silencio basta. Tan solo hay que dejar hablar a los ojos.

Sin embargo, una noche en que una brisa soplaba en el puente, haciendo bailar los cabellos de Fenicia bajo el rostro de Chefalitione, el capitán no pudo contenerse. Sujetó la cabellera de su dama y respiró su perfume. Emocionado, abrió los puños, devolvió su libertad a los cabellos negros y sorprendió la mirada enternecida de Fenicia. Chefalitione posó sus labios sobre los dedos de su amor, subió, falange a falange, hacia el dorso de la mano, hacia la muñeca de esa mujer inaudita, cuyo brazo oprimió como si fuera una cuerda lanzada a un naufrago. El rostro de Fenicia se encendió y Chefalitione sintió que su alma se mezclaba a la de su amada, se perdía en ella, como un copo de nieve caído al río. La contempló, miró sus labios, sus mejillas, su frente, sus ojos. Acercó su rostro al de ella. Se besaron, y él se durmió en ese largo

y maravilloso beso, soñando sueños en los que ya no sabía qué parte de ella o de él era ella, y cuál era él.

El arzobispo de Tiro evitaba aparecer al mismo tiempo que su madre y el capitán. No obstante, hacia el fin del viaje cenó una noche en su compañía.

—Deseo entrevistarme con su alteza Guillermo II —dijo Josías en mitad de la cena.

—Pero su corte está en Palermo —replicó Chefalitione, palideciendo ante la idea de tener que entrar en aguas donde los venecianos no eran bienvenidos.

—Cierto —respondió el arzobispo—. Pero Guillermo II siempre ha sido un ferviente cristiano, preocupado por la suerte del Santo Sepulcro. Podríamos convencerlo para que envíe a Tiro un barco cargado de caballeros, armas y víveres. Este socorro llegaría mucho antes que una ayuda procedente de Francia o Inglaterra, reinos que, por lo que tengo entendido, están abiertamente enfrentados.

—Así es, por desgracia —repuso Chefalitione con un suspiro.

—Creo que nos lo debéis —dijo Josías mirando a su madre.

—Voy a avisar al timonel —contestó Chefalitione, dejando la mesa.

El capitán se fue a buscar al hombre que llevaba el timón y le dio nuevas instrucciones. De hecho, el cambio de rumbo se aplicaba tanto al navío como a su capitán y la tripulación. Bajo la acción conjugada de la madre y el hijo, Chefalitione y sus hombres se habían descubierto nuevas virtudes. El dinero había acabado por cansarlos; tenían demasiado, y hablaban de reservar para el Temple y el Hospital una parte de sus ganancias. Su principal preocupación era ahora servir lo mejor posible al arzobispo de Tiro, para que fuera a hablar con el Papa. «Las prostitutas han tenido su parte, ahora le toca a Dios recibir la suya», decían riendo. Lucharon, pues, contra las olas y los vientos contrarios con el mismo coraje con que, en otro tiempo, se habían batido por Cristo los primeros cruzados. Cuando un viento favorable les hacía ganar unos nudos, veían en ello el signo de la mano de Dios. Cuando aparecía un delfín, exclamaban: «¡Es un ángel!», y dirigían el navío tras su estela.

Un día Chefalitione se puso a reír a carcajadas, con una risa explosiva como un trueno, y luego declaró:

—¡En Venecia nunca sabrán cuánto me complace serviros y servir a Dios!

Josías se echó a reír también y añadió:

—Si supieran... Si todos supieran, la guerra se detendría por sí misma.

—Sería malo para los negocios, pero tanto da... —comentó Chefalitione mirando cómo la roda hendía las olas—. Imaginad que un arma pudiera infligir tantos daños a los sarracenos como este navío a las olas, que hendiera con tanta facilidad el pecho de los infieles como esta proa abre el mar...

—Existe una que lo hace... Mi maestro, Guillermo, me habló de una espada muy antigua. Su hoja brilla en la noche, difundiendo una suave luz azul que mantiene

apartadas las tinieblas. Dicen que fue forjada en el siglo v después del advenimiento de Nuestro Señor Jesucristo, para ayudar a san Jorge a acabar con el dragón que aterrorizaba Lydda y al que iban a sacrificar una princesa.

—¡San Jorge! —exclamó Chefalitone—. El santo patrón de Venecia... Y ahora ¿quién la posee?

—Esta espada nunca ha tenido más amo que san Jorge, y la leyenda dice que ella misma elige a su portador. El último hombre que la ciñó fue el pequeño rey leproso, Balduino IV de Jerusalén, que la recibió de su padre, Amaury.

—¿Y tiene un nombre?

—*Crucífera*.

Chefalitone iba a hacer otra pregunta, cuando el vigía gritó: —¡Tierra a la vista!

Un instante más tarde, *La Stella* cabeceó hacia estribor, tanta era la gente que había en el puente mirando a Sicilia. Se largaron cordajes y se arriaron velas entre un chirrido de poleas. Aparecieron unas costas rocosas, que se destacaban, grises y verdes, en la bruma del amanecer. Pronto *La Stella* se cruzó con algunas barcas de pescadores que saludaron al convoy de navíos venecianos con grandes pitidos, a los que los marinos de *La Stella* respondieron del mismo modo. Las llamadas se mezclaban con los chillidos de las gaviotas, que trazaban círculos por encima de los mástiles.

Acostaron en un embarcadero húmedo, donde su llegada fue celebrada con efusividad. El capitán del puerto les anunció que eran esperados.

—¿Por quién? —preguntó Chefalitone, extrañado.

—Por su alteza Guillermo II. Me sorprende que aún no estéis al corriente...

En aquellos tiempos, las noticias volaban.

Un eco precedía al rumor, que se adelantaba a la noticia que anunciaba los hechos. Estaban a mediados de julio, día de san Molibeo, y ya la víspera se murmuraba en Palermo: «La Santa Cruz ha caído, los sarracenos se han apoderado de ella».

Guillermo II, llamado el Bueno, había tratado de informarse con más detalle.

Le explicaron que un barco había abandonado Tiro con destino a Roma con un arzobispo a bordo.

«Si es así, vendrá a visitarnos», había predicho Guillermo.

No era la primera vez que una predicción realizada por este rey se verificaba. Sus súbditos habían aprendido a fiarse de su palabra y de sus augurios.

—¿Cómo puede saber algo que nos concierne y que nosotros mismos desconocemos? —preguntó Chefalitone a Josías, mientras un oficial los conducía al palacio real.

—Dios se lo habrá murmurado al oído —respondió Josías sonriendo.

Chefalitone, no sabiendo qué pensar de esta salida, hizo una mueca.

—No os inquietéis —prosiguió Josías—. Al contrario, pensad que solo irá en beneficio nuestro.

—¿Y cómo es eso?

—Tal vez haya oído otras cosas.

Chefalitione pareció escéptico.

—¿Lo dudáis? —inquirió Josías.

—Sí.

—Pues estáis equivocado. Se han visto cosas más misteriosas que un rey que anuncia a sus súbditos la venida de un hombre...

—¿Qué cosas?

—Un hombre que anuncia la venida de un Dios.

El palacio de los reyes normandos había sido construido sobre las ruinas de una antigua plaza fuerte sarracena, que el abuelo de Guillermo II, Rogerio II, primer rey de Sicilia, y su padre, Guillermo I, llamado el Malo, habían vuelto a levantar y reforzado luego.

Guillermo II el Bueno reinaba en Sicilia desde 1166, fecha en que había cumplido doce años. En ese momento entraba en su trigésimo cuarto año de vida, y se encontraba en la plenitud de sus fuerzas. Su rostro, de rasgos duros, toscamente tallados, así como su mirada, penetrante como la de un águila y ensombrecida por unas espesas cejas, revelaban un carácter autoritario, preocupado por la verdad y enemigo feroz de la mentira. De origen normando, era, como sus antepasados, legado apostólico, cargo que el papa Urbano II había confiado a su familia en 1098. Guillermo siempre se había esforzado, en cuanto lo permitían sus escasos medios, en apoyar a los francos de Tierra Santa. Por desgracia, una guerra con el nuevo emperador de Constantinopla, Isaac Angelo, le impedía ayudar a la cristiandad tanto como hubiera deseado. Por otra parte, Venecia y Pisa entorpecían considerablemente sus negocios haciéndole la competencia de forma desenfrenada, y a menudo los barcos de estos tres estados se atacaban entre sí, a mayor beneficio de genoveses y sarracenos. Así pues, era raro divisar una embarcación con el pabellón veneciano en aguas de Palermo.

Guillermo II les dispensó una acogida excelente. Les dieron habitaciones para que pudieran descansar de las fatigas de la travesía, y les sirvieron una comida: tortuga con especias, acompañada de una sopa de algas. Luego Guillermo los mandó llamar a su corte. Allí lo encontraron en compañía de algunos de sus consejeros más próximos, entre ellos Margarito de Brindisi, el comandante de la flota. Margarito era un hombre de corta estatura, de rostro sombrío y mirada orgullosa. Hijo de pescador, había sido ennoblecido por Guillermo I el Malo después de una importante campaña naval contra los bizantinos.

Guillermo II pidió a Josías que le expusiera la situación en Tierra Santa. El arzobispo dibujó un cuadro tan desgarrador que el rey de Sicilia expresó el deseo de cambiar sus vestiduras reales por un sayal.

—¡No nos despojaremos de él hasta que Jerusalén haya vuelto a ser cristiana! — exclamó.

—Pero, sire —intervino Josías—, Jerusalén aún lo es.

—No por mucho tiempo—dijo el monarca con tristeza.

Finalmente, Guillermo II se entrevistó durante unos segundos en voz baja con Brindisi, y luego declaró:

—Ordenamos la inmediata puesta en marcha de una nueva flota. Por desgracia no podemos enviar, como en ocasiones precedentes, el número extraordinario de doscientos ochenta navíos, pero os ofrecemos más de trescientos de nuestros mejores caballeros, entre ellos el Caballero Verde. Partirán hacia Trípoli a bordo de una decena de naves...

—Bien, sire —dijo Brindisi—. ¿Y los bizantinos?

—Hacedles saber que pido una tregua.

Brindisi se inclinó y se despidió. Las órdenes de su rey no toleraban esperas.

—Trípoli no debe caer en ningún caso —explicó Guillermo II.

—¿Por qué, sire, Trípoli antes que Tiro o Alejandría? —preguntó Josías, nombrando las dos ciudades que en otro tiempo había socorrido Guillermo II.

—Porque Trípoli nunca ha estado tan amenazada como hoy, y si la ciudad cae en manos de los sarracenos, se acabó el Krak de los Caballeros...

—Así pues, ¿sois próximo a los hospitalarios?

—No nos placen los templarios, monseñor —dijo simplemente Guillermo—. Y apoyamos a quien queremos.

—Perdonad mi curiosidad, sire —se excusó Josías.

Después de un breve momento de silencio, el rey se volvió hacia Chefalitone.

—Capitán —le dijo—, dos de nuestros navíos os escoltarán. Luego nuestros hombres permanecerán con su excelencia el arzobispo y lo acompañarán al castillo de Ferrara, donde se encuentra actualmente el Papa, si nuestras informaciones son exactas.

—Sire —respondió Josías—, sois demasiado bondadoso. Pero solo tengo intención de presentarme ante Su Santidad y partir enseguida hacia Tiro, donde mis fieles me esperan.

—Pensamos que sucederá de otro modo —objetó el rey de Sicilia—. Sois el heredero de Guillermo de Tiro, al que conocimos bien, y si sois digno de él haréis lo que él hizo: iréis a visitar a los reyes de Francia y de Inglaterra, así como al emperador Federico II, y los convenceréis para que tomen la cruz.

—El propio Guillermo fracasó —le recordó Josías.

—Pero vos triunfaréis —afirmó el rey en un tono que no admitía réplica.

—Sire —inquirió Chefalitione a su vez—, ¿qué dirán los venecianos si ven que mis navíos llevan, por escolta a los de su majestad?

—Dirán: «He ahí a uno que sí ha tenido éxito», y tendrán razón. Partid en cuanto podáis.

Chefalitione, Josías y su madre volvieron al puerto, no sin antes haber recibido de parte de Guillermo numerosos presentes. El rey de Sicilia era tan especial que su generosidad tenía el sabor del ultraje. Era amable como otros son odiosos: con violencia. Su fuerza era su bondad. Y la ejercía con todos los que se cruzaban en su camino. Su rabia bebía de la misma fuente.

Chefalitione se sintió tan conmovido que dijo a Fenicia:

—Creo que no aceptaré las tierras y los castillos que me ha dado Balian.

—¿Por qué? —preguntó Fenicia.

—Porque este viaje me ha dado todas las satisfacciones. No tenía mujer, y os he encontrado, no tenía hijo, y tengo a Josías, no tenía fe, y Dios se me ha aparecido. Es más de lo que necesito para mi felicidad.

—¿Y qué haréis con ellos? —siguió preguntando Fenicia.

—Os los ofreceré.

—En ese caso se los devolveré a Balian, porque yo no necesito más que a vos y a mi hijo —dijo Fenicia.

Se besaron, y poco después Chefalitione hizo pintar tras el nombre de su navío dos breves palabras.

La Stella se llamaba ahora La Stella di Dio.

Crux sancta a paganis capta.

(«Los paganos se apoderaron de la Santa Cruz.»)

Anales de la abadía de Saint-Pierre de Jumiéges

En aquella época Roma reaprendía a vivir. Maltratada hasta principios del siglo por la disputa de las Investiduras, se había opuesto luego violentamente al Sacro Imperio Romano Germánico, hasta el punto de que el emperador —que tenía prisa en ser consagrado— había nombrado, en 1160, antipapa a un tal Ottaviano de Monticello, bajo el nombre de Víctor IV. Barbarroja demostraba así que no conocía la historia, ya que otro antipapa —de hecho, el precedente— había llevado el mismo nombre seguido de la misma cifra. Por otro lado, este último había sido elegido atendiendo a las apremiantes recomendaciones de Rogerio II de Sicilia, abuelo de Guillermo II el Bueno. Finalmente, mientras se reponía de varias epidemias de peste, una de las cuales había contribuido a la marcha de las tropas de ocupación imperiales en 1167, Roma trataba de guiar a una cristiandad desunida. Su situación era semejante a la de una nave atacada por todas partes por piratas y mandada por varios capitanes que gritaban al mismo tiempo órdenes contradictorias que nadie oía, tan furiosa era la tempestad y tan sorda la tripulación.

Los papas habían abandonado, además, el Vaticano para instalarse en Verona o en Ferrara.

Alejandro III había sido, sin embargo, un excelente papa. Su pontificado había durado más de veinte años (de 1159 a 1181), durante los cuales había canonizado a Bernardo de Claraval (en el origen de la regla de la orden del Temple) y había hecho las paces con Barbarroja en Venecia en 1177. El sacerdocio de Lucio III, que le había sucedido, no se había señalado del mismo modo, probablemente por falta de tiempo, pues en ocasiones el nuevo pontífice se había mostrado muy inspirado. Había que agradecerle, sobre todo, además de la paz de Constanza, el haber fundado en el concilio de Verona una institución de nuevo género, la Inquisición, que contribuía considerablemente a calmar los espíritus.

Su sucesor, Urbano III, cuyo verdadero nombre era Uberto Crivelli, antiguo arzobispo de Milán elegido en 1185, se esforzaba en refrenar los ardores del joven Enrique VI, el hijo de Barbarroja, que seguía ya las huellas de su padre y asolaba los estados de la Iglesia. Estos asuntos complicaban considerablemente el pontificado de Urbano III, centesimo septuagésimo segundo sucesor de Pedro y Papa actual.

A Ferrara fue a verlo, pues, Josías.

Al igual que en materia de vidrieras los azules más bellos se obtienen añadiendo orina y vino al óxido de cobalto, había en el cielo de Ferrara algo malsano difícil de definir. Desde que san Bernardo y los cistercienses habían desterrado de las iglesias los colores y las figuras animales o humanas, dos escuelas se enfrentaban. En una de ellas, defendida por Suger y Mauricio de Sully se alentaba la representación de personajes y la utilización de los más bellos colores, azules, rojos, verdes y amarillos; mientras que, en la otra, los vidrios debían permanecer incoloros y los motivos debían ser geométricos o vegetales. Se trataba de una estética austera, donde nada debía apartar al hombre de la contemplación de Dios.

En Ferrara, el cielo pertenecía a la primera de estas escuelas, pero parecía haber sido ejecutado a desgana por un defensor de la segunda. Así, mientras los colores estallaban y el rosa del crepúsculo se mezclaba con el zafiro de los cielos, una especie de grisalla lanzada sobre el conjunto le daba un aspecto misterioso. Josías se sentía dominado por la melancolía, sin que pudiera decir cuál era exactamente el motivo.

El castillo, de hecho una abadía fortificada, se levantaba en la cima de un cerro, rodeado de casitas de tejas naranja y de albaricoqueros que se encorvaban bajo la carga de sus frutos. Aquí y allá, el vuelo de los estorninos poblaba el espacio de gritos, cuyos ecos se multiplicaban al rebotar en los techos y los muros. Gruesas murallas, rodeadas por las aguas verdes de un foso donde nadaban patos, se desplegaban a ambos lados de una puerta doble acorazada con planchas de metal. Dos torres pequeñas (una especie de atalayas de vigilancia) y una cortina equipada con aspilleras defendían el acceso.

Cuando Josías y su escolta se aproximaron a la pesada puerta de entrada, un monje dio la orden de que los dejaran pasar y luego abrió los brazos en señal de bienvenida. Antes de que Josías tuviera tiempo de presentarse, el monje se le adelantó diciendo:

—Sé quién sois. Los pisanos nos han informado de vuestra llegada y de las desgracias que se han abatido sobre Tierra Santa. Estos terribles acontecimientos han afectado enormemente a Su Santidad, pero el Papa tendrá el placer de recibirlos a pesar de su fatiga...

Sirvientes vestidos de negro condujeron los caballos a las cuadras e invitaron a los hombres de Josías a dirigirse a las cocinas para comer. En cuanto a Josías, el monje que lo había recibido lo condujo por una larga sucesión de salas con los postigos cerrados y los muros adornados con tapices de carácter religioso.

Josías aprovechó que el monje había cogido una lámpara de aceite para observarlo mejor. Debía de tener unos cuarenta años y su expresión era grave. Solo los ojos, donde brillaba el resplandor frío de una inteligencia habituada a navegar entre los territorios naturalmente opuestos de la tierra y los cielos, animaban un rostro de rasgos petrificados por las exigencias del deber. Por lo demás, su cara armonizaba

con su persona: era alto y derecho como un ciprés, con la piel apergaminada.

De hecho, bajo un aspecto poco simpático se ocultaba un hombre digno de confianza y de grandes cualidades, dotado de una gran capacidad para escuchar.

Aquel monje, de la orden de los benedictinos, se llamaba Alberto di Morra y ocupaba el cargo de secretario del Papa. El hombre se confió a Josías:

—La gente cree que en Ferrara los papas son menos poderosos que en Roma, pero de ningún modo es así: lo son igualmente, y tal vez más aún. Las noticias van mucho más deprisa de lo que se pueda imaginar. Todos los días las recibimos: proceden de visitantes, embajadores, mercaderes, o de informes que nos llegan de tal o cual parroquia. No se nos puede ocultar nada. Lo que la Iglesia quiere saber, siempre acaba por descubrirlo.

Aquello había sido dicho como una evidencia, pero bajando la voz, pues muchas de las informaciones se recogían en el secreto de confesión, y ese hecho no debía mencionarse nunca.

—Por otra parte, los monjes guerreros del Temple y del Hospital son unos formidables mensajeros —añadió Di Morra—. Tratan, con todo el mundo: cristianos, sarracenos, judíos de Oriente o de Occidente, militares, religiosos, diplomáticos, mercaderes, banqueros, reyes, villanos... Nosotros estamos en la cima y en la base de la escala. No se nos escapa ni un murmullo. Ni un ruido.

Cuando Di Morra dejó de hablar, Josías vio que se hallaban ante una puertecita oculta por un ángulo del muro. El monje la abrió e invitó a Josías a precederlo por una escalera de caracol. Debían de encontrarse en una de las dos torres de la entrada al castillo. Una corriente de aire que procedía de los pisos superiores corrió a ras de suelo y ascendió bajo las ropas de Josías, que sintió un escalofrío. Aunque era verano, el grosor de los muros mantenía alejado el calor.

—Cuando os encontréis en presencia de Su Santidad —prosiguió Di Morra—, no os dirijáis a él directamente. Hablad con el obispo de Preneste, que le transmitirá vuestras palabras. Su Santidad se halla extremadamente fatigado, y aunque su cuerpo se encuentra aquí abajo, temo que su alma esté ya cerca de Dios...

Después de una nueva sucesión de salas, Di Morra se detuvo ante una doble puerta con las armas del papado: gules con dos llaves de plata colocadas en aspa. El secretario empuñó la aldaba de plata en forma de martillo y dio tres golpes ligeros. Dos criados vestidos de negro, que permanecieron en la sombra, abrieron las puertas de una gran sala sumergida en las tinieblas, que apenas alcanzaban a disipar algunas velas de sebo. En la habitación se distinguían unas formas vagas —vestidas de rojo o de negro— que hablaban en voz baja en la oscuridad: eran miembros de la curia que habían hecho el viaje hasta Ferrara.

En el fondo de la habitación, un estrado permitía acceder a un lecho inmenso. Alguien estaba acostado en él. A su lado, vestido de negro y sosteniendo un rollo de

pergamino, un hombre con aspecto de rata susurraba unas palabras al oído del Papa.

—¡Acercaos! —dijo el hombre de negro al ver entrar a Josías y Di Morra.

Los recién llegados avanzaron en medio de los murmullos, el roce de vestiduras y las miradas inquisitivas. Josías centró sus sentidos en lo que tenía bajo los ojos: un moribundo en cama, el Papa. Estaba impresionado por el contraste entre ese lugar y el fasto que había imaginado encontrar en el Vaticano. Un sencillo crucifijo de madera estaba clavado sobre la cama, así como dos pinturas: una representaba *La llegada al monte Somete de los enviados de Constantino* y la otra a *Noé recibiendo de Dios la orden de construir el arca*. El rojo y el pardo del embaldosado se repetían hasta el techo, adornado con molduras geométricas. El resto del mobiliario se hundía en la sombra, pero Josías pudo adivinar las formas de una gran mesa de despacho de roble que servía de escritorio, varios armarios, un atril donde descansaba un libro, sin duda una Biblia, y algunas sillas con respaldo de cuero rojo. Cerca de la cama había una consola donde se encontraban dos vasos de pie trenzado, una garrafa de vino y unas tortas de trigo candeal que parecían orientales, sin que Josías hubiera sabido decir por qué. En suma, la habitación se correspondía con la imagen del resto del castillo, sin lujos ostentosos.

Estaban lejos de la profusión de esplendores que reinaba en el interior de ciertos palacios orientales; tan lejos, por otro lado, que todo aquí olía a muerte, tal vez porque, en efecto, un moribundo estaba presente. Josías comprendió entonces que la tristeza que había sentido al llegar a Ferrara, el velo que oscurecía la ciudad, tenían su fuente en ese lugar, en esa habitación, y más concretamente en la mirada ausente de la persona que Di Morra le estaba presentando.

—Su Santidad el papa Urbano III —dijo el monje arrodillándose ante el vicario de Pedro. Y luego, levantándose, y besando la mano del hombre que les había pedido que se acercaran, añadió—: Monseñor arzobispo de Preneste, camarero de Su Santidad, su excelencia Paolo Scolari.

Mientras Di Morra acababa las presentaciones, Josías fue a besar la mano del Papa, que le pareció extrañamente caliente, y luego saludó con respeto al obispo de Preneste, cuya mano encontró, por contraste, sorprendentemente fría.

—Aquí estáis, pues —dijo Urbano III con voz temblorosa—. El hombre de quien el famoso Guillermo de Tiro... paz a su alma... nos hablaba tan bien. Nos preguntábamos cuándo llegaríais.

Ante el movimiento de sorpresa de Josías, Urbano III explicó:

—Son terribles estos pisanos... Siempre al corriente de todo antes que todo el mundo, y charlatanes como cotorras. Un poco de dinero los hace cantar, basta con pagar. Eso es todo.

—Monseñor —dijo Josías, cuidando de dirigirse al obispo de Preneste, tal como le había recomendado Di Morra—, ha sido un veneciano quien me ha conducido

aquí...

—Querido hijo —dijo el Papa en un suspiro—, ¿realmente lo creéis así? Estáis aquí por la gracia de Dios todopoderoso, y solo por su gracia. Vuestro amigo el veneciano, capitán de *La Stella*, Tommaso Chefalitone, no vale mucho más que un pisano. Es un traficante de armas de la peor especie... ¿Lo sabíais?

—Me lo ha dicho.

—¿También os ha dicho a quién están destinadas esas armas?

—A quien se las pague.

—Buena respuesta, querido hijo. Acercaos más, que os vea.

Josías dudó un instante, pero el obispo de Preneste lo invitó a acercarse a Su Santidad, lo que le permitió comprobar lo profundo de su estado de fatiga. El rostro del pontífice estaba pálido, abotargado y marcado de rojo. Sus ojos, con el blanco teñido de amarillo, desaparecían bajo los pliegues de los párpados. Y tenía una mirada ausente, preocupada únicamente por el infinito. De vez en cuando un silbido agudo salía de su pecho.

—Mirad esta moneda —prosiguió el Papa, señalando con mano temblorosa una pequeña moneda de oro depositada sobre la consola.

Josías cogió la monedita y la examinó con atención. Se trataba de un simple besante de oro, como otros muchos que circulaban en Tiro, con la marca de la ciudad de Venecia en una de sus caras. La moneda parecía de buen peso.

—¿Qué veis? —preguntó el Papa.

—Un besante de oro veneciano —respondió Josías mirando a los ojos al obispo de Preneste.

—Observad mejor —insistió Urbano III, indicando a Di Morra que desplazara su lámpara de aceite hacia Josías.

Josías hizo girar la moneda en su mano y vio que en la otra cara llevaba una inscripción en árabe. Leyó el nombre del Profeta, así como el año: 578 (1182 para los cristianos), año en que las factorías venecianas de Constantinopla habían sido pilladas e incendiadas.

—Es una moneda bifaz —dijo Josías—. Cada vez se ven más.

—Es una entre otras... Pero vos sabéis que el dinero, no contento con ayudar a hacer hablar, es en sí mismo charlatán. Esta moneda ilustra perfectamente hasta qué punto los intereses de los sarracenos y de los venecianos se entremezclan. Por un lado, defienden los intereses de los cristianos de Tierra Santa, transportando mercancías útiles a los que luchan por mantener libre el acceso a la tumba de Nuestro Señor Jesucristo y cristiana a la ciudad de Jerusalén; por otro, velan por sus propios intereses vendiendo las mejores armas fabricadas en Occidente a las tropas de Saladino, ya poderosas. El obispo de Preneste, que nos ha traído esta moneda... por no hablar de este vino y estas tortitas de trigo..., nos leía precisamente la lista de los

numerosos productos que debemos a los infieles. Forzoso es reconocer que es impresionante: tejidos como el algodón, el moer, el tafetán y la muselina; productos alimenticios como el café, las alcachofas, las berenjenas, las naranjas, los limones, las espinacas y los chalotes, cuyo nombre proviene, si hemos comprendido bien, de la ciudad de Ascalón. Y es solo un pequeño resumen de todo lo que recibimos de ellos. Y nosotros ¿qué les damos a cambio? Armas, material de guerra y medios para mejorar sus barcos de combate, lo que es un perjuicio para la cristiandad y un bien para el islam. Como si no tuviéramos otra cosa que ofrecer. Diréis a vuestro capitán Chefalitone que en el próximo concilio promulgaremos el siguiente decreto...

El obispo de Preneste desenrolló el pergamino que tenía en la mano y leyó en voz alta:

—«Quienquiera que ose vender a los sarracenos hierro o armas, maderas de construcción marítima o barcos ya construidos, o que entre al servicio de los infieles en calidad de capitán de navío o de piloto, incurrirá en la excomunión, pena a la cual deberán añadirse la confiscación de sus bienes y la privación de sus libertades individuales.»

Urbano III volvió la mirada hacia Josías.

—Las noticias vuelan —dijo con un suspiro—, y los traficantes de armas también, si es que no las preceden... No nos extrañemos luego de que los infieles se encuentren tan bien equipados y de que se apoderen de la Vera Cruz en el mismo lugar en que Nuestro Señor Jesucristo eligió a sus apóstoles...

—Sí —dijo Josías a media voz—, en la colina de Hattin, no muy lejos de Tiberíades.

—Los pisanos nos han informado de ello. Pero desde hace algún tiempo los signos anunciadores de una gran desgracia se han multiplicado. En Francia, en Saint-Pierre-le-Pullier, se ha visto aparecer el estandarte de Nuestro Salvador; en la provincia de Orleans, un Cristo con el rostro inundado de lágrimas ha aparecido en el cielo, y en Milán, un hombre ha visto arder una cruz. En las granjas del norte, los cerdos ya no quieren comer. En el sur, los frutos se pudren en los árboles. En otro lugar, bolas de granizo grandes como huevos de paloma han caído sobre un pueblo, y han dañado los tejados y arrasado las cosechas. Hay niños que olvidan de pronto su lengua natal y se ponen a gritar en lenguas desconocidas; parejas que la víspera se adoraban, se separan al llegar el alba... La lista de fenómenos extraños que se han sucedido desde principios de año es larga. Tememos que no acabe nunca. La caída del condado de Edesa, en el año de gracia de 11.44 de la encarnación de Nuestro Señor, era ya una advertencia. San Bernardo lo había dicho: «Los reyes de Francia e Inglaterra se preocupan demasiado por sus propias coronas, y no lo bastante por la de Cristo».

A Josías le daba vueltas la cabeza. Pensaba en su país, en su maestro, Guillermo.

—Inútilmente —continuó el Papa—, Guillermo de Tiro fue a pedir a Felipe Augusto y a Enrique II que tomaran la cruz, en vano quiso dirigirse a Federico I Barbarroja, que prefiere atacar Roma antes que Damasco, Bagdad o El Cairo. Guillermo nunca hubiera debido abandonar Tiro: aún seguiría con vida. Nuestro venerado predecesor Lucio III predicó también en vano, al igual que nosotros. Tenemos la dolorosa impresión de que Dios no ha encontrado más solución para motivar a estas testas: coronadas que la de privarnos de lo que nos era más querido: la Santa Cruz.

—Iré a ver a los reyes de Inglaterra y de Francia —dijo Josías—. Iré a ver a Barbarroja también, si es preciso.

Esta propuesta no pareció del gusto del obispo de Preneste, que dirigió a Josías una mirada tan malévola que por un instante la voz del joven arzobispo de Tiro tembló ligeramente.

—¿Por qué no? —dijo el Papa—. Después de todo habéis dado muestras de coraje al venir hasta aquí...

—Los más valerosos se han quedado —murmuró Josías.

—Los más valerosos —insistió el Papa— han hecho lo que tenían que hacer. ¡Y eso es lo que habéis hecho vos!

Urbano III parecía haber recobrado hasta cierto punto su energía. El pontífice se incorporó en su cama y reclamó que tomaran nota de lo que iba a decir. Algunas personas se agitaron en la oscuridad. Josías oyó cómo abrían un armario, y luego alguien trajo varios rollos de pergamino vírgenes, un tintero y plumas de oca, que cogió el obispo de Preneste.

—Hoy, día de san Pantaleón del año 1187... —empezó Urbano III con voz jadeante.

El obispo de Preneste mojó la pluma en la tinta negra y escribió al dictado del Papa.

—Urbano III, obispo de Roma y siervo entre los siervos de Dios, a sus muy excelentes hijos Felipe Augusto y Enrique II Plantagenet, respectivamente rey de Francia y rey de Inglaterra, y a Federico I Barbarroja, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. Nos elevamos al arzobispo Josías de Tiro al rango de prelado, con la misión de presentarse ante vosotros para exhortaros, por Dios y por la salud de vuestra alma, a tomar la cruz y a vengaros de nuestros enemigos, los sarracenos...

En este momento del dictado, el Papa sufrió un ataque de tos. Después de haber recuperado la respiración, el pontífice continuó, medio sofocado:

—Además, ordenamos que se eleve en toda la cristiandad un diezmo especial, llamado «sarraceno», cuyos beneficios servirán para financiar vuestras expediciones. A todos los que tomen la cruz, les prometemos indulgencia plenaria y remisión de los pecados. Sus bienes se encontrarán, durante el tiempo de su ausencia, bajo la santa

guarda de la Iglesia de san Pedro. Finalmente, ordenamos un ayuno todos los viernes durante cinco años, así como la abstinencia de carne los miércoles y sábados... Mis muy queridos hijos, escuchadnos, no rechazéis nuestras plegarias y no cerréis vuestros oídos a nuestras súplicas; pues así, nos, príncipe de los apóstoles, no os cerraremos la entrada del reino de los cielos.

Cuando el obispo de Penestre hubo acabado de redactar el texto, el Papa ordenó:
—Cerradlo y lacradlo con nuestro sello.

Paolo Scolari se disponía a derramar sobre la bula papal un poco de cera roja para aplicar el sello de Urbano III, cuando este exclamó:

—¡Un instante! Deseamos resaltar este acontecimiento de una forma especial. Lo que vivimos actualmente lleva un gran desorden al mundo. Queremos que todos se aperciban de ello cambiando el color de nuestro sello. Mientras la Santa Cruz no sea reconquistada, declaramos al papado en duelo: nuestro sello será de color negro.

El obispo de Preneste cogió, pues, un bastoncillo de cera negra, la fundió sobre el sobre y aplicó el sello papal. Urbano III ordenó con un gesto a Scolari que entregara la bula a Josías y dijo a este último:

—No la abráis sino en presencia de los reyes de Francia e Inglaterra reunidos. Barbarroja, por su parte, partirá sin plantear dificultades cuando conozca nuestros problemas. Desde el momento en que sepa que la Santa Cruz nos ha sido arrebatada, lo cual no puede tardar, querrá recuperarla para él y, quién sabe, tal vez establecer la capital de su imperio en Jerusalén. A vosotros os corresponde, mis muy queridos hijos, actuar de modo que esto no ocurra.

Di Morra y Scolari inclinaron la cabeza y en la habitación se escucharon algunos murmullos.

—Santísimo padre —intervino el obispo de Preneste—, ¿puedo permitirme una sugerencia? ¿No podría ejercerse presión sobre Enrique II o sobre Felipe Augusto?

—¿En qué estáis pensando? —preguntó el Papa.

—En excomulgarlos...

—Este procedimiento ya se ha utilizado, sin otro resultado que el de hundir a aquellos a los que apuntaba en el orgullo y el odio hacia nuestra persona. Ni siquiera la excomunión pronunciada en 1139 en el concilio de Letrán por nuestro venerado predecesor (paz a su alma) Inocencio II en contra, de la ballesta tuvo el efecto deseado, a no ser el de llenar nuestras arcas gracias a la venta de excepciones... Por otra parte, os recordamos que Enrique II ha amenazado con hacerse mahometano... Y no quisiéramos empujarlo aún más en esa dirección.

—Entendámonos, pues, con su hijo, Ricardo Corazón de León. Está en muy buenas relaciones con el rey de Francia y no debería ser muy difícil trocar su partida a Tierra Santa por el trono de Inglaterra.

—Enviadle dinero, ayuda a su hermano, Juan Sin Tierra, a combatir a su padre.

Ved, en fin, todo lo que puede hacerse —dijo el Papa.

Y, viendo que Josías se había mostrado turbado durante este intercambio de palabras, Urbano III añadió dirigiéndose a él:

—El cielo se gana aquí abajo, y aquí abajo debemos actuar. Por otra parte, no olvidéis que han sido reyes los que han perdido la Vera Cruz. Nos somos inocente de este crimen. Desde el inicio no hemos dejado de decir que no nos placía verla expuesta así al riesgo de las armas. Sin embargo, los reyes no han dejado de utilizarla en su propio beneficio, sin tener en cuenta los peligros en que incurrían. No hace tanto tiempo, poco antes de la Navidad del año de gracia de 1182, el propio Balduino IV partió a saquear la región de Damasco llevando consigo la Vera Cruz. ¿Creéis acaso que la cruz estaba destinada a eso?

—El arzobispo de Tiro, Guillermo, mi maestro, se encontraba en compañía del rey —respondió Josías—. El portaba la Vera Cruz, escoltado por algunos de los mejores caballeros del Temple y del Hospital.

—Ya sabéis, Josías, hasta qué punto amábamos a Guillermo. Pero en este asunto llevó la Santa Cruz por un rey, y no por Dios. La cruz no tiene nada que hacer en un campo de batalla. Su lugar está en una iglesia. Por otra parte, ningún rey debería gobernar en Palestina. Como tan bien escribió nuestro venerado predecesor Alejandro III, en una bula dirigida en 1181 a toda la cristiandad a propósito del pequeño rey leproso: «No existe un rey que pueda gobernar esta tierra. Balduino, por ejemplo, que lleva las riendas del gobierno, se encuentra gravemente flagelado por el justo castigo de Dios, hasta el punto de que tiene dificultades para soportar los continuos tormentos de su propio cuerpo». El mismo Dios no ha dejado de advertirnos. La lepra de Balduino era un signo. La pérdida del condado de Edesa fue el primero. La toma de la Vera Cruz será, sin duda, el último.

Josías no hizo ningún comentario, pero dejó de mirar al obispo de Preneste, al que ya no soportaba dirigirse. La lepra que había afectado al pequeño rey Balduino IV a lo largo de todo su reinado nunca había sido comprendida en Occidente. Mientras que en Oriente era una simple enfermedad, que Guillermo había tratado de curar, en el Vaticano había sido considerada una manifestación de la voluntad divina: la prueba de que el reinado de Balduino no era apreciado por Dios, la prueba de que ninguna otra jurisdicción que no fuera la de la Iglesia sería aprobada nunca por el cielo en Jerusalén.

Balduino IV había sido, sin embargo, el mejor de todos los reyes de Jerusalén. Su enfermedad no le había impedido realizar milagros, como triunfar en la batalla de Montgisard, que todos habían dado por perdida de antemano. Balduino IV, cuyo temperamento dulce y prudente era debido a la educación inculcada por Guillermo de Tiro, era en cierto modo la contrapartida civil de Josías, tan próximos se encontraban sus caracteres. Josías reflexionó un instante. Guillermo había muerto en

circunstancias extrañas. Algunos decían que había sido envenenado por Heraclio porque había querido ir a Roma para oponerse a la elección de este último para el cargo de patriarca de Jerusalén. La mirada de Josías se cruzó inoportunamente con la del Papa, que percibió su turbación y lo invitó a expresarse.

—Guillermo amó a Balduino, es cierto —convino Josías dirigiéndose directamente al Papa—. Pero en Hattin vimos al rey de Jerusalén combatir a Saladino, mientras que su patriarca, Heraclio, estaba ausente de la batalla. Hizo que lo reemplazaran dos de sus hijos, uno de los cuales es el obispo de Lydda, y el otro, el de Acre. Ellos llevaban la Vera Cruz. Constataréis, pues, que si la Iglesia ha ido al frente de combate, nunca lo ha hecho enviando a sus más altos representantes...

Hilillos de sudor corrían por el rostro y la espalda de Josías. Acababa de criticar de forma apenas velada el comportamiento de los papas desde el concilio de Clermont, donde Urbano II había predicado la liberación de la tumba de Cristo. Desde entonces se elevaban voces —aunque, sin duda, poco numerosas y bastante tímidas— que reprochaban a los papas haber incitado de forma insistente a los otros a partir pero no haber conducido nunca ellos mismos a los cruzados a Jerusalén.

Todos miraban a Josías: Urbano III con tristeza, el obispo de Preneste con odio y Di Morra con interés.

—Sois joven —prosiguió el Papa—. Francia e Inglaterra os harán mucho bien. ¿No dicen que el viajar forma a la juventud? Vos, que acabáis de abandonar las faldas de vuestra madre, lo necesitáis mucho. No ignoramos que algunos representantes de la Iglesia estaban presentes en los campos de batalla, mientras que otros, entre los más grandes, no se encontraban allí. Y es que ellos estaban llamados a desempeñar otras tareas no menos importantes. Pero ¿no son precisamente los soldados de Cristo nuestros dignos representantes? Cuando sus estandartes cayeron derrotados en Hattin, ¿qué hicieron esos hombres?

—Se rindieron —respondió Josías amargamente.

—Murieron por su fe. Al hacerlo, se reencontraron con Cristo, del que acababan de ofrecer la más perfecta imitación. Nada es más bello que morir así —dijo el Papa con un suspiro.

Se produjo un largo silencio incómodo, y luego Josías se arrodilló y cogió la mano del Papa.

—Santísimo padre —murmuró bajando la cabeza—, os ruego que accedáis a perdonar mis pocos años y mi desconocimiento de las costumbres de vuestro país. He tenido que abandonar mi patria, donde la guerra causa estragos. A esta gran pena se añade la que todos compartimos por la pérdida de la Santa Cruz, y este dolor ha desbordado mi corazón.

—Comprendemos —dijo el Papa palmeando afablemente la cabeza de Josías—, y os perdonamos. Levantaos.

Josías se incorporó, pero mantuvo los ojos bajos.

—No ignoramos lo que estáis soportando, pero esto pasará. El tiempo hará su trabajo y, si place a Dios, encontraremos la Santa Cruz, y vos, vuestra patria. Pero hoy grandes sacrificios se nos imponen a todos. Quien se bate con el diablo, debe tener a Dios consigo. Sabemos de los reproches que se nos han hecho, a nos y también al Temple y al Hospital; el propio Guillermo de Tiro vino a pedir a Alejandro III que abrogara algunos de los numerosos privilegios que nuestro venerado predecesor Inocencio II les había otorgado en su bula *Omne Datum Optimum*. Tal vez Guillermo no se equivocara, pero estas órdenes son útiles. Ellas son el brazo armado de Dios en Palestina. Son la furia divina y la voz de Roma. Dicho esto, igual que hoy concedemos a los reyes una oportunidad de redimirse, pedimos al Temple y al Hospital que prueben que sus recientes fracasos en Hattin, Séforis y Casal Robert no fueron más que un accidente, y que siguen mereciendo sus privilegios...

El Papa se interrumpió e hizo ver al obispo de Preneste que deseaba beber. El obispo vertió un poco de vino bermejo en uno de los vasos de pie trenzado y lo acercó a los labios del Papa, que bebió a pequeños sorbos. Cuando hubo terminado, continuó:

—San Bernardo dijo: «El caballero de Cristo mata en conciencia y muere tranquilo». Matar por Cristo no tiene nada de criminal. Y, en las circunstancias presentes, es preferible masacrar a los paganos, a los infieles, que arriesgarse a dejarse oprimir por ellos... *Bellum Domini*, es la guerra del Señor, una guerra santa. Y para llevarla adelante se necesitan batallones de guerreros santos. Estos guerreros santos son los caballeros del Temple y del Hospital.

—Sin embargo, su poder —dijo Josías— está por encima del de los hombres y los reyes.

—No es nada comparado con el nuestro.

—Cada vez son más poderosos.

—Pero siempre a nuestras órdenes.

—¿Hasta cuándo?

El Papa levantó la mano. Josías se adentraba en un terreno peligroso para alguien de su edad y de su rango.

—Esperamos que vuestra impertinencia, vuestra juventud y vuestra fogosidad triunfen donde la sabiduría y la experiencia de Guillermo fracasaron. ¡Idos ahora!

—Agradezco a vuestra santidad que me haya concedido audiencia —murmuró Josías.

El arzobispo se disponía a retirarse cuando el obispo de Preneste levantó la voz.

—Ese capitán, Tommaso Chelatione, ¿qué está haciendo?

—Está en el puerto, con mi madre.

—¿Y qué espera para partir?

—Su carga, sin duda.

—Hacedle saber que la ha encontrado, y que es más valiosa que un cargamento de armas.

—¿Puedo preguntaros...?

—Aquí está.

Josías vio salir entonces de las tinieblas de la habitación a un hombre de unos treinta años de una impresionante corpulencia; tenía los cabellos negros y la piel morena, como la suya, y vestía al modo oriental. El rostro, sin embargo, tan fino como el de un hurón, revelaba su origen persa. El hombre sostenía en las manos una ballesta de un género un poco especial. Además de tener dos tableros, que cargaban cada uno un cuadrillo metálico, estaba hecha de acero. El desconocido llevaba a la cintura dos sables, uno corto y otro más largo, que resplandecían débilmente.

Los ojos del hombre, de un azul profundo, se clavaron en los de Josías, que le sostuvo la mirada.

—Este hombre es nuestro mensajero para Oriente —explicó el obispo de Preneste—. Interviene en los asuntos más delicados. Estábamos interesados en que lo conocierais. Le hemos encargado llevar una carta bula *cum filo canapis* a las órdenes del Temple y el Hospital. Se trata de una misión de la mayor importancia para la Cámara Secreta. Tal vez os veáis en situación de trabajar juntos...

—¿Quién sois vos? —preguntó Josías al oriental.

—Para vos —respondió el hombre— no tengo nombre.

—Se llama Wash el-Rafid —dijo el obispo de Preneste—. Es persa. Lo recluté yo mismo con ocasión de un viaje a Palestina. Procede del Yebel Ansariya. ¿Lo conocéis?

—Sí —dijo Josías.

¿Cómo no conocer, en efecto, aquella cadena de montañas de siniestra reputación? El Yebel hormigueaba de refugios de una de las ramas más vergonzosas de la secta ismailí de los nizaritas: los asesinos. Entonces recordó Josías que las tortitas de trigo candeal colocadas sobre la consola del Papa eran enviadas por los asesinos a sus futuras víctimas, para prevenirlas de que se encontraban en sus manos...

Sorprendentemente, Wash el-Rafid llevaba sobre el pecho un símbolo, el mismo que su santidad Eugenio III había otorgado en 1147 a los templarios con ocasión de la primera reunión del capítulo general de su casa, «a fin de que este signo triunfal constituya para ellos un escudo para que no huyan ante ningún, infiel»: una cruz roja, que lo señalaba como templario.

En el mismo momento en que la mirada de Josías se detenía en ella, Wash el-Rafid se la arrancó con un gesto furioso y declaró con una voz que temblaba de dolor:

—Ya no soy digno de llevarla. Mientras la Santa Cruz no sea hallada, mis

vestiduras permanecerán tan vírgenes como las de los primeros templarios.
Luego abrió el puño, y la cruz roja cayó a sus pies, en la oscuridad.

Los habitantes de la tierra se dividen en dos, los que tienen un cerebro, pero no religión, y los que tienen una religión, pero no cerebro.

Abul-Ala al-Maari

La carreta ascendía por la calle bamboleándose como una barca agitada por las olas. Circulando en un mar de tiendas de colores vivos, de puestos de venta en torno a los que se apretujaba una multitud compacta, recordaba a esas barquichuelas empujadas a alta mar por una corriente desfavorable en el momento en que trataban de volver a puerto. A veces el carromato perdía velocidad, como si se encontrara en el vientre de una ola, cabeceaba a un lado y a otro, se hundía sobre sí mismo, se perdía en la marea humana, desaparecía cuando unos jinetes pasaban junto a él y luego reaparecía para seguir adelante. Se hubiera dicho que una mano invisible lo empujaba inexorablemente hacia su objetivo.

El propietario de la carreta era un enano de caminar renqueante, un judío que ejercía la muy lucrativa y no menos peligrosa profesión de comerciante de reliquias. Desde luego, no se presentaba como tal ante la gente que acudía a verlo. Al menos no inmediatamente. Sin embargo, muy pronto la máscara del vendedor de recuerdos caía para revelar el rostro del traficante. A decir verdad los dos se parecían. Lo único que cambiaba eran los precios. Aquel frasco lleno de agua mezclada con polvo de tiza valía diez dinares, o cien besantes de oro cuando se revelaba, bajo secreto, que se trataba de hecho de un resto de leche de la Virgen, recogido no se sabía cómo. El cliente, generalmente un peregrino en el camino de vuelta a casa, se ponía a contar las estrellas, con los ojos abiertos como platos. «El paraíso al alcance de la mano», pensaba con una sonrisa en los labios y acariciando el frasco. Si discutía un poco, podía conseguirlo por trescientos dinares. Pero eran raros los que lo hacían. Dudar del origen de las reliquias era un sacrilegio para la mayor parte de ellos. San Bernardo de Claraval, según decían, se había tragado todo un frasco. El líquido no era apto para el consumo, pues nadie podía garantizar la buena conservación de una leche con más de mil años; pero, para gran suerte de la cristiandad, san Bernardo, gracias a su fuerte constitución, se había librado con un buen cólico y unos días de oración en las letrinas de Claraval.

El comercio de reliquias daba mucho, pero era una práctica que tenía sus peligros. En efecto, los que se consagraban al comercio de los pedazos de cuerpo o jirones de ropa que habían pertenecido a un muerto, estaban interfiriendo, de hecho, en el monopolio de las religiones en materia de salvación. En cierto modo no robaban a sus clientes, sino a la propia Iglesia, a Dios.

Por eso este crimen estaba severamente castigado. Aunque de diversas formas. Porque si a los guardias qué se mostraban excesivamente puntillosos se les podía dar un dedo de san Mamas o unos pelos de la barba del Profeta para que cerraran los ojos, no sucedía lo mismo en el caso de las órdenes militares.

Cada vez que los templarios o los hospitalarios desenmascaraban a uno de esos traficantes —sea porque lo hubieran encontrado en las cercanías de una tumba, sea porque se hubieran hecho pasar por clientes—, su tienda era incendiada, sus bienes confiscados y su familia encarcelada. En cuanto al traficante, generalmente era torturado durante largos días —a fin de saber si había robado alguna reliquia auténtica— antes de ser colgado o, si era judío, crucificado.

Algunos bromistas, dotados de un dudoso sentido del humor, pretendían que todo lo que necesitaba el tráfico de reliquias para funcionar eran buenos vendedores y clientes ricos. La mercancía, en sí misma, nunca faltaba. De hecho, corrían rumores que afirmaban que el mercado se «autoalimentaba», pues los vendedores detenidos proporcionaban, muy a su pesar, material con que reavituallar a sus cofrades.

Como, extrañamente, los cementerios se dejaban sin vigilancia las noches siguientes a la captura de un traficante, a sus colegas les bastaba con acudir allí para renovar sus existencias. Un simple cadáver podía proporcionar a cinco o seis traficantes suficiente mercancía para un año, dos si el muerto era bastante grande. Existía todo un arte para despachar un cuerpo, para vender una mano antes que un brazo, un dedo —o una falange, o la punta de una uña— antes que una mano. Por descontado, se ofrecían otras reliquias además de pedacitos de cadáver; por ejemplo, ropas o cualquier objeto tocado por un santo (si solo lo había entrevisto, se ofrecía una rebaja). Dicho esto, los peregrinos se mostraban ávidos, sobre todo, de osamentas.

El principal peligro que amenazaba a estos comerciantes de lo extremo, especie de prologuistas del paraíso, era la denuncia. Pues, aunque dijeran que estaban encantados de poder aprovisionarse de mercancías con sus colegas difuntos, y reivindicaran ese privilegio, todos temían el día en que les correspondería a ellos aprovisionar a sus colegas.

Por eso estos hombres eran a menudo seres solitarios, que no se trataban entre sí y solo se cruzaban en los cementerios a la caída de la noche. Y no era raro que los más pobres, los más malintencionados o los que se habían quedado sin existencias denunciaran a sus cofrades.

De hecho, eso era lo que le había ocurrido a nuestro comerciante, y por una razón muy especial: había tenido la suerte (o mejor dicho, la desgracia) de dar con una auténtica reliquia. Esto había provocado los celos y el resentimiento de toda la profesión, así como la cólera de la Iglesia. Advertido de la llegada inminente de los templarios, Masada había abandonado entonces precipitadamente su pequeña tienda

de Nazaret y había puesto pies en polvorosa con mujer y bagajes.

Masada debía su nombre a una fortaleza construida en otro tiempo por Herodes el Grande, donde se habían refugiado los celotes después de la toma de Jerusalén y el incendio del Templo por los romanos. Su padre lo había bautizado así porque Masada, cuyo enanismo se había puesto de manifiesto desde su nacimiento, era para él «como el pueblo judío»: un enano en relación con los otros, pero poseedor de un valor y una fuerza incomparables. En realidad, Masada hubiera debido apodarse más bien «Masada el Ruin», porque era como Bilis, el rey de los antípodas; perezoso, cobarde y abúlico, el comerciante prefería contar sus denarios antes que los golpes y se colocaba siempre del lado del más fuerte. Masada tenía una opinión muy precisa sobre su profesión. Se denominaba «amigo de las artes» y «suscriptor de las religiones». Por otra parte, mantenía este discurso ante todos los compradores que acudían a su pequeña tienda de Nazaret, y se quejaba continuamente de que no hubiera más cultos en la tierra. «Adoro a los dioses; me siento próximo a todas las religiones y amigo de todos los apóstoles —repetía siempre que se presentaba la ocasión—. Cuando un sacerdote os bendice, ¿qué os queda? Nada. Cuando me compráis una reliquia, en cambio, más que un objeto adquirís algo que será la admiración de todos vuestros verdaderos amigos y suscitará la envidia de los otros: un salvoconducto para el paraíso, una patente del acceso privilegiado que os está reservado allí.» (Por otro lado, aquel discurso estaba en perfecto acuerdo con la tradición, que otorgaba a san Pedro el papel de santo patrón de los comerciantes de reliquias.)

Nacido pobre en 1135, Masada había adquirido una estupenda fortuna gracias al jugoso comercio de las reliquias, vendidas a una clientela cada vez más numerosa desde la toma de Jerusalén, en 1099, por los francos. Un contrato lo ligaba al obispo de la ciudad, al que se había comprometido a proporcionar en cada Pascua —para el nuevo año— lo más selecto de sus «reliquias».

A menudo se lo veía deambulando por el desierto en compañía de un aprendiz, nunca el mismo, en busca de ciudades antiguas o de lugares frecuentados en otro tiempo por personajes del Corán o de la Biblia: «Antiguo, Nuevo, Apócrifos, todos los Testamentos me interesan...», precisaba Masada. En Belén se aprovisionaba de restos de mantillas y de juguetes de Jesús niño (muñecas de trapo, caballitos de madera), así como de cajitas que contenían mirra o incienso (regalos de los Reyes Magos); en Jerusalén, de denarios de Judas a docenas, ramas de olivo, numerosos fragmentos de la Vera Cruz, los últimos suspiros de Cristo (en frascos herméticos, tapados con cera), así como de las vendas y aromas con que José de Arimatea lo había colocado en la tumba. Además, pretendía tener con este último una extraña relación, ya que se enorgullecía de haber sido amigo de uno de sus lejanos

descendientes. «Arimatea es el inventor de la profesión», clamaba Masada, lo que tenía la virtud de enfurecer al obispo de Nazaret.

La gente acudía de lejos para verlo. Para los grandes de Occidente era inconcebible volver de Oriente sin una reliquia del establecimiento de Masada. El conde de Flandes, Felipe de Alsacia, y en su época Luis VII —que se dejó allí sumas indecentes para satisfacer a su joven esposa, Leonor de Aquitania— y Conrado III, se habían provisionado en su casa. Y todos recomendaban a su «buen amigo» Masada.

Como estas reliquias eran falsas, los templarios y los hospitalarios habían recibido la consigna de dejarlo en paz. Además, Masada había prometido que devolvería inmediatamente al obispo de Nazaret —previa compensación— cualquier reliquia susceptible de ser verdadera. Pues la Iglesia, por más que condenara con la mayor firmeza a los que se entregaban a la simonía, cerraba, en cambio, los ojos ante las diversas actividades de quien era su «proveedor oficial»: Masada.

En compensación, el comerciante cubría de oro y reliquias al patriarca de Jerusalén y a sus hijos, los obispos de Acre y de Lydda. De vez en cuando Masada les hacía un regalo. Aunque un año metió la pata y les ofreció once dedos de san Juan Bautista. Pero Heraclio, el patriarca de Jerusalén, optó por reírse del incidente, y nunca se repitió nada parecido.

«Ay de vos si encontráis una verdadera y no me la confiáis», le advertía, con todo, Heraclio. Y, después de hacer el gesto de cortarle la garganta, añadía: «La escoria es vuestra; pero los santos, míos. No lo olvidéis...».

Y Masada se estremecía y prometía: «No, no, esto no ocurrirá nunca».

Sin embargo, el comerciante se había convertido, sin saberlo, en el feliz propietario de una auténtica reliquia de la que nunca había informado.

A pesar de su inmensa fortuna, Masada llevaba aparentemente una vida de gran sencillez. Dormía y comía en su propio establecimiento, que tenía todo el aspecto de una tienda de boticario normal. ¿Dónde estaba, pues, su oro? Nadie tenía una respuesta satisfactoria para aquella pregunta. Se barajaban, al respecto, toda clase de hipótesis, a cual más extravagante, desde las donaciones ofrecidas a los judíos de Occidente para apoyar su causa, hasta la construcción de una ciudad en el desierto, adonde iba con tanta frecuencia.

De hecho, este fenómeno tenía una explicación o, mejor dicho, tenía dos, igual que la buena fortuna de Masada: una verdadera, ignorada por todos, y una falsa, conocida por los más sabios, o los mejor informados.

La respuesta de los que se creían mejor enterados con respecto a la cuestión de la pobreza aparente de Masada era a la vez lógica y simple: si el comerciante de reliquias vivía entre incomodidades, era a causa de su matrimonio. Hay que decir que su mujer, llamada Femia, compraba tantas joyas que a los más sagaces les parecía imposible que su marido no se hubiera arruinado. Pero, si Masada iba siempre tan

terriblemente escaso de dinero, no era a causa de su mujer: era a causa de un secreto.

En cuanto a su oro, si entraba en sus arcas (aunque allí se desvaneciera como el agua en el tonel de las danaides), no era gracias a la protección de la Iglesia o, más concretamente, a la del patriarca de Jerusalén. No. Si Masada era rico, era gracias a su asno. Y eso era algo que ignoraba él mismo. Hasta aquel día de mediados de julio.

Los fuegos de la derrota de Hattin apenas empezaban a apagarse cuando Masada cayó de pronto en la cuenta de que su asno, que tenía desde hacía mucho tiempo, seguía vivo. Pero ¿por qué le preocupaba aquello precisamente entonces?

A decir verdad, la longevidad del animal ya lo había sorprendido antes, pero no le había dado demasiada importancia. «Este asno es viejo —se decía—. Pronto morirá.»

Pero el asno no se moría.

Masada lo alimentaba con avena y centeno, a veces le hablaba al oído, lo cepillaba cada mañana y una vez al año le ofrecía herraduras nuevas; de modo que era un asno como los otros, que trabajaba como los otros, pero que seguía vivo a pesar de su edad venerable.

Por otra parte, ¿qué edad podía tener? Era difícil decirlo. Siempre había sido viejo. Estaba pelado, placas de piel enrojecida por la enfermedad le cubrían parte del cuerpo, tenía las rodillas deformadas y las patas tan torcidas como el bastón con que su amo se ayudaba para caminar. Sin embargo, seguía adelante. En la zona del cabestro se le había formado una especie de oquedad a fuerza de tirar de la carreta, y generalmente llevaba la cabeza baja. El asno no se quejaba nunca.

Masada lo había recibido de su padre, que a su vez lo había recibido de un anciano al que había socorrido en otro tiempo, no lejos de Jerusalén. Era el año de gracia de 1101, y aquel anciano, un hombrecillo moreno de aspecto medroso, había caído en una emboscada que le habían tendido unos bribones. Le estaban dando una paliza cuando el padre de Masada, que se llamaba Abraham, los había visto y, como llevaba un garrote, había defendido al pobre hombre contra los tres canallas. Estos pronto se habían dado por vencidos y habían puesto pies en polvorosa, con gran satisfacción de Abraham, que prefería verlos huir antes que verse muerto.

El anciano al que había salvado, lejos de alegrarse, se deshizo en lágrimas.

—¿Por qué lloráis? —le preguntó Abraham.

—En realidad —dijo el anciano—, lloro porque he pecado, y es la segunda vez. Ya había tratado de huir hace tres años, en compañía de Guillermo el Carpintero, conde de Melun. Tancredo nos alcanzó y fui perdonado. Hoy, tomada Jerusalén y muerto el buen Godofredo, quise volver a casa. Al parecer, Dios no lo quiere así...

El padre de Masada no sabía qué responder. Miraba al anciano y a su asno, y no comprendía con quién estaba tratando.

—¿Eso os entristece? —preguntó.

—Me apena, sí. Me gustaría tanto volver a ver Amiens... No quiero morir aquí.

—¿De modo que procedéis de Amiens?

—Sí —respondió el anciano.

—Pero ¿quién sois vos?

—Mi nombre es Pedro, pero todos me llaman el Ermitaño.

—¡Pedro el Ermitaño! —exclamó Abraham, petrificado por la sorpresa—. ¡Y queréis volver a casa cuando aquí sois un santo y todos os veneran!

Pedro asintió con la cabeza.

—La verdad —dijo suspirando— es que nunca quise venir aquí.

—Y entonces, ¿cómo llegasteis?

—Fue debido a este asno —confesó, señalando al animal.

El anciano cogió un guijarro del suelo y se lo tiró. La piedra le dio en el flanco, pero el animal no se movió y siguió paciéndose como si no hubiera ocurrido nada.

—Si he entendido bien, ¿tomasteis la cruz por culpa de un asno?

—Tomé la cruz porque quería a mi asno, y él fue el primero en responder a la prédica de Urbano II cuando Su Santidad nos exhortó a tomarla. Cuando se puso en camino a Oriente, me dominó el miedo y lo seguí. Ya antes, en una ocasión, había querido partir en peregrinación a Jerusalén, pero la fatiga, el hambre, el frío... sobre todo el hambre, me habían hecho volver a casa. Fue precisamente en el camino de vuelta cuando encontré a este asno, que desde entonces no me ha abandonado. Va a donde quiere. Hace lo que quiere. Es un asno, pero es más inteligente que yo. Y temo que también más viejo.

Pedro y el padre de Masada observaron con mirada grave al animal, que se había alejado unos pasos.

—¿Qué queréis hacer? —preguntó Abraham.

—Irme solo, ya que él desea permanecer aquí. Estoy seguro de que ha sido él quien ha colocado a estos bandidos en mi camino. Tal vez incluso haya hecho lo mismo con vos, para que nos cruzáramos y yo os lo diera.

El asno había levantado la cabeza y miraba a Abraham.

—Cogedlo —dijo Pedro—. Es vuestro.

—Pero...

—Me habéis salvado la vida. Cogedlo como recompensa, os traerá suerte.

Abraham no sabía qué hacer. Pero el asno, por su parte, parecía haber elegido a su amo. El animal se acercó a Abraham y se mantuvo a su lado, muy tranquilo, empujándolo amistosamente con la cabeza.

—Acariciadlo entre las orejas, le encanta —aconsejó Pedro el Ermitaño.

Abraham le preguntó, mientras pasaba la mano por entre las largas orejas peladas del asno:

—¿Cómo se llama?

—Carabas.

Y así fue como el asno de Pedro el Ermitaño entró en la familia de Abraham.

A la muerte de su padre, Masada heredó sus bienes, y por tanto a Carabas. Este ya era viejo; y era el año 1144, el año de la caída de Edesa. Masada nunca había creído la historia de su padre. Pero en 1187, cuando la cristiandad acababa de experimentar su mayor derrota y Jerusalén se encontraba amenazada, el comerciante contemplaba a su asno con una mirada algo distinta.

Debía de tener más o menos cien años. «Al menos cien años —pensó Masada—, pues ya era viejo cuando mi padre lo encontró.»

En fin, el hecho era que tenía una edad que ningún asno había alcanzado jamás.

Y, si el asno tenía casi cien años, ¿por qué no iba a ser el asno del mayor de los predicadores de los últimos años, Pedro el Ermitaño, el que decía con tanta frecuencia que el fin del mundo estaba cerca, que el Apocalipsis era inminente?

Aquel asno tenía un valor inconmensurable.

Masada se encontraba, pues, en posesión de una reliquia auténtica. Y cometió la imprudencia de confiárselo a su mujer, lo que causó su pérdida. Femia no pudo evitar alardear de ello ante la esposa de un competidor. Esta última se lo repitió a su marido, y este se dirigió al castillo de La Féve, donde se encontraba instalada una importante guarnición de los templarios. Afortunadamente, Femia fue advertida por la hermana de un hombre cuyo primo era turcópulo en el castillo de La Féve de que la guarnición estaba al corriente, lo que permitió a Masada huir antes de la llegada de los soldados.

Haber ocultado al obispo de Nazaret que poseía una reliquia tan venerable sin duda le costaría la vida.

En Jerusalén, Heraclio debía de estar furioso.

Masada, que en su huida precipitada había abandonado a su aprendiz y perdido todos sus bienes, quería ir a Damasco para comprar un ayudante a bajo precio. La batalla de Hattin había tenido como consecuencia la salida al mercado de cerca de treinta mil esclavos, lo que había provocado el hundimiento de las cotizaciones. Se podía conseguir un adulto en buen estado de salud por un par de sandalias, un joven por una lanza, una pareja y su hijo por una cabra. Masada quería adquirir concretamente a un adolescente recién salido de la infancia para reemplazar a su antiguo aprendiz. Y, por un curioso azar, como si estuviera al corriente de las intenciones de su amo, Carabas se dirigió por sí mismo a Damasco.

Viajaron durante un poco más de una jornada por una carretera bordeada de adelfas que serpenteaba entre colinas. El sol calentaba la hierba amarillenta y el suelo estaba cubierto de grietas. De vez en cuando, finos chorros de vapor escapaban de ellas y ascendían silbando hacia el cielo. Solo se oía el zumbido de las moscas y el canto de las cigarras. Aquí y allá, algunos cadáveres acababan de descomponerse. Algunos tenían la cara deformada en una mueca; otros ni siquiera tenían con qué

sonreír.

Silenciosos, Masada y Femia mantenían los ojos fijos en el camino que ondulaba ante ellos. Se sentían inmóviles, como si fuera el paisaje el que se movía y no la carreta, hasta tal punto su marcha era tranquila y lento el paso del asno.

Hacia el mediodía, un ladrido los sorprendió. Una perrita estaba parada en medio del camino.

A su lado yacían unos sarracenos, muertos desde hacía algún tiempo. El cadáver de una camella se pudría junto al camino, no lejos del cuerpo partido en dos de un joven mahometano. Al divisar una bonita campanilla de bronce medio hundida en la arena, Masada saltó a tierra para recogerla, y Carabas se detuvo. En ese momento la perrita volvió a ladrar.

Al acercarse a ella para acariciarla, Masada distinguió en el polvo un pedazo de tela negra. Después de asegurarse de que su mujer no miraba hacia allí, lo cogió con delicadeza y lo palpó con los dedos. Era un pañuelo grande de seda de una calidad extraordinaria. Recordaba haber visto uno así en torno al cuello de una joven muy hermosa, unas semanas antes, en Nazaret. ¿Qué le habría ocurrido a su propietaria?

De pronto Carabas golpeó con la pezuña en el suelo. Masada se guardó el pañuelo en la limosnera, escuchó, miró en todas direcciones, pero no oyó ni vio nada. Luego el asno bufó y movió la cabeza a derecha e izquierda, como si tuviera prisa por marcharse. Femia seguía apoltronada en su asiento, cansada de que Carabas no la obedeciera. Pero alguna cosa la tenía inquieta.

—No podemos dejarla ahí —dijo señalando a la perra.

—Está bien, ya la cojo... —replicó Masada, exasperado.

Masada cogió al animal en brazos y lo dejó en la parte de atrás, bajo el toldo que servía para protegerlos del sol. Luego volvió a sujetar las riendas, lanzó un «¡Uuuuee...!» que era más una imprecación que una orden, y la carreta se sacudió un poco: habían vuelto a arrancar. Masada ni siquiera se dio cuenta de que había olvidado recoger el objeto por el que había bajado: la campana de bronce.

Dos horas más tarde dejaron tras de sí las cimas del Hermón, donde Saladino tenía la costumbre de enviar a sus soldados a recoger nieve, y alcanzaron los contrafuertes del Antilíbano, donde se encontraba Damasco.

La ciudad es una anomalía en el desierto. Ceñida por una triple muralla de piedras blancas en la que, a distancias iguales, se elevan altas torres cuadradas coronadas por estandartes, parece un pedazo de cielo caído en la arena, un paraíso en la tierra. A sus pies, huertos y jardines forman una corona de verdor, de donde sobresale de vez en cuando la copa de una palmera datilera que se balancea al viento. Esas palmeras recuerdan a los viajeros el origen de la ciudad, que debe su fortuna —y su existencia— a un oasis, el Ghutah.

El Ghutah, según dicen, inspiró en otro tiempo a Dios las alas de Gabriel. A semejanza de la ciudad, el oasis está recorrido por una malla de ríos que alimentan de agua dulce las rosaledas y las cisternas. Estos ríos son las venas de Damasco. El corazón de la ciudad palpita al ritmo de su pulso; pues si Roma y Jerusalén tienen siete colinas, Damasco tiene siete ríos. Estas corrientes son los siete hijos de un mismo padre, el Barada, que tiene su fuente en oriente, en el salvaje país de Zabadáni. Sus brazos fluyen en común armonía, y luego se dividen al acercarse a la ciudad.

Más de ciento diez mil jardines de rosas han podido florecer así, llenando la atmósfera de exquisitas fragancias. En el seno de estas rosaledas, de los depósitos cilíndricos construidos por encima de profundas fosas se desprenden los olores que hacen que Damasco sea Damasco. Esos aromas lo impregnan todo con sus efluvios, tiñendo hasta los magníficos muros blancos, que, a cualquier hora del día, se dirían revestidos con los esplendores de la aurora. Sin embargo, después de haber bebido demasiado, algunos viejos sabios pretenciosos, de larga barba blanca amarilleada por la pipa, levantan pomposamente el dedo advirtiendo: «Estos olores no son lo que creéis... Son los olores del infierno». Luego cuentan que en 116 (después de la Hégira), en plena plaza del mercado, monstruos invisibles devoraron al loco Abd al-Azrad, el autor del siniestro y temido *Kitab al-Azif*, escena espantosa cuyo recuerdo perdura todavía en la memoria de unos pocos damascenos, dado que los otros prefieren dedicarse al comercio.

A diario, los mercaderes azuzan con la vara a sus asnos, sus pequeños caballos y sus dromedarios en dirección a la ciudad. Las cargadas caravanas avanzan pausadamente por los caminos polvorientos, y sus guías se fían del olfato para encontrar As-Sagir, la puerta principal. En su periferia se apretuja una muchedumbre indescriptible que espera a ser registrada por algunos guardias despreocupados. Para pasar el rato, la gente charla con el vecino, habla de bodas o negocios, o se concentra en la contemplación de los numerosos minaretes que dominan las murallas como otros tantos faros. Todo esto bajo los rayos del sol, que dispersa, mitigando su fuerza, la inmensa cúpula de la mezquita de los omeyas, construida en 706 por el califa al-Walid al principio de su reinado. La cúpula se levanta sobre la ciudad como un arco iris de oro. Ciertamente, Damasco merece ser llamada la «gran silenciosa y blanca».

Damasco había conocido, sin embargo, muchas horas sombrías.

Después de haber sido durante largos años objeto de luchas entre francos y sarracenos, estos acabaron por imponerse en 1154, cuando Nur al-Din se sentó en el trono, antes de ser reemplazado por Saladino en 1174.

Luis VII había tratado, en su época, de apoderarse de ella por cuenta de los francos, siguiendo los consejos de su mujer Leonor (aconsejada a su vez por Shirkuh,

el tío de Saladino). Pero el rey había acabado por renunciar, pues, mientras la ciudad se mantenía firme, su mujer había sucumbido, en cambio, a los asaltos amorosos de Shirkuh.

Después de la pérdida de Edesa, el fracaso de esta expedición se había añadido a la larga lista de desengaños de los francos en Tierra Santa y había transformado a Damasco en un enemigo implacable de Occidente. A pesar de ello, la ciudad se jactaba de albergar una de las comunidades cristianas más antiguas de Oriente, y poseía una de sus más primitivas iglesias: Santa María. Sin embargo, las mezquitas se imponían ampliamente frente a las iglesias. Se veían muchos más minaretes que campanarios apuntando su dedo hacia el cielo y, en la hora de la oración, las llamadas de los muecines cubrían el canto de las campanas. Con todo, los cristianos, al igual que los judíos, convivían allí sin problemas con los mahometanos.

Desde un punto de vista estratégico, Damasco era muy importante, ya que sellaba la unión entre los dos reinos de Egipto y Siria. Más al norte, obstaculizaba los movimientos de Constantinopla, aunque, desde el reinado de Isaac Angelo, el viejo Imperio bizantino se mostraba favorable a Saladino.

Finalmente, desde hacía unos años Damasco era blanco de los ataques y las incursiones de los nizaritas, que descendían de sus fortalezas del Yebel Ansariya y sembraban el desorden en la ciudad o, más discretamente, se establecían en ella. Así habían conseguido tejer una eficaz red de informadores que comunicaban a su amo, Rachideddin Sinan, los movimientos de Saladino y también sus intenciones.

Masada y Femia se dejaron guiar por Carabas. Cruzaron la puerta de As-Sagir y se hicieron llevar hacia la parte alta de la ciudad, donde se encontraba el mercado de esclavos. Posados, más que sentados, en su asiento, no manifestaban ninguna emoción, aunque Masada experimentara de hecho emociones de toda clase, a veces contradictorias. A la cólera se superponía la alegría de sentirse por fin libre, por fin en la Verdad. Como si aceptando a Carabas por guía hubiera encontrado su camino.

Y aunque el camino fuera lento, lleno de obstáculos, y debiera hacerlo con su mujer, aunque los templarios fueran tras él y hubiera tenido que abandonar toda su mercancía y a su último esclavo, al final, estaba seguro, se encontraba lo que buscaba desde siempre: una vida de aventura.

Femia se había tumbado. El viaje la había fatigado. La perrita se había instalado delante, entre ella y su marido, y miraba, encantada, con la boca muy abierta, cómo se desplegaba el panorama de las calles. Sin embargo, no había motivos para alegrarse, se decía Femia. La mujer rumiaba sombríos pensamientos cuando la multitud se apartó, dejando libre el paso hacia la ciudad alta. La carreta dio una sacudida y se dirigió hacia un estrado donde se alineaban una serie de hombres y mujeres encadenados. Esclavos. Los mercaderes, látigo en mano, bramaban para atraer la atención de los posibles compradores y anunciaban precios que desafiaban

cualquier competencia. Al divisar a uno de los prisioneros, Femia se volvió hacia su marido.

—¡Mira ahí! —exclamó—. ¡Ahí, te digo!

Masada no dijo nada y se limitó a esbozar una sonrisa boba. Entonces Femia extendió el brazo para sacudirlo, y se dio cuenta de que se había adormilado.

—¡Despierta! —le gritó—. ¡Hemos llegado!

Masada abrió los ojos y vio, no lejos de Carabas, a un hombre encadenado. A pesar de la banda de tela que le tapaba el ojo derecho y de sus numerosas heridas, lo reconoció enseguida: era Morgennes.

11

*Un esclavo creyente vale más que un hombre libre y politeísta,
aunque este os agrade.*

Corán, II, 221

La primera intención de Masada fue dar media vuelta. Morgennes no parecía haberlo visto, de modo que Masada tiró de las riendas de Carabas. En vano: el animal se negaba a moverse. Femia se indignó y lanzó toda clase de improperios a su marido, que fingió no oír los insultos porque no sabía cómo responder a ellos.

Bajo las miradas divertidas de los curiosos, el hombrecillo descendió de la carreta y se dirigió renqueando hacia un rincón del mercado donde los herreros golpeaban unos sables para darles vida. Los «¡clang! ¡clang!» de los pesados martillos parecían subrayar las invectivas de Femia, y la cabeza de Masada se fue hundiendo cada vez más entre sus hombros. Finalmente, cuando se hubo alejado bastante, el pequeño judío hizo ver que se interesaba por el puesto de un artesano que fabricaba en el torno empuñaduras de daga.

Para convencerse, y para convencer a su mujer, del interés que sentía, Masada preguntó a un aprendiz por el precio de una de las armas, cuya reputación hacía tiempo que había rebasado las fronteras del Oriente.

—¡Mal hombre! —gritó Femia a su marido desde su asiento—. *Yallah!* ¡Abandonar a tu mujer en medio del mercado!

Masada se hizo el sordo e inició un regateo para despistar.

De pronto, la perra lanzó un ladrido. Morgennes volvió la cabeza.

¡Ella! ¿Pero qué hacía allí? ¿Era la misma? Morgennes miró hacia la carreta y vio a la mujer sentada en la parte delantera.

Era tan obesa que los pliegues de grasa que le caían del cuello le colgaban sobre el pecho. No se sabía si tenía la cabeza anormalmente hundida o los hombros exageradamente altos. Recordaba a un elefante. Y desde luego sus dimensiones y los berridos que lanzaba eran propios de ese animal. Sus ataques de indignación se traducían en vociferaciones que atraían la atención de los curiosos. La mujer habría hecho maravillas pregonando su mercancía en un mercado, pero, con excepción de los numerosos adornos que llevaba en torno al cuello y los anillos de los dedos, su mostrador estaba vacío. Por otra parte, Morgennes se preguntó qué hubiera podido vender, dado que nadie compraba fealdad. «Pobre mujer», pensó.

En aquel momento sus miradas se cruzaron.

Femia acababa de dirigir algunas nuevas pullas a su marido, que se había alejado en dirección a los vendedores ambulantes que anunciaban sus mercancías: pirámides

de flores y de especias. Masada contempló los tarros de plantas carminativas, como el anís, el hinojo, el toronjil o la salvia, preguntándose si no podrían ser útiles para calmar la diarrea verbal de su esposa.

La mujer, por su parte, no apartaba la mirada de Morgennes. Aquel hombre la fascinaba, sin que pudiera decir por qué. Sin embargo, al ver la banda que le tapaba el ojo derecho, reprimió un escalofrío ante la idea del agujero que se ocultaba detrás. Morgennes estaba de pie ante una cuarentena de esclavos que se encontraban en un estado lamentable. Los más desesperados, para no curarse, se arrancaban de las heridas sus vendas ensangrentadas, descubriendo llagas purulentas que no llegaban a cicatrizar. Morgennes era el más vigoroso, pues los otros tenían incluso dificultades para mantenerse en pie. Muchos murmuraban para sí palabras incomprensibles, como si hubieran perdido la razón.

—¿Te interesa? —preguntó a Femia un kurdo de ojos amarillos—. Tengo varios como este, no son caros... Pero tendrás que darte prisa, son los últimos. Después los precios subirán...

El mercader, que no dejaba de sonreír y de retorcerse los bigotes, añadió:

—Te lo cedo por diez dinares. Es un antiguo hospitalario convertido al islam. Una pieza excepcional.

—Tengo que reflexionar —dijo Femia, incómoda—. No puedo hacer nada sin mi marido.

—¡Tu marido! —El kurdo se echó a reír—. ¡Pero si está lejos! Una mujer de tu carácter no necesita a su marido...

—Es cierto. Pero de todos modos tengo que reflexionar.

En realidad, Femia ya se había decidido: compraría a Morgennes. Sería su locura, su última joya. Pero no a aquel precio. Veía una tal abundancia de esclavos alrededor que se decía que debía ser posible conseguirlo más barato, aunque la mayoría estuvieran muy mal. Las costillas sobresalían entre los harapos, placas de sarna dejaban al descubierto las pústulas de las cabezas y en las barbas ralas se agitaban los parásitos, un reflejo de la pediculosis que les roía el bajo vientre. Una tos ronca arrancaba a algunos de ellos un último soplo de vida: morirían aquella misma noche o al día siguiente.

—¡El mío es mejor! —clamó el kurdo, que, como buen comerciante, se había adelantado a las inquietudes de su cliente—. ¡Lo han cuidado, se han ocupado de él! ¡Es un esclavo muy especial! El propio Saladino (que el Altísimo lo tenga en su santa guarda) lo convirtió al islam.

—Si es tan especial, ¿por qué no lo han comprado aún?

—Es que nos da miedo. Se dice que habla con fantasmas y que oye y ve cosas que se nos escapan. Es un antiguo monje guerrero, ¿comprendes? ¡Tal vez incluso un héroe!

—Si inspira miedo, no vale tan caro —argumentó Femia.

—¡Demonios! ¡Eres dura negociando! ¡Ocho dinares!

—Cinco.

—¡Cinco! ¡Pero si eso ni siquiera paga los cuidados que ha recibido! Lo han atendido en el mejor de los hospitales de la ciudad, el *bimaristan* al-Nuri, donde un *kahhál* se ocupó de su ojo. El propio Ibn al-Waqqar lo ha cuidado. Era el médico de Nur al-Din, probablemente el mejor médico del mundo... después de Moisés Maimónides, claro está, que es el de Saladino (la paz sea con él). A pesar de las apariencias, este hombre está en mejor forma que tú y que yo. Ahora es un hombre nuevo. Vivirá más que tu asno, ¡te lo juro!

Femia lanzó un suspiro y dirigió la mirada hacia los otros esclavos, lo peor de los prisioneros hechos en Hattin. Los vendían por lotes de cuatro o cinco por el precio de uno, con la idea de que tal vez uno sobreviviera. Porque aquellos hombres estaban cansados de vivir. Los habían ayudado a aguantar hasta Damasco, pero a partir de ahí ya no se habían preocupado por ellos. Podían morir, y serían solo algunas bocas menos que alimentar. Aunque, de todos modos, ya no les daban de comer. A los nobles los habían cambiado por un rescate. A los caballeros, los mejores entre los hombres de a pie, los arqueros y los ballesteros los habían vendido luego a un buen precio. A continuación las mujeres y los niños. Pero con los viejos, las feas o los lisiados no sabían qué hacer. Los sarracenos tenían demasiados. Aquel exceso de mercancía supurante les daba náuseas. A falta de espacio, por la noche los hacían dormir directamente sobre el polvo de las calles. Solo a los más valiosos los habían llevado a las prisiones o los depósitos. Así, Morgennes había pasado varias noches en la celda donde en otro tiempo Eudo de Saint-Amand, por entonces maestro de los templarios, se había consumido después de su captura en la batalla de Marj Ayun, como atestiguaban las inscripciones en los muros.

El kurdo empezaba a impacientarse, cuando Masada volvió. Sostenía una correa de cuero pasada en torno al cuello de un joven esclavo apenas más alto que una espada. El adolescente iba cubierto solo con un triste taparrabos y caminaba descalzo. A pesar de la ligadura que lo ataba a Masada, su marcha era ligera y su mirada estaba llena de vida. El muchacho tenía los labios escarlata y el cabello sedoso. Le habían aceitado la piel y cortado las uñas. ¿No sería uno de esos esclavos que vendían para darse placer? ¿Qué locura había cruzado por la mente de Masada? Este, en todo caso, parecía sentirse aliviado. De vez en cuando lanzaba una rápida ojeada al grupo de esclavos donde se encontraba Morgennes, y con la mirada perdida en el vacío seguía caminando apresuradamente hacia la carreta. Cuando estuvo a unos pasos de su mujer, señaló al esclavo recién adquirido y le espetó:

—Súbeme esto. Nos vamos.

Femia bajó, pasó entre Morgennes y el mercader de esclavos e instaló al joven

esclavo en la parte trasera, con la perra.

—¡Masada!

Femia giró sobre sí misma, estupefacta. No era casual que Carabas se hubiera detenido ante aquel esclavo. El hombre conocía a su marido. Masada se inmovilizó un instante, como paralizado, y luego se instaló confortablemente. Sujetó las riendas de Carabas y chasqueó la lengua para darle la orden de partida; pero Carabas no se movió.

—¡Masada, soy yo! —exclamó Morgennes—. ¿No me reconoces? ¡Morgennes, del Hospital!

El mercader de esclavos se frotó las manos: no había nada mejor para los negocios que un esclavo tratando de venderse a sí mismo a alguien que ya lo conocía. Masada se volvió febrilmente hacia la parte trasera de la carreta, donde el joven esclavo acari-ciaba a la perra, y le ordenó, iracundo:

—¡Tú, baja, ve a tirar del asno!

El muchacho obedeció con presteza y cogió al asno por el cabestro. Femia dijo entonces a su marido:

—¡Compra a ese hombre! —Y señaló a Morgennes, que los miraba fijamente.

Pero Masada hizo como que no oía ni veía nada.

—¡Diez dinares! —soltó entonces el mercader.

—¡Hace un momento eran ocho! —se indignó Femia.

—¡Los precios han subido! —respondió el mercader—. ¡Lo siento, ya os había prevenido!

—¡Vendido! —gritó una voz, mientras una bolsa aterrizaba a los pies del kurdo.

Todos se giraron hacia el que la había lanzado: era un hombre de unos veinte años, con la cara picada de viruela, cabello ralo y cara de pocos amigos. Llevaba una daga de hoja curvada sobre el pecho y tenía el brazo derecho seccionado a la altura del codo. Cuatro energúmenos de aspecto patibulario lo seguían. Los hombres llevaban a la espalda un pequeño arco corto, y en el costado, además de un sable largo, una maza erizada de pinchos. A pesar de la mugre y el polvo que les embadurnaba la cara, Morgennes reconoció a los cinco mahometanos contra los que había peleado ya en dos ocasiones. Taqi ad-Din lo había salvado la primera vez, y Casiopea la segunda. Aquella vez no veía quién podría evitar que cayera en manos de aquellos bandidos, si no eran Masada y su mujer.

—¡Masada! —gritó Femia agarrando del brazo al mercader de esclavos—. ¡Coge el cofrecillo y cómpralo!

—¡No hay bastante! —gruñó Masada.

—¿Y con qué lo has pagado a él? —preguntó la mujer, furiosa, lanzándose sobre el joven esclavo para sujetarlo por el cuello.

Masada no respondió palabra. Los maraykhát empezaban a impacientarse, y

Femia se puso escarlata.

—¡Masada, te prevengo! Si no lo compras, explicaré a mis hermanas que...

Se interrumpió, como si prefiriera no decir demasiado. Abrumado, Masada preguntó al mercader:

—¿Cuánto?

El vendedor, con un brillo nuevo en la mirada, se volvió hacia los maraykhát.

—¡Lo lamento, señores míos, pero acabo de recibir otra proposición! —dijo con aire falsamente desolado. Y luego, mirando a Masada, anunció en tono divertido—: ¡Cincuenta dinares!

Masada estuvo a punto de atragantarse.

—¡Nos vamos! —dijo dirigiéndose a Femia. Morgennes sujetó a Masada por la manga.

—¡Cómprame! ¡Sin que importe el precio! ¡Te lo reembolsarán cien veces!

—¡Claro, en el paraíso! —gritó Masada—. No tienes ni una moneda; de hecho, no tienes ni bolsillo...

—¡A mi orden le sobran las riquezas!

Masada pareció dudar un instante. El kurdo recogió la bolsa que había caído al suelo y la tendió a los maraykhát.

—Los precios han vuelto a subir, y tú no tienes bastante.

—¡Ay de ti si no coges mi oro! —maldijo el manco, llevando la mano al kandjar.

—¡No me obligaréis a vender! —exclamó el mercader dejando caer la bolsita a sus pies.

Luego levantó el látigo e hizo un gesto en dirección al estrado; tres robustos mamelucos se situaron a su lado. Los tres colosos medían casi diez palmos de alto, tenían las manos de la medida de un sacudidor y sostenían una guisarma: una pica de mango corto con la cuchilla casi tan larga como ancha. Pero aquello no fue suficiente para arredrar a los maraykhát. El manco se volvió hacia sus compañeros y les ordenó:

—¡Dadme todo lo que tengáis!

Los maraykhát se registraron los bolsillos y sacaron cuatro magras bolsas que se añadieron a la primera.

—¡Coge esto y danos al franco! —le espetó el manco—. ¡Por el Profeta, no tendrás otra oferta mejor!

El kurdo empujó a Morgennes hacia los maraykhát, pero de nuevo este se agarró a Masada. El vendedor estaba dudando si debía azotarlo —lo que hubiera estropeado la mercancía—, cuando se escuchó un grito:

—¡Cien dinares!

Los labios del mercader se abrieron para formar un perfecto círculo, y el hombre dijo a Morgennes:

—¡Pero si vales una fortuna! —Y luego, mirando hacia la multitud, preguntó

hinchando el pecho—: ¿Quién ha dicho eso?

—¡Nosotros! —respondió una voz potente con un fuerte acento nórdico.

Dos encapuchados con un manto de un blanco immaculado se abrieron paso entre el gentío y se dirigieron con paso resuelto hacia Morgennes. La multitud esperaba, según informaron los mahometanos, «inmóvil y muda, como si un pájaro se hubiera posado sobre su cabeza». Entre ella, algunos hombres con turbante gris tomaron posiciones en las cuatro esquinas de la plaza del mercado, pasando entre los caballos y los asnos, tratando de confundirse entre las sombras de los puestos, los fardos y las seras de arroz. Cuando estuvo a dos pasos del mercader, el más alto de los hombres de blanco le puso en la mano una pesada bolsa de cuero y declaró:

—¡Este hombre es nuestro!

—¡Cien dinares! —exclamó el kurdo, que no podía creer lo que veía—. ¿Quién da más?

El hombre del manto blanco lo agarró por el cuello.

—Lo repito: ¡este hombre nos pertenece!

—¡No tan deprisa! —intervino el manco, adelantándose—. ¿Quién os ha permitido aumentar nuestra oferta? Y, antes que nada, ¿quién sois vos?

El hombre de blanco se volvió lentamente hacia el maraykhát, lo sujetó por la muñeca y empezó a retorcerle el brazo.

—¡Por el poder de Dios y de la Virgen María todopoderosa, si quieres conservar tu último brazo, harás bien en escucharme! ¡He venido aquí a comprar a un hombre que nos corresponde por derecho!

Y levantó su capuchón, descubriendo una tonsura de un rubio casi blanco y una poblada barba. Una horrible marca en forma de cruz, hecha con un hierro al rojo, le adornaba la frente. El hombre observó a la muchedumbre sin pestañear. Una sonrisa cruel dejó ver sus caninos. Se mostraba orgulloso de su hazaña: llegar hasta el mismo centro de una de las mayores ciudades del imperio de Saladino.

—¡Templarios! —exclamó el manco—. ¡No tenéis derecho a estar aquí! ¡Os destriparemos!

—¡Hemos venido en paz para comerciar con vosotros! ¡Debéis dejarnos tranquilos mientras no saquemos nuestras armas!

Morgennes se estremeció: había reconocido a Kunar Sell, un temible monje guerrero de origen danés. Aquel hombre había matado a más mahometanos que ninguno de sus hermanos, y mostraba al hacerlo un ensañamiento y un placer inauditos. Por alguna razón que Morgennes no podía explicarse, aquel loco se había hecho tatuar una cruz en la frente y había retirado de sus ropas la cruz roja de los templarios.

Morgennes se sujetó con todas sus fuerzas a Masada.

—¡Cómprame! ¡Cómprame!

Masada, temiendo que los templarios se interesaran por su persona, trató de rechazar a Morgennes, pero fue necesario que interviniera el mercader de esclavos para alejarlo.

—¡Ve con tus futuros nuevos amos! —ordenó el kurdo.

El mercader tiró de Morgennes hacia atrás de una forma tan violenta que las ropas de Masada se desgarraron. El comerciante de reliquias trató de ocultar su brazo desnudo, pero ya era tarde.

—¡Puedo salvarte! —gritó Morgennes, que lo había visto todo—. ¡Confía en mí y no lo lamentarás!

—¿Lo juras? —preguntó Masada con voz temblorosa.

—¡Sobre los tres libros santos, te doy mi palabra!

Masada, envolviéndose el brazo con el pañuelo de seda negra que había cogido en el camino, preguntó al mercader con aire decidido:

—¿Cuánto?

Consciente de que no volvería a presentársele una oportunidad como aquella, el kurdo inspiró profundamente y soltó, como si fuera un desafío:

—¡Mil dinares!

Era más de lo que había ganado desde la victoria de Hattin.

—Págale —dijo Masada a Femia.

—No tenemos bastante... —murmuró Femia.

Al ver que los templarios sacaban nuevas bolsas de debajo de sus capas, Masada interpeló al mercader de esclavos:

—¡Acércate! ¿Cuánto por todos tus esclavos?

—¿Cómo? ¿Quieres decir por toda la mercancía?

—Sí.

El mercader volvió la cabeza y contó una cuarentena de moribundos, además de Morgennes. Por otro lado, aparte de él, el resto no valía nada y más bien constituía un estorbo. Aun así, arriesgó la cifra:

—Mil quinientos dinares.

—Vamos —dijo Masada con un bufido—, haz un esfuerzo. La mayoría de estos hombres no aguantarán dos días.

—Mil trescientos.

—Tengo una proposición que hacerte, y será la última. Escúchame bien, miserable: ¿aceptas joyas?

—Sí, sí, joyas, oro, plata, todo lo que hace brillar los ojos de las mujeres y permite a un hombre ser bien visto...

—¡Entonces cóbrate con ella! —exclamó Masada con aire magistral señalando a Femia—. Tiene todo lo que necesitas, e incluso más.

El kurdo se acercaba ya a Femia, excitado a la vista de las joyas que cubrían a la

mujer de la cabeza a los pies, cuando Masada lo cogió por el hombro y le preguntó:

—¿Trato hecho?

—¡Trato hecho! —exclamó el mercader.

El hombre estrechó la mano a Masada y corrió de nuevo hacia Femia. La mujer observaba a su marido con los ojos empañados de lágrimas. Sus joyas eran toda su belleza, su único ornamento. Había llegado a considerarlas algo natural, hasta tal punto formaban parte de ella. Sus collares, anillos, aretes, broches, zarcillos y brazaletes no la abandonaban nunca. Privada de sus perifollos, Femia se convertía en lo que era: una mujer gorda, fea y vieja. La esposa de Masada balbuceó unas palabras apenas audibles, que por otra parte nadie escuchó.

—¡Vamos, mujer, ve a buscar a tu esclavo! —ordenó triunfalmente Masada, antes de dejar caer sin dirigirse a nadie en particular—: ¡Así se hacen negocios! ¡Ya podéis ir aprendiendo!

El insulto era terrible, y Masada lo sabía. Pero, en aquella peripecia; el comerciante de reliquias había recuperado algo parecido al orgullo, algo del negociante seguro de sí mismo que era todavía no hacía mucho tiempo. Además, Morgennes le había prometido que lo ayudaría...

En el mismo momento en que el mercader de esclavos —que no había dejado a Femia más que un broche sin valor en forma de palmera— liberaba a los cautivos, el manco desenvainó su *kandjar* para atacar a Morgennes. A pesar de encontrarse muy maltrecho, el hospitalario tuvo el reflejo de agacharse. Así evitó la hoja por muy poco; dio una voltereta, retrocedió unos pasos y dejó que los mamelucos del mercader de esclavos tomaran el relevo mientras él se dirigía a la carreta.

El manco y sus amigos se disponían a perseguir a Morgennes, cuando Kunar Sell sacó de debajo de su manto una pesada hacha danesa.

—¡No lo toquéis, es nuestro!

Uno de los bribones descargó su maza contra el gigante nórdico y falló el golpe por muy poco. Kunar Sell le lanzó entonces el manto a la cara, y su adversario vaciló, sorprendido; inmediatamente el templario le hundió su arma en el pecho y la hizo girar con un brusco movimiento de la muñeca. Se escuchó un horrible crujir de huesos. El maraykhát lanzó un hipido, escupió un poco de sangre y se derrumbó cuando Kunar Sell retiró su hacha.

Al momento los hombres de gris que se habían situado en las cuatro esquinas del mercado corrieron hacia los templarios, aparentemente para socorrerlos. Los guerreros grises acibillaron a cuchilladas a los desgraciados que encontraron a su paso, volcaron los cazos donde se tostaba café y lanzaron proyectiles incendiarios. La multitud fue víctima del pánico. En el tumulto que siguió, la carreta trató de dar media vuelta, pues Carabas se había decidido por fin a moverse. De pie sobre el asiento del carruaje, Morgennes gritó a sus antiguos compañeros de infortunio:

—¡Sois libres! ¡Marchaos! ¡Huid!

Los esclavos, agotados, alelados, no reaccionaron enseguida. Pero luego empezaron a moverse muy despacio hacia la ciudad baja, adonde se dirigía todo el mundo. Finalmente, cuando el mercader de esclavos se disponía a desaparecer del lugar, el manco le plantó el kandjar en el cuello gritando:

—¡Hubieras debido tratar con nosotros, estabas avisado!

Los mamelucos, que hasta entonces se habían mantenido al margen, se lanzaron furiosamente a la pelea y descargaron golpes tan potentes con sus guisarmas que hicieron numerosas víctimas. De pronto resonaron las trompetas de la guardia: llegaban los soldados del *atabek*. Aquellos hombres no se andarían con contemplaciones y matarían a cualquiera con quien se cruzaran. Su llegada desencadenó un sálvese quien pueda.

La carreta desapareció en un extraño movimiento de la multitud: la marea humana se abría a su paso para cerrarse luego, formando entre ella y sus perseguidores una muralla viviente. El carruaje se alejaba inexorablemente "a pesar de los esfuerzos de los perseguidores por mantenerse a su altura. Había demasiada gente, demasiados gritos, demasiado miedo. Sobre todo, había demasiadas trayectorias que se anulaban, se oponían o se desviaban al encontrarse unas con otras. Era uno de esos maremotos que lo arrasan todo a su paso: a las personas, las casas, los puestos y la razón.

Porque era casi imposible conservar la sangre fría en medio de aquella confusión, en la que, sin embargo, Kunar Sell y sus ayudantes parecían sentirse perfectamente a gusto. Los hombres del templario atacaban a ciegas, lanzando golpes desordenados. Para ellos solo había enemigos. Causaban estragos entre la multitud, masacrando indistintamente a ancianos, mujeres, hombres y niños.

Algunas flechas volaron entonces por encima de sus cabezas, y dos de las sombras sacaron de debajo de sus capas un gran manto gris con el que cubrieron a los templarios, antes de llevarlos más lejos para evacuarlos. El grupo huyó con la velocidad del rayo, con el cuerpo inclinado hacia adelante, cortando piernas, brazos y manos, descargando violentos golpes con sus aceros para abrirse un camino sangriento hacia un pasaje que solo ellos conocían. Viendo aquello, Yaqub —el manco— se lanzó tras su pista y ordenó a los suyos que lo siguieran.

Era imprescindible que supiera más cosas sobre aquellos dos templarios blancos y, en especial, sobre aquellos misteriosos hombres de gris que los habían ayudado a escapar. Su interés principal era asociarse con aquellos individuos, siempre, claro está, que le dejaran encontrar a Morgennes y despellejarlo vivo.

12

Desgracia a aquel que no ensangrienta su espada.

Palabra del Profeta

Dos horas más tarde, la plaza había quedado reducida a una multitud de heridos, agonizantes y muertos. Los soldados pasaban entre los cuerpos, con el sable en la mano, y les daban la vuelta para verles el rostro. Shams al-Dawla Turansha, el atabek de Damasco, los seguía, con las manos unidas tras su cuerpo macizo, que paseaba por la ciudad como un hipopótamo por un pantano. El *atabek* iba acompañado por su escolta y por algunos médicos y enfermeros del *bimaristan* al-Nuri; entre ellos el doctor Ibn al-Waqqar, que llamaba la atención por su nariz aguileña y por su increíble delgadez.

No era la primera vez que la ciudad vivía una desgracia semejante, pero nunca había habido tantas víctimas: cerca de ciento sesenta, sin contar las pérdidas materiales, las casas dañadas, los puestos volcados y las mercancías transformadas en humo o desaparecidas en la bolsa de Alí Baba.

El doctor al-Waqqar echaba pestes en medio de los heridos, mientras hacía lo posible por cauterizar una herida aquí, entablillar un hueso más allá o dar un consejo un poco más lejos; maldiciendo en todas partes a los soldados del atabek, que no habían hecho diferencias entre los simples mirones y los supuestos responsables de aquella tragedia.

Por otra parte, ¿cómo hubieran podido hacerlo?

Ahora solo una cosa importaba: comprender lo que había ocurrido y reconstruir los acontecimientos. Saladino no tardaría en ser informado de la matanza y reclamaría al instante un informe del *atabek*, su hermanastro. De ahí el estado de agitación extrema en que se encontraba Shams al-Dawla Turansha y los esfuerzos que desplegaba para dar la impresión de que estaba haciendo todo lo posible para que la investigación concluyera cuanto antes; aunque la mayoría de las víctimas tuvieran que cargarse en la cuenta de sus propios soldados.

Desde hacía varias semanas, la estrella de Saladino, ascendiendo en el firmamento al ritmo de sus victorias, había, por así decirlo, «despertado las tinieblas». De la sombra en que habían permanecido agazapados durante muchos años, habían resurgido los miembros de la secta chií de los nizaritas, más conocidos bajo el nombre de asesinos. En un momento en que Damasco y los ayyubíes ya estaban bastante ocupados con los cainitas —que adoraban a Caín y a Judas—, los vástagos de Abraham —que sacrificaban a Dios a su primogénito— y los ahrimanitas —que rendían culto al dios persa del Mal, Ahrimán, y se oponían violentamente a los

discípulos de Ormuz, el dios del Bien—, la poderosa secta de los asesinos había dirigido sus miradas al sudoeste de Siria y trataba de extender allí su poder entre los drusos, que veneraban a Al-Hakim. Además, otras facciones sediciosas preocupaban a Saladino: los movimientos ebionitas, elcesianos, marcosianos y merintianos, en lucha con las altas autoridades mahometanas, judaicas y cristianas; los ofitas, que creían en la Serpiente y levantaban áspides, cerastas y crótalos a miles en templos dedicados a su dios; así como el habitual cortejo de criaturas extraordinarias, como los gigantes que, según decían, moraban en las montañas del Líbano, los demonios, los yinn, las estriges, y también los cercopes (temibles guerreros, a la vez hombres y monos), las empusas y las geludes, respectivamente demonios y vampiros venidos de la Grecia antigua tras pasar por Bizancio. Su existencia no estaba probada, aunque muchos creyeran en ellos, pero los rumores les atribuían toda clase de fechorías. No pasaba semana sin que se encontrara un cuerpo vaciado de su sangre, un mes sin que un individuo perdiera la cabeza y masacrara a su familia antes de darse muerte, un año sin un nacimiento extraño (generalmente el de un ser de piel negra que farfullaba palabras en arameo), un decenio sin que un par de alas de murciélago crecieran en la espalda de una mujer. Por no hablar de esos hombres a los que por la noche les crecían cuernos y que por la mañana se ponían a bramar como toros. Sin duda se trataba de misterios, de misterios horribles, pero de todos modos eran preferibles a las maniobras de los temibles asesinos.

Rachideddin Sinan, su jefe, había situado a sus hombres en todos los lugares estratégicos de la sociedad mahometana: en mezquitas, tiendas, puertos, hospitales, palacios, prisiones, cuarteles e incluso —se murmuraba— en los harenes, donde huríes y eunucos trabajaban para informarle. Esa tela invisible de agentes, esa red de informadores, era una de las mejores de Oriente, por no decir del mundo. No se producía movimiento de tropas, decisión, imposición de tributos, promoción o partida de un barco de los que Sinan no estuviera enterado.

Dos cosas fortalecían a los asesinos, dándoles ese valor ciego y esa determinación que los hacía invencibles: el odio y el miedo; el odio que tenían a los suníes, es decir, a la mayoría de los mahometanos, a los que acusaban de felonía y traición, y el miedo que inspiraban a la gente, que no les dejaba otra elección que la victoria o la muerte.

El Viejo de la Montaña, su venerable jefe, había dicho: «Nada es verdadero, todo está permitido». Decía también que la vida era solo un engaño, que la verdadera vida se encontraba en otra parte y que él tenía las llaves del paraíso.

Rachideddin Sinan había dado orden a sus tropas de atacar. En todas partes había que golpear al enemigo en la garganta, y, para impedir que sanara, golpear y volver a golpear, y empezar de nuevo. Había que obligarlo a mantener tropas en la ciudad para debilitarlo en los campos de batalla; aterrorizar a la población para incitarla a huir o a rebelarse contra la autoridad; arruinar el comercio para empobrecer a Saladino y

enojar a los mercaderes; secuestrar a las familias de los ulemas más conocidos para hacerles chantaje; apuñalar sin piedad a los que querían la paz y se esforzaban en ser justos, rectos, humanos. Mostrarse tan abominables, en fin, que todos dijeran: «Debe de tener a Dios de su parte, si ni el derecho ni la fuerza pueden nada contra él».

—¡La humanidad, ahora, soy yo! —gritaba Sinan desde lo alto de su fortaleza de Masyaf, con los brazos levantados en dirección al crepúsculo, dedicando sus victorias a los Siete Silenciosos (los siete principales imanes de los ismailíes) y a su soberano, Ta-wil at'Umr (el Señor de las Llaves y de las Puertas).

»¡Vengaré tu muerte, Alí! —gritaba al norte, antes de añadir, mirando al sur—: ¡La tuya también, Ismail! —Luego hacia el este—: ¡Y la tuya, Mahoma! —Y al oeste—: ¡La tuya también, Jesús!

Sinan sostenía dos largas espadas escarlata, que rasgaban el cielo y acuchillaban el horizonte con trazos rojizos entre los que se ponía el sol. Cruzaba sus hojas formando oscuras figuras que supuestamente debían resucitar las fuerzas del día y de la noche, unir lo turbio y lo claro, el sentido y el sinsentido, dar a los hombres la revelación, la explicación del universo.

Pero no ocurría nada. Solo, bajo las nubes, un halcón describía grandes círculos perfectos.

Extenuado, Sinan dejó caer los brazos. Le pareció que descendía de nuevo del cielo para posarse sobre el torreón de su fortaleza, que, paradójicamente, era un pozo cavado en la cima de la montaña más alta del Yebel Ansariya, de picos escarpados eternamente cubiertos de nieve. Sus hombres habían dispuesto allí toda una red de galerías y de salas.

Sinan volvió a sus aposentos. Las ventanas, talladas en la roca, daban al desierto de Samiya, de donde había surgido, en 1176, el ejército de Saladino para ir a sitiario, en vano, por primera vez.

Cortinas de lana blanca tapaban las aberturas y permitían que la habitación conservara una temperatura, si no agradable, al menos adecuada para un hombre habituado a los rigores del clima.

Con humor sombrío, Sinan se sirvió un vaso de un vino denso, brillante y rojo como la sangre de un recién nacido, y llamó con voz seca a dos de sus sirvientes. Quería una mujer. Que fueran, pues, a buscársela a su harén. Una mujer soberbia de sangre mezclada, con la piel cubierta de tatuajes, acababa de ser conducida allí. Tenía ganas de verla y de acostarse con ella. Decían que era rebelde a toda autoridad, salvaje y, sobre todo, de una belleza de piedra preciosa...

Todo poder engendra su contrapoder, todo remedio su mal, todo mal su remedio. Saladino procuraba, como los asesinos, no hacerse notar. Si se distinguía, no era —al contrario que sus predecesores o sus contemporáneos del mismo rango— por los excesos palaciegos, los harenes y las orgías, sino, a la inversa, por un rigor extremo y

una gran piedad, y por su menosprecio de las riquezas. Era tan piadoso, tan devoto, tan fervoroso en sus creencias, se sentía hasta tal punto consagrado a su misión, que el contraste dejaba en mal lugar a sus iguales y superiores, encantando al mismo tiempo a las multitudes.

Saladino no se preocupaba por eso, por más que complacer al pueblo y chocar a una casta dirigente que él calificaba de «decadente» no era algo que pudiera disgustarle. Creía que tenía el derecho de su parte, sentía que la mano de Alá lo ayudaba en su *yihad*, y cuando —en la duda— rogaba a Mahoma o a Gabriel que lo iluminaran, un sueño en la noche le aconsejaba qué camino seguir, qué decisiones tomar.

Saladino se equivocaba raramente, y, si se equivocaba, era por un bien mayor que aquel al que aspiraba. Así, cuando se enteró de que Morgennes había escapado, lanzó un profundo suspiro acompañado por un gesto de la mano que significaba: «¿Y qué queréis que haga? Si es así, Dios lo ha querido».

En la plaza del mercado, el doctor al-Waqqar levantó una ceja y tronó de indignación por los daños causados por las bombas incendiarias que habían lanzado en su huida los asesinos, aquellos hombres de mantos grises.

Ahora todos estaban convencidos: aquella matanza, aunque hubiera sido agravada por los soldados del atabek, había sido causada por los asesinos. Al-Waqqar se secó con la manga el sudor que perlaba su frente y volvió al trabajo. Se inclinó sobre un joven cuyas piernas habían sido alcanzadas por pez inflamada. El líquido se había pegado a sus miembros inferiores, quemados desde los pies hasta la pelvis. El desgraciado todavía respiraba. Entre dos sollozos abrió la boca para tragar aire, pero no consiguió hablar ni lanzar el menor grito. Estaba como apagado. Al-Waqqar le pasó un paño húmedo por el rostro. También sus cejas se habían quemado. La carne se había fundido sobre los huesos dándole un aspecto de esqueleto. Al-Waqqar le deseó una muerte rápida.

El doctor estaba perdido en sus pensamientos, cuando se oyó un estruendo proveniente de la ciudad baja: la eminencia gris de Saladino, el cadí Ibn Abi Asrun, subía con su cortejo de ujieres, escribas, oficiales y ulemas para asumir la dirección de la investigación. Saladino no había esperado a recibir el informe del gordo atabek Shams al-Dawla Turansha para hacerse cargo del asunto: Ibn Abi Asrun resolvería aquello mejor que nadie.

Todos los testimonios coincidían. Habían visto a una media docena de hombres vestidos de gris, posiblemente asesinos, así como a dos hombres con mantos blancos, de los que se sabía que eran templarios (u hospitalarios disfrazados) llegados para comprar a Morgennes. También se había informado de la presencia de desertores del ejército de Saladino. Según se deducía de los primeros elementos de la investigación, se trataba de bandidos de la tribu de los maraykhát.

Bajo la dirección del cadí Ibn Abi Asrun, los ulemas se apresuraron a interrogar a los heridos más graves antes de que entregaran su alma. Los escribas tomaban sus gritos por escrito.

La investigación seguía su curso, pero ya algunos elementos permitían afirmar que el asunto no era sencillo, y que diferentes partes —aparentemente contrapuestas— se encontraban mezcladas en él.

Al-Waqqar cerró los ojos del desgraciado joven al que había lavado la cara y se reprochó no haber acudido a atender a otra víctima que ahora ya debía de estar muerta. Se había entretenido demasiado. Hizo una mueca, se levantó y se dirigió hacia un nuevo herido con la esperanza de salvarlo. No lejos de allí, unos soldados tiraban cadáveres a una carreta para llevarlos fuera de la ciudad. Temían que pudiera desencadenarse una epidemia, y había que retirar a los muertos lo más deprisa posible. Las familias irían a reconocer a los suyos al exterior de los muros de Damasco, si es que había algo que reconocer; si no, los restos irían a la fosa común.

El cuerpo al que al-Waqqar se acercó tenía una talla desmesurada, casi inhumana. Al menos eso fue lo que se dijo al verlo tendido sobre dos o tres cadáveres a los que casi cubría por completo. Su mano se agitaba espasmódicamente y su mirada buscaba la del médico. El pecho del hombre se elevaba a sacudidas, y cada vez que espiraba se oían unos ruidos extraños, como pequeñas burbujas de aire que reventaran en la superficie de una ciénaga. No podía durar mucho.

Al-Waqqar se arrodilló a su lado y le cogió la mano. Era tan enorme que le costó sostenerla entre las suyas. El hombre volvió la cabeza hacia él y clavó los ojos en los suyos. En su mirada no había miedo ni odio; solo la espera de un largo sueño. Trató de abrir la boca, pero al-Waqqar le puso un dedo en los labios.

—No digáis nada —murmuró.

El pulso del hombre latía despacio. Justo en aquel momento el doctor se sintió observado. Alzó la mirada y vio algo horrible: una cabeza sin cuerpo lo miraba con ojos vidriosos. Apartó la vista y volvió a fijarla en su paciente. Luego una sombra inmensa lo cubrió: la del cadí Ibn Abi Asrun, del que el *atabek* de Damasco no se alejaba ni un paso, temiendo por su puesto o, peor aún, por su vida.

—Hay que salvar a este hombre —ordenó Ibn Abi Asrun.

—Eso intento. Pero será difícil —respondió el doctor, inclinado sobre aquel gigante aparentemente indestructible que, sin embargo, se moría poco a poco.

—Haz lo necesario —insistió el cadí.

Un ayudante recogió un arma: una pica enorme, al extremo de la cual se encontraba fijada una hoja tan larga como ancha. Una guisarma. Cuando la vio, el gigante apretó la mano del doctor y se incorporó a medias.

—¡No os mováis! —ordenó el doctor, antes de dirigirse a sus acompañantes—: ¡Que me traigan una teriaca! ¡Rápido!

Un ayudante salió disparado hacia un oficial que llevaba un pequeño baúl lleno de drogas medicinales. La teriaca que el doctor reclamaba era su poción milagrosa. Se decía que tenía el poder de retener todavía un poco en la tierra a los que se encontraban a las puertas de la muerte. Pero no había que abusar de ella, ya que eso supondría condenar al alma del difunto a errar por el mundo sin encontrar reposo jamás. Era, pues, un remedio que se administraba en muy contadas ocasiones, en especial cuando se tenía necesidad de conocer algún hecho que el moribundo se podía llevar a la tumba (generalmente el lugar donde había escondido su oro). En su composición entraban elementos tan raros como las raíces de ácoro, ruipónico y aristoloquia, puntas de escordio, marrubio y *charnoepitys*, díctamo de Creta e hipérico, semillas de ameo y de seseli, opio de Esmirna, agárico blanco, castóreo, tierra de Judea y, finalmente, jugo de regaliz mezclado con vino de garnacha a modo de excipiente. El conjunto formaba una pasta blanda, que se aplicaba con ayuda de una espátula a las partes del moribundo que se quería hacer revivir.

Al-Waqqar extendió, pues, una generosa cantidad sobre el rostro, el pecho y el cuello del agonizante. El coloso tenía un agujero en el pulmón derecho, causado por un violento hachazo, por donde salía silbando el aire mezclado con burbujas de sangre. Ahora respiraba un poco mejor, y sus labios habían recuperado en parte el color.

El cadí interrogó al moribundo, en quien había reconocido a uno de los mamelucos que los mercaderes de esclavos compraban para utilizarlos como guardias de corps.

—¿Dónde me enterraréis? —dijo jadeando el mameluco, inquieto.

—¿De dónde procedes?

—De Kharezm.

—Entonces serás enterrado allí.

El mameluco sonrió. El moribundo creyó respirar de nuevo los olores de su patria y sentir cómo sus pulmones se llenaban de un aire antaño familiar. Le volvían melodías a la cabeza. Canciones de su infancia, que su madre le tarareaba por la noche para ayudarlo a dormir. Antes de que lo secuestraran.

—Responde a mi pregunta —insistió el cadí—. ¿Qué has visto?

El mameluco estaba hablando penosamente de Morgennes y los maraykhát, cuando fue interrumpido por un acceso de tos tan violento que un hilillo de sangre le resbaló por el mentón.

—Hay que parar —afirmó el doctor al-Waqqar—. Este hombre está agotado.

—Un poco más —dijo simplemente el cadí—. Continúa —pidió al mameluco—. ¡Dinos lo que sigue!

Si Ibn Abi Asrun se mostraba tan insistente, tan ávido de respuestas, era porque había encontrado a su mejor testigo. Los otros solo habían tenido visiones imprecisas,

parciales, de la escena. Aquí un mandoble, allá una lluvia de flechas, una detonación... Algunas frases cogidas al vuelo. Nada útil. Un mosaico de impresiones. Faltaba el hilo conductor. Y el mameluco parecía tenerlo.

El hombre continuó su declaración, interrumpida por expectoraciones violentas y teñidas de rojo.

—¿Lo anotáis? —preguntó el cadí a sus escribanos, fulminándolos con la mirada. Luego se volvió al mameluco, cuyo repentino silencio lo había alarmado—. ¿Qué más? ¡Rápido!

Demasiado tarde: el desgraciado se había desvanecido.

—¡La teriaca! —gritó Ibn Abi Asrun al doctor—. ¡Necesita más! ¡Deprisa, apresúrate! ¡Este hombre está casi muerto!

—No sé si puedo —se excusó el doctor al-Waqqar—. Ya le he aplicado más de lo permitido.

—¡Puedes, ya que yo te lo ordeno! —explotó el cadí—. ¡Haz lo que te digo o serás tú quien tenga que preocuparse por el más allá!

—Pienso en él todos los días —resopló al-Waqqar inclinando la cabeza.

El doctor administró al mameluco una segunda dosis de teriaca. El agonizante levantó los párpados. Ya no sonreía. Tenía el aire angustiado de un niño despertado en plena noche. Unos feos cercos negros se marcaron bajo sus ojos y su frente se surcó de arrugas. Los labios del moribundo palidieron de nuevo.

—¡Habla! —ordenó el cadí.

—Tengo sueño —respondió el mameluco.

—Enseguida dormirás, en tu país. ¡Te lo prometo! ¡Pero antes tienes que hablar! Los asesinos ¿adonde fueron?

El mameluco, demasiado débil para abrir la boca, mostró con un movimiento lánguido de la mano un lugar de la plaza del mercado.

—¡Id a ver! —ordenó el cadí a dos de sus hombres—. ¡En cuanto a ti, continúa! —gritó al mameluco—. ¡Dime adonde fue el hospitalario!

El mameluco indicó la ciudad baja, y susurró tan bajo que tuvieron que inclinarse sobre su boca para oírlo:

—Una pareja de ancianos, con un perro y un niño, en una carreta tirada por un asno tan pequeño, tan viejo... ¿Cómo es posible?

Sus labios se inmovilizaron tras la pregunta.

—Se acabó —dijo simplemente al-Waqqar.

—Ya lo veo —dijo, ofendido, el cadí—. ¡He visto suficientes combates para reconocer a un muerto cuando lo tengo delante!

—Perdonadme, excelencia, pero ¿qué se hará con el cuerpo de este hombre? Le prometisteis...

—¡Tiradlo a la fosa común! Que se pudra con los otros.

—A vuestras órdenes —bufó el doctor, mientras apretaba un poco más fuerte la mano del desgraciado mameluco y encomendaba en silencio su alma a Dios a la vez que suplicaba el perdón de Alá.

Ahora el cadí tenía una imagen bastante precisa de los acontecimientos. Pero las razones de la alianza de los templarios con los asesinos todavía se le escapaban. A no ser que ocurriera como en el famoso dicho: «Los enemigos de mis enemigos son mis amigos». Todas las alianzas eran posibles, incluidas las más innobles. Con paso rápido, Ibn Abi Asrun fue a buscar al jefe de su guardia.

—¿Qué esperáis para enviar a vuestros mejores jinetes en su persecución? Una carreta tirada por un asno viejo, con dos hombres, un niño y una mujer a bordo, no parece difícil de alcanzar, ¿no? Han salido hace dos o tres horas. ¡Y ay de aquel que no ensangrienta su espada! —concluyó citando un versículo del Corán.

El oficial montó en su caballo, seguido por una cuarentena de hombres que dividió a la salida de la ciudad en tres pequeños grupos. El optó por ir hacia el sur, la región más segura para registrar, ya que se encontraba bajo el dominio de las tropas de Saladino.

Pero el oficial pronto se dio cuenta de que la aparente facilidad de la tarea, «encontrar una carreta tirada por un asno en la que viajaban cuatro personas», ocultaba una trampa: en algunas horas de cabalgada se habían cruzado con un gran número de carretas. La mayoría estaban tiradas por asnos, y muchas llevaban a una pareja de ancianos, un joven y un adulto. El perro debía de haber muerto o había saltado a medio camino. En cuanto al ojo reventado, solo era un detalle... De hecho, su misión le parecía imposible de cumplir.

A menos que hubieran partido hacia el norte.

De todos modos, aquello no cambiaba nada. Y ya que no podía acabar con todos los carruajes que respondían a la descripción, eligió una carreta al azar y dio la orden de ataque. Supondrían que había sido obra de bandidos o de los asesinos (en este sentido, había donde elegir). Después decapitó a uno de los adultos que se encontraban en la carreta y le reventó el ojo derecho con la punta del sable. Luego volvió a trote corto a la ciudad.

Cuando el cadí vio volver al oficial de caballería, la investigación había progresado considerablemente. Además, la plaza del mercado se había limpiado y se habían bloqueado los subterráneos de la ciudad. Allí se habían encontrado grutas que servían de refugio a los asesinos y que la tropa aún seguía registrando.

El oficial saltó de su caballo y se acercó a Ibn Abi Asrun.

—Misión cumplida —dijo con los ojos fijos en sus calzas.

—¿Y su cabeza? —preguntó el cadí.

—Aquí está.

El cadí, que solo había entrevisto un momento a Morgennes en Hattin, lo reconoció, sin embargo, perfectamente. Encantado, envió una paloma a Saladino con la noticia: Morgennes había encontrado la muerte poco después de haber huido de Damasco en compañía de un mercader judío, que también estaba muerto. Ahora podían concentrarse en el problema de los asesinos y sus nuevos aliados: los maraykhát y los templarios.

13

*Porque temo, una vez llegado, no encontraros tal como os quiero, y que vosotros
no me
encontréis tal como me queréis, y que haya discordias, fanatismo, celos,
rivalidades,
calumnias, habladurías, arrogancia y disturbios.*
II Epístola a los Corintios, XII, 20

Varias posibilidades se abrían al grupo de la carreta, cuya carga se había doblado desde el paso por el mercado de esclavos. Arguyendo la necesidad de encontrar rápidamente un punto de agua, Masada propuso ir al este, a territorio ismailí, donde ni los cristianos ni los mahometanos irían a buscarlos.

—¡Por muy buenas razones! —dijo Morgennes—. Por otra parte, tenemos suficiente agua —añadió señalando varios odres llenos.

—¡Pero no tardarán en encontrarnos! ¡Tenemos que actuar deprisa! —lo apremió Masada, atenazado por el miedo a ser, en el mejor de los casos, vendido también como esclavo (él, que había comprado tantos) y, en el peor, pasado por el filo de un sable.

—Precisamente por eso nos tomaremos tiempo para reflexionar —replicó Morgennes—. No es momento de ir en la mala dirección... ¿Jerusalén?

—¡Ni pensarlo! —dijo Masada—. La ciudad caerá de un día a otro, si no ha caído ya. Además, está prohibida a los judíos...

—¿Tiro?

—No es mala idea, pero tendríamos que pasar por las llanuras de Marj'Ayun, Sidón o Paneas, todas ocupadas por los mahometanos.

—En ese caso —dijo Morgennes—, si el este, el sur y el oeste no nos están permitidos, solo veo una solución.

Era evidente que quería ir al norte.

—El Krak de los Caballeros —concluyó.

—¿Qué es eso? —preguntó Femia, que no había dicho palabra desde su salida de Damasco.

—La principal fortaleza franca en Tierra Santa, un asilo dado por Dios a los hombres de guerra, y más en concreto a los hospitalarios.

—¿De allí vienes tú?

—Yo pertenecía a la encomienda de Jerusalén. Pero mi deber me obliga a dirigirme a la fortaleza hospitalaria más próxima. El Krak, en este caso.

—¿Te juzgarán?

—Sin duda.

—¿No tienes miedo?

—Está en la naturaleza de las cosas que sea juzgado. De modo que tanto da si es mañana por la noche o dentro de un año. Más vale adelantarse a la llamada.

—¿No hay nada más, al norte?

—El Yebel Ansariya y sus asesinos. Pero, si quieres conservar tu dinero, será mejor que vayamos al Krak...

—¡Voto por los hospitalarios! —exclamó Masada con entusiasmo.

—Esa es también mi opinión —añadió Morgennes, que no conseguía apartar la mirada del pañuelo que el judío llevaba anudado al brazo—. ¿Dónde encontraste esto?

—En el suelo, en el camino. Un poco antes de Damasco. Junto a un camello destrozado, había varios cadáveres, este pañuelo y la perra.

—¿Viste el cadáver de una mujer joven?

—No. Solo había hombres y un adolescente. ¿Por qué me haces esta pregunta?

—Por nada —respondió Morgennes, que había creído reconocer el pañuelo de Casiopea.

Los dos hombres intercambiaron una mirada.

Recuerdos que databan del tiempo de Balduino IV volvieron a su mente.

En esa época se habían conocido: Morgennes había ido a ver a Masada a Nazaret para pedirle consejo sobre una reliquia. Por desgracia, el asunto había acabado muy mal. Los dos hombres no se habían vuelto a ver desde entonces y nunca habían hablado a nadie de la misión que los había puesto en contacto. De hecho, muy pocas personas estaban al corriente de la trama en la época, y, en cualquier caso, todas habían perecido ya, con la excepción, tal vez, de Raimundo de Trípoli y Alexis de Beaujeu, el comendador del Krak.

—Para mí, es como si todos estos episodios pertenecieran a otra vida —confesó Morgennes a Masada.

—Es mejor olvidarse de estos recuerdos. Bastante caros los estoy pagando aún.

—Ya te lo he dicho, no te guardo rencor. Al contrario. Incluso puedo ayudarte, te lo prometí...

—¿Y si dejarais de hablar en enigmas...? —refunfuñó Femia, exasperada—. Desde que os habéis encontrado os lanzáis miradas de reojo y habláis entre vosotros de cosas misteriosas. Se diría que habéis cometido un crimen...

—No andas lejos de la verdad —concedió Masada.

—No diré nada —dijo Morgennes—. Por respeto hacia vuestro marido. A él le corresponde explicaros lo que ocurrió, no a mí. Sabed simplemente que Masada es un hombre generoso, aunque a veces se deje cegar por el cebo del provecho.

—¡De modo que es eso! —exclamó Femia, como si el hecho de que se tratara de

dinero convirtiera el asunto en menos grave y le hiciera merecer su indulgencia.

—¿Vamos ya? —preguntó con una vocecita tímida el joven esclavo que Masada había comprado en Damasco.

El muchacho seguía en la parte trasera de la carreta, con la perra en brazos.

—Conozco a esta perra, ¿sabes? —dijo Morgennes—. La vi durante mi fuga después de haber sido capturado por los hombres de Saladino en Hattin. Vagaba entre los muertos. No sé si buscaba un amo o comida.

—Tal vez un poco de las dos cosas —dijo el chico.

—Ahora no puede decirse que le falten ni una ni otra —añadió Masada—. Espero que nos esté agradecida.

—Yo no contaría demasiado con ello, la verdad —replicó Morgennes—. Me pareció incluso un poco ingrata. Pero, en fin, esa es otra historia.

—¿Me la explicaréis?

—Desde luego.

El adolescente estaba encantado.

De hecho, el muchacho se mostraba feliz con todo. Su condición de esclavo no parecía preocuparle. «He vivido cosas peores», decía con una gran sonrisa. Pero nunca sabían a qué se refería. También él tenía secretos dolorosos que se esforzaba en olvidar. En contrapartida, se jactaba de saber hacer un montón de cosas: sandalias, taparrabos, picas, redes, y preparar carnes y pescados. Cuando se presentaba la ocasión, también sabía ocuparse de los animales, pulir un arma y hablar con las damas. La lista de sus talentos parecía interminable. Y el muchacho salpicaba su enunciado con numerosos cumplidos dirigidos a Masada, como: «Realmente me habéis elegido bien», o también: «¡Ni yo mismo lo hubiera hecho mejor!». Lo decía pestañeando con seriedad fingida, con el sol en los ojos.

—Vamos, calla de una vez, ¡y tráeme de beber! —le soltó Masada para cambiar de tema.

—¡Con mucho gusto, amo! —respondió el joven sirviéndole un cuenco de vino.

—Y no me llames «amo». Tu predecesor me llamaba «doctor»; puedes llamarme como él.

—¡A sus órdenes, doctor!

Al oír que el chiquillo lo llamaba así, Masada se hinchó de satisfacción y una gran sonrisa se dibujó en su rostro.

—Conmigo no tiene derecho a tantas cosas, os lo aseguro —rezongó Femia—. Parece que haya comprado a este crío solo para sentirse adulado y oírse llamar «doctor», ¡él, que ni siquiera sabe leer!

Morgennes no hizo ningún comentario, pero preguntó al adolescente:

—Y tú ¿cómo te llamas?

—¡Yahyah! —respondió el chico.

—¿Yahyah? ¡Pero eso no es un nombre! —se sorprendió Masada.

—¡Sí, es el mío!

—¿Quién te lo puso? —preguntó Morgennes.

—Nadie. Me lo di yo mismo.

—¿De modo que no tienes padres?

—No que yo sepa.

Morgennes y Masada intercambiaron una mirada, desconcertados a la vez por su audacia y por su ingenuidad.

—¿Se estará burlando de nosotros? —susurró Masada.

—No lo creo. Parece sincero.

—En todo caso, es un muchacho bien extraño —comentó Masada.

—Mira quién habla de rarezas —refunfuñó Femia—. ¡Ni siquiera eres capaz de tener un asno normal, y ahora te compras un esclavo que se da nombre a sí mismo!

Masada no respondió, pero no por eso dejó de pensar: «Lo más increíble no es él ni el asno: lo realmente extraño es que haya podido casarme contigo». Pero sabía que si lo decía le tocaría aguantar horas y horas de riñas y pullas diversas. Ya las oía resonar en sus oídos. Era mejor hacer como de costumbre: callar y continuar.

—¡Ueeé! —gritó, haciendo restallar las riendas por encima de Carabas.

El asno dio un paso adelante y la pequeña carreta se puso en movimiento en dirección a las montañas, hacia el norte.

El viaje duró más de un día y medio.

La noche había caído cuando se desviaron para flanquear por el sur el lago de Homs, cuyas aguas reflejaban una luna diáfana.

Al ver que se acercaba la hora de la oración, Morgennes exigió que detuvieran la carreta para que Yahyah y él pudieran bajar a rezar. Aquello encolerizó a Masada, que empezó a dar vueltas nerviosamente en torno a Morgennes.

—No lo entiendo —decía—. Este niño, pase, ¿pero tú? Nadie está aquí para vigilarte, a todo el mundo le importa un pimiento que reces o no, ¡y a ti no se te ocurre nada mejor que hacernos perder el tiempo porque sí!

—El tiempo que paso rezando no es tiempo perdido. Nuestros perseguidores también lo emplean en la oración.

—¡No los templarios! ¡Y, además, tú no eres mahometano!

—Soy mahometano, o mi palabra no tiene valor. He renegado de la cruz y gritado la Ley. Si mi palabra no vale nada, yo no valgo más que ella. Si hoy soy mahometano es porque ayer era cristiano. Pongo en ello la misma fe y el mismo ardor, y creo con la misma intensidad.

—¡Entonces es que antes no creías, o bien no crees en nada! —exclamó Masada.

El rostro de Morgennes se ensombreció. Renegar de la cruz había sido a la vez más terrible y más fácil de lo que había esperado. Se encontraba en un estado extraño,

en una especie de no religión, o de religión que no decía su nombre. Pero lo que deseaba, por encima de todo, era que lo dejaran en paz.

—Rezo, lo demás poco importa —dijo a Masada.

Masada estuvo en un tris de arrancarse los pocos cabellos que le quedaban en el cráneo. Lo que más lo confundía era su incapacidad para discernir si Morgennes actuaba o no de mala fe. «Sería un pésimo cliente», pensó. Aquel hombre que había conocido tan piadoso, tan devoto, tan buen hospitalario... ¿Cómo se podía llegar a cambiar de religión de este modo sin sentirse, aunque solo fuera un poco, en contradicción con uno mismo? ¡Y esa historia de una fe que se adopta y de un dios en el que uno se pone a creer porque se ha decidido así bajo la amenaza de un arma! Masada había oído hablar con frecuencia de conversiones forzadas, especialmente en el caso de judíos obligados a convertirse al cristianismo, pero nunca había oído decir que aquellas conversiones fueran sinceras. Al contrario. Los lapsos siempre se convertían en relapsos. Y había que matarlos...

Por fin, después de la oración, Morgennes y Yahyah volvieron a subir a la carreta, Yahyah detrás y Morgennes delante, y el pequeño grupo prosiguió su ruta.

Atravesaron desiertos y llanuras, se mantuvieron apartados de los caminos más frecuentados y se esforzaron constantemente en cruzar por campos a los que combatientes cristianos o mahometanos habían prendido fuego para incomodar al adversario.

Su recorrido los condujo a través de pueblos de casas incendiadas. Aunque la región estuviera alejada de las zonas de combate, no vieron habitantes en ninguna parte: la población se había puesto a resguardo tras las murallas de Tiro, Trípoli o Tortosa. Los saqueadores, que no podían pedir nada mejor, cogían así por sorpresa a campesinos demasiado fatigados o demasiado viejos para marcharse, o a los fugitivos que, debido al enorme aflujo de refugiados, no habían podido entrar en la ciudad, y se lanzaban sobre ellos como lobos sobre su presa.

A veces los bandidos eran antiguos cruzados, o descendientes de estos, que no encontraban nada mejor que hacer que atacar a sus propias gentes y aterrorizarlas. En este grupo había templarios, como Kunar Sell o Francisco du Meslier, así como pequeños señores, como Raúl de Ménibrac o Juan de Saint-Alban; este último se había puesto al servicio de Saladino y le entregaba la mitad de lo que robaba a cambio de su protección.

Aquellos traidores se llevaban todo lo que se pareciera a una mujer o un niño, se apoderaban de todo lo que podía venderse y destrozaban el resto.

Así, Femia, Morgennes y Masada vieron hienas con el hocico manchado de sangre y el pelo brillante de sudor errando entre las ruinas de una aldea cristiana en busca de los muertos. Los animales habían hurgado tan bien en la tierra que en algunos lugares se veían cuerpos —¿quién los habría enterrado?— sacados de su

agujero para ser devorados. Sus cabezas de carnes descompuestas elevaban al cielo unos ojos tan vacíos como aterradores. Prohibieron a Yahyah que los mirara, pero él los observó igualmente a través de los dedos que Femia le apretó contra la cara. Los cadáveres exhalaban un olor nauseabundo. Si hubieran tenido un poco más de tiempo, se habrían tomado el trabajo de volver a enterrarlos; aunque, por otra parte, ¿para qué serviría? Las hienas volverían a exhumarlos.

El grupo prosiguió su camino rezando para no tropezar con una de esas bandas que a las desgracias de la guerra añadían la rapiña y el asesinato.

Morgennes había recuperado la mayor parte de sus fuerzas. Aunque tuerto, se sentía tan capaz como en los primeros días de julio. Excepto por un detalle: le faltaba su espada. La ausencia de *Crucífera* empezaba a dejarse sentir cruelmente, y su mano derecha se entumecía. El día anterior se le había caído la uña del pulgar. La carne puesta al descubierto había sangrado un poco. Hoy se ennegrecía, mientras una especie de rigidez iba apoderándose de sus dedos.

Lanzó un profundo suspiro y cerró el ojo. Recordó sus heridas más recientes, en el ojo, el hombro y el costado, y se alegró de que lo hubieran curado tan bien. De todos modos, al pasarse la mano por el costado, sintió un rodete de carne densa, una cicatriz que no se borraría nunca.

El balanceo de la carreta le dio ganas de dormir. Había perdido la costumbre de viajar de aquel modo. Así que, para mantenerse despierto, se representó el Krak de los Caballeros, que no tardaría en divisar irguiéndose en el horizonte. Con el lago tras ellos, los primeros contornos del Yebel Ansariya aparecerían pronto, y, dominándolos como la proa de un navío, las robustas murallas del Krak.

La fortaleza cerraba el paso del emirato de Homs, desde el que se accedía por tierra a Tortosa o a Trípoli, y proporcionaba a los francos de Tierra Santa una ventaja considerable en cuanto a terreno y tiempo: el Krak no solo permitía detectar con mucho tiempo de adelanto la llegada de un ejército enemigo, sino también mantenerlo bajo el dominio de sus murallas.

Normalmente, más de dos mil hombres se apiñaban en el interior de la fortaleza. De estos, no todos eran soldados, y aún menos caballeros, pero de todos modos nunca se había visto reunida en un mismo lugar —excepto, tal vez, en Jerusalén, antes de la guerra— una concentración semejante de caballeros y gentes de armas de tanta calidad.

Morgennes contaba entre ellos con algunos amigos y con numerosos enemigos. A menudo se preguntaba cómo lo acogerían estos a su vuelta. Por otra parte, ¿qué sabían ellos de su historia? No era el primer hermano que cometía una falta, ni el primero en renegar de la cruz.

Por regla general, en el caso de una falta cometida por un hermano, un tribunal de penitencia se encargaba de tomar la resolución correspondiente. De la simonía a la

traición, pasando por la sodomía y la violación del secreto del capítulo, había un buen número de casos previstos que se castigaban con una pena proporcional a la falta cometida. En lo que se refería a Morgennes —una mezcla de traición y negación de la fe—, el castigo más leve que podía esperar era la flagelación, seguida de la exclusión de la orden y de la obligación de entrar en una orden más dura (la de los benedictinos, por ejemplo). A menos que lo encerraran para el resto de sus días, en cuyo caso permanecería prisionero en los sótanos de un priorato, en Tierra Santa o en Occidente. (Incluso podía ser que lo mataran: él ya no era cristiano, por lo que ya no sería pecado...)

El día que dejaba atrás tal vez fuera el último, a menos que... Había una escapatoria: hacerse desligar de su profesión de fe por el hermano capellán del Krak. Morgennes contuvo un estremecimiento. Sabía que todos le presionarían para que aceptara esta solución.

Extraña aparición la del Krak de los Caballeros en medio de la noche, bajo la luz de las estrellas. De hecho, el Krak no aparece: se levanta de pronto como un ogro, surge de las montañas; se confunde tan bien con ellas que es todo el Yebel Ansariya el que parece elevarse para contemplarlas y aplastarlas mejor.

Ante aquel espectáculo, Masada, Femia y Yahyah no pudieron evitar que se apoderara de ellos una sensación de temor respetuoso. Si hubieran sido el enemigo, la simple visión de ese castillo les hubiera dado ganas de huir.

De hecho, se decía que por la noche los asaltos cesaban por sí mismos. También se decía que el Krak era inexpugnable y que los precipicios que se abrían a sus pies se agrandaban para tragarse a sus adversarios.

—Sin embargo, tuvo que ser tomado, ya que ahora lo tienen los francos y antes que ellos lo ocuparon los sarracenos —señaló Masada.

—Kurdos —rectificó Morgennes—. De ahí su antiguo nombre de Hosn el-Akrad: el castillo de los kurdos. Pero lo que veis ahí no tiene demasiado que ver con lo que los hombres del primer conde de Trípoli tomaron al asalto una vez. Ellos le añadieron un segundo recinto, dieron mayor altura al primero, cavaron pozos, construyeron cisternas, elevaron las cortinas y realizaron todo tipo de trabajos que lo hacen inexpugnable.

—A menos que se utilice la astucia —dijo Masada.

—A menos que se utilice la astucia, evidentemente. Pero hasta ahora no la han empleado contra él. Por otro lado, ¿se puede utilizar la astucia con la montaña y la piedra? No lo creo.

—Con ellas no, pero con los hombres sí —repuso Masada.

—Déjame mis esperanzas —dijo Morgennes—. No me aflijas. Amo este castillo como se ama a un animal. Le dispenso más que admiración, más que afecto: lo amo. Si no recuerdo mal, la primera vez que lo vi fue en 1163. Acababa de desembarcar,

como joven enviado del conde de Flandes Felipe de Alsacia, para asistir a la coronación de Amaury. Aún no estaba al servicio del Hospital, pero no tardaría en entrar en él. Al ver el Krak, precisamente, me decidí. Fue este castillo el que me venció, a mí, que hasta entonces siempre me había negado a acercarme a nada que tuviera que ver con la religión. Esta fortaleza es para mí la más bella de las catedrales, el más hermoso de los cánticos... Lo dejaron con sus pensamientos.

Yahyah acariciaba con mano distraída a la perra, a la que había dado el nombre de Babucha. («¿Por qué Babucha?», le había preguntado Femia. «Porque es lo que más le gusta», había respondido Yahyah, desolado, mostrando a su ama sus babuchas medio devoradas. Femia había lanzado un gritito de horror y había regañado a la perra, que había ido a acurrucarse, con la cola entre las patas, en un rincón de la carreta.)

Masada no apartaba los ojos de aquel a quien dudaba todavía en llamar su «salvador», su «amigo». El hombre que le evitaría una infamia aún mayor. Si hubiera tenido valor, le habría puesto la mano en el hombro, pero allí no se atrevía. En cuanto a Femia, cuando miraba a Morgennes no veía a un hombre, sino sus collares, sus brazaletes y todas sus joyas desaparecidas, perdidas.

Ella había querido a aquel caballero. Y ella lo había adquirido a precio de oro, sencillamente.

Un precio elevado, sin duda, pero al parecer era la tarifa que había que pagar. Femia cerró los ojos y volvió a ver, como en sueños, las imágenes que habían acompañado su partida precipitada de Damasco.

—*Yallah!* —exclamó de pronto—. ¡Y adelante, *Rouh ach-cham!* —añadió en tono agrio.

—¿Qué te pasa? —le gruñó Masada.

Femia adoptó una expresión espantada, salió de su embotamiento, palpó con sus dedos rollizos unos aderezos que ya no tenía y respondió:

—*Rouh ach-cham!*

—Está perdiendo la cabeza —susurró Masada a Morgennes. Y, tras dirigir una mirada sombría a su mujer, añadió con un hilo de voz—: Cada una de sus tetas contendría ampliamente los dos senos que tenía antes de volverse fea. En otro tiempo era un precioso calderito, y ahora es una gran olla... No comprendo qué sortilegio ha podido actuar así. Y lo mismo con su carácter. Antes de casarse conmigo era como miel; ahora parece vinagre. ¿Es el matrimonio el que hace eso?

Morgennes no respondió. Escuchaba a Masada mientras mantenía la mirada fija en el camino, que ascendía suavemente hacia la montaña y la fortaleza. En ocasiones la mole desaparecía detrás de una pared rocosa. Sin embargo, todo el tiempo se sentía su presencia. Se hubiera dicho que la vegetación misma inclinaba la cabeza ante su poder, tan grande era la energía que desprendía el Krak. Era imposible olvidarlo,

hacer caso omiso de él. Las asperezas del terreno, los árboles retorcidos, las plantas secas y amarillas, el aire seco y hasta los ruidos, apagados, todo llevaba la marca de la formidable fortaleza hacia la que se dirigían. Ella era el calderón del Yebel An-sariya, y le indicaba: «¡Montañas, habéis nacido para mí!».

De hecho, era difícil saber quién, la montaña o el Krak de los Caballeros, había nacido primero, hasta tal punto la naturaleza parecía decir: «He hecho esta montaña para el Krak: a vosotros, humanos, corresponde construirlo». Y los humanos lo habían construido, en la cima del Yebel al-Telaj (la «Montaña de la Nieve»).

El Krak era, para Morgennes, la ilustración perfecta de un debate muy antiguo que había agitado violentamente, y agitaba aún, a la cristiandad: ¿había que actuar en función del fin de los tiempos, o bien del fin de cada individuo en particular?

Para los partidarios de la primera doctrina, bastaba con practicar la política de lo peor. Sembrar el caos en la tierra. Suscitar el Apocalipsis, de manera que el reino del Anticristo llegara, y que Nuestro Salvador se viera forzado a contraatacar con su ejército de ciento cuarenta y cuatro mil guerreros con la frente tatuada con su nombre. Entonces toda la humanidad —después de haber sido juzgada— se salvaría.

Esta escuela tenía sus partidarios. Por suerte, no eran muy numerosos. Y Morgennes no se contaba entre ellos. En el mal para el bien, él nunca veía sino el mal; pues, desde que había nacido el mundo, no se había dejado de anunciar el fin de los tiempos, para mañana, para el fin de la semana próxima, dentro de un año, de diez años, de un siglo... Si todos los profetas de la desgracia que se habían sucedido en la tierra hubieran tenido razón, solo el primero de ellos hubiera podido gritar. Era evidente que todos se habían equivocado. Y, sin embargo, aquello continuaba: ¡no había año, mes ni semana sin fin de los tiempos!

Para los partidarios de la segunda doctrina, había que hacer todo lo posible para ofrecerse y ofrecer a los otros un lugar en el paraíso. Permitir a cada uno conocer, aquí, ahora, una vida mejor con vistas a prepararse para su futura vida en el cielo. Desde luego, ese era el trabajo de los sacerdotes: a ellos correspondía cultivar el campo de las almas, sin duda mal desbastadas, que vivían en este siglo. A ellos incumbía hacer crecer en él el máximo de justos y de santos posibles. Los pretendidos abonos se llamaban «confesión», «sacramento», «bendición», «indulgencia», «remisión»..., y las malas hierbas, «pecado», «simonía», «perjurio», «paganismo», «politeísmo», «impiedad»...

A Morgennes, todo aquello no le decía nada.

El paraíso, si existía, no podía ganarse con el sufrimiento ó con la alegría, no se merecía rezando, no se compraba donando dinero a la Iglesia, al Temple o al Hospital, ni pagando a peregrinos profesionales para que fueran a rezar a Jerusalén por cuenta de otro. La tumba de Jesús no era un lugar, era una imagen, una idea. Un estado de espíritu. Poco importaba, por otra parte, la tumba de Jesús, o Jerusalén, o la

Santa Cruz... ¡Poco importaba el propio paraíso!

Todo lo que Morgennes había atravesado para permanecer con vida, su negación de la fe, su condenación, su deshonor, perdía su sentido.

Sintió que una gran rabia crecía en su interior, una rabia venida directamente de su juventud, cuando escupía y mostraba el puño a las nubes, allá arriba en el cielo, sin saber por qué. Una rabia incomprendida y tal vez incomprensible, una sed de ser que había creído extinguida o, mejor dicho, atenuada, controlada, cuando estaba en el Hospital y, antes de eso, cuando había partido a la Tierra Prometida, e incluso antes, cuando había entrado al servicio de Felipe de Alsacia, y aún más atrás, cuando había abandonado... ¿qué?, ¿a quién? No lo recordaba. ¿A qué antes, a qué tiempo pasado había que ir para encontrar la paz? ¿Existía esa paz realmente en algún sitio? ¿Y la rabia? La rabia, a decir verdad, no se había extinguido. Era como esos fuegos que parecen reducirse en el hogar, que menguan hasta hacerse cenizas, y luego llega un soplo de viento, unas ramitas que caen, una mano que atiza las brasas, y la llama vuelve a surgir con fuerza. Bajo la ceniza había una brasa. Todavía incandescente. Estaba dormida, y la habían despertado, y alimentado luego.

Morgennes seguía sin haber encontrado la paz. No obstante, no experimentaba aquellos arrebatos salvajes que a menudo sufrían los otros caballeros, o sus enemigos, y que los hacían arrojarse unos contra otros frenéticamente, lanzando gritos de hiena, encantados de sumergirse en el combate, sin saber ya por qué peleaban. No era porque no se aplicara en la lucha, pero se esforzaba, en cuanto le era posible, en mantener la cabeza fría.

Después de lo que había hecho, ir al paraíso o al infierno le importaba bastante poco. Había que encontrar la Vera Cruz. A menudo se esforzaba en rezar, tendía a convertirse en un movimiento, una idea fija sobre no sabía qué; rezaba sin pedir nada, sin pensar ni un instante que podía pedir algo, lo que resultaba extraño si se lo conocía, y no podía explicarse.

Para él, la oración era lo más difícil que pudiera haber. Saber rezar bien no se enseña; no es un impulso del corazón, ni un impulso del alma, ni el recitado de los salmos, por más que esto pueda ayudar. Orar es otra cosa. No habría sabido decir qué; pero lo duro no es creer en Dios sino rezar. Dios es lo accesorio.

De pronto, unos guijarros rodaron bajo las pezuñas del asno y luego bajo las ruedas de la carreta. Femia dormía. Masada, por su parte, seguía sosteniendo las riendas de Carabas, que proseguía su camino a paso lento. Morgennes se sintió observado, pero ¿cómo no sentirse observado en el Yebel Ansariya, donde el Krak te rodea por todas partes? ¿Qué podían hacer? ¿Retroceder? No, era demasiado tarde, ya no tenían elección. Debían continuar.

De repente, el grito de un pájaro llamó la atención de Morgennes, que levantó la cabeza y vio volar por encima de ellos a un halcón inmenso, con las alas desplegadas.

«Decididamente —se dijo—, hoy todo me recuerda a Casiopea...»

Entonces tuvo un mal presentimiento.

—¡Baja! —susurró a Yahyah para animarlo a buscar un refugio.

—¡Es inútil! —dijo una voz—. ¡Estáis rodeados!

Femia se despertó y se arrebujó en su manta de lana. Morgennes mantuvo la calma y Masada se lamentó: «¡Jerusalén! ¡Oh, Jerusalén! ¡Todo ha acabado para nosotros! Oh, Dios mío, ¿qué he hecho?».

Media docena de ballesteros e infantes salieron bruscamente de las tinieblas, con las armas en la mano, y los rodearon: era la guardia del Krak. A esas horas, la guarnición de la plaza fuerte ya estaría enterada de su llegada, aunque no supieran todavía quiénes eran.

Otra voz se elevó en la oscuridad. La de un hombre armado. No veían de él más que los reflejos de su espada larga, atenuados por la nogalina con que la había untado para ocultar su brillo.

—¿Mahometanos o cristianos? —preguntó con una voz que el frío hacía temblar.

—Mahometanos, me temo... —dijo Morgennes.

—Entre otros —añadió Masada.

—Acercaos a la luz...

Morgennes se adelantó.

El ojo de buey de una linterna ciega se abrió e iluminó su rostro con un fino haz de luz. Morgennes se sintió estudiado con interés.

—¡Messire Morgennes! ¡Si os decían muerto!

Morgennes levantó la mano para protegerse los ojos y distinguir a quien le hablaba, pero la luz lo había cegado. La voz, sin embargo, no le era desconocida.

Preguntó:

—¿Emmanuel?

—Soy yo, mi buen sire —respondió la voz con emoción.

El antiguo escudero de Morgennes dio dos pasos al frente. Ahora llevaba el manto negro con la cruz blanca de los caballeros del Hospital, y su porte había ganado autoridad.

—¡En fin, veo que te has convertido en un hombre! —dijo Morgennes al verlo.

—Sí —respondió Emmanuel, que se sentía culpable por no haber sido armado caballero por el hombre de quien había sido escudero durante tantos años—. El hermano comendador Alexis de Beaujeu me hizo caballero el día de la Asunción de Nuestra Señora... El Krak estaba muy necesitado de hermanos, y nadie pensaba que volveríamos a veros aquí abajo...

—Ya ves que aún estoy con vida —dijo Morgennes.

Con el rostro cubierto de lágrimas, Emmanuel se acercó a Morgennes, que así pudo mirarlo mejor. Físicamente no había cambiado. Su rostro rubicundo le seguía

dando aquel característico aire infantil, atenuado ahora por una tupida barba negra. Su boca temblaba. No dejaba de repetir:

—Sois vos, sí, sois vos...

Súbitamente palideció, como si se encontrara ante un aparecido.

—¿Qué le ha ocurrido a vuestro ojo?

—Un mahometano me lo quitó...

—Por cierto, ¿por qué me habéis dicho hace un momento que erais mahometanos?

—Porque es lo que soy—respondió Morgennes.

Emmanuel lo miró sin comprender.

—¿No estáis enterados? —se sorprendió Morgennes.

—Venid —dijo Emmanuel—. Os conduciremos hasta el castillo y nos lo explicaréis todo.

El antiguo escudero de Morgennes hizo una señal a la escolta, y el pequeño grupo volvió a ponerse en marcha. El Krak de los Caballeros ya solo estaba a unos pasos y alzaba al cielo sus altas murallas, como las paredes de una tumba.

Sit tibi copia, sit sapientia, formaque detur inquinat omnia sola, superbia si comitetur.

(«Ten riqueza, ten sabiduría, ten bondad, pero guárdate del orgullo que mancha todo lo que toca.»)
 Inscripción grabada sobre el pilar norte de la galería que bordea la sala grande del Krak de los Caballeros

Todo país posee, en un momento de su historia, uno o varios monumentos que dan la medida de lo que es y permiten delimitar su presente, su pasado, el futuro que sueña para sí. Antaño el Egipto de los faraones tuvo las pirámides; Babilonia, sus jardines suspendidos; la Roma imperial, su circo; Bizancio, sus hipódromos; Jerusalén, su templo. Francia no existía sino por Roma, y poco a poco se iba buscando a sí misma.

En 1187, Micerino dio a Egipto la más bella de sus ciudadelas: el Castillo de la Montaña, construido en El Cairo por Saladino; los jardines de Babilonia ya no existen, pero no lejos de allí, en Bagdad, un observatorio permite escrutar las estrellas; Roma tiene la basílica vaticana; Bizancio, convertida en Constantinopla, Santa Sofía; el Templo de Jerusalén ha sido destruido y reconstruido en varias ocasiones, mientras que dos nuevas religiones han establecido allí importantes lugares santos: la cristiandad, la iglesia del Santo Sepulcro, y el islam, la Cúpula de la Roca. Francia, en fin, existe, y ha emprendido la tarea de procurarse, bajo la guía de Mauricio de Sully, la más extraordinaria de las catedrales: Notre-Dame de París.

En cuanto a los francos de Tierra Santa, tienen, además de Jerusalén y la tumba de Cristo, el Krak de los Caballeros.

Estos dos edificios, el Santo Sepulcro y el Krak de los Caballeros, resumen por sí solos las tendencias opuestas y, con todo, indisociables, que dividen el país, desgarran a sus habitantes y, sin embargo, los reconcilian también.

Uno recuerda a los creyentes la preeminencia de un reino que no es de este mundo; el otro se considera el garante de la fe y de la libertad de los que viven aquí abajo.

Ambos tienen algo de marcial y de sagrado. El Santo Sepulcro con sus colgaduras adornadas con las armas de Jesús, sus frías columnas, su aire impregnado de vapores de incienso, los murmullos, los responsos, el aire grave y concentrado de sus penitentes, el eco helado de sus pasos y sus rezos; el Krak de los Caballeros con su austeridad, la sencilla belleza de sus muros, la expresión piadosa de los que pasean por él envueltos en grandes mantos negros con la cruz blanca, los padrenuestros que

resuenan de sala en sala, los credos, las homilías. Allí se ayuda a los hombres a subir a los cielos; aquí se ayuda a Dios a establecerse sobre la tierra.

Por opuestas que sean, estas construcciones son inseparables del espíritu de los cruzados y son la exacta representación de la más específica de las nobles invenciones del siglo XII: el monje caballero.

La flor y nata de lo que quedaba de los hospitalarios establecidos en Tierra absoluta estaba reunida en la sala principal del Krak, dispuesta a seguir oyendo al noble y buen hermano Morgennes, guardián de la Santa Cruz.

Emmanuel había conducido a Masada y a Femia por las altas salas abovedadas, las escaleras y corredores de piedra del castillo, hasta una habitación contigua a uno de los dormitorios de los monjes caballeros. Yahyah dormiría en la cocina, con Babucha, sobre un poco de paja esparcida en el suelo. Carabas iría a los establos, a unirse a los trescientos caballos y el centenar de camellos que esperaban allí a su caballero y su fardo de flechas, víveres o agua.

Pero a su llegada, a pesar de la hora tardía y para testimoniar la estima en que se tenía a Morgennes y antes de escucharlo, los condujeron a la sala grande del Krak, con el techo claveteado de oro y el suelo tapizado de juncos. Aquella sala servía de refectorio a los hermanos. Los capítulos de los hospitalarios se celebraban allí, bajo las altas bóvedas de cañón horadadas por agujeros que se abren a la noche exterior. En los pilares que las sostienen y que dividen la sala en nueve partes, candelas de sebo se consumían humeando y marcando la cal de los muros con largos trazos negros que habría que frotar por la mañana. Un sargento envuelto en su manto negro con la cruz blanca echaba leños al hogar. Las noches eran aquí tan frías como el infinito.

Las llamas del brasero apenas habían empezado a calentar la sala cuando dos monjes caballeros entraron para servir una colación a los recién llegados. En el Krak de los Caballeros, las comidas saciaban hasta al más hambriento, e incluso los hermanos que sufrían un castigo —y que por ello debían tomar sus comidas sobre las baldosas del suelo con los perros, no lejos del comendador de la plaza— estaban bien alimentados. No se trataba de dejar sin fuerzas los cuerpos de aquellos que debían pelear y tal vez morir por Cristo.

Mientras compartía la escudilla y el pan de trigo de Morgennes, Masada lanzaba miradas inquietas a las numerosas personas que se encontraban sentadas al otro lado de la mesa.

Una docena de hermanos del Hospital los contemplaban en silencio —apenas intercambiaban, a veces, un murmullo—, pero por su expresión severa se podía adivinar el número y la naturaleza de las preguntas que ardían en deseos de plantear a Morgennes, a Femia, a Masada, y también a Yahyah, que, en las cocinas, se llenaba el

estómago con un capón.

Morgennes se tomó tiempo para saborear cada bocado. ¿Cuánto hacía que no había comido hasta saciarse? La comida del *bimaristan* al-Nuri era de lo más rústica, y, en cuanto a la que se servía a los esclavos, no bastaba para alimentarlos.

El caballero disfrutó reencontrando el sabor de los alimentos preparados por los suyos y se deleitó con las sensaciones que nacían en su paladar; sensaciones que la cocina mahometana, demasiado amante de las especias para su gusto, no le proporcionaba: ligera amargura del puré de guisantes, suavizada por el gusto azucarado de un dátil; esponjosidad de la tortilla de huevos frescos, refrescada por la menta y perfumada de artemisa. El vino que les habían ensalzado, cortado con miel y cardamomo, era tan delicioso que por un instante olvidó lo que había vivido, lo que iba a decir, lo que tendría que soportar.

El hermano encargado de hacerles la lectura de los Evangelios cerró la pesada Biblia colocada en un atril ante él. No se escuchó ya ningún ruido, con excepción del viento. Morgennes se secó la boca con el mantel, cruzó las manos y pidió autorización con la mirada al hermano comendador para romper el silencio. Habiéndola recibido, propuso:

—Nobles y buenos hermanos, ¿deseáis oír ahora mi historia?

El hermano comendador asintió, y Morgennes se lo explicó todo, hasta los menores detalles, sin levantar nunca la voz y cuidando de presentar cada hecho desde un punto de vista lo más neutro posible, precisando en cada ocasión si había sido testigo directo o, en caso contrario, quién le había informado.

Todos siguieron el relato con atención.

Incluso Masada y Femia, que no conocían todos los detalles, escucharon, estupefactos, las explicaciones de Morgennes sobre cómo se había despertado en el campo de batalla, había sido capturado por Taqi —que le había salvado la vida— y luego, en cierto modo, recompensado por Saladino, antes de escapar por primera vez, sediento, y ser finalmente capturado de nuevo para perder un ojo a manos de los sarracenos.

Llegó el momento en que hubo que hablar del trato propuesto por Saladino a los hermanos templarios y hospitalarios, y que todos —salvo Morgennes— habían rechazado.

Al oírle relatar cómo había renegado de su fe, cuando todos sus compañeros habían permanecido fieles a Jesús y habían muerto decapitados, los hermanos caballeros del Hospital palidieron de espanto. Aunque Morgennes no hubiera proporcionado ninguna explicación para su gesto, algunos de sus hermanos parecieron comprenderlo y excusarlo, y otros, al contrario, reprobárselo. Pero todos estaban horrorizados, aunque resultara difícil saber si era por Morgennes o por Saladino.

—Perdón, noble y buen hermano Morgennes —lo interrumpió el hermano comendador del Krak, llamado Alexis de Beaujeu—, tal vez deberíamos continuar oyéndote a puerta cerrada.

Todos murmuraron su acuerdo y, volviéndose hacia Masada y Femia, les dieron la desagradable impresión de que su presencia era del todo indeseable.

El hermano Emmanuel, cuyas manos temblaban por la emoción suscitada por el relato de Morgennes, se ofreció a acompañarlos a su habitación, una pequeña celda con dos camas. El aposento daba a una de las nueve cisternas del Krak, y —si tenían buen oído— los ocupantes podían dormirse mecidos por el rumor de las aguas del acueducto construido para alimentarlas.

—*Yallah!* —exclamó Femia.

—Os sigo —dijo Masada.

—Vamos, pues —dijo Emmanuel.

Uniendo el gesto a la palabra, el hermano los invitó a que lo siguieran por la red de corredores y galerías del Krak, un laberinto que numerosos hermanos utilizaban a cualquier hora del día o de la noche para hacer su ronda, visitar a los animales en los establos o asistir al oficio. Los cantos de los hermanos ascendían desde la pequeña capilla y los padrenuestros de maitines resonaban de un modo extraño en los muros del castillo.

Beaujeu no apartaba la mirada de Morgennes. El comendador hospitalario lo observaba gravemente sin dejar traslucir sus pensamientos: cólera, piedad, pena, decepción, o todo a la vez. Finalmente pidió a uno de sus ayudantes:

—Di al hermano capellán, que venga aquí a vernos cuando acabe la misa y manda a buscar al hermano enfermero. Quiero que examine al noble y buen hermano Morgennes, para asegurarnos de que está perfectamente sano.

—Noble y buen sire —dijo Morgennes—, es inútil molestar al hermano enfermero. Los médicos se ocuparon de mis heridas en Damasco, y creo que estoy bien.

—Noble y buen hermano Morgennes, quiero que te examine, pues no estoy seguro de que los médicos de Damasco hayan curado «todas» tus heridas.

Morgennes comprendió perfectamente la alusión, pero no hizo ningún comentario. Todavía tenía muchas cosas que decirles, hechos que revelarles, sugerencias que plantear, pero esperaba a tener la palabra.

—Levántate —dijo el hermano comendador— y ven junto a mí.

Morgennes obedeció.

—¿Cómo te sientes?

—En excelente forma, noble y buen sire.

—Entonces permanecerás de pie, frente a nosotros, durante toda la duración del consejo. Mientras esperamos la llegada del hermano capellán, que cada uno de

nosotros recite en silencio trece padrenuestros, ore a san Adán y se mantenga dispuesto para el consejo.

Los hermanos caballeros ocuparon su lugar en las sillas a lo largo de la pared, mientras en el centro de la sala Morgennes los observaba sin decir palabra. La perspectiva de esta reunión turbaba su concentración. Y es que el momento era de la mayor gravedad. En Hattin había estado en juego su vida. Aquí estaba en juego su honor y su nombre. Aunque no tenía muchas ganas de extenderse sobre su acto, de todos modos quería ser juzgado en función de hechos establecidos y aprovechar la ocasión para exponer su verdad. Pero lo cierto es que su verdad no interesaría al consejo, que no juzgaría más que la verdad de los hechos y no la suya, más compleja, y que solo Dios podía juzgar.

Resonaron pasos en el pasillo y entraron cuatro personas, entre ellas el hermano enfermero y el hermano capellán, reconocible por sus vestiduras, con su gran capa negra y sus manos enguantadas de cuero. A Morgennes le dio un vuelco el corazón al reconocer a uno de sus viejos amigos: ¡Raimundo de Trípoli!

—Sire —dijo Morgennes, rompiendo el silencio que le habían impuesto—, me alegra volver a veros.

—También yo estoy encantado de encontraros de nuevo —respondió Raimundo.

Trípoli, que había dado tan buenos consejos en el curso de la batalla de Hattin —salvo el de esperar en lugar de atacar de inmediato una vez en la cima de la colina—, había envejecido considerablemente.

Ya era un hombre mayor, pero aquella prueba había acabado de blanquear sus cabellos y su barba, había grabado nuevas arrugas en su rostro y había acentuado las bolsas de sus ojos. Además, había adelgazado mucho, y el brial que vestía flotaba en torno a su cuerpo. Raimundo se acercó a Morgennes y le cogió las manos, mientras el hermano enfermero lo auscultaba, examinaba su ojo y le pedía que abriera la boca y sacara la lengua.

—¿Sufres? —le preguntó el hermano enfermero.

—No —respondió Morgennes.

El hermano enfermero parecía decepcionado.

—Sin embargo, sufrir es acercarse a Dios—dijo.

—Lo lamento —respondió Morgennes—, pero ni me atormenta el sufrimiento ni me siento lejos de Dios.

El hermano enfermero se disponía a examinar las manos de Morgennes —que Trípoli seguía estrechando—, cuando Beaujeu le pidió que fuera a sentarse a su lado para oír y juzgar al noble y buen hermano caballero Morgennes.

—Para empezar —dijo el hermano enfermero, ocupando su lugar en la mesa del consejo—, no veo por qué seguimos llamándolo «noble y buen hermano». Si ha renegado de Jesús, tal como he podido entender, ya no merece esta consideración...

Sus palabras dejaron helados a los asistentes. Algunos hermanos le dieron la razón, y otros, al contrario, recordaron que, hasta que no se produjera una decisión del consejo, Morgennes seguía formando parte del Hospital.

—Sire de Trípoli, venid a sentaros junto a nosotros —dijo el hermano comendador—. Enseguida tendréis tiempo de volver a encontraros con Morgennes y de hablar con él, aunque sea a través de unos barrotes.

—No os inquietéis —murmuró Trípoli a Morgennes—. Yo velo por vos.

Raimundo de Trípoli le estrechó las manos antes de ir a ocupar su lugar al otro lado de la mesa, frente a él, y las puertas de la sala principal se cerraron para evitar cualquier interrupción.

—Mis buenos señores hermanos —dijo Beaujeu—, levantaos y rogad a Dios Nuestro Señor para que su santa gracia llegue hasta nosotros.

Catorce hermanos y Raimundo de Trípoli observaban con aire grave a Morgennes. Habitualmente solo los hermanos caballeros podían asistir a las sesiones del capítulo; pero, dada la gravedad de las circunstancias, Beaujeu había invitado a Trípoli a quedarse.

Además del hermano comendador del Krak, el hermano capellán y el hermano enfermero, estaban presentes los hermanos más importantes de la plaza: el hermano senescal, lugarteniente del comendador; los hermanos mariscal y submariscal, encargados, en el primer caso, de las armas y las armaduras, y en el segundo, de los caballos; los hermanos turcopoleros y gonfaloneros, que mandaban a los auxiliares reclutados por la orden; el hermano pañero, que se ocupaba de la ropa de los hermanos, y cinco hermanos caballeros elegidos entre los más nobles.

Beaujeu tomó la palabra.

—Nobles y buenos hermanos —dijo—, os conjuro por Dios, por mi Dama Santa María, por todos los santos y santas de Dios y por todos los hermanos, bajo pena de perder la gracia de Dios si no hacéis en este juicio lo que debéis hacer, a que oigáis y juzguéis al noble y buen hermano Morgennes.

Con esta fórmula quedaba abierta la sesión y el tribunal de penitencia se hallaba dispuesto para escuchar a Morgennes. Beaujeu se volvió entonces hacia él.

—Noble amigo, procura decir la verdad acerca de todas las cosas sobre las que te preguntemos, porque si mientes, y luego se prueba que has mentido, se te cargará de grilletes, se te hará gran vergüenza y serás expulsado por ello de la casa.

Luego le preguntó quién era y cuánto tiempo hacía que había revestido la armadura de la obediencia. Morgennes respondió lo mejor que pudo, y Beaujeu prosiguió:

—En el seno del Hospital, ¿cuál era tu papel?

—Guardar la Santa Cruz.

Algunos de los hermanos caballeros se mostraron sorprendidos: acababan de

llegar de refuerzo, de Provenza, de Francia o de Inglaterra, y no conocían a Morgennes. Les impresionaba que aquel hombre fuera uno de los guardas encargados de velar por la Santa Cruz, y les horrorizaba que hubiera podido traicionarla.

El interrogatorio continuó durante algún tiempo, y luego, cuando cada hermano hubo interrogado suficientemente a Morgennes, Beaujeu declaró:

—Nobles y buenos señores hermanos, me cuesta creer lo que nos explica el noble y buen hermano Morgennes. Sin embargo, lo conozco, y no es hombre para mentir ni ocultar verdades incómodas. Lo que nos describe es, en efecto, abrumador: mientras nuestros hermanos, sus compañeros de armas, entregaban el alma permaneciendo fieles a Cristo y morían como mártires, él renegaba de su fe y se convertía en infiel. Noble y buen hermano Morgennes, antes de resolver sobre lo que has hecho, ¿puedes asegurarnos que no sufriste un golpe de calor, de manera que la cabeza te dio vueltas y así las palabras que pronunciaste fueron dichas solo con los labios y no con el corazón?

—Lo que dije, dicho está —respondió Morgennes—. Con los labios o con el corazón, para mí no supone ninguna diferencia.

—Noble y buen hermano, piensa bien en lo que dices, porque son palabras graves —prosiguió Beaujeu—. He pedido al hermano capellán que venga para que te desligue de tu profesión de fe y del juramento que hiciste a Saladino.

—Perdóname, noble y buen sire, señor comendador, pero solo Saladino puede desligarme de este juramento. Por mi parte, le seré fiel. O no tendría honor.

—¡Hermano! —se indignó el hermano capellán—. ¡Por el amor de Nuestro Señor Jesucristo, te conjuro! ¿Quieres ser expulsado de la orden y acabar tus días en una celda?

—No —dijo Morgennes—. Pero si es lo que debe ocurrir, que así sea.

—¿No quieres que ocurra de otro modo? —preguntó el hermano capellán, bajando el tono.

—Claro que sí —respondió Morgennes—. ¿Quién no lo querría? Pero yo he actuado en alma y conciencia, conforme a los signos que he creído recibir de Dios.

—¿De qué signos hablas?

—Poco antes de convertirme, pedí a Dios que me iluminara...

Los leños crujieron en el hogar, y Morgennes se interrumpió. Lo que había leído en la ausencia de signos, en Hattin, era que Dios le pedía que continuara. Pero ¿a quién podía confiar aquello? ¿Tenía siquiera derecho a hacerlo? ¿Quién lo comprendería? En la duda, prefirió callar, y dijo simplemente:

—Es algo entre Dios y yo.

—Permíteme que te recuerde, noble y buen hermano Morgennes, la inscripción grabada en uno de los pilares de la galería que conduce a esta sala: *Sit tibi copia, sit sapientia, formaque detur inquinat omnia sola, superbia si comitetur*. ¡Guárdate del

orgullo! ¡No te creas superior a tus hermanos! Aquí todos somos pecadores, y todos pedimos perdón a Dios, a Nuestra Señora y a nuestros hermanos por lo que hemos hecho. ¡Arrepiéntete, hermano Morgennes!

—Me arrepiento —dijo Morgennes—. Imploro la piedad de Dios y de Nuestra Señora, y la vuestra, hermanos míos, porque he faltado renegando de Dios. Pero sabed, nobles y buenos hermanos, que no lo hice por orgullo o por odio hacia la Vera Cruz.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó uno de los hermanos con un fuerte acento sajón.

—Confieso no haber querido morir; es el primer punto... Comprendo a mis compañeros de armas, muertos en nombre de Cristo, pero me encontraba sometido a un dolor vivísimo: la Santa Cruz acababa de ser tomada, yo había faltado a mi deber de soldado, de cristiano. Me pareció que no tenía derecho a morir sin tratar de arreglarlo, a no ser que sacrificara el poco honor que me quedaba...

—¿Y quién nos dice que no tuviste miedo de morir y que por ello preferiste convertirte? Hablas de sacrificio donde yo veo más bien orgullo y miedo —dijo uno de los hermanos caballeros.

—Tal vez me equivoqué, es cierto, pero pensé en la Santa Cruz. No me sentía digno de morir en nombre de Cristo mientras ella estaba en manos de los sarracenos. Mi conversión me pareció poca cosa al lado de esta tragedia, con tal de que la Vera Cruz fuera recuperada.

Este último punto interesó vivamente al hermano comendador, que preguntó enseguida a Morgennes:

—Así pues, ¿tu conversión no era sincera?

—Que fuera o no sincera no supone ninguna diferencia.

—¡Pero si ahí reside justamente toda la diferencia! —se exasperó el hermano enfermero.

—Entonces sea, admitamos que fue sincera, ya que renegué de Dios y escupí a la cruz.

—¡Escupiste a la cruz! —dijo el hermano capellán, ahogándose de indignación—. ¡Es un pecado inextinguible! ¡Pido que se excluya a este hombre de la orden y que se lo encierre con los benedictinos o los agustinos, poco importa, con tal de que sea expulsado de aquí enseguida! ¡No contento con ser lapso, este hombre es un demonio!

—Calma —dijo el hermano comendador—. Os recuerdo, noble y buen hermano capellán, que no se debe alzar la voz aquí.

Por otra parte, todos hemos comprendido lo que hizo el hermano Morgennes. Escupiste a la cruz para que te dieran de beber, ¿no es así? —preguntó a Morgennes.

—No, en absoluto —respondió este—. Lo siento profundamente, noble y buen

sire comendador, pero si pedí de beber fue para poder escupir y no porque tuviera sed. Mi decisión ya estaba tomada. Esa es la verdad.

Morgennes miró a sus jueces, que lo observaban fijamente en medio de un pesado silencio.

Raimundo de Trípoli no se atrevía ya a mirarlo ni a enviarle, como al principio, pequeñas señales de ánimo.

En el hogar, los leños se habían consumido por entero. Por las aberturas, en lo alto de la sala, los primeros rayos del día habían hecho su aparición, y la hora de tercias había sonado.

Hacía más de tres horas que oían a Morgennes.

Más de tres horas en las que sus defensores habían hecho todo lo posible por salvarlo, y sus detractores, cada vez más numerosos, se preguntaban ya por qué aquello estaba durando tanto...

Morgennes ya solo contaba con tres aliados en el tribunal de penitencia: el hermano comendador, el hermano mariscal y Raimundo de Trípoli, que no votaría por no pertenecer al Hospital.

—El asunto está claro —dijo el hermano enfermero—. Este hombre no está en sus cabales. Hay que encerrarlo.

—Enviémoslo de vuelta a Occidente —aventuró otro hermano que hasta ese momento no había hablado apenas.

—Silencio, mis buenos hermanos —dijo Beaujeu—. Os pediré ahora que votéis, que Dios nos ayude a cumplir con nuestro deber.

Hicieron salir a Morgennes, para que el voto de cada uno de los miembros del tribunal permaneciera secreto, y luego los hermanos se fueron expresando uno por uno.

—Dos días de ayuno, una pena de disciplina el domingo durante seis meses si se arrepiente, y si no, la pérdida del hábito, definitiva —dijo el primero de los hermanos caballeros.

—La pérdida del hábito durante un año si se arrepiente —dijo el hermano submariscal—; si no, la pérdida de la casa, definitiva.

—La pérdida de la casa, definitiva —dijo el hermano capellán.

—La pérdida de la casa, definitiva —dijo un segundo hermano caballero.

—La pérdida del hábito durante un año si se arrepiente; si no, la pérdida de la casa, definitiva —dijo el hermano pañero.

—Dos días de ayuno más una pena de disciplina cada semana hasta que acepte hacerse desligar —dijo un tercer hermano.

—La pérdida de la casa, definitiva —dijo el hermano enfermero.

—La pérdida del hábito hasta que se le desligue de su juramento, luego dos días de ayuno más una pena de disciplina el domingo durante tres meses —dijo el

hermano mariscal.

—La pérdida del hábito si se deja desligar del juramento; si no, la pérdida de la casa, definitiva —dijo el hermano turcopolero.

—La pérdida de la casa, definitiva —dijeron los hermanos décimo, undécimo, duodécimo y decimotercero.

La causa parecía decidida, y de hecho lo estaba.

El hermano comendador no podía oponerse al castigo que conduciría ineluctablemente a Morgennes a abandonar el Hospital para ser enviado a Francia, a un monasterio de la regla de san Benito o de san Agustín.

Así pues, hicieron volver a la sala principal a Morgennes, que mientras tanto se había desnudado, tal como recomendaba la regla, y se disponía a recibir, con el torso desnudo, en calzoncillos y calzas, la penitencia que sin duda le sería aplicada con la correa que llevaba al cuello.

—De rodillas —ordenó Beaujeu.

Morgennes se arrodilló.

—Antes de que pronuncie la sentencia, ¿alguien quiere tomar la defensa del noble y buen hermano Morgennes, ya que él es incapaz de hacerlo por sí mismo?

Raimundo de Trípoli se levantó.

—Hablad —dijo el hermano comendador.

—Nobles y buenos señores, mis hermanos caballeros —empezó Raimundo de Trípoli—. Conozco al hermano Morgennes desde hace muchos años, lo conocí incluso antes de que entrara en la orden. Es el hombre más valeroso que conozco, un hombre de palabra. Pero ¿quién puede decir si lo que condujo al hermano Morgennes a escupir a la cruz fue el orgullo o la humildad, el miedo o el valor? ¿Cuál es, en efecto, la pérdida más dura que puede soportar un hermano? ¿La vida, acaso? ¿O bien el paraíso, la estima de los suyos?

Los hermanos no hicieron ningún comentario, pero por las caras de algunos podía verse que no aceptaban las palabras de Raimundo de Trípoli, por más que el conde fuera su principal apoyo entre las gentes del siglo.

El propio Raimundo había sido criticado con dureza por su comportamiento en la batalla de Hattin. Después del fracaso de su carga de caballería, Trípoli había abandonado el campo, regresado a Tiro y, luego, al Krak de los Caballeros. Se había dicho que había abandonado al rey, que su carga no tenía por objeto romper las filas de los sarracenos, sino llevarlo al otro lado de sus líneas según un plan decidido por adelantado con Saladino.

—En verdad, os digo —prosiguió Raimundo de Trípoli— que nadie puede afirmar con facilidad qué es valor y qué es cobardía. Yo mismo estoy obligado a ver que sin duda hay un poco de ambos en Morgennes. Os pido que lo perdonéis y que practiquéis ese amor que Cristo supo enseñarnos tan bellamente.

Raimundo de Trípoli dejó de hablar. Estaba rojo y parecía agotado. Beaujeu se levantó, lo miró y tomó de nuevo la palabra.

—Señor de Trípoli, os agradezco vuestras sabias palabras. Estoy seguro de que ninguno de nosotros las olvidará nunca. Pero estoy obligado a comunicar la sentencia tal como ha sido pronunciada por este tribunal: noble y buen hermano Morgennes, te condeno a la pérdida de la casa, definitiva.

Al oír estas palabras, Raimundo de Trípoli se sintió mal y se desvaneció. El hermano enfermero corrió hacia él.

—¡Que lo trasladen a su habitación!

Dos hermanos caballeros levantaron a Raimundo de Trípoli y lo llevaron fuera.

—Hermano Morgennes —dijo el hermano comendador—, has oído la sentencia que te hemos comunicado. Ahora tienes cuarenta días para abandonar la orden y presentarte en Francia, en un monasterio. ¿Lo harás?

—Sí, noble y buen hermano —dijo Morgennes.

Cuarenta días, es decir, hasta San Dionisio. Aquello le dejaría poco tiempo para encontrar la Vera Cruz y a *Crucífera*, su espada.

—Inflíidle la penitencia, y luego conducidlo a una celda aislada. Ahora es un extraño para nosotros.

Con un movimiento unánime, los hermanos dieron la espalda a Morgennes, que ya no tuvo frente a sí más que un muro de capas negras adornadas con cruces blancas. Luego dos hermanos con la cara oculta por una máscara llegaron para infligirle la penitencia.

Curiosamente, cuando empezaron a llover sobre su espalda los primeros correazos, Morgennes los sintió solo de forma atenuada. Lejos de satisfacerlo, aquello lo inquietó: la enfermedad lo roía como un fuego subterráneo y no tardaría en volver a hacer su aparición.

Finalmente, los hermanos pusieron en pie a Morgennes y lo escoltaron hasta su celda, que daba a las murallas del recinto interior. Desde su ventana podía ver el patio, que a aquellas horas tempranas de la mañana hervía de actividad. Los albañiles reconstruían partes del muro; herreros y forjadores se afanaban en reparar las cotas de malla, las armas y las herraduras de los caballos. Aquí y allá, jóvenes reclutas se ejercitaban bajo la dirección de un oficial. Un hombre atravesó el patio con una gallina en cada mano; otro paseaba a una docena de perros que llevaba de la correa.

Después de salir Morgennes, el hermano capellán preguntó a Alexis de Beaujeu:

—Buen sire comendador, ¿por qué no se envía hoy mismo a Morgennes a Francia? ¿Por qué debemos cargar con su persona?

—Nuestra regla le da cuarenta días. Cuarenta días son suficientes para que cambie de opinión.

—¡Es un testarudo! ¡Nunca lo hará!

—Es posible, pero tiene cuarenta días. Le doy un voto de confianza; no nos traicionará y partirá por sí mismo a Francia dentro de cuarenta días.

—¡Ya ha traicionado a Dios!

—Los caminos del Señor son inescrutables.

La conversación tomaba un rumbo desagradable. El rostro de Beaujeu se ensombreció. No tenía ganas de entablar una disputa con el hermano capellán, que en cierto modo era allí como el legado del Papa. Un personaje importante.

—Noble y buen hermano —dijo suavemente el hermano comendador—, permitidme únicamente que os recuerde lo que decía el inspirador de nuestra orden, san Agustín: «Muchos de los que se creen dentro de la Iglesia están fuera de ella, y muchos de los que se creen fuera están dentro». Concedamos a Morgennes estos cuarenta días de tregua. Por otra parte, me pregunto si no le resultarán más difíciles de vivir que los años de encierro que le esperan en Francia.

Unos hermanos entraron entonces por la puerta de las cocinas. Venían a servir la colación de la mañana, que los hermanos de Provenza, Francia e Inglaterra, los más numerosos en el Krak de los Caballeros, serían los primeros en tomar. Justo después se ofrecería un segundo servicio para las otras lenguas. En ese momento, una voz de arpía se elevó del patio del castillo, no lejos de la capilla.

—¡Morgennes es mío! —gritaba—. ¡No tenéis derecho a quitármelo!

Los hermanos comendador y capellán se apresuraron a acercarse al origen de los chillidos, seguidos por sus sirvientes, escuderos, hermanos sargentos y clérigos.

En el patio, el sol brillaba con tanta fuerza que todo el mundo caminaba con la cabeza gacha. Pero Femia —pues de ella se trataba— no parecía preocuparse por eso. Masada trataba de calmarla utilizando alternativamente el sarcasmo y los cumplidos.

Después de todo, Morgennes era suyo, aunque lo hubiera pagado con las joyas de su mujer.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó el hermano comendador.

—Mi esposa pretende que no tenéis derecho a enviar a Morgennes a Francia y dice que le pertenece —respondió Masada.

—¡Mis joyas! —berreó Femia—. ¡Di todas mis joyas para tenerlo!

—No debisteis pagar tanto por Morgennes —dijo Beaujeu—. Como máximo se podía ofrecer un cuchillo de armas y un talabarte, es la regla.

—¡Es mío! —dijo Femia—. ¡En Damasco, lo compré en Damasco!

—Él solo pertenece a Dios y al Hospital durante el tiempo de su breve estancia en la tierra —cortó secamente el hermano capellán—. ¡Al entrar en el Hospital, él mismo se dio a nuestra orden, a Dios y a Nuestra Señora! ¿Quién sois vos a su lado para querer recuperarlo?

—Si queréis, la orden puede compensaros —dijo el hermano comendador,

tratando de mostrarse conciliador—. ¿Cuánto pagasteis por él?

—¡Todas mis joyas! —tronó Femia—. ¡Y mi marido dejó que ese mercader del demonio pusiera sus manos sobre mí y se sirviera por sí mismo!

—¡Le dejó una! —protestó Masada.

—¿Cien besantes bastarán para compensaros?

—¡Quiero mis joyas! ¡Quiero a Morgennes! —aulló Femia.

—Que vayan a buscar cien besantes en joyas al tesoro —ordenó el hermano comendador a su escudero—. Traédmelas rápido, a ver si esta buena mujer se calma.

—Perdonadme, noble y buen hermano comendador —se atrevió a decir Masada—, pero, si me permitís, sobre mi mujer había mucho más que cien besantes de joyas. ¡Lo sé bien porque fui yo quien se las regaló! Además, el hermano Morgennes me aseguró que me daríais más de cien veces lo que gasté en comprarlo...

—¿No sois vos ese mercader judío llamado Masada que comerciaba con reliquias en Nazaret y que los templarios buscan por haberse atrevido a ocultar, no solo a ellos sino también al arzobispo de Jerusalén, el hallazgo del asno de Pedro el Ermitaño?

—Cien besantes de oro estará muy bien —se apresuró a decir Masada con voz melosa—. Es perfecto, del todo suficiente. Tal vez sea incluso excesivo.

—Digamos, pues, ochenta besantes de oro...

—Ochenta besantes de oro, muy bien —dijo Masada, a la vez disgustado, incómodo y avergonzado.

—Judíos —comentó el hermano capellán—, nunca pueden dejar de discutir el precio...

Masada y Beaujeu hicieron como si no lo hubieran oído.

El asunto parecía arreglado, cuando el hermano enfermero se presentó ante Beaujeu.

—Noble y buen hermano comendador, Raimundo de Trípoli ha despertado —anunció.

—Me alegra saberlo —dijo Beaujeu.

—Pero está muy mal. Respira con gran dificultad y su cuerpo está de tal modo bañado en sudor que hemos tenido que cambiarle las sábanas. He tratado de aliviarlo escarificándolo hasta ponerlo blanco, pero no ha mejorado. He hecho que quemaran incienso en su habitación para purificar el aire y he ordenado a seis de nuestros hermanos que se releven continuamente en la capilla para rogar por él. Hay que temer lo peor. Ah, y ha reclamado vuestra presencia.

—¿Quiere verme?

—Bien, en realidad ha reclamado a Morgennes. Le he dicho que solo vos podíais permitirle verlo. Entonces ha pedido por vos.

—Id a buscar a Morgennes, yo voy con Trípoli.

Beaujeu salió, pues, en dirección a la pequeña habitación que el señor de Trípoli

ocupaba con su mujer y las cuatro hijas que ella había tenido de su primer matrimonio.

Trípoli estaba tendido en la cama, con su mujer —la condesa Eschiva— de pie a su lado, con las manos cruzadas sobre el vestido de franjas bordadas de oro. Habían llegado de Tiro varias semanas antes, con muchas de sus gentes que se preparaban para la guerra. Porque el combate no había terminado: bajo el mando de Conrado de Montferrat, el hijo del viejo marqués Guillermo de Montferrat, Tiro levantaba la cabeza y desafiaba a Saladino.

—Condesa —saludó Beaujeu al entrar en la habitación, una de las mejor decoradas del castillo.

Aun sin ser confortable, el aposento se había equipado en lo posible con todo lo necesario para hacerlo agradable a un matrimonio habituado a las comodidades y las riquezas. Por lo demás, Eschiva y Raimundo de Trípoli, al contrario que tantos otros barones y condes de Tierra Santa, se preocupaban bastante poco del lujo. Una alfombra de juncos cubría el suelo y pesadas colgaduras adornaban los muros. En un rincón, un perro dormía sobre un jergón. A veces, en su sueño, gemía y se rascaba vigorosamente.

Raimundo de Trípoli estaba tan pálido que sus cabellos blancos parecían grises. Su mirada era la de un hombre agotado y brillaba con un resplandor húmedo, reflejo de su estado febril.

—Hermano comendador... —empezó con voz apagada.

Pero Beaujeu le indicó que no hacía falta que hablara, que ya sabía.

—Economizad vuestras fuerzas, señor conde. Sé que queréis ver al hermano caballero Morgennes, y lo he mandado a buscar por vos.

Efectivamente, poco después dos guardias condujeron a Morgennes a su presencia y luego se retiraron sin decir palabra. Morgennes saludó a la condesa Eschiva, se acercó a Raimundo y le cogió la mano.

—Señor —le dijo—, buen señor, en qué estado os encontráis. ..

—La muerte no está lejos —dijo Raimundo de Trípoli—. He perdido todo vigor, y mi única alegría es ver a Eschiva y a mis hijas junto a mí.

Trípoli cerró los ojos.

La condesa fue a sentarse entonces al otro lado de la cama y cogió la mano de su marido.

—Morgennes —preguntó Raimundo—, ¿qué habéis hecho con Crucífera?

—Un sobrino de Saladino me la cogió —respondió Morgennes.

—Hay que encontrarla. Sin ella...

—Lo sé —dijo Morgennes—. Sin ella estoy perdido, pero ¿no lo estoy ya?

—Esa espada es nuestra mejor guía. Recordad, en El Cairo, qué bien sirvió. Vos erais joven entonces, el buen rey Amaury todavía vivía y se consumía queriendo

conquistar Egipto... Pero vos estabais allí, ya fiel, y aceptasteis partir en busca de esa espada que Guillermo de Tiro había localizado...

Al evocar aquellos recuerdos, Morgennes volvió a ver imágenes de edificios en llamas y sintió incluso el soplo de un poderoso incendio rozando su cara, en el lugar de antiguas heridas.

—Beaujeu —siguió Trípoli—, se acabaron todos nuestros sueños. Nuestros territorios en Tierra Santa retroceden como el día ante la noche. Mi nombre no vale más que el de un Guido de Lusignan, ya que se me acusa de haber cometido traición y de haberme aliado con Saladino. Sin embargo, juro por Dios que si me entendí con él fue para hablar de paz, no para entregar el reino donde Nuestro Señor Jesucristo sufrió tanto. En cuanto al nombre del hermano Morgennes, ese héroe del que algún día deberá cantarse la leyenda, suena ahora para un buen número de cristianos como los nombres infames de Gerardo de Ridefort o de Reinaldo de Châtillon.

Trípoli se quedaba sin aliento. Respiró roncamente, y su mujer le apretó la mano un poco más fuerte. Beaujeu llamó al hermano enfermero.

—¡Dejadlo tranquilo, no quiero nada con ese brujo que ni siquiera sabe distinguir a un leproso de un hombre sano! —exclamó Trípoli, agotado—. No quiero verlo.

Beaujeu anuló la orden, pero desplazó las cazoletas de incienso que enviaban el humo a la cara del viejo conde.

—Hermano comendador —dijo Trípoli—, quiero que se confíe una misión a Morgennes. Cuarenta días bastarán; luego, vos mismo juzgaréis.

—¿Qué misión? —preguntó Beaujeu.

—Confiadle la tarea que Su Santidad os ha encargado. Morgennes encontrará la Vera Cruz, os doy mi palabra. No fallará. Por otra parte, nunca lo ha hecho. Pedidle que encuentre una espada, y la encuentra; que os traiga las lágrimas de Alá, y os las entrega. ¿No es cierto, Morgennes?

Morgennes se estremeció, emocionado.

—Pero no tenemos intención de... —empezó Alexis de Beaujeu.

—Chsss... —le cortó Trípoli—. ¿Qué creéis? ¿Que no sé nada de ese misterioso jinete que lleva turbante y maneja la ballesta que vino a veros la semana pasada? Vamos, sé que os entregó una bula firmada por Urbano III en la que os ordena que difiráis el envío de tropas a Jerusalén y encontréis la Vera Cruz, Modis Ómnibus...

—Exactamente —dijo Beaujeu—. Una caravana que transporta más de doscientos mil besantes de oro, es decir, el rescate de un rey, que nos prestan nuestros hermanos del hospicio de Sansón, en Constantinopla, se dirige en este mismo momento hacia nosotros. Una de nuestras patrullas, conducida por el antiguo escudero de Morgennes, el hermano Emmanuel, acaba de partir a su encuentro. Una vez que el oro se encuentre en nuestra posesión, rescataremos la Vera Cruz de manos de Saladino.

—¿Quién os ha dicho que el oro le interesaba? —le espetó Trípoli.

—¿Será Saladino diferente de los otros? —replicó Alexis de Beaujeu.

—No es oro lo que necesitáis, sino a un hombre. Y ese hombre es Morgennes.

—Pero el trato del Papa...

—¡Es indigno de un Papa! Perdonadme, noble y buen sire comendador, pero hacer competir así al Temple y al Hospital es volver al concilio de Troyes de 1128, en el que se adoptó la regla de los templarios; es ensuciar la memoria de Calixto II, que encargó a la orden de los hospitalarios la defensa del Santo Sepulcro, y es hacer poco caso de Inocencio II y Eugenio III, que otorgaron, el uno, sus privilegios a los templarios, y el otro, el honor de llevar la cruz. Finalmente, es condenar a muerte a las dos órdenes y al reino franco de Jerusalén, cualquiera que sea el resultado de este innoble trato.

—Señor, noble y buen hermano comendador —intervino Morgennes—, ¿de qué trato habláis?

Trípoli le resumió todo el asunto y luego concluyó:

—Roma se cansa de Jerusalén. ¡Roma está harta de esta ciudad que le hace sombra, de esos reyezuelos, principitos, barones y condes que lloran y se lamentan porque Saladino los amenaza! Roma ya no soporta que el Hospital y el Temple sean tan poderosos. Esto ofende al clero. Quiere castigarlos y recordar a todos quién manda. ¡Y nunca consentirá que la política de Oriente se haga en Jerusalén antes que en Roma! ¡Para eso, mejor no hacerla en absoluto!

—Esta es, por desgracia, la triste verdad —señaló Alexis de Beaujeu—. Su Santidad Urbano III permitirá a aquella de las dos órdenes que recupere la Vera Cruz continuar existiendo. La otra será disuelta, y sus bienes se repartirán a medias entre la orden vencedora y Roma.

—¡Y por eso precisamente afirmo —dijo Trípoli, jadeante— que las dos órdenes, Roma y el reino de Jerusalén están perdidos para siempre! ¡Para siempre! ¡Malditos por culpa de un papa que se preocupa más por el Sacro Imperio que por el Santo Sepulcro!

—Nuestro deber —intervino Morgennes— es recuperar la Vera Cruz, cualesquiera que sean las expectativas de Roma, y devolverla a Jerusalén.

—¡Roma la quiere para ella! —se lamentó Beaujeu, desesperado.

—¿Qué queréis decir, noble y buen hermano comendador? —preguntó Eschiva de Trípoli, a quien intrigaban esas historias político-religiosas.

—¡Que Roma está celosa! Y que tiene miedo de Saladino. ¡La excusa invocada es que en Jerusalén la Vera Cruz puede caer en cualquier momento, mañana, dentro de un año o dentro de un siglo, en manos de los infieles! La verdad es que un fragmento de cruz ya no le basta y que quiere acapararla toda; ¡como Constantinopla antes que ella se la había apropiado, al mismo tiempo que un millar de reliquias!

—Dejadme partir en su busca —propuso Morgennes—. Noble y buen hermano, te conjuro a que lo hagás. Para mí significa la ocasión de redimirme, es incluso el objeto de mi sacrificio. Nadie tiene más deseos que yo de encontrarla, nadie tiene más necesidad, nadie es más capaz de hacerlo. No olvides que yo era uno de sus guardianes y que la conozco bien.

—Y fallaste —dijo Beaujeu.

—Todos fallamos —dijo Morgennes—. Dios me guiará...

—Eres demasiado orgulloso —objetó Beaujeu.

—Déjame partir. Si la encuentro, el Hospital ganará gloria y prestigio. Si fracaso, nadie os lo reprochará. Después de todo, ya no soy de los vuestros.

Este último argumento pareció convencer al hermano comendador, que se sentó también en el lecho de Trípoli. Ahora los cuatro estaban en el lecho de Eschiva y Raimundo de Trípoli, sentados unos, tendido el otro. Todos parecían agotados, hasta el perro de Trípoli, que lanzó un largo y profundo suspiro, metió la cabeza entre las patas y volvió a dormirse.

—Para nosotros, noble y buen Morgennes, estás como muerto —dijo Beaujeu—. Te creíamos fallecido y reapareces. Te creíamos cristiano y te haces infiel. Eras uno de nuestros hermanos y ya no lo eres. ¿Qué hacer? Lo cierto es que no podemos encargarte una misión de esta importancia sin disgustar a todos nuestros hermanos, por no hablar del capítulo principal, en Jerusalén.

—¿Cuántos hermanos han ido ya en su busca? —preguntó Morgennes.

—Una decena de hermanos caballeros, sus hombres, sus escuderos. Cerca de un centenar de soldados en total.

—¿No han encontrado nada?

—Nada, hasta el momento. Pero hace menos de una semana que partieron.

Alexis de Beaujeu se acarició la barba.

—Escucha, la caravana debe llegar esta noche. Mientras esperamos, ¿por qué no vas a tomar un baño?

Morgennes tuvo la impresión de que le arrancaban un peso enorme del pecho. Se levantó y saludó a Raimundo de Trípoli, que le estrechó la mano y le dijo:

—Ayer tuve un sueño. Un ángel se me apareció, y lo que me dijo me aterrorizó. Morgennes, Dios se pregunta si lo has olvidado.

Morgennes permaneció en silencio.

—En verdad —continuó Trípoli—, la Santa Cruz no se ha perdido sino para ser hallada de nuevo por ti. Vuelve a encontrar la fe y hallarás la cruz. Y entonces estaremos salvados.

*[...] y pelearán hermano contra hermano, amigo contra amigo,
ciudad contra ciudad, reino contra reino.*

Isaías, XIX, 2

Emmanuel trató de orientarse.

Aquella parte de la región era nueva para él. Por suerte, Alexis de Beaujeu había incorporado a su patrulla un auxiliar que había nacido en la zona. El hombre le aconsejó que continuara más al sur, por la llanura de la Bekaa, y se dirigiera luego al oeste, hacia el mar y las plazas fuertes templarias de Chastel Rouge y Chastel Blanc.

—Es la ruta habitual cuando se llega de Trípoli —dijo—. Si la caravana ha seguido la línea de la costa, ha debido de pasar por allí...

—Espero que no —dijo Emmanuel.

De hecho, la idea no le gustaba en absoluto.

—Tal vez en épocas normales sea el camino más seguro, pero prefiero evitar a los templarios. Dios sabe lo que serán capaces de hacer desde que el Papa nos ha encargado encontrar la Santa Cruz...

—Pero la caravana...

Con un gesto, Emmanuel ordenó al guía que callara, y luego, nerviosamente, miró el estandarte de san Pedro que el enviado del Papa les había dejado la semana anterior, cuando había ido a verlos al Krak. El pabellón del papado flotaba orgullosamente junto al de los hospitalarios, negro con una gran cruz de plata. Emmanuel no pudo evitar pensar: «Bien por los colores, cuánta discreción». Porque en efecto, aquellos emblemas proclamaban tan claramente que el Hospital había partido en misión para el Papa, como si hubieran tocado los tambores y soplado las bocinas.

«En fin —se dijo—, de todos modos nos proporcionarán protección.»

Y después: «Dios ya ha hecho su elección.»

Si solo hubiera dependido de él, habría ordenado el repliegue: ya habían esperado bastante. Pero las órdenes eran claras: «Id al encuentro de la caravana, encontradla y luego conducidla hasta nosotros». Aunque lo cierto era que hacía horas que patrullaban entre el Krak y El Kamel, sin atreverse a ir más al oeste, hacia la costa, y la caravana no se veía por ningún lado.

El Kamel había cerrado sus puertas; la ciudad se replegaba sobre sí misma para protegerse de las bandas de merodeadores y de los sarracenos. Tampoco allí habían visto ninguna caravana, exceptuando las de las tribus de beduinos que iban a aprovisionarse de víveres y agua. Pero ni rastro de una caravana de camellos

conducida por hospitalarios.

Emmanuel se sacó el bacinete y con la mano enguantada de cuero se secó la frente, empapada de sudor. Se estaba cociendo en su cota de malla y podía sentir cómo las juntas del gambesón se le pegaban a la piel, húmedas de transpiración.

Hacía mucho tiempo que patrullaban.

Como él, sus auxiliares se habían quitado el casco, que les colgaba de la cadera atado a una correa. Hacía tanto calor que de las bragas se desprendían vapores que hacían temblar el aire por encima de sus cabezas.

Emmanuel debía decidir la ruta que iban a tomar, y debía decidirlo ahora. De hecho, la elección era relativamente sencilla: o seguían la ruta hacia el mar, y por tanto pasaban no muy lejos de las fortalezas templarias, o subían hacia el norte y bordeaban los contrafuertes del Yebel Ansariya.

Debía adivinar el camino que había seguido la caravana antes que ellos. Ahora bien, a menos que hubiera hecho un alto en las plazas templarias, ya debería estar allí. Suspiró, esperando que su supervivencia entrara en los designios de Dios, y dio orden a la columna de subir hacia el norte.

«Si no tenemos elección sobre la vida, elijamos al menos la muerte —pensó con amargura—. Es preferible tropezar con los asesinos que con los templarios; si hay que morir, más vale hacerlo combatiendo a los enemigos que a unos pretendidos aliados.»

Con estos sombríos pensamientos abandonaron el camino y partieron campo a través. Tan lejos como alcanzaba la mirada, la naturaleza aparecía desierta. Aunque se encontraban en temporada de labores, solo los cuervos daban al paisaje una apariencia de vida. A lo lejos se levantaban los primeros contrafuertes del Yebel Ansariya, cuya base desaparecía en la bruma, y sus cimas, en las nubes. Al acercarse el crepúsculo, creyeron ver que el horizonte se aproximaba. Bancos de bruma compactos descendían de la montaña y penetraban en la llanura. Algunos caballos se estremecieron, y los caballeros reprimieron un escalofrío. Luego atravesaron un estrecho riachuelo y entraron en la niebla.

Nerviosos, los hombres bajaron sus lanzas sobre el muslo y sujetaron con mano firme la brida de sus monturas. Los soldados se preparaban para lo peor.

Por la mañana temprano, en el momento en que la patrulla enviada por el Krak salía a buscarlos, el jefe de la caravana había declarado:

—No iremos al sur, sino que bordearemos el Yebel Ansariya. Así nos mantendremos apartados de los templarios, que para mi gusto sienten demasiado aprecio por el oro. Si no los tentamos, nos evitaremos problemas.

El razonamiento era bueno, porque si el riesgo de tropezar con los asesinos era real, era, con todo, menor que el de encontrarse con los templarios, cuyo nerviosismo

había aumentado considerablemente desde que su jefe había sido hecho prisionero en Hattin y su orden había entrado en competencia con la de los hospitalarios. Al elegir a Gerardo de Ridefort para que encabezara su casa, el Temple había cambiado de naturaleza. O, mejor dicho, de actitud.

El anterior maestre, Arnaldo de Torroges, era un hombre mesurado y prudente; su sucesor, Gerardo de Ridefort, era todo lo contrario.

Ahí donde Torroges renunciaba a un combate porque pensaba que los sarracenos tenían todas las oportunidades de salir victoriosos, Ridefort, en cambio, daba la orden de arremeter con los ojos cerrados. El mes de mayo anterior había mandado un batallón de caballeros del Temple y del Hospital, cuando el desastre de Casal Robert, y los hospitalarios habían pagado cara su locura: su anterior maestre, Roger des Moulins, había muerto con sus hombres. Ridefort, por su parte, había escapado.

Con este episodio, la animosidad entre las dos órdenes, que ya era grande, se había exacerbado.

¿Qué pretendía exactamente Ridefort? ¿Morir como un mártir, con las armas en la mano? Si ese era el caso, había tenido ya más de mil veces la ocasión de hacerlo, especialmente en Hattin. Pero siempre había huido, con lo que había condenado a muerte a muchos de los suyos.

Se hablaba de traición y de acuerdo secreto con Saladino. ¿Cómo era posible que Ridefort no hubiera sido también decapitado en Hattin, o crucificado como su comparsa, Reinaldo de Châtillon? Algunos rumores decían que había sido visto en compañía de sarracenos vestidos como templarios, ordenando la rendición de los caballeros del Temple que seguían resistiendo.

Un buen número de ellos lo habían escuchado y lo habían pagado con su vida.

Sin embargo, Ridefort seguía adelante y cabalgaba de castillo en castillo, con sus templarios del diablo a su lado, e incluso, según decían, con la Santa Cruz. Ella era la llave de las plazas fuertes del Temple. Cuando la voz de Ridefort no bastaba, un templario a caballo se situaba bajo las murallas de la fortaleza rebelde y blandía majestuosamente la Vera Cruz ante los ojos de los sitiados. Entonces Ridefort exclamaba: «¿Quiénes sois vosotros para no obedecer al maestre de vuestra orden y al de vuestra vida, Jesucristo?».

La mayoría de las veces las guarniciones se rendían al ver la Vera Cruz.

Los pocos templarios que se atrevían a oponerse a Ridefort, y por tanto a Cristo, morían con las armas en la mano. Y, si se rendían, los sarracenos los clavaban cabeza abajo en una cruz para prolongar su agonía.

El Temple no tenía ya un auténtico maestre, y en París se mantenían debates encendidos sobre la cuestión: ¿había que elegir uno nuevo, o era mejor esperar a que Saladino les entregara a Ridefort? ¿Y a cambio de qué, si la regla de la orden prohibía dar otra cosa que no fuera el talabarte y el cuchillo de armas de un caballero como

rescate? Existían opiniones encontradas sobre cada punto en discusión, y la casa de los templarios amenazaba con derrumbarse.

En Tierra Santa, solo dos personas parecían estar en condiciones de tomar, momentáneamente, las riendas de la orden: el hermano senescal del Temple, Unfredo de Thiérache, que había conseguido salir de Hattin sano y salvo, y el patriarca de Jerusalén, Heraclio, que no había estado allí. Este último, aunque no era templario, disfrutaba de una influencia considerable —y perniciosa, decían algunos— entre los miembros de la orden.

De hecho, en París se orientaban más bien hacia otra solución. Se hablaba de proponer a un inglés en el próximo capítulo del Temple para atraerse los favores de Enrique Plantagenet, al que trataban de convencer para que tomara la cruz.

Por eso, conociendo las dificultades que atravesaba el Temple y temiéndolo más que a los asesinos, el hermano Galván, que mandaba la caravana donde viajaban los doscientos mil besantes de oro, había dado orden de pasar por el norte.

En otras circunstancias, la idea hubiera sido buena. De hecho, fueran al norte o al sur, estaban condenados. Desde la descarga de los barcos, en Trípoli, un espía a sueldo del Temple los había seguido y ya no los había abandonado. A través de una paloma mensajera, el agente había informado a sus amos sobre los movimientos de la caravana y sobre la importancia de su escolta, una cincuentena de caballeros, entre ellos cinco hermanos caballeros, diez hermanos sargentos que llevaban el manto negro y la cruz roja, y treinta y cinco auxiliares, entre jinetes y arqueros.

Después de haber enviado su mensaje, el espía había dado dos violentas talonadas a su yegua y había salido en dirección al Yebel Ansariya, directamente hacia la fortaleza de El Khef, feudo de los asesinos.

En el momento en que desaparecía detrás de la montaña, la bruma todavía no se había levantado. La pequeña caravana de hospitalarios corría hacia su destino sin saber lo que le esperaba.

Sin embargo, una gran inquietud reinaba en el grupo.

Los hombres, supersticiosos como suelen serlo los guerreros, se las arreglaban para ver en las manifestaciones de la naturaleza signos de su perdición futura. Así, al observar que finos chorros de vapor surgían del suelo en algunos lugares y llenaban el aire de olores sulfurosos, se santiguaban temblando y murmuraban entre sí: «Es el infierno que suspira...».

Entonces se reagrupaban en torno al gonfalon de su orden, aguzaban el oído, miraban en todas direcciones y trataban de prevenir la llegada de un peligro que sentían inminente. Por eso caminaban con la lanza sobre el muslo y el escudo ante el pecho, a pesar de la fatiga y de un embotamiento cada vez más intensos.

Cabalgaron así toda la jornada. De vez en cuando dos hermanos salían al galope para reconocer el terreno, ascendían a un montículo y volvían rápidamente hacia sus

compañeros, después de haberse asegurado de que no había ningún enemigo a la vista. Los camellos, unidos por correas, avanzaban calmosamente. Los cofres que llevaban sujetos a las jorobas les daban un aire de bestias fabulosas con las alas replegadas.

Los animales eran conducidos por unos turcos que les hablaban una lengua incomprensible, hecha de chasquidos de la lengua, acentos guturales y golpes de vara, lenguaje este último que los camellos comprendían perfectamente, y al que respondían con bramidos.

El sol estaba alto en el cielo cuando, en las proximidades de un pueblo en ruinas, el hermano Galván levantó la mano y dijo a sus hombres:

—¡Hagamos un descanso, señores hermanos que Dios guarde!

Luego, dos hermanos se destacaron de la caravana y salieron en patrulla en dirección al este. Al ver que la bruma se hacía más densa, Galván les gritó:

—¡Si encontráis cualquier cosa, tocad el cuerno!

Los auxiliares reagruparon a los camellos en una casa de muros derruidos y se sentaron, algunos sobre un lienzo de muro caído y la mayoría directamente en el suelo, donde podían verse todavía rastros de los desaparecidos habitantes: pedazos de camas rotas, patas de mesas y de sillas calcinadas, fragmentos de cerámica, jirones de ropa. Todo el mundo sacó de sus alforjas un cuchillo, una escudilla, un pan y un frasco de vino. Y uno de los hermanos llamó a los hombres para que recogieran por turno su porción de carne. Cuando todos tuvieron qué comer, un hermano recitó unos padrenuestros y la comida empezó.

En ese momento, un extraño silencio se abatió sobre ellos. Incluso el viento había callado.

El hermano Galván ordenó a sus soldados que se equiparan y se levantaran. El mismo, ayudado por su escudero, montó a caballo e invitó a los hermanos caballeros a que hicieran lo mismo. Tal vez no fuera nada, pero aquel silencio no era normal.

De la bruma salió un jinete.

No debía encontrarse ni a veinte varas, y sin embargo no lo habían oído. La bruma había amortiguado el ruido de los cascos de su caballo y el tintineo de su armadura. El jinete avanzaba, imperturbable y mudo, en dirección a ellos.

Galván decidió no esperar y cargó, con la lanza en la mano y el escudo a punto. Cuando estuvo a solo unos pasos del jinete, vio que llevaba una armadura completamente blanca, un escudo blanco y un manto blanco. También su yelmo era inmaculado, al igual que el caballo. Finalmente —detalle interesante— llevaba una lanza en cuyo extremo ondeaba un estandarte: el *vexillum* de san Pedro. Galván, algo más esperanzado, preguntó al misterioso jinete:

—¿Quién eres y qué vienes a hacer aquí?

Por toda respuesta, el jinete bajó la lanza y apuntó a la caravana. La mayoría de

los hermanos ya habían vuelto a montar y estaban dispuestos para cargar a una orden de Galván.

—¿Qué caravana es esa? —preguntó el jinete blanco.

—No es asunto tuyo —dijo Galván—. Dinos quién eres o sigue tu camino.

—He venido a advertiros —replicó el jinete—. Dadnos vuestro oro o moriréis.

—Entonces, ¡prepárate para combatir! —respondió Galván.

El hospitalario espoleó a su caballo y cargó, pero la montura del misterioso jinete blanco eludió el choque con un movimiento brusco. Luego, un silbido vibró en el aire y una flecha fue a clavarse en el pecho del hermano Galván. Sorprendido, pero no desmontado, el hospitalario observó las barbas del cuadrillo que le perforaba el pecho y esbozó una sonrisa —la última— al ver que eran blancas. Galván comprendió que iba a morir; sin embargo, no sintió ningún miedo, ningún dolor. Las barbas del cuadrillo se cubrieron de rojo. Galván trató de gritar para advertir a sus hermanos, pero de sus labios no salió ningún sonido; solo un poco de sangre viscosa. Luego, un segundo disparo le atravesó la cabeza y cayó al suelo. El relincho de su caballo fue la señal de carga para los hospitalarios.

Varios de ellos se lanzaron contra el jinete blanco, que volvió grupas y huyó en dirección a la montaña.

Algunos hospitalarios lo persiguieron, pero, al llegar al nivel del cadáver de Galván, se detuvieron y recuperaron su caballo. En el campamento se organizó la resistencia. Los hombres crearon un perímetro de seguridad en torno a los camellos.

Uno de los hospitalarios —el hermano Jocelin, que en ocasiones hacía de segundo de Galván— gritó a los turcópulos:

—¡Cortad las ligaduras de los cofres! ¡Colocadlos en el centro y haced que los camellos se tumben alrededor!

Solo había visto un jinete, pero sabía que no había sido él quien había matado a Galván; y tampoco la patrulla los había alertado ni había dado señales de vida desde que había partido. Había llegado el momento de mostrarse a la altura de los años de entrenamiento que habían seguido y dar prueba de disciplina.

Los quince arqueros turcópulos colocaron una flecha en sus arcos y se dispusieron a tirar. Pero ¿hacia dónde? ¿Hacia qué adversarios? No se veía a nadie.

—¡Caballeros! —ordenó Jocelin—. ¡A la silla!

Mientras los arqueros se agachaban detrás de los camellos, cuyas jorobas formaban una especie de almenas, otros montaron con los cofres unas pequeñas murallas y se protegieron allí, armados con un arco y una espada corta.

Algunos hospitalarios y hermanos sargentos escrutaron el horizonte, inquietos y atentos.

—¡Dame tu cuerno! —ordenó Jocelin a uno de los hermanos.

El hospitalario se llevó el cuerno a la boca y sopló con todas sus fuerzas. ¿Podría

oírlo la patrulla enviada por el Krak? El lúgubre canto del olifante se perdió en la bruma; luego unas formas oscuras aparecieron en torno a ellos, como si surgieran de los desgarrones de un paño de seda.

Había varios centenares, parecidas a manchas repugnantes e incoherentes; llegaban a pie, a caballo o a lomos de dromedario; algunas se arrastraban como serpientes, otras corrían, brincaban, saltaban lanzando aullidos horribles. Las sombras convergían hacia los hospitalarios viniendo de todos lados a la vez. Era como si los fantasmas de los habitantes del pueblo hubieran vuelto para desalojar de allí a los vivos.

En la niebla, un tambor resonaba marcando un ritmo lento, profundamente inquietante. Jocelin sopló de nuevo en su cuerno, dio orden a los arqueros de tirar, blandió su lanza y aulló:

—¡Diez jinetes conmigo para una carga!

Los jinetes saltaron por encima de los camellos agachados y cargaron contra las formas negras.

—¡Por san jorge! ¡Por san Miguel! —gritó Jocelin.

—¡Montjoie! —respondieron sus hermanos.

Los hospitalarios se lanzaron contra sus asaltantes, los derribaron, volvieron grupas. Tiraron las lanzas rotas, soltaron los escudos y, desenvainando la espada, la descargaron contra la masa turbulenta que formaban sus adversarios. Cortando, amputando, seccionando, abrieron un canal de sangre en aquel mar de carne y de aullidos, luchando encarnizadamente por atravesarlo, por dispersarlo y devolverlo a la niebla de donde había surgido.

El hermano Jocelin peleaba como un auténtico diablo; nunca había tenido que enfrentarse a unos locos furiosos como aquellos. Muchos iban armados con una simple daga y, sin embargo, todos atacaban con frenesí, golpeando una y otra vez a los hermanos que ya habían caído, llegando hasta lavarse en su sangre y dar gracias a Alá por haberles ofrecido aquel maravilloso combate. Jocelin descargaba golpes vigorosos con el pomo de su espada contra los que trataban de derribarlo de la silla y lanzaba potentes puntapiés contra los que trataban de apuñalar a su montura. Cuando estaban en el suelo, su caballo los pisoteaba, y, si por casualidad huían, Jocelin los atravesaba con su arma.

Tan bien lo hizo el hospitalario, que finalmente se encontró al otro lado de las líneas enemigas; pero, por desgracia, se hallaba solo.

Miró a diestro y siniestro y vio que, tras él, el combate continuaba. Sus hermanos parecían arrollados por los asaltantes, tan numerosos que los hospitalarios desaparecían bajo la masa aullante. Jocelin quería saber quién se ocultaba tras el yelmo del misterioso jinete blanco. Estaba ansioso por probar en él el filo de su pesada espada, chorreante de sangre. ¡Blandir el estandarte del papado y acometer a

unos cristianos! ¡Clamar el nombre de Cristo y atacar a sus fieles! ¡Aliarse con mahometanos! ¡Peor aún, con asesinos!

Jocelin concedió una pausa a su montura para que se recuperara y registró los alrededores con la mirada. Aquella chusma no le interesaba, lo que quería era golpear la cabeza.

Un movimiento en la bruma atrajo su atención. Parecía una asamblea de fantasmas montados a caballo. Los jinetes se mantenían inmóviles como espectros, como una mancha blanca en medio de la niebla. «¡Por el pecho de Cristo ensangrentado!», exclamó Jocelin. Y espoléó tan ferozmente a su montura que los flancos del animal se tiñeron de rojo. El caballo alargó la cabeza hacia adelante y partió a galope tendido.

—¡Montjoie! —aulló Jocelin levantándose sobre los estribos, blandiendo la espada por encima de su cabeza, dispuesto a golpear.

Los espectros se desplegaron en una gran línea recta; trataban de envolverlo para cogerlo por la espalda y cortarle la retirada. «Qué importa —se dijo Jocelin—. No he elegido huir.»

Luego la línea se animó y vino a su encuentro a todo galope, proyectando terrones de tierra tras de sí. Pero lo horrible de aquello, lo que hizo vacilar el brazo del hermano Jocelin, fue el grito que lanzaron con una sola voz, con una sola alma:

—¡Montjoie!

La carrera de Jocelin se vio frenada de pronto y su brazo se dobló.

«¡Montjoie!», gritaron sus enemigos lanzándose hacia él. «¡Montjoie!», gritaron mientras bajaban sus lanzas, con el escudo apoyado contra la silla.

Jocelin, por su parte, no sabía qué gritar. No pudiendo resolverse a pelear contra cristianos, el hospitalario cerró los ojos y se dispuso a recibir en el pecho el hierro de una lanza. El impacto lo hizo saltar de los estribos y lo envió lejos, por detrás de su caballo, que enseguida dejó de galopar. La lanza se había clavado en uno de sus pulmones, después de haber agujereado la cota de malla y el gambesón. Jocelin no podía respirar. El aire se escapaba de su caja torácica con silbidos espantosos entremezclados con gorgoteos líquidos. Abrió la boca, incapaz de decir nada. Sus pensamientos se nublaban, llenos de ideas confusas. Luego distinguió un curioso caballo de capa roja, tan roja que parecía una llama. Un hombre vestido de negro lo montaba. Llevaba como armadura una extraña coraza de cadenas mezcladas a su carne y blandía una de esas espadas que se conocen como «bastardas» porque se manejan tan bien con dos manos como con una sola. El hombre miró a Jocelin, que lanzó su último suspiro.

El hermano sargento llamó a Emmanuel con la voz vibrante de terror:

—¡Hermano caballero! ¡Por aquí!

Emmanuel volvió grupas y se dirigió hacia él. Sus auxiliares lo siguieron. Hacía ya dos horas que cabalgaban en la niebla, sin pasar nunca del trote para no perderse. La bruma era tan densa que recordaba a Emmanuel la que bañaba los bosques de su Oise natal, sumergiendo hasta las copas de los árboles. O, mejor, aquellos fuegos de matorral de siniestra memoria que los sarracenos habían prendido en Hattin para cegar y ahogar a los cristianos con la humareda, que el viento empujaba en su dirección. El aire se había vuelto tan negro que Emmanuel había perdido de vista la Vera Cruz, a Morgennes y al estandarte de la orden.

Entonces había tratado de alcanzar el gonfalon con la cruz de los templarios, pero la enseña había caído. Conforme a las exigencias de la regla, y no viendo por ningún lado banderas de socorro, ni del Temple ni del Hospital, Emmanuel se había esforzado por unirse al estandarte de la casa cristiana más próxima; primero a la del rey de Jerusalén, y luego, al no encontrarla, a la de Raimundo de Trípoli.

Aquello le había salvado la vida.

Desde entonces, para él, y para todos los cristianos de Oriente, Hattin tenía un sabor a calor y a muerte, a revancha que esperaba. Y ese era el sabor que sentía en la boca mientras se acercaba al hombre que había gritado.

—¡Hermano Emmanuel, mira!

El hermano sargento, envuelto en su manto negro con la cruz roja, señaló con el dedo dos cuerpos tendidos a diez pasos uno de otro; el uno con el rostro vuelto hacia el suelo, y el otro, hacia el cielo. El primero llevaba el manto negro con cruz blanca del Hospital; y el segundo, unas bragas de cuero idénticas a las que daba el Hospital a los turcópulos que empleaba.

—¿De qué han muerto?

Un auxiliar bajó del caballo para observarlos de cerca.

—¡Tienen un cuadrillo de ballesta clavado en la coraza, al nivel del torso! Y diría que este —añadió señalando al hospitalario— ha sido arrastrado por su montura...

Emmanuel desmontó a su vez y observó a los muertos.

—No los conozco, pero debían de formar parte de la caravana encargada de traernos el oro...

De pronto, los sombríos acentos de un cuerno hicieron vibrar el aire a cierta distancia.

—¿Oís? —preguntó Emmanuel.

Y luego, volviendo a montar, ordenó:

—¡A la silla!

Partieron al galope en la bruma. Pronto las formas negras del pueblo en ruinas se recortaron en el horizonte, siniestras y retorcidas, humeantes en algunos lugares.

—¡Por aquí! —gritó Emmanuel—. ¡Y mantengámonos alerta!

Los hospitalarios sujetaron sus lanzas con más fuerza y apretaron las enarmas de

sus escudos, seguros de que el combate estaba próximo.

Aquí y allá yacían restos humanos: cuerpos sin cabeza o sin brazos, torsos y cráneos hendidos, atravesados de parte a parte, placas negras de sangre seca que lamían los chacales; amasijos de corazas y piezas de cuero, sembradas de anillas de hierro rotas y armas torcidas; heridas hirviendo de moscas y carnes despedazadas por las hienas. El aire estaba saturado de hedores y zumbidos, de gruñidos indistintos, de estertores de animales —o de hombres— agonizantes.

Un caballo que había perdido una pata se tambaleaba, despavorido. Los hospitalarios se dirigieron hacia una pequeña muralla de piedras grises de donde llegaban gemidos. Un ser cubierto de harapos, con la cara terrosa y la mirada enfebrecida, surgió de detrás del muro suplicando a gritos por su vida.

—¡Basta! —dijo Emmanuel—. ¡Cálmate!

No sabía si debía llamarlo «hombre», «loco» o «criatura». Emmanuel se acercó al desgraciado y lo observó. Sus ropas estaban hechas jirones, pero bajo el cuero lacerado de sus bragas se distinguían las vestiduras que los hospitalarios daban a sus subalternos, y en particular a los auxiliares.

Al reconocerlo, por su manto negro, como un caballero del Hospital, el turcópulo se lanzó a los pies de Emmanuel y besó los cascos de su caballo. Emmanuel ordenó a uno de los hombres de la patrulla que lo subiera a su grupa, a falta de otra montura. Solo había cadáveres de caballos y de camellos, a los que los asesinos habían cortado las jorobas para divertirse. Emmanuel se preguntó qué debía hacer. ¿Buscar a otros supervivientes para socorrerlos? ¿Enterrar a los muertos? ¿Volver al Krak? ¿Buscar el oro?

«¿Qué hubiera hecho Morgennes en un caso como este?», se preguntó. E interpeló al único superviviente:

—¿Sabes quién os ha atacado?

El hombre sacudió vigorosamente la cabeza. No tenía ni idea. Pero señaló algunos cadáveres de turcos vestidos con un simple gambesón acolchado: asesinos, reconocibles porque en el torso o en el cráneo llevaban pintada una horrible mano blanca, símbolo del chiísmo.

—¿Formas parte de la caravana encargada de llevar el oro al Krak de los Caballeros?

El hombre asintió.

—¿Hay supervivientes?

Nueva señal de asentimiento.

—¿Por dónde han ido?

El hombre tendió el dedo en dirección al Yebel Ansariya.

—¿Cuántos eran vuestros asaltantes?

El hombre se encogió de hombros.

—¿Por qué no dices nada? ¿No puedes hablar?

El hombre apartó la mirada, se puso a temblar, se encogió de hombros de nuevo; se mostró, en fin, tan trastornado que Emmanuel prefirió dejarlo tranquilo.

Un hermano sargento intervino para decir:

—Hermano Emmanuel, he encontrado excrementos de camello un poco más al norte. La pista todavía está fresca, sin duda tiene menos de una hora.

Emmanuel se disponía a gritar «¡Vamos!» cuando el sonido de un cuerno resonó de nuevo en la bruma, esta vez del lado de la montaña... Su instinto lo empujaba a desconfiar; pero su razón, su rango de hermano caballero, le exigían que investigara. «Id al encuentro de la caravana, encontradla y luego conducidla hasta nosotros», había dicho el hermano comendador Alexis de Beaujeu.

—¡Apresurémonos! —ordenó Emmanuel—. ¡Nuestros hermanos nos piden ayuda, por Nuestra Señora, vayamos a prestarles socorro!

La pequeña patrulla volvió a colocarse en formación y siguió la pista que llevaba hacia la montaña y las llamadas del cuerno. Pronto el camino se hizo pedregoso, y tuvieron que reducir la marcha debido a la dureza de la pendiente. Los caballeros dejaron la bruma atrás, ascendieron por la ladera de la montaña y penetraron en sotobosques cada vez más densos donde no veían más allá de la punta de su lanza.

El olifante volvió a sonar.

—¡Apresurémonos! —dijo Emmanuel con la esperanza de llegar a tiempo para salvar a sus hermanos.

Sin embargo, había algo que lo intrigaba: en el suelo se veían, de vez en cuando, unos montones de materia pardusca: bosta de camello. Lo que Emmanuel no se explicaba era por qué los hermanos hospitalarios perseguían a sus asaltantes llevándose a los camellos consigo; y, por otra parte, ¿por qué perseguirlos? Entonces tuvo la convicción de que les habían tendido una trampa, de que las llamadas del cuerno eran como la seductora voz de las sirenas que encantaban a los marinos para perderlos.

—¡Replegaos! —dijo Emmanuel a la columna—. ¡Media vuelta, regresamos al Krak!

Los caballeros hicieron volver grupas a sus caballos, lo que se reveló difícil: el camino era estrecho, y eso entorpecía las maniobras.

Un grito se elevó en la parte trasera:

—¡Es una trampa! ¡Una trampa!

El hombre no tuvo tiempo de decir más. El moribundo al que había montado a su grupa sacó de entre sus harapos dos finos estiletes y le atravesó la garganta con ellos. El hermano cayó del caballo, y el moribundo, recobrando todo su vigor, saltó a tierra, como un demonio, y desapareció en las alturas riendo burlescamente.

Resonaron como una especie de ladridos, y luego ruidos de cabalgada y voces,

que rebotaron en las paredes de la montaña de tal modo que era imposible saber de dónde provenían, si no era de todas partes.

—¡Al galope! —ordenó Emmanuel—. ¡Retirada! ¡Retirada!

Esforzándose por mantener la dignidad y dar prueba de disciplina, los hospitalarios retrocedieron rápidamente hacia la llanura, pero una lluvia de flechas cayó de la montaña. Uno de los jinetes trató de abandonar la columna para enfrentarse al enemigo, pero Emmanuel le gritó:

—¡No combatáis, huid! ¡Son demasiado numerosos! ¡Hay que prevenir al Krak!

Sin embargo, el hospitalario veía claramente que aquello acabaría en una matanza. Emmanuel, que se encontraba en uno de los extremos de la columna, tiró entonces de las riendas de su montura y volvió a cabalgar hacia la cima de la montaña. Las flechas se clavaban en su escudo o en su armadura, dejando milagrosamente indemne al caballo. Inclinado sobre la silla, le murmuró a la oreja:

—¡Adelante! ¡Corre como el viento! ¡Corre!

El animal pareció comprenderle y, a pesar de su agotamiento, se lanzó al asalto de la pendiente. Algunas flechas lo alcanzaron en la grupa, haciendo que se encabritara de dolor con cada impacto, pero los flechazos no lo detuvieron.

Emmanuel lo animaba lo mejor que podía, con la esperanza de atraer la atención de los asesinos sobre su persona. La lluvia de flechas ya no era tan intensa: los asesinos lo seguían, lo que no era fácil dada la naturaleza del terreno.

Al alcanzar un collado, Emmanuel se encontró frente a un extraño espectáculo. Un misterioso jinete blanco estaba plantado justo ante él, atravesado en el camino. En una mano sostenía un estandarte con las armas del Papa, y en la otra un olifante, el que se daba a los hermanos del Hospital.

El caballero, que parecía un templario, excepto por el hecho de que no llevaba la cruz roja, se llevó el olifante a los labios y sopló.

—¡Maldito seas! —le gritó Emmanuel—. ¿Me dirás quién eres?

El hospitalario se adelantó hacia él, pero el jinete hizo dar un cuarto de vuelta a su montura y ascendió al galope por un repecho. Emmanuel pensó: «¡La fortaleza de El Khef no debe de estar lejos! ¿Qué demonios iré a hacer allí?». Se estremeció. Todo parecía en calma. Abajo no se oían ya galopadas ni silbidos de flechas ni gritos. ¿Qué quedaría de la patrulla? ¿Qué debía hacer? ¿Volver a bajar, o lanzarse en persecución del misterioso jinete? Sin duda se trataba de un templario: blandía el estandarte de san Pedro que, como a los hospitalarios, les había entregado Wash el-Rafid, el agente secreto del Papa en Tierra Santa.

«Vamos —se dijo Emmanuel pensando en Morgennes—, muerto por muerto, tanto da continuar», y espoleó a su caballo para proseguir la ascensión, porque, aun resignado a morir, le interesaba igualmente aclarar aquel asunto.

Su camino lo llevó, al final de un sendero escarpado, hasta una pequeña escalera

tallada en la roca que conducía a una especie de promontorio. El acceso estaba guardado por dos estrechos muretes unidos por un arco de piedra, cubierto de líquenes y encajado en la montaña.

El jinete blanco lo esperaba en lo alto de los escalones. Emmanuel lo siguió, procurando no exigir demasiado a su montura, que se encontraba debilitada y perdía sangre. Cuando estuvo solo a unos pasos del arco, el jinete blanco se apartó para cederle el paso, y dejó ver tras él a otros ocho jinetes también vestidos de blanco. Emmanuel penetró entonces en una explanada natural que daba, a la derecha, al vacío de un precipicio, y a la izquierda, a una puerta de piedra empotrada en la ladera de la montaña. Frente a él, dos troneras servían de observatorio a un ballestero.

—¡Bienvenido a El Khéf! —dijo un hombre envuelto en una malla de cadenas y montado sobre un caballo rojo.

—¿Con quién tengo el honor de hablar? —preguntó Emmanuel.

—Me llaman el Resucitado —dijo el jinete.

—Yo solo conozco a uno, y no sois vos. ¿Quién sois? ¿Qué queréis?

—Se lo dijimos a tus amigos, pero no nos escucharon. Sin embargo, si hubieran obedecido, no habrían recibido ningún daño.

A Emmanuel, aquella voz, aquel rostro, le recordaban a alguien. ¿Quién podía ser aquel hombre, y dónde lo había visto antes?

—¿Qué les habéis hecho? —preguntó, con el puño crispado sobre su espada.

—¡Pronto lo sabrás! —replicó el jinete negro, lanzando a los pies de Emmanuel las cabezas tonsuradas de tres hombres, ¡de tres hospitalarios!

Uno de los jinetes blancos se acercó lentamente a Emmanuel, con la lanza apuntando hacia adelante.

Emmanuel hizo dar un paso de lado a su montura y desvió el golpe utilizando la parte plana de la espada. Otros jinetes se adelantaron a su vez, amenazadores. Emmanuel retrocedió, pero unos gritos excitados al pie de la escalera lo alertaron: ¡cimitarra en mano, los asesinos se lanzaban al asalto!

De pronto, dos cuadrillos de ballesta salieron disparados al mismo tiempo de una de las troneras y le atravesaron el brazo derecho. Emmanuel estuvo a punto de caer de la silla y soltó la espada, que desapareció en el abismo a su lado.

Los asaltos de sus adversarios no cedían. Emmanuel paró con el escudo una segunda lanzada, y esquivó una tercera inclinándose tanto a la derecha que vio correr por debajo el río al-Assi, el «río rebelde», del que se decía que fluía a la inversa, del mar a la montaña.

La cuarta lanzada le abrió el muslo, la quinta alcanzó en el pecho a su caballo, y las patas del animal se doblaron. Su sufrimiento era tan grande y sus heridas tan profundas que ya era un milagro que hubiera aguantado hasta entonces.

La situación no era mala, era desesperada. Los jinetes blancos lo hostigaban con

las lanzas, los asesinos lanzaban aullidos y el ballestero volvía a ajustar su arma.

Emmanuel observó por última vez al jinete negro y lo reconoció. Entonces exclamó:

—¡Mi muerte no te pertenece!

Y se precipitó al vacío con su montura.

El misterioso jinete blanco se acercó al borde del precipicio y los vio hundirse en el río, donde Emmanuel y su caballo desaparecieron en un surtidor de espuma. Entonces se sacó el yelmo y se llenó los pulmones con el aire del anochecer. Era un hombre muy joven, de apenas dieciocho años, que a pesar de su edad había acompañado a Kunar Sell a Damasco. Se llamaba Simón, y apretaba tan fuerte el *vexillum* de san Pedro que tenía los nudillos blancos, tan blancos como los reflejos que corrían por la superficie del al-Assi.

Enitere ergo, miles Christi! («¡Levántate, pues, soldado de Cristo!»)

Gerberto de Aurillac, Correspondencia

Morgennes estaba sentado en una tina de madera con el interior guarnecido con un paño y se pasaba por la parte superior del cuerpo un pedazo de jabón de Alepo que el encargado de los baños le había entregado con la consigna de que lo gastara entero. «Orden del hermano comendador», había declarado. El caballero se jabonó el torso, los brazos, y luego la cara, la barba y los cabellos. Hecho esto, se levantó, y se lavó el vientre, las piernas y los pies. Finalmente volvió a sentarse, pensativo, y mordió un muslo de capón que un auxiliar había colocado sobre una mesa no lejos de él.

«Que este instante dure el mayor tiempo posible.» En eso estaba soñando. En un baño que durara toda una vida.

Cerró los ojos, saboreando la extraña acción del jabón sobre su piel. Tenía la impresión de que unos ángeles lo acariciaban, y sus párpados se hicieron cada vez más pesados. El día, sin embargo, estaba lejos de haber terminado. Morgennes inspiró una profunda bocanada de aire húmedo y se sintió colmado de una sorprendente felicidad, tranquila y egoísta. ¿Cuánto tiempo hacía que no había dormido en paz? Desde que había abandonado Francia, se dijo. Una noche, sin embargo, en Egipto... De pronto, un grito le hizo abrir los ojos de nuevo: los centinelas daban voces en las murallas.

Luego oyó otros gritos, cabalgadas, chirridos de rastrillos que se levantaban, puertas que se abrían y llamadas pidiendo ayuda.

Morgennes se levantó en su tina, rígido como un poste, cuando la puerta del baño se abrió: alguien se acercaba caminando a grandes zancadas. Una sombra atravesó los densos vapores, apartando a su paso las sábanas que habían colgado en la habitación para preservar la intimidad de los bañistas. Receloso, Morgennes buscó su espada al otro lado de la tina, no la encontró, se preocupó por su ausencia, y luego recordó que ya no la tenía. Poco importaba, pelearía con los puños si hacía falta. Cogió un poco de agua en el hueco de las manos, se roció el rostro con ella y salió del barreño.

—Quédate sentado, Morgennes, aprovecha el baño; tal vez sea el último.

Era Alexis de Beaujeu.

—¿Qué noticias te traen? —le preguntó Morgennes.

—El hermano Emmanuel no ha vuelto, y el convoy encargado de traernos el oro tampoco ha llegado.

—¿Crees que han sido atacados?

—Por desgracia, no lo creo —respondió Beaujeu—. Lo sé. Un hermano sargento

de la patrulla ha llegado hace un instante...

—¿Qué te ha dicho?

—Nada. Está muerto. Su caballo lo ha traído hasta nosotros.

Morgennes palideció y preguntó:

—¿Emmanuel?

Beaujeu meneó tristemente la cabeza en silencio, mientras Morgennes se secaba sin decir palabra con un paño de sarga, antes de ponerse la camisa, las bragas y las calzas.

—Quiero ver a ese muerto, ¿es posible?

—Sí, si te acompaño.

—Vamos.

Al ver que Morgennes se dirigía apresuradamente hacia la puerta del baño, Beaujeu lo detuvo.

—Un instante, Morgennes. Tengo que hablarte.

—¿Qué ocurre?

—Esta noche partirás en busca de la Vera Cruz.

—¡Dios todopoderoso, te estaré eternamente agradecido por esto!

—Oficialmente vas a pedirle a Saladino que te desligue de tu juramento de fidelidad a la religión mahometana.

—Comprendo, hermano comendador. Pero ¿por qué tantas precauciones?

—Temo que exista un traidor entre nosotros...

—¿Sospechas de alguien en particular?

—No.

—¿Quién puede tener interés en robarnos el dinero del rescate?

—Los templarios, desde luego. Pero no son los únicos...

Beaujeu hablaba en voz baja y en tono grave. El hermano comendador sujetaba con la mano la muñeca de Morgennes y la apretaba tan fuerte como para hacerle daño, pero Morgennes no sentía nada.

—¿De nuevo sufres de lepra, verdad?

Morgennes no respondió, y aquel silencio fue más elocuente que una larga perorata sobre lo que sentía... o, mejor dicho, sobre lo que no sentía ya.

—Cuando te vi anoche —continuó Beaujeu—, me dije: «¡Alabados sean el Señor e incluso esas misteriosas lágrimas de Alá que han tomado bajo su protección al noble y buen sire Morgennes!». Pero ya no eres de los nuestros, y ya no tienes tu espada. ¿Cuándo se reinició la enfermedad?

—Cuando estaba en prisión, en Damasco.

—¿Sus médicos no vieron nada?

—El mal solo ha abierto un ojo. Apenas está despertando. Sin embargo, siento que se agita en mí y se apresta a renacer. La regla de la orden me da cuarenta días. Es

bastante para llevar a cabo mi misión. De vuelta a Francia, me incorporaré a una leprosería del Hospital.

—Debes partir esta noche, ya ha sido demasiado haber venido hasta aquí...

—Pero yo no sangro, y este mal solo se transmite...

—¡Ya sé lo que dicen los mahometanos! Y además, mírame: ¿tengo miedo de cogerte la mano? ¡Y Trípoli! ¡Te hubiera besado en la boca si hubiera tenido fuerzas para hacerlo!

—Lo sé —dijo Morgennes.

—Ya hemos hablado bastante. Llévate contigo a Masada, a Femia y al niño.

—Se hará según tus órdenes, noble y buen hermano comendador.

Cuando se disponían a salir del baño, Beaujeu añadió:

—Y encuentra tu espada.

—*Crucífera, Crucífera...* Tengo la impresión de haberme pasado la vida buscándola...

El cuerpo del sargento había sido colocado sobre una mesa, en la capilla del Krak. Algunos hermanos rezaban de rodillas por la paz de su alma. El hermano sargento sería enterrado enseguida en el pequeño cementerio del castillo, y después se diría una misa; las costumbres orientales exigían que se enterrara lo más deprisa posible a los muertos, cuyas carnes se descomponían con rapidez. A cada lado del cuerpo, a la luz de los cirios, el humo del incienso se elevaba de dos recipientes.

Una humareda compacta ascendía en el aire saturado de calor. Las moscas zumbaban sin que los sacerdotes se preocuparan por ahuyentarlas.

Beaujeu y Morgennes entraron, y el hermano capellán corrió a su encuentro. Parecía a la vez feliz por ver al hermano comendador y furioso por ver a Morgennes, que era a sus ojos peor que un infiel: un cobarde y un lapso.

—Está aquí porque yo lo deseo —dijo Beaujeu sin dar tiempo a abrir la boca al hermano capellán—. Llévanos junto al cuerpo.

—Aquí está —dijo el hermano capellán con la cabeza baja, señalando al desgraciado sargento.

Dos clérigos se afanaban en torno a él; los hombres lo sentaron sobre la mesa de madera para soltar las correas de su cota de malla y sacarle la camisa y las bragas ensangrentadas; después de hacerlo, lo lavarían y lo vestirían con la túnica de lino blanco con la que sería inhumado.

—¿Se sabe qué lo ha matado? —preguntó el hermano comendador.

—Ha perdido demasiada sangre, noble y buen señor —respondió el hermano capellán.

Morgennes y Beaujeu se acercaron para examinarlo mejor.

—¡Cuidado! —dijo de pronto Morgennes a los clérigos, que retiraban la

armadura del difunto sin preocuparse por las flechas que la habían atravesado.

Azorados, los dos hombres interrumpieron sus maniobras, y Morgennes extirpó delicadamente del hermano sargento dos puntas de la longitud de una mano.

—Esto lo ha matado —dijo, presentando una de ellas a Beaujeu—. Estas flechas son especiales. Están bañadas en un veneno y son únicas en su género. Por lo que sé, solo los maraykhát son capaces de fabricarlas.

—¡Los maraykhát! Pero ¿qué pueden hacer por aquí? —preguntó el hermano comendador.

—Habrán husmeado el oro —prosiguió plácidamente Morgennes.

Luego observó el cuerpo con atención, pasando la mano por encima de las heridas, examinándolas de forma minuciosa.

—Han atravesado la cota tan fácilmente, y... mirad.

Hundió el índice en una de las heridas, a la altura del pectoral derecho.

—Nunca había visto algo así...

Al retirar el dedo, un poco de sangre y líquido que parecía agua salió del pecho del muerto.

—Aún sangra... —dijo Beaujeu.

—¿Lo que significa...? —preguntó el hermano capellán, que sin duda veía algo milagroso en aquel fenómeno.

—Habitualmente, pasado cierto tiempo, la sangre deja de manar. Es decir, bien este hermano sargento ha entregado su alma hace poco, bien su metabolismo ha sido modificado —dijo Morgennes.

—¿Modificado? ¿Cómo modificado? —insistió el hermano capellán.

—Los maraykhát utilizan a menudo un veneno para fluidificar la sangre —explicó Morgennes—. Esto provoca hemorragias terribles que no siempre se perciben en el mismo momento. De hecho, es un milagro que, con todas estas heridas, haya quedado sangre suficiente en el cuerpo de este hombre para fluir en el momento en que he retirado mi dedo.

Alexis de Beaujeu parecía preocupado, a la vez que desconcertado e incómodo.

—La flecha no es el hombre —dijo por fin—. Es posible que estas flechas hayan sido fabricadas por los maraykhát, pero falta probar que han sido ellos los que las han disparado.

—¿Tal vez lo hayan hecho sus aliados, pues? —preguntó el hermano capellán.

—Los maraykhát solo tienen al oro por aliado —dijo Morgennes.

—Exacto —dijo Beaujeu—. Cualquiera ha podido utilizar sus servicios, sus armas o sus conocimientos en materia de venenos. Sin embargo, es la primera vez que este tipo de arma se emplea en el condado de Trípoli.

—Eso significa que los asesinos, los templarios, o ambos, deben de haberlos reclutado —dijo simplemente Morgennes.

Aquella observación los sumió en el silencio.

Templarios, asesinos, maraykhát; todo se mezclaba para formar un solo enemigo sin rostro y con objetivos imprecisos.

—¿Cuánto tiempo actúa este veneno? —preguntó el hermano comendador.

—Es difícil de decir —respondió Morgennes—. Depende del tipo y de la cantidad utilizada, de la hora en que se ha aplicado en las barbas... Al secarse, se deposita una fina película de barniz que permanece activa varias semanas. Pero, por miedo a herirse, la mayoría de los maraykhát no envenenan sus flechas hasta el momento de disparar... Es muy probable que el veneno todavía actúe y que los que hayan hecho esto no se encuentren lejos...

El hermano comendador cogió la flecha de manos de Morgennes y se hizo un corte en la punta del dedo: una sangre bermeja fluyó enseguida con una abundancia anormal.

—Partirás esta noche —dijo Alexis de Beaujeu a Morgennes—. ¿Dónde piensas encontrar a Saladino?

—En Damasco, o bien en los parajes de Acre o de Tiro. Si no en Jerusalén.

—Bien. Sígueme ahora.

Morgennes siguió a Alexis de Beaujeu, que lo había interrogado premeditadamente en presencia del hermano capellán, los dos clérigos y los otros hermanos. Así se extendería el rumor de que Morgennes había salido en busca de Saladino, y nadie pensaría en la Vera Cruz.

Antes de su partida, Beaujeu pidió que le entregaran el *vexillum* de san Pedro que, por la gracia de Dios, el hermano sargento se había llevado en su huida. Cuando estuvieron solos en las galerías del Krak, Beaujeu rasgó un pedazo y se lo anudó en torno al dedo.

—¡Veamos si el papado es tan bueno frenando la sangre como haciéndola correr! —dijo dirigiendo un guiño a Morgennes. Luego añadió con expresión grave:

—No conozco a la mitad de los hermanos que están en el castillo. Muchos son solo chiquillos recién desembarcados de Provenza, Inglaterra o Francia. Solo conocen esta tierra a través de relatos deformados, explicados por cobardes que se creen valientes, mientras que nosotros, que estamos aquí desde hace más de veinte años, somos para ellos unos extraños, culpables de los peores acuerdos con un enemigo que muchos nunca han visto. Algunos me han hablado de los sarracenos como demonios con el rostro verde, orejas puntiagudas y colmillos en lugar de dientes. Creen que se expresan gruñendo y se alimentan de sangre humana, pero fuimos nosotros los que devoramos cadáveres cuando, en el siglo pasado, los primeros cruzados sufrieron tanta hambre que tuvieron que comer turcos; ¡hasta esos extremos los arrastró la locura! ¡Dios quiera que semejante horror no se repita jamás!

Morgennes escuchaba en silencio, emocionado por la confianza que le

testimoniaba Beaujeu al comunicarle sus sentimientos. El hermano comendador del Krak era lo que llamaban «una piel curtida», un «veterano». Alexis de Beaujeu había acudido a Tierra Santa de resultas de una aparición. Una noche, un fantasma se había manifestado para ordenarle que se hiciera cruzado y fuera a recogerse en la tumba de Cristo. Beaujeu se había puesto en camino inmediatamente, sin esperar a la mañana. Había orado en el Santo Sepulcro y luego se había unido a la orden de los hospitalarios... Morgennes y él se conocían desde esa época. Tenían la misma edad.

Los dos hombres pasaron por un pequeño patio con el suelo cubierto de paja vieja y llegaron al edificio del Krak en cuyos subterráneos el hermano mariscal tenía instalados sus almacenes.

—Morgennes, no tengo derecho a ordenar que te entreguen un nuevo equipo —dijo Beaujeu—. Pero la regla del Hospital me autoriza a ofrecer a una persona de mi elección un caballo y una armadura, lo que haré entregándote mi propia armadura y la montura del hermano sargento que acaba de morir.

—Noble y buen señor... —empezó Morgennes.

—Calla —lo interrumpió Alexis de Beaujeu—. Si es para agradecermelo, hazlo encontrando la Vera Cruz y que podamos enviarla a Su Santidad, tal como ha pedido.

—La encontraré.

—Sé que puedo contar contigo, Morgennes. Siempre has sido un ser aparte: estabas con nosotros y, al mismo tiempo, separado de nosotros. Incluso en la oración me parecía que estabas en otro mundo.

—Eso es lo que se nos prescribe.

—También nos prescriben que recemos juntos, y no que nos giremos solo hacia Dios...

Había como un reproche en las palabras de Alexis de Beaujeu, pero su rostro no expresaba nada parecido.

—¡Es tan duro hablar contigo, Morgennes! —siguió Beaujeu—. Das tan a menudo la impresión de estar solo, como si no fueras de este mundo...

—Es mi naturaleza —dijo Morgennes—. Hay que acostumbrarse.

—Desde tu cautividad, no hablo de la última sino de la que puso fin a tu búsqueda de las lágrimas de Alá, sé que has perdido en parte la memoria. ¿La has recuperado ahora?

—¿Cómo podría saberlo? Si hay alguien incapaz de responder a tu pregunta, soy justamente yo. Pero es cierto que a menudo tengo la sensación de no ser ya dueño de mí mismo.

—Solo Dios es nuestro dueño —dijo Beaujeu—. Sobre todo cuando uno se ha dado, como tú, a una de sus órdenes. Pero volvamos a Hattin. El capítulo ha pronunciado su sentencia: has recibido tu carta de exclusión, y ya no se trata, pues, de juzgarte. Sin embargo, lo que dijo Trípoli era exacto: tu actitud no está exenta de

coraje.

—Como la de los hermanos que renunciaron a abjurar.

—Son dos corajes de naturaleza diferente.

—Sea coraje o cobardía, me preocuparé por ello cuando haya encontrado la Vera Cruz.

Alexis de Beaujeu no insistió. Hubiera querido hablar a Morgennes, pero este último parecía encontrarse más allá de las palabras. Las palabras no lo alcanzaban, solo los actos tenían un sentido para él. No porque las palabras no tuvieran importancia, sino porque estas pertenecían a una parte de su entendimiento donde él mismo parecía no situarse. Beaujeu se entristeció. Había tratado de provocar una chispa en su amigo, había intentado suscitar en él un interrogante, una duda. Pero no lo había conseguido.

Por otra parte, ¿por qué se preocupaba tanto por el estado de espíritu de Morgennes?

«Olvidemos este asunto —se dijo Beaujeu—, pasemos a otra cosa.»

El hermano comendador abrió la puertecita del edificio con las llaves que llevaba en su limosnera. Como había caído la noche, cogió una antorcha de una hornacina y la encendió con ayuda del pedernal que había junto a ella. El aire olía a sebo, metal y guerra. Las armas, ordenadas en armeros alineados a los lados y en el centro de la fábrica, parecían aguantar el aliento, ansiosas por ser extraídas de su vaina y atravesar al adversario. El mismo aire estaba hecho de esta tensión, y Morgennes tuvo de nuevo la impresión de que eran las armas las que habían creado a los hombres, y no al revés.

Siguió de cerca a Alexis de Beaujeu, que bajaba por una escalera que conducía al sótano de la armería, y tuvo la clara sensación de que las astas de las lanzas y las empuñaduras de las espadas pedían a gritos que las sujetaran para hendir, traspasar, segar, cortar, matar. Podía oír sus gritos silenciosos, sentía su impaciencia cuando tantos enemigos estaban pidiendo morir, allá afuera, en el exterior; y, cuando ya no hubiera enemigos, siempre quedarían los amigos, la familia, uno mismo.

Los almacenes del sótano eran el lugar donde se guardaban los escudos y las armaduras. Estas últimas descansaban en cajas llenas de paja, o sobre maniqués si había que montarlas o repararlas.

Beaujeu abrió una caja de madera negra que parecía un ataúd. Contenía una armadura, también negra, en perfecto estado. Después de haber acariciado las anillas para comprobar su ligereza y su solidez, el hermano comendador dijo a Morgennes:

—Es una cota de un tipo nuevo. Sus mallas están tan apretadas que las flechas no pueden atravesarla... En el interior se ha cosido una especie de chaqueta de paño forrada con algodón fuertemente picado. Es más ligero que un gambesón y mucho más sólido. Con esto estarás seguro.

—¿Y tú? —dijo Morgennes, inquieto.

—No te preocupes. Los sarracenos nunca se atreverán a atacar el Krak mientras Jerusalén no haya caído. A falta de nuevos refuerzos, no iremos a Acre; y solo iremos a Tiro si Conrado de Montferrat deja de desafiar a Raimundo de Trípoli... No nos moveremos de aquí mientras la Vera Cruz no haya sido encontrada; de modo que no te inquietes: no puede ocurrirme nada. De todos modos, nada me impide colocarme, si hace falta, una de estas viejas cotas de malla —dijo iluminando las otras cajas con su antorcha.

—¿Y las flechas de los maraykhát?

—Tengo mi escudo y, además, ahora estamos prevenidos. Toma —dijo entregando a Morgennes el estandarte de san Pedro—. Cógelo. Te servirá si llegas a caer en malas manos. Quiero decir, si los nuestros buscan pelea...

—¿No lo necesitarás?

—Mira —respondió Beaujeu—, yo no entré en la orden para convertirme en un *miles sancti Petri*, un soldado de san Pedro. Yo soy un *miles Christi*, un soldado de Cristo, como tú fuiste antes y parece querer serlo aún. Mi único estandarte es la cruz. No quiero ningún otro.

Dicho esto, Morgennes y Alexis llevaron a la carreta de Masada la caja de madera negra que contenía la armadura y la bandera papal. Finalmente, les entregaron víveres para varios días, así como agua y vino.

Unos hermanos recitaron padrenuestros por Morgennes, deseándole que encontrara rápidamente a Saladino y lograra convencerlo. Esperaban que volviera a la verdadera fe y renunciara a la religión mahometana. De todos modos, los hermanos no acababan de creer que Morgennes hubiera abrazado plenamente estas creencias. Pero los mahometanos eran tan ladinos... Si Saladino aceptaba, pediría algún servicio a cambio...

Al alba del día de Santa Austraberta, Masada, Femia, Morgennes y Yahyah salieron del Krak tal como habían llegado, con la diferencia de que Alexis de Beaujeu se acercó para ofrecer a Morgennes una soberbia yegua negra.

—Prométeme que la cuidarás.

—Hermano Alexis, noble y buen señor, te lo prometo. ¿Qué nombre tiene?

—Isobel.

Cuando ya iban a entrar en la rampa cubierta que conducía al exterior, Alexis de Beaujeu añadió:

—No lo olvides: ¡ella también es una superviviente!

Morgennes lo saludó; luego el rastrillo del Krak cayó tras ellos. Muy pronto, las murallas de la fortaleza desaparecieron de su vista, y después desaparecieron también las banderas. Pero durante toda la mañana Morgennes siguió oyendo cómo restallaban al viento.

Tenía la sensación de que la historia se repetía sin cesar. ¿Lograría salir algún día de aquella sucesión infernal de partidas y llegadas? Morgennes cabalgaba delante de la pequeña carreta, solo, como siempre. Aunque de hecho nada le impedía acortar el trote de su montura para que lo alcanzaran.

—¿Qué hay en esta gran caja negra? —preguntó Masada a Morgennes cuando la carreta estuvo a su altura.

—Una armadura —respondió Morgennes.

—¿Podemos verla? —exclamó Yahyah, muy excitado.

—Pronto.

Yahyah lanzó un silbido de admiración.

—¡Quiero verla, quiero verla! —dijo dando unas palmadas, como si de esa manera pudiera abrir la caja y hacer salir la armadura.

—¿Adonde vamos? —inquirió Masada.

—Al sur —respondió Morgennes.

—¿Por qué?

—Porque es allí adonde debemos ir. ¡Y ahora basta de preguntas!

Masada calló. También a él le parecía que no era fácil hablar con Morgennes. Desde que se conocían, apenas si habían mantenido diez conversaciones. Ninguna había sido profunda. Morgennes tenía lengua y boca, pronunciaba palabras, no le molestaba particularmente expresarse, pero nunca parecía que se dirigiera a su interlocutor. Sencillamente, era un hablador mudo.

Masada empezaba a estar harto. ¿No le había salvado él la vida al comprarlo en el mercado de esclavos cuando los templarios y los mahometanos se lo disputaban? ¿Y Femia? ¿Todas aquellas joyas valían la vida de ese hombre, su libertad?

«¡Sí!», se dijo, porque Morgennes le había prometido que lo ayudaría a levantar la maldición que se había abatido sobre él en la época en que lo había traicionado. Una traición que había pagado cara, y que continuaba pagando.

—¿En qué piensas? —preguntó Femia a su marido.

—En nada —respondió Masada.

—Oh, sí, estás pensando en algo... Se te ve en la cara cuando reflexionas. ¡Eres incapaz de hacer dos cosas a la vez! Mira: ¡has soltado las riendas de Carabas!

Masada vio que tenía razón, volvió a sujetar rápidamente las riendas, las hizo restallar vigorosamente por encima del viejo asno y preguntó a Morgennes:

—Aquello de que me hablaste en Damasco, ¿era cierto?

—Sí —respondió Morgennes.

—¿Qué hay que hacer, pues?

—Primero encontrar la Vera Cruz.

—¡Pero si nadie sabe dónde está!

En realidad, aquello no era del todo exacto.

Dos rumores ofrecían informaciones contradictorias sobre el paradero de la cruz. El primero pretendía que, poco después de Hattin, la Vera Cruz había sido llevada a Damasco por el cadí Ibn Abi Asrun, bajo la protección de una buena guardia. El segundo afirmaba que se encontraba en manos de esos extraños caballeros del Temple que surcaban la región con Gerardo de Ridefort para incitar a la rendición a las plazas fuertes templarias.

Para Morgennes, había que creer en este último. Recordaba que después de haber recitado la *shahada* había visto a una treintena de templarios partir con la Vera Cruz bajo los «*Allah Akbarh* de los sarracenos. Aquello lo había llenado de odio y de tristeza. No había olvidado aquella imagen. No la olvidaría nunca. Qué ironía —¡y qué suplicio!— tener que sufrir la visión de la Vera Cruz en manos de defensores de la fe, de caballeros del Temple...

Pero lo que Morgennes no comprendía era que entre esos templarios no se encontrara ningún hermano sargento, ningún turcópolo, ningún auxiliar. ¿Cómo podía ser? Morgennes veía dos explicaciones posibles: o bien se trataba realmente de hermanos caballeros del Temple, o bien no eran caballeros del Temple. A decir verdad, la segunda explicación le parecía la mejor, pues le resultaba muy difícil creer que treinta templarios hubieran podido cometer traición todos juntos. Treinta hermanos caballeros era la casi totalidad de los caballeros del Hospital que se encontraban en el Krak.

«¡Imposible!», se decía. E, incluso si era posible, se negaba a creerlo.

Así, Morgennes apostaba por que bastaría con que se presentaran ellos mismos en una fortaleza del Temple tras otra para encontrar la Vera Cruz. Si los «templarios sarracenos», como los llamaban, hacían caer las plazas fuertes templarias una tras otra, bastaría tenderles una emboscada en una de las que todavía se mantenían firmes.

En el condado de Trípoli estaban en esta situación la fortaleza de Tortosa, el castillo de Aryma, el fuerte de Bertrandimir, el Chastel Blanc, el Chastel Rouge y el casal fortificado de Elteffa-ha. Pero los sarracenos no acudirían a la región: los hospitalarios disponían allí del Krak y del castillo de Akkar, así como de dos fortalezas, una en Arqa y la otra en Trípoli.

No, había que apuntar al objetivo último de Saladino: Jerusalén.

Todavía no se atrevía a hablar de ello a Masada, pero tendrían que dar vueltas en torno a la ciudad tres veces santa, escuchar, mezclarse con la multitud, fundirse con la masa de refugiados o de comerciantes, y tratar de obtener la máxima información sobre el estado de los castillos de los alrededores. Para hacerlo no podrían contar con la ayuda de los hospitalarios, bien establecidos en los alrededores de Jerusalén, ni, evidentemente, con la de los templarios.

El problema era Masada: los caballeros del Temple lo buscaban desde que había

abandonado Nazaret. Pero Morgennes contaba con que el desmantelamiento del reino franco de Tierra Santa los mantuviera demasiado ocupados para seguir preocupándose por un mercader judío huido.

Así atravesaron muchas regiones y bordearon de nuevo el Hermón, esta vez por la vertiente occidental. En cuanto se elevaba una humareda en el horizonte, Morgennes partía en reconocimiento a todo galope. Raramente se ausentaba mucho tiempo, y redoblaba las precauciones no yendo nunca directamente hacia su objetivo sino, al contrario, trazando amplios círculos concéntricos para aproximarse.

Los viajeros vieron sencillas granjas incendiadas después de haber sido saqueadas. A veces, tierras colocadas bajo la protección de una encomienda templaria habían sido asoladas en represalia. Habían quemado las cosechas, obstruido los pozos; envenenado las fuentes; arrancado los árboles. Cadáveres de animales yacían dispersos, sirviendo de alimento a las moscas, de nido a sus larvas y de postre a las hienas.

Femia no dejaba de palpar las joyas que el hermano tesorero del Krak le había entregado. No eran de su gusto. La mujer se impacientaba, y preguntaba cien veces al día:

—¿Cuándo llegaremos?

Invariablemente, Morgennes respondía:

—Hay que bajar más aún.

—A fuerza de bajar, acabaremos en el infierno... —se lamentaba ella.

Desde que habían abandonado el condado de Trípoli, Morgennes llevaba colocada su armadura. Cuando caía la noche, y si no había estrellas, desaparecía. Solo el ruido de los cascos de su yegua permitía saber dónde se encontraba. Generalmente, unos pasos por delante.

—¿Crees que es prudente ir así sin armas? —le preguntó un día Masada.

—No —respondió Morgennes.

—¿Qué piensas hacer, pues?

—Nada. Huir.

—¿Ah, sí? —se extrañó Masada—. Tú, tal vez, pero nosotros ¿qué haremos? ¡No imagino a Carabas galopando más rápido que un turcomano!

—Ni siquiera Isobel podría hacerlo.

—¿Y entonces?

—Entonces moriremos.

Masada, que se había quedado estupefacto ante esta observación, hizo girar varias veces la lengua en la boca y le espetó en un tono casi desesperado:

—¡Te compré porque me prometiste que me curarías!

—Creí que lo habías hecho para salvarme de una muerte cierta y para redimirte tú —dijo Morgennes.

—¡Tal vez! —replicó Masada—. Pero no olvides nuestro trato...

—No lo olvido. Te recuerdo que si estás enfermo es porque nos traicionaste, a Dios, a Balduino IV y a mí... Por otro lado, me gustaría saber por obra de qué milagro estás entero todavía...

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Femia.

—¡De nada! —replicó Masada—. Es algo entre Morgennes y yo, una vieja historia que no hace falta que conozcas.

Después de cerrar la boca a su mujer de este modo, Masada apartó la mirada, y Femia volvió a dedicarse a la contemplación de sus joyas y, a veces, de Morgennes. Cuando lo miraba —de reojo y con una mirada que nunca era franca—, no podía evitar llamarlo «mi tesoro». Desde el incidente en Damasco, Morgennes había reemplazado en cierto modo a toda su quincallería. El era todo su aderezo, su belleza desaparecida, su guerrero de diamante: tan puro, tan bello, tan raro y caro como esa piedra preciosa, la más brillante y la más dura de todas.

Pasaron los días, más o menos similares. Masada hablaba a Carabas, Yahyah jugaba con Babucha, Femia miraba a Morgennes y este salía de reconocimiento. Solo cambiaban las tierras que atravesaban. Donde antes había vida, se extendía ahora el desierto.

Y a la inversa, donde había desierto aparecía a veces una vida extraña que hacía que se preguntaran cuánto tiempo duraría. Así, se habían encontrado a veces, bruscamente, en zonas áridas donde rebaños de cabras pastaban entre bosquecillos de espinos. En cuanto a las raras fortalezas o encomiendas del Temple que divisaron, todas estaban en ruinas. O bien ocupadas por los sarracenos. En poco más de dos meses, el Temple había perdido cerca de doscientas casas, casales y castillos.

Un atardecer, cuando se encontraban en el principado de Galilea, en una cresta del monte Tabor, a medio camino entre Damasco y Jerusalén, Morgennes declaró:

—Sé adonde debemos ir.

—¿A Jerusalén? —dijo Masada.

—No enseguida. Primero iremos por ahí...

Señaló hacia el sur, en dirección al cielo, tal vez a una estrella.

Masada miró pero no vio nada. Femia no apartaba la mirada de Morgennes, segura, por la serenidad que se leía en su semblante, de que había encontrado algo.

Yahyah observó el horizonte, y de repente exclamó:

—¡Lo veo! ¡Lo veo!

Luego se puso a agitar los brazos mientras lanzaba gritos estridentes.

—¿Qué hay? —preguntó lastimeramente Masada—. ¡Yo no veo nada!

—¡Abre los ojos y mira! —dijo Morgennes.

Ya podía, Masada, abrir unos ojos como platos para escrutar el panorama del principado de Galilea, que no distinguía más que nubes grises con el vientre

enrojecido por el sol, la tierra inundada de luz, y casas, plazas fuertes, huertos y campos bañados con los colores cambiantes del crepúsculo.

Femia miró a su vez, haciendo visera con la mano, y dijo sonriendo:

—Lo veo, pero no lo entiendo.

Masada echaba chispas. Miró, sucesivamente, el cielo, el dedo de Morgennes y la banda de tela que tapaba su ojo ciego.

—¿Cómo es posible que tú veas mejor con un solo ojo que yo con dos?

—Porque yo no solo utilizo los ojos —respondió Morgennes—. También utilizo el cerebro.

—El cerebro, el cerebro —dijo Masada—. Muy bien, perfecto, ¡pero sigo sin ver nada! Dime qué ves tú.

—Nubes.

—¿Nada más?

—Y pájaros.

—¿Pájaros? Si solo hay uno —dijo Masada.

—¡Por fin! —exclamó Morgennes—. ¡Ahora que tus ojos se han abierto, pídele a tu cerebro que haga otro tanto!

Masada lo contempló, desconcertado. ¿Se habría vuelto loco, Morgennes?

—Ese pájaro —dijo Morgennes— no es como los otros. Es un halcón peregrino, un cazador, y es raro que vuele así cuando se pone el sol. Es una suerte que lo haya visto, porque su plumaje pardo y gris hace que se funda con el cielo. Cuando cae la noche, desaparece. Este tipo de rapaces no vuelan en la oscuridad. El hecho de que esta cruce el aire a estas horas significa que su amo (de hecho, es su ama) no se encuentra lejos. Sí, conozco a ese halcón. Me he tropezado dos veces con él en Hattin, y luego una tercera cuando íbamos hacia el Krak: volaba en el cielo del Yebel Ansariya, en pleno territorio de los asesinos.

—Sigo sin comprender —dijo Masada.

—Es una rapaz única en el mundo: su ama es la mujer más bella que haya visto nunca, bella como una reliquia. Es una joven de sangre mezclada, de un poco más de veinte años, de ojos azules y cabellos castaños. Su piel parece tan suave como la de un recién nacido, y lleva las joyas más bellas que jamás haya visto...

Un brillo ávido iluminó los ojos de Femia. En la lejanía, el ave lanzó un grito.

—Yo también conocí a una mujer que tenía un pájaro de este tipo —reconoció en voz baja Masada—. Era, creo, la amante del jeque de los zakrad, una verdadera furia. Recorría Tierra Santa en busca de un hombre... un tal Perceval, si no entendí mal. Era orgullosa, bella y fría, como la hoja de un puñal. Cada vez que venía a verme, me quedaba paralizado.

—¿Así que la conoces?

—Sí —prosiguió Masada—. Venía a menudo a consultarme a Nazaret. Compraba

las reliquias más hermosas, las más caras, y se iba con ellas. Ella necesitaba una nueva más o menos cada semana. No sé de dónde sacaba el dinero ni por qué compraba tantas. Pero parecía dominada por una especie de maldición. Necesitaba reliquias como otros necesitan guerras, mujeres, oración o vino...

—Y eso que las reliquias eran falsas —hizo notar secamente Femia.

—Falsas, verdaderas..., ¿acaso sé yo lo que es verdadero o falso en materia de reliquias? —replicó Masada, al que incomodaba el tema—Yo, por mi parte, diría que todas eran auténticas...

—Ya veo —dijo Morgennes—. Dejémoslo. Pero esa mujer tenía un pañuelo que me parece que es ese que llevas en el brazo...

—¿Y si fuera así? —preguntó Masada.

—Eso querría decir que ha sido capturada. Pero ¿por qué? ¿Y por quién?

—De todos modos, ¿qué relación tiene esto con la Vera Cruz? —continuó Masada.

—Tal vez ninguna —dijo Morgennes—, pero quiero ir a ver. Y, además, si el ama de este pájaro busca reliquias, ¿por qué no la Vera Cruz?

—*Yallah!* —exclamó Femia.

Masada bajó la cabeza y guardó silencio. De nuevo estaba perdido en sus pensamientos y había soltado las riendas de Carabas. Finalmente, Morgennes bajó del caballo para reunirse con Yahyah, que se disponía a rezar y había sacado un largo manto blanco para cubrirle los hombros (a quién podía ocurrírsele rezar con una armadura negra).

Morgennes no pudo evitar pensar que el destino les había enviado una señal. «Después de todo —se decía—, si una estrella guió a los Reyes Magos hasta Cristo, ¿por qué un pájaro no debería guiarnos a nosotros hasta la Vera Cruz?»

Sonrió, feliz, lleno de una alegría tranquila, seguro de no engañarse.

Después de la oración contempló, desde una altura, el castillo templario de La Féve, que dominaba la llanura del Esdreton. Más al norte, detrás de ellos, la torre de Séforis, Safet y sus numerosos casales... Todos habían caído. Morgennes ignoraba si había sido la fuerza o la astucia la causante de su pérdida, pero sabía, en cualquier caso, que esta significaba el fin de la presencia del Temple en TransJordania. La llave de Jerusalén era ahora el castillo de La Féve. Solo había que bajar la ladera sur del monte Tabor, que se extendía hacia la Baja Galilea y la llanura del Esdreton, para alcanzar los contrafuertes del castillo que Morgennes veía temblar en la bruma azulada.

Una vez abajo, prevendría a la guarnición. Juntos resistirían a los «templarios sarracenos», juntos salvarían la Vera Cruz. Quedaba por ver cómo conseguiría devolverla luego al Hospital...

—Esperadme allí —dijo Morgennes—, ¡y si no he vuelto antes de mañana por la

noche, marchaos, huid!

—¿Para ir adonde? —replicó Masada.

—Debes de conocer algún lugar donde esconderte, ¿no?

—Tal vez —respondió el hombrecillo, evasivo.

—Entonces, ve allí.

Yahyah, que jugaba con Babucha, se detuvo para ayudar a Morgennes a montar.

—No iréis a partir así, caballero —dijo—. ¡Ni siquiera estáis armado!

—Allá me darán una espada —respondió Morgennes.

—Pero...

Sin esperar al final de la frase, Morgennes espoleó a Isobel y descendió del monte Tabor, cuyo monasterio en ruinas daba testimonio del reciente paso de los sarracenos. Femia lo vio marchar y lo saludó largamente con la mano.

—*Yallah!* —gritó para darle ánimos.

La mujer no dejó de mirarlo y, cuando ya era solo una nubecita en el horizonte, se volvió hacia su marido y dijo acariciando uno de sus collares:

—Espero que la encuentre.

—Yo también —dijo Masada, y añadió en tono más bajo—: La Vera Cruz debe de valer mucho oro...

Femia lo miró, inquieta. ¿Lo había oído su mujer? El caso es que esta enseguida declaró:

—No podemos dejarlo solo...

Y tras coger las riendas se dispuso a hacerlas restallar; pero Masada se lo impidió replicando:

—¡Soy yo quien decide, y de momento nos quedamos aquí!

Masada no tenía, en efecto, ningunas ganas de acercarse al castillo de La Féve, cuya guarnición había recibido orden de arrestarlo. Sin embargo, una sacudida agitó la carreta: Carabas se había puesto en marcha por sí mismo y descendía, entre las delgadas columnas de humo azul que se elevaban en la sombra, tras la pista de Morgennes.

*¡Oh, feliz género de vida en que se puede esperar la muerte sin temor,
desearla con alegría y recibirla con confianza!*
San Bernardo de Claraval, *De laude novae militiae*

Simón ya no soportaba la espera.

Desde que había entrado en la orden, no había hecho más que esperar, esperar y esperar. «¡Ah, paciencia, acabarás por matarme!», se decía con frecuencia. Y, para engañar el aburrimiento, se infligía penitencias. Recitaba salmos durante todo el día, ayunaba si tenía hambre, velaba si tenía sueño, se ejercitaba en el manejo de las armas cuando estaba agotado. Y en general mortificaba su cuerpo tan a menudo como podía.

Algunas veces palidecía y se ponía a temblar. De modo que se preocupaban por él. Entonces el bailío de su orden lo obligaba a alimentarse y a ir a dormir. «Conserva tus fuerzas para el enemigo, noble y buen hermano —le decía con severidad—. Y recuerda que en todo debes conformarte a la regla y a mi mando.» Simón dirigía una mirada franca y resuelta a su superior y respondía invariablemente: «Ordenadme, noble y buen señor, y obedeceré».

Y se acostaba encantado de sentir en su interior un poder formidable: el de la fe. Esforzándose en dominar la excitación que le mantenía los ojos abiertos y alejaba el sueño, se dormía murmurando padrenuestros. ¡Qué bella era aquella fe que ardía en él, qué fuerte era!

Simón recordaba las palabras de su primer maestro, en la época en que había sido recibido en la orden: «Es duro, cuando uno es su propio señor, hacerse siervo del Temple. Pues difícilmente haréis nunca lo que queréis: si queréis estar en Tierra Santa, os harán volver; si queréis estar en Acre, os enviarán a la tierra de Trípoli, de Antioquía o de Armenia, a Pulla o a Sicilia, a Lombardía, a Francia o a Borgoña, a Inglaterra o a alguna otra de las diferentes tierras donde tenemos casas y posesiones. Y si queréis dormir, os harán velar; y si queréis velar, os ordenarán que vayáis a descansar a vuestra cama. Cuando estéis a la mesa y queráis comer, os ordenarán que vayáis a donde quieran y nunca sabréis dónde».

«¡Qué ironía!», pensaba, esbozando una sonrisa. Y decir que en otro tiempo era el más indisciplinado de los cinco hijos de su padre; ¡un muchacho incapaz de seguir la menor lección sin ponerse a pensar en las musarañas, que se burlaba de los preceptores y que a la primera ocasión escapaba a correrse una juerga!

Pero Simón había juzgado al Temple —donde su hermano Arnaldo acababa de ser recibido— digno de su persona. Una institución dotada de una disciplina bastante

exigente para «merecer» hacer de él un hombre. Había querido lo más difícil, y lo tenía. Forzaría su cuerpo, disciplinaría su cabeza, obligaría a su corazón, educaría a su alma a someterse y a servir a Dios. Repetiría a lo largo de la jornada con sus hermanos templarios: «*Non nobis Domine, non nobis sed nomini Tuo da gloriam*», «¡No por nosotros, Señor, no por nosotros, sino por Tu nombre, da la gloria!».

Si él, el más joven de los cinco hijos del conde Etienne de Roquefeuille, era capaz de plegarse a una regla querida por Dios y aplicada por los hombres, entonces todos podían hacerlo. Primero su familia, y luego sus allegados. Luego los mahometanos y los judíos, que él convertiría por fuerza o destruiría sin piedad, y finalmente todos los demás cristianos —melquitas, jacobitas, coptos, nestorianos, maronitas— que vivían lejos de la ley de Roma.

Temer a Dios no bastaba. Había que temer a Roma, la superior, la grande. La terrible Roma.

Solo ella era capaz de imponer al mundo la salvación por Dios, Cristo y el Espíritu Santo. Solo ella tenía fuerza suficiente para manejar esas dos potentes espadas: el Temple y el Hospital. Simón no comprendía por qué Roma había decidido conservar solo una, pero se lo había jurado: «Yo seré de esa. Lo seré por Dios, lo seré por mi padre».

Y, mientras montaba guardia en lo alto de la torre del homenaje de La Féve, se hinchaba de orgullo y sentía un placer inaudito al volver a pensar en su trayectoria y en la disciplina de hierro que se había impuesto. ¡Pocos hombres habían hecho lo que él! Había entrado en la orden del Temple con la firme intención de convertirse en el más humilde y el mejor de los templarios. Ninguna de las pruebas a que lo sometían era bastante dura para él. Sin embargo, una cosa le resultaba insoportable: ¡esperar! Primero un año en la diócesis de Troyes, en la encomienda de Bonlieu, luego dos años suplementarios en la de Coulommiers-en-Brie, cuando fue armado caballero.

Su oportunidad había llegado con el desastre de Hattin. La Tierra de Promisión estaba falta de caballeros de brazo fogoso, impacientes por batirse contra los sarracenos. ¡Oh, cómo le saltó el corazón en el pecho al saber que por fin lo enviaban «allá»! A aquella tierra cuyo nombre ya no osaba pronunciar por miedo a no ser digno de hollarla. «¡Dios conmigo! Debo ser fuerte. *Gloría, laus et honor Deo in excelsis*, decía temblando, tanta era su excitación, tan grande era su alegría por poder, por fin, combatir en Tierra absoluta.

Sin duda, la hora del martirio no estaba lejana. Su escudero y él debían prepararse para ella.

Un navío del Temple había salido de Marsella llevándolos en su gran vientre verde y los había desembarcado en Trípoli en compañía de otros hermanos, caballeros, sargentos y escuderos. Simón se había distinguido desde el primer día al exclamar, en cuanto pisó tierra firme: «¡Estamos aquí para servirte, oh Señor!». De la

encomienda de la ciudad, donde no se quedó mucho tiempo porque sus invocaciones irritaban a más de uno, lo habían enviado a la poderosa fortaleza de Tortosa, y luego, de Tortosa a Chastel Blanc. Allí pasaba los días, solo en lo más alto de la más alta de las torres, acechando los mensajes enviados —con ayuda de un complejo juego de espejos— por los hospitalarios del Krak de los Caballeros, que se encontraba a solo siete leguas de distancia.

«¿Qué esperamos para atacar?», se lamentaba todo el día. Se hablaba de violentos combates en Acre, donde desde el fin del mes de agosto los cristianos trataban de arrebatar a los infieles la ciudad perdida a principios de julio. Simón no comprendía por qué aquello resultaba tan complicado. Tampoco comprendía por qué trataban de recuperar Acre cuando Jerusalén tenía tanta necesidad de refuerzos. Por otro lado, todo le parecía largo, lento y muy misterioso. Un día, finalmente, llegó un jinete. Iba a la cabeza de una compañía de ballesteros. Un hombre que llevaba orgullosamente la bandera de san Pedro los acompañaba.

¡Por fin! Aquel mensajero, aquel estandarte, debía de ser la esperanza de un movimiento, la promesa de una acción contra los sarracenos. La posibilidad de convertirse en otro. En alguien poderoso, fuerte, bello y noble. En un nuevo Erec, un segundo Lancelot, un Galván moderno, el doble de Yvain, el gemelo de Cligés. En resumen, uno de esos personajes de leyenda cantados por Chrétien de Troyes, cuya aparición arrancarían a las mujeres suspiros tanto más lánguidos cuanto que lo sabrían inaccesible. Por no hablar de sus congéneres, que lanzarían «*Vivat!*» que él fingiría no oír.

¡Oh, Dios! ¡No podía esperar más!

¿Desde cuándo aguardaba ya?

Desde que había nacido, no lejos de la Navidad del año de gracia de 1169,10 que lo situaba en su decimooctavo año de vida.

Se sentía con fuerzas de sobra, con una rabia y un corazón sin rival y un amor por Dios solo comparable al que había sentido en su tierna infancia por la bella y pura Berta de Cantobre, cuando él era su *fidele d'amore*. «¡Oh, Berta, qué lejos me parecen tus dulces manos y qué pálidos tus labios rojos cuando mi memoria los evoca ahora! La blancura para mí ya no es tu pecho, sino mi blanco manto, las cimas del Hermón, del Yebel Ansariya o del monte Líbano. El bermejo ya no son tus labios, sino la cruz de terciopelo cosida a mi espalda el día en que fui recibido en la orden. Solo ella tiene derecho a mis besos. ¡Ve, Berta! Te conservo en mi memoria tan casta, tan pura, tan digna como yo quiero serlo aún para ti, incluso si te he dejado. Porque te he dejado por Dios.»

Así hablaba Simón.

Frunciendo el ceño, el templario miró a un lado y a otro de la torre de La Féve.

En el septentrión se encontraba el monte Tabor. Distinguía las ruinas del monasterio, colgado de su cima como una llaga. A poniente, las cimas nevadas de los montes Carmelo. Al mediodía, Le Grand Gérin y Le Bessan, pueblos donde el Temple mantenía aún algunas tropas. A levante, el castillo Belvoir, en manos de los hospitalarios, pero no por mucho tiempo, ya que la presión de los sarracenos se hacía cada vez más intensa. Simón se estremeció. ¿Era por el frío? Se pasó las manos por los brazos y los frotó para calentarse.

Esperar lo paralizaba. Poco a poco sus miembros se anquilosaban. Simón bailó saltando de un pie a otro para ayudar a que la sangre circulara y se sopló los dedos. Sin embargo, no hacía frío: su aliento no era visible. Pero aquel gesto le había recordado otro que había hecho hacía dos semanas en la torre de vigía del Chastel Blanc. Como lo sabían impaciente, para corregirlo siempre le confiaban el primer turno de guardia, que era el más largo. Cuando llegó el relevo, se había sentido — igual que hoy— dominado por el frío y se había soplado las manos para calentarlas. Era ya muy tarde, y su aliento se convertía en bruma al salir de la boca antes de evaporarse en la negrura. Aquella noche había helado. Era el día en que el emisario del Papa había ido a verlos. No lo olvidaría nunca.

El hombre cuyos pasos había confundido con los del relevo era, en realidad, Wash el-Rafid. Como no conseguía dormir, el emisario papal había pedido permiso a sus huéspedes para visitar el castillo y, en particular, para subir a lo alto de la torre del homenaje. Donde se encontraba Simón.

Al ver su rostro sumido en un aburrimiento tan profundo que hubiera podido tomarse por una máscara, Wash el-Rafid le había preguntado:

—¿Te aburres, buen hermano?

Simón no había sabido qué responder. Temía haber cometido una falta y permanecía silencioso. Pero, animado por el emisario del Papa a expresarse sin temor, finalmente había confesado:

—Extremadamente, señor.

—¿Por qué?

—Ya no soporto seguir esperando.

—¿Esperar? —se sorprendió el emisario—. ¿Y qué estás esperando?

—Que ocurra algo. Desde que estoy en Tierra Santa, me pasean de un castillo a otro sin que nunca pase nada. Las primeras guardias siempre son para mí. Me armé de paciencia durante tres largos años en la Champaña y en Francia, y aquí sigo esperando. Mi espada sigue virgen. Me pregunto cuántos años tendré que esperar todavía antes de servir a Dios.

—¿Sabes lo que dicen los infieles sobre esto? —le había preguntado Wash el-Rafid.

—No, señor —había respondido Simón.

—«Resistid, porque Dios está con los pacientes.»

Estaba claro que aquel hombre había sufrido mucho. ¿Cuántos años habría esperado él? Simón había caído de rodillas y había cogido su mano para besarla.

—Señor —le había dicho, con la cabeza baja—, os pido perdón humildemente. He hablado a la ligera, pero es que sufro por no poder emplear mejor mi valor y mi fuerza al servicio de Cristo.

—¿Estás dispuesto a morir por El? —había inquirido el emisario del Papa, poniendo su mano sobre la cabeza de Simón.

Desde luego que estaba dispuesto a dar su vida por Cristo. Por otra parte, ¿no había hecho ya? ¿No les habían dicho que un caballero del Temple debía considerarse como muerto antes de ir al combate? ¡Y qué gran honor esa muerte! Pues, como decía san Bernardo: «¿Cómo podría temer morir o vivir aquel para quien la vida es Cristo y la muerte su recompensa?».

—Mi vida le pertenece ya —había respondido Simón.

—¿Quieres renacer en Cristo? —había preguntado severamente Wash el-Rafid.

—No aspiro a ninguna otra cosa —había confesado Simón, casi sin aliento.

—¡Júralo! —había dicho Wash el-Rafid con fuerza.

Levantando la mano derecha y tendiendo la izquierda, Simón había jurado, como lo hacen todos los templarios, con la mirada firme y severa, «que en la proximidad del combate se armaría de fe por dentro y de hierro por fuera; que sus armas serían su único ornamento; que las utilizaría con valor en los mayores peligros, sin temer el número ni la fuerza de los bárbaros; que toda su confianza estaba depositada en el Dios de los ejércitos, y que combatiendo por su causa buscaría una victoria cierta o una muerte santa y honorable». Finalmente, había jurado llevar a la casa principal del Temple, en Jerusalén, la Santa Cruz en la que tanto había sufrido Cristo. Con terribles imprecaciones se había dado a Dios por segunda vez, y cada vez que Wash el-Rafid pronunciaba una palabra, él la repetía estremeciéndose.

—¡Oh, feliz género de vida en que se puede esperar la muerte sin temor, deseársela con alegría y recibirla con confianza! —había dicho Wash el-Rafid en tono imperioso.

—¡Oh, feliz género de vida en que se puede esperar la muerte sin temor, deseársela con alegría y recibirla con confianza! —había repetido Simón.

—Ahora: «Levántate y actúa, y que el Eterno sea contigo» —había concluido Wash el-Rafid, citando un versículo de las Crónicas, mientras arrancaba con un gesto brutal la cruz roja cosida sobre el manto de Simón.

Después el emisario del Papa había colocado la mano sobre el hombro del joven para animarlo a levantarse. Simón se había incorporado, algo inseguro, y había mirado a su bienhechor. Entonces le había sorprendido su piel morena. El hombre tenía la fisonomía de las gentes de la región; pero su rostro estaba profundamente

marcado, como roído por la enfermedad. Además, una extraña deformación del rostro daba a su boca un aire animal.

—Señor... —había empezado Simón.

Pero no había podido acabar la frase. La emoción lo ahogaba sin que supiera muy bien por qué. Le parecía que su vida había cambiado de rumbo.

De este modo Simón se había unido a las filas de los famosos «templarios blancos». Los miembros de este grupo se llamaban entre sí «templarios de la primera ley» porque se comportaban como los templarios de los orígenes, humildes y sin escuderos, monjes soldados que lo hacían todo por sí mismos y contaban solo con sus propias fuerzas. Eso era antes de que la orden recibiera la cruz bermeja. Antes incluso de que Su Santidad Inocencio II redactara la bula *Omne Datum Optimum*, fuente de tantos beneficios que había excitado los celos de numerosas órdenes monásticas, como las brasas de un fuego que se atiza.

Wash el-Rafid les había dicho: «La Vera Cruz está perdida. Mientras no la hayamos encontrado, mientras vosotros no la hayáis encontrado, imperará la prohibición de llevar la cruz sobre vuestro manto. No olvidéis nunca que sois vosotros quienes estáis a su servicio, y no a la inversa». A lo que los hombres de la unidad de élite del Temple habían respondido con una sola voz, retomando el grito de los primeros cruzados: «¡Cristo vive, Cristo reina, solo Cristo manda!».

Algunos estaban tan exaltados que hablaban de ir a tomar La Meca y Medina si Jerusalén caía algún día, y causar allí tantos estragos que en comparación el infierno sería el paraíso.

La mayoría rehacían la historia, indignándose contra aquellos cruzados de los primeros tiempos que no habían sabido ir hasta el final de su misión y habían partido después de haber liberado Jerusalén, cuando hubiera sido necesario avanzar hasta Bagdad para asegurarse la victoria.

El más loco entre ellos, y el más terrible también, era aquel coloso llamado Kunar Sell, con la cruz roja tatuada en la frente. Simón y él habían ido a Damasco a desafiar la autoridad mahometana. Su misión consistía en comprar un esclavo, un antiguo caballero del Hospital que respondía al nombre de Morgennes. Simón no lo conocía, ignoraba por completo las razones por las que debían «apoderarse» de ese hombre, pero había obedecido sin decir palabra.

Simón era feliz. ¡Por fin!

Unos días después de esta misión, que se había saldado con un fracaso pero les había permitido hacerse con nuevos aliados, una paloma mensajera se había posado sobre el Chastel Blanc. Los templarios de la primera ley —nueve en total, como los primeros «pobres caballeros de Cristo»— habían abandonado inmediatamente la fortaleza para unirse a un batallón de *fidai* destacado de El Khef por el poderoso jefe

de los asesinos, Rachideddin Sinan. Algunos beduinos de la tribu de los maraykhát los acompañaban. Juntos habían atacado una caravana encargada de transportar oro por cuenta del Hospital. El estandarte de san Pedro había sido confiado a Simón, lo que era un gran honor. Bajo su yelmo blanco, el templario había enrojecido de placer.

Sin embargo, nunca hubiera creído posible aliarse con mahometanos. Y en cuanto a combatir contra cristianos... Pero su senescal, un hombre revestido con una malla de cadenas y montado en un caballo rojo sangre, les había dicho: «¡Dios lo quiere! ¡Es Cristo quien manda!».

Y habían cargado al grito de «¡Montjoie!».

Simón se había dicho que los hospitalarios debían de haber cometido una falta horrible. Que estaban en el camino del pecado. Sin duda se lo explicarían todo más tarde. El Papa estaba de su lado. No tenía nada que temer. No contento con ser *miles Christi*, se añadía ahora a su persona el *miles sancti Petri* (soldado del Papa). No podía estar equivocado. Dios estaba con él. Simón se esforzó en luchar con todo su odio y sin piedad contra aquellos extraviados, llorando bajo su yelmo, mojando su corta barba de lágrimas mientras diezmaba a los caballeros del Hospital, que preferían morir antes que golpear. Pero se serenaba de nuevo repitiéndose lo que Wash el-Rafid les gritaba cada vez que partían al combate: «Dios borra las faltas de los que combaten por Él». Lo que Simón ignoraba era que se trataba de un versículo del Corán. En el seno de la unidad de élite del Temple, Simón tenía la sensación de alcanzar todo aquello a lo que su alma, su corazón, su sed de aventura y sus fuerzas físicas aspiraban. Ya no había contradicciones ni sufrimientos, solo había una gran alegría exaltante, la impresión de ser único, de vivir un momento histórico. La certeza de que por fin se distinguía de los otros Roquefeuille. Aquí ya no era «Simón el Parco», como lo llamaban en otro tiempo sus hermanos, el que aguantaba menos, el que corría más despacio, el que tenía que dejar de beber o de comer mientras todos continuaban. Aquí era Simón de san Pedro, Simón el Estandarte, Simón el Abanderado, Simón de Roma. Cada día los templarios blancos lo bautizaban con un nuevo nombre, lo que llenaba de orgullo a Simón.

A cambio del oro de los hospitalarios, los asesinos les habían entregado un curioso cofre y a una joven, un rehén que habían capturado en el camino de Bagdad. Se llamaba Casiopea. Pero ¿por qué valía tanto aquella mujer? ¿Para qué la querían los templarios? Simón no lo sabía. Pero no se cansaba de admirar su belleza. La mujer había sido violada y golpeada en numerosas ocasiones. Sin embargo, bajo las equimosis y las señales de tortura, su gracia era una luz que incidía profundamente en él. Simón tenía siempre en su mente la imagen de aquella jovencita de piel morena, de ojos azules y cabellera castaña, que insultaba y mordía en cuanto le sacaban la mordaza y arañaba cuando tenía las manos libres.

Habían dado orden de no perderla de vista y de mantenerla bajo estricta,

vigilancia, tarea que Simón se sentía feliz de cumplir cuando le llegaba el turno. El joven templario reclamaba los primeros turnos de guardia. La contemplaba, tendida sobre las losas de una mazmorra, e iba a buscarle una estera de juncos, un cubrecama o un samit oriental, en función de la hora del día, del lugar donde estaban y de lo que tenía a su disposición.

En aquel momento, la mujer estaba encerrada en los calabozos del castillo de La Féve, pues allí se encontraban instalados los templarios blancos. Simón le había llevado una manta y se había excusado por no haber encontrado nada mejor. La bella había hecho una bola con la manta y se la había colocado bajo la cabeza. Nada. Ni una mirada. Entonces, sin decir palabra, Simón había subido a lo alto de la torre donde debía montar guardia. Aquella noche no tendría derecho a verla dormir. ¿Tal vez mañana? ¿Quién sabía cuánto tiempo permanecerían en La Féve? Solo su senescal y el emisario del Papa, a quien habían abierto las rejas del castillo por portar el *vexillum* de san Pedro, parecían saberlo.

Inclinado por encima de las almenas, Simón trató de distinguir, en la luz rasante del crepúsculo, las cumbres del Yebel Ansariya. Debían elevarse al norte, pero no las veía. Tampoco le sorprendió demasiado. Ya hacía cierto tiempo que habían dejado tras de sí los picos nevados del Ansariya, e incluso los del monte Hermón. Su unidad había recorrido en unos días más distancia que la que Simón había franqueado en tres años de aburrida espera en Occidente. Le parecía igualmente que aquellas distancias, atravesadas a una increíble velocidad cambiando varias veces de montura, no eran solo físicas, sino también morales.

En ese momento el chillido de un ave resonó en el cielo. Simón, que seguía protegiéndose los ojos con la mano, la localizó con la mirada. Era un ave de vuelo alto. Su plumaje era de un color azul grisáceo, teñido de pardo, y su envergadura, de la medida de una lanza. ¿Cuántas mudas debía de tener?

Pensó en Wash el-Rafid. El emisario se ejercitaba a menudo tirando a las palomas mensajeras de los ejércitos de Saladino e incluso contra las rapaces. Simón se dijo que haría bien en avisarle.

Pero, cautivado por la belleza de las evoluciones del halcón, no se movió. Siguió observando al pájaro, que aparentemente se limitaba a saludar la caída de la noche. Su grito le decía algo, le recordaba a alguien. Sí, él ya había oído aquella llamada, como una queja, como un grito de dolor, un gemido... Entonces tuvo una inspiración: era el pájaro que volaba por encima de la fortaleza de El Khef, feudo de los asesinos.

Simón lo había tomado por un depredador que tenía su territorio en aquellas montañas. Pero, al parecer, no era ese el caso. ¿A quién pertenecía, pues? ¿A los

asesinos? ¿A Casiopea?

¡Y él que no había señalado su presencia! ¡Rápido, debía prevenir al señor el-Rafid y a la guarnición! Ya se disponía a dar la alarma por la escalera de caracol de la atalaya, cuando sintió deseos de ver, por última vez, a aquel pájaro.

Simón se encontraba sometido al encanto de los amplios círculos indolentes, seguidos de lentos vuelos con las alas inmóviles, que el halcón trazaba en el cielo. El pájaro se elevaba sin batir las alas, sin esfuerzo aparente, y luego, con las patas pegadas a su vigoroso cuerpo, se recogía sobre sí mismo y se dejaba caer como una piedra, volvía a abrir las alas y se elevaba en espiral en la luz con un silbido agudo. Su vuelo estaba hecho de vueltas y fintas, acompañadas por largos quejidos. ¿Por qué, para quién danzaba así? Porque no había ninguna duda: el pájaro no cazaba, danzaba.

Dominado por la curiosidad, Simón se inclinó por encima de las almenas y observó la llanura, hasta el pie del monte Tabor. Vio a un hombre de negro sobre un caballo negro, seguido por una carreta tirada por un pequeño asno.

Simón había faltado a su deber, y enseguida se reprendió por ello: apretó la piedra de las almenas hasta que las articulaciones se le pusieron blancas. Luego sujetó el cuerno que había cogido a los hospitalarios y dio la alerta. Ruidos de pasos resonaron en la escalera. Alguien subía corriendo.

Kunar Sell se unió a él en lo alto de la torre y le preguntó:

—¿Qué ocurre?

—Un hombre de negro, con una carreta.

Kunar los observó un rato, y luego dijo a Simón:

—No son los que esperamos...

Simón le preguntó a quién se refería, pero Kunar no lo escuchó y se volvió hacia el caballero negro, que ya se encontraba casi a tiro de ballesta. El coloso le gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¿Quién sois?

El hombre no respondió. Tal vez no lo había oído. Kunar y Simón gritaron juntos, después de hacer una profunda inspiración.

—¿Quién sois?

El jinete seguía sin responder y continuaba hacia ellos.

Entonces bajaron a toda velocidad la escalera de la torre, atravesaron corriendo la sala de los caballeros y se precipitaron hacia la barbacana, en la parte delantera del castillo, desde donde se manejaba el primer rastrillo.

El hombre de negro y la pequeña carreta se encontraban a un tiro de lanza cuando Simón preguntó en tono imperioso:

—¿Quién sois? ¡Por Cristo, respondedme!

El caballero tiró de las riendas de su caballo y respondió:

—¡Me llamo Morgennes!

—¡Por Cristo todopoderoso! —juró Simón, que no podía creerlo.

A su lado, Kunar Sell ya accionaba con frenesí la rueda que levantaba el rastrillo.

*Poned empeño en el empleo del engaño en la guerra, pues este os permite
llegar al objetivo de un modo más seguro que la batalla
en un cuerpo a cuerpo sangriento*

El gran estratega al-Mouhallab en su testamento

Morgennes miró cómo se levantaba el rastrillo e hizo avanzar unos pasos a Isobel. Al otro lado de la barbacana había un espacio de terreno virgen que daba a las murallas de La Féve y a un segundo rastrillo, que empezó a apartarse. Hombres armados situados en las primeras almenas corrieron a su encuentro con la espada o la lanza en la mano; mientras que, en lo alto del camino de ronda principal, ballesteros y arqueros se colocaban en posición siguiendo las órdenes de un individuo de piel oscura tocado con un turbante. ¿Quién era aquella gente? ¿Eran sarracenos? ¿Tan pronto?

—¡Vengo como amigo! ¡No estoy armado! —gritó levantando una mano.

Pero unos turcópulos le arrancaron las riendas de Isobel y se acercaron a la carreta para llevarla a un lado. Masada, que había saltado a tierra un poco antes, fue alcanzado por algunos jinetes que habían salido tras él rápidamente. El comerciante de reliquias fue conducido de vuelta a punta de lanza, mientras se desgañitaba gritando:

—¡Morgennes, me las pagarás!

Lo arrastraron por una poterna al interior del castillo, donde sus gritos se apagaron. En un instante, la carreta, Carabas, Femia, Yahyah, Babucha, Masada... se esfumaron como si nunca hubieran existido. Morgennes se quedó solo en medio de los soldados. Elevó sus ojos al cielo, en busca de un poco de esperanza, pero el halcón ya no estaba.

—¡Desmonta! —ordenó uno de los templarios que lo habían rodeado.

Morgennes lo observó y vio que se trataba de un hombre muy joven. Su uniforme no llevaba la cruz roja de los templarios corrientes. Trató de adivinar sus intenciones, y se preguntó hasta dónde llegaría aquel candido jovencito si le desobedecía. En ese momento, entre un entrechocar de hierros, el rastrillo de la barbacana cayó pesadamente tras él, aprisionándolo en el primer recinto de La Féve. Al ver que el segundo rastrillo bajaba, justo ante él, Morgennes dijo:

—Me rindo.

Pero el hospitalario no había contado con el impetuoso temperamento de Isobel, que se encabritó y empezó a lanzar coces cuando Morgennes quiso bajar de la silla. Los turcópulos y el templario cayeron derribados y él tuvo que sujetarse al cuello de

su montura para no caer. Recuperando la confianza en su buena estrella, Morgennes espoleó a Isobel y salió disparado en dirección al segundo rastrillo, que franqueó por los pelos, aplastándose contra el cuello de su montura. Ahora se encontraba en el patio interior del castillo, y aprovechó aquella tregua para examinar el lugar. Al distinguir el camino de ronda donde se encontraban apostados los arqueros, sujetó con más fuerza las riendas de su montura y, con continuos rodillazos, la dirigió hacia una pequeña escalera que parecía conducir allí. «Desde ahí arriba —se dijo—, podré saltar a la barbacana y huir de nuevo. Aunque vuelva más tarde...»

Mientras ascendía por la pequeña escalera, algunos hombres bajaron a todo correr y trataron de coger de la brida a Isobel; pero Morgennes los rechazó con brutalidad, golpeándolos con el puño y con el pie, y haciendo caer a uno de ellos contra las losas del patio, donde se estrelló con un estruendo metálico.

A una orden del hombre del turbante, una primera andanada de flechas cayó sobre Morgennes, pero la mayoría se rompieron contra los escalones de piedra o se hincaron en su armadura sin dañarlo. Por suerte, ninguna había tocado a Isobel, y una, en cambio, había alcanzado en la garganta a uno de los turcópulos, que se derrumbó entre horribles convulsiones.

Sin arma, Morgennes tenía grandes dificultades para defenderse de los soldados —templarios y turcópulos— que lo amenazaban, unos con la espada, y otros con la lanza o la maza. Si conseguía apartarlos a la izquierda, volvían por la derecha, sin concederle un momento de tregua. Y de todas partes brotaban gritos que lo conminaban a rendirse. Pero él no los escuchaba, preocupado solo por salir de aquella ratonera metálica.

Entonces recordó de pronto el *vexillum* de san Pedro, que llevaba enganchado a la silla, lo sujetó como si fuera un arma y lo hizo voltear sobre su cabeza.

—¡Por la Iglesia de Roma! ¡Estoy en misión para el Papa!

(Aquella afirmación, aunque engañosa, le había parecido, de entrada, la más apropiada.)

Poco a poco se hizo la calma. En el patio, todos miraron, boquiabiertos, la enseña del papado: el estandarte tenía en algunos lugares manchas de sangre, que Morgennes trataba de ocultar plegando las partes enrojecidas de la tela. Así consiguió trepar hasta el camino de ronda, y calculó que la cortina que conducía a la barbacana debía de encontrarse justo por debajo de él, a una distancia que estimó en solo unos pasos, un salto que, con un poco de suerte, Isobel debía poder realizar. Maniobrando con las máximas precauciones, Morgennes condujo a su yegua frente a una almena con la intención de saltar. Pero un cuadrillo de ballesta silbó en el crepúsculo y rasgó el santo estandarte.

—¿Qué tienes que decirnos que no sepamos ya? —preguntó con voz hostil el hombre del turbante, cuya ballesta de dos tableros seguía apuntando a Morgennes.

Morgennes tiró de las riendas de Isobel y observó al hombre; se trataba, desde luego, de Wash el-Rafid, pero Morgennes no lo conocía.

—Vendrán unos templarios —dijo Morgennes—. Pero esos hombres solo tienen la apariencia de templarios, a pesar de la presencia a su lado de Gerardo de Ridefort y de la Santa Cruz. De hecho son sarracenos, no debéis obedecerles...

Wash el-Rafid contempló a Morgennes con aire divertido, y luego señaló con la punta de su arma el estandarte de san Pedro.

—Este *vexillum* no te pertenece, harías bien en soltarlo...

—Nunca —replicó Morgennes.

A modo de respuesta, un segundo cuadrillo le arrancó el estandarte de las manos. La bandera flotó un instante, indecisa, en la brisa nocturna, y luego un soplo de viento se la llevó. Morgennes se disponía a seguirla cuando otra voz se elevó en el patio:

—En tu lugar, yo no me movería...

Morgennes miró hacia abajo y vio a un hombre de negro montado sobre un caballo de color rojo. No podía distinguir su rostro, oculto por el yelmo, pero le pareció que los flancos de su montura estaban anormalmente húmedos al nivel de las espuelas. Como manchados de sangre. El hombre, un gigante, tenía a su lado al joven templario que hacía un momento había tratado de detenerlo, y este blandía ahora una bandera de san Pedro exactamente igual a la perdida por Morgennes, con excepción de las manchas. Kunar Sell mantenía su hacha danesa apretada contra la garganta de Femia, y solo esperaba una orden de su maestre para cortársela.

—Ridefort y sus falsos templarios pueden venir, los espero —prosiguió el hombre de negro—. Por ellos estoy aquí. Igual que tú, imagino...

—¿Quién sois? —preguntó Morgennes.

—¿Que quiénes somos? Los que recuperarán la Vera Cruz, para mayor gloria del Temple.

—Y tú ¿quién eres? —insistió Morgennes.

—¿Que quién soy yo? ¿No me reconoces, mi noble y buen hermano Morgennes?

Morgennes lo examinó con atención. Trató de cruzar su mirada con la del hombre, pero sus ojos desaparecían en la sombra del yelmo. Su voz, sin embargo, le resultaba familiar, así como la altivez con que se dirigía a él. Por otro lado, la espada que tenía en el costado era de un tipo que no le resultaba desconocido. Era una espada bastarda. Pocos guerreros sabían utilizarla correctamente. Y, por último, estaban esos rastros de sangre, a la altura de los tobillos y de las muñecas, y sobre todo aquella pesada sobrecota de cadenas en torno al torso.

—¡Sire Reinaldo! Deberías estar muerto... —dijo Morgennes, que se preguntaba por qué extraño hechizo podía estar todavía con vida aquel hombre.

—¿Quién te dice que no lo estoy? —respondió el jinete negro levantando la

visera de su yelmo.

Era, efectivamente, Reinaldo de Châtillon, montado sobre Sang-dragon, una yegua que le había dado Sohrawardi.

Unos instantes más tarde, Morgennes se dejó conducir por los subterráneos del castillo de La Féve. De vez en cuando, pozos enrejados se abrían sobre quien sabe qué oscuridades y profundidades insondables, de donde en ocasiones surgía un grito sordo, una queja. Dos hombres se encargaban de escoltarlo: un turcópolo y el joven caballero blanco. Este último caminaba rápidamente ante ellos, con paso firme a pesar de la oscuridad que apenas disipaba la antorcha del turcópolo que seguía a Morgennes. Daba la impresión de que el joven podía prever cada pulgada de terreno, de que sabía perfectamente cuándo debía bajar la cabeza para evitar un techo demasiado bajo, estirar la pierna para bajar varios escalones a la vez o levantar el pie para evitar un desprendimiento, que saltaba con presteza. Morgennes llegó a la conclusión de que debía de pasar allí la mayor parte de su tiempo...

El joven templario aflojó el paso. Morgennes esbozó una sonrisa y también redujo el suyo. ¡De modo que era allí! Observó con atención el interior de las celdas ante las que pasaban. Aquí el cuerpo desmadejado de un adolescente, medio desnudo, con las ropas destrozadas. Probablemente un desgraciado al que los soldados cortos de instrucción habían torturado para entrenarse. ¿Sería, tal vez, Oliverio, el esclavo abandonado por Masada? Más allá, algunas celdas vacías. Un poco más lejos, la imagen fugitiva de una joven tendida sobre la piedra desnuda en su calabozo, con la cabeza apoyada en lo que parecía una manta. Como un icono, la mujer apareció en el resplandor de la antorcha. Morgennes se quedó sin aliento: ¡Casiopea!

A su paso, la joven volvió la cabeza, y un destello de sorpresa brilló en sus ojos. A Morgennes le pareció que también ella lo había reconocido.

—¿Adonde me lleváis? —preguntó Morgennes.

—¡Silencio! —ordenó el turcópolo, dirigiendo un gesto obsceno a Casiopea para advertirle de lo que le esperaba si hacía cualquier movimiento extraño.

Unas celdas más lejos, el joven caballero blanco descorrió el cerrojo de una pesada puerta de madera, que se abrió con un chirrido de goznes herrumbrosos. La habitación olía a orina, a excrementos y a vómitos de varios días. Morgennes fue invitado a entrar en la sala de tortura, donde el habitual potro, el brasero y la jaula de clavos reinaban junto a un batiburrillo de poleas y cadenas, grilletes, cuchillos de carnicero, quebrantamandíbulas, hierros para marcar, sierras, pinzas y empulgueras, ganchos, anzuelos, embudos, tornos y otros objetos de ángulos imposibles que constituían el instrumental ordinario del verdugo.

Morgennes dio un paso en el interior de la habitación y se volvió hacia el joven caballero, que había permanecido en la puerta.

—¿Puedo saber el nombre de mi verdugo? —preguntó.

—Simón de Roquefeuille —respondió el joven.

—Conocí a un Arnaldo de Roquefeuille —dijo Morgennes.

—Mi hermano —dijo Simón, intrigado—. ¿Dónde lo visteis?

—En la batalla de Hattin, poco antes de su muerte...

Simón pareció impresionado por aquellas palabras. Quería saber más, pero, detrás de ellos, el turcópulo dijo:

—Noble y buen señor, esta basura trata de engatusaros, no lo escuchéis...

—Sé lo que hago —replicó Simón.

El turcópulo adoptó un aire ofendido, y Morgennes aprovechó la situación:

—¿Desde cuándo los subalternos dan órdenes a los caballeros?

Herido en lo más hondo, el turcópulo le lanzó un puntapié tan violento en la parte baja de la espalda que Morgennes salió disparado hacia adelante y fue a chocar contra el banco del verdugo.

—¡Sube inmediatamente! —ordenó Simón al turcópulo—. Te recuerdo que un soldado no debe perder la calma en ningún caso. ¡Hablaré de ti en el próximo capítulo!

El turcópulo salió hacia la escalera refunfuñando y los dejó en tinieblas.

—¡El muy imbécil! —exclamó Simón corriendo tras él para recuperar la antorcha.

En cuanto Morgennes se vio solo en la oscuridad, empezó a buscar a tientas un instrumento que lo ayudara a desembarazarse de sus cadenas o pudiera servirle como arma. Allí no faltaba donde elegir, y al final se hizo con unas grandes tenazas. Se disponía a utilizarlas cuando Simón volvió con la antorcha. Morgennes sujetó con fuerza el pesado par de pinzas, preparándose para descargarlo con toda su energía contra la cabeza del joven.

Justo en ese momento una voz resonó en el subterráneo:

—Simón...

Era Casiopea.

—¿Sí? —respondió enseguida Simón—. ¿Qué ocurre?

Entre los dos jóvenes pronto se inició un diálogo que Morgennes aprovechó para tratar de liberarse. No era fácil. Se sirvió de la mesa para intentar fijar las tenazas, pero siempre le resbalaban. No conseguía cortar el hierro. Entonces recordó que había visto un torno y una gran lima, los buscó a ciegas entre las diferentes herramientas del banco, encontró por fin la lima, ¡y se le cayó al suelo! El ruido atrajo la atención de Simón. Casiopea, aprovechando que no la miraba, sacó rápidamente los brazos al exterior de la celda y, sujetándolo por los hombros, lo hizo caer con un puntapié en la tibia y le golpeó violentamente la cabeza contra los barrotes de su prisión.

Simón se derrumbó y la antorcha rodó por el suelo chisporroteando, amenazando con apagarse.

—¡Por aquí! —susurró Casiopea a Morgennes.

Abandonando sus instrumentos, Morgennes se dirigió hacia la antorcha que Casiopea trataba de atrapar antes de que se extinguiera por completo.

—¡Las llaves! ¡Coged las llaves, deprisa! —dijo la joven.

Morgennes se arrodilló, cogió la antorcha y se la dio.

—Sostenedme esto, veremos mejor.

A la luz de la antorcha, Morgennes volteó el cuerpo inerte de Simón para apoderarse del manajo de llaves que pendía de su cinturón, y luego abrió la reja del calabozo.

Una vez fuera, Casiopea exclamó:

—¡Gracias a Dios, estáis vivo!

—Gracias a vos —dijo Morgennes cogiéndole la mano—. Decidme, ¿cómo os sentís?

—Como vos... Estoy contenta de volver a veros, tengo la impresión de que... ¡Hablo demasiado, será mejor que nos preocupemos por salir de aquí!

Morgennes levantó sus muñecas encadenadas.

—Yo me encargo —dijo Casiopea.

Cogieron las armas y el cinturón de Simón, lo encerraron en la celda y volvieron a salir corriendo hacia el antro del verdugo. Allí, Casiopea utilizó las enormes tenazas que servían para triturar huesos para romper las cadenas de Morgennes.

—Dadme eso —dijo Morgennes, cogiendo el gran par de pinzas de manos de Casiopea—. Me servirá de arma.

De vuelta al corredor principal, Morgennes señaló el calabozo donde yacía el cuerpo del adolescente.

—¿Sabéis quién es?

—Un joven que han torturado hasta la muerte. Se llamaba Oliverio.

Morgennes se acercó al calabozo y pidió a Casiopea que lo abriera.

—Quisiera ver su rostro...

Casiopea abrió la celda de Oliverio, que tenía el cuerpo cubierto de equimosis y quemaduras.

—¿Cómo han podido hacer algo así a un niño? —preguntó Casiopea.

—Tal vez deberíamos preguntárselo a él —respondió Morgennes señalando a Simón.

Dieron media vuelta y se dirigieron rápidamente a la celda de Simón, que poco a poco volvía en sí. Casiopea abrió la reja, sacó su cuchillo de la vaina y le espetó en tono acerbo:

—¡Temo que no tengas bastante valor para servirnos de rehén!

Simón retrocedió hacia la pared del fondo.

—¿Qué vais a hacer? —preguntó—. Siempre he sido bueno con vos...

A modo de agradecimiento, Casiopea lo golpeó con tanta violencia con el pomo de su arma que Simón perdió de nuevo el conocimiento. En su cráneo, dos enormes chichones daban testimonio de los golpes que había recibido. A Morgennes le recordaron las colinas de Hattin, que llamaban los Cuernos del Diablo.

—Desnudémoslo —dijo Casiopea.

Le sacaron el gambesón de cuero, y Morgennes ayudó a Casiopea a colocárselo por encima de sus harapos.

—Qué lástima que ya no tenga la armadura de Taqi —se lamentó.

—Al parecer no impidió que os capturaran.

—No llegábamos ni a una treintena, y entre ellos había algunos viejos y niños. Cayeron sobre nosotros como una jauría de perros rabiosos.

—¿Quiénes?

—Los maraykhát. Los tomé por aliados, nos sorprendieron... Uno de ellos me cogió la armadura...

A juzgar por su mirada, le había cogido mucho más que eso, De pronto, unos pasos resonaron en la escalera. Un resplandor rojizo brilló en el otro extremo del corredor y una voz :—la del turcópulo— aulló, llena de excitación:

—¡Messire! ¡Hay que subir enseguida! ¡Ya está aquí! ¡El asalto ha comenzado!

Morgennes y Casiopea intercambiaron una mirada, y luego, muy deprisa, Morgennes fue a situarse detrás de la puerta de la sala de tortura, mientras Casiopea volvía a la celda de Oliverio y cerraba la puerta sin hacer ruido.

Finalmente, el turcópulo avanzó por el corredor. El humo de su antorcha ascendía hasta el techo, lamiendo las piedras negras de la bóveda. En el momento en que se acercaba a Casiopea, esta salió del calabozo de Oliverio, se lanzó sobre el guardia y le clavó el cuchillo en la garganta con un movimiento tan rápido que lo mató en el acto, sin darle tiempo a gritar. El turcópulo se desplomó, y su sangre formó un reguero en el polvo del corredor.

—¿Quién está ahí arriba? —preguntó Morgennes—. ¿El jefe de los falsos templarios?

Casiopea sonrió enigmáticamente.

—¿No lo adivináis? Y, sin embargo, os salvó la vida —dijo con orgullo—. Es mi primo. Su tío y mi abuelo eran de la misma sangre... —añadió recogiendo los cabellos en un moño.

Morgennes la contemplaba, preguntándose de quién podía estar hablando.

Taqi ad-Din Umar observaba el castillo de La Féve sin abandonar su posición, una colina de la llanura de la Baja Galilea, no lejos del lugar donde habían tenido lugar los primeros milagros de Cristo. Al-Fula, como lo llamaban los sarracenos, era

a los templarios lo que el Krak a los hospitalarios: uno de los eslabones más seguros de la imponente defensa desplegada por los francos en torno a sus posesiones de ultramar; un hueso atravesado en la garganta de los sarracenos en su lucha por la reconquista.

Hacía dos meses que Taqi recorría con sus tropas las tierras de los francos, y nunca se había encontrado frente a semejante desafío. Aunque el Yazak había realizado operaciones más delicadas en otro sentido, Taqi presentía que esta no sería como las otras.

¿Cuántos casales había hecho caer en dos meses? Calculaba que su número superaba la cincuenta. La mayoría habían capitulado sin combate, obedeciendo a las exhortaciones de Ridefort, que les ordenaba que no opusieran resistencia. Taqi sabía que el maestro del Temple había llegado a un acuerdo con Saladino: si Ridefort le evitaba tener que combatir para tomar los castillos más importantes de los templarios, la Espada del Islam le estaría agradecido y lo trataría con indulgencia.

Ridefort, sin embargo, parecía encontrar un placer maligno en pedir a sus correligionarios que se rindieran. ¿Qué estaba maquinando? Taqi no habría sabido decirlo, pero apostaba a que el hombre ocultaba algún truco en su bolsa. No podían esperar nada bueno de él.

—¿Qué hacemos? —preguntó Tughril, el mameluco que Saladino había separado de su servicio para prestárselo a Taqi.

—Déjame, estoy reflexionando —respondió Taqi.

El sobrino del sultán acarició el cuello de Terrible y le habló suavemente al oído. De hecho, aquella era una especie de plegaria con la que Taqi encomendaba su alma a Dios y le rogaba que lo iluminara, pues se sentía anormalmente nervioso. «Hay yinn allá abajo», se decía observando al-Fula, que se levantaba con insolencia en la noche que empezaba. Entonces recordó las palabras del jeque de los muhalliq, Náyif ibn Adid, que lo había puesto en guardia poco antes de su partida, en Hattin.

—Esto no me gusta nada —dijo a Terrible, como si la yegua pudiera comprenderlo.

Luego, haciéndole dar media vuelta, anunció a sus hombres:

—Retirémonos, esto no me inspira confianza. Mi tío (la paz sea con él) se encontrará aquí dentro de unos días con todos sus soldados. Al-Füla caerá en su mano como una fruta madura en la mano del sabio.

—Amo —dijo Tughril—, mirad...

El mameluco mostró con el dedo un ave que ascendía en vertical en el cielo, antes de volver a descender en picado. Taqi no podía apartar la mirada del halcón, como si tratara de descifrar en las curvas de su vuelo un mensaje codificado.

—¡Casiopea está aquí!

Terrible se agitó, inclinó la cabeza y tiró de las riendas, como para incitarlo a que

se apresurara.

—¡Vamos! —ordenó Taqi.

Y a la cabeza de sus jinetes se encaminó hacia al-Fula.

—Perfecto —se felicitó Reinaldo de Chátillon.

En la ventana de la gran sala de los caballeros, el siniestro Brins Arnat, que seguía sin desmontar de Sang-dragon, observaba cómo se acercaban los falsos templarios.

—¡Levantad las rejas! —ordenó con voz firme.

—¿Las dos? —preguntó un adjunto.

—Las dos —ordenó Chátillon.

Al otro lado de la sala, Yahyah observaba, fascinado, un cofrecillo de oro de forma piramidal que contenía la cabeza de un hombre, una cabeza que le devolvía la mirada. De vez en cuando la cabeza abría la boca como para aspirar un poco de aire, y volvía a cerrarla en cuanto un templario se aproximaba demasiado.

Aquel juegucito divertía mucho a Yahyah. Aparentemente era el único que se había fijado en él. El muchacho se inclinó sobre la mesa, pretextando una súbita fatiga, y murmuró:

—¿Sabes hablar?

Los globos oculares giraron en su dirección y la cabeza pestañeó dos veces.

Yahyah, cada vez más intrigado, se dijo que aquello debía significar «sí». Entonces preguntó en un susurro:

—¿Qué quieres?

La boca hizo un esfuerzo considerable, los músculos del rostro se animaron, las venas se hincharon bajo la piel como si estuvieran a punto de explotar, luego los labios pintarrajados de rojo se separaron y una voz de una profundidad sepulcral respondió:

—Ayuuuuda...

—¿Y cómo puedo ayudarte? —cuchicheó Yahyah.

—Necesiiiiito un cueeeerpo... —añadió la cabeza. Parecía que se manifestara desde el más allá de los tiempos. Luego, bruscamente, se inmovilizó. Se acercaba un guardia.

—¿Eres tú quien habla así? —preguntó a Yahyah.

—¡Síiii...! —dijo Yahyah.

Antes de añadir, ante la mueca dubitativa del soldado:

—Estoy cansaaaado...

El guardia se encogió de hombros y se fue a mirar un poco más lejos, donde Femia y Masada mantenían una animada conversación.

Una diferencia los enfrentaba. A cambio de su historia, Reinaldo de Chátillon les había propuesto tomarlos bajo su protección o dejarlos ir a donde quisieran.

«Haríais mejor en decírmelo todo, o iréis a reuniros con vuestro antiguo esclavo en las mazmorras...»

Reinaldo quería saber todo lo que había hecho Morgennes, por qué le había perdonado la vida Saladino, qué estaba haciendo allí con el *vexillum* de san Pedro. Y se mostraba igualmente intrigado por Carabas, del que uno de los pocos supervivientes de la primera guarnición de La Féve le había asegurado que era «una verdadera reliquia viviente».

Masada trató de negociar un acuerdo un poco más favorable con Chátillon (lo que provocó que este estallara en carcajadas), y Femia se negó en rotundo a aceptar el trato: no quería que le arrebataran a Morgennes.

Al ver que Chátillon se sorprendía por el interés que su mujer mostraba por el hospitalario, Masada explicó:

—Ella fue quien lo compró, messire. ¿Comprendéis? ¡Es como algo suyo!

—¿Y vuestro? —preguntó Chátillon—. ¿Ese hombre no es nada para vos?

—¡Nada en absoluto, messire, os lo aseguro! —protestó Masada.

—¡Judas! —le gritó Femia.

—¡Lo aduláis demasiado! —dijo Chátillon riendo, antes de volverse hacia Masada—: Y ese Yahyah, ¿es vuestro esclavo?

—Sí, messire —murmuró Masada a media voz.

—¿Por qué tanto apuro en confesarlo? —replicó Chátillon—. No hay nada malo en aprovechar los encantos de un joven... ¿No es eso lo que queríais hacer con Oliverio?

Masada no respondió. Era evidente que ocultaba un secreto.

—Están aquí, señor —anunció un templario blanco.

—Bien —respondió Chátillon—. Cuando Ridefort y la Vera Cruz estén en el patio del castillo, bajaréis los rastrillos.

Crucífera brillaba.

Cada vez que había peligro, *Crucífera* brillaba. Taqi no se cansaba de mirar aquella espada, la más bella, la más equilibrada que nunca hubiera tenido en sus manos. No lamentaba en absoluto habérsela arrebatado a Morgennes, con mayor razón aún porque también Sohrawardi la ambicionaba. Nunca hubiera podido cabalgar en paz sabiendo que el amo de los yinn estudiaba la espada en busca de sus secretos. La historia estaba llena de esas hojas encantadas. Algunas tenían su personalidad, y ese era el caso de *Crucífera*.

El castillo estaba ahora al alcance de la voz. Levantando la mano, Taqi ordenó el alto. Los hombres del Yakaz obedecieron instantáneamente, adoptando una posición idéntica a la de los verdaderos templarios. Luego, como había hecho ya cerca de cincuenta veces, Taqi se volvió hacia Gerardo de Ridefort y le dijo:

—¡A vos!

Ridefort hizo avanzar unos pasos a su montura. Cuando estuvo seguro de encontrarse a la vista de las murallas del castillo, a pesar de la oscuridad, clamó:

—¡Por Nuestra Señora todopoderosa! ¡Por Cristo! ¡Nobles y buenos hermanos, escuchadme!

—¡Anunciaos y decid con quién queréis hablar! —dijo una voz desde lo alto del castillo.

—¡Soy vuestro maestro, Gerardo de Ridefort, y quiero hablar con el comendador de La Féve!

—Hablad —dijo la voz en tono neutro, en absoluto impresionada por sus declaraciones.

Ridefort se volvió hacia Taqi ad-Din, que había vuelto a sujetar el pomo de *Crucífera* para adivinar lo que sentía la espada. Taqi seguía convencido de que les estaban tendiendo una trampa. Viendo que Ridefort esperaba sus instrucciones para continuar, le hizo una discreta señal con la mano, y el antiguo maestro del Temple declaró:

—¡Buenos señores, en nombre de Cristo todopoderoso, en nombre de Nuestra Santa Señora y en mi propio nombre, os ordeno que abandonéis este castillo inmediatamente!

No hubo respuesta.

Ridefort, viendo que sus palabras no producían ningún efecto, pidió autorización a Taqi para enarbolar la Santa Cruz. En raras ocasiones había tenido que hacer uso de su autoridad. A su vista, la mayoría de las veces los templarios se rendían. Y, aunque de vez en cuando habían tenido que combatir, por lo general solían ser combates fáciles, contra guarniciones disminuidas, desmoralizadas y mal equipadas. En cada ocasión el resultado había sido una matanza.

—¡Por la muy santa reliquia de la Vera Cruz, en nombre de Nuestro Señor Jesucristo, os ordeno que salgáis y os unáis a nosotros! ¡Es Cristo quien manda!

En su fuero interno, Ridefort se preguntaba por qué Taqi no daba orden a sus tropas de penetrar en el castillo, ya que los rastrillos estaban levantados. ¿Temía, tal vez, una emboscada? Finalmente, viendo que nada se movía en el interior de la fortaleza, y un poco avergonzado, Ridefort dijo a Taqi:

—Señor, no me escuchan... Creo que hay que entrar en la plaza...

—Ahí están —respondió lacónicamente Taqi.

En efecto, una decena de caballeros salieron a pie de al-Füla, llevando a sus caballos de la brida. Una veintena de hermanos sargentos y otros tantos auxiliares los seguían.

Los hombres del Yazak se afanaban ya en torno a ellos para desarmarlos. El hombre que los encabezaba se acercó a Ridefort.

—Ya no hay nadie, noble y buen maestro... De todos modos —añadió con expresión de tristeza—, no habríamos podido resistir mucho tiempo...

—¡He venido a liberaros! —exclamó Ridefort.

El comendador le dirigió una mirada extraña y luego se dirigió hacia sus hombres, que se encontraban más abajo en el camino, al pie de al-Füla. Al descender, se cruzó con los soldados del Yazak, que subían hacia La Féve, donde Ridefort, Tughril y Taqi acababan de entrar.

El grueso de las tropas del Yazak había franqueado ya la barbacana, cuando de pronto los rastrillos cayeron con un ruido infernal. El del castillo aplastó en su caída a un caballero y a su montura. El hombre y la bestia, ensartados, se debatieron con tanta energía, lanzaron gritos tan espantosos, que todos les desearon una muerte rápida. Sus movimientos desordenados no hacían más que acrecentar su suplicio. Finalmente, tras un último espasmo, dejaron de moverse.

En el patio del castillo, Terrible se encabritó y Taqi sacó a *Crucífera* de su vaina. La espada brillaba con una fría luz azul. Tughril, por su parte, se esforzaba en levantar de nuevo el rastrillo.

Los hombres del Yazak se encontraban entre dos fuegos. Los que se hallaban atrapados entre el rastrillo de la barbacana y el del castillo se veían acosados por una lluvia de flechas tan densa que el cielo parecía sólido. Los hombres se protegieron bajo los escudos, pero sus monturas se desplomaron, lo que algunos aprovecharon para ponerse a cubierto. Otros se desplazaron pegados a los muros, ocultándose tras sus defensas, y se dirigieron hacia el rastrillo del castillo para contribuir a los desesperados esfuerzos de Tughril.

En el exterior de la barbacana, la situación no era mejor.

Los caballeros del Temple que habían entregado sus armas a los hombres del Yazak habían cogido otras nuevas, que se encontraban ocultas desde hacía varios días al pie de al-Fula: lanzas, picas, espadas, mazas y arcos a decenas, flechas a centenas, escudos y gambesones de cuero para el caso de que les hubieran retirado la armadura, algo que los sarracenos no habían llegado a hacer. Así, el puñado de hombres de Taqi que no había podido pasar al otro lado de la barbacana se encontró cogido por la espalda por una potente carga de caballería y una granizada de flechas que dejó clavados a varios soldados allí mismo. Después los infantes acudieron a acabar el trabajo con la maza, la pica, la espada, golpeando con más vigor aún pues todos habían perdido a un hermano o a un amigo en el curso de la batalla de Hattin.

Sin embargo, los soldados del Yazak no se amedrentaron. Aquella unidad de élite estaba acostumbrada a vivir aislada y a actuar sin la protección de las tropas de Saladino. Por eso contaba, ante todo, consigo misma. Siempre armados y en guardia, sus hombres confiaban en su coraje y su fuerza; porque su fuerza era una de sus mayores cualidades, y su bravura una segunda naturaleza.

Trataron de reagruparse, pues, en torno a su jefe, cuya espada distinguían detrás de la reja del castillo. Parecía, por otra parte, que los esfuerzos conjugados de Tughril y de algunos sarracenos acabarían por dar resultado, ya que la reja se levantó a una altura de varias manos, permitiendo a un primer soldado del Yazak deslizarse del lado de Taqi.

Casiopea y Morgennes llegaron justo en el momento en que Reinaldo de Châtillon, Wash el-Rafid y los maraykhát salían de la sala principal para enfrentarse a los hombres del Yazak.

Mientras Kunar Sell causaba estragos descargando golpes con su gran hacha danesa, Wash el-Rafid apuntó a Taqi y apretó el disparador de su ballesta. Un silbido rasgó el aire: alcanzado en el brazo, Taqi había soltado a *Crucífera*. La espada, al saltar, había perdido su brillo, pero había resplandecido lo bastante para atraer la mirada de Morgennes.

—¡Por aquí! —gritó a Casiopea, mostrando a *Crucífera*.

—¡Por allí! —respondió ella, señalando a Taqi, que palidecía con una rapidez anormal.

—¡El veneno de los maraykhát! —exclamó Morgennes—. ¡No hay tiempo que perder!

Aprovechándose del tumulto y del hecho de que sus ropas los disfrazaban a ojos de los templarios, Morgennes y Casiopea se precipitaron hacia Taqi, que se desplomó sobre su silla y cayó luego pesadamente al suelo. Casiopea se inclinó sobre su primo.

—¡Hay que ponerlo a resguardo! —gritó a Morgennes.

Desesperado por tener que renunciar a *Crucífera*, Morgennes cogió a Taqi en brazos y lo llevó hacia la entrada de los calabozos. Casiopea, mientras tanto, miraba a la yegua de Taqi, rodeada por todos lados de asaltantes. El gran caballo blanco galopó coceando, derribó a los hombres y se encabritó ante ellos antes de caer con el vientre abierto por un poderoso hachazo.

—Adiós, Terrible —dijo Casiopea—. ¡Que Dios te proteja, lo necesitarás!

Luego siguió a Morgennes, cerró la puerta tras ellos y la atrancó con su arma, atenta a los ruidos del combate.

De la veintena de soldados del Yazak cogidos en la trampa de la barbacana, la mitad habían podido pasar al patio del castillo. Allí combatían con sangre fría, algunos sosteniendo dos grandes escudos tras los que un camarada armado con un arco lanzaba una andanada de flechas. Su objetivo era la sala principal. Los hombres se dirigían hacia allí a paso de carga, esforzándose en moverse como un cuerpo compacto.

Para darse ánimos, se comunicaban el número de adversarios que habían abatido y la posición de los que los reemplazaban; y por el aire volaban como disparos

enjambres de cifras: «¡Tres!» y «¡Cuatro!», seguidos de «¡Cuidado, a la izquierda!», «¡Cuidado, a la derecha!». Aquellas palabras les infundían nuevo coraje, y Tughril descargaba su espada redoblando los golpes contra los yelmos de los templarios, hendiendo cráneos, reventando bacinetes, perforando cotas de malla y abollando escudos.

Los soldados atravesaron la gran sala, dejando en ella a un buen número de los suyos, y alcanzaron la barbacana. Una vez que se hallaron en la habitación desde la que se manejaban los rastrillos, comprobaron con horror que estos ya estaban abiertos. Habían querido procurarse una salida, ¡pero los templarios habían permitido que los compañeros que habían quedado en el exterior pudieran entrar!

Reagrupando sus fuerzas, sin perder el ánimo, los hombres de Taqi bloquearon las cadenas de los rastrillos en posición elevada y, con la ayuda de sus armas, abrieron un camino de vuelta.

Pocos de entre ellos sobrevivirían, y lo sabían. Pero eso no les impedía combatir heroicamente, porque se habían preparado para morir como mártires para los que, según decía el Profeta: «El golpe de un arma es menos temible que la picadura de una hormiga, y más deseable que el agua dulce y fresca en un ardiente día de verano».

Por eso, cuando vieron adelantarse hacia ellos al terrible Reinaldo de Chátillon, montado en Sang-dragon, muchos se lanzaron al combate pensando en el demonio. Su presencia era a la vez insólita y horrible. Tughril fue el primero en abalanzarse sobre él, pero Reinaldo lo mató con un poderoso mandoble, que hendió a la vez su escudo y su brazo, antes de partirlo en dos.

—¡De parte de Sohrawardi! —exclamó, y se lanzó contra otro adversario.

Morgennes había anudado un trozo de *keffieh* en torno al brazo de Taqi, cuyo estado, por fin, se había estabilizado. Luego, un par de vigorosas bofetadas asestadas por Casiopea ayudaron a su primo a recobrar el conocimiento. Taqi los había observado sin comprender. Entonces le explicaron lo que había ocurrido. Cada uno de ellos ardía en deseos de hacer preguntas a los otros dos, pero no tenían tiempo para aquello. Los tres cómplices habían decidido salir de los calabozos e ir a apoyar a sus camaradas. Luego interrogarían a Simón: «¿Quiénes eran esos famosos templarios blancos? ¿Por qué Wash el-Rafid combatía con ellos? ¿Y cómo se explicaba que Chátillon estuviera vivo todavía?». Cuando estuvieron dispuestos, salieron de las mazmorras, bajo la mirada inquieta de Simón, que temía más por Casiopea que por su vida.

El patio del castillo tenía un aspecto propio del fin de los tiempos.

Al lado de Morgennes, el cadáver de un caballo le recordó el campo de batalla de

Hattin. Más allá, los cuerpos de los soldados del Yazak y de los templarios, la mayoría con la cruz roja y el manto blanco, se encontraban entremezclados de tal modo que no se podían diferenciar. Sondeando las tinieblas con la luz de su antorcha, Taqi, Morgennes y Casiopea buscaban, cada uno, una cosa diferente.

Taqi iba en busca de Terrible y de supervivientes del Yazak, mientras que Morgennes solo pensaba en *Crucífera* y en la Vera Cruz. Casiopea, por su parte, estaba al acecho. Escrutaba el cielo en busca de su halcón, mientras registraba los menores rincones en sombra para asegurarse de que ningún enemigo se ocultaba en ellos.

Pero no había ni rastro de todo aquello.

—Deberíamos echar una ojeada a la sala principal —propuso Casiopea.

Los dos hombres asintieron. Mientras se dirigían a la escalera, escucharon un relincho tras ellos.

—¡Terrible!

Taqi se puso pálido como un fantasma.

La desgraciada yegua se enredaba las patas en sus entrañas. Al desplazarse se movía con una torpeza que provocaba lástima. Al ver a Taqi desde el lugar donde se había tendido para morir, el animal se había levantado para acercarse a él. Pero su encuentro sería de corta duración. Cada paso de la yegua era una tortura que, si bien aceleraba su agonía, la hacía sufrir un poco más.

—¡Terrible! —exclamó su dueño, conteniendo un sollozo.

Taqi se acercó a la yegua, le puso la mano en la frente y hundió los dedos en sus crines. El animal tenía los ojos húmedos y parecía suplicarle algo; mientras frotaba su cabeza contra la de su amo, lamiéndole la cara con la lengua ensangrentada y cubriéndolo de besos con sus labios lastimados.

Sin dejar de acariciar a Terrible ni de hablarle al oído, Taqi cogió con su mano libre un largo puñal de hoja curvada que llevaba a la cintura y, con un rápido gesto, le cortó la garganta. La yegua se desplomó sobre sus patas delanteras, luego sobre las traseras, se levantó con un brinco furioso y murió.

Taqi ya no se movía. Se había arrodillado junto al cuerpo de Terrible y recitaba una oración. Morgennes y Casiopea lo escucharon en silencio.

Cuando hubo terminado, se dirigieron a la sala de los caballeros.

En un rincón, Femia lloraba a lágrima viva, apretando a Babucha contra su pecho. Al olfatear a Morgennes, la perra corrió hacia él para hacerle fiestas. Morgennes se dio cuenta entonces de que el animalito estaba cubierto de sangre, aunque no tenía herida alguna. Aquella, por tanto, no era su sangre: era la de Femia, que había recibido una puñalada en el pecho.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó Morgennes, mientras Casiopea trataba de ayudarla.

—¡Han muerto, o se han ido, todos! —respondió Femia sollozando.

—¿Y Masada? ¿Y Yahyah?

—*Yallah!* —exclamó Femia, haciendo un gesto con la mano.

—¿Dónde? —insistió Morgennes. Femia señaló a la perra.

—Ella lo sabrá. Ella te conducirá hasta ellos. Pero hay que apresurarse...

—¿Se han ido con la Vera Cruz?

—No. Reinaldo de Chátillon se ha apoderado de la cruz... ¡Morgennes! ¡Llévame contigo! ¡No me dejes sola!

—Estoy aquí, estoy aquí —dijo Morgennes, apretándola contra su pecho...

—¿Se han llevado un cofre en forma de pirámide, con una cabeza en su interior? —preguntó Casiopea.

—Mi marido la cogió —respondió Femia—. Y a *Crucífera* también... Y a Yahyah... Han ido a donde él va siempre, al desierto, al este... Donde paga sus remedios a precio de oro...

—¿Dónde es eso?

—En el oasis de las Cenobitas. Babucha, lo encontraréis gracias a Babucha. Ella seguirá la pista del niño, siempre la llevaba en brazos. ¡Pero daos prisa, porque lo matará!

Durante un breve instante, la mujer cerró los ojos. Morgennes creyó que había muerto. Se levantó, pero Femia lo sujetó.

—¡Morgennes, llévame! ¡No quiero quedarme aquí! Toma...

Con mano temblorosa, Femia se sacó de los dedos, de las manos, del cuello, la joya en forma de palmera y todas las que los hospitalarios le habían dado como compensación por la compra de Morgennes.

—Cógelas —dijo—. No las pierdas... Sobre todo, di a mis hermanas que lamento haberlas dejado...

Un estertor la obligó a callar. Morgennes cogió las joyas, la levantó y la llevó al patio.

Había caído la noche.

Taqi había sacado de las cuadras una decena de caballos, entre los que se encontraba Isobel.

Morgennes miró a Femia. Estaba muerta. Esperó un poco, como resistiéndose a abandonarla; luego la depositó en el suelo y volvió a ponerle todas sus joyas, con excepción de la palmerita, la única que ya tenía en Damasco. A continuación fue a buscar a Simón y lo obligó a cavar varias tumbas. Cuando hubo acabado de enterrar a Femia, Tughril, Terrible y los otros, Morgennes tomó al joven templario bajo su protección; Simón había prometido que se mantendría tranquilo y que les diría todo lo que quisieran saber.

Pero la información más importante la proporcionó Taqi. Morgennes dudaba entre

seguir a la perrita, que parecía querer ir al este, y perseguir a los templarios, cuyo rastro apuntaba al sur y a Jerusalén. Taqi lo disuadió de perseguir a Châtillon.

—¿Por qué? —preguntó Morgennes.

—Porque él no tiene la Vera Cruz.

Libro III

Memento finis

(«Piensa en tu muerte»; «Piensa en tu fin»)
Divisa de los templarios

La Verdad ha llegado, el error ha desaparecido. ¡El error debe desaparecer!

Corán, XVII, 81

Galopando sin tregua ni descanso, agotando a sus monturas, cubrieron a la velocidad de los yinn distancias extraordinarias. No se dirigieron hacia oriente ni hacia el mediodía, sino hacia el norte, conforme a las indicaciones de Taqi.

—¿Sabes? —le había dicho a Morgennes—, mi tío (la paz sea con él) nunca hubiera corrido el riesgo de confiarme lo que vosotros, los *dhimmi*, llamáis la Vera Cruz. No porque en mis manos pudiera correr un peligro mayor que en las de otro, sino porque pensó que era preferible ponerla a resguardo de todas las manos, fueran cuales fueran.

Morgennes le preguntó entonces dónde había escondido Saladino la Santa Cruz.

—No debería decírtelo, pero, como me has salvado la vida, te responderé: nunca se ha movido de su sitio. Por otra parte, mi tío pronto volverá a buscarla...

—¿Qué quieres decir con eso?

—Sencillamente lo que acabo de decir: nunca se ha movido. Y, como te he prometido, te conduciré hasta lo que vosotros llamáis la Vera Cruz.

Morgennes, irritado por la manía de Taqi de llamar a los cristianos «vosotros», le espetó con cierta brusquedad:

—¿Qué diferencia estableces entre «la Vera Cruz» y lo que «nosotros» llamamos la Vera Cruz?

—Es bien evidente —respondió Taqi—. Vosotros, los *dhimmi*, inventáis cerraduras para casas que no tienen puertas y, cuando alguien llega con una llave falsa, os extrañáis al ver que se abren.

—¿Podrías, por favor, ser un poco más claro?

—Es muy sencillo. La cruz truncada que os arrebatamos en Hattin se componía de dos partes: el relicario y el travesaño en que Jesucristo fue crucificado. Yo partí con el relicario, y el travesaño se quedó en Hattin. Después no resultó muy difícil colocar un pedazo de madera de sicómoro en el interior del relicario y engañar a los pocos templarios que quedaban, felices por tener una buena excusa para rendirse. Fue un juego de niños. Como decimos nosotros: «Muchas astucias valen más que una tribu». Pero todo esto solo fue posible porque el Altísimo así lo quiso, ¿comprendes, *dhimmi*?

Morgennes comprendía. Sí, comprendía perfectamente. Sin saber muy bien por qué, redujo el paso y dijo a Taqi:

—Deja de llamarme *dhimmi*. Sabes muy bien que he renegado de mi fe para

abrazar la tuya...

—¿Sabes lo que decimos nosotros? —replicó Taqi—. «Besa la mano que no puedas morder.» Tengo un gran respeto por ti, *dhimmi*, pero no me pidas que crea en tu conversión. Tal vez hayas conseguido engañar a los míos, tal vez hayas conseguido engañar a los tuyos y tal vez hayas llegado a engañarte a ti mismo, pero a mí no me has engañado. No he olvidado tus palabras, *dhimmi*: «Dios no se rinde nunca». Eras tú quien tenía razón. Tu Dios no se ha rendido: ¡os ha abandonado!

Dicho esto, se alejó en compañía de Casiopea, dejando a Morgennes con Simón.

—¿Qué ha querido decir? —preguntó este.

Morgennes le dirigió una mirada glacial.

—Solo esto: la Vera Cruz nunca ha salido de Hattin.

Simón reprimió un escalofrío, como si volviera a ver pasar ante él días enteros consagrados a la adoración de un falso Dios. En cuanto a Morgennes, de hecho no había respondido a su pregunta, de modo que precisó:

—Noble y buen sire, perdonadme, pero ¿fue sincera vuestra conversión?

—Así lo creía —dijo Morgennes—. Ahora ya no lo sé.

Simón no insistió. E hizo bien, porque Morgennes se encontraba de un humor sombrío. A decir verdad, su conversión a la fe mahometana, aunque sincera en el momento —o, mejor dicho, aceptada, consentida—, tenía algo de artificial. Morgennes se daba perfecta cuenta de ello. Pero ¿qué otra cosa podía hacer, si quería servir a Dios y cumplir su misión hasta el final, si no era renegar de sí mismo? Había traicionado, sí, se había condenado, sin duda, pero lo había hecho por Dios, por Dios únicamente. Aunque debiera pagar el precio.

Morgennes se sentía un poco confuso, y su turbación no dejaba indiferente a Simón: para él, los hombres se dividían en valientes y pusilánimes, pero Morgennes no parecía pertenecer a ninguna de las dos categorías.

Taqi, con sus palabras, había devuelto a Morgennes a su camino. Se habían acabado las ilusiones, la idea de que todo podría ser preservado, su inocencia y su misión, su fe en Dios, su lugar en el paraíso. Oh, su lugar en el paraíso. ¡Lo hubiera cambiado al instante por la Vera Cruz si hubiera podido! ¿Y no era eso lo que había hecho? Entonces, ¿qué importaba que actuara, que razonara, por orgullo... si al final encontraba la Vera Cruz?

Seguiría siendo mahometano mientras Saladino no lo desligara de su juramento. Seguiría buscando la Vera Cruz, tal como había prometido a Alexis de Beaujeu, y sobre todo tal como se lo había prometido a sí mismo cuando había visto pasar la montura de Rufino en el campo de batalla, en Hattin.

Decididamente, siempre volvía a aquel funesto combate en el que la muerte lo había esquivado en varias ocasiones, donde había sido —para su gran vergüenza— el último soldado en rendirse, y donde había renegado de su fe. ¡Cuántas pruebas

atravesadas desde entonces, cuánto camino recorrido! Morgennes tenía la impresión de vivir una pesadilla.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Simón, que ya se impacientaba.

—¿Qué quieres hacer? —dijo Morgennes.

Simón esbozó un gesto en dirección a las dos siluetas que cabalgaban a lo lejos. Cierta, una era Casiopea, pero desde que habían salido de La Féve no le había dirigido una palabra, ni una mirada, y solo parecía preocupada por su halcón.

—Están lejos, podemos irnos —soltó, desesperado, sabiendo que eso significaba abandonar a Casiopea.

—¡Y dejar la Vera Cruz! —se indignó Morgennes.

—¡La Vera Cruz! Soy el primero en querer encontrarla, pero volveremos más tarde, con un ejército.

—¿Con cuál? ¿Con el de Conrado de Montferrat, que no quiere moverse de Tiro? ¿Con el de los hospitalarios, en plena recomposición, o con el del Temple, diezmado? Te recuerdo que las fuerzas del reino fueron completamente masacradas en Hattin.

—¡Quedan los templarios blancos! —exclamó Simón.

—Los templarios blancos... —Morgennes lanzó un suspiro—. ¿Puedes decirme qué esperabas encontrar entre ellos? ¿No te bastaba ser un manto blanco? ¿Necesitabas más? ¿Y si te dijeran que los templarios blancos son una sociedad secreta creada según el modelo de los nizaritas?

—¿Y qué sabéis vos de eso? —replicó Simón—. ¡Si ni yo sé nada!

—¿Ah, no? Y ese hombre, con su ballesta...

—¡El enviado del santísimo padre! —se indignó Simón—. ¿Cómo os atrevéis...?

—¿Que cómo me atrevo? Simplemente, planteando preguntas, mostrándome curioso. Y no creo que sea un pecado. Solo lo es para las personas a las que molestan estas preguntas. En el fondo, supongo que no sabes gran cosa de los templarios blancos. Por otra parte, tampoco debes de saber demasiado sobre el Temple.

—¡Conozco la regla!

—Desde luego. Estoy seguro de que te la sabes de memoria. Pero ¿conoces su historia?, ¿sus principios, sus costumbres, sus errores, sus defectos, sus zonas de sombra y de luz? ¿Sabes lo que son un templario, un hospitalario o incluso un nizarita?

—Los dos primeros son soldados de Cristo. El otro es un ismailí, es decir, un mahometano que no se reconoce en el poder que tiene su sede en Bagdad.

—¿Y eso qué significa? ¡Palabras! ¡Solo palabras! ¡Palabras y más palabras, palabras y plegarias, palabras, cantos, responsos, oraciones y qué sé yo qué más! ¡Palabras y viento! No es difícil hablar. En lo que a mí se refiere, ser un soldado de Cristo es obedecer a Cristo, responder a su mensaje, que es ante todo un mensaje de amor, y servirlo, ¡a Él antes que al Temple, al Hospital o al Papa!

—Blasfemáis —protestó Simón—. Os recuerdo que el Papa es el vicario de Cristo, que estamos a sus órdenes y que san Bernardo nos dio una regla, no muy alejada de la vuestra, que nos preserva del pecado de homicidio y nos mantiene en el recto camino.

—Que tú acabas de abandonar al venir con nosotros —indicó Morgennes en tono cansado.

—No más que vos al abjurar —replicó Simón.

Morgennes no respondió. Desde hacía dos meses lo había abandonado todo, su alma, su fe, su honor y a los suyos, por una sola razón: encontrar la Vera Cruz. Estaba cansado de combatir, cansado de tener que explicarse y justificarse ante personas que no entendían nada de aquello. Para acabar, dijo a Simón:

—Haz lo que quieras. No tengo ganas de considerarte como un enemigo ni como mi prisionero. Si quieres ser mi escudero, te acepto a mi servicio. Si quieres irte, vete. Pero, si quieres seguirme, has de saber que por ahora confío en Taqi. Aunque con ello deba perder, un poco más aún, mi honor, mi alma y mi vida.

Simón estaba perplejo. Tenía la extraña sensación de encontrarse en falta. Sin embargo, era él quien estaba en lo cierto, ¿no?

Aquel hombre, no sabía cómo decirlo..., decididamente no era como los otros.

Es verdad que no era la primera vez que Simón se encontraba confundido de aquel modo. Antes de Morgennes, sus hermanos, y luego Wash el-Rafid y Reinaldo de Chátillon, habían dejado en él su huella. Pero Morgennes era, entre todos, el más enigmático, el más sorprendente. En cierto modo, todos tenían rasgos comunes. Hablaban poco, actuaban con rapidez y determinación, y cada uno de ellos proyectaba la imagen de una personalidad fuerte, incorruptible. Pero en el caso de Morgennes existía una fisura. Y aquella fisura había emocionado a Simón.

Llevado por un terrible presentimiento, sintiendo que las lágrimas le asomaban a los ojos, dijo simplemente:

—Acepto seguiros.

—Me alegro de ello —dijo Morgennes.

Y ambos espolearon sus monturas para alcanzar a Casiopea y Taqi. Aunque ya no podían ver sus caballos, todavía podía leerse el rastro de su paso en el suelo, en las bostas y las huellas de herraduras.

—¿Me diréis por fin cómo murió mi hermano? —preguntó Simón.

—Pidió a Dios que le perdonara sus faltas y lo acogiera en su casa—respondió Morgennes—. Y estoy seguro de que está en ella ahora. Pero un poco antes de morir dijo una frase en latín: *Gloria, laus...*

—... *et honor Deo in excelsis!* Fueron las últimas palabras que pronunció nuestro padre cuando nos encargó una misión, a nosotros, sus cinco hijos, para determinar quién sería más digno de ser su heredero.

—¿Una prueba?

Simón respondió con una sonrisa:

—Nos encargó que le lleváramos la Vera Cruz.

—¿No le bastaba un fragmento?

—Tendrá que conformarse...

—¡Esperémoslo!

Casiopea, profundamente marcada por las pruebas que había soportado, casi no decía palabra, como si estuviera obsesionada por algún misterio. En cuanto a Taqi, echaba de menos a Terrible; además, la yegua en la que ahora cabalgaba no tenía la potencia ni la resistencia de su compañera de tantos años.

—Si hay un paraíso para los humanos —decía a Casiopea—, tiene que haber uno para los caballos como Terrible. Valía más que muchas personas a las que he conocido...

Casiopea no escuchaba a su primo. Se sentía feliz por haberlo encontrado, y se alegraba de que la hubieran arrancado de las garras de los templarios, pero se planteaba algunas preguntas acerca de Morgennes. Porque era a él a quien buscaba. Ahora estaba segura. Y pronto se lo diría. Había llegado el momento de volver a Francia, y para Morgennes, de abandonar las órdenes. Lo que no debía ser difícil de conseguir: el Hospital ya le había entregado la carta de exclusión. Sin embargo, Morgennes era tan imprevisible... ¿Quién podría decir lo que haría dentro de un año, de un mes o al día siguiente?

Casiopea, por su parte, ni siquiera habría apostado por la hora siguiente. No porque Morgennes fuera un veleta, sino porque su destino escapaba a los hombres. Como todo el mundo, Morgennes buscaba algo. Ella no habría sabido decir qué, pero tenía el convencimiento de que lo perseguía con tanta avidez, ambición y pasión como los que se agotaban corriendo tras la gloria, las mujeres, el poder o el dinero. Si Morgennes parecía inconstante, era porque no se veía el camino por el que transitaba. De hecho, estaba claro que caminaba solo, dramáticamente solo.

Las llanuras, las casas, los campos y los huertos abandonados se sucedían, devastados por completo. Finalmente, cuando las cumbres del monte Tabor se difuminaban tras ellos, una gran llanura dorada se extendió hasta el horizonte. Sus monturas levantaban en ella un fino polvo claro, más pálido aún que la arena del desierto. El polvo volaba con el viento, que empezó a soplar, primero suavemente y luego cada vez con más fuerza. Al elevarse, se pegaba al pecho de los caballos, se aglutinaba sobre sus flancos, se deslizaba entre las mallas y los pliegues de las ropas de los cuatro jinetes. En cuanto a Babucha, prácticamente había desaparecido en un torbellino de arena. Por eso Morgennes la levantó como a un gato, por la piel del cuello, para sentarla sobre su silla contra él. Casiopea y Taqi habían reducido la

marcha, e invitaron a sus compañeros a imitarlos. Avanzaban con sus monturas tan pegadas unas a otras que un animal no hubiera podido escurrirse entre ellas. Para franquear aquellas vastas extensiones de tierra, tuvieron que cabalgar el doble de tiempo que para llegar a ellas. Pronto los abrasó la sed. Pero beber hubiera sido inútil, ya que a cada trago podía sucederle una bocanada de arena. Lo mejor era continuar, con el rostro protegido por una *keffieh*.

Si hacía falta, se detendrían.

Aquel extraño viaje los llevó no lejos de Tiberíades. El viento los había depositado en las orillas del lago. Al oeste, los montes escarpados de la colina de Hattin se escalonaban hacia el cielo, encuadrando el pequeño monumento construido por Saladino para celebrar su victoria.

Los cuatro jinetes desenrollaron sus *keffieh* y las sacudieron en la brisa de la tarde para expulsar la arena; luego se fueron a beber al lago, donde unos meses antes había acampado el ejército de Saladino. A continuación Taqi se lanzó en dirección a los Cuernos de Hattin, haciendo amplios gestos con el brazo para llamar a Morgennes.

—¡Por aquí, *dhimmi*, por aquí!

Morgennes espoleó a Isobel, temblando a la vez de excitación y de miedo. Se preguntaba si era posible que por fin se encontrara tan cerca de la meta. ¿No iba a engañarlo Dios una vez más, como lo había engañado tantas veces, allí mismo, jugando con su sed y con su vida?

—Hay que cavar allá —indicó Taqi.

Y señaló una superficie de tierra blanda, no lejos de un macizo de adelfas. Morgennes contempló el terreno un breve instante y volvió la mirada hacia el lugar de la batalla, donde numerosos montículos de huesos blanqueados formaban un curioso paisaje. Desde abajo no los había visto, pero desde aquellas alturas se hubiera dicho que eran cráteres, un sembrado de manchas y de costras que daba a la llanura un aspecto lunar. Numerosos cuerpos parecían intactos y otros estaban resecos. Pantorrillas que ya no tenían pierna salían de calzas hechas jirones; esqueletos con la caja torácica hundida habían sido vaciados por los buitres y por enjambres de gruesas moscas. Sus huesos rotos brillaban al sol, como una maraña resplandeciente en medio de la arena. En algún lugar, entre ellos, se encontraban sus antiguos compañeros, y también Arnaldo de Roquefeuille, al que Simón buscó llamándolo por su nombre.

Dejándose caer de rodillas más que arrodillándose, Morgennes empezó a escarbar en el suelo, primero con las manos y luego con ayuda de su cuchillo. Simón, Casiopea y Taqi lo ayudaron. Cavaron con una mezcla de impaciencia y de precaución bajo la asombrada mirada de Babucha, que descansaba, con la lengua colgando, a la sombra de la gran cruz donde habían crucificado a Reinaldo de Châtillon.

Finalmente Morgennes tropezó con su cuchillo con algo que parecía madera, despejó el conjunto con las manos y sacó de la tierra una plancha con una longitud de un poco más de seis palmos por uno de anchura.

—¡La Vera Cruz!

Simón lloró, derramando abundantes lágrimas sobre la Santa Cruz, que Casiopea miraba con aire indiferente. Morgennes se levantó y abrazó a Taqi.

—Verdaderamente eres la persona más noble que conozco. ¿Cómo podré agradecértelo?

—Soy yo quien te da las gracias —respondió Taqi—. Porque nos haces un favor inmenso, *dhímmi*. Mi tío (la paz sea con él) no se equivocaba: la Vera Cruz os divide más de lo que os une. Ahora los templarios y los hospitalarios pelearán hasta que no quede ninguno para saber quién la ha encontrado realmente...

—¿Cómo? —saltó Morgennes—. ¡No me dirás que no es esta!

Taqi suspiró. Luego cruzó los brazos y se apoyó contra la chambrana de piedra del pequeño monumento.

—Entra conmigo, ¿quieres? Hoy dormiremos aquí. La noche trae consejo.

—Yo no dormiré. Quiero pasar la noche rezando, junto a la Vera Cruz.

—¿Ya no tienes la fe verdadera?

—Sí —dijo Morgennes—. Pero ya no es la tuya.

—Mi tío no te ha desligado de tu juramento. ¿Renegarás de tu palabra?

Morgennes no respondió nada. Su mirada se perdió en la llanura de Hattin, pasó de montículo en montículo y luego se dirigió a la gran cruz del monumento de Saladino.

—Vosotros también erigisteis esta cruz —dijo.

—Tal vez —convino Taqi—. Pero no la adoramos. Era para matar a uno de los tuyos e infligirle el justo castigo elegido por él mismo. Por lo que sé, los cristianos no tienen el monopolio de la cruz.

—¿Cuándo veré a Saladino?

—Tal vez esta noche, tal vez mañana. Acaba de dejar Tiro, que renuncia a asediar, por otra ciudad.

—¿Puedo saber cuál?

—Jerusalén.

Morgennes volvió a guardar silencio. Simón apretó los puños, con los ojos llenos de lágrimas de rabia y de inquietud. De impotencia, sobre todo.

Ese fue el momento elegido por Taqi para decir a Morgennes:

—Esta cruz es realmente la «Vera Cruz» que vosotros adoráis. Pero no es, desde mi punto de vista, la Vera Cruz.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Morgennes—. ¿Cómo es posible que esta cruz sea y no sea a la vez la Vera Cruz?

—Quiero decir que el Corán es muy claro al respecto: «Dios elevó a Jesús hacia él e hizo caer el parecido sobre el que iba a buscarlo. El cual en vano dijo que no era Jesús, y fue crucificado en su lugar». Esta cruz tal vez sea la que paseáis desde hace no sé cuántos años por los campos de batalla, la que vuestra santa Elena inventó, pero no es la cruz en la que Jesús fue crucificado, ya que no fue crucificado. Esta cruz que adoráis es la de Judas.

Simón lo escuchaba boquiabierto, mientras Casiopea, con un interés mezclado con cierto desapego y una fina sonrisa en los labios —como si hubiera oído aquella historia, aquellos hechos, aquella polémica, más de mil veces—, se preocupaba ahora más por Morgennes que por la Vera Cruz, a pesar de que las reliquias de toda clase fueran su pasión.

—¡No es cierto! ¡Mientes! —se indignó Simón—. ¡Esta cruz es la Vera Cruz, la de Cristo! ¡La cruz por la que murió mi hermano! ¡Y voy a probarlo!

Y el joven se clavó el cuchillo en el vientre pasándolo por un defecto de la cota de malla con tanta rapidez que ninguno de sus compañeros pudo impedirselo.

—¡Imbécil! —exclamó Morgennes—. ¿Por qué has hecho eso?

—Tendedme sobre ella —balbuceó Simón—. Si esta cruz es la Vera Cruz, Dios no permitirá que muera. De otro modo, no deseo vivir.

Morgennes tendió al joven sobre la cruz truncada, mientras Casiopea y Taqi se apresuraban a vendarle la herida.

—Eres realmente idiota —declaró Taqi—. Una vaca es más inteligente que tú. Después de todo, ¿qué diferencia hay si tu padre y los tuyos creen que es la Vera Cruz? Y, por otro lado, admitámoslo, si eso te complace: es la Vera Cruz. Te pido perdón, he hablado demasiado. Una vez más hubiera hecho mejor en retener mi aliento. El que habla demasiado no vale más que el imbécil.

Simón lo miró y luego se desvaneció.

—¿Qué mosca le ha picado? —preguntó Taqi a Morgennes.

—Supongo que es a causa de los poderes que se atribuyen a la Vera Cruz —respondió Casiopea—. Dicen que santa Elena, cuando la encontró en la cima del Gólgota, tendió sobre ella a un leproso. La curación de ese hombre fue la prueba que buscaba.

—Conoces bien la historia de la Vera Cruz —dijo Morgennes.

—Conozco bien toda clase de historias —respondió Casiopea.

—¿Y tú qué piensas? —preguntó Taqi, dubitativo, a Morgennes.

—Es la cruz, sí. La reconozco... En cuanto al leproso, no creo en ello.

—¿Por qué?

—Porque en ese caso Balduino IV no hubiera tenido necesidad de mis servicios, ni yo de partir en busca de un medio para curar su lepra, y la mía...

En el curso de la noche, mientras velaban a Simón a la espera de Saladino, Morgennes les explicó lo poco que recordaba de su vida.

Morgennes había sido durante mucho tiempo el agente encargado de las operaciones secretas del padre de Balduino IV, Amaury I de Jerusalén. Con ocasión de las numerosas expediciones de este último a Egipto, Morgennes había aprendido a conocer y a amar ese bello país, cuya lengua hablaba fluidamente. Más tarde, al declararse la enfermedad de Balduino y hacerse evidente que el mal se agravaba a medida que crecía, se había hecho urgente encontrar un remedio, ya que los esfuerzos de Guillermo de Tiro, preceptor y médico del pequeño rey leproso, se revelaban inútiles.

Debido a su valentía y a su conocimiento de Oriente, Morgennes fue elegido para partir en busca de una reliquia mahometana de la que se afirmaba que curaba la lepra: las lágrimas de Alá, cuyo aspecto era desconocido por todos.

Para tener la absoluta seguridad de que Morgennes cumpliría su misión hasta el final sin desfallecer y asegurarse del poder de la reliquia, le dieron a beber un tazón de sangre mezclada con pus del pequeño rey leproso. Unas semanas más tarde contrajo la horrible enfermedad. Y unos meses más tarde, al término de una aventura que se mantuvo en secreto, pero que unos pocos iniciados trataban de reconstruir explicándose fragmentos, Morgennes había logrado finalmente encontrar la reliquia. El enviado de Balduino IV la había escondido entonces en el pomo de *Crucífera*, la espada que Amaury y él habían descubierto en una antigua tumba de la ciudad de Lydda.

Mientras Casiopea iba a buscar algunas ramas y Taqi encendía un fuego con la ayuda de un pedernal, Morgennes miró uno por uno a sus nuevos amigos: Casiopea, Taqi... e incluso Simón.

—Me han ayudado mucho —dijo después de haber acercado las manos a la llama—. Tanto como me han traicionado, y no es decir poco. Masada, ese mercader judío que Casiopea conoce... —La joven asintió con la cabeza—... me dio informaciones preciosas, pero al final trató de robarme. Al no conseguirlo, prefirió denunciarme al Temple, que, celoso de los poderes que obtendría el Hospital si llegaba a curar a Balduino IV, me tendió una emboscada, en la que caí. Gravemente herido, deliré durante muchos días, perdí la memoria y olvidé hasta mi propio nombre... Hasta el mismo nombre de Dios... —prosiguió Morgennes recordando las últimas palabras de Raimundo de Trípoli—. Confieso que todavía hoy no he recuperado totalmente el conjunto de mis recuerdos. Vivo en una especie de niebla. No sé de dónde vengo, aunque sepa que soy francés. En fin, el hecho es que todo eso provocó que llegara tarde a la cabecera de Balduino IV, que había muerto durante mi convalecencia. Nunca me he recuperado de este fracaso, y nunca me recuperaré. Ya en aquella época, el Hospital me juzgó severamente, condenándome a la pérdida del hábito durante un

año... Aquella misión debía permanecer secreta, y, según creo, para agradecerme precisamente que nunca hubiera hablado de ella, algunas personas situadas en puestos elevados intercedieron en mi favor para que alcanzara el rango de apóstol de la Vera Cruz, honor que no había pedido, pero que me daba una ocasión de redimirme, o al menos así lo creía yo. Lo más curioso, pienso, es lo que ocurrió con Masada. Al querer robarme las lágrimas de Alá, impidió la curación de Balduino IV y, a la vista de los acontecimientos actuales, precipitó al reino a su pérdida. No puede decirse que haya sido recompensado por ello, porque en Damasco pude ver que también él había contraído la lepra. ¿Cuándo y cómo ocurrió eso? ¿Y por qué no ha muerto de la enfermedad? No sabría decirlo, pero se trata probablemente de uno de esos milagros de los que la historia está llena.

Casiopea y Taqi habían escuchado a Morgennes con gran atención, dejando que el crepitar del fuego reemplazara a sus palabras cuando callaba en busca de sus recuerdos. A menudo, durante su relato, se habían contenido para no intervenir aportando una precisión a un tema que había permanecido oscuro para Morgennes, o pidiéndole que desarrollara tal punto o tal otro; los dos se decían: «Cada cosa a su tiempo. Ya llegará nuestro momento de hablar».

Al final de su historia, Taqi y Casiopea abrieron la boca, casi al mismo tiempo, para decir más o menos esto: «¡Hay otro milagro que no conoces!».

Los dos se miraron, boquiabiertos, confusos por haber hablado en el mismo momento, molestos por haberse interrumpido el uno al otro. Finalmente, Taqi hizo un gesto en dirección a su prima para invitarla a expresarse. Casiopea dijo:

—Morgennes, sé quién eres. Lo presenté la primera vez que te vi, en Hattin, porque te parecías a la descripción que me habían hecho de ti algunos de tus amigos, que habían permanecido en Francia y en Flandes, y especialmente uno de ellos, un hombre llamado Chrétien de Troyes.

Morgennes la miró, estupefacto.

—¿Te dice algo este nombre? —preguntó Casiopea.

—Realmente no —respondió Morgennes, a la vez incómodo e intrigado.

—Sin embargo, es tu mejor amigo. Juntos, me han dicho, erais más temibles que una banda de canónigos sueltos por las calles de París...

(Ninguno de los tres había visto cómo, en el momento en que Casiopea pronunciaba el nombre de Chrétien de Troyes, Simón abría unos ojos como platos. El joven escuchaba a Casiopea petrificado, con la mirada fija, bebiendo sus palabras como si fueran un potente filtro.)

—Chrétien siempre ha escrito pensando en ti. Tú has inspirado la mayoría de sus obras, de *Erec y Enid a Lancelot o el Caballero de la Carreta*, pasando por *Yvain o el Caballero del León*. Hoy, Chrétien envejece. La obra que empezó hace cinco años, inspirándose en tus aventuras egipcias y tu búsqueda de las lágrimas de Alá, ha

permanecido inacabada a causa de tu desaparición. Ahora entiendo lo que pasó. Caíste en esa emboscada tendida por los templarios. Sufriste y lo olvidaste. Vuelve, Morgennes, para que pueda acabar su obra y Felipe de Abacia esté contento...

Morgennes no respondió nada. Durante un breve instante, el fuego de ramaje iluminó su rostro con reflejos escarlata, dando un brillo dorado a su rala cabellera.

—¿Cómo se titula esa obra? —preguntó Morgennes.

—*Perceval o el cuento del Grial*.

—¿Yo me llamo Perceval?

—No, tú te llamas Morgennes. Pero eres, si Chrétien dice la verdad, «el Hijo de la Viuda que tenía por dominio la Gaste Fóret»...

—La Gaste Fóret... Ese nombre no me dice nada, o casi nada. Recuerdo un puente...

Casiopea cogió la mano de Morgennes y la apretó con fuerza. Parecía sorprendentemente emocionada.

—Tu búsqueda ha terminado, Perceval. Has encontrado tu grial. Ahora hay que volver.

—No tengo derecho a hacerlo. No ahora. Todavía debo llevar la Vera Cruz a mi orden y encontrar a *Crucífera*. Sin ella, mi lepra se declarará, roerá mi cuerpo y me dejará como esos huesos, ahí afuera...

Taqi se levantó, se sacudió el polvo de su túnica de templario, se alisó el bigote con un gesto elegante y, cuando estuvo seguro de haber conquistado la atención de su auditorio, dijo:

—¡Sé dónde encontrar a *Crucífera* y el medio de curarte!

—¿Dónde? —preguntó Morgennes.

—En el oasis de las Cenobitas.

—¡El lugar del que me habló Femia! ¿Sabes dónde está?

—Sí, creo que sí. Pero no lo conocía por ese nombre. Para nosotros, en el Yazak, es el reino de Zenobia, la reina de las amazonas. Se trata de un lugar encantado que, según dicen, se encuentra habitado por el demonio. Incluso los yinn temen ir allí. Como en el caso de Sohrawardi, esas mujeres conocen remedios para muchas enfermedades. Pero de todo se saca partido... No me atrevo a imaginar, Morgennes, lo que habrá que pagar para curarte de la lepra...

—No me atrevo a imaginar —añadió Morgennes— lo que Masada habrá pagado, si son ellas las que han impedido que su enfermedad progresara...

—¿Y aceptarán ayudarnos? —preguntó Casiopea, preocupada.

—Al fin y al cabo, son cristianas —señaló Taqi—. Tal vez un fragmento de la Vera Cruz pudiera persuadirlas...

Morgennes dirigió la mirada a la Santa Cruz, que Simón seguía velando, medio desvanecido, y se concentró en la contemplación de esa reliquia tras la que tanto

había corrido. Así desnuda, sin su ropaje de oro y perlas, le pareció más bella, más humana. Una voz, la de Casiopea, se elevó:

—Morgennes, hoy es el día de la Exaltación de la Cruz. ¿No crees que hay que ver ahí un signo? ¿Que Dios te ha concedido, por fin, la curación?

—Eso espero —respondió Morgennes.

Tras estas palabras, se durmieron, excepto Morgennes, que plantó su espada en el suelo, no lejos de la Vera Cruz, y pasó la noche rezando, como en otro tiempo, cuando era guardián de la cruz. A la mañana siguiente, sin embargo, se arrodilló de nuevo junto a Taqi para la oración del alba.

Cuando se levantaron, tuvieron la sorpresa de ver que la tierra se ondulaba a lo lejos: El viento soplaba con mucha fuerza, empujando en su dirección potentes torbellinos de arena que volaban hacia el cielo como largos estandartes de color pajizo, se desgarraban y luego ascendían aún más, atrapados por la altura. Taqi, Casiopea y Morgennes miraban fascinados aquel espectáculo, incapaces de apartar la mirada, cuando Simón dijo:

—La tierra tiembla...

Se volvieron hacia él y observaron que, en el curso de la noche, su herida se había cerrado un poco. Ya se encontraba mejor.

—Gracias a mis remedios —dijo Casiopea.

—Gracias a la noche —afirmó Taqi.

—Gracias a la Vera Cruz —replicó Simón.

—Aún no está curado —observó Morgennes.

—¡Mi tío ha llegado! —exclamó Taqi.

Con la mano señaló una columna de arena, que se desgarró, se abrió como si fuera un pórtico y dejó pasar primero a los infantes, luego a la caballería y finalmente a toda la vanguardia del ejército de Saladino.

La tierra temblaba con el eco de sus pasos. Gritos, relinchos, bramidos de camellos, tintineos de armaduras se respondían entre sí, añadiéndose a la discordancia del batir de los tambores y las llamadas del cuerno que marcaban el ritmo de la marcha de los soldados. Al acabar la mañana, el ejército de Saladino había llenado la llanura como el Nilo su valle.

*Parásitos y costras terrosas cubren mi carne,
mi piel se agrieta y supura.*
Job, VII, 5

—Aquí está tu cabeza —dijo Saladino a Morgennes, que acababa de entrar en su tienda.

Morgennes observó el cráneo, cuya órbita derecha llevaba todavía la señal de un golpe de cimitarra, y el sultán prosiguió:

—Es la cabeza del hombre que las tropas del cadí Ibn Abi As-run decapitaron por error en Damasco. No se te parece demasiado, ¿no crees? Pero la he conservado porque me divertía tenerla, mientras esperaba a reemplazarla por la verdadera...

El cráneo volvió a su lugar en la colección de Saladino, junto a otras cabezas desconocidas para Morgennes, con excepción de la de Raimundo de Castiglione, que lo miraba fijamente con sus ojos vidriosos.

—Sohrawardi me ayuda a conservarlas. Conoce el arte que permite evitar que las carnes se descompongan y las fórmulas para volver a darles vida. De vez en cuando, charlo con esta o aquella. ¿Quieres probar? ¿Saludar, tal vez, a tu antiguo maestro?

—No, gracias —dijo Morgennes, antes de añadir—: ¿A qué se debe que no tengáis la de Chátillon?

—¡La peste caiga sobre él! —se enfureció Saladino—. Ese hijo de marrana consiguió escapar, no sé cómo. Sin duda traidores ganados para su causa esperaron a la noche para degollar a los guardias y apoderarse de él. El día siguiente a su suplicio, al alba, había un cuerpo en la cruz, pero no era el suyo. Sin embargo, desde lejos la ilusión era perfecta: las marcas de golpes, las heridas, las cadenas, no faltaba nada. No me explico qué pudo pasar. En fin, Ibn Abi Asrun también lo está investigando.

—Tal vez sea a él a quien habría que interrogar —señaló Morgennes.

—Ya pienso en ello —dijo Saladino—. Pero cada cosa a su tiempo. ¡Ahora es el momento de la conquista, de la *yihad*. Dentro de unos días todo habrá acabado. Entonces llegará el momento de ocuparse de los traidores y de desenmascararlos.

—¿Qué ha sido de los que me ayudaron a huir, de Guillermo de Montferrat, Unfredo de Toron, Plebano de Boutron?

—Los dos últimos murieron dignamente, a manos de mis mamelucos. En cuanto al primero, el viejo marqués de Montferrat, lo tengo de momento en mi palacio de El Cairo. Su hijo, Conrado, ahora príncipe de Tiro, desearía que lo liberara a cambio de un rescate. Estamos discutiendo las modalidades... Ah, pero aquí están nuestros amigos...

En efecto, Casiopea y Taqi entraban en la tienda, y Saladino los apretó contra su pecho. Los recién llegados explicaron al sultán lo que les había ocurrido. Casiopea relató su secuestro por una tropa de maraykhát que trabajaba para los asesinos, mientras se dirigía montada en su camella a Bagdad, y Taqi refirió cómo sus hombres y él mismo habían caído en una emboscada, tendida por Chátillon y un misterioso sarraceno enviado por el Papa, sin duda con el apoyo —una vez más— de los maraykhát.

—Las predicciones de Náyif ibn Adid se han realizado en parte —dijo Taqi—. Por más que, habiendo visto el mal bajo la máscara del bien, no haya podido sino ir a afrontarlo...

Al enterarse de la muerte de su fiel Tughril, Saladino lloró largamente y ordenó que remitieran al hijo del noble mameluco varios cofrecillos de oro y joyas. Luego se volvió hacia Morgennes.,

—¿Qué puedo hacer para darte las gracias por haber salvado a mi sobrina y a mi sobrino?

—¿A cuántos favores tengo derecho, noble Saladino? —preguntó Morgennes, divertido porque el sultán quisiera mostrarle su agradecimiento por haber salvado a dos seres hacia los que él mismo estaba en deuda.

—A tantos como quieras.

—Para empezar, me gustaría que Maimónides examinara a mi escudero. Sé que no ha habido mejor médico en la tierra desde Avicena y que sabrá recuperarlo enseguida.

—Así se hará. Y le diré también que te examine a ti. ¿Es eso todo lo que deseas?

—No, Espada del Islam. Pero no sé si debo...

—Habla, te escucho.

—Quisiera que me desligarais de mi juramento de fidelidad a la «verdadera fe».

—Hum... Me pides casi que te castigue.

—Os lo suplico, esplendor del islam; considerad, si os parece, que no merezco ese honor. No se puede convertir en pájaro a un pez.

—La pérdida para el islam de un hombre como tú será enorme.

—¿Y mi propia pérdida, eminencia?

—De ella se trata precisamente...

Dos finos hilillos de lágrimas se deslizaron de los ojos de Saladino. En torno a él, Taqi, Casiopea, Morgennes, Abu Shama y al-Afdal observaban, sorprendidos, sin comprender.

—¿Por qué lloráis, padre? —se inquietó al-Afdal.

—¡Lloro porque este hombre —dijo Saladino señalando a Morgennes—, a quien han arrastrado por fuerza al paraíso, pide salir de él! Verdaderamente me pregunto: ¿qué hay que hacer para llevar a los *dhimmi* a abrazar la Ley? Por no hablar de los

paganos. ..

Todos observaban a Morgennes en silencio, y él mismo se sentía incómodo, turbado por la importancia que revestía su conversión, como cualquier conversión, para Saladino.

—Si no hubiera salvado a Casiopea —dijo finalmente Morgennes—, Reinaldo de Châtillon os la hubiera cambiado por la Vera Cruz, porque sabía que el oro no os interesaba. Esto formaba parte de su estrategia... Sabía que cederíais.

—Y tenía razón; pues mi sobrina (la paz sea con ella) vale mucho más que doscientos mil besantes de oro... —convino Saladino haciendo referencia al trato que los hospitalarios habían querido proponerle—. Por más que Casiopea te haya ayudado, tu valor y abnegación han sido determinantes. Sin ti, quién sabe, tal vez Taqi estuviera muerto... Dicho esto, consiento en acceder a tu petición. Pero se tratará de un don con contrapartida. Te desligo de tu juramento. Y, a cambio, me deberás un favor. No sé aún cuál. Pero un día te pediré que me lo reembolses. Espero que para entonces el Altísimo (alabado sea su nombre) te haya colmado de favores, porque tengo intención de reclamar mucho...

—Será para mí un placer satisfaceros —dijo Morgennes— Pero, otra cosa aún, oh rey de reyes: quisiera que me permitierais llevarme esta reliquia, la Vera Cruz.

—¡Cómo! —exclamó Saladino—. ¡Si soy yo quien te lo suplica! Desde luego, cógela. Y sobre todo no la pierdas: llévala deprisa a los tuyos. Que la envíen a Roma, a vuestro Papa, y que todos vean que no existe una Vera Cruz y que no hay otro Dios sino Alá. ¡Ve!

—¿Puedo considerarme desligado de mi juramento?

—Puedes. A la espera del día en que Dios te abra los ojos...

Antes de partir, Morgennes fue examinado por el médico personal de Saladino: Moisés Maimónides. Maimónides había huido de Córdoba, donde las persecuciones de los almohades contra los judíos —y el médico era uno de sus más eminentes representantes— se hacían cada vez más violentas. Y desde entonces había permanecido junto al sultán.

Moisés acababa de visitar a Simón. Le había aplicado sobre la herida un electuario que, según aseguraba, haría que estuviera recuperado «antes de la puesta de sol». «En cuanto a los enormes chichones que tiene en la frente, acabarán por reabsorberse por sí mismos.» El médico se lavó las manos en un lebrillo de agua clara.

—En fin —añadió girándose hacia Morgennes para examinarlo—, es una suerte que este joven sea tan torpe manejando el cuchillo. Espero por vos que lo utilice mejor contra sus enemigos. Aunque, bien mirado, no veo la ventaja... Después de todo, sus enemigos son mis amigos...

Morgennes estudió a aquel hombre ya mayor, sin apartar los ojos de sus manos salpicadas de manchas que corrían como gacelas sobre su epidermis, palpando aquí y allá, apoyando sobre un costado, apretando un trozo de carne entre el pulgar y el índice, pinzando la piel para evaluar cómo quedaba marcada, y examinándolo tan bien que tenía la impresión de ser un libro del que Maimónides iba girando las páginas en busca de su alma.

—¡Todo va bien! —dijo el viejo judío, dándole unas palmaditas en la mejilla como si fuera un niño—. Aparte de esta fea herida en el ojo, que, en cualquier caso, ha sido muy bien curada, estas marcas de quemaduras en la cara, que de todos modos han cicatrizado muy bien, y estas señales de golpes, comunes en los soldados de vuestra edad, os encontráis en un excelente estado de salud. Muchos jóvenes no pueden decir tanto. Vivís marcha atrás: se diría que la edad os rejuvenece. Aprovechaos de ello, es un don raro... Ya podéis vestiros.

Morgennes lo miró, estupefacto, sin comprender que el médico no hubiera visto nada. ¿Sería a causa de su edad? De hecho, Maimónides apenas superaba los cincuenta; sin duda, eran años, pero no muchos más de los que tenía él.

—¿Cuánto tiempo me queda? —preguntó Morgennes.

—¿Os queda? ¿Cómo voy a saberlo? —refunfuñó el viejo—. ¿Y antes que nada, para qué?

—Cuánto tiempo me queda —repitió Morgennes en un tono que pretendía ser imperioso— para que la lepra se declare e invada mi cuerpo...

—¿La lepra? ¡Vaya idea! —gruñó Maimónides, sin detectar, aparentemente, la fría altivez de Morgennes—. Os aseguro que vuestra salud es perfecta. Es verdad que he visto algunas manchas pardas que son antiguas señales de lepra, pero estáis, afortunadamente, curado por completo. ¡Es incluso milagroso! Deberíais dar gracias a Dios (sea siempre loado)...

—Mi pulgar —dijo Morgennes—. Mirad, he perdido la uña del pulgar de mi mano derecha.

—Eso no es nada —lo tranquilizó Maimónides—. Una lesión que os habréis hecho al sacar la espada de la vaina. Mirad: ya se está volviendo a formar. Y, además —dijo cogiéndole la mano—, fijaos en vuestros otros dedos: la uña es sólida, brillante, con una bonita media luna en la unión con la piel.

El viejo médico le soltó la mano y, percibiendo la inquietud de Morgennes, le preguntó:

—¿Tenéis algún motivo para haberla cogido de nuevo?

—Lo ignoro —dijo Morgennes, que no se atrevía a hablar de la pérdida de *Crucífera*.

—Vamos, deberíais saberlo... ¿Habéis estado en contacto con sangre, humores o pus de personas que tuvieran la lepra?

—No.

—¿Habéis estado recientemente en una leprosería?

—Tampoco.

—¿Creéis que habéis sido envenenado? ¿Habéis bebido agua de un pozo contaminado?

—No lo creo.

—Entonces todo va bien —concluyó Moisés Maimónides—. La habéis tenido, no hay duda. Pero ya no la tenéis. Y nunca se ha visto un caso en que la enfermedad de la lepra volviera por sí misma después de haber desaparecido... Por otro lado, se han visto muy pocos casos de curación. Pero vos, puedo asegurároslo, estáis curado.

—Sin embargo, todavía la siento en mí. Me roe, está ahí...

—¡Eso es porque está en vuestro cráneo, pero no en vuestro cuerpo! —vociferó Maimónides—. Y en ese caso, por desgracia, queda fuera de mi especialidad...

Morgennes se incorporó, se colocó la cota de malla, se ciñó el talabarte, se embutió en sus calzas de malla y se dirigió hacia la entrada de la tienda del viejo judío, que lo miró con los ojos brillantes mientras se frotaba su barba de chivo.

—Gracias por todo —murmuró Morgennes.

—Que Dios os guarde —respondió Maimónides—. Y no lo olvidéis: «Dios es el mejor de los que se sirven de la astucia para alcanzar su meta».

Para que la Vera Cruz estuviera bien guardada, Saladino había autorizado a Taqi a permanecer junto a ella. Por su parte, la misión de Casiopea pronto habría acabado: en cuanto Morgennes hubiera encontrado su espada y entregado la Vera Cruz, podría partir con él.

La ruta que conducía al oasis de las Cenobitas pasaba no muy lejos de Damasco, hacia el sudeste de la ciudad. En el fondo no era más que un pequeño rodeo de unas horas, antes de llegar al Krak de los Caballeros. Como mucho, de un día.

En cuanto hubieron abandonado el campamento de Saladino, dejando a este la tarea de enviar a los muhalliq a castigar a los maraykhát, Taqi dijo a Morgennes:

—Desconfío de este Simón. ¿Crees que podemos fiarnos de él? ¿No deberíamos encadenarlo?

—Esta cruz lo mantendrá ocupado con mayor seguridad que una cadena —dijo Morgennes señalando a Simón, que llevaba la Vera Cruz orgulloso como un pavo.

—Tienes razón. ¿Sabes en qué pienso?

Y, sin dar tiempo a Morgennes a responder, continuó:

—Los romanos llamaban al sendero que conduce a la fortaleza de Masada «el camino de la serpiente». En cierto modo, es el que seguimos...

—¿Y cómo acabó para ellos?

—Para los romanos, muy bien, desde luego. Pero para los celotes que se habían

refugiado en Masada, más bien mal: todos se suicidaron, prefirieron morir por su propia mano antes que a manos de los legionarios. Con excepción de dos o tres, que se ocultaron para no perecer.

—¡Es espantoso!

—Espantoso, sí. Y, por desgracia, auténtico. En fin, si lo que explica Flavio Josefo es cierto...

Taqi sonrió, y espoleó enérgicamente a su montura, que partió al galope. Así cogió una ventaja de dos o tres arpendes sobre sus compañeros. La costumbre de dirigir a sus tropas y de cabalgar como explorador estaba tan viva en él como la que Morgennes tenía de mantenerse siempre en guardia, con la lanza sobre el muslo, listo para cargar; Simón, la de ir pegado con su montura a la estela de alguien mayor que él, y Casiopea, la de hacer pequeños recorridos de ida y vuelta de un extremo a otro del grupo para asegurar su cohesión. Con excepción de Morgennes, que montaba a Isobel, todos tenían caballos nuevos, más ligeros y rápidos que los de los templarios. Y la yegua de Taqi tenía el mismo color de capa que Terrible, blanco.

Simón sostenía con delicadeza la cruz truncada, como si fuera un recién nacido.

Morgennes se la había dejado encantado; ya podía cansarse si eso era lo que deseaba. Y ya podía tener también el honor de ser el hombre que llevara la Santa Cruz cuando volvieran con los hospitalarios: «Al menos —se dijo Morgennes—, esto le valdrá la estima, si no la benevolencia, de los caballeros del Krak...».

Morgennes se preguntó cómo lo juzgarían los suyos a su vuelta. Y qué haría él. ¿Volvería a Francia con Casiopea para acabar sus días en las páginas de un libro, o bien iría a pudrirse a un monasterio, según prescribía su condena? Después de todo, nada le impedía dejar que Simón fuera solo al Krak, e ir, por su parte, con Casiopea, al encuentro de Chrétien de Troyes. Morgennes contuvo un estremecimiento. ¿De qué tenía miedo?

—¿Por qué vamos al oasis de las Cenobitas si tenemos la Vera Cruz? —preguntó Simón, que cabalgaba justo detrás de él.

—Para encontrar mi espada —respondió Morgennes.

—Pero ¿qué tiene de especial?

Morgennes dejó pasar un instante antes de responder. Aquella espada era casi tan preciosa a sus ojos como la Santa Cruz. Por otra parte, sin que pudiera explicar por qué, *Crucífera* y la Vera Cruz eran, para él, indisociables.

—Es un arma santa —se limitó a decir—. Fue forjada hace varios siglos para permitir a los cristianos defenderse contra los demonios. Guillermo de Tiro afirmaba que su hoja había sido bañada en la sangre de un dragón, lo que le daba inteligencia, ligereza y solidez.

—¿Inteligencia?

—Sí —confirmó Morgennes—. Como *Durandal*, *Joyeuse* o *Excalibur*, esta

espada tiene una personalidad. Amaury pasó años buscándola con la ayuda de los consejos de Guillermo de Tiro, y enviándome en misión a todos los lugares donde parecía que podía encontrarse.

—¿Dónde la hallasteis finalmente?

—En Lydda, en una antigua tumba que un terremoto descubrió en 1170.

—¿Se sabe de quién era la tumba?

—No estamos seguros, pero en los muros de esa sepultura había unos frescos que hacían pensar que podía ser la de san Jorge. Se veía un soldado con armadura combatiendo a un poderoso dragón.

—Así, ¿sería la espada de un santo?

—Sí, aunque la idea de un santo manejando la espada siempre me haya repelido.

Simón se entregó entonces a reflexiones que prefirió no formular. Para él, la santidad solo podía conquistarse con las armas en la mano, exponiéndose a los mayores peligros y venciendo a los enemigos de la fe o pereciendo. Al parecer, no era esa la opinión de Morgennes.

—¿Por qué os incorporasteis al Hospital —preguntó Simón— si la idea de un guerrero santo os era insoportable hasta ese punto?

—No es la santidad lo que me molesta, ni el hecho de combatir —respondió Morgennes—. Es el hecho de asociarlos. Mira, yo soy un guerrero, pero no tengo nada de santo. Y me parece perfecto. En sus orígenes, la Iglesia se negaba a honrar a los que morían con las armas en la mano, fuera por la razón que fuese. Luego, en 314, un año después del edicto de Milán, que autorizaba el cristianismo en el Imperio romano, el concilio de Arles condenó a la excomuni3n a los que se resistían a llevar armas para defender a ese mismo Imperio, y por tanto, a la cristiandad. Más tarde llegó san Agustín, la caída de Roma y los ataques de los sarracenos en España, Sicilia, Provenza..., y este fenómeno no ha dejado de ampliarse. ¿Hasta dónde llegará? Entré en el Hospital porque es una orden difícil, que tiene por vocación el cuidado de los enfermos, mientras que el Temple es una orden estrictamente militar. De todos modos, durante mucho tiempo para los hospitalarios solo fui un mercenario, un auxiliar, una especie de parte vergonzosa que hay que ocultar. Para el Hospital, aceptar a un soldado era más un mal necesario que una bendición, al menos al principio. Mi verdadera recepci3n en la orden, como caballero, es mucho más reciente. Tiene menos de una decena de años.

—¿Cuánto tiempo hace que estáis aquí?

—Pronto hará un cuarto de siglo. Tenía más o menos tu edad cuando llegué. Entonces era...

Se interrumpió. Le fallaba la memoria. Iba a decir: «Entonces era un caballero muy joven», pero se dio cuenta de que tal vez no fuera aún un caballero. De hecho, debía reconocerlo, si había pensado en ello era porque el propio Simón había sido

armado caballero. En otros tiempos, en otras circunstancias, Simón hubiera debido esperar todavía uno o dos años antes de poder serlo. Pero la derrota de Hattin y una necesidad apremiante de sangre nueva habían precipitado las cosas.

Simón, por su parte, pensaba, mientras miraba a Morgennes, que este era en cierto modo un monje que había reemplazado el silencio de la meditación por el estrépito de las armas. Y que había aceptado pagar el precio. Para Morgennes no había paraíso.

Era exactamente lo contrario de lo que se enseñaba a los otros hospitalarios, a los templarios, a los asesinos, a los soldados de la *yihad*; en fin, a todos los que combatían y estaban ansiosos por morir precisamente porque estaban seguros de ir directos al paraíso. De no ser así, ¿habrían defendido sus ideas con la misma fe?

Simón lo dudaba. En el fondo, esos hombres no estaban dispuestos a dar, solo querían recibir. ¿Morían como mártires porque morían persuadidos de actuar por la buena causa y de ganarse así el paraíso? Desde luego que no. Esa gente era incapaz del menor sacrificio; todo lo que hacían era vengarse, de sí mismos y de los demás, exponiendo a la vista de todos su miedo, su pequeñez y su cobardía. Pero no su amor, y sin duda no su amor a Dios. Por Dios solo sentían desprecio.

Simón tuvo la sensación de que algo se rompía en su interior.

Luego un movimiento en el cielo atrajo su atención. Levantó la cabeza y siguió con la mirada al noble pájaro de Casiopea. «Es curioso —pensó—. Nosotros dejamos rastros en la arena; él los deja en el cielo.»

Simón observó con atención a Casiopea, sus holgadas vestiduras claras, esa manera de estar allí y a la vez en otra parte, ese aire indiferente y, sin embargo, interesado. «Curiosa mujer —se dijo—. ¿Qué edad tendrá?» Debía de ser solo un poco mayor que Berta de Cantobre. ¡Y sin embargo, qué carácter! De hecho, Simón ya no creía en la pureza de Berta; igual que empezaba a dudar de la impureza de Casiopea. Sí, ella había sido violada por los maraykhát, y luego, con los asesinos, por Rachideddin Sinan, y sin duda incluso por los *fidai* encargados de entregarla a los templarios blancos, en El Khéf, a cambio del oro arrebatado a los hospitalarios. Ahora tenía la íntima convicción de que la inocencia no era una cosa adquirida que se podía perder, sino, al contrario, una cualidad que debía ganarse, y que no podía perderse ya después, una vez adquirida. A sus ojos, Casiopea era una santa. Sí, mil veces más que la pequeña Berta, que sin duda iría ya por su cuarto embarazo y viviría en la mugre de un castillo de Borgoña.

Ciertamente, a sus ojos, Casiopea valía mil veces más que doscientos mil besantes de oro. ¡Esa mujer era en verdad, como decía Morgennes, una reliquia! ¡Cómo comprendía que Saladino hubiera reconocido —en lo que él había considerado al principio una confesión de debilidad— que la hubiera cambiado por la Vera Cruz, aunque la Santa Cruz fuera uno de los elementos clave de su política en Tierra absoluta!

Simón puso su caballo al galope y corrió hacia Casiopea, sintiendo batir en su pecho el olifante que había cogido a los hospitalarios. Entonces se sonrojó y redujo la marcha. En el repicar del cuerno que golpeaba contra su escudo le parecía reconocer los mandobles que había asestado a aquel caballero franco que ni siquiera se había defendido antes de morir.

Casiopea se había girado al oír acercarse un caballo a trote corto. Vio al joven templario y le sonrió. Aunque aquella sonrisa lo hizo sentirse incómodo, Simón se esforzó en poner buena cara.

—Pronto llegaremos —le dijo Casiopea—. No tendrás que soportar su peso mucho rato...

Hacía alusión a la cruz truncada, que Simón sostenía intentando no mostrar demasiado a las claras su satisfacción. Al fin y al cabo, Dios les había dejado ver a todos que lo había escogido a él para llevarla: lo había curado. Poco importaba que fuera por el contacto de la Santa Cruz, por los cuidados de Casiopea, por la noche o por la llegada de Maimónides, cuyos vendajes le comprimían el torso y le evitaban sufrimientos. Los caminos del Señor eran tan infinitos como inescrutables.

—Oh —dijo Simón—, sin su relicario no es tan pesada...

—Ya veo. De todos modos, qué honor llevar este madero que el propio Cristo no consiguió cargar.

—¿Y eso?

—¿No has leído los Evangelios?

—Sí.

—Entonces sabrás que, para al menos tres de ellos, Jesús no llevó su cruz. En todo caso, no solo.

—No. No lo sabía.

—¿Sabes que los sarracenos consideran que no fue Jesús el crucificado (Dios lo amaba demasiado para eso) sino Judas? Que para otros fue Simón de Cirene el que llevó la cruz en lugar de Jesús...

—No, no lo sabía...

—Pues deberías interesarte en ello, mi buen Simón...

El joven se sonrojó, bajó los ojos, turbado por el poder de la mirada de Casiopea, y preguntó para cambiar de tema:

—¿Cómo es que Saladino solo nos ha proporcionado a un hombre, su sobrino, para escoltarnos?

—Porque es un sabio, y el Profeta dijo: «El mejor número de compañeros es cuatro».

Cabalgaban desde hacía varias horas cuando Taqi volvió hacia ellos a todo galope, envuelto en una nube de polvo, y les preguntó:

—¿Habéis bebido bastante?

—Sí —respondieron a coro.

—¡Entonces, vamos!

Con un gesto, señaló una vasta franja de arena ardiente tras de la cual brillaba, como una esmeralda en un ombligo, un suave resplandor verde.

—¡El oasis de las Cenobitas! —declaró pomposamente—. Solo se ve a ciertas horas, poco antes del ocaso. Hoy no rezaré: no tenemos tiempo. Si perdemos de vista esta luz, estamos muertos.

Taqi espoleó vigorosamente los flancos de su caballo y se adentró en el desierto. Pronto desapareció detrás de una duna, y los otros lo siguieron.

Para avanzar había que fijar la vista en la joya al otro extremo del desierto, que se situaba en su campo de visión como el objetivo último, aquel al que apunta el arquero cuando lanza su flecha. De hecho, Morgennes se sentía a la vez trayectoria, arco, flecha y diana, hasta tal punto todo en él tendía hacia este único objetivo: encontrar a *Crucífera*, acabar con sus aventuras, poder, por fin, descansar.

Una alegría inmensa creció en su interior. «¡Dios mío, perdóname por haber dudado!» Le parecía, en efecto, que Dios le permitía encontrar a la vez la Vera Cruz, la quietud y a *Crucífera*.

Cuando la sed empezaba a atormentarlos —aunque no se atrevían a beber todavía, antes de haber llegado o de haberse perdido—, apareció el contorno de un oasis temblando en el aire como un espejismo, amenazando a cada instante con desaparecer. No obstante, la imagen permaneció, quieta y atrayente, y en la luz declinante del atardecer semejaba un monumento de frescor, un lugar aparte, fuera del tiempo y de la vida.

Aquel oasis de las Cenobitas, como Femia lo había llamado, era, según Taqi, los restos de Gomorra; otros decían que no era sino el oasis de las Cenobitas, ahora reducido a lo esencial: una inmensa hendidura bordeada de palmeras blancas. A menos que se tratara de la antigua Ctesifonte, destruida, después de la muerte de Mahoma, por jinetes encargados de propagar su palabra. El lugar habría sido, así, en otro tiempo, la capital del antiguo Imperio parto, aniquilada porque su belleza hacía sombra a Babilonia. Los partos la habían fundado más de setecientos años antes, y había sido una de las más bellas y más antiguas ciudades que la historia hubiera conocido nunca. Pero todo aquello ya no existía. La ciudad había sido saqueada, abandonada, y luego se había convertido en ruinas, antes de ser olvidada.

Hasta el día en que Saladino se había enterado de que una reina había establecido allí su reino, y que ese reino, cristiano, era el de las mujeres. El sultán había enviado un ejército de espías, de los que solo había vuelto uno, pero aquello le había bastado para saber que las mujeres llevaban allí una vida de disciplina que se parecía mucho a la de los monjes soldados del Temple o del Hospital, y que los hombres estaban

desterrados de su reino, salvo cuando había que reemplazar a alguna de ellas, muerta en combate. Entonces se realizaban salidas para capturar a los machos más «atléticos», para que «fueran pasto» de las más bellas de las amazonas.

Saladino se había dicho que esos espías no tendrían motivo para quejarse, al menos al principio, de la suerte que les tenía reservada Zenobia, la reina de las amazonas. Lo que venía después ya era harina de otro costal, porque las mujeres del oasis no tenían precisamente fama de tiernas: tras haber copulado, arrancaban con sus dientes los testículos de los machos que las habían fecundado y los reducían a la esclavitud o los enviaban a perderse en el desierto.

Después de haber promovido al rango de jefe de los eunucos al único de los espías que había sobrevivido, Saladino envió al reino de las amazonas al cadí Ibn Abi Asrun, a la cabeza de una embajada poderosamente armada. El cadí era portador de un mensaje en el que se advertía a las amazonas que, si no se comportaban en todos los puntos como las gentes del Libro —como *dhimmi*— y se obstinaban en negarse a satisfacer el impuesto, el sultán se vería obligado a aniquilar su reino.

Zenobia respondió con una caravana de cincuenta camellos cargados de oro y piedras preciosas; así como con la promesa de no interferir nunca en los asuntos del emir, siempre que las dejaran en paz.

Saladino le aseguró su benevolencia, le envió en correspondencia algunos presentes, y no se habló más del asunto. Cada año llegaban camellos al oasis para recoger su cargamento de oro y luego se volvían a El Cairo. Allí este tesoro se añadía al de Saladino, antes de dirigirse —disminuido— hacia Bagdad.

Morgennes estaba tan concentrado en la mancha verde del horizonte que fue necesaria toda la fuerza de los ladridos de Babucha para sacarlo de su ensimismamiento. Pero, por más que la llamara, la perrita no le hacía caso. Babucha se dirigía en línea recta hacia el sur, cuando el oasis se encontraba al este. Presionando con la rodilla el flanco de Isobel, Morgennes se lanzó en persecución de la perra y no tardó en alcanzarla. Los contornos del oasis ya empezaban a difuminarse.

—¡Babucha, aquí!

Babucha no lo escuchaba y, cuando Morgennes acercó la mano para sujetarla por el cuello, la perra retrocedió, rascando la tierra con las patas traseras y gruñendo.

—¿Qué te pasa? ¿Olfateas algún peligro?

Babucha ladró y se alejó un poco más. Morgennes dirigió, como a disgusto, una última ojeada al oasis de las Cenobitas. Prácticamente había desaparecido. Ya solo veía un vago resplandor, tan grueso como el blanco en la base de la uña. Si no se apresuraba, no tendría ninguna esperanza de llegar al oasis y se vería condenado a morir de sed.

—Me voy.

Pero la perra no le hizo ningún caso, y siguió rascando el suelo y retrocediendo cada vez que Morgennes hacía el gesto de aproximarse. Si no hubiera cargado con la armadura, se habría lanzado en su persecución y se habría inclinado a un lado para sujetarla por la piel del cuello. Pero, por desgracia, su cota de malla pesaba tanto que no podía llevar a cabo aquella maniobra sin peligro. Por otra parte, hubiera debido realizarla con la mano izquierda, debido a su ojo ciego, y no se sentía con fuerzas para eso.

—¡Adiós, Babucha!

Normalmente, cuando se veía sola, la perrita se acercaba con el vientre pegado al suelo. Pero esta vez no se movió, se contentó con observar a Morgennes con ojos tristes. Morgennes hizo el gesto de marcharse en dirección al oasis, y Babucha se adentró aún más en el desierto. Pronto desapareció tras una duna y Morgennes dejó de oírla. Ahora solo se escuchaba el ruido del viento; el fragor sordo de la arena rodando cuesta abajo por las dunas que los beduinos llaman el «canto del desierto».

Morgennes dio unos pasos con Isobel y la puso al trote corto, dudando entre galopar para aprovechar los últimos rayos del sol o volver atrás para intentar atrapar a Babucha, cuyo comportamiento le intrigaba. Le hubiera gustado tener un punto de referencia, poder hacer las dos cosas. Pero era imposible. Si no se decidía, en aquel mismo momento, por una solución u otra, se perdería en el desierto. Morgennes detuvo a Isobel para darse tiempo para reflexionar, beber y orar. Cogió un odre de su alforja y bebió un largo trago de agua de Tiberíades. Después de secarse la boca con el dorso de la mano y tras guardar el odre en su lugar, pidió a Dios que le enviara una señal. Recibió dos.

Por una parte, Babucha se había puesto a ladrar con todas sus fuerzas, rematando cada uno de sus ladridos con un gruñido sordo; y por otra, el potente chillido de un pájaro vibró en el aire: como cada tarde, a la hora del crepúsculo, Casiopea enviaba a su halcón peregrino a volar por los cielos.

«Por otro lado —se dijo Morgennes—, también lo hace así en caso de peligro.»

Sin pensarlo dos veces, Morgennes hizo describir un giro a Isobel y volvió a todo galope en dirección a los ladridos, seguro de tener una referencia estable gracias a los largos vuelos del halcón. Remontó una duna, tirando de las riendas de su montura para evitar que descendiera la pendiente al galope, y se reunió con Babucha. La perrita tenía un objeto en la boca.

—¡Dame! —dijo Morgennes tendiendo la mano.

La perra se acercó ¡y dejó en el suelo una pantufla decorada con motivos árabes!

—¡Por todos los cielos, es la de Yahyah!

La perra ladró al oír mencionar el nombre del muchacho y rascó de nuevo con las patas en el desierto, levantando una niebla de polvo amarillo. Morgennes saltó de la

silla y se acercó a Babucha, que dio unos pasos de lado y mordió un trozo de tejido blanco que sobresalía de la arena. Morgennes liberó rápidamente lo que resultó ser una *keffieh* y encontró a Yahyah inconsciente, con la cara quemada por el sol.

—¡Isobel!

La yegua se acercó y Morgennes cogió su odre. Después de haber derramado un poco de agua en el hueco de su mano, humedeció el rostro del joven, al que Babucha no dejaba de dar lengüetazos. Yahyah abrió los ojos, luego la boca, pero no pudo pronunciar nada inteligible. Morgennes le indicó que callara, hizo que se sentara en la arena y le dio de beber a pequeños tragos. Poco a poco, el muchacho se fue recuperando. Se encontraba en un estado lamentable. Sus ropas estaban completamente destrozadas e iba descalzo.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Morgennes cuando le pareció que el chico se había repuesto.

Por toda respuesta, Yahyah tosió, miró a Morgennes con los ojos húmedos de agradecimiento y dijo:

—¡Por Alá (sea siempre loado), me has salvado la vida!

Morgennes le pasó la mano por el pelo para sacudirle la arena, y respondió:

—Será mejor que des las gracias a Babucha; es ella quien te ha salvado. Sin ella, solo serías un puñado de polvo más en el desierto.

Uniéndolo al gesto a la palabra, Morgennes cogió en la mano un poco de arena y la dejó volar al viento.

—Tenemos que irnos —continuó—. Te subiré a mi grupa, y me explicarás lo que te ha ocurrido y dónde está Masada.

—¡Esa serpiente! —exclamó Yahyah—. Si no tuviera tanto miedo de que me falte agua, escupiría al suelo. ¡Puaj, qué personaje infecto! ¡Cuando pienso en lo que hizo con sus precedentes esclavos!

Mientras cabalgaban a la luz de las primeras estrellas, Yahyah explicó a Morgennes cómo Masada había escapado, dejando que Reinaldo de Chátillon y Gerardo de Ridefort se fueran con la Vera Cruz. Femia había aullado, implorando a Masada que se quedara, diciendo que no podían abandonar a Morgennes, pero Masada había respondido: «¡Solo tiene lo que merece!».

Masada les había contado todo a Chátillon y a Wash el-Rafid, poniendo en su conocimiento el pacto hecho con los hospitalarios del Krak de los Caballeros, y cómo estos habían recurrido a Morgennes y a su conocimiento íntimo de Oriente para encontrar la Vera Cruz.

Chátillon se había jurado que acabaría con Morgennes, pero no antes de hacerle escupir todos sus secretos, y especialmente los concernientes a sus famosas expediciones a Egipto en la época de Amaury. Brins Arnat estaba persuadido de que Morgennes conocía el emplazamiento de muchos tesoros, de muchas reliquias; y

Masada no lo había desengañado. Además, Wash el-Rafid había oído hablar de Morgennes al obispo de Preneste, Paolo Scolari, que era gran amigo de Heraclio, patriarca de Jerusalén y enemigo feroz de Raimundo III de Trípoli y de los hospitalarios.

Para ellos, Morgennes era el enemigo, la serpiente que hay que aplastar después de haberle hecho escupir su veneno. Pero la serpiente había escapado, desconocedora de su naturaleza de serpiente e ignorando también hasta qué punto se encontraba acosada por sus adversarios. Hasta el momento, Morgennes solo había temido el juicio de los suyos. Hubiera debido saber que el juicio de sus enemigos debía inspirarle mayor temor.

—¿Y Masada? ¿Dónde está?

—Me habló del oasis, explicándome entre risitas burlonas que allá todo iría mejor para él. No dejaba de acariciar a *Crucífera* y al cofre donde está encerrado Rufino, diciendo que sacaría un buen precio...

—¿Te dijo para qué necesitaba el dinero?

—A causa de un mal que lo corroe —dijo Yahyah enigmáticamente.

—El muy imbécil. ¡Les venderá la espada, cuando es justamente lo que necesita! ¡Apresurémonos!

Morgennes espoleó de nuevo a Isobel, que partió a todo galope. Se guiaba por el halcón peregrino, sombra sobre las sombras del cielo. La velocidad de su carrera a través del desierto, añadida al frescor de la noche, había helado los miembros de Yahyah, que temblaba en brazos de Morgennes.

—¡Allá! —gritó de pronto el niño, en el mismo momento en que la perra se ponía a gruñir.

—¿Qué hay? —preguntó Morgennes.

La ausencia de su ojo derecho se hacía sentir penosamente cuando la noche aplanaba las formas, y tuvo que pedir al niño que le describiera lo que veía.

—Un ojo inmenso, blanco, mirando hacia el cielo...

—¡¿Qué?! —exclamó Morgennes, estupefacto.

—¡No! No es eso... Son, es... ¡Centenares de palmeras blancas!

¡Palmeras blancas! Morgennes nunca las había visto. De lejos, la fronda de palmas ondulaba como tentáculos de anémonas de mar movidas por la corriente. Ahora olía su aroma aceitoso y oía cómo el viento acariciaba las hojas, sumando su aliento a las curvas del pájaro. Unas plantas verdes muy altas daban la impresión de ser inmensas vainas de donde surgían las palmeras.

—¡Están tan apretadas que no se puede pasar! —exclamó Yahyah.

—Tiene que haber un modo...

Babucha ladró. En una palmera, no lejos de donde estaban, una oscilación agitó las ramas con un ruido misterioso: una pareja de monitos blancos, con la cabeza

aureolada por una pelambreira sedosa, había trepado al árbol y miraba hacia ellos rascándose el mentón con aire pensativo.

—¡Qué calor tan agradable! —dijo Morgennes sonriendo—. ¿Te has fijado en que el aire también es cada vez más húmedo? Debe de haber una fuente de origen volcánico en algún sitio...

En efecto, Una fina columna de humo blanco se elevaba por encima de las palmeras y se perdía, vaporosa y ligera, en el cielo crepuscular.

—Es el oasis de la Mano —dijo Yahyah.

—¿Cómo lo llamas? —preguntó Morgennes—. Los otros lo llamaban el oasis de las Cenobitas...

—Es el oasis de la Mano, el oasis de las Palmeras Blancas... Masada lo llamaba así. Porque parece una mano con los dedos tendidos hacia el cielo...

—Pues yo solo veo palmeras rodeadas de hierbas...

—Justamente, son los dedos. El manantial, las viviendas, se encuentran en la palma, en una especie de depresión.

—¿Y cómo se llega allí?

—Masada habló de un camino. Dice que el oasis está recorrido por senderos que son como las líneas de la mano...

—¿Y cuál hay que coger?

—El de la línea de la vida.

Morgennes estudió la palma de su mano, y observó, pensativo, los surcos que se entrecruzaban, se prolongaban o se dividían.

—Es muy extraño —señaló Yahyah—. Tu línea de la vida se detiene en un punto, desaparece un instante y vuelve a prolongarse un trecho corto. ¿No es curioso?

Morgennes lo miró con aire indiferente.

—No sé nada de esas cosas —respondió—. Ven, demos la vuelta al oasis. Tratemos de encontrar el lugar que sirve de entrada.

Rodearon, pues, el oasis, que efectivamente tenía el perfil de una mano. Al cabo de un rato se detuvieron ante un camino estrecho, en pendiente, que parecía hundirse en un abismo de verdor. Babucha ladró. Desde lo alto de los árboles, una decena de monos blancos los observaban, inmóviles, con las manos cruzadas sobre el vientre, como viejos sabios, y una especie de sonrisa.

—¡Es como si estuvieran asistiendo a un espectáculo! —dijo Yahyah echándose a reír.

Manteniéndose en guardia, Morgennes condujo a Isobel a lo largo de la pendiente, que descendía, a menudo abruptamente, entre los estrechos troncos de las altas palmeras entrelazadas. Aquí y allá, algunos bejucos cortados daban testimonio del reciente paso de Taqi, Simón y Casiopea. Un poco más lejos, un tronco hundido en el fango y rastros paralelos de ruedas salpicados de agujeros marcados por unos

pequeños cascos constituían los vestigios de la llegada de Masada. Los chillidos de los loros, de los que distinguían a veces —durante una fracción de segundo— un confuso plumaje blanco, llenaban el aire. Y los monos les respondían, de tarde en tarde, con una voz casi humana. Ahora había decenas, que seguían furtivamente a Isobel, deslizándose detrás de un tronco o aplastándose entre la vegetación en cuanto Morgennes o Yahyah miraban hacia ellos. Se hubiera dicho que se encontraban en plena jungla, y Morgennes recordó, efectivamente, haber atravesado lugares similares. Luego la humedad se intensificó hasta hacerse sofocante. Poco a poco las palmeras fueron sustituidas por densos bosquecillos de flores exóticas, en una exuberancia renovada sin cesar de blanco, rosa y amarillo. Muchas servían de percha a los loros, que no dudaban en posarse sobre ellas en largas filas, a veces al alcance de la mano, a un lado y a otro de Morgennes y Yahyah, de manera que estos tenían la curiosa impresión de estar pasando revista a un batallón de aves.

—Morgennes...

Esta vez Yahyah temblaba de miedo. Morgennes lo apretó contra sí, cuando, de repente, Babucha ladró: estaban cercados. Una veintena de guerreras con armaduras de bronce, equipadas con arcos largos, espadas cortas y finos venablos, los amenazaban con sus armas. Semejantes a hamadriades, las amazonas habían surgido de todos lados a la vez de entre la jungla. Algunas iban montadas sobre gacelas marfileñas y los miraban con animosidad. Las que les apuntaban con sus arcos tenían la inmovilidad de las piedras y, si no se hubieran desplazado para ajustados mientras ellos avanzaban, hubieran podido tomarlas por estatuas.

—Seguidnos —dijo una de ellas en un tono poco tranquilizador.

Morgennes espoleó suavemente a Isobel y, poco tiempo después, llegaron al oasis propiamente dicho. ¡Era un lugar magnífico! ¡Decir que algunos habían hablado de Damasco como de un paraíso, cuando el paraíso estaba allí! El oasis era los jardines sin Babilonia, el Edén sin Adán, la manzana sin Lucifer. Imaginad una inmensa hendidura en forma de delta invertida. Arcos cubiertos de musgo enlazan las alturas, donde, incrustadas como esmeraldas, una miríada de grutas rebosan de verdor. Estas cavidades desempeñan la función de salas comunes, viviendas, talleres, almacenes, observatorios y capillas... Galerías pegadas a la roca y escaleras talladas en la piedra permiten circular de sala en sala y vigilar el oasis. Aquí y allá, como corrientes de lava reverdecidas por el tiempo, jardines suspendidos escalonados en terraza prolongan las grutas hasta el fondo de la hendidura, donde un río salta entre las piedras. Morgennes no veía el origen del pequeño torrente, perdido en la niebla, pero río abajo sus aguas se precipitaban en una anfractuosidad de la tierra, por donde escapaban silbando entre un despliegue de vapores.

Realmente, el oasis era la mano de Dios.

Después de haberlos hecho desmontar, las mujeres con casco y armadura, con

mirada fiera, los condujeron bajo un techo verdeante. Algunos bejucos colgaban de él, contribuyendo a la belleza del lugar; una guerrera cortó uno con su sable y lo utilizó para atarles las manos.

—¿Quiénes sois? ¿Qué queréis? —preguntó luego con voz clara.

Tenía los rasgos de una adolescente. Pero en su cara se reflejaba una dureza real, reforzada por las líneas aceradas de su casco, coronado por una cabeza de hiena.

—Me llamo Morgennes, y este es Yahyah —respondió Morgennes—. Hemos venido en paz para recuperar un bien que me pertenece y encontrar a nuestros amigos.

—¿De qué y de quién habláis?

—De una espada, y de dos hombres y una joven que han debido de llegar poco antes que nosotros.

—Son nuestros prisioneros. No queremos tener contacto con nadie. Dadnos una buena razón para que no os convirtamos en nuestros esclavos...

Morgennes reflexionó. Pensó en hablar de Masada, pero no sabía en qué términos se encontraba con las cenobitas y prefirió no hacerlo. Entonces vio, sobre el pecho de una de las guerreras, un medallón en forma de palmera idéntico al que Femia le había entregado poco antes de morir.

Buscando bajo su cota de malla con las manos atadas, dijo a las jóvenes:

—Esperad, mirad esto.

Con esfuerzo consiguió sacar la joya de Femia y se la mostró. La alhaja brillaba suavemente a la luz de las antorchas de las cenobitas.

—¿De dónde habéis sacado esto? —preguntó otra guerrera.

—Me lo dio una amiga —respondió Morgennes.

—¡Su nombre!

—Femia.

Un rumor pasó de cenobita en cenobita. Las mujeres hablaban una lengua extraña, llena de silbidos y entonaciones variadas.

—¡Seguidme! —dijo la primera guerrera.

Después de haberlos liberado, la soldado condujo a Morgennes y a Yahyah por un dédalo de escaleras estrechas que serpenteaban de terrazas a grutas y de grutas a terrazas, subiendo cada vez más alto, atravesando salas donde las cenobitas se afanaban junto a hornos, forjas y crisoles, bastidores para tejer, alambiques, atadores o tornos de alfarero. Parecía una colmena humana, con celdillas tan misteriosas como insondables, que hervían de actividad.

—¡Entrad ahí! —ordenó la guerrera.

Morgennes y Yahyah penetraron en una sala de techo bajo, con la entrada cerrada por una cortina. Estaban en una gruta pequeña, con los muros blanqueados con cal, con manchas de humedad en algunos lugares y pinturas ingenuas que representaban

cazadoras. Al extremo de una alfombra de lana con motivos que figuraban escenas sáficas, se encontraba sentada una joven guerrera de rasgos adolescentes.

Morgennes se arrodilló, pensando que se trataba de Zenobia, la reina de las Amazonas.

—Levantaos —dijo la mujer—. No soy quien creéis: la veréis mañana. Me llamo Eugenia. Soy la hermana de Femia.

Morgennes se estremeció y se llevó la mano al corazón, como para ocultar el medallón que pendía de su cuello. En ese momento algo se movió tras ellos, y una voz masculina, la voz de un anciano, declaró:

—Ah, aquí está...

Morgennes se volvió hacia el hombre que acababa de entrar. Y estuvo a punto de desvanecerse: Guillermo de Tiro estaba allí, vivo, ante él.

21

*Nuestro fin estaba próximo, nuestros días cumplidos;
sí, nuestro fin había llegado.*
Lamentaciones, IV, 18

—¡Os creía muerto! —exclamó Morgennes, hincando la rodilla en el suelo para besar la mano del anciano arzobispo.

—Por Dios —dijo Guillermo sonriendo—, tengo algunos dolores en las articulaciones, pero estoy bien vivo...

Unos instantes más tarde, Guillermo los invitaba a compartir su cena.

—Cenamos tarde, aquí —dijo Guillermo mientras iban a buscar a Casiopea y a Taqi—. Hay tanto que hacer y los días son tan cortos...

El anciano no tenía ni una arruga más, ni había perdido uno solo de sus numerosos y largos cabellos blancos. Su jovialidad no se había empañado nada en absoluto desde que Morgennes lo había dejado, seis o siete años antes, cuando había partido en busca de las lágrimas de Alá para curar a Balduino IV.

—¡Qué alegría! —dijo Morgennes—. En Jerusalén todos os creían muerto.

—Imagino —respondió Guillermo— que la mayoría se alegraba de ello.

—Los del partido del rey Guido de Lusignan, de Gerardo de Ridefort y de Heraclio, sí. Sin duda. Los otros todavía os lloran. Y son los más numerosos.

—Pero, por desgracia, no los más fuertes —dijo Guillermo sonriendo con tristeza.

El arzobispo cogió la mano de Morgennes y la apretó afectuosamente, palpándola y mirándola con gran interés.

—De modo que lo habéis conseguido —constató—. Se lo dije a Balduino: «Morgennes no puede fracasar. Es el mejor, el más fuerte de todos». A menudo vuelvo a pensar en la mirada del pequeño rey cuando me pedía noticias vuestras, cuando sus fuerzas disminuían: una mirada que se vaciaba de vida, a la vez dulce y resignada. Cada día, y luego cada hora, hacia el final, Balduino me preguntaba: «¿Ha vuelto Morgennes?». Debo confesaros que en algún momento creí que habíais abandonado, derrotado, y que habíais huido, o que habíais muerto. Entonces Balduino me tranquilizaba: «No os preocupéis, volverá... Vos mismo lo dijisteis: «"No puede fracasar"». En aquellos momentos me pregunté si no debería...

La voz del anciano se perdió en un murmullo incomprensible, en una frase que lamentó haber pronunciado casi al instante de hacerlo.

—¿Si no deberíais qué? —insistió Morgennes.

Guillermo levantó la cabeza y clavó su mirada en la de Morgennes, para decir con voz grave:

—Hacer como ese Masada, que (ahora lo sé) venía aquí a buscar un remedio que estabilizara su enfermedad. ¡Pero a qué precio!

—¿Cómo que a qué precio? ¿No teníais acceso al tesoro del reino? ¿Tan caro era ese remedio?

—El oro no lo era todo —precisó Guillermo mirando a Yah-yah—. También había que traer a un niño, cuyas carnes trituradas, mezcladas a una teriaca, asegurarían al enfermo algunas semanas, como mucho algunos meses, de tregua. Ni Balduino ni yo estábamos dispuestos a pagar ese precio.

—¡Ah! —dijo Morgennes—. De modo que así ha sobrevivido Masada...

—Sí. Las cenobitas más ancianas conocen secretos que se cuentan entre los mejor guardados del mundo. Ellas saben... Pero hablaremos de ellas un poco más tarde. Vayamos a reunimos con vuestros amigos.

Morgennes y el arzobispo se dirigieron, pues, a la vivienda de Guillermo, que vivía en una gruta pequeña no lejos de la cima del oasis. En su terraza, una palmera curvó la copa para acogerlos, con los tallos cargados de pesados racimos de dátiles blancos que colgaban como paquetes de huevos.

Guillermo dispuso que les sirvieran una comida al modo de las cenobitas. Los invitó a tenderse en un diván, y luego les presentaron, sobre una mesa baja, una bandeja que contenía carne de gacela, cuyos cuernos decoraban el plato, servida con arroz del reino del preste Juan. Comieron a la luz de las estrellas, con los dedos, y luego se lavaron las manos en jofainas de agua de rosas antes de atacar el siguiente manjar: un puré de dátiles blancos acompañado de queso fresco. Los monos se volvían locos por aquel plato, y a menudo uno o varios juntos venían a reclamar su parte a los invitados, tirándoles de la manga o de los calzones.

—Qué desgracia que fuéramos traicionados —dijo Morgennes a Guillermo—. Yo, por Masada, y vos por no se sabe quién... La suerte del reino de Jerusalén hubiera cambiado. Pero Dios no quiso que fuera así. Probablemente no lo merecíamos...

—Dejad a Dios y a los merecimientos fuera de este asunto —dijo Guillermo dando un dátil a un mono—. Nosotros no teníamos, en Europa, el apoyo de los reyes ni el de Roma. De los reyes, porque estaban demasiado ocupados en pelear entre ellos; de Roma, porque Balduino IV era leproso, y para los papas eso era un signo de que no era amado por Dios. Seguramente sabéis que yo mismo fui a defender, en vano, la causa de los leprosos en 1179, con ocasión del tercer concilio ecuménico de Letrán. Digo en vano porque los leprosos le van bien a la Iglesia: nadie como ellos toca a llamada a los fieles. Con su carraca empujan a más gente a los confesionarios de la que las campanas nunca podrán atraer. En cuanto a Balduino, en realidad si no era apreciado por Roma (y estoy seguro de que sí era amado por Dios, pues si no, no hubiera salido vencedor en la batalla de Montgisard), no era a causa de su lepra, no, ¡sino a causa del amor que le profesaba su pueblo! ¡Un pueblo adorando a su rey!

¡Aquello no se había visto en Occidente desde los tiempos del rey Arturo! Había que destronarlo y devolver a Jerusalén al seno de Roma. Igualmente, en Oriente, el Temple y el patriarca nunca nos han perdonado, a Balduino IV, a Raimundo de Trípoli y a mí mismo, que intentáramos tejer lazos de confraternidad con los mahometanos. Taqi es testimonio de ello. Sin embargo, el entendimiento era posible. Al menos era necesario. ¡Pobre Balduino! A su muerte, partí a defender la causa de una nueva expedición a Tierra Santa, pero no pude llegar a los oídos de los reyes: ¡me asesinaron antes!

Al oír estas palabras, todos se estremecieron, y súbitamente encontraron un regusto amargo al pastel de carne de gacela que acababan de tragar.

—Sí —continuó Guillermo—. Esa es la triste verdad. Después de mi asesinato, mi cuerpo quedó sumergido en un profundo letargo. Si hoy os hablo es porque una decocción de hierbas, que constituye un secreto de las cenobitas, añadida a cada una de mis comidas, me permite vivir en el estado en que la muerte me encontró. Sin la ayuda del monje que me acompañaba, y que me trajo hasta aquí, habría sido pasto de los gusanos... ¡Y, vista la dosis de veneno que tenía en la sangre, pienso que no les hubiera ido mucho mejor que a mí! De modo que no hablemos de merecimientos, no hablemos de Dios. La paz era posible, creo, si hubieran dejado a Dios tranquilo...

Morgennes observó a Guillermo, que tosió suavemente y se secó las comisuras de los labios con una servilleta de paño blanco.

—Bien —concluyó Guillermo—, después de esta conversación tan elevada, os propongo que tomemos un delicioso licor de dátiles, una especialidad del lugar, o que roamos una raíz de palmera, lo que resulta de lo más apaciguador, creedme...

Guillermo se levantó, entregó a los hombres un poco de jabón para que se limpiaran el bigote y pasó a una pequeña sala contigua, donde había lo necesario para preparar una comida. Morgennes, que lo había seguido, le preguntó:

—¿Vivís solo?

—¿Solo? —dijo Guillermo—. Si puede llamarse vivir solo a vivir en medio de bellas mujeres, de monjes y de Dios, sí, en ese caso vivo solo. Pero no tengo motivos para quejarme.

—¿Cómo vinisteis a parar aquí?

—Os lo he dicho. Yemba, el monje que me acompañaba en mi periplo a Roma, me trajo hasta aquí. Hacía ya algunos años que estábamos secretamente en contacto con una importante comunidad de monjes agustinos, fundada en 1099 por un antiguo guardián del Santo Sepulcro. Este guardián, cuyo nombre no ha conservado la historia, había confesado bajo tortura dónde había escondido la Vera Cruz en la toma de Jerusalén por los primeros cruzados. Liberado, caminó mucho tiempo por el desierto para expiar su falta y acabó, gracias a la providencia, por llegar aquí. Finalmente, en 1169, cuando Saladino hizo ejecutar a todos sus esclavos negros,

después de una rebelión, algunos vinieron también a refugiarse a este lugar. Pudieron quedarse a cambio de la promesa de hacerse monjes y de no volver a tocar un arma. Promesa que han mantenido. Desde entonces viven en paz con las amazonas y trabajan cultivando los árboles y las plantas o en la mina.

—¿Son importantes las minas?

—Más de lo que creéis —respondió Guillermo con una leve sonrisa—. Pronto os diré por qué. Mientras tanto alegrémonos de estar juntos y de poder hablarnos.

—¡Y decir que para mí estabais muerto!

—En cierto modo lo estoy. Igual que vos lo estabais para mí.

Los dos hombres entrecocaron sus vasos, bebieron cada uno a la salud del otro y brindaron:

—¡Por la vida!

Luego volvieron a la terraza, donde Simón y Taqi discutían, mientras Casiopea hacía de árbitro y Yahyah jugaba con Babucha.

Una joven con un vestido largo llegó súbitamente, hincó la rodilla ante el arzobispo y anunció:

—Su majestad os reclama.

—¿Ahora? —preguntó Guillermo, un poco sorprendido.

—¡Inmediatamente! —confirmó la enviada de Zenobia, que al instante se levantó y los invitó a que la siguieran.

Mientras caminaban tras ella, Guillermo preguntó:

—¿Se puede saber por qué?

—La Emparedada ha hablado —empezó la reina en tono grave.

Zenobia se había levantado de su trono de oro y marfil y se había adelantado hacia ellos con una ligereza sorprendente para una mujer que parecía haber superado hacía tiempo los cien años.

Pero Morgennes ya había oído decir que las amazonas conservaban durante toda su vida la apariencia de una muchacha de dieciséis años. En lo relativo a sus senos se contaba que, para tirar mejor con el arco, se cortaban el derecho en cuanto les empezaban a crecer—, Morgennes apreció una ausencia casi total más que un pecho deformado. Sin duda se fajaban con cintas que mantenían sus senos estrechamente comprimidos.

Zenobia se encontraba rodeada de su guardia personal, una docena de cenobitas con armadura de bronce, casco con cabeza de hiena en la cabeza y lanza de un tipo nuevo, equipada con un hierro en cada extremo. Sus ojos maquillados con kohl miraban fijamente al frente, sin pestañear.

—¿Qué ha dicho la Emparedada, majestad? —preguntó humildemente Guillermo.

—Que el día en que el asno, el caballo, el pájaro, el perro y el muerto vengan, los

elefantes seguirán, y con ellos el fin de este reino. Sin duda ya es demasiado tarde, pero exijo que vuestros amigos se vayan. ¡Que salgan de aquí! En cuanto a nosotras, no queremos seguir teniendo tratos con Masada, no importa lo que nos ofrezca a cambio de nuestros remedios. Que coja su espada y su cabeza parlante y se largue también. ¡Si no, os haré ejecutar a todos!

La reina fue a sentarse de nuevo en su trono, recogiendo los pliegues de su grueso manto de plumas de loro.

—Majestad —prosiguió Guillermo—, ¿puedo encargar una misión a nuestros amigos?

—¿Cuál?

—Poner a resguardo los más preciosos de nuestros escritos. Vos sabéis cuan antiguos son, y sería una lástima que se destruyeran. Mis amigos son guerreros valerosos, yo respondo de su honor..

—Hacedlo. Pero que se marchen esta misma noche.

—Majestad...

El arzobispo abandonó la sala del trono caminando hacia atrás para no dar la espalda a la reina. Cuando sus otros cinco compañeros se disponían a hacer lo mismo, Zenobia exclamó de pronto mirando a Morgennes:

—¡Un momento!

Morgennes se detuvo.

—¡Acércate!

Morgennes dio un paso hacia Zenobia, sin atreverse a levantar los ojos más arriba de la pierna de la reina. La piel de sus pequeños pies, calzados con sandalias, era sorprendentemente lisa y brillante. «¿Cuántos niños —pensó Morgennes reprimiendo un escalofrío— se habrán necesitado para obtener este resultado?»

—Vamos —añadió la reina, a quien le parecía que no iba lo bastante deprisa.

—Perdonadme, majestad, no conozco bien vuestras costumbres.. .

—Dame el medallón —ordenó Zenobia en tono brusco.

Morgennes tuvo un momento de duda, que la reina percibió y —en contra de lo que había esperado— pareció apreciar.

—¿Tanto te importa esta joya? —inquirió Zenobia.

—Me es más preciosa que...

Pero no encontró una comparación que permitiera explicar el valor que la alhaja tenía para él.

—Es una larga historia, majestad. Temo que nos falte tiempo.

—Cuéntamela. Te interrumpiré...

Morgennes le narró, pues, sus aventuras, empezando por Hattin y explicando luego cómo Femia le había salvado la vida al dar —a su pesar— sus joyas para comprarlo, en Damasco.

—«Di a mis hermanas que lamento haberlas dejado», fueron sus últimas palabras —murmuró Morgennes—. Entonces no comprendí a quién iban dirigidas esas palabras. Ahora lo sé...

—Femia era la más bella de nuestras hermanas —dijo la reina—. Abandonó nuestra morada para irse a la aventura con ese Masada del que inexplicablemente se había prendado. Sin embargo, Femia lo había prevenido, y lo que ella temía más que a nada sucedió: lejos de este oasis su belleza se esfumó, y con ella el amor de su marido. A medida que la atrapaban los años, que las hierbas de que se alimentaba aquí mantenían antes apartados de ella, Masada se alejaba de Femia, lo que la hundió en una infelicidad aún mayor.

—Hubiera podido volver —dijo Morgennes.

—¿Para agravar su sufrimiento? Pero, claro, tú no puedes saber lo que es haber sido la más hermosa de una comunidad y volver a ella siendo la más fea... No, Femia nos había abandonado por amor, y ese amor la perdió, como nos pierde hoy...

—Lo siento muchísimo —murmuró Morgennes.

—Tú no tienes la culpa de nada. Pero quiero que sepas lo que representa este medallón. Es la belleza ajada de Femia, es su vida perdida, su amor imposible, su maldición. Nuestra pérdida.

Morgennes colocó la mano sobre su medallón.

—¿Lo queréis?

—Sí.

Morgennes se sacó el collar con delicadeza y lo depositó con reverencia en la mano de la reina; una palma perfecta, lisa como un huevo, suave como la piel de un bebé. En cierto modo, Femia había vuelto a casa.

—Llévalo a su hermana —ordenó Zenobia a una de sus guardias, que se inclinó, cogió el collar y salió enseguida.

—Ahora —prosiguió la reina— ve a reunirse con Guillermo. Te espera. Mantén, de momento, una absoluta reserva sobre lo que vas a ver. Hemos preservado el secreto durante más de cinco siglos. Un día, sin duda, querrás transmitirlo. Elige bien a quién se lo confías. ¡Que Dios te guarde! —concluyó la reina.

—Que Dios os guarde también —murmuró Morgennes.

Y abandonó la sala del palacio semisubterráneo, cuyas columnas y estilo evocaban una época aún más remota que la Grecia antigua.

La noche era suave, tibia, cuajada de olores deliciosos que perfumaban la atmósfera y daban al oasis aires olímpicos. La naturaleza y la ciudad se mezclaban en él en un tierno abrazo. Los árboles y las piedras se enlazaban estrechamente; la tierra y el agua hacían lo propio, uniendo sus fronteras en piscinas en cuyo fondo se veían pinturas antiguas, viejos mosaicos. A menudo, la entrada de una gruta estaba oculta por un árbol cuyas raíces servían de escalera. En otro lugar, los nenúfares formaban,

en una depresión, un estanque ornamental donde retozaban los flamencos blancos, con delicadas cerámicas que servían de abrevadero. Aquí y allá brincaban algunas gacelas montadas por niñas. Los animales levantaban con sus pezuñas finas estrellas de agua, cometas de arena. Una gata, bajo una palmera, limpiaba a lametones a sus pequeños.

—¡Qué lugar! —exclamó Morgennes—. ¡Se diría que estamos dentro de una fábula! Todo es tan maravilloso aquí...

—Es bien, cierto eso que dices —replicó Guillermo—. La leyenda afirma, de hecho, que la forma tan particular de este oasis se debe a que fue en otro tiempo el jardín del Edén. La mano de Dios, al colocar a Adán en la tierra, habría marcado para siempre el desierto... Así, en sus contornos crecieron árboles, y un manantial surgió en su centro, todo en un instante... El fruto del árbol del Conocimiento sería, pues, uno de estos sabrosos dátiles blancos con que nos hemos deleitado hace un momento...

Una antorcha colocada en una hornacina les proporcionó la poca luz que necesitaban.

Mientras caminaban, pasando entre muros por donde se extendían plantas trepadoras, Morgennes preguntó:

—¿Por qué os quedáis aquí? Podríais volver a Tiro, que sigue estando en manos cristianas...

—¿Por cuánto tiempo? —objetó Guillermo—. Y, de todos modos, esa cuestión no se plantea, ya que tengo necesidad de absorber cada día esa mezcla de hierbas que solo las cenobitas saben elaborar. Sin ellas moriría. Por otra parte, prefiero considerarme como muerto, pues lo cierto es que desde que estoy aquí no he envejecido ni un día. Además, los vivos se han acostumbrado a mi desaparición. Ni siquiera los que me aman comprenderían mi retorno. Ni siquiera Josías...

—Estoy seguro de que constituiría para él la mayor de las alegrías —respondió Morgennes—. Y Raimundo de Trípoli...

—Raimundo de Trípoli también es viejo. El reino de Jerusalén era hasta tal punto su propia carne, tanta fe tenía en él, que no sobrevivirá a su caída. En cuanto a Josías, no. Yo sería un estorbo. Él es joven. Que haga su vida, y que triunfe allí donde yo fracasé.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Morgennes.

—De mi gran obra.

—¿Vuestra *Historia rerum in partibus transmarinis gestarum*? Pero si la habéis acabado...

—No, yo hablo de impulsar a los reyes de Francia y de Inglaterra a tomar la cruz.

Guillermo inspiró profundamente y se apoyó en Morgennes para ayudarse a continuar, como si volver a hablar de aquellos acontecimientos fuera penoso hasta el

punto de debilitarlo.

—Verdaderamente —prosiguió—, no sé si el fin es o no para mañana, pero me parece que cada día hay que considerarlo próximo. Lo que clamaba Pedro el Ermitaño era cierto: «El fin está próximo»; pero en cierto modo lo sabemos. Aunque no se trata forzosamente del fin del mundo, sino del nuestro en particular. Y, después de todo, ¿qué diferencia hay para el que muere?

—Una cosa es morir, y otra es morir sabiendo que nadie nos sobrevive...

—¿Nadie? Eso no es lo mismo que nada. En fin, dejemos a otros el trabajo de debatirlo... Sea como fuere, yo no voy a moverme. Me bastará con saber que pondréis a resguardo lo que os confiaré.

—¿De qué se trata?

—Paciencia, Morgennes, paciencia...

Guillermo y Morgennes se dirigieron hacia un gigantesco edificio con columnatas que tenía todo el aspecto de un templo griego. La edificación se levantaba en el otro extremo de la hendidura, tallada en el acantilado, bajo una fronda de bejucos. Una ligera llovizna la envolvía, proveniente de una cascada que dos enormes manos de piedra apartaban por encima de la construcción.

—El corazón del oasis —anunció orgullosamente Guillermo—. Venid...

Ascendieron por una escalera que conducía a un propileo titánico, ceñido por varias cúpulas que sobresalían a medias del acantilado. Al escalar los altos peldaños, Morgennes tuvo la impresión de que los habían construido para unos pies que no eran humanos, hasta tal punto era extenuante la ascensión. Finalmente, después de una hilera de finos pilares de mármol blanco, llegaron a una puerta inmensa, que Guillermo golpeó vigorosamente con la aldaba. Casi al instante, uno de los batientes se abrió con un ruido de succión sobre un profundo túnel en forma de nave.

Un africano, que medía casi dos varas de alto y parecía tan fuerte como un buey, se sacó una raíz de palmera de la boca y les dirigió una cálida sonrisa.

—¡Yemba! —saludó Guillermo—. Justamente quería verte. Este es Morgennes, el caballero de quien tanto te he hablado...

—¡*Messire* Morgennes! —exclamó Yemba—. ¿De modo que sois vos el caballero que siempre tiene prisa en llegar a donde debe ir, nunca está en el lugar donde se encuentra y casi no descansa?

Morgennes sonrió un poco incómodo, sin saber qué responder a aquella extraña descripción.

—Soy yo —acabó por conceder Morgennes—. ¿Quién ha trazado este retrato de mi persona? ¿Guillermo?

—¡Ja, ja, ja! —rió sorprendentemente el monje—. No, de ningún modo, es vuestro «amigo» Rufino. ¡A decir verdad, no os tiene en graaaan estima!

—¡Rufino! Pero ¿qué hace él aquí? —se sorprendió Morgennes.

—¿Cómo? ¿No lo sabéis? ¿No os han explicado nada? Lo traje Masada. La verdad, tengo que reconocer que, junto con *Crucífera*, es la más bella de las reliquias que nunca haya ofrecido como pago por nuestros cuidados... Al principio Rufino no me hablaba mucho; luego, cuando descubrió que yo había conocido bien a su padre, Heraclio el crápula, empezó a soltar la lengua. Y después ya no había forma de detenerlo. Está maldito, ¿sabéis? Por vuestra culpa, me ha dicho...

—Me gustaría entrevistarme con él.

—¡Proooonto! ¡Muy proooonto!

De nuevo estalló en carcajadas, y con un gesto amplio invitó a Guillermo y a Morgennes a que entraran en una profunda galería con aires de catedral. En cada pilar brillaban velas colocadas ante un espejo que reflejaba la luz multiplicándola. Era un lugar tan fantástico que Morgennes se preguntó qué clase de Dios se adoraba allí.

—¿Adonde queréis ir? —preguntó Yemba.

—Para empezar —respondió Guillermo—, me gustaría llevarlo al árbol. Luego iremos a la mina. Que sus amigos se nos unan allí. Saldrán por el pasaje secreto.

—Comprendido —dijo el monje—. Voy a avisar a las cenobitas para que vayan a buscar a vuestros amigos...

Dicho esto, Yemba se puso a masticar de nuevo su raíz y desapareció detrás de una cortina; Guillermo y Morgennes aún oyeron resonar su risa durante un rato.

El arzobispo prosiguió su camino. El túnel parecía prolongarse mucho más allá de los muros del templo tal como se veían desde el exterior, hundiéndose bajo la superficie del desierto. Se cruzaron con otros monjes de piel oscura, que iban a rezar mascullando entre dientes. A Morgennes le parecieron siniestros. Con su ropa oscura parecían fetiches. Uno de ellos, que llevaba un cántaro y un pan, les pasó tan cerca que Morgennes creyó ver a un demonio.

—Le lleva la comida —explicó Guillermo.

—¿A quién?

—A la Emparedada...

—¿Quién es?

—Es la mayor y la más respetada de las mujeres del oasis. Su piel está tan arrugada que se niega a salir de su habitación. Además, ha pedido que la encierren en ella. Le dan de comer por una abertura practicada en el muro que han levantado ante su puerta y por ella recuperan el cubo de sus humores. A veces, de forma completamente imprevisible, emite un oráculo...

—Como el del asno, el caballo, el pájaro y el perro...

—Exactamente —asintió Guillermo.

—Pero no comprendo: si el asno y el caballo son Masada y Taqi, y el pájaro y el perro, Casiopea y Yahyah, ¿quién es el muerto?

—¿Vos, tal vez? —sugirió Guillermo.

—Eso es lo que temo.

—También podría hacer referencia a Simón o a Rufino, cualquiera sabe... En cualquier caso, se trata solo de un símbolo. El muerto, de todos modos, es probablemente Cristo, representado por la Vera Cruz. Y vos no sois Cristo, como Masada no es un asno, Taqi un caballo, Casiopea un pájaro ni Yahyah un perro...

Morgennes sonrió. Habían llegado a una puerta tan alta que desaparecía en la bóveda del corredor.

—Ya estamos —anunció Guillermo,

Con una mano empujó el batiente derecho, que no tenía picaporte ni pomo.

—Después de vos.

Era una sala inmensa, iluminada por centenares de cirios que ardían en grandes candelabros de oro. La cúpula que coronaba la estructura tenía una única abertura, por donde entraba un rayo de luna y un fino hilillo de agua. Los muros estaban cubiertos de mosaicos medio comidos por la hiedra. Lo más sorprendente eran los tres largos cables metálicos que bajaban del techo y retenían por la base y por cada uno de los extremos de su *patibulum* una gran cruz de madera. La cruz colgaba por encima de ellos, casi horizontalmente, a la manera de un hombre que se lanza al vacío.

Morgennes se quedó estupefacto.

Aquella cruz se parecía punto por punto a la que ellos habían recuperado en Hattin, a no ser porque estaba entera, *patibulum* y poste incluidos.

Una luz extraña emanaba de los maderos, parecida a la de las aureolas que los pintores colocan a veces por encima o en torno a la cabeza de los santos que representan. Finalmente, una calma extraordinaria reinaba en el lugar. No había duda, era la Vera Cruz.

Morgennes cayó de rodillas y se echó a llorar. Guillermo le puso la mano en el hombro.

—Yo sentí lo mismo la primera vez que la vi...

—¿De verdad es ella?

—Para ser sincero —repuso Guillermo con un suspiro—, no podría decirlo. Pero me gusta pensar que sí... Mirad...

Con su antorcha, se dirigió hacia el muro situado a la izquierda de la entrada e iluminó un primer mosaico. Se veía, representado de forma primitiva, a Cristo llevando su cruz, ayudado por Simón de Cirene. La escena siguiente lo mostraba crucificado. En otra aparecía representado sobre la piedra de la unción, poco después del descendimiento de la cruz, y así sucesivamente. A lo largo de todo el muro las escenas se sucedían, explicando la historia de la Vera Cruz tal como se conocía en la época en que la Santa Cruz había sido llevada allí.

—Aquí estamos en el corazón de lo que en otro tiempo fue la residencia privada de la reina Meyem, o María, esposa de Cosroes, el poderoso rey de los persas, y ferviente cristiana.

Morgennes admiró los detalles de los mosaicos, que en la última parte ilustraban cómo la reina María había convencido a Cosroes y a su general en jefe Chahrbaraz de que atacaran Jerusalén para coger la Vera Cruz y las otras reliquias.

Se veía, cosa sorprendente, al militar torturando a un eclesiástico —el patriarca Sofronio, sin duda— para hacerle decir dónde había ocultado la Vera Cruz y los instrumentos de la Pasión. Pero lo más extraordinario de todo eran los tres últimos mosaicos, que explicaban en tonos brillantes cómo Chahrbaraz, después de haber abandonado el servicio de la reina María, había sido reemplazado en su corazón por ese mismo patriarca Sofronio que había padecido el martirio. Este había aconsejado a la soberana que hiciera fabricar una réplica de la Vera Cruz de la misma madera que la del árbol a partir del cual había sido tallada en la época de la Crucifixión: «A fin de que la Vera Cruz permanezca para siempre oculta y nadie tenga la idea de partir en su busca».

La penúltima escena mostraba, pues, al emperador Heraclio recibiendo una «falsa» Vera Cruz, y la última a Sofronio y a María pasando días felices en el santuario que la reina había hecho habilitar en un lugar apartado de todos, el oasis de la Mano, a resguardo de los hombres.

—Zenobia es la descendiente directa de la reina María —prosiguió Guillermo—. Y durante mucho tiempo he pensado que la Emparedada no era sino la propia María, aunque la verdad es que no tengo la certeza de que sea así.

—¿Cómo podemos estar seguros de que es realmente la Vera Cruz?

—Temo que eso no sea posible. Por otra parte, es algo secundario. Venid a ver...

Morgennes se preguntaba qué podría mostrarle ahora Guillermo, qué increíbles misterios le serían revelados aún.

El antiguo arzobispo de Tiro se dirigió a una pequeña puerta de madera situada en el cuarto superior izquierdo de la sala, entre dos mosaicos donde, en uno, santa Elena descubría la Vera Cruz en la cima del monte Calvario y, en el otro, Constantino daba la orden de construir allí el Santo Sepulcro.

La puerta giró sobre unos goznes que tenían varios siglos con un ligero chirrido debido a la humedad: la madera se había hinchado. La pequeña habitación en la que se disponían a entrar estaba bañada en vapores que escaparon con un ruido agudo a la primera sala. La antorcha que sostenía Guillermo chisporroteó, pero no llegó a apagarse. Simplemente, una bruma densa ahogó su luz, confiriéndole un aspecto irreal.

Morgennes entró y enseguida se vio rodeado de humedad. Finas gotas de agua resbalaron sobre su cota de malla, haciendo más pesadas las partes de cuero y de

algodón picado.

Una forma vaga se destacaba en medio de la habitación, cuyos muros y techo se perdían en una niebla oscura. Era un árbol, un sicomoro, inmenso, grueso, que parecía dolorosamente lastimado. Sus ramas tropezaban contra las paredes y el techo, abriendo en algunos lugares fisuras donde sus extremos desaparecían. Su edad, su peso, hacían que se inclinara hacia el suelo, cubierto de hojas. El sicomoro tenía algo de Atlas, el titán condenado por Zeus a cargar el cielo.

—El árbol del que se hizo la Vera Cruz —declaró Guillermo.

El antiguo arzobispo pasó la mano por las formas del viejo árbol, mostrando dónde había sido tallado y de qué forma había cicatrizado. El molde de una cruz aparecía vaciado en el tronco y las ramas, formando en ellos una herida profunda de la que supuraba un hilillo de savia. Con el tiempo la llaga se había agrandado en lugar de obstruirse, como una mano que se abre en lugar de cerrarse.

—¿Habéis oído hablar de los agotes? —preguntó Guillermo, con la palma pegajosa por la sangre del árbol.

—No, creo que no...

—Son los descendientes de los judíos que hicieron la Vera Cruz. Carpinteros, como José. Pero este fue bendecido por Dios, mientras que ellos están malditos...

—¿Por haber montado la Vera Cruz?

—Sí, y no haber utilizado este árbol más que para una sola cruz, sin que se sepa muy bien por qué. Se dice que creció a partir de una de las ramas del árbol del Conocimiento. Que el rey Salomón hizo un puente con él, y que la reina de Saba, tras haber tenido una visión de la Pasión de Cristo, vino a adorarlo varios siglos antes de su nacimiento... Originalmente la cruz estaba destinada a Barrabás. Algunos dicen que su corteza había sido tratada de forma especial, y que la madera recibió la propiedad de devolver a la vida a los que se tendían sobre ella... ¿Tal vez los agotes fueron magos poderosos, partidarios de Barrabás en lucha contra los romanos? Esta estratagema hubiera tenido entonces como objetivo salvar a Barrabás de la crucifixión, pero Barrabás no fue crucificado. En su lugar crucificaron a Jesús, que por eso se benefició de las propiedades mágicas del árbol... Si es que fue él el crucificado; pues todavía hoy muchos creen que tampoco Cristo fue clavado en la cruz, sino que fue Judas, o Simón de Cirene, una apariencia de Cristo, o el propio Barrabás... Los elcesianos, por ejemplo, afirman que fue un Cristo terrenal el clavado en la cruz, pero que el verdadero Cristo, el Cristo celestial, fue llamado al cielo por su Padre. Los merintianos, en el siglo I de nuestra era, pensaban más o menos lo mismo. La historia está llena de interpretaciones de todo tipo.

—Y vos ¿qué creéis?

—Creo que todo esto no tiene demasiada importancia. Que fuera Simón de Cirene, Barrabás, Judas, una apariencia de Mesías o alguna otra cosa, permitiría

explicar de forma racional la Resurrección. Pero fundamentalmente esto no cambia nada en el mensaje de Cristo, incluso aunque él no hubiera existido. Esto no disminuye en nada su valor. Por mi parte, he encontrado aquí escritos que hablan de hechos igualmente extraordinarios. Os los mostraré enseguida, cuando vayamos a la mina. En fin, la Vera Cruz, la que buscabais, está en la habitación de al lado, y el árbol de donde surgió está aquí...

—Así, ¿este árbol tendría hoy más de mil años? ¿Cómo puede creerse algo así?

—Este árbol es como el Fénix, o Prometeo. Renace de su cepa... Pero no es el único. Existe, por ejemplo, en Atenas, un olivo cuyo origen se remonta a la fundación de la ciudad y que sigue pareciendo joven. En otro terreno, algunas mujeres, aquí, tienen más de un centenar de años y siguen aparentando dieciséis. Zenobia tiene más de doscientos años y la Emparedada conoció a Mahoma. El mundo rebosa de maravillas.

—Pero... —dijo Morgennes—, ¿cómo explicar entonces los milagros de la Vera Cruz, la que siempre hemos conocido? Se han contado tantas cosas...

—Yo mismo fui testigo de ello —confirmó Guillermo—. Es cierto. Es posible que en ese momento, debido a que todos creían en ella y oraban a Cristo con toda su alma, la Vera Cruz estuviera efectivamente en medio de ellos... De hecho, poco importa la reliquia, con tal de que se tenga fe.

Morgennes no sabía qué pensar.

¿Cuántas «Veras Cruces» debía de haber?

—¿Sabéis? —prosiguió Guillermo—. Las reliquias que reciben el nombre de «Vera Cruz» son ya incontables. Desde el principio, santa Elena sacó cuatro fragmentos para llevarlos a Roma, y lanzó uno al mar para calmar la tempestad donde se encontraba atrapado su navío. Luego parece que la Vera Cruz se multiplicó según la necesidad que los pueblos tenían de ella. Se dice que Carlomagno tenía una, con la que lo enterraron. El emperador Otón III hizo abrir la tumba de Carlomagno para cogerla. Recientemente los templarios recibieron un fragmento de la Vera Cruz como prenda de un préstamo. Enrique el Liberal dio un pedazo a la capilla de Saint-Laurent de Provins. ¿Qué creer entonces? Si se juntaran todos los fragmentos de Vera Cruz que se encuentran en todas las *Sancta Crux* del mundo, habría con qué crucificar a mil Cristos. Pero son estos últimos los que cuentan. Y, por otra parte, ¿donde se los podría encontrar?

Aquella observación dejó pensativo a Morgennes.

—Pero, entonces, ¿desde el principio he ido en busca de un objeto que no existe?

—Existe —afirmó Guillermo— porque vos creísteis en él. Eso es lo que cuenta. El resto, bah, ¿quién puede saberlo? Tal vez seáis vos quien tiene razón... Y yo esté equivocado. Tal vez ambos estemos en lo cierto. ¿Quién sabe?

—¿Dónde está la verdad? Tengo necesidad de saber.

—¿Y a quién le preocupa?

—A mí. Lo prometí. Me lo prometí, y me comprometí a ello con mi orden.

—Pero, de hecho, habéis tenido éxito. Habéis recuperado la Vera Cruz, ¿no? La que Roma pide...

—La Vera Cruz está aquí.

—Tal vez. Pero Roma no querrá saber nada de esta.

—Habrá que convencerlos.

—No lo conseguiréis.

—Lo conseguiré.

—Es imposible. Demasiado complicado, demasiado incierto.

—¡Señor! —exclamó Morgennes—. ¿Por qué vine a este lugar?

—A causa de vuestra espada, ¿no?

—Sí, desde luego, pero ¿por qué aquí?

—¡Dios lo ha querido!

En ese momento alguien golpeó con tanta fuerza la puerta del *arboretum* que esta se abrió de golpe. Yemba, sin aliento, con una bolsa a la espalda, un bastón en la mano y la cara cubierta de sudor, anunció:

—¡Ya llegan! ¡Ya llegan!

—¿Quiénes? —preguntó Guillermo.

—¡Los elefantes!

Así aparecieron en mi visión los caballos y sus jinetes: estos llevaban corazas de fuego, de jacinto y de azufre, y las cabezas de los caballos eran como de leones, y sus bocas escupían fuego, humo y azufre.

Apocalipsis, IX, 17

Al someter lo que él tomaba por la Vera Cruz al examen atento de Heraclio y de su hijo Bernardo —el obispo de Lydda—, Reinaldo de Chátillon no había esperado oír un comentario como aquel.

—¡No es esta, habéis fracasado! —vociferó Heraclio, el patriarca de Jerusalén.

Reinaldo, que estaba sentado en una silla de ruedas, estalló en cólera. Pidió explicaciones, clamó que «esto no era posible», que «lo sabía», ¡que «lo había sentido»! ¡Que tenía que ser ella porque él la había cogido!

—Lo siento —bufó Heraclio—, pero mi hijo y yo estamos seguros de lo que decimos. La madera de esta cruz es demasiado buena, demasiado nueva, demasiado limpia. Parece una plancha de ataúd. ¡Dicho de otro modo, no nos sirve de nada!

Con un gesto brusco, el patriarca de Jerusalén cogió la madera despojada de su vaina de oro y perlas y la lanzó al fuego. Luego salió con pasos pesados de la habitación de alquimia que ocupaba en lo alto de la torre de David, donde ondeaba una bandera negra adornada con una calavera. Bernardo de Lydda lo siguió, después de haber dirigido una mirada contrita a Reinaldo.

Cuando se hubo quedado solo con Wash el-Rafid y Gerardo de Ridefort, el Lobo de Kerak les dijo que se ocuparía personalmente de los responsables de aquella bribonada.

—¡Se han reído de mí! ¡Yo también me reiré al verlos aullar en la hoguera! ¡En cuanto a Morgennes, hubiera debido ocuparme de él yo mismo, en lugar de confiar su suerte a ese joven imbécil de Simón!

—Poco importa la reliquia —dijo Wash el-Rafid sacando del fuego el trozo de madera que empezaba a consumirse— con tal de que Su Santidad crea en ella.

Y lanzó el contenido de una copa de vino al trozo de madera medio calcinado para apagar las brasas.

—¡La sangre de Cristo! —exclamó en el momento en que la cruz se aureolaba de humo—. Ahora volvamos a colocarla en su vestido de oro y perlas.

—¿Y eso por qué? —preguntó Ridefort.

—Porque es la Vera Cruz.

Chátillon y Ridefort lo miraron, sorprendidos, estupefactos. Y luego Chátillon estalló en una carcajada.

—¡Es ella, en efecto!

Cogiendo de manos de Wash el-Rafid la plancha carbonizada, Reinaldo de Chátillon la introdujo en el relicario. Parecía más verdadera que al desnudo.

—¡Aleluya! —se extasió Chátillon.

—Creía que necesitábamos esta funda de oro para pagar a los maraykhát —se quejó Ridefort.

—El Viejo de la Montaña sabrá motivarlos —dijo Wash el-Rafid, con la mirada perdida en el vacío.

Chátillon hizo rodar su silla hasta Ridefort.

—Que tus hombres envíen esta cruz a Roma. ¡Aunque de la Vera Cruz solo tenga la apariencia, desafío a Urbano III a que reconozca algo que no ha visto nunca!

De nuevo hizo girar su silla y se acercó a Wash el-Rafid, que declaró:

—Si Morgennes y Taqi ad-Din todavía están vivos, los traeré aquí atados de pies y manos. En cuanto a la Vera Cruz, aún no he dicho mi última palabra...

Sentándose en la mesa de alquimia, junto a un alambique borboteante, Wash el-Rafid añadió:

—Hay que encontrar a Masada. Seguramente ese gusano sabrá lo que les ha ocurrido a Morgennes y a la Vera Cruz.

—De hecho —tronó Chátillon—, nunca hubiéramos debido dejar marchar a ese gusano...

—¿Cómo haremos para saber dónde está? —preguntó Ridefort.

—Puedo preguntar a mi informador entre los hospitalarios —propuso Chátillon.

Pero Wash el-Rafid conocía medios mucho más seguros para saber si Morgennes, Taqi ad-Din y Casiopea todavía estaban con vida y enterarse de dónde se escondía Masada.

—¡Solo hay que interrogar a los yinn!

Normalmente a Wash el-Rafid no le gustaba implicar a Sohrawardi, porque suponía exponerse a grandes peligros y poner en peligro la vida de los magos chiíes de El Cairo. Además, Chátillon, que debía a las teriacas del nigromante el haber sobrevivido a su crucifixión, se resistía a recurrir a sus poderes, temiendo aumentar su deuda hacia él. Pero esta vez lo que estaba en juego era demasiado importante.

—¡Dile que se ponga al trabajo, no hay tiempo que perder! —rugió Chátillon.

Gracias a hombres infiltrados en las filas del ejército de Saladino —y especialmente gracias a los dos mamelucos encargados de vigilar al mago—, Wash el-Rafid obtuvo con mucha rapidez las informaciones deseadas.

Sohrawardi tragó hipérico, seseli y veneno de crótalo; se cortó las venas de la muñeca, hizo manar su sangre en un lebrillo de cobre donde flotaban en su placenta las entrañas de un feto y consultó a los yinn.

Normalmente los yinn, furiosos por haber sido invocados por los hombres, se

divertían proporcionándoles respuestas alambicadas, informaciones que había que interpretar, con el riesgo de error que eso comportaba. Pero, por una vez, la respuesta fue sorprendentemente límpida.

—¡En el oasis de las Cenobitas!

Rawdán ibn Sultán estaba exultante. El jeque de los maraykhát y sus hombres recorrían la región desde hacía varias lunas, en busca de pueblos y de refugiados que saquear, cuando supieron que Rachideddin Sinan quería mostrarles su agradecimiento.

En Masyaf, en su poderosa fortaleza del Yebel Ansariya, el jefe de los asesinos de Siria donó a Rawdán ibn Sultán diez elefantes, y también una cría que había seguido a su madre desde el valle del Panjab y de la que no habían conseguido deshacerse.

—Casiopea los valía de sobra —dijo Sinan a Rawdán ibn Sultán, antes de añadir, lamentando casi haber tenido que entregarla a los templarios blancos—: Espero que te ocuparás tan bien de ellos como yo de ella...

El jeque de los maraykhát, que se había unido a las filas de los asesinos poco después de la batalla de Hattin, mostró a Sinan todos sus dientes mellados en una gran sonrisa, y aseguró a su «señor» su profunda gratitud y su absoluta entrega.

—Me ocuparé de vuestros diez elefantes mejor de lo que vos os ocupáis, de vuestras mujeres —prometió Rawdán a Sinan contoneándose, como si eso pudiera contribuir a realzar su celo.

Un destello de sorpresa y disgusto cruzó por la mirada de Sinan, pero el jeque de los maraykhát, concentrado en sus proyectos de pillaje, no lo vio. El rostro de Sinan se ensombreció. El asesino acarició con gesto ensimismado la empuñadura de uno de sus largos sables y despidió rápidamente a Rawdán ibn Sultán. Decididamente, aquellos beduinos tenían más grasa en la cabeza que en el cuerpo, lo que no era decir poco. No servían sino para ejecutar el trabajo sucio y chupar huesos de dátil.

Después de la partida de Rawdán, Sinan llamó a uno de sus fidai y le ordenó que fuera a buscarle una muchacha. Aquellos últimos tiempos el jefe de los asesinos hacía un consumo desmesurado de ellas. Más de una docena pasaban cada día por su cama. Y mientras tanto no podía dejar de pensar en Casiopea. Los templarios se la habían comprado por doscientos mil besantes de oro, el rescate de un rey. Aquellos endemoniados templarios, a los que pagaba cada año un tributo de tres mil besantes de oro, se habían vuelto por fin hacia él. Dios sabía, sin embargo, que eran peores que un vómito de hiena y más temibles que la Hidra: no servía de nada amenazarlos, y, aunque se matara a su jefe, otro igualmente temible lo reemplazaba enseguida. Además, su fanatismo no tenía nada que envidiar al de los asesinos. ¡Hubiera debido exigir diez veces más! Casiopea no tenía precio.

De modo que Sinan había necesitado recurrir a Rawdán ibn Sultán para

apoderarse de la sobrina de Saladino, pues los maraykhát estaban acostumbrados a recorrer grandes distancias por el desierto. Los hombres de Rawdán le habían preparado una emboscada cuando se dirigía a Bagdad, habían asesinado a su escolta, se habían apoderado de ella y luego la habían entregado al Viejo de la Montaña.

Pero los maraykhát no le habían llevado solo a la muchacha: también se habían presentado con la cabeza del antiguo obispo de Acre, Rufino. Sinan los había entregado a ambos a los templarios blancos en señal de obediencia. «De este modo — había pensado— su vigilancia se relajará y me granjearé su favor mientras siga necesitándolos.»

Pero antes Sinan se había divertido con Casiopea y había tratado de modelar su espíritu para convertirla, sin saberlo ella, en un instrumento de su política. ¿Cuánto tiempo había tenido antes de que los templarios acudieran para cogérsela? Dos o tres semanas. No más de un mes.

No era mucho, pero casi lo bastante para hacer de ella una fiel convertida a su culto (o al menos, eso pensaba Sinan). De ella y del obispo del Acre, ese Rufino que tanto le intrigaba.

Tras salir de Masyaf, Rawdán ibn Sultán se reunió inmediatamente con sus hombres, instalados en la llanura, y les encargó una primera misión: encontrar el forraje necesario para los elefantes, para que pudieran pasar el otoño con seguridad.

Luego ya se vería. (En el peor de los casos, comerían su carne, y sus colmillos podrían convertirse en bellos objetos.)

Rawdán se frotó las manos, enrojecidas por la sarna. Se deleitaba por adelantado con los numerosos suplicios que podría infligir a sus enemigos, los zakrad, los muhalliq y las otras tribus, que se burlaban de su falta de nobleza y de sus maneras rústicas. Les enseñaría de qué eran capaces los verdaderos hijos del desierto, las serpientes, los escorpiones. Ya no podía soportar el carácter altanero y las miradas desdeñosas que le lanzaban los zakrad y los muhalliq, cuando ninguno de sus soldados combatía tan bien como los suyos. Poco después de Hattin, furioso por la forma en que los mamelucos habían tratado a sus nobles guerreros tras la incursión de un intruso en su campamento, Rawdán el Sultán había abandonado el ejército del sultán. Había renunciado a la *yihad* porque aquello implicaba librar batalla junto a semejante cerdo. Luego se había presentado en el Yebel Ansariya, en Masyaf, y había prometido a Rachideddin Sinan que lo ayudaría a restablecer la verdadera fe —la de los ismailíes— en Egipto, en Siria, en Persia... En fin, en todos los lugares donde le pareciera oportuno. Sinan le había ordenado entonces que se aliara con ciertos templarios conocidos por el nombre de «templarios blancos», que también querían restaurar la verdadera fe (su verdadera fe). Aquellos hombres eran, a su modo, como los asesinos, guardianes de la pureza: los templarios blancos querían que el reino de Jerusalén se constituyera en estado religioso, e incluso en estado del papado.

Aunque sus objetivos divergieran, tanto a medio como a largo plazo, tenían un poderoso enemigo común: Saladino. Mientras viviera el sultán —el hombre que había deshecho el poder chíí de los fatimitas en Egipto, para instaurar el suyo, y que había atacado ya en dos ocasiones Masyaf, aunque en vano (que Dios sea alabado)—, su combate no tendría tregua.

Su determinación era absoluta.

Algún tiempo después de haber respondido a la invitación de Sinan, Rawdán había promovido a uno de sus hombres, un manco llamado Yaqub, al rango de *muqaddam*. Porque Yaqub había combatido gloriosamente en Damasco, junto a los templarios blancos, contra aquel demonio cristiano que les había causado tanto daño en Hattin. Porque estaba bien visto por los asesinos, a los que su brazo derecho mutilado impresionaba. Y porque había mostrado en el combate una rabia y un encarnizamiento que Rawdán quería proponer como ejemplo a todos los maraykhát, sobre todo a los más jóvenes, que eran como pequeños escorpiones a los que hay que enseñar desde la infancia a servirse de su dardo.

Y finalmente, una noche, mientras se estaba relajando como de costumbre en compañía de jóvenes bailarinas apenas nubiles, Rawdán ibn Sultán recibió en su tienda la visita de un hombre vestido completamente de negro: el enviado del Papa, Wash el-Rafid, un ismailí que fingía haberse convertido al cristianismo. De hecho, Rawdán era uno de los pocos que había comprendido su juego con claridad: ese perro sarnoso no hacía más que ajustarse a las recomendaciones de la *taqiyya*, principio del disimulo que autorizaba a los mahometanos para que, en ciertas condiciones (particularmente de debilidad o de inferioridad), abandonaran por un tiempo los deberes de su culto y simularan una fe que no era la suya, con objeto de engañar a sus enemigos. A veces ese tiempo podía durar toda una vida; las leyendas chíies estaban llenas de esos héroes que se sacrificaban adoptando los usos y costumbres de sus peores adversarios para golpearlos mejor llegado el momento, una vez borrada su desconfianza.

—Es un buen regalo el que te ha hecho nuestro señor (la paz sea con él) —dijo Wash el-Rafid en referencia a los elefantes de Sinan, trabados en el exterior.

—La paz sea con él —respondió Rawdán ibn Sultán—. Nunca recibí otro mejor.

—Ni tampoco lo hiciste... —ironizó el ismailí.

Rawdán lo miró con desconfianza, preguntándose qué ocultaba aquella frase (en realidad, una injuria). Después de todo, él había merecido aquellos elefantes: sus hombres y él habían corrido grandes riesgos para capturar a Casiopea.

—¿Qué esperáis de mí?—preguntó Rawdán con desconfianza.

—Sinan ha decidido ofrecerte un nuevo presente, y te autoriza a agradecerse.

—Qué gran honor me hace —dijo Rawdán ibn Sultán con ira contenida—. Dile a

tu señor que su bondad me abruma. No sé si soy digno de ella.

—Lo eres —le aseguró el-Rafid—. Y, por otra parte, lo podrás probar. Si sabes mostrarte a la altura de sus bondades, te enviará otros diez elefantes cargados de oro y piedras preciosas. Si no, los enviará a tus enemigos, los zakrad y los muhalliq...

—¿Y por qué a ellos?

—Para motivarte —respondió el-Rafid empezando a pelar una naranja con su cuchillo.

Rawdán rabiaba por dentro. ¡Sinan no confiaba en él! Lo trataba como a los otros: intentaba someterlo a su voluntad como a un vil mercenario (lo que en el fondo era), amenazándolo con hacerlo exterminar por sus enemigos si no obedecía. Cuando una simple petición de su parte habría supuesto tal honor para Rawdán que con gusto hubiera dado su vida por él. O, en todo caso, la vida de los suyos.

—Sabes que haría lo imposible por Sinan —susurró Rawdán en tono meloso—. Dime lo que agradaría a tu señor, que yo tendré el increíble honor de satisfacerlo.

—Casiopea ha huido. A Sinan (la paz sea con él) le gustaría que la recuperaras. Esta vez no tendrás derecho a tocarla y deberás entregárnosla tan deprisa como sea posible, intacta. Si no, te ahogaré personalmente en los excrementos de tus elefantes. Además, infortunadamente nos hemos enterado de que hemos sido engañados por esos descreídos de Taqi ad-Din y Saladino (que sus cadáveres alimenten los fuegos del infierno). La cruz que arrebatamos no es la verdadera. Pagarán por esto. ¡Quiero que los masacres! Quiero que tus elefantes aplasten sus cuerpos, que los reduzcan al estado de lienzos entre los que me deslizaré de noche para dormir.

El-Rafid tiró las mondas en una copa dorada y mordió con fuerza su naranja.

Rawdán encontró audaz el proyecto; la misión lo seducía.

Al final, aunque aborreciera los métodos algo expeditivos de Sinan, aceptó de buen grado. Se dijo que tendría ocasión de divertirse y de enriquecerse. El señor aprendería a apreciarlo, o si no... aprendería también él, en su propia carne, lo que significaba la cólera de un maraykhát.

Cuando Wash el-Rafid le dijo adonde debía ir, Rawdán se echó a reír y salió apresuradamente de su tienda para ordenar a sus tropas que se pusieran en camino: ¡no había tiempo que perder! ¡Atacarían el oasis de las amazonas! Oh, qué caro les haría pagar a esas perras los hombres que le habían robado antes de soltarlos, castrados, en el desierto, donde los encontraban los suyos... a veces. Medio deshidratados y completamente locos.

Dos días más tarde, los maraykhát atacaron el oasis.

Las cenobitas, prevenidas por la Emparedada, los esperaban a pie firme. Se habían revestido con una coraza de piel de serpiente hervida —una protección particularmente ligera que no estorbaba sus movimientos—, se habían encasquetado

una cabeza de hiena vaciada e iban equipadas con un pequeño escudo de cuero de hipopótamo. Aquel atavío les confería un aspecto terrorífico de criaturas fantásticas.

La primera línea de defensa de las cenobitas se había apostado al borde del oasis, bajo el mando de Eugenia, la hermana de Femia. La amazona no dejaba de escrutar el cielo, observando los movimientos del halcón de Casiopea. De pronto, el pájaro salió disparado para ocultarse en la luz del sol: el enemigo se acercaba.

Eugenia, encaramada a una plataforma oculta en las palmeras, colocó en su arco una larga flecha con barbas, de las que perforaban las armaduras y no podían extraerse sin arrancar la carne.

Luego el desierto se puso a temblar, se hinchó, orlado de arrugas opacas. Pronto de esos torbellinos surgieron jinetes que parecían no tocar el suelo, como llevados por los yinn. Los guerreros azotaban el aire con sus sables de hoja curvada, aullaban audaces imprecaciones que enseguida dispersaba el viento. Detrás de ellos, una decena de elefantes cargaban barritando, con la trompa levantada hacia el cielo, emborronando el horizonte con una sombra polvorienta.

Cuando el enemigo estuvo a tiro, las cenobitas lanzaron una primera salva de flechas. Segados en medio de su carrera, varios jinetes rodaron por la arena con sus caballos. Pero otros, a los que la caída de sus hermanos pareció revigorar, los reemplazaron.

Cuando esta segunda oleada se lanzó contra las cenobitas, Eugenia ordenó el repliegue: la lucha era demasiado desigual. Los maraykhát eran cinco veces más numerosos. Los hombres lanzaban mandobles al azar, golpeando los árboles, los bejucos, destripando incluso a los monos, que huían chillando a las palmeras, donde dejaban grandes regueros de color rojo.

Muy pronto los maraykhát alcanzaron el fondo del oasis, donde tropezaron con el grueso de las fuerzas de las cenobitas, que, mal que bien, consiguieron contenerlos.

Mientras seguía animando a sus guerreras a resistir, Zenobia, montada sobre una gacela, miró hacia la entrada de su pequeño reino: si Eugenia conseguía impedir que los elefantes pasaran, tal vez tendrían una posibilidad de vencer.

Pero los paquidermos, que los maraykhát habían drogado para que no sintieran miedo ni dolor, arrancaron las palmeras con su trompa, hicieron caer a las cenobitas que se encontraban en ellas y las pisotearon.

Un elefante daba caza a Eugenia, persiguiéndola por entre los matorrales. Herida, la amazona se dirigió cojeando hacia un foso que habían cavado la víspera, esperando atrapar al animal en la trampa. Cuando estuvo solo a unos pasos del foso disimulado con palmas, sacando fuerzas de flaqueza, Eugenia dio un último salto y consiguió pasar al otro lado. El elefante se precipitó en el agujero cubierto de púas aceradas y solo quedaron a la vista sus servidores, que bramaban montados sobre su lomo mientras intentaban torpemente apuntar a Eugenia para lanzarle un venablo. Justo en

ese momento, un segundo elefante se dirigió hacia ellos, aplastándolos a su paso. Sin haber tenido tiempo de recuperar el aliento, Eugenia cerró los ojos y cruzó los brazos sobre el pecho antes de ser aplastada.

Sin esperar a Simón, Taqi ad-Din y Casiopea se unieron a las cenobitas. Zenobia había gritado una orden. Las mujeres cerraron filas para no dejarse desbordar y opusieron a las cargas de los jinetes la doble hoja de su lanza, que se esforzaron en clavar en los ollares de los caballos. Uno de ellos se derrumbó, alcanzado en el cerebro, y aplastó a su jinete bajo su peso.

Las amazonas recuperaban las esperanzas. Sus líneas resistían: los maraykhát no conseguían romperlas y, gracias a sus hermanas encaramadas en las grutas y en lo alto de los arcos, todavía dominaban la ciudad. Entonces, un estruendo de berridos y cascabeleos resonó no lejos de ellas: ¡los elefantes!

La vegetación se tiñó de rojo al paso de esos monstruos, que derribaron las palmeras y quebraron los troncos, arrollando a las cenobitas sin siquiera detenerse. De todo el bosque se elevaron miles de pájaros, que alcanzaron con un rápido vuelo el refugio del cielo. El pecho de los elefantes era como el espolón de un navío, que traza su ruta en un mar agitado sin preocuparse por la tempestad, porque él es la tempestad. Sus patas eran mazos de titán que manchaban su piel gris con motivos horribles cuando aplastaban a las amazonas, cuya sangre surgía en una espuma hirviente. Sus colmillos eran dos formidables sables, y muchos debían sacudir la cabeza para deshacerse de las cenobitas que quedaban empaladas en ellos. Las bestias, en fin, avanzaban impávidas, y tras ellas marchaba el resto de los maraykhát, la odiosa infantería armada de picas dentadas que habían dejado empapar en excrementos durante tres noches para envenenarlas.

Alejándose lo más deprisa posible de aquel tumulto, Yahyah recorrió las grutas en busca de Morgennes. ¡Había que prevenirlo! ¿Por dónde habría ido? Bruscamente, mientras el combate se hacía más encarnizado, tropezó de cara con Masada, que iba escoltado por dos cenobitas. Aunque el comerciante de reliquias estaba encadenado, las mujeres se mantenían bien pegadas a él.

—¡Vos! —exclamó Yahyah.

—¡Tú! —dijo Masada.

Babucha (que había seguido a Yahyah) gruñó, giró nerviosamente en torno a Masada y le mordisqueó los tobillos.

—¡Yahyah! —imploró Masada—. Tienes que comprenderme, no tenía elección. Yo...

Yahyah le escupió a la cara:

—¡No quiero veros más! ¡Ni siquiera quiero oír hablar de vos, para mí ya no existís!

Luego cogió a Babucha en brazos y se deslizó hacia abajo por una escalera de cuerdas.

—¡Espera! —aulló Masada—. ¡No me dejes con ellas! ¡No sabes lo que son capaces de hacer! ¡Yo las conozco!

Pero el muchacho ya no lo oía. Sin embargo, Masada continuó:

—¡Soy débil! ¡Soy cobarde, es verdad! Tuve miedo, lo reconozco, ¡¡¡pero no quiero morir!!!

Una de las cenobitas lo hizo caer al suelo golpeándolo violentamente con su lanza entre las piernas.

—¡Silencio! —le gritó.

Masada se incorporó de nuevo penosamente sobre sus doloridas rótulas y se miró las manos. La piel se había oscurecido, las uñas habían caído. Al reconocer los primeros síntomas de la enfermedad, se echó a llorar.

Morgennes siguió a Yemba y a Guillermo a las profundidades del templo, donde las galerías se hundían en la roca como las raíces de un árbol gigantesco.

—¿Llegaremos pronto a la mina? —preguntó Morgennes.

—¡Cada cosa a su tiempo! —respondió Guillermo.

—Como se dice en Mateo —añadió Yemba—: «Quien no toma su cruz y me sigue no es digno de mí».

Luego, para dar mayor peso a su réplica, le dio una palmada en el hombro, en el lugar de su antigua herida, y también en el lugar donde Morgennes había apoyado la pesada cruz de madera, la Vera Cruz, que acababan de desatar.

Un mecanismo disimulado en un detalle del último mosaico —detrás de las manos juntas de Sofronio y de María— permitía, mediante un ingenioso sistema de engranajes, poleas y cuerdas, hacerla descender. Morgennes la había recuperado. La cruz era muy pesada, como si el peso de los años se hubiese añadido a su masa.

Pero aquella no era la única preocupación de Morgennes.

—¡Mi espada! —decía—. ¡No puedo partir sin ella!

—La tendréis —lo tranquilizó Guillermo.

—Quiero mostrároslo... —prosiguió Morgennes—. Lo conseguí, quiero que veáis las lágrimas de Alá...

—Pero si os creo. De otro modo no estaríais curado... Y, en cualquier caso, tengo fe en vos.

—¡Ya hemos llegado! —exclamó Yemba.

Morgennes miró alrededor: se encontraban en una inmensa biblioteca. El techo desaparecía en alturas insondables, accesibles únicamente mediante escaleras a lo largo de las cuales se deslizaban agustinos suspendidos de cables.

—¿¿Qué? —dijo Morgennes—. ¿Es esto la mina?

—Sí —respondió Guillermo—. ¿Por qué? ¿Es que no lo parece?

Morgennes no respondió. Se contentó con apoyar la cruz contra un inmenso panel de madera, horadado con miles de aberturas que albergaban pergaminos. Una etiqueta atada con un cordel permitía identificar de una ojeada la naturaleza del rollo, su origen y su contenido. Más allá se veían jarras llenas, no de vino, sino de otros pergaminos. Y un poco más lejos, en vagonetas colocadas sobre raíles, se amontonaban libros de páginas grises y cubiertas de cuero.

—¡Es magnífico! —dijo Morgennes—. Pero entonces, las minas de oro y de plata, todo eso, ¿no es más que una leyenda?

—No —respondió Guillermo—. Es un punto de vista... El oro y la plata de las cenobitas provienen, de hecho, de este lugar. Del saber contenido en estos escritos. Aquí se encuentran recetas de afrodisíacos; allá, preparaciones para curar el ardor de estómago; más lejos, remedios para el dolor de cabeza, los callos, las verrugas, el mal aliento, los resfriados, el reumatismo, los panadizos, la podridura púrpura del pene, la fiebre de los pantanos, las escrófulas... Sin contar las fórmulas que permiten fabricar cremas y ungüentos para precaverse contra el envejecimiento o diferentes pecados, como la avaricia, el orgullo, la lujuria, la envidia, la cólera, la pereza... Por lo que hace a la gula, por desgracia no tiene remedio... Tal vez un día...

—Es increíble —dijo Morgennes.

Luego Yemba los condujo hacia otras galerías de menor altura, donde las antorchas estaban prohibidas y solo podían desplazarse con linternas de capuchón cerrado. Lo que Morgennes acababa de ver no era más que la primera parte de una larga serie de túneles que en todos los casos parecían prolongarse hasta el infinito.

Taqi descargó violentos golpes con el sable a su derecha y se cubrió el flanco izquierdo con el escudo. Rawdán ibn Sultán le pisaba los talones, acosándolo como un animal rabioso. El jefe de los maraykhát era, como Taqi, un jinete sin par. Ya estaba a punto de golpear al sobrino de Saladino con su espada envenenada cuando un venablo de oro le atravesó la boca y lo hizo caer de la silla, Zenobia, montada sobre una gacela enjaezada de oro, había librado de su perseguidor a Taqi, que se lo agradeció con un gesto. La reina inclinó la cabeza y, antes de dirigirse hacia otros adversarios, le gritó:

—¡No debéis permanecer aquí! ¡Tienen gente tras de vos! ¡Huid! ¡Es una orden!

Pero Taqi no podía decidirse a batirse en retirada. Ya volvía a combatir encarnizadamente, haciendo volar en todas direcciones su sable adornado con piedras preciosas, mientras paraba los golpes con su pequeño escudo en forma de corazón.

Casiopea, por su parte, había saltado de la silla, al recibir su montura una violenta lanzada en el pecho, y había alcanzado el refugio de una garita elevada, desde donde utilizaba su ballesta contra los maraykhát. A su lado, algunas cenobitas lanzaban bolas de honda de un tipo muy particular, ya que explotaban y extendían una nube de

polvo vomitivo o soporífero que forzaba a los maraykhát a interrumpir el combate, incapacitados por la fatiga, o hacía que cayeran desplomados. (Las Amazonas, por su parte, estaban inmunizadas contra él.) De pronto, Casiopea divisó a Simón, que corría como un loco furioso, con la Vera Cruz en las manos.

Desde el mismo inicio del combate, Simón se había precipitado hacia la habitación donde las cenobitas habían guardado la Vera Cruz, o al menos la que él llamaba así (de hecho, la cruz de Hattin). Era una ocasión única para probarla en el combate, y, ya que las cenobitas eran cristianas, Simón había pensado que la visión de la Santa Cruz las inspiraría. Estaba seguro: gracias a ella vencerían a esos bárbaros, a esos odiosos esbirros de Lucifer. Porque los maraykhát eran unos cobardes. Combatían, no con coraje, sino con una especie de locura que los mantenía alejados de la muerte y del temor que esta inspira. En cuanto apareciera la cruz en el campo de batalla, los maraykhát huirían. También se había dicho que posiblemente su vestimenta de templario blanco les impresionaría, que los desestabilizaría.

El fragor del combate redoblaba en intensidad cuando Simón salió, armado únicamente con la cruz truncada, que sostenía con las dos manos como una espada de caballero. Al pasar no muy lejos de Casiopea, gritó:

—¡Dios lo quiere!

Una fuerza prodigiosa desbordaba de su ser. En cuanto estableció contacto con el enemigo, un formidable tumulto de sonos y olores lo asaltó. A los lamentos de los moribundos se añadían los gritos de los vencedores, el tañido de las cuerdas de los arcos, el zumbido de las bolas de las hondas, el estruendo de los impactos, el tronar de los cascos y, por todas partes, un olor a sudor y a sangre, mezclado con miedo, un olor de rayo cargado de violencia, que lo embriagó.

Lejos de aterrorizar a los maraykhát, la visión de la Vera Cruz hizo que se lanzaran sobre Simón, quien, lleno de temeraria locura, la levantó gritando:

—¡Montjoie! ¡Montjoie!

Luego se abalanzó contra los que cargaban y lanzó un golpe tan violento contra el pecho de un jinete que lo hizo saltar de los estribos.

—*Gloria, laus et honor Deo in excelsis!* —aulló Simón lleno de alegría.

El joven se había alejado de Casiopea, que, al ver un elefante que corría hacia él, exclamó:

—¡Qué idiota! ¡Conseguirá que lo maten!

Simón, ignorante de todo en medio de su victoria, no oyó al elefante que se acercaba por el flanco. Curiosamente, no había podido resistirse a la tentación de mirar hacia arriba, a la cruz. Aislado del resto del mundo, no pensaba más que en Cristo. Ya no había ningún ruido, ningún olor; solo estaba Dios, Jesús y una pluma de loro.

¿Una pluma de loro?

Simón se rehízo y vio volar, entre un formidable rumor de alas, a los últimos loros del oasis, uno de los cuales había perdido una pluma. Siguiéndola con la mirada, Simón divisó, a dos lanzas de distancia, un rectángulo gris coronado por una especie de cesto de paja trenzada, desde donde tres arqueros lanzaban flechas. Una de ellas se clavó en la madera de la Vera Cruz, que vibró en sus manos. El elefante ya solo estaba a unos pasos. Finalmente, el animal levantó la trompa para barritar y la descargó brutalmente contra Simón, que se derrumbó aturdido por el golpe. La cruz le cayó sobre la cabeza y le hizo un tercer chichón en medio de la frente. Simón tendía la mano para recuperarla, cuando el elefante enrolló la trompa en torno a ella y la levantó para partirle el cráneo.

—¡El diablo! —exclamó Simón, rodando de lado—. ¡Es el diablo!

Se incorporó con la energía de la desesperación y, aunque se encontraba desarmado, se lanzó hacia el elefante. Quería escalarlo para recuperar la Vera Cruz, que creía en manos de Lucifer. Sobre el lomo del elefante, de pie en el *howdah*, tres maraykhát lo esperaban, amenazándolo con sus *kandjar*. Los soldados llevaban un extraño tatuaje en las manos: una tela de araña blanca que representaba en filigrana la mano del imán que, más allá de la muerte, guía a sus hijos hacia la gloria y el paraíso.

En ese momento Simón sintió que tiraban de él hacia atrás. Negándose a ceder antes de haber alcanzado la cima de aquel demonio y haberle vuelto a arrebatado la Vera Cruz, el joven se sujetó con fuerza a las correas que mantenían la barquilla firme sobre el elefante.

—¡Imbécil! ¡Soy yo! —dijo una voz a su espalda. Era Taqi ad-Din.

Simón se soltó y se dejó caer hacia atrás. Taqi lo sujetó por la cota de malla y, con un impulso del brazo que denotaba una fuerza realmente increíble, lo alzó hasta la silla y partió al galope.

—¡La Vera Cruz! —gimió Simón, mientras el elefante se servía del *patibulum* para golpear a derecha e izquierda a las cenobitas que lo atacaban.

—¡Más tarde! —gritó Taqi.

El sobrino de Saladino espoleó vigorosamente su caballo y pronto dejó al elefante muy atrás, mientras Casiopea cubría su retirada disparando con la ballesta, apuntando a los arqueros que se encontraban de pie en el *howdah* más que al propio elefante.

Guillermo registró un pequeño cofre lleno de frascos con todos los colores del arco iris y al fin tendió uno verde a Morgennes.

—Bebedlo cuando combatáis a los maraykhát. Esto impedirá que vuestra sangre fluya...

Luego le dio otra poción, esta vez amarilla, y añadió:

—Esta cura del veneno. Es un brebaje parecido al que me mantiene con vida, salvo por el hecho de que no es necesario tomarlo cotidianamente si se traga en el momento que sigue al envenenamiento.

Guillermo ya bajaba la tapa del cofre de las pociones cuando dudó un momento y volvió a levantarla bruscamente.

—También podríais necesitar esta...

De color azul, el brebaje cicatrizaba las heridas y daba fuerzas. Guillermo había cerrado casi la tapa y se disponía a abrirla otra vez, cuando finalmente la cerró con un golpe seco.

—¡Va, cogedlo todo! No tengo tiempo de explicaros para qué sirven las otras pociones, pero en el interior encontraréis un pergamino con todas las informaciones que les conciernen. ¡Cuidadlas bien, son preciosas!

Guillermo tendió el cofrecillo a Morgennes, que, cargado con la cruz, no podía sujetarlo.

—Dejad, lo llevaré por vos —dijo Yemba con una gran sonrisa—. Así tendré una excusa para irme...

Morgennes se lo agradeció calurosamente, y le preguntó:

—¿Abandonáis el oasis?

—¿Por qué no?

—¡Apresurémonos, amigos, apresurémonos! —cortó Guillermo—. ¡Aún no hemos acabado!

Los tres se precipitaron hacia un nuevo corredor, cerrado por una pesada puerta de bronce. Guillermo registró su limosnera, sacó un gran manojó de llaves e introdujo una en la cerradura. La puerta se abrió con un chirrido a una pequeña gruta sombría donde se encontraba una carreta de mano cargada de tinajas de tierra.

—Ya hemos llegado —dijo Guillermo—. Estas tinajas están selladas herméticamente. Deberían poder resistir el paso del tiempo. Prometedme que las pondréis en lugar seguro...

—Pero ¿dónde? —inquirió Morgennes.

—En una red de cavernas situada al norte del Mar Muerto. Estos textos son extremadamente importantes para la historia de la cristiandad. Pero también peligrosos. Hay que mantenerlos a resguardo de Roma, que sin duda los haría quemar si les pusiera las manos encima. En algunos de estos documentos se habla de un Señor de Justicia que sería anterior a Nuestro Señor Jesucristo. Ahora bien...

Morgennes era todo oídos.

—Ahora bien —prosiguió Yemba—, las palabras pronunciadas por ese Señor de Justicia parecen haber sido recogidas por Jesús. ¡Cristo tenía conocimiento de estos escritos! ¿Se inspiró, tal vez, en ellos? En cualquier caso, lo cierto es que ponen en cuestión la originalidad de su mensaje.

—Pero no su valor —volvió a tomar la palabra Guillermo—. Desgraciadamente, no hemos acabado el estudio de estos textos, que están, por otra parte, en muy mal estado. Muchos se encuentran en forma de fragmentos imposibles de unir entre sí.

Otros me parecen demasiado peligrosos para poder ser estudiados ahora sin despertar antiguas fuerzas maléficas. Un día, tal vez los hombres puedan inclinarse sobre estos misterios. Pero solo podrán hacerlo si estas tinajas llegan hasta ellos...

A continuación se dirigieron a una galería más ancha y muy húmeda, tallada en la roca. Apenas podían ver nada a la luz de la linterna que sostenía Guillermo. Finalmente llegaron a un terraplén que dominaba un acantilado, al pie del cual corría un río. Isobel se encontraba allí, con la carreta de Masada y los otros caballos.

—¿Qué lugar es este? —preguntó Morgennes, maravillado.

—Este es el lugar donde el río al-Assi, el que fluye al revés, inicia su último viaje —respondió Guillermo—. Su parte subterránea, que lo lleva Dios sabe dónde. Ninguno de nosotros, de hecho nadie, ha remontado nunca su curso hasta la fuente. Siguiéndolo en sentido contrario llegaréis al desierto, no lejos de aquí. He hecho que os proporcionen antorchas y provisiones para varios días —explicó mientras se acercaba a la carreta de Masada—. Y también esto —dijo levantando un toldo bajo el que se encontraba *Crucífera*...

—¿Cómo podré agradeceréoslo? —preguntó Morgennes.

—Proteged las tinajas —respondió Guillermo.

—Os lo prometo.

Los dos amigos se abrazaron largamente, sabiendo que nunca volverían a verse. Luego llegaron dos cenobitas, una que llevaba a Isobel y Carabas de la brida, y la otra, a Masada al extremo de una cadena. El hombrecillo no dejaba de sollozar, lamentándose de su suerte, llorando por Jerusalén, cuyo nombre repetía incansablemente.

—¡Jerusalén! ¡Jerusalén! ¡Jerusalén!

Cuando divisó a Morgennes, Masada cayó de rodillas, le besó los pies, le pidió perdón, le imploró que tuviera con él la clemencia de Dios.

—Pide perdón a Dios —dijo Morgennes—, no a mí.

Masada levantó hacia él su cara bañada en lágrimas. Parecía que la lepra había cavado en su rostro nuevos surcos, más profundos, que no dejaban libre ni una pulgada de su piel. El judío estaba casi irreconocible.

—¡Perdón! ¡Perdón, perdón, perdón!

—¡Si Dios quiere que te cures, te curarás! —soltó fríamente Morgennes—. Pero por ahora solo me mereces desprecio...

Cuando Morgennes se volvía para verificar su equipo y conversar por última vez con Guillermo, un ladrido resonó en la caverna: ¡Babucha! La perrita iba seguida por Yahyah, que llevaba a Rufino en sus brazos.

—¡Morgennes! — exclamó el niño—. ¡Creí que no os encontraría nunca!

—¿Y Casiopea? —preguntó Morgennes.

—Está con Simón y Taqi...

Morgennes miró al niño y luego a las cenobitas.

—Nuestra reina les ha dicho que partan —explicó una de ellas—. Pero no hacen caso a nadie y no quieren abandonar el campo de batalla.

—Vamos a buscarlos —dijo Morgennes.

Como la lepra o la sarna, los maraykhát invadieron las galerías y las grutas de las cenobitas, sembrando el desorden y la muerte en cada sala, en cada corredor. Al ver que se acercaban a la plataforma donde se encontraban Casiopea y las amazonas armadas de sus hondas, Simón saltó de la silla, dejando a Taqi la tarea de hacer desviar al elefante, lo que este hizo con mayor facilidad al tener que cargar su caballo con menos peso.

—¡Por aquí! —gritó Simón gesticulando—. ¡Conmigo!

Casiopea lo divisó y saltó al suelo, pero algunos maraykhát se dirigieron hacia ella. ¡Tenían que apresurarse! Al ver a una gacela que corría sin jinete, Simón la cogió por la brida, la montó y la condujo hacia su amiga, a la que perseguían varios maraykhát, que, sin embargo, no trataban de matarla.

La joven saltó a la grupa de la gacela, y Simón espolé con energía al animal.

—¡Rápido! —resopló—. ¡Vamos a alcanzar a Taqi!

En torno a ellos silbaron flechas que no llegaron a tocarlos. Simón se inclinó hacia adelante, tratando de hacerse lo más ligero posible, mientras Casiopea se sujetaba a él gritando:

—¡Es la gacela de Zenobia! ¡La reina de las amazonas ha muerto!

Había reconocido la silla ribeteada de oro de la reina.

—¡Razón de más para escapar!

Pero a los esfuerzos de los maraykhát, que los perseguían a caballo, se unieron ahora los de un gigantesco elefante blanco, probablemente el macho dominante. Aquel monstruo llevaba en su trompa el cuerpo desmadejado de una amazona, reducido a una abominable papilla de huesos, carne y sangre, que utilizaba para golpear todo lo que se ponía a su alcance. Y en su howdah, protegido por los escudos, Casiopea vio con horror al hombre cuyo rostro había lacerado en Hattin. El mismo hombre que la había violado en varias ocasiones con sus camaradas.

—¡Los mataré! —exclamó la joven.

Por desgracia, su aljaba estaba vacía.

Los maraykhát habían adornado a su elefante en honor al islam, y especialmente a los nizaritas. El animal llevaba amuletos y cascabeles pinchados en sus flancos, una gran mano pintada en el pecho y unos paños de seda roja cosidos a sus patas que parecían unas calzas de gigante. Los hombres del *howdah* lanzaron violentas carcajadas, con los ojos saliéndose de sus órbitas, y golpearon al elefante en la cabeza con un bastón equipado con un aguijón para hacerlo avanzar más deprisa, lo

injuriaron, le machacaron el cráneo hasta herirlo. La sangre le corrió por la trompa. Finalmente, uno de los maraykhát, más loco aún que sus dos comparsas, se entretuvo sacudiendo el howdah en todos los sentidos, amenazando con hacerlos volcar.

«Su forma de actuar es la de los asesinos», pensó Casiopea.

La joven contuvo un estremecimiento. La imagen furtiva de Sinan había cruzado por su mente. Aborrecía a aquel hombre. No contento con abusar de ella, Sinan había tratado de manipular su mente. Por suerte, no creía haberse visto afectada por ello. Pero se había salvado solo gracias a su fuerza de carácter y al poco tiempo que había estado en su poder, ya que los templarios blancos habían acudido a buscarla antes de lo previsto. Además, el Viejo de la Montaña había concentrado sus esfuerzos en el pobre Rufino, al que había oído aullar en varias ocasiones en los laboratorios de El Khef.

—¡Más deprisa! —gritó a Simón.

—¡Hago lo que puedo! —replicó él, echando una ojeada por encima del hombro—. ¡Por san Jorge! ¡Mira qué curiosa vestimenta lleva ese!

Casiopea volvió la cabeza y se dio cuenta de que la camisa que llevaba el manco era precisamente la que Taqi le había prestado antes de su salida hacia Bagdad, cubierta de pentágonos y de signos cabalísticos.

—¡Me lo pagarán! —exclamó.

En aquel instante un grito en el cielo atrajo su atención. Levantó los ojos y vio a su halcón. Volaba por encima de ellos, indiferente a las flechas que los maraykhát lanzaban a veces contra él. El pájaro se movía en dirección al templo adonde había ido Morgennes.

—¡Por allí! —dijo la joven señalando la edificación, cuyas cúpulas sobresalían a medias de la bruma.

—Pero ¿y Taqi? —replicó Simón—. ¿Y la Vera Cruz? ¡No podemos dejarlos!

—Yo me ocupo de eso —dijo Casiopea—. ¡Tú ve a ver a Morgennes! ¡Rápido!

Simón dudó un momento, y luego declaró:

—No. ¡Me quedo contigo!

—¡Taqi! ¡Taqi! —aulló entonces Casiopea.

Simón también se puso a gritar hasta desgañitarse:

—¡Taqi!

Pero solo les respondía el fragor de las armas, los clamores de la batalla. Aquí y allá, manchas brillantes disipaban por un instante la niebla del combate, como relámpagos surgiendo en medio de la noche. Casiopea y Simón se dirigían hacia esas manchas de luz, pero a menudo eran solo los resplandores metálicos de unos arreos.

El enorme elefante había ganado terreno, y ya sentían a su espalda el calor de su aliento lleno de miasmas fétidas. Simón trató de acelerar. Por desgracia, montando dos en una gacela, no podían avanzar muy rápido. Al ver que el elefante blanco

amenazaba con alcanzarlos, Simón tuvo una idea: se llevó el cuerno a la boca y sopló... El penetrante sonido rasgó la bruma y atrajo hacia ellos toda clase de formas, como insectos atraídos por una llama. Primero las cenobitas montadas en gacelas, que parecían huir del enemigo —aunque de hecho trataban de reagruparse—, luego una maraña de amazonas y maraykhát que los adelantó como un enjambre de abejas furiosas, demasiado ocupados en combatir para preocuparse por ellos.

De pronto, una sombra desmesurada cubrió a Casiopea y Simón, y una voz que venía de lo alto les gritó:

—¡Subid!

¡Era Taqi! Había conseguido apoderarse de un elefante, que hacía correr al lado de sus compañeros. Tras llevar a la gacela, que empezaba a agotarse, junto al paquidermo, Simón ordenó a Casiopea:

—¡Sujétate a su arnés!

Casiopea trepó ágilmente desde el lomo de la gacela al del elefante, y dijo a Simón:

—¡Ahora tú!

Pero Simón resbaló, se sujetó en el último instante a las correas del *howdah* y fue arrastrado un trecho, con las calzas de malla rozando el suelo. Casiopea se inclinó hacia él y, tendiéndole la mano, lo ayudó a subir, no dudando en sujetarlo por las axilas y en agarrarlo luego por las nalgas para hacerlo caer boca abajo dentro del *howdah*.

El elefante blanco, que solo se había detenido un instante para pisotear a la gacela, se encontraba ahora justo tras ellos. Si hubiera querido, habría podido atrapar la cola de su elefante.

Lejos de preocuparse por eso, Taqi sonrió y mostró a sus amigos la cruz de Hattin, que había conseguido recuperar al mismo tiempo que se hacía con el paquidermo, entre proezas que prometió narrarles más adelante.

—¡Vamos a reunimos con Morgennes! —concluyó con un guiño.

Una vez que hubo llegado al pie de la escalera del templo, su elefante reventó los escalones ya maltratados por el tiempo, hizo vacilar las columnas, cargó contra la pesada puerta, la hundió con un poderoso testarazo y penetró bajo la bóveda de luz dorada. Un bramido atronador los alertó: el elefante blanco, furioso, los seguía de muy cerca.

Morgennes y Guillermo, que en aquel mismo instante salían del túnel, se quedaron desconcertados por un momento, y luego reconocieron a sus amigos, que se apresuraron a poner pie en tierra.

—¡Taqi! —exclamó Morgennes, y se precipitó hacia él para estrecharlo calurosamente entre sus brazos.

Después hizo lo mismo con Casiopea, y a continuación, tras un breve instante de

duda por una y otra parte, abrazó también a Simón.

—Ahora puedes dejarla —dijo Morgennes a Simón, señalando la cruz que llevaba en sus brazos—. ¡He encontrado la auténtica!

—¡Pero si esta es la auténtica! —se indignó Simón.

—¡No perdáis tiempo! —intervino Guillermo—. ¡Apresuraos! ¡Apresuraos! ¡Vamos, vamos!

Apenas había acabado de hablar cuando el gigantesco elefante blanco cargó contra un pilar, que se tambaleó. El pequeño grupo corrió hacia la galería que conducía al río subterráneo. Algunas flechas volaron en su dirección, y Guillermo gritó:

—¡Huid!

Luego lanzó un frasco de vidrio en medio del túnel, donde explotó levantando una nube de polvo destinada a cubrir su huida. Ya el segundo elefante forzaba al primero a avanzar, mientras, en el *howdah*, Yaqub y sus acólitos aullaban que iban a destruir aquel lugar impío y aparentemente se disponían a bajar para destripar a sus adversarios en un combate cuerpo a cuerpo.

—¡Por allí! —señaló Guillermo.

Antes de que Morgennes pudiera preguntarle por qué, el anciano lo empujó junto con sus amigos hacia una galería más alejada y cerró sólidamente la pesada puerta de bronce tras ellos. Los elefantes seguían allí, estorbándose mutuamente en su progresión, haciendo temblar el suelo y los muros con su paso de legión. Entonces Guillermo lanzó un frasco rojo al corredor. La botellita estalló con un ruido ensordecedor. Los elefantes barritaron con mayor fuerza aún y se inclinaron con toda su masa contra las columnas, amenazando con romperlas. Al ver a los maraykhát, que habían bajado de su *howdah* y se acercaban a él con paso vacilante, Guillermo se plantó ante ellos y lanzó un último frasco, que explotó con el ruido de un trueno. Un montón de cascotes cayeron con estruendo de la bóveda y aplastaron a maraykháts y elefantes.

Morgennes y sus amigos acababan de alcanzar las profundidades de la mina. Con excepción de Masada, todos murmuraron una plegaria por el descanso del anciano, que se había sacrificado por ellos.

De hecho, Guillermo había tenido tiempo de correr hacia la pequeña sala donde se encontraba el árbol de la Vera Cruz. Mientras el templo se hundía, él se había refugiado en el hueco dejado por la cruz, se había acurrucado en él y había cerrado los ojos, esperando que el mundo acabara de hundirse.

Luego se había dormido, con una sonrisa en los labios.

Era el fin.

Tal como había predicho la Emparedada, los elefantes habían causado la muerte

de las amazonas. La hendidura cerró su gigantesca boca y el oasis desapareció bajo tierra. Había doblado sus pétalos, como una flor al atardecer.

Al cabo de apenas una hora de marcha en la oscuridad, Morgennes y los suyos encontraron una galería que ascendía a la superficie. La siguieron, dejando el río al-Asi tras ellos, y salieron de nuevo al aire libre cuando el sol despuntaba en el horizonte.

Un joven elefantito los observaba. El animal levantó la trompa y se acercó tranquilamente barritando.

En el mes de Rajab, asediaron Jerusalén.
Ibn al-Athie, Historia perfecta

Alexis de Beaujeu colocó solemnemente la mano sobre la Vera Cruz.

—Gracias, Morgennes —dijo con los ojos empañados de lágrimas—. De todos los hermanos que partieron en su busca, tú has sido el único en volver. Sé que Dios es más clemente contigo que los hombres. Dime lo que puedo hacer para ayudar a atenuar el sufrimiento que estos te han causado.

Morgennes permaneció largo rato pensativo, sin encontrar nada que decir. Y luego declaró:

—Ya no sé quién soy. Casiopea me ha hablado de un tal Chrétien de Troyes, al que apenas recuerdo. Taqi es mahometano, y no por eso deja de ser un amigo fiel. Durante mucho tiempo creí que Guillermo de Tiro había muerto, pero estaba vivo. Un pasado olvidado, un infiel, un muerto que sigue vivo... ¡Qué extraño cortejo! ¿No estará hecho a mi imagen? Hoy ya no tengo certidumbres sobre nada, si es que alguna vez las tuve. Sé que debéis juzgar a Masada, pero no corresponde al tribunal de penitencia de los hospitalarios el hacerlo. Me gustaría que lo dejarais marchar. Necesita cuidados...

—Pero ¿y las lágrimas de Alá?

—Las devoró un elefante.

Alexis de Beaujeu miró a Morgennes, extrañado.

—Explícame qué ocurrió.

Morgennes contó, pues, a Beaujeu cómo, habiendo salido del oasis de las Cenobitas, la pequeña banda compuesta por Masada, Yahyah, Yemba, Taqi, Casiopea, Simón, él mismo, varias reliquias (entre ellas una cabeza parlante) y un buen número de animales (perro, caballo, asno, elefante, halcón), decidió avanzar hacia poniente, a fin de alcanzar tan pronto como fuera posible el Krak de los Caballeros, desde donde pensaban volver a partir hacia el sur para mantener la promesa hecha a las cenobitas y a Guillermo de poner a resguardo sus preciosos pergaminos.

—A lo largo de todo el trayecto —continuó Morgennes—, Masada no dejó de rezar, de gemir, de llorar, de lamentarse de su suerte y de la de Jerusalén, la ciudad santa, su amada, la ciudad donde nosotros, los cristianos, le habíamos prohibido habitar.

—Evidentemente —señaló Alexis—. ¡Cada vez que la ciudad estaba amenazada, los judíos entregaban las llaves a sus enemigos!

—En resumen :—continuó Morgennes—, armó tanto escándalo que acabé por

sentir lástima de él. No podía olvidar lo que nos había hecho a nosotros, los hospitalarios, al pequeño rey Balduino, a su mujer, a sus jóvenes esclavos, lo que había querido hacer a Yahyah... Pero fue más fuerte que yo. No quería ser quien lo condenara a muerte, habiendo escapado yo mismo a esta condena del modo que sabes... De manera que abrí el pomo de *Crucífera* para extraer las lágrimas de Alá. Hacía años que no las había visto, y puedo asegurarte que estaban exactamente igual que el día que las descubrí.

Morgennes había tendido la reliquia a Masada, que se había puesto a temblar de alegría al verla. No se había atrevido a cogerla enseguida. Y luego, cuando por fin se había decidido, en el mismo momento en que la alcanzaba, ¡una larga trompa gris se había adelantado y se la había arrancado de la mano! Un instante después, la reliquia había desaparecido en la garganta del pequeño elefante, que la masticó con una mueca de contento innegable, con esa sensación de plenitud que solo aporta la contemplación, o la apropiación, de las cosas santas.

—¿Cómo? —se indignó el comendador del Krak—. ¿Y se lo permitisteis?

—¿Y cómo íbamos a evitarlo? —exclamó Morgennes—. Yo no soy más fuerte que un elefante, aunque sea joven. En cuanto a matarlo para recuperarlas..., ya las había triturado.

—¡Se las comió...! En fin —dijo Beaujeu con un suspiro—, lo hecho hecho está. Habrá que creer que eres más clemente que Dios, que no perdona a quien tú has perdonado.

—Yo no se lo he perdonado —lo corrigió Morgennes—. Pero es cierto que sentí compasión por él.

—Está aún peor ahora...

Los dos hombres se miraron con aire grave un cierto tiempo.

Luego dejaron escapar una leve risa y se sirvieron un poco más de vino de Damasco, de un cargamento que los hospitalarios acababan de interceptar en la ruta de Homs.

—Está claro que Dios te tiene bajo su santa protección —señaló Beaujeu—. No me gustaría tenerte por enemigo, y quisiera que encontráramos una estratagema... sé que pecho al decir esto... que te permitiera, noble y buen hermano, escapar a tu castigo.

—No habrá vuelta atrás sobre esa decisión —dijo Morgennes.

—No, pero se puede revisar en parte... No eres tú quien merece perdernos, Morgennes; somos nosotros los que somos indignos de conservarte.

El comendador del Krak se levantó, reflexionó un instante y soltó:

—¿Y si no hubieras entregado la Vera Cruz?

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Morgennes.

—¿Qué estás diciendo?

—Perdóname, noble y buen hermano, me he expresado mal. Deja que te lo

explique: tú tenías derecho a cuarenta días para traérmola, y no has necesitado ni diez. Has realizado una hazaña digna de los más grandes héroes de la Antigüedad. A decir verdad, no conozco hombre con más méritos que tú en Tierra Santa...

Morgennes no oyó lo que Alexis dijo a continuación. Las palabras del comendador del Krak se perdían en una niebla espesa. Morgennes no escuchaba. Estaba totalmente perdido en sus reflexiones, volcado hacia su pasado. Antes de conversar con Casiopea, no le había parecido que un hombre tuviera que tener un pasado. O bien lo había olvidado. Pero al verla —como la veía ahora, caminando a lo largo de los caminos de ronda del Krak en compañía de Simón—, se preguntó qué podía haber sido lo que lo había alejado de ese pasado. ¿Y su madre, la Viuda de la Gaste Fóret? En su memoria no se dibujaba ningún rostro, ningún rasgo, ni un sonido, ni un olor, ni un hecho. Era un fantasma perdido en las zonas borrosas de su vida. ¿Reaparecería algún día? ¿Y lo deseaba él? No habría sabido decirlo.

Absorbido en la contemplación de los rasgos de Casiopea, Morgennes se amonestó por haber deseado impedir, en Hattin, que cumpliera su misión. Y ese joven, ese Simón, ¿se parecía a él cuando era más joven? ¿Un hombre lleno de ardor y determinación, seguro de tener a Dios de su lado y de encontrarse en el camino recto?

Morgennes recordó unas palabras recientes de Guillermo: «Importa bastante poco, Morgennes, que seas justo, con tal de que te esfuerces en serlo. Que estés preocupado por la justicia basta para distinguirte de la masa de los hombres. Lo mismo ocurre con la verdad. Búscala. No la encontrarás nunca, porque no es de este mundo. Pero al menos te acercará a ella. Porque si es difícil alcanzar la verdad, en cambio, es fácil alejarse de ella. Y el que se mantiene apartado de la verdad lo sabe...».

Otra cara se superpuso a la de Guillermo: el rostro, más joven, de Alexis de Beaujeu; sus rasgos demacrados y su mirada inquieta hablaban de los graves pensamientos que lo ocupaban y de las grandes responsabilidades que pesaban sobre sus hombros.

Morgennes volvió a la realidad justo a tiempo para oír las últimas palabras del discurso de Alexis.

—Lo que empieza en Jerusalén termina en Jerusalén.

—¿Cómo? —dijo Morgennes.

Beaujeu dio unos pasos por la habitación, yendo de una ventana a la otra, lanzando rápidas ojeadas al exterior, y luego se volvió hacia su amigo.

—No escuchabas, ¿verdad?

—Debo confesar que no.

—Hum...

El comendador estaba acostumbrado a las ausencias de Morgennes. ¿A qué

podían deberse? Él las atribuía a su estancia en prisión y a su posterior huida, poco después de haber recuperado las lágrimas de Alá, muchos años atrás. Desde entonces Morgennes había cambiado.

Alexis se sorprendía por su aparente falta de sensibilidad. Sin embargo, Dios sabía que Morgennes tenía corazón. Pero vivía como retirado de sus sentimientos, que recuperaba solo en raros momentos. El resto del tiempo era una fortaleza. Morgennes era como el Krak de los Caballeros, encaramado en lo alto de su montaña.

—Este es mi plan —anunció Beaujeu—. Me gustaría que llevaras la Vera Cruz a Jerusalén.

—Pero... ¿y Roma?

Alexis hizo un gesto con la mano.

—Roma, Roma... Roma no tendrá motivo de queja; ella también tendrá su Vera Cruz.

El comendador del Krak se inclinó hacia la Santa Cruz que Morgennes había llevado consigo del oasis de las Cenobitas.

—¿Es posible que durante todos estos años la Vera Cruz haya estado escondida allí, a espaldas de todos? En ese caso solo habríamos adorado a un falso Dios, a un ídolo...

—No —dijo Morgennes.

—¿Y eso?

—Dios se encarna donde a Él le place. La Santa Cruz que nosotros hemos adorado hasta ahora era tan verdadera como la del oasis. En cierto modo es la adoración la que hace la cruz, no la madera.

—Comprendo. Pero, entonces, ¿cuántas Veras Cruces puede haber?

—Una infinidad. Tantas como creyentes, en cualquier caso... Beaujeu se apoyó pensativamente en la ventana con pesadas cortinas de lana blanca y contempló la montaña.

—¡Qué belleza!

Morgennes observó con él las quebradas y los montes escarpados del Yebel Ansariya, que se extendían hasta el horizonte, más allá del cual se adivinaba el mar, o al menos su reflejo.

—Sin embargo, hay en estas montañas tantas cosas diferentes... Fortalezas en manos de los asesinos, plazas fuertes templadas, nosotros mismos, pastores...

Beaujeu volvió al centro de la sala, su habitación, que se situaba tradicionalmente en lo alto de la más reducida de las trece torres del Krak.

—No, tu misión no ha terminado aún. Llevarás la cruz truncada a Jerusalén, que la necesita más que Roma. Y Roma, por su parte, tendrá esto...

Y tocó con el dedo la Vera Cruz, la de las cenobitas.

—Si Dios quiere que Roma reconozca en ella a la cruz en que Cristo fue

crucificado, pues bien, que así sea. Si no...

Morgennes terminó la frase por él.

—El Temple habrá ganado.

Beaujeu apretó el puño y lo descargó contra la mesa, haciendo saltar las copas.

—¡Vive Dios que eso no sucederá!

Su mirada febril no se apartaba de Morgennes.

Unos instantes más tarde, Morgennes y Beaujeu bajaron a la sala principal para tomar su cena en compañía de los otros caballeros de la casa. Una treintena de pobres, llegados de las comarcas circundantes, compartían la comida de los hospitalarios, conforme al uso que quería que, a la muerte de un hermano, se alimentara a un pobre en su nombre durante un número de días que dependía de su rango.

Todos comían en un silencio que solo interrumpía la lectura de los Evangelios. Cada uno se aplicaba a acabar su caldo, pinchando un trozo de carne con la punta de su cuchillo, llevándose a la boca la yema de un huevo cocido con su cáscara, lamiéndose los dedos, en tanto que un aguador llenaba los vasos. Mientras compartía el pan del hermano comendador, Morgennes detectó varias miradas orientadas discretamente en su dirección. La mayoría de los hermanos sentados junto a ellos eran desconocidos para Morgennes, y todos le parecían muy jóvenes. Tenían —como Simón— la tez pálida de los recién llegados.

—Estos jóvenes bisoños no tardarán en foguarse —murmuró Beaujeu, que había adivinado sus pensamientos.

—Si no mueren antes —respondió en un susurro Morgennes.

De hecho, dos rostros trabajados por el tiempo y las emociones habían atraído su atención. El primero era el de un hombre de unos cuarenta años, que debía de ser italiano, y muy rico, a juzgar por sus vestiduras. El otro no era un desconocido. Morgennes ya se había cruzado con él, en otro tiempo, estando en compañía de Balian II de Ibelin, pues aquel hombre era el valeroso escudero de Balian, Ernoul. Explicaban de él que ya había rechazado por dos veces ser nombrado caballero: «No tengo más ambición que seguir siendo escudero de Balian y servirlo como mejor pueda», decía.

Al acabar la comida, mientras los hermanos abandonaban la sala para dejar su lugar al segundo servicio, Alexis de Beaujeu invitó a Morgennes a inspeccionar las murallas con él.

—Hemos montado nuevas catapultas, capaces de lanzar piedras de un centenar de libras hasta a seis arpendes. Con ellas aplastaremos a los ejércitos de Saladino si algún día se atreven a acercarse a nuestros muros.

Otros invitados se unieron a ellos, y entre estos se encontraban Ernoul y el misterioso italiano que había llamado la atención de Morgennes. Alexis se lo

presentó.

—Morgennes, este es Tommaso Chefalitone, un veneciano que nos ha prestado grandes servicios. Él ha conducido a Josías de Tiro a Palermo y luego a Ferrara...

Morgennes, que había oído hablar mucho de Josías a Guillermo, aprovechó para pedir noticias de él.

—Por lo que sé —dijo Chefalitone—, se encontrará ahora en camino hacia la corte del rey de Francia. Felipe Augusto debe disponerse a recibirlo, y podéis apostar que lo escuchará con atención. A pesar de su juventud, este Josías tiene mucho talento. No dudo de que triunfará donde tantos otros antes que él fracasaron. Si llega a convencerlos, de aquí a principios de año tres poderosos ejércitos, sin contar con el del rey de Sicilia, vendrán a reforzar las defensas de Jerusalén. La ciudad estará salvada.

—Temo que tengan que volver a tomarla, si no llegan pronto —precisó Ernoul.

Todos se volvieron hacia él. Su rostro preocupado constituía el más elocuente de los discursos. Ernoul entrelazó sus manos de largos dedos y, con una voz sorprendentemente delicada para su corpulencia, añadió:

—Saladino ha abandonado Tiro. Su ejército pronto acampará bajo las murallas de Jerusalén. Necesitamos tropas. Y las necesitamos ahora, no dentro de seis meses ni dentro de seis semanas.

Se había expresado con gran suavidad, pero también con mucha firmeza. Morgennes observó a Ernoul. Tenía bajo los ojos unos profundos cercos negros que daban peso a su mirada y a sus palabras; sus cabellos se erizaban en remolinos que se resistían a aplastarse y revelaban un carácter ansioso, empeñado en alcanzar su objetivo. Porque, desde principios del mes de septiembre, Ernoul no había dejado de recorrer Tierra Santa buscando ayuda desesperadamente. Los templarios, sin embargo, no estaban preparados, y los hospitalarios se reagrupaban, preparándose para partir hacia Tiro, donde el marqués de Montferrat plantaba cara valientemente a Saladino mientras esperaba unos improbables refuerzos.

—Al llegar a Jerusalén —continuó Ernoul—, el conde y yo mismo sufrimos una gran sorpresa al ver el desorden que imperaba en la ciudad. Todo estaba patas arriba, con gentes que corrían a refugiarse en ella y otras que se apresuraban a abandonarla. Privada de su rey, desposeída de su principal reliquia, Jerusalén agonizaba, como tantas otras veces en la historia. Los hierosolimitanos vieron en Balian el milagro que todos esperaban: un jefe enviado por Dios que iba a salvarlos.

Pero a Balian lo retenía la promesa que había hecho a Saladino de no permanecer en la ciudad más que una sola noche. Al día siguiente a su llegada debía abandonar Jerusalén con su mujer y sus hijos, que Heraclio había ocultado en los sótanos de la torre de David, ordenando a los templarios blancos que prohibieran el acceso a Balian.

«Te desligo de tu juramento», había dicho Heraclio.

«Lo he prometido», había respondido Balian.

Era evidente que los dos hombres no estaban hechos para entenderse. Heraclio despreciaba la palabra dada; Balian permanecía fiel a sus compromisos. Ya circulaban rumores: lo trataban de cobarde. Decían de él: «Se ha vendido a los infieles».

Aquellas habladurías calaron tanto que Balian envió a Ernoul a explicar la situación a Saladino y a suplicarle que le permitiera permanecer en la ciudad para defenderla. Conmovido por las palabras que Ernoul había sabido encontrar, Saladino escribió a Balian: «Quedaos mientras podáis, si ese es vuestro deseo». Y dio incluso a Ernoul una escolta de mamelucos para que luego acompañaran a la mujer de Balian, a sus hijas y a su sobrino a Tiro, donde estarían seguros.

—En esta conducta reconozco el sentido del honor de Saladino —comentó Morgennes.

—¿Lo conocéis, pues? —inquirió Ernoul.

—Conozco su clemencia.

—Y su crueldad —añadió Beaujeu.

Los cuatro hombres se dejaron mecer por el viento sobre las altas murallas del Krak. El aire estaba cargado de ruidos diversos, de los gritos de los soldados que se ejercitaban, el entrec chocar de sus armas, y la algarabía de los albañiles que reforzaban las fortificaciones o los carpinteros que montaban las máquinas de guerra.

—Formaremos tres grupos —dijo Beaujeu—. Para liberar a Morgennes de sus obligaciones para con las cenobitas, una patrulla de hospitalarios escoltará a Yemba hasta las orillas del Mar Muerto, donde podrá poner a resguardo esas preciosas tinajas. El capitán Chefalitione volverá a La Stella di Dio, en Tortosa; en cuanto a ti, Morgennes, acompañarás a Ernoul hasta Jerusalén con tus compañeros. Tu misión acabará justo después. Una vez salvada Jerusalén, volveréis aquí con la Vera Cruz.

Poco después Ernoul los dejó para ir a presentar sus respetos a Raimundo de Trípoli, cuyo estado no dejaba de agravarse.

Morgennes y Beaujeu se quedaron solos con Chefalitione, que les explicó lo que había visto en Europa, donde la nobleza se había apresurado a olvidar la suerte de sus primos establecidos en Tierra Santa. Como si volver a tomar el Santo Sepulcro fuera más importante que conservarlo; la hazaña, más importante que la duración.

Pero Tommaso decía aquello sin animosidad, con un punto de tristeza y sin dejar de sonreír ni un momento. De hecho, las costumbres de sus contemporáneos le divertían tanto como lo irritaban.

Desde su viaje a Occidente, el capitán veneciano tenía el aspecto feliz de la gente a la que la vida ha colmado con sus dones. Sus rasgos se habían suavizado, como pulidos por la mano de un ángel, lo que era el caso, ya que desde que se habían

encontrado, en julio, Fenicia y él no se habían separado.

—Fenicia, que había partido hacia Provenza cuando yo era un extraño para ella, volvió aquí conmigo a pesar de los riesgos que esto representa. Ya no podemos separarnos. Extrañamente, a pesar de que solo nos conocemos desde hace unos meses, es como si hubiéramos pasado toda nuestra vida juntos. Algunas mujeres pueden modificar nuestro futuro. Esta ha cambiado mi pasado. Me ha abierto a mí mismo.

Morgennes y Alexis sonrieron, conmovidos por la ingenuidad y la belleza de estas palabras, y sorprendidos de oírlas en boca de un personaje como aquel.

—¿Qué habéis venido a hacer aquí? —preguntó Morgennes.

Tommaso miró a Alexis de Beaujeu, que lo tranquilizó:

—Hablad sin temor, no tenemos nada que ocultar a Morgennes. A él debemos la alegría y el honor de haber encontrado de nuevo la Vera Cruz.

Chefalitione sujetó entonces la mano de Morgennes, la besó y la apretó contra su corazón.

—Santa Madonna! —exclamó—. ¿A vos debemos haber reencontrado a Dios? ¿Cómo agradecéroslo? ¡Todo el oro del mundo no bastaría para ello!

—Preguntaos más bien si no os habré privado eternamente de Dios —dijo Morgennes con un suspiro—. Lo cierto es que... en realidad no sé con certeza si lo que he hecho es un bien o un mal. En fin, la verdadera Vera Cruz, que nadie sabía perdida, ha sido reencontrada, y también la cruz de Hattin. Podría pensarse que todo va de maravilla, ¿no?

Tommaso no apartaba la mirada de Morgennes. Para el veneciano, convertido al mismo tiempo al amor y a la religión, Morgennes era un icono viviente. Un objeto de adoración.

—Habría que escribir vuestra historia —dijo.

—Uno de mis amigos se ocupa de ello —explicó Morgennes—. En fin, eso creo...

—¡Bravo! Leeré su libro con interés. Encargaré copias.

Beaujeu interrumpió la conversación.

—Nadie aparte de nosotros debe saber que la Vera Cruz, la auténtica, ha de partir a Roma en las calas de *La Stella di Dio*. Os invito a que imaginéis un medio para hacerla llegar a bordo. Un medio discreto. Tenemos hasta esta noche. No quiero guardar demasiado tiempo esta cruz aquí. No me gusta la idea de tenerla en una plaza fuerte militar y, además, no quisiera ser la persona a quien se la roben, si es que habrá un robo...

Morgennes y Tommaso asintieron. Comprendían perfectamente lo que Beaujeu quería decir. Si el honor de reencontrarla era grande, el deshonor de perderla de nuevo sería infinito.

Los tres hombres descendían los escalones que llevaban al patio de la capilla,

cuando de pronto las campanas tocaron a alerta.

Morgennes y Beaujeu salieron a paso vivo a informarse de lo que ocurría.

—Lo que empieza en Jerusalén termina en Jerusalén —respondió Saladino al más joven de sus hijos, al-Afdal, que le preguntaba cuándo acabaría su guerra de reconquista.

—Entonces —preguntó al-Afdal—, ¿será pronto?

Saladino posó una mano en la cabeza de su hijo y le acarició los cabellos. Tenían la suavidad de la seda, y recordaban al sultán el pelo de sus panteras, juiciosamente acostadas en un rincón de la tienda con la cabeza apoyada sobre las patas delanteras.

—Pronto, sí. ¡Si Dios lo quiere! —añadió Saladino.

—Pero entonces, padre, ¿por qué no se van? ¿Prefieren morir? ¿Son como esos caballeros impíos que capturamos en Hattin y que prefirieron morir antes que abrazar la Ley?

—¿Quién sabe? Tal vez preferirán rendirse. En cualquier caso, siempre podemos incitarlos a hacerlo. Es solo una cuestión de tiempo...

En realidad Saladino ardía de impaciencia y hubiera dado su vida, y la de sus cuatro hijos, por reconquistar la ciudad aquella misma noche. Pero el sultán se esforzaba en refrenar sus sentimientos, manteniendo a distancia a las voces que lo apremiaban a actuar. Para él, la guerra era una tarea larga que exigía paciencia. Así como en el ardor de la acción actuaba sin darse tiempo a reflexionar, no quería ahorrar ni un minuto de preciosa reflexión antes de dar la orden de ataque. Sin embargo, tenía prisa por acabar. Como decía el Profeta, «la contemporización es excelente, excepto cuando la ocasión se presenta».

Pero ¿hacia dónde había que dirigir el primer asalto? ¿En qué momento? ¿Con qué tropas? ¿Con qué preparativos? ¿Con qué objetivos? ¿Durante cuánto tiempo?

El sultán debía encontrar respuesta a todas estas cuestiones en compañía de su estado mayor, de su ayuda de campo, IbnWásil, y del cadí Ibn Abi Asrun. Juntos estudiarían todos los datos. Cantidad, tipo, calidad y moral de las fuerzas civiles y militares de la ciudad, cantidad y tipo de alimentación disponible, facciones a las que se podía incitar a la rendición o empujar a la sedición, rehenes, chantajes y manipulaciones posibles, emplazamiento de los depósitos de víveres y de municiones, puntos débiles de las fortificaciones, posibles trabajos de zapa, previsiones meteorológicas y astrológicas; a todo se pasaba revista hasta en el menor detalle. Saladino repetía a quien quisiera oírle el antiguo proverbio: «A menudo una estratagema es más eficaz que el valor». Así, poco antes de abandonar Tiro había liberado a Guido de Lusignan, sacándolo de su prisión en Naplusa pero prohibiéndole recuperar el trono. En contrapartida, había autorizado a la reina Sibila, su mujer, a reunirse con él con armas y bagajes. Jerusalén se encontraba, pues, sin reina ni rey, y

solo tenía para asumir su defensa a Balian de Ibelin y a su patriarca, Heraclio. Con un poco de suerte, aquellos dos no tardarían en detestarse. Podría ser incluso que, cansados uno de otro, cometieran alguna torpeza, al preferir Balian, al yugo de un cristiano odioso, la tutela de un sultán conocido por su tolerancia y su bondad. Aquel sistema había funcionado perfectamente cuando Saladino había sacado partido de sus lazos de amistad con Raimundo de Trípoli para minar la comunidad cristiana de Tierra Santa.

Pero el sultán debía actuar deprisa. A sus hombres, el tiempo empezaba a hacérseles largo. Muchos querían volver con los suyos, sobre todo porque les había prohibido el pillaje. Los chacales maraykhát ya habían cometido traición. Y había dado orden de vigilar mejor a los beduinos, a los que necesitaba, ya que Bagdad no había enviado los refuerzos esperados.

Saladino había establecido su campamento al norte de la ciudad, no lejos de la Puerta de Damasco, que los francos llamaban Puerta Saint-Etienne. Del otro lado, los tejados naranja de la iglesia de Santa María Magdalena parecían desafiarlo. Saladino se prometió convertirla en mezquita una vez que Jerusalén estuviera en su poder.

Unos días antes, presintiendo que Saladino iba a atacar, algunos burgueses habían solicitado un encuentro. Aquel se encontraba entonces en Ascalón. Hábiles negociadores, los hierosolimitanos habían obtenido del sultán condiciones que les parecían favorables, pero en el instante en que iban a entregarle las llaves de la ciudad había tenido lugar un eclipse de sol. Lanzando gritos de espanto, asustados por lo que interpretaban como un signo de la cólera divina, los burgueses de Jerusalén habían implorado a Saladino que olvidara su gestión y no la tuviera en cuenta. Una vez más, el sultán había tenido un buen gesto; había dicho que comprendía y les había ofrecido una escolta para que pudieran volver a Jerusalén con toda seguridad y cargados de regalos. La maniobra era tan hábil como sincera su generosidad: al verlos volver cubiertos de oro y de vestidos lujosos, muchos hierosolimitanos habían encontrado a Saladino más caritativo que el destino y habían pedido que se lo recibiera con los brazos abiertos.

Chátillon había hecho capturar y perecer bajo la tortura a algunos de los que murmuraban estas palabras, para que en la ciudad se escuchara solo una frase: «Resistir o morir».

Para los curiosos acodados en las almenas de las murallas, adonde la población subía día y noche montones de piedras y toneles de aceite, era como si el crepúsculo se prolongara indefinidamente. En efecto, cuando el sol acababa de ocultarse, sus resplandores quedaban prendidos en los hierros de las lanzas mahometanas, tan numerosas que mantenían la noche alejada, lo que se confirmaba cuando todas las hogueras del campamento sarraceno se encendían, haciendo palidecer el campo de

estrellas que inundaba el cielo. Las banderas restallaban a centenares, movidas por el viento nocturno, invisibles en su ropaje negro pero visibles por la forma en que ocultaban los fuegos, con palpitaciones de luz.

Los habitantes de Jerusalén contemplaban este espectáculo temblando, a la vez excitados e inquietos, preguntándose cuándo daría el asalto Saladino.

—¡Es hermoso, de todos modos! —exclamó, a su pesar, un burgués.

Pero enseguida se elevaron voces:

—¡No os detengáis! ¡Al trabajo! ¡Al trabajo!

Los que gritaban eran los templarios blancos, a quienes Heraclio y Balian habían confiado el mando de las tropas. A falta de soldados en número suficiente, había habido que reclutar entre los civiles, movilizar a los burgueses, armar caballeros a los jóvenes nobles, dar a los escuderos el mando de pelotones, formar en el manejo de las armas a los habitantes capaces de empuñarlas. Si faltaban armas, se daban a los hombres horcas, palas, picos o martillos, y a las mujeres, escobas, tijeras, largos alfileres o sartenes. Tizones al rojo estaban dispuestos en hogueras situadas en las encrucijadas de las calles. Algabaler y Daltelar, los dos últimos caballeros de Jerusalén, hombres ya ancianos en los que la acritud y la holgazanería competían con el vicio y el miedo, se encerraron en sus casas. Para hacerlos salir tuvieron que amenazar con arrasar sus viviendas y colgarlos de las almenas para mostrar a los sarracenos el destino que esperaba a los perezosos. Los dos caballeros fueron encargados de los trabajos de defensa. Se pensó, con acierto, que nadie mejor que ellos tomaría las precauciones que se imponían para impedir que entraran los sarracenos. Los caballeros hicieron levantar ante las puertas de Jerusalén gruesos muros de ladrillo, material que consiguieron derribando las casas medianeras. A los que protestaron porque se destruían sus viviendas, se les propuso que se quedaran para servir de mortero.

Los látigos restallaban sobre las cabezas de la multitud para llamarla al orden y motivarla. Los hombres transportaban piedras; las mujeres, cubos llenos de agua o de arena; los niños, las raciones que alimentaban a estos aprendices de albañil, y los viejos daban consejos que exasperaban a todo el mundo. No dejaban de repetir: «Ya os lo habíamos dicho...».

Aquello ya no eran muros, sino un amontonamiento de materiales heterogéneos, y todos pensaban en lo que se les podía añadir. Carretas con las ruedas rotas, camas viejas, armarios, ropa usada, restos de animales, basura doméstica, paredes de una tumba; todo lo que podía pesar y obstruir. Las murallas de Jerusalén eran como un manto doble en previsión del invierno. Algunos ocultaron en ellas animales domésticos, pretextando que el hambre y la oscuridad los volverían locos, y que así se lanzarían a la cara de los asaltantes si estos conseguían entrar.

—Y si el sitio se prolonga y llega el hambre, ¿qué comeremos? —protestaron

algunas almas sensibles yendo a recuperar, cuando aún podían hacerlo, a su gato o a su perro.

Heraclio y Balian se habían repartido las tareas de modo que tuvieran que verse lo menos posible. A Heraclio, el sur de la ciudad, con sus barrios armenio y germánico; a Balian, el norte, con los barrios francés, hospitalario y, en otro tiempo, judío. Uno y otro se alegraban de esta elección, que colocaba al patriarca a resguardo y a Balian en posición de combate. Porque, desde que la ciudad existía, no se sabía de un asalto que hubiera procedido del mediodía, donde aún subsistían vestigios del antiguo recinto romano. En cuanto a la explanada del Templo, estaba defendida por los templarios blancos y algunos valientes armados con hoces.

Heraclio y Balian también se habían repartido las poderosas armas de asedio; Balian, haciendo valer la extrema vulnerabilidad de sus posiciones, había conservado para sí las dos catapultas que poseía la ciudad, y los dos onagros y los cuatro escorpiones se habían distribuido equitativamente. Mientras que Heraclio había agrupado el conjunto de sus defensas en lo alto de la torre de David para proteger la ciudadela y el palacio del rey de Jerusalén, Balian había diseminado las suyas a lo largo de sus posiciones, colocando aquí una catapulta, allá un onagro, esforzándose, siempre que era posible, en hacer que los tiros se cruzaran. Del mismo modo, mientras Heraclio había concentrado los víveres en los sótanos de su palacio, Balian había creado dispensarios donde había almacenado lo suficiente para alimentar a todo un barrio durante dos o tres meses, duración estimada del asedio antes de la llegada de los refuerzos esperados.

El día de San Eustaquio, Saladino lanzó el primer asalto contra la Puerta de Damasco.

—¡Qué lástima! —dijo un burgués colocado no lejos de Balian en las almenas—. Empezaba a habituarme al sitio...

En el Krak de los Caballeros repicaban las campanas y por todas partes estallaban gritos.

—¡Raimundo de Trípoli ha muerto!

—¡Lo han asesinado!

—¡Tengo al culpable! —exclamó un hospitalario, haciendo avanzar a Casiopea ante él bajo la amenaza de su espada.

La joven caminaba en silencio, con la espalda encorvada, sostenida por dos robustos hermanos sargentos y escoltada por cuatro turcópulos y un hermano caballero. Morgennes se precipitó hacia ella. Casiopea le dirigió una mirada que no reconoció.

—¿Dónde está Simón? ¿Qué ha pasado? —le preguntó Morgennes.

Casiopea no contestó. La prisionera fue conducida a las mazmorras del Krak de

los Caballeros, adonde acudió enseguida a verla Alexis de Beaujeu. Morgennes tenía la impresión de que un torbellino lo arrastraba. Las campanas de la pequeña capilla habían cambiado de ritmo, y ahora tocaban a muerto.

¡Había que encontrar a Simón! Poco antes de la comida, estaba en las murallas con Casiopea. ¿Y ahora? Morgennes corrió hacia la escalera que conducía a la torre de los invitados y se cruzó con dos mujeres que descendían de ella. Ambas tenían un porte real y la piel tostada de los habitantes de la región, pero una tenía los cabellos negros mientras que la otra era rubia.

¡Eschiva de Trípoli! Morgennes se acercó a la mujer de cabellos rubios mezclados con blanco y la apretó contra sí, dejándola llorar unos instantes sobre su hombro.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

Eschiva sacudía la cabeza, incapaz de responder. La mujer que la acompañaba, y que Morgennes no conocía, dijo:

—Perdonadme, caballero, pero la condesa aún se encuentra demasiado impresionada. Temo que no pueda responderos por el momento...

Un hombre surgió entonces de los aposentos del conde Raimundo de Trípoli. Era Ernoul. El escudero se acercó al pequeño grupo y exclamó:

—¡Qué tragedia!

Morgennes lo sujetó por el brazo y se lo apretó hasta hacerle daño.

—¡Ernoul, debéis decirme qué ha ocurrido! Acusan, a Casiopea de haber matado a Raimundo, ¡es absurdo!

—Estoy de acuerdo con vos, Morgennes —convino Ernoul—. Pero ella es la última que ha visto al conde vivo... Además, no quiere hablar.

—¿Y qué? —dijo Morgennes—. ¿Significa eso, acaso, que lo ha matado?

—No, pero graves sospechas recaen sobre ella. Sé que es difícil de creer, pero es así.

Morgennes sentía que todo se derrumbaba a su alrededor.

—Casiopea —murmuró con aire perdido—, Casiopea... ¡Tengo que verla, tengo que hablar con ella!

Al ver que daba media vuelta para marcharse, la mujer que acompañaba a Eschiva lo interpeló:

—Perdón, messire, pero he oído a ese bravo Ernoul llamaros Morgennes. ¿No seréis acaso el caballero que ha encontrado la Vera Cruz?

—Sí, soy yo.

—Entonces confío en vos. Si afirmáis que la joven no es culpable, es porque es inocente. Encontraréis al culpable, hombre o mujer, estoy segura.

—¿Sois la madre de Josías, la compañera de Tommaso Chefalitione?

—Sí.

—El capitán es un buen hombre y me alegro por ambos. Solo lamento que

hayamos tenido que encontrarnos en estas tristes circunstancias. Espero que un día tengamos ocasión de conocernos mejor.

—También yo lo deseo —dijo Fenicia.

Y, después de dirigirle una inclinación de cabeza, se alejó con la condesa de Trípoli.

Morgennes se encontró a solas con Ernoul, que preguntó:

—¿Puedo hacer algo por vos?

—¿Sabéis qué aspecto tienen mis amigos? ¿Taqi ad-Din, el sobrino de Saladino? ¿Simón de Roquefeuille, un joven caballero? ¿Yemba, un monje de piel negra?

—Sí, creo que sí —respondió Ernoul.

—¡Encontradlos! Decidles que se reúnan conmigo en las habitaciones de Raimundo de Trípoli. ¡Rápido!

—Enseguida —dijo Ernoul.

Morgennes dio las gracias al bravo escudero, y decidió dirigirse a las habitaciones de Raimundo de Trípoli antes de que le prohibieran la entrada.

Casiopea no se movía. Estaba tendida en su celda, sobre una paca de paja.

A su lado, Beaujeu se esforzaba en hacerla hablar. Pero la joven permanecía silenciosa. Se contentaba con mirarlo con aire triste, con las lágrimas corriéndole por las mejillas y los labios misteriosamente sellados.

—Escuchadme —empezó Beaujeu—. Os voy a ser franco. No creo que seáis vos quien ha matado al conde. Por otra parte, ¿por qué hubierais debido hacerlo? No teníais ningún interés en ello...

Fue a buscar un taburete y se sentó junto a ella.

—Os voy a hacer unas preguntas —continuó—. No sé por qué razón mantenéis la boca cerrada, pero tal vez podáis decir sí o no con la cabeza, ¿no os parece?

Casiopea se incorporó, con un brillo en la mirada. Lentamente, penosamente, asintió con la cabeza.

—Bien, ya es un principio... Solo hace falta que respondáis así. ¿De acuerdo?

Casiopea asintió de nuevo.

—¿Tenéis algo que ver con la muerte de Raimundo de Trípoli?

Casiopea se estremeció de arriba abajo, como si se encontrara en un estado de desesperación extrema, y luego asintió con la cabeza. Sin permitir que sus sentimientos se reflejaran, Beaujeu prosiguió con su interrogatorio.

—¿Habéis matado a Raimundo de Trípoli?

Esta vez Casiopea respondió más deprisa, con un signo de negación.

—¿Sabéis quién lo ha matado?

De nuevo hizo que no con la cabeza.

—¿Seguís sin poder decirme nada?

Ella lo miró a los ojos, sorprendida. ¿Había comprendido lo que le ocurría?

—Si pudierais, ¿hablaríais?

Casiopea asintió.

Beaujeu se levantó y se frotó pensativamente la barbilla.

—¿Qué os lo impide?

Pero Casiopea no podía o no quería responder a esta pregunta. Se contentó con encogerse de hombros con aire evasivo, y luego se tocó la garganta.

—Perdón —continuó Beaujeu—. ¿Tenéis una idea de qué es lo que os lo impide?

Casiopea inclinó la cabeza.

—¿Y sabéis quién ha atentado contra la vida de Raimundo de Trípoli?

Una vez más, la respuesta fue positiva.

—¿Los templarios?

—¡Los asesinos! —soltó Casiopea, como a su pesar.

La respuesta había surgido espontáneamente de su boca, pero sus labios ya volvían a cerrarse. Un gran dolor se revelaba en su rostro, como si en su cabeza se desarrollara un combate en que se enfrentaran pensamientos contradictorios.

La puerta de la celda se abrió detrás de Beaujeu, y Morgennes entró, acompañado de Yemba, Simón y Taqi.

—Noble y buen hermano —empezó Morgennes—, puedes liberarla: ella no es culpable.

—¿Quién entonces? —preguntó Beaujeu.

—El —dijo Morgennes mostrando al comendador la cabeza de Rufino—. Acaba de confesarlo todo.

Unos instantes más tarde todos se encontraban en el reservado de la sacristía del Krak.

—¿Podéeeis secaaaarme los ojos, pooooor favor? —imploró Rufino—. No tengo braaazos, y eeeestas lágrimas me moleeeestan...

Morgennes secó el rostro de Rufino con ayuda de un trapo que había al lado del cofrecillo.

Taqi examinó la habitación, un reducto particularmente sombrío, sin ventana, tallado en la roca, lleno de cofrecillos y objetos diversos, entre los cuales se distinguían varios centenares de velas decoradas con motivos extraños.

—Aquí guardamos las vestiduras sacerdotales, las barricas de vino de misa, los ornamentos y los vasos sagrados —explicó Beaujeu.

—Veo que disponéis de un número de cirios considerable —comentó Yemba divertido—. Y también he podido notar que, curiosamente, las inscripciones con que están decorados no tienen nada de latín...

—Efectivamente —convino Beaujeu—. Pero no creo que signifiquen nada en particular. Solo son adornos decorativos.

—Eso no es exacto —dijo Taqi cogiendo uno de los cirios—. Están escritos en una lengua muy antigua, venida de Persia, en los primeros tiempos del Profeta (la gracia sea con él). En este pone: «¡Muerte a los cristianos!».

Todos se estremecieron, como si súbitamente la temperatura de la habitación hubiera descendido varios grados. Taqi volvió a dejar el cirio en su sitio.

—Tenéis una cantidad enorme —observó Simón—. ¡Todos estos cirios! ¿Qué hacen aquí?

—No sabía que tuviéramos tantos —confesó Beaujeu.

—Dejaaadme que os expliiiiique —continuó Rufino con su voz cavernosa—. ¡Toodo es tan... complicaado!

La cabeza se puso a hablar y, como de costumbre, se mostró inagotable. Estuvo discursando durante más de una hora, explicándoles al detalle cómo Casiopea y él mismo habían sido secuestrados por los asesinos, en el Yebel Ansariya, y luego condicionados por Rachideddin Sinan. Bastante mal, por suerte.

—¡No sabíiiiimos siquieera lo que tendríiiiimos que hacerrr!

De hecho, desde su llegada al Krak, Rufino había sido confiado al hermano enfermero para que lo examinara, tratara de comprender los prodigios que permitían animarlo y decidiera si era obra del diablo o de Dios. Era indudablemente obra del diablo, y mientras Rufino y el hermano enfermero discutían ásperamente, una oleada de palabras hipnóticas había salido de pronto de la boca de Rufino. El conjuro había conminado al hermano enfermero a que se presentara sin tardanza en la sacristía, cogiera uno de los numerosos cirios que había allí y lo llevara a la habitación de Raimundo de Trípoli; lo que una investigación adicional confirmó más tarde, pues Eschiva de Trípoli recordó que, efectivamente, el hermano enfermero se había presentado con un cirio: «Para vuestras veladas invernales», le había dicho antes de marcharse. Pero el invierno de Raimundo de Trípoli, ya muy enfermo, debía llegar prematuramente: de manos de una joven. Cuando Casiopea había visto la vela en la habitación de Raimundo de Trípoli y había reconocido los dibujos, no había podido evitar encenderla. Luego se había sentado, silenciosa, inmóvil, y había mirado, incapaz de hablar porque el humo que ascendía de la vela empezaba a actuar, paralizándole las cuerdas vocales.

—¿Qué había que mirar? —preguntó Beaujeu.

—¡Una serpieeeente! —respondió Rufino.

—¿Es decir? —insistió Beaujeu.

—¡Esto! —dijo Morgennes.

Y, desenvainando a *Crucífera*, cortó uno, dos, luego tres, y finalmente toda una serie de cirios. Cada uno ocultaba en su interior un áspid enrollado sobre sí mismo.

—¡Sacrilégio! —exclamó Beaujeu—. Pero ¿qué es esto?

Taqi recogió algunos pedazos de cirios cortados en dos, los observó y se los

enseñó a Beaujeu.

—¡Mirad! Las serpientes se introducen en la cera, donde se adormecen. El calor de la llama las despierta. Entonces salen de sus velas y van a morder al primero que encuentran. ¡Es un milagro que Casiopea haya podido escapar de ellas! El Krak está lleno de estas serpientes. Por suerte las hemos encontrado —dijo, aplastando con el talón a las que habían caído sobre las losas del reservado, todavía aturcidas.

Rufino lloraba a lágrima viva. Le pidió a Morgennes que le «sonaara la nariiiiiz».Y, después de haber soplado en el trapo con toda la fuerza de sus inexistentes pulmones, continuó:

—¡Es Siiinan! ¡Tiene aliiiiados aquí! ¡Poderooooosos!

—Eso parece —dijo Beaujeu—. Para empezar, ¿cómo es posible que estos cirios...?

Estaba tan encolerizado que no pudo acabar la frase. Abrió furiosamente la puerta de la sacristía y llamó a los guardias:

—¡Que vayan a buscar al hermano capellán!

El primer guardia había salido cuando Beaujeu volvió a abrir la puerta y añadió:

—¡Y al hermano enfermero!

Interrogados, los dos hombres revelaron —por boca del hermano capellán— que los cirios eran donaciones hechas por pobres que les agradecían las comidas ofrecidas. Al parecer, los fabricaban ellos mismos.

—¡Se acabaron las comidas para los pobres! ¡Se acabaron los pobres en el Krak de los Caballeros!

Y, resistiéndose a mostrarse tan duro, el comendador añadió:

—¡Les tiraremos la comida desde lo alto de las murallas!

El hermano capellán tomó la resolución de ayunar durante cuarenta años seguidos, es decir, hasta el fin de sus días. En cuanto al hermano enfermero, confesó:

—Qué puedo decir: ¡fue esa cara diabólica, me hechizó con sus bellas palabras! ¡Todavía tengo la cabeza como un caldero, aún me zumban los oídos, y mis pies, ay mis pies!

El pobre hombre se sujetaba la cabeza con las manos y golpeaba con el pie contra el suelo. Rufino lo observaba lanzando grandes «¡Ooooh!», como si encontrara que exageraba.

—Pero, en fin, Rufino —preguntó Beaujeu—, ¿qué os prometió Sinan para que hicierais esto?

—¡Un cueeeerpo! —dijo Rufino entre sollozos.

Y tuvo que volver a sonarse con el trapo de Morgennes.

Aquella misma noche, el asunto había quedado zanjado.

Detuvieron a todos los pobres que se encontraban en el Krak para registrarlos.

Algunos llevaban, encima cirios que ocultaban áspides, y fueron ejecutados inmediatamente. Muchos defendieron en vano su inocencia, afirmando: «¡Nos pidieron que os los diéramos, no es culpa nuestra!». Pero era imposible saber si decían la verdad y se optó por no correr riesgos. Fueron ejecutados como los otros. Casiopea, que salía poco a poco de su hechizo, dio también su versión de los hechos: «Las inscripciones trazadas a lo largo de los cirios eran fórmulas mágicas cuya potencia se reforzaba con el olor que desprendía la cera al quemarse. La primera orden recibida era encender la vela. Luego ya era imposible moverse o hablar».

Casiopea, paralizada, había visto, pues, con horror cómo el áspid se desprendía de su vaina de cera, como un pajarillo saliendo de su cáscara, y avanzaba despacio hacia ella. Pero, curiosamente, no había sido mordida. (En ese momento Taqi esbozó una sonrisa y contempló los numerosos tatuajes de su prima. Algunos tenían la reputación de alejar a las serpientes. Sin duda la explicación debía de encontrarse ahí.) A continuación el reptil se había dirigido hacia el conde de Trípoli, que se encontraba dormido, y lo había mordido.

Al examinar el cuerpo de Trípoli, encontraron la marca de la mordedura. Y, al registrar la habitación, apareció el áspid.

—Los acontecimientos se precipitan —observó Morgennes—. De otro modo, Sinan hubiera esperado a la Navidad para mataros a todos en la capilla, en el momento en que utilizarais los cirios para las fiestas.

—Pero ¿qué interés tiene él en atacarnos? —preguntó Beaujeu.

—No solo os golpea a vos —respondió Morgennes—. Sinan no puede hacer gran cosa contra el Hospital. Pero el Krak es la única fortaleza de esta región que todavía se le resiste, ya que los templarios están conchabados con él. Con el conde de Trípoli muerto, sus tierras quedarán desorganizadas. En estos períodos de turbulencias, ocuparse de la sucesión del conde no será tan sencillo. De este modo Sinan ha propinado un duro golpe al Hospital, que, de todas las facciones de Tierra Santa, es la que más se le opone y la menos desorganizada.

Como habían hecho correr riesgos enormes a la casa, el hermano capellán y el hermano enfermero fueron condenados a presentarse ante el tribunal de penitencia al acabar la semana. El hermano capellán prefirió la condenación eterna al deshonor y, cuando lo conducían bajo una fuerte escolta a su habitación, se lanzó por una ventana que daba a un precipicio. El hermano enfermero, por su parte, se benefició de la clemencia del tribunal. Después de todo, el Krak lo necesitaba. Era el único médico de la fortaleza. Además, al haberse suicidado el hermano capellán, todas las sospechas recayeron sobre el muerto.

Sin embargo, hubieran debido exculparlo, pues, aunque era un hombre duro —de corazón, de espíritu—, su dureza le impedía justamente traicionar a aquellos cuyas costumbres desaprobaba. Nadie vio al hermano enfermero alegrarse en la misa que se

celebró, en el Krak de los Caballeros, en honor de Raimundo de Trípoli. Nadie lo vio frotarse las manos de gusto, y nadie lo oyó murmurar en voz baja, con los ojos perdidos en el vacío, palabras de odio.

Al día siguiente, al alba, los tres grupos constituidos por Alexis de Beaujeu se pusieron en camino, con Morgennes a cargo de Rufino, ahora amordazado. Simón no apartaba los ojos de Casiopea, mostrando en todo momento una deferencia ejemplar.

En cuanto al féretro de Trípoli, la caja partió con Tommaso Chefalitione, Fenicia, la condesa de Trípoli y sus hijos, ya que el conde había pedido que lo enterraran en Provenza.

La estratagema era sutil. En plena noche, Morgennes, Chefalitione y Beaujeu habían sacado a Raimundo de Trípoli de su ataúd para reemplazarlo por la Vera Cruz. Luego, su cuerpo había sido enterrado bajo una losa anónima, en el pequeño cementerio situado detrás de la capilla, y la Vera Cruz había sido separada en dos, con el *patibulum* y el poste tendidos uno junto a otro en la caja.

Morgennes se extrañó al ver que las dos partes cabían, pues se había dicho: «El poste no aguantará». Y de hecho descubrieron serrín en sus guantes de cuero. La Vera Cruz empezaba a desintegrarse.

Luego dice al hombre: «El temor del Señor, he ahí la sabiduría; apartarse del mal, he ahí la inteligencia».

Job.XXVIII,28

Un poco después de haber entrado en lo que constituía todavía, menos de tres meses antes, el reino franco de Jerusalén, Yemba y Morgennes se separaron. El primero fue hacia oriente y el segundo al oeste, al otro lado del Jordán. Poco antes de dejar a su amigo, mientras lo abrazaba en una despedida que sabía definitiva, Yemba le preguntó, tocando su cota de malla con un resto de raíz blanca:

—¿Te ha sido muy útil?

—No demasiado —respondió Morgennes.

—¿Ah, no? —se extrañó Yemba.

—Al parecer, Dios me preserva de los combates. Desde Hattin solo he tenido que soportar una andanada de flechas. Por lo demás, no creo que haya llegado a derramar sangre...

—Mmm... —murmuró Yemba, sorprendido—. Es muy extraño. Debes de ser uno de los pocos en este país que pueden afirmar algo así.

—Durante mucho tiempo no tuve armas. Luego me hice con unas grandes tenazas. Pero no las he utilizado... No han faltado ocasiones, pero las cosas han ido así. Ahora tengo a *Crucífera* —dijo acariciando la cruz de bronce que adornaba la empuñadura de su espada—. ¡Pero en realidad solo ha salido de su vaina para cortar velas!

Yemba sonrió y dirigió un último gesto de despedida a su amigo, mientras gritaba:

—¡Dios te guarda!

—¡Y a ti! —dijo Morgennes.

—¡No era un deseo, sino una constatación! —replicó Yemba. Luego mordisqueó su raíz y se alejó riendo. Ernoul se acercó a Morgennes.

—Curioso personaje, siempre bromeando... —dijo—. Se diría que la destrucción del oasis de las Cenobitas no lo ha afectado...

—No es eso —explicó Morgennes cuando Yemba y su escolta de hospitalarios desaparecieron detrás de una colina—. Pero no lo exterioriza. Yemba solo muestra de la vida lo que a él le gustaría ver siempre: alegría.

Como si quisiera saludarlos, cuando se disponía a pasar también al otro lado de la colina, el pequeño elefante levantó la trompa y barritó por última vez. Finalmente, Morgennes y los suyos llegaron hasta la barcaza, manejada por soldados de Saladino.

Gracias a Taqi, pudieron cruzar sin tropiezos.

El extraño grupo siguió su ruta hacia poniente, antes de desviarse ligeramente hacia el mediodía. Ernoul marchaba junto a Morgennes, con Taqi. Yahyah, montado sobre un potro, los seguía con Babucha. Luego venían Casiopea y Simón con la cruz truncada; antes Simón había deslizado un pequeño fragmento en su limosnera. En cuanto a Masada, que lloraba la partida de Carabas —pues el asno se había ido con Yemba hacia el Mar Muerto—, apestaba a carroña. La lepra había ganado terreno. Pronto tendría que resignarse a coger una carraca y envolverse con vendas. Como un terreno falto de agua, sus brazos, sus piernas y su torso estaban cubiertos de grietas. Sus miembros se habían hinchado; sus articulaciones estaban salpicadas de placas cobrizas; sus dedos desaparecían en concreciones grisáceas, prefiguración de lo que a todos nos espera: el polvo. Masada se moría a pedacitos y se sumía en profundos monólogos con Rufino, que, al estar amordazado, lo escuchaba pero no podía responderle si no era guiñando los ojos. A menos que lo hiciera a causa de la arena.

Masada hablaba a menudo de su mujer, a la que echaba terriblemente en falta.

—Desde que se fue, yo me voy igualmente. Es más fuerte que yo.

Muerta, Femia aparecía a sus ojos adornada con todas las cualidades, volvía a ser la mujer que lo había enamorado en otra época. La mujer con quien se había casado. Aquellos últimos tiempos, ella no había sido ya para él más que un traje viejo, una capa un poco pesada, de tejido grueso, que se ha llevado demasiado. Lo que lo había conducido a cambiar de actitud había sido, sobre todo, la llegada de Casiopea. Masada se aburría en su tenderete cuando había visto un halcón en el cielo. Entonces había dado unos pasos hacia la calle para ver mejor al pájaro, que describía círculos como en busca de una presa.

El ave se había posado sobre el toldo de su tienda.

—Sin duda atraído por los colores rojo y amarillo —explicó Masada a Rufino—. Algunos curiosos levantaban la cabeza para admirar a aquel magnífico pájaro que acababa de elegir mi negocio como percha. Agarrando un largo bastón, que vendía como si fuera el utilizado por Moisés para abrir el mar Rojo, me disponía a echarlo de allí cuando una voz me dijo: «¡No lo toquéis!».

»Miré alrededor y vi a una joven soberbia. A pesar de mi pequeña estatura, no era mucho más alta que yo. Castaña y de ojos azules, de su persona emanaba una fuerza increíble, un encanto fantástico. En cierto modo, era como si solo ella hubiera acabado de ser creada. Su belleza era secundaria: si hubiera sido fea, la más fea de todas, no habría cambiado nada. Era extraordinaria. Sus movimientos eran gráciles, de una elasticidad animal. Algunas personas siguen el camino, otras, más raras, dan la impresión de trazarlo. Ella es el camino. El que a uno le gustaría seguir hasta el final. La observé, fascinado, más emocionado que si el pájaro me

hubiera hablado. Entonces me dijo, apuntando al halcón con la mirada:

«"Podría heriros."

»El pájaro saltó del toldo a su puño, y la joven añadió:

»"Dicen que sois el mejor comerciante de reliquias de toda Tierra Santa. ¿Es cierto?"

»"Sí, desde luego", respondí yo.

«"Entonces aconsejadme."

«Hice todo lo que pude, presentando a esa mujer demasiado sorprendente para ser real los mejores artículos de mi almacén. Me compró una cantidad enorme de reliquias, todas falsas. Prefería las más pequeñas, para poder llevárselas. "Una por cada persona que he matado para llegar hasta aquí", me dijo, sin que yo supiera si decía la verdad. Pero ¿quién era yo para preguntarle sobre eso? De modo que le vendí algunas pepitas de la manzana que Eva dio a Adán, el cuchillo de Abraham, un denario de Judas, plumas del gallo que oyó cantar Pedro, los signos que Jesús trazó con su dedo en la arena antes de ser apresado y muchas otras maravillas.. . Ella las colocó en bolsitas, en su cintura, en sus cabellos, como broche, en torno a los brazos, las pantorrillas, incluso en el ombligo...

«"Pocas personas", le dije, "compran tantas. Generalmente basta con una."

«"Temo", dijo ella con un suspiro, "que todas las reliquias de la tierra no puedan devolverme la inocencia perdida en mi búsqueda."

»"¿Qué buscáis?"

»"A un hombre."

»"¿No estáis casada? Yo puedo divorciarme, si queréis..."

»"No lo busco para casarme, sino para hacerlo aparecer en un libro, como personaje."

»"Yo soy un personaje fabuloso."

»"No lo dudo, pero necesito un caballero..."

»"Es cierto", proseguí yo, "que yo representaría mejor el papel de lacayo..."

»"Os prometo que hablaré de vos a Chrétien de Troves."

»Una vez que la joven se hubo marchado, vi por el resquicio de la puerta la mirada de Femia. Ella también había abandonado en otro tiempo a los suyos para venir hacia mí... En ese momento, precisamente, se me hizo insoportable contemplarla. Con todo lo que había sacrificado por mí... No he sabido mostrarme digno de ella...

Rufino miraba a Masada, incapaz de responder, soltando de vez en cuando pequeños «hum, hum» para indicar que escuchaba. Y Masada seguía hablando, tan inagotable como un Rufino desamordazado.

Un día, el halcón peregrino se posó en el puño de Simón. Era la primera vez. Simón había llamado al pájaro y había tendido su mano enguantada de cuero hacia el

cielo, como Casiopea le había enseñado. Después de trazar círculos en el aire y descender bruscamente en picado, la rapaz se había vuelto a colocar en posición horizontal, con un breve batir de alas, para aferrar con delicadeza el puño del joven caballero. Casiopea aplaudió con ambas manos, estorbada por el travesaño de la cruz que sostenía por él. —¡Bravo! —dijo—. ¡Lo has logrado!

Simón, orgullosísimo, galopó hacia adelante para mostrar su éxito a Morgennes.

—Felicidades —dijo Morgennes—. Y ahora ¿cómo harás para que se vaya volando?

—Es la segunda lección —respondió Simón—. Aún no sé muy bien cómo se hace. Pero probaré.

Levantó el brazo y tendió la mano hacia el cielo, esperando que el pájaro levantara el vuelo. Pero el halcón peregrino siguió aferrado a su guante y no se movió. El animal clavó sus ojitos amarillos en Simón, preguntándose por qué se agitaba de aquel modo. ¿Qué demonios podía querer?

El grupo se rió mucho con los problemas de Simón, que no conseguía desembarazarse del halcón de Casiopea. Pero esta lo llamó con un chasquido de la lengua, y la rapaz voló ágilmente a posarse en su puño, lanzando de vez en cuando una mirada ofendida a Simón, indignada por haber sido confiada a un alumno tan incompetente. Morgennes sacudió la cabeza, divertido.

—Os doy las gracias por acompañarnos —le dijo Ernoul—. Espero que no sea demasiado tarde y tengamos tiempo de llevar la Santa Cruz a los hierosolimitanos...

Sus miradas se dirigieron a Taqi, quien les dijo:

—No os preocupéis, mi tío ha dado su palabra. Y, si la Vera Cruz puede atenuar los sufrimientos de los vuestros, probablemente la dejará entrar. Dependerá de cómo se presente la batalla.

—¿Es decir? —preguntó Morgennes.

—Pues bien —dijo Taqi—, si tiene dificultades para tomar la ciudad, sin duda no querrá dejar que entre en ella, para no ofender a Alá. Si las cosas van bien, en cambio, solo podrá aceptar, siendo Dios el Clemente. Nadie querría ofender a Dios, aunque fuera solo a través de sus reliquias.

Heraclio echaba chispas. «¡No comprendo —decía— por qué Saladino no ataca por este lado!» Contra lo que pudiera esperarse, se estaba refiriendo al suyo. Su gente lo observó, sorprendida de oírle proferir aquellas palabras. El motivo que las suscitaba eran los éxitos de Balian, que ya había conseguido hacer retroceder una vez al ejército del sultán.

Aquello no podía explicarse, pensaba Heraclio, si no era por la ayuda de Dios. Ayuda de la que también a él le hubiera gustado enorgullecerse.

Sin embargo, resistir no había sido fácil, y aquel primer éxito se debía tanto al

talento de Balian, a la suerte y a su capacidad de caudillaje como a la ayuda del cielo.

Al alba del 20 de septiembre, hacía de aquello más de una semana, cerca de seis mil hombres, infantes, arqueros, piqueros y soldados zapadores, habían marchado contra la ciudad. Los estandartes amarillo y negro del sultán flotaban al viento como velos de huríes; las finas hojas de los sables y las lanzas del Yemen lanzaban destellos, acompañados por el fragor atronador de las enormes rocas que las máquinas de guerra de Saladino lanzaban contra las murallas de Jerusalén. Pero la ciudad resistía. Algunos defensores se habían precipitado al vacío debido al hundimiento de un lienzo de muralla; pero detrás se levantaba otro igualmente sólido, construido recientemente por la gente de Algabaler y de Daltelar. Los sitiados se animaban cantando salmos, especialmente el de Ultramar: «¡Que el Santo Sepulcro sea nuestra salvaguardia!». Alababan al Señor y bebían grandes tragos de vino directamente de los toneles izados a lo alto de los recintos. E insultaban a los sarracenos: «¡Chacales! ¡Cerdos! ¡Gusanos!». Pero los mahometanos no oían las injurias. Arrastrados por el son de los tambores y las flautas, subían al asalto de las murallas en filas apretadas.

De rodillas entre dos almenas, los hierosolimitanos rezaban, decididos a permanecer firmes como rocas bajo la lluvia de flechas enemigas. Desgraciadamente, sus cuerpos eran acribillados por multitud de proyectiles, que los atravesaban de parte a parte y los hacían caer desplomados. Otros hombres acudían entonces a reemplazarlos, aunque muchos encontraban más prudente tapar las almenas con escudos adornados con una cruz.

¡In hoc signo Vinces!, repetía sin desmayo Balian II de Ibelin, animando a su ejército improvisado a llevar este símbolo al campo de batalla. Y todos lo lucían, algunos en el cuello, otros bordado en la ropa y otros pintado en el escudo.

—¡No olvidéis por quién combatís! —gritaba a sus hombres—. ¡Los sarracenos no pasarán!

Balian ordenó a las catapultas que concentraran sus disparos en las más lentas entre las tropas enemigas.

—¡No serán los jinetes los que nos harán daño, sino estos que van armados con picas pesadas, los que llevan escaleras bastante altas para alcanzarnos o empujan largas galerías!

Galerías con enrejados de madera que los sitiados veían avanzar hacia ellos, como techos deslizándose sobre ruedas.

Saladino había enviado a algunos zapadores al asalto de las murallas, y Balian quería evitar que esos hombres pudieran aproximarse. Si los jinetes que permanecían más atrás, con sus brillantes armaduras, parecían los picos nevados del Hermón, los infantes eran colinas en marcha que había que aplastar bajo las rocas.

Balian agitó una pesada bandera roja, dando a sus hombres la señal de liberar la

tensión que mantenía en el suelo las cajas cargadas de piedras. Bruscamente, con un ruido enorme, los proyectiles volaron hacia el cielo, ascendieron en el firmamento y estallaron en varios fragmentos que cayeron como una lluvia de cometas sobre los sarracenos.

Una decena de piedras abrieron otros tantos agujeros profundos en los arrabales de Jerusalén, enterrando para siempre a algunos soldados, e incluso destrozaron una de las galerías que los asaltantes empujaban hacia las murallas.

Luego les llegó el turno de volar a dos largas lanzas, una de las cuales atravesó a un caballero y su montura, clavándolos definitivamente en el suelo —como a un insecto en una plancha de madera—, mientras la otra se perdía en el cielo.

El onagro había sido colocado en medio del mercado, vaciado de sus puestos de venta. Para acabar de completar la carga, los servidores habían añadido a las rocas sus basuras, pues ese era ahora el único modo de hacerlas salir de la ciudad.

Así, carretadas de inmundicias se lanzaron al asalto del cielo antes de caer como un aguacero pestilente sobre las cabezas de los sarracenos.

Los esfuerzos de estos últimos se prolongaron durante toda la jornada. A los gritos de «*Allah Akbar*», miles de infantes corrieron al asalto de las murallas y se estrellaron contra ellas, empujados por las filas siguientes. Al abrigo de sus escudos, los asaltantes trataban de alcanzar los muros, aprovechando el más pequeño ángulo muerto o no tan bien defendido. Algunos llegaban a plantar sus escaleras o a acercar pesadas torres de madera, contra las que los defensores lanzaban flechas inflamadas. Pero las torres se habían protegido con pieles de animales y cordajes rociados con vinagre, y el fuego prendía con dificultad. Una de ellas, sin embargo, que había recibido en su cima la piedra de una catapulta, se inclinó hacia atrás y se derrumbó. Aterrorizados por el estruendo de los maderos que se quebraban, los sarracenos que la servían se lanzaron al vacío y se empalaron en las picas de sus compañeros. Centenares de arqueros a caballo hacían llover una nube de flechas sobre las murallas de Jerusalén; pero estas no eran, como los hombres, capaces de retroceder. Permanecían inmóviles, y si sus protectores morían —con minúsculas alas negras plantadas en el pecho—, otros ocupaban su lugar enseguida, lanzando grandes gritos, escupiendo injurias, babeando como animales, haciendo gestos obscenos, lanzando piedras, sacos, sillas, bancos; en fin, todo lo que tenían a mano, incluidas sus ropas, camisa, botas, sombrero, cinturón. A veces, en un ataque de locura, lanzaban incluso por encima de las murallas a un camarada, que caía aullando si solo estaba herido, silencioso si estaba muerto. Los que no lanzaban nada tiraban con sus arcos o sus ballestas, y los que no tenían nada que arrojar, para no quedarse atrás, escupían por encima de las almenas o trepaban a ellas para mostrar sus nalgas a los sarracenos.

Al caer la noche, las tropas de Saladino retrocedieron sin haber conseguido cruzar la Puerta de Damasco. Aunque algunos bravos guerreros habían llegado a poner el

pie en las murallas, los hierosolimitanos, con largas perchas, habían hecho volcar sus escalas. Aquellos valientes habían perecido como mártires, tratando de llevarse en su muerte al mayor número posible de cristianos, y habían dejado un círculo de cadáveres a su alrededor.

El propio Balian, a pesar de sus heridas, había cortado de un mandoble la garganta a uno de aquellos audaces.

—¿Cuántas guerras, cuántos combates habré de ver aún antes de morir? —se lamentaba.

Estaba cansado de aquellos combates.

Sentía cierto desdén por los hombres por los que se batía. Muchos estaban gordos y no defendían, como él, la ciudad de Dios, sino más bien su comercio, su casa, su familia. «Y, después de todo, ¿por qué no?», se decía Balian, que, sin embargo, pensaba: «Un comercio, una casa, una familia son cosas que se desplazan. El Santo Sepulcro no».

No aceptaba que se pudiera tener por una tienda el mismo amor que él sentía por el lugar donde Cristo había sufrido tanto.

Al ver retroceder a las tropas de Saladino, Balian dio orden de detener el combate. Y, cuando el sol se puso, comprendió un hecho de extrema importancia que explicaba —en parte— el fracaso de los mahometanos: habían combatido todo el día con el sol en los ojos. Sus adversarios solo habían sido para ellos manchas oscuras sobre un tablero luminoso. Así era más complicado ajustar el tiro, más difícil acertar a los hombres, más arduo calcular las distancias. Y, sobre todo, el combatiente guiñaba los ojos en el peor momento, cuando había que mirar recto adelante para evitar un proyectil o una espada.

«Saladino ha cometido un error; no lo cometerá dos veces.»

En su tienda, Saladino rumiaba. Alejandro, cuyos escritos había leído, ya lo había dicho: «En la guerra, arréglatelas para que el sol y el viento estén contigo y no contra ti». Demasiado impaciente, casi convencido de que Dios estaba de su lado y de que la ciudad pediría la rendición en cuanto atacaran sus tropas, Saladino había querido hacer una entrada triunfal por la Puerta de Damasco. Pero Dios lo había decidido de otro modo, y había opuesto al asalto de sus tropas la resistencia de un corazón valeroso.

«¿Por qué Dios me prueba así? ¿Seré para él como ese pobre Job? ¿No conoce acaso mi piedad, el amor que le profeso? ¿No valora hasta qué punto hago todo esto por su gloria? ¿Qué falta he cometido para que me retire así su apoyo?»

Luego comprendió. Al atacar de manera tan torpe, tan precipitada, tan orgullosa, había querido forzar la mano a Dios. Obligarlo a que lo ayudara. Hubiera hecho mejor en escuchar las palabras del Profeta (la paz sea con él): «Aquel que subestima

al enemigo se hace ilusiones sobre sus propias fuerzas, y esto es ya una debilidad».

Lentamente, con infinitas precauciones, Saladino desenrolló su alfombra de la oración y pidió a Alá que lo perdonara; prometiendo que el próximo asalto sería el bueno, y que esta vez libraría una batalla digna de cada uno de los noventa y nueve nombres de Dios.

Una vez acabada la oración, Saladino se sintió con el alma en paz. De nada servía precipitarse. Dios lo había previsto todo. El sultán acarició con mano distraída el pelaje de Majnun, su pantera, y se sirvió otra taza de té para ayudarse a reflexionar. Sorbió un trago de líquido ardiente, preguntándose qué debía hacer. Si volvía a empezar, al día siguiente, en el mismo sitio, las tropas de Balian seguirían tan bien organizadas como hoy. No, Dios quería otra cosa. Un proyecto inédito. Tenía que encontrar un nuevo sector por donde atacar. El sur lo colocaba en un plano demasiado inferior, lo que no era una posición adecuada para un sitio. El oeste estaba fuertemente defendido por la torre de David y la ciudadela de los reyes de Jerusalén; en cuanto al este, aunque allí se alzaba el monte de los Olivos, que lo situaba en altura en relación con la ciudad, un profundo barranco lo separaba de las murallas.

Pensativo, convocó a su estado mayor y estuvo discutiendo toda la noche la táctica que deberían adoptar. Había que cambiar de posición, ¿pero para ir adonde?

Balian, por su parte, no estaba descontento de sus éxitos. Hombres de Heraclio, que habían acudido a apoyarlo (de hecho, a espiarlo), habían celebrado incluso su valor y su ingenio. A los que le preguntaban cuál era su secreto, Balian les respondía: «Lanzarse ciegamente al combate reconforta el corazón». Y a todos les parecían palabras muy sabias. No sabían que Balian se contentaba con citar al Profeta y con seguir sus recomendaciones. Pues este no había sido solo un formidable conductor de hombres y un gran jefe de Estado, sino, antes que nada, un soldado. Un conquistador cuyos pensamientos se habían consignado en varias obras a las que los mahometanos se referían siempre. Balian había juzgado esencial conocerlas, y se las había hecho traducir en dos ejemplares por Guillermo de Tiro, uno para él y otro para su amigo Guillermo de Montferrat.

El día siguiente transcurrió sin un nuevo asalto de las tropas de Saladino, al esperar el sultán un signo del Altísimo. Solo las armas de asedio martillearon la ciudad a intervalos regulares, interrumpidos por períodos de calma en el momento de las oraciones. Los sarracenos no dudaban en enviar, al mismo tiempo que piedras y toneles de pez, cadáveres de cristianos recuperados bajo las murallas —que rebotaban sobre los tejados— o los excrementos de sus tropas, recogidos en recipientes que se vaciaban en toneles y se cargaban luego en los brazos de las catapultas.

Jerusalén sufría. Los muertos se contaban por millares. Hubo que deplorar varios incendios, así como el aplastamiento de una joven pareja por una roca que había

atravesado el techo de su habitación mientras hacían el amor. Como los jóvenes todavía no estaban casados, el incidente aterrorizó a los que —en la proximidad de la muerte— habían deseado conocer los placeres de la carne sin unirse primero ante Dios.

Por otra parte, los canónigos apremiaban a los hierosolimitanos a renunciar a toda actividad sexual, ya que no complacía a Dios que se fornicara en la adversidad.

El día que siguió a la segunda noche, el 22 de septiembre por tanto, después de una jornada que había transcurrido más o menos como la precedente, Balian fue invitado a cenar a la torre de David. Se presentó allí con Algabaler y Daltelar, de los que finalmente se había sacado lo mejor que podían dar.

La comida que se sirvió era suntuosa, y, si no hubiera sido por el estruendo de las piedras en los barrios septentrionales, habrían podido creerse en tiempo de paz. Heraclio preguntó a Balian por las razones de su éxito.

—En materia de sitios —explicó Balian—, no puede hablarse de un verdadero éxito hasta que el adversario se retira, lo que está lejos de ser el caso. Aunque también es cierto que hubiera podido esperarse lo peor, dado lo reducido de las fuerzas de que disponemos. Pero he tenido ocasión de comprobar por mí mismo el fervor de los cristianos que suben a las almenas. Rezan padrenuestros, cantan avemarias, que bien valen lo que las flechas enemigas, y dan más alegría a los corazones que daños provocan estas.

—¿Y qué hay de Dios en todo esto? —preguntó Heraclio, con un punto de perversidad en la mirada.

—¿Dios? Dios está de nuestra parte, ya que todavía estamos aquí. Sin su apoyo es evidente que la ciudad habría caído. ¿Será suficiente para permitirnos alcanzar la victoria? No lo sé. A menos que los refuerzos lleguen rápidamente, os confieso que no veo una salida favorable para la situación en que nos encontramos actualmente.

—¿Qué necesitamos? —preguntó Heraclio.

—Un milagro —respondió Balian.

—¿Y quién hace los milagros —intervino bruscamente Chátillon— sino las reliquias? Los hombres que hemos enviado en busca de la Vera Cruz... sarracenos, es verdad..., siguen sin volver. Temo que hayan sido vencidos por las Amazonas. Tengo una solución que proponeros —dijo mirando a Heraclio— que no es peor que la que pensábamos ejecutar en otro tiempo...

—¿En qué estáis pensando? —preguntó Balian.

—En salir, en hacer una carga de caballería con las tropas que nos quedan, ahora que aún tenemos medios para ello. ¡En causar la máxima destrucción entre las filas de estos demonios de piel color de arena y morir con la espada en la mano!

—Es demasiado arriesgado —señaló Balian—. Enviáis a una muerte cierta a muchos de nuestros valientes, que tal vez salvarían la vida si esperáramos los

refuerzos o llegáramos a un trato con Saladino.

—¡Cómo vamos a tratar con él! —tronó Chátillon—. ¡Ese hombre es un demonio, el diablo encarnado! ¡Asmodeo!

Reinaldo de Chátillon trató de levantarse pero volvió a caer pesadamente sobre su silla: las piernas seguían sin responderle. Entonces Kunar Sell se acercó y lo ayudó a ponerse en pie. Era un espectáculo muy curioso el de este hombre que hubiera debido morir más de cien veces y que, sostenido por un templario con la frente tatuada con una cruz, pasaba por entre las sillas de los invitados de Heraclio para incitarlos a abrazar una muerte de la que siempre habían huido: el destino hacia el que él siempre había corrido y que una y otra vez lo había esquivado.

—¡Hay que provocar a Dios! —gritó Chátillon—. ¡Obligarlo a elegir su campo! ¡Si no quiere defendernos cuando peleamos por su causa, pues bien, que muera con nosotros!

—No creo que se pueda obligar a Dios a nada —observó Balian secándose la boca con el borde del mantel—. Yo llamo a eso locura y nada más.

Un gran silencio se hizo en torno a la mesa, y cada uno de los invitados se concentró en la contemplación de los alimentos que tenía sobre el pan.

—A mí me parece, al contrario, que es una idea excelente —declaró Ridefort—. Si no lo hacemos, no somos dignos de ser hombres, y aún menos caballeros.

—Es justo lo contrario —objetó Balian—. Lo que nos proponéis no es más que un suicidio. No solo este proyecto es una locura, sino que es además estúpido y pretencioso.

Guiado por Kunar Sell, Chátillon se lanzó contra Balian y lo abofeteó con todas sus fuerzas. La cabeza del anciano salió despedida hacia atrás y el golpe lo hizo caer de la silla. Balian se incorporó penosamente, llevándose la mano a la mejilla dolorida. En torno a él, algunos invitados habían sacado la espada de la vaina para defenderlo y replicar a Chátillon, pero Balian los detuvo.

—Es inútil que hagamos correr más sangre cristiana de la que los mahometanos derramarán cuando entren en la ciudad... Por mi parte, ya no tengo nada que hacer aquí.

Dicho esto, abandonó la sala, seguido por Algabaler y Daltelar, que dejaron a disgusto una mesa cargada de vituallas que ellos mismos habían debido racionar.

Acabada la comida, Heraclio permaneció ensimismado en la contemplación de la fina cruz de oro con piedras engastadas que colgaba de su cuello.

—Vuestro proyecto es seductor —le dijo al cabo a Chátillon—, pero ¿no es un poco prematuro?

Durante el día, el patriarca había pasado a contemplar los tesoros del Santo Sepulcro y se había preguntado si no habría medio de salvarlos. ¿Qué ganaría resistiendo? Nada. ¿Podría salvar Jerusalén? No. ¿Su alma? Demasiado tarde. ¿Su

tesoro? Sí, tal vez...

Partiría con Paques de Rivari, su compañera, y se dirigiría a Tiro, o a Italia. Podría incluso ser papa, si sabía maniobrar. Después de todo había conseguido que lo eligieran a él patriarca de Jerusalén —aun sin saber latín— en lugar de a Guillermo de Tiro. Manipular los corazones, hablar a la multitud, cortejar a las damas, ganarse su amor y conservarlo; eso sabía hacerlo bien. Igual que sabía envenenar. Las losas del cementerio podían dar testimonio de ello.

Lo que había querido, lo que soñaba, era ir un atardecer —a la hora en que los ladrillos de los tejados se enrojecen, cuando el sol abrasa con mil fuegos las agujas de las iglesias— a pasearse por las murallas de la ciudad con la Santa Cruz en la mano. ¡Oh, cómo les habría hablado a todos! ¡Cómo habría sabido conducirlos al combate, y cómo —estaba absolutamente convencido— habría sabido seducir hasta a los ángeles!

¡Su nombre habría resonado entonces por toda la eternidad, aureolado de una gloria junto a la cual la de Balduino no era nada!

¿No había oído hablar de ese milagro que había dado brillo a la primera expedición de los cruzados a Tierra Santa? Un tal Pedro Barthélemy había tenido una visión en la que san Andrés le decía dónde debía cavar para encontrar la Santa Lanza. Registrando el suelo de una antigua catedral, según las indicaciones, Barthélemy había descubierto un viejo hierro oxidado, que pronto fue bautizado como «el hierro de la Santa Lanza». A pesar de algunos escépticos, a los que habían convencido amenazándolos con la horca, los cruzados habían recuperado la moral y se habían lanzado al asalto de Antioquía y, luego, de los turcos concentrados en Kurboqa.

Cada vez la victoria había estado de su lado.

En realidad, Heraclio no sabía qué pensar de aquella historia. El mismo había dado, a cambio de mucho dinero, demasiados certificados de reliquias falsas para creer en todas aquellas habladurías. Pero qué importaba eso: el efecto sobre la multitud era innegable. Necesitaba la reliquia de la Vera Cruz, no para abrir la puerta de los infiernos, como deseaba Chátillon, sino para ganar a la multitud para su causa, ¡y entronizarse como jefe de la resistencia!

Un héroe.

—Chátillon —empezó con una voz que quería ser autoritaria—, ¿qué hicisteis con el relicario de la Santa Cruz que dejé en mi laboratorio la última vez que nos entrevistamos? No consigo encontrarlo... ¿Se lo habrá llevado al cielo un ángel?

—Monseñor —respondió Chátillon, que dudaba entre confesar o mentir—, no sé si debería explicároslo.

—Tal vez vos no lo sepáis, pero yo os lo diré: ¡hacedlo, y rápido!

Chátillon se sintió dominado por las dudas, que le impidieron hablar durante unos instantes. Wash el-Rafid, muy oportunamente, lo sacó de su indecisión interpelando a

Heraclio.

—¿Para qué la necesitáis? Sabéis que todo lo concerniente a este campo es de la incumbencia de Roma, de la que soy aquí el representante eminente.

—Para enardecer a la multitud —respondió Heraclio.

—Pero no se trata de la Vera Cruz —dijo Wash el-Rafid en tono dulzón.

—Nadie tiene por qué saberlo. La gente está acostumbrada, desde hace casi un siglo, a su atavío de oro y perlas. Me bastará mostrarlo, acompañado de cualquier madero. Esto nos permitirá ganar tiempo mientras esperamos los refuerzos. Quién sabe, tal vez incluso venzamos antes de que lleguen...

Chátillon, Ridefort y Wash el-Rafid intercambiaron una mirada.

—No queremos deber nuestra salvación a esa mentira —dijo Chátillon.

—Más vale mentir que morir —replicó Heraclio con irritación.

Chátillon miró a Kunar Sell y le dijo:

—Levántame. Llévame hasta Sang-dragon, ya no soporto seguir aquí.

—¿Adonde vamos? —preguntó el que se había convertido en su escudero.

—Al Templo.

De este modo Chátillon comunicaba a Heraclio que lo abandonaba a su suerte e iba a reunirse con sus compañeros —los templarios blancos— en la explanada del Templo, al este de la ciudad.

—¡Esperad! —protestó Heraclio—. ¡No podéis marcharos así!

El viejo patriarca estaba obligado a llegar a un arreglo con Chátillon. Sin él, no tenía hombres con experiencia de la guerra.

—¿Qué me proponéis? —preguntó Reinaldo.

—¿Qué deseáis?

—Las reliquias negras.

—Son vuestras.

Chátillon se volvió hacia Kunar Sell:

—Condúceme a mi cama, me quedo.

Kunar Sell lo sujetó por debajo de los brazos y se dispuso a llevarlo a su habitación. Al pasar ante Wash el-Rafid, que se mantenía impassible, con la ballesta en la mano, y como esperando una orden, Chátillon le susurró:

—Pon nuestro plan en ejecución. Creo que es lo mejor que podemos hacer.

Wash el-Rafid le obsequió con una reverencia exagerada, y pareció volar —más que correr— hacia la puerta del comedor. Durante mucho tiempo sus pasos resonaron en la escalera, que descendió para llegar a la calle y desaparecer.

Las reliquias negras no eran la Vera Cruz, pero a ojos de Chátillon tenían tanto valor como ella. A ojos de Ridefort también; al igual que a los de Wash el-Rafid, para quien no tenían precio.

Aquellas reliquias eran los instrumentos que habían servido para atormentar a Jesús el día de la Crucifixión. Formaban parte de ellas el Látigo y las Cañas con las que Jesús había sido flagelado, la Corona de Espinas y la Santa Lanza. En cierto modo, la Santa Cruz era la principal, pero las que Chátillon había reclamado a Heraclio eran las dos primeras: el Santo Látigo y las Santas Cañas.

Estas reliquias le conferirían un poder increíble: el de proceder a su humillación. Reinaldo de Chátillon temblaba de excitación ante la idea de interpelar a Dios a través de ellas y decirle: «¿Dejarás que tus peores enemigos te inflijan un mal que yo puedo evitarte? ¿Te obstinarás mucho tiempo más en no mostrarte? ¿Quieres que un Dios impío te dicte su ley? ¿Que conviertan tus iglesias en mezquitas? ¿Que decapiten a tus sacerdotes y violen a tus monjas?».

Poco después de la mitad de la noche, cuando acababan de tocar a maitines, Heraclio y Bernardo de Lydda entraron en el Santo Sepulcro llevando sobre unos cojines de seda roja las reliquias negras.

Un poco más de doscientas personas, todas vestidas de negro, esperaban en la nave como si asistieran a un entierro. Sacerdotes que habían colgado los hábitos, y también viejas monjas locas, beatos seniles, templarios blancos, algunos soldados, comerciantes ávidos o arruinados, curiosos, pervertidos, indecisos, perdidos, prostitutas acompañadas de sus clientes, ladrones de niños, desolladores, y todos los mendigos de la ciudad, calvos, contrahechos, tartamudos, ciegos, y desde luego los leprosos: toda la canalla, todos los perturbados y desgraciados de Jerusalén se habían reunido en el Santo Sepulcro respondiendo a la invitación de Heraclio de humillar las reliquias.

«¡Es demasiado bonito para ser verdad!», decían algunos, a los que no se había impuesto el silencio, sino que, al contrario, se había animado a hablar en voz bien alta. «Por fin voy a poder saldar cuentas», decía, riendo entre dientes, una vieja que se levantaba las faldas para mostrar que le faltaban las piernas, reemplazadas por muletas.

Se asistió entonces, entre gritos de «¡Aparece! ¡Sálvanos!», al más espantoso de los espectáculos. Reinaldo de Chátillon abrió la sombría ceremonia. Avanzando a caballo hacia el ónfalos, se acercó al altar donde se habían depositado las reliquias y, con un violento golpe de su espada, las hizo caer a las losas. Luego las aplastó bajo los cascos de Sang-dragon y dejó caer sobre ellas la sangre que goteaba de sus heridas; todavía en carne viva, que Sohrawardi se obstinaba, como a propósito, en curar mal. Un perro levantó la pata sobre las Cañas y mordisqueó el Látigo; tuvieron que sacárselo de la boca para que dejara algo a los demás. Siguieron las prostitutas, que se decían hijas de María Magdalena y reclamaban como compensación ser alojadas y alimentadas por la ciudad. Las mujeres se metían las Cañas y el Látigo en

la vagina, hacían temblar con ellas el trasero de sus clientes y se iban después de comulgar; Heraclio les dio la absolución, bajo la forma de una hostia empapada en vino en el que su hijo y Paques de Rivari habían escupido.

Finalmente, cuando la oleada de gentes enloquecidas pareció calmarse y las reliquias ya habían quedado hechas trizas, el patriarca aulló:

—¡Os pido que os detengáis!

Se elevaron protestas. Entonces los templarios blancos desenvainaron sus espadas, y Ridefort llegó incluso a hundir la suya en el vientre de una niña a la que su madre había llevado a contemplar el edificante espectáculo.

Se hizo el silencio.

—¡Escuchadme! —continuó Heraclio, acercándose con su hijo a recoger lo que quedaba de las reliquias para volver a colocarlas sobre los pequeños cojines de seda roja—. ¡Señor! —dijo mirando fijamente la tumba de Jesús, situada justo frente a él, al otro lado del coro—. ¿Dejarás hacer a esos impíos que acampan ahí afuera, bajo nuestros muros? ¿Permitirás que te digan: «Alá es el más grande»?

El patriarca dedicaba mil caricias a las reliquias, las cubría de besos, las abrazaba y les hablaba como si fueran criaturas.

—¿Dejarás que lo hagan?

—¡Nooooo! —respondía la multitud chillando.

—¿O bien, al contrario, es eso lo que deseas oír: «Alá es el más grande»?

—¡Alá es el más grande! —repetían los fieles, algunos bromeando y otros en serio.

—¡Alá es el más grande! —decía Heraclio deambulando bajo la nave, con los cojines levantados sobre su cabeza.

—*Allah Akbar!* —aulló entonces Gerardo de Ridefort.

—*Allah Akbar!* —repitió la grey.

Heraclio echó la cabeza hacia atrás en un raptó extático. Solo se le veía el blanco de los ojos, y de las comisuras de sus labios rezumaba un chorro de bilis negra.

La multitud seguía bramando con todas sus fuerzas:

—*Allah Akbar!*

Reinaldo de Chátillon había conseguido un éxito que iba más allá de sus esperanzas. La muchedumbre invitada a comulgar en el aborrecimiento a Dios había respondido a su llamada, y se abandonaba ahora a unas manifestaciones de odio desencadenado que sin duda no dejarían insensible a Dios y lo harían reaccionar.

¡No podía ser de otro modo! Nunca se había visto una explosión semejante de delirio y de rabia. ¡Ah, si hubieran tenido la Vera Cruz! ¡Seguro que Jesús habría salido de su tumba para exterminarlos!

—¡Amigos míos! —prosiguió Heraclio clavando en la multitud sus ojos desorbitados—. ¿Qué más podemos hacer? ¡Dios no quiere respondernos! ¡A

nosotros, que lo amamos tanto! ¿Qué podemos hacer para probarle nuestro amor e incitarlo a que nos escuche?

—¡Lancémoslas al infierno! —aulló Chátillon desde lo alto de su montura.

—¡Al infierno! —gritó la multitud—. ¡Al infierno!

Heraclio advirtió de repente que la atmósfera cambiaba. A alguien que le preguntó si se encontraba bien, le contestó hipócritamente:

—¡Hace calor!

A la vez excitado y asustado por el giro que tomaban los acontecimientos, Heraclio tuvo una duda: ¿no existía un riesgo en amenazar a Dios con el infierno?

¿Y dónde estaba el infierno? La tradición hierosolimitana ofrecía una respuesta a esta pregunta: no lejos de los subterráneos del antiguo Templo construido por el rey Salomón, que los templarios habían convertido en sus cuadras, capaces de albergar a más de dos mil caballos. Se accedía al lugar por galerías que formaban una red tan compleja que era difícil no perderse en ella. La leyenda afirmaba que los templarios habían escondido allí su tesoro, en una sala sin puertas, tan seguros estaban de que nunca nadie se aventuraría a entrar. Además, siguiendo determinados caminos cuya construcción se remontaba a tiempos inmemoriales —y no parecía ser obra de los hijos de Adán—, se llegaba a una gran gruta, en medio de la cual se encontraba una de las nueve puertas que conducían a los infiernos. De hecho, la puerta se situaba de forma muy exacta bajo la roca de la famosa Cúpula de la Roca, donde se decía que habitaban las almas de los que no habían podido alcanzar el paraíso pero no merecían ser condenados.

En efecto, nueve puertas permitían ir de la tierra a los infiernos, y una de ellas se encontraba en Jerusalén.

Hacia esta se precipitó, pues, la multitud —por más que en el fondo la mayoría desconociera su localización exacta—, bajo las miradas algo sorprendidas de Heraclio y Bernardo de Lydda. Heraclio estaba viviendo su sueño —aunque no fuera exactamente el que había acariciado— y se preguntaba cuándo despertaría. Y sobre todo se preguntaba si aquello no iba a transformarse en pesadilla porque la multitud había sustituido los gritos de «Lancémoslas al infierno» —a instigación de Chátillon, que lo había gritado el primero— por «¡Lancemos a Dios al infierno!».

Habían jugado a aborrecer a Dios y, al remedar este aborrecimiento, habían acabado por odiarlo de verdad.

Heraclio se estremeció, y tembló aún más al ver que su hijo y su compañera, Paques de Rivari, seguían también el cortejo, agitados por convulsiones. ¿Y dónde se habían metido los cojines de seda roja? Miró por todas partes, mientras la multitud se precipitaba a la calle, y los vio en manos de Kunar Sell y de Gerardo de Ridefort, que dirigían la ruidosa procesión como el flautista de Hamelín.

Heraclio no quiso abandonarlos. Con ellos se iba su sueño. Así pues, se

arremangó el hábito y los siguió corriendo, primero por la calle de David y luego por la del Templo, que terminaba en las altas murallas de la explanada y el Muro de las Lamentaciones.

Heraclio jadeaba. Lo ahogaba la grasa. El clamor de la multitud hacía temblar las casas, cuyos postigos se abrían aquí y allá dejando ver una silueta que enseguida se retiraba de nuevo a la oscuridad. Era una visión horripilante la de aquella masa de gente en marcha hacia la explanada del Templo, pasando entre los cascotes y los muertos.

En el cruce de la calle de los Germanos se produjo un incidente. Una procesión de monjes y de monjas de la iglesia de Santa María de los Alemanes, que volvía de rodillas de un viacrucis efectuado para pedir clemencia a Dios, tropezó con la multitud enfurecida. Esta, para que todo alcanzara cumplimiento, violó a las mujeres y humilló a los hombres, antes de despedazarlos y devorar sus miembros. Fue una apoteosis. Aún debía haber otra, pero a esa no asistiría la multitud; Chátillon tenía otros planes para ella.

Al ver cómo los monjes eran despedazados, Heraclio ya no tuvo ninguna duda: ¡era el Apocalipsis!

Pensando en el oro que había ocultado y en los tesoros de la Iglesia, exclamó levantando un puño tembloroso:

—¡Ya que os gusta tanto el infierno, id a disfrutarlo!

Y, abandonando a su hijo a su destino, cogió a su compañera por el brazo y salió corriendo, tan rápido como lo permitían sus cortas piernas, en dirección a la torre de David. Allá embalaría sus riquezas y haría preparar su carruaje.

La multitud se acercaba al puente que conducía a la Puerta Espléndida de la explanada del Templo, cuando Reinaldo de Chátillon dijo a sus lugartenientes:

—¡No carguemos con los pordioseros!

—¡Podríamos hacerlos salir! —sugirió Kunar Sell.

—Por la Puerta de Saint-Étienne —precisó Ridefort.

—¡Excelente! —dijo Chátillon, entusiasmado, espoleando a su montura mientras pensaba: «¡Menos gente a la que alimentar cuando sea el amo de la ciudad!».

En el momento en que el cortejo pasaba por la Puerta de Saint-Étienne, después de aniquilar a los guardias, Balian se inquietó.

—¿Qué es este escándalo?

—¡Son gentes conducidas por Ridefort y Chátillon, que van a combatir a los sarracenos! —respondió Algabaler.

—¿Soldados? —preguntó Balian.

—No están armados —explicó Daltelar—. Pero tienen las manos llenas de sangre, y algunos la boca llena.

—Tafures —indicó Balian.

Y Daltelar añadió:

—¡Santo Dios!

Los tafures eran supervivientes de los primeros cruzados, campesinos en su mayor parte, que en Constantinopla se habían unido a los jefes militares y combatían armados, en el mejor de los casos, con un bastón. Después se lanzaban sobre los cadáveres de sus víctimas para alimentarse con su carne. Muchos eran unos brutos medio locos. Los jefes de los cruzados los enviaban a la vanguardia para que el enemigo huyera o, sencillamente, los masacrara.

—Mi caballo y una bandera blanca —exclamó Balian vistiéndose—. ¡Voy a salir!

Los auxiliares se apresuraron a obedecer sus órdenes. Ensillaron su montura, le entregaron una bandera blanca, que era más bien un pañuelo sucio, y Balian abandonó, solo, Jerusalén por la poterna de Santa María Magdalena. A su izquierda, los penitentes, como si despertaran de una larga pesadilla, huían ante los jinetes mahometanos, que los aniquilaban sin piedad con sus sables. Uno de los jinetes sujetó a una prostituta por los cabellos, la decapitó y se llevó su cabeza a los labios para besarla luego. Algunos jóvenes, que todavía tenían fuerzas —y ánimo— suficientes, se precipitaron hacia la pesada Puerta de Saint-Étienne, pero la encontraron cerrada. Golpearon tanto y con tanta energía el portalón que hicieron agujeros que todavía hoy pueden verse. A continuación los sarracenos los aplastaron con un ariete, inmovilizándolos en espantosos bajorrelieves.

Balian apartó la mirada, asqueado, y agitó su trapo blanco al ver que una patrulla de mamelucos se aproximaba.

Había pensado que lo conducirían al norte de los arrabales de Jerusalén, pero la patrulla lo llevó al monte de los Olivos, donde Saladino había establecido su campamento.

El sultán se encontraba de un humor excelente, pues había recibido de Dios la señal que esperaba. Bajo la forma de su sobrino Taqi.

—Taqi, Taqi —decía acariciando las mejillas de su sobrino—. ¡Ni siquiera los océanos tienen más agua que la que derramarían mis ojos si debiera llorar de alegría, tan feliz me siento de volver a verte!

Taqi, Morgennes y la Vera Cruz habían llegado al comenzar el día. La primera decisión que había tomado Taqi, al ver el campamento de Saladino, había sido hacerlo cambiar de posición.

—Tío, deberíais instalaros en la cima del monte de los Olivos. Desde allí dominaréis la ciudad. Pensad, además, en cómo complacerá a Dios que toméis en primer lugar los dos edificios más caros a su corazón: la mezquita al-Aqsa y Qubbat al-Sakhra, la Cúpula de la Roca.

—Tienes mil veces razón —respondió Saladino—. Verdaderamente Dios te ha

enviado para abrirme los ojos. No quiero que vuelvas a alejarte. ¡Eres como un hijo para mí!

Cuando el jeque de los muhalliq, Náyif ibn Adid, le había explicado cómo había sido destruido el oasis de las Cenobitas, que había desaparecido en una nube de arena tragándose al ejército de los maraykhát, Saladino había creído que Taqi había muerto, y Casiopea con él.

Al verlos llegar, su corazón había reencontrado la alegría, y su boca la sonrisa. Morgennes y Simón, en cambio, no podían decir lo mismo. Desde que estaba con su tío, Taqi los tenía un poco olvidados. Además, les estaba prohibido el acceso a la ciudad. Morgennes había tenido que ocultar a *Crucífera* y, en cuanto a la Vera Cruz, «Cada cosa a su tiempo», había dicho Saladino, centrado solo en la alegría de haber vuelto a encontrar a su sobrina y a su sobrino. Como buen táctico, Taqi había indicado a su tío el emplazamiento ideal para las catapultas: los huertos de Getsemaní. Al saberlo, Simón lloró amargamente y preguntó a Morgennes: —¿Creéis que hemos hecho todo esto en vano? ¿Qué esperanzas tenemos de salvar a Jerusalén y de llevar a sus habitantes la Vera Cruz?

—Pero ¿qué dices? —se sorprendió Morgennes—. Sabes muy bien que la Vera Cruz no es la que sostienes.

—Me ordenasteis que no dijera nada sobre eso.

—En efecto, pero conmigo no es lo mismo. Mira las fuerzas de Saladino: ¿crees que la ciudad será capaz de resistir?

—No. No sin la ayuda de Dios.

—¿Y crees que El se la prestará?

—No lo sé —repuso Simón con un suspiro.

Morgennes lo miró, bajando la cabeza para ocultar una sonrisa. Simón había aprendido, por fin, lo que era la duda, la modestia. ¡No todo estaba perdido!

—Veré lo que puedo hacer —anunció Morgennes alejándose.

—¿Adonde vais?

—A ver a Saladino.

Morgennes encontró a Saladino en compañía de Ernoul, Taqi, Balian, el cadí Ibn Abi Asrun, que se estremeció al verlo entrar, y Abu Shama, que recogía por escrito, con ayuda de un cálamo, todo lo que decía el sultán.

Balian había ido a negociar la rendición de la ciudad.

—Sultán, te conjuro a que nos salves —suplicó—. Te costará muy poco y te dará mucho.

—¡No! —replicó Saladino—. Me he prometido, animado por un espíritu de equidad y para que no pueda decirse que solo los cristianos son unos locos, que tomaré la ciudad del mismo modo que ellos lo hicieron: matando a todos sus habitantes y provocando tal baño de sangre que esta llegará hasta las rodillas de mis

soldados.

En efecto, las crónicas cristianas —como la de Raimundo de Ágiles— explicaban lo que todos tenían aún en la memoria, el modo como los primeros cruzados se habían apoderado de Jerusalén: «Se vieron cosas admirables ... En las calles y en las plazas de la ciudad se veían montones de cabezas, manos y pies. Los hombres y los jinetes se movían en todas partes en medio de los cadáveres ... En el Templo y en el Pórtico se cabalgaba en la sangre, que alcanzaba hasta la rodilla del jinete y la brida del caballo ... Justo y admirable juicio de Dios que quiso que este lugar recibiera la sangre misma de aquellos cuyas blasfemias lo habían mancillado durante tanto tiempo».

Saladino había prometido a Abu Shama que un día podría escribir lo mismo desde el punto de vista de los mahometanos.

—Aunque comprenda tu cólera, Espada del Islam, permíteme, sin embargo —prosiguió Balian—, qué te recuerde dos cosas: la primera es tu grandeza, que no tiene igual. No permitas que se extravíe, no dejes que digan de ti lo que ni siquiera nosotros, tus enemigos, diremos nunca ni dejaremos nunca que se diga. La segunda es la tenacidad de los habitantes de Jerusalén. No creas que son tan diferentes de los francos, que en otro tiempo la tomaron. Si quieres hacernos la guerra, haremos como los judíos en Masada: mataremos a nuestras mujeres y nuestros hijos, y luego nos degollaremos unos a otros. Pero no creas que empezaremos por eso. Antes derribaremos cada piedra de las mezquitas de la ciudad, la de al-Aqsa, la Cúpula de la Roca, y lanzaremos ante vuestros ojos desde lo alto de las murallas a todos nuestros prisioneros: a los mahometanos que residen en Jerusalén, algunos de los cuales son muy piadosos. Sálvanos y los salvaremos.

Balian había discurrido tan bien que Saladino se frotó la barba y respondió:

—Balian II de Ibelin, has hablado y te he escuchado. Te pido un día de reflexión. Mañana por la noche, en la hora del Magreb, te daré a conocer mi decisión. Por el momento, vuélvete en paz.

Balian se levantó, saludó al sultán y se dirigió hacia la salida de la tienda. En ese momento, Morgennes interpeló a Saladino.

—Un instante, Espada del Islam.

—¿Sí?

—¿Puedo pedirte un favor?

—Olvidas que eres tú quien me debe uno —replicó Saladino.

—No creas que lo olvido, y en su momento saldaré mi deuda. Pero me gustaría entrar en la ciudad con Balian de Ibelin, acompañado de Ernoul, de Simón y de la Vera Cruz.

—No, Morgennes, no —respondió Saladino riendo de buena gana—. Tal vez sea generoso, pero mi bolsa no es grande hasta ese punto. Queda excluido por completo

que un guerrero como tú, entre en la ciudad... En contrapartida, con un inmenso placer dejaré que entre la Vera Cruz, ¡para que todos vean que vuestro Dios os ha abandonado y que no hay otro Dios sino Alá!

Así el plan de Morgennes solo se cumplió a medias, y Balian pudo volver a Jerusalén con Ernoul y la Vera Cruz.

—Gracias —dijo Balian al recibir la Vera Cruz de manos de Morgennes—Vale más que todos los ejércitos de los reyes de Francia y de Inglaterra. Y, si Dios nos ama todavía, tal vez nos conceda la gracia de enviarnos algunos milagros...

—Eso espero —dijo Morgennes, estrechando las manos de Balian—. Sinceramente.

Y lo vio partir hacia la poterna de Santa María Magdalena, con Ernoul llevando en sus brazos la cruz truncada. Al verlos cabalgar así a los dos en la noche, hacia Jerusalén, Morgennes se dijo que sin duda debía de haber una parcela de verdad en aquella cruz. Luego volvió, a su vez, hacia la tienda de Saladino, donde el sultán iba a dar una cena en honor de Taqi.

Por todas partes, en el campamento, corría el rumor de que aquella noche, como después de la victoria de Hattin, Casiopea bailarían.

Cuando Morgennes quiso entrar en la tienda del sultán, los mamelucos le impidieron el paso.

—¿Qué ocurre? —preguntó Morgennes, sorprendido.

Pero los mamelucos no le respondieron, lo que despertó en él penosos recuerdos.

Se reunió entonces con Simón, que hablaba tranquilamente con Masada y Rufino, bajo las miradas curiosas de los servidores de los maganeles de Saladino.

Morgennes se sentó bajo un olivo y contempló el cielo. En ese instante, una decena de palomas volaron hacia el horizonte y desaparecieron en el poniente, ensombrecido por grandes nubes. Aquella noche le recordaba la de su huida, tres meses antes. Una colina, una ladera, la luna, las estrellas. El paisaje era más o menos el mismo, salvo que ya no tenía nada de que huir. Su misión había terminado. Roma recibiría la Vera Cruz; Jerusalén también tendría la suya, mientras los refuerzos llegaban.

Quedaba únicamente su deuda con Saladino.

Y luego tendría que elegir su destino: volver a Francia con Casiopea y retomar los hilos del pasado, o aislarse en un monasterio conforme a la sentencia del tribunal de penitencia de los hospitalarios. «A menos que Alexis de Beaujeu me libre de ella», pensó Morgennes.

De pronto un hombre de negro se acercó.

—Saladino te reclama.

El hombre, con un atavío tan oscuro que la luz se perdía en sus pliegues, no era sino Taqi, que se había cambiado de ropa.

—Te veo muy bien vestido, Taqi. ¿Puedo saber en honor de quién?

—Vuelvo al combate.

—Creía que Saladino no atacaba.

—La situación es diferente. Y, además, ¿quién ha dicho que mi tío conducirá el asalto?

—Si él no conduce el asalto, ¿quién lo hará?

—Tú —respondió Taqi.

Morgennes lo miró, sorprendido.

—Sígueme —prosiguió Taqi, dirigiéndose hacia la tienda del sultán—. Por fin ha llegado la hora de pagar tu deuda.

25

*Pues quien quisiere salvar su vida la perderá,
mas quien perdiere su vida a causa mía la encontrará.*

Mateo, XVI, 25

—No me pedís sino que os dé la ciudad —dijo Morgennes.

—No —respondió Saladino—, te pido solamente que me traigas de vuelta a mi hijo, y te ofrezco también una oportunidad de salvar a los tuyos. Encuentra a mi hijo y yo perdonaré a los hierosolimitanos. Si no lo haces, los aniquilaré a todos.

Morgennes observó con aire grave al sultán. Saladino estaba sentado con las piernas cruzadas sobre una alfombra de seda persa y lo contemplaba con una mirada penetrante, casi inmóvil. Sin los dos finos hilillos de lágrimas que brillaban en sus mejillas, Saladino hubiera podido ser de piedra. Tenía la tez gris, los miembros rígidos, y hablaba apenas lo necesario.

Había envejecido veinte años.

De hecho, hasta aquel instante había sido el cadí Ibn Abi Asrun quien había hablado por él, o a veces Abu Shama, su consejero.

El propio Saladino no había podido decir palabra. Sobre su cara bailaba la luz de las velas, que se consumían en silencio y difundían una suave luz dorada. El aire se llenaba de vapores aromáticos que se elevaban de incensarios de oro.

—¿Podrías, os lo ruego, repetirme los hechos y explicármelos en detalle?

El cadí Ibn Abi Asrun estudió a Morgennes, buscando, sin duda, lo que había permitido a este hombre sobrevivir a tal sucesión de golpes de la fortuna. Escrutó el pliegue de sus párpados cuando reflexionaba, las arrugas de su frente, la forma en que se separaban sus labios para hablar o el modo como sus mejillas acompañaban a la sonrisa, a la aflicción.

—Cuando nos disponíamos a iniciar el festejo —empezó Ibn Abi Asrun—, el sultán (la paz sea con él) se preocupó por la ausencia de su hijo (la paz sea también con él). No lo habían visto desde el final del día, justo después de la oración del crepúsculo. Una escolta que se envió a su tienda volvió sin haberlo encontrado, y señaló solo la presencia de dos tortas de trigo colocadas sobre su almohada y una nota; aquí la tenéis.

El cadí se inclinó y tendió a Morgennes un fino rollo de pergamino. Morgennes lo desenrolló y leyó: «Que tu ejército se retire de Jerusalén antes de la oración de As Soubh, o al-Afdal morirá. Que tus hombres no causen ningún mal a ninguno de los mil magos, o al-Afdal morirá». El mensaje era claro y no necesitaba comentario. La oración de As Soubh tenía lugar al alba. Quedaba, pues, poco tiempo para encontrar a

al-Afdal. Unas horas como máximo.

—¿No está firmado? —preguntó Morgennes.

—Las tortas de trigo candeal, colocadas justo al lado, son el sello de quien nos lo ha enviado. Pero, con tales reivindicaciones, hubiera podido prescindir de él.

Morgennes miró a Saladino, intrigado.

—Sohrawardi. Los asesinos... Ya no pueden atacarme a mí, de modo que atacan a mi hijo... —dijo el sultán con un suspiro—. Sin embargo, debería alegrarme —continuó, esforzándose por sonreír—. De aquí a poco tiempo, al-Afdal alcanzará el paraíso. ¿Qué podría esperar mejor que eso?

—¿No levantaréis el sitio? —preguntó Morgennes.

—Aunque tuviera que perder a mis otros tres hijos, tomaría Jerusalén. Por eso tu acción no cambiará nada... Puedes ir con el corazón en paz. La ciudad caerá, está escrito. Ni siquiera yo podría cambiarlo. En cuanto a los mil magos de El Cairo, morirán hoy mismo.

Había pronunciado la sentencia en un tono de absoluta calma.

—Pero yo preferiría —prosiguió Saladino— tomarla y no perder a al-Afdal. De manera que me plegaré a lo que está escrito en el mensaje. Daré orden a las tropas de batirse en retirada. Mientras tanto, tú irás a la ciudad, discretamente, para buscar a mi hijo. Eres un cristiano. Nadie desconfiará de ti...

—¿Qué interés tienen los asesinos en impedir que toméis Jerusalén?

—Perjudicarme, eso es todo. Volver a tomar la ciudad a los cristianos para devolverla a Dios ha sido el proyecto de mi vida. Sinan no quiere que puedan decir: «Ha triunfado allí donde los nizaritas fracasaron». Además, imagino que tiene otros proyectos... Si es que es él el responsable.

Morgennes miró al sultán, preguntándose si calibraba la dificultad de la tarea. Por otra parte, ¿de qué manera podían asegurarse de que al-Afdal estaba realmente en Jerusalén y no en otro lugar?

El cadí Ibn Abi Asrun habló con voz lenta, resaltando cada una de las palabras para hacerse entender bien.

—Seguramente os preguntáis cómo es posible que estemos al corriente de que al-Afdal se encuentra en Jerusalén. De hecho, solo es una suposición. Pero, después de su desaparición, mis hombres y los del Yazak realizaron las correspondientes investigaciones. Así pudimos ver que Sohrawardi faltaba a la llamada, al igual que algunos mamelucos... entre ellos los que lo vigilaban, incluido el propio hijo de Tughril. Por otro lado, ya resulta pesado ver que los mamelucos siguen rebelándose. Deberían comprender que eso no tiene salida... Finalmente, sus huellas...

—... se dirigían directamente hacia la muralla, al oriente de la ciudad —lo interrumpió Taqi—. No tuvimos ninguna dificultad en seguirlos: somos exploradores habituados a acosar a los peores depredadores en los terrenos más difíciles.

Encontrarlos fue un juego de niños; más aún porque no hacían demasiado por esconderse y porque Sohrawardi sembraba unos efluvios... ¿cómo decirlo?...

—Imposibles de ocultar... —concluyó Morgennes.

—En efecto. Por otra parte, después de su partida, el campamento parecía aliviado. No me atrevo a imaginar cómo deben de estar ahora esos pobres hierosolimitanos.

—Tal vez se trate de una pista falsa —observó Morgennes.

—Si ese es el caso, mi hijo está muerto —replicó Saladino.

Morgennes se levantó, se frotó las rodillas doloridas, se llevó la mano al corazón y se inclinó para declarar:

—Encontraré a vuestro hijo.

—Voy contigo —propuso Taqi.

—No —dijo Morgennes—. Podrías descubrirnos. En cambio, no hay inconveniente en que venga Simón.

—¿Y Casiopea? —inquirió Taqi.

—Se queda contigo. Sobre todo, que no haga nada...

—Es como pedirle al *khamsin* que no sople...

—Iré a convencerla yo mismo. Quiero saludarla, al igual que a Masada, antes de irme. Id a buscar a Simón y conducidnos a las puertas de la ciudad. Conozco una poterna no lejos de la tumba de la Virgen...

—No hace falta —lo cortó Taqi—. Nosotros te haremos entrar por un camino que nadie más conoce y que descubrimos por azar haciendo trabajos de zapa junto a las murallas. Allá esperaremos tu retorno. Y si mañana por la mañana no has vuelto...

—Os lanzaréis al asalto; lo he comprendido.

De hecho, aquello no era del todo exacto, ya que el acuerdo propuesto por Balian de Ibelin estipulaba que la ciudad aceptaba rendirse si Saladino renunciaba a saquearla. El sultán había pedido a Balian un día de reflexión, pero en realidad su decisión ya estaba tomada: si le devolvían a su hijo vivo, aceptaría las condiciones de los cristianos. Así salvaría muchas vidas, de infieles y de mahometanos. Solo faltaba que Balian convenciera a Heraclio y a los burgueses para que aceptaran las exigencias de Saladino: se hablaba de un rescate de diez dinares por cada hombre, de cinco por cada mujer y de uno por cada niño.

—¡Avanza y calla!

Un violento puntapié lanzó al suelo a al-Afdal, que se arañó las manos al caer.

El hijo menor de Saladino se levantó sin un grito, una vez más, rabiando por dentro. No había pronunciado una palabra desde que lo habían secuestrado, y se había prometido no decir nada a sus raptos. Nunca.

Arguyendo que iba a llevarlo junto a su padre, Malek —el hijo de Tughril— había

ido a buscarlo con otro mameluco de su compañía. Después los dos hombres lo habían golpeado a traición, lo habían dejado inconsciente y lo habían transportado, en una caja para municiones, hacia la parte trasera del campamento. Allí lo habían atado, amordazado y revestido con el *hijab*, para disfrazarlo de mujer. Luego había caminado ya no sabía cuánto tiempo, en medio de un olor fétido reconocible entre mil: el de Sohrawardi.

El viejo ciego se expresaba haciendo rechinar los dientes, lo que exasperaba a al-Afdal. El discurso del mago era parecido a los chirridos de los insectos: le revolvía el estómago.

A este respecto, al-Afdal esperaba que las hienas estuvieran muy hambrientas cuando las lanzaran entre las filas de los magos retenidos como rehenes en El Cairo. En aquellos momentos, las palomas mensajeras ya debían de haber partido hacia la capital, llevando bajo su vientre la orden de aniquilarlos. Sohrawardi estaba completamente loco.

Después de haber caminado mucho tiempo en medio de la noche, al-Afdal sintió que el terreno cambiaba bajo sus pies. De mullido, se fue convirtiendo en cada vez más duro. Estaban en unos subterráneos. Los sonidos resonaban de un modo diferente, el aire no tenía la misma textura, el espacio vibraba a su alrededor devolviendo ecos misteriosos. A veces oía un ruido extraño, venido de un lugar situado más abajo, en las entrañas de la tierra: como el sonido de una flauta de Pan o de otro instrumento. Tuvo la sensación de que debía de ser muy antiguo, y se preguntó si los otros lo habían oído. ¿Adonde lo llevaban? Tratando de mirar por entre las mallas de la rejilla que le tapaba la cara, al-Afdal distinguió sobre los muros semblantes monstruosos. Muchos expresaban sufrimiento, remordimientos. Solo los ojos parecían humanos; el resto estaba deformado, torturado. En la agonía.

Por el ruido de los pasos y las conversaciones, al-Afdal calculó que había tres o cuatro soldados, no más. Como de costumbre, los mamelucos que se rebelaban eran pocos para poder llevar a cabo un auténtico golpe de Estado. Algún día, tal vez... De momento, dos de ellos debían de guiar a Sohrawardi. El otro, o los otros, se encargaban de vigilarlo. No era mucho, y al-Afdal se preguntó si debía alegrarse o, al contrario, ofenderse.

«Si consigo escabullirme —pensó—, tendré una oportunidad de escapar...»

El problema eran aquellas ropas, que le impedían correr, y sus ligaduras, que le sujetaban las manos. Llegaron a un cruce y los mamelucos se detuvieron. Parecían perdidos.

—¿Y bien? —chilló Sohrawardi—. ¿No hay nadie?

—No, señoría —respondió Malek—. Nadie todavía. ¿Hay que esperar?

—Vosotros dos, id a ver por allá si Chátillon ha llegado...

Al-Afdal oyó cómo dos hombres se alejaban y sus pasos se perdían en un dédalo

de galerías. Entonces, en un arranque de valor, se lanzó como mejor pudo contra el guardia que quedaba para tratar de derribarlo. Sorprendido, el mameluco se tambaleó hacia atrás y soltó la antorcha, cuyo resplandor rojizo vaciló, sumergiéndolos en la oscuridad.

Sohrawardi lanzó un gruñido y el mameluco se levantó. El hombre trató de sujetar a al-Afdal, pero este ya había salido disparado. El niño había huido por una galería que había distinguido un poco antes, dejando su suerte en manos de Alá. Corriendo tan deprisa como podía, al-Afdal siguió con el hombro una pared que lo hizo girar varias veces, conduciéndolo lejos de sus perseguidores, cuyos pasos se perdían tras él. Agotado, asustado, se detuvo un momento para recuperar el aliento, y luego volvió a seguir adelante, a ciegas, en otra dirección. En aquel momento el suelo desapareció bajo sus pies y al-Afdal se deslizó en una noche más negra que la precedente.

Morgennes y Taqi se separaron a la entrada de las minas cavadas por los zapadores bajo las murallas, al este de Jerusalén. Por encima de, ellos se elevaban las altas formas de la Puerta Dorada, que daba, hacia el interior, a la explanada del Templo, al que Taqi llamaba el Haram al-Sharif. Por allí entraría un día el Mesías esperado por los judíos, algo que parecía absurdo, dado que la venida de Cristo ya había tenido lugar. En cualquier caso, la puerta permanecía habitualmente cerrada, ya que solo daba a un barranco; durante el día los zapadores de Saladino se habían esforzado en profundizar aún más el barranco con el fin de que las murallas acabaran por derrumbarse en él.

A una palabra de Taqi, prenderían fuego a los numerosos toneles de azufre y de salitre colocados en puntos estratégicos bajo los cimientos. La estratagema, si daba resultado, permitiría abrir la ciudad al este y ofrecería una vía de acceso a las tropas de Saladino, ya que los hombres podrían pasar sobre los restos de las murallas, que habrían rellenado la hondonada situada por debajo.

—Espera que volvamos antes de hacerlo saltar todo —propuso Morgennes.

Taqi rió de buena gana.

—¡La paz sea contigo, hermano! ¡Espero que triunfes en tu expedición!

—Gracias, hermano.

Los dos amigos se despidieron con un abrazo, y a continuación Morgennes y Simón penetraron bajo la ciudad. A la entrada de la mina, dos guardias muertos mientras patrullaban daban testimonio del reciente paso de los mamelucos de Sohrawardi. Taqi y los suyos los habían colocado uno junto a otro contra la pared de la galería cavada en el subsuelo de Jerusalén, que sería su tumba.

Simón tenía en las manos la cabeza de Rufino, que, al enterarse de sus proyectos, había insistido en acompañarlos: «¡Yo séeee adóooonde van los subterráaaaneos que

han encontraado!».

En efecto, mientras los zapadores cavaban trincheras profundas y las apuntalaban con contrafuertes a los que prenderían fuego llegado el momento, habían sacado a la luz corredores muy antiguos con las paredes decoradas con dibujos de épocas remotas. Muchos parecían bastante anteriores a la venida de Cristo e ilustraban escenas en las que los héroes eran dioses antiguos: hipopótamos con manos humanas llevando antorchas, enanos con crines a modo de cabellos, mujeres dotadas de brazos en forma de serpientes, caballos sin cabeza de pie sobre dos patas, cabras cuyas ubres habían sido reemplazadas por manos, esfinges que sonreían burlescamente... A su vista, los zapadores se habían apresurado a besar la mano de Fátima que llevaban en un medallón colgado al cuello y habían vuelto a salir manteniendo la máxima reverencia, es decir, a toda velocidad.

—¡Los subterráneos de Moooria no tienen secreeeetos para mí! —añadió Rufino.

Moria. Así se llamaba la colina sobre la que habían construido la Cúpula de la Roca y, hacía mucho tiempo, el Templo del rey Salomón, donde ahora vivían los templarios. La leyenda decía que allí habían descubierto los más sagrados tesoros de la humanidad, entre ellos el Arca de la Alianza y las Tablas de la Ley. Se afirmaba también que el monte estaba recorrido por centenares de pozos y galerías que se entrecruzaban a distintos niveles, de manera que se necesitaban hasta siete días para atravesarlo de lado a lado, y una vida entera apenas era suficiente para penetrar sus misterios.

—Es el mejoor meedio de entrar en la ciudaaaad, síiii —farfulló Rufino—. Pero es tambieén el más peligroooooo, seguuuuro... Está lleno de traaaampas. Poooozos sin foooondo, estaacas envenenaaaadas, malefiiiicios, tooooda claaase de coosas maaaalas...

Ya se marchaban, cuando Masada se acercó cojeando a Morgennes. Tenía un regalo para él.

—Es un mechón de pelos de Carabas que había guardado... Espero que te traiga suerte —dijo con una voz impregnada de tristeza.

Simón saludó a Masada de lejos, mientras Morgennes cogía el mechón de pelos y lo metía en su limosnera.

—Gracias, Masada.

De forma absolutamente inesperada, Morgennes apretó al hombrecillo contra su pecho, y añadió:

—Me traicionaste, hiciste muchas cosas innobles, pero hoy ya has pagado... Ve en paz, si puedes...

Luego se fue. Masada miró cómo se alejaba, con los ojos llenos de lágrimas. Entonces ejecutó un gesto irreprimible, del que no fue consciente en el mismo

momento: la señal de la cruz.

—No comprendo qué le ha pasado por la cabeza a Heraclio... —dijo Ridefort.

—Sus sueños de gloria —respondió Chátillon—. Pero, como siempre ocurre en su caso, su cobardía ha acabado por imponerse. En fin, ahora tenemos la Vera Cruz, y eso es lo esencial. Recordadme que se lo agradezca a Morgennes.

En efecto, a su lado, Kunar Sell sostenía en sus brazos la Vera Cruz, o al menos la que Morgennes había entregado a Balian de Ibelin.

Poco después de haber entrado en la ciudad, y a pesar de la hora tardía, Balian había convocado inmediatamente a los principales notables de Jerusalén, y entre ellos a Heraclio y Chátillon. Al ver la Santa Cruz en los brazos de Ernoul, Heraclio había palidecido de envidia: ¡el objeto que tanto había ansiado, que tanto había buscado, se encontraba en manos de otro! Y, lo que era peor aún, ¡en manos de un hombre que nunca había soñado en nada mejor que ser un escudero durante toda su vida!

El patriarca se las había compuesto para que Balian aceptara finalmente entregarle la Vera Cruz, para restituirla a su lugar de origen: el Santo Sepulcro.

—¡Esa es su casa! ¡La única, la verdadera! —había exclamado Heraclio con voz chillona.

Así todos los hierosolimitanos podrían contemplarla y saber que Dios no los había abandonado completamente.

—Yo me encargo de escoltarla hasta allí —había propuesto Chátillon—. ¡Mis hombres son los más indicados para eso, podéis confiar en nosotros!

Heraclio no se había atrevido a protestar y había dejado que Chátillon se apoderara de la Santa Cruz. Luego, cansado, sintiendo que de todos modos Dios se había apartado de él, había vuelto a sus preocupaciones iniciales: organizar su huida. Ahora que se sabía que muy probablemente Saladino los dejaría abandonar la ciudad con vida, ya era solo una cuestión de horas, y de dinero.

«¡Al menos —pensaba Heraclio—, estaré lejos cuando ese loco de Chátillon vaya a despertar a los infiernos!»

Pero en aquello se equivocaba. El «loco» iba a poner en ejecución su plan inmediatamente.

Una sonrisa socarrona se dibujó en los labios de Reinaldo de Chátillon, que se hundía en las entrañas del monte Moría con ayuda de un montacargas accionado por una rueda inmensa que hacían girar cuatro de sus hombres. Chátillon iba acompañado por Gerardo de Ridefort, Bernardo de Lydda, Wash el-Rafid, dos ballesteros y seis templarios blancos, entre ellos Kunar Sell. Así pues, eran doce los hombres que realizaban este viaje a lo más profundo de los subterráneos de la colina, desde donde

ascenderían, en compañía de al-Afdal, hacia la Cúpula de la Roca. Allí, sobre la piedra donde Dios había detenido el brazo de Abraham antes de que sacrificara a su hijo, degollaría la posesión más preciosa de la Espada del Islam. Y, si Dios no apreciaba aquel gesto, haría algo peor un poco más abajo, en otros subterráneos.

Chátillon los había recorrido varias veces, en compañía de Heraclio, de sus hijos y de Gerardo de Ridefort. Bernardo de Lydda aprovechó la ocasión para explicar:

—Las iglesias, las mezquitas construidas en la superficie de la explanada, solo son reedificaciones de templos más antiguos aún, donde se rezaba a dioses hoy olvidados. Es sorprendente ver hasta qué punto nuestros edificios religiosos se comunican entre sí por pasajes secretos, anteriores a ellos... y no posteriores, contrariamente a lo que se cree. Por ejemplo, un corredor permite ir desde el subsuelo de la Cúpula de la Roca al del Templo del rey Salomón, donde se encuentran los templarios. Otro une, según dicen, el Santo Sepulcro con la mezquita de Omar... ¿No resulta divertido pensar que en el Santo Sepulcro una roca lleva la huella del Hijo de Dios, mientras que bajo la Cúpula de la Roca otra lleva, vaciada, la huella del pie del enviado de Alá? En cierto modo, Nuestro Señor Jesucristo y el Profeta son los dos pilares en los que se apoya Dios...

Wash el-Rafid sonrió y, acariciando las palancas de su ballesta, siempre cargada, repuso:

—Tal vez tenga dos piernas, pero hay un solo Dios. Nosotros lo vemos con nuestros pobres ojos humanos. De modo que forzosamente tenemos de El una visión múltiple. Pero Dios es único, solo hay un Dios...

—Hablas como un mahometano —lo interrumpió Chátillon.

El-Rafid no respondió, se contentó con mirar fijamente a Chátillon, que le desafiaba también con la mirada. Ninguno de los dos había bajado jamás los ojos ante nadie. Y no iban a empezar ahora.

Los pedernales habían cumplido su función y habían permitido encender tres antorchas, que lanzaban contra las paredes del pozo una luz tenue, demasiado fría para calentarlos. Su descenso a las profundidades del monte Moria se efectuó en un silencio solo interrumpido por la respiración ronca de los hombres y los ruidos de las cuerdas y las poleas, que trabajaban para hacerlos progresar lentamente en el interior de una tumba cada vez más negra. Poco a poco se extinguieron todos los sonidos, con excepción de una sorda pulsación que seguía dejándose oír. Un latido que palpitaba en sus oídos como si procediera de ellos mismos.

De vuelta al campamento de Saladino, Taqi se dispuso a buscar a Casiopea. Escrutó el cielo con la esperanza de descubrir a su halcón, pero solo se veían grandes nubes que se acumulaban en la oscuridad y hacían el aire húmedo y pesado, cargado de cólera. Las tormentas del fin del rajab se acercaban. Con un puñado de hombres

del Yazak, Taqi fue de hoguera en hoguera preguntando a los soldados si habían visto a una joven acompañada de un halcón. Pero las únicas mujeres a las que habían visto eran prostitutas que seguían a los ejércitos en campaña; contaban con las guerras para ganar un poco de dinero. Ni rastro de Casiopea.

Al divisar a Yahyah, que conversaba con Dahrán ibn Uwád, el joven jeque de los kharsa, a quien narraba enfáticamente sus aventuras, Taqi le preguntó:

—Perdona que interrumpa un relato tan fantástico, pero ¿no sabrás por casualidad dónde se encuentra Casiopea?

Por toda respuesta Yahyah abrió los brazos con expresión algo avergonzada. Taqi señaló entonces a la perrita amarilla, que roía una costilla de cordero.

—¿Crees que Babucha sabría encontrarla?

—Desde luego —dijo Yahyah—. Si no está demasiado lejos, y si tenemos alguna prenda que hacerle olfatear.

Taqi condujo a Babucha y a Yahyah hacia el lugar donde acampaban los zakrad, mientras los kharsa, inquietos por la desaparición de Casiopea, registraban el campamento y los alrededores. Entre los zakrad, Matlaq ibn Fayhán, el Señor de los Pájaros en persona, dedicó una calurosa acogida al sobrino de Saladino y lo guió personalmente hasta la tienda que ocupaba Casiopea cuando les hacía el honor de visitarlos. A su llegada, el pavo real huyó piando de indignación. Taqi y Yahyah revolvieron una colección de briales, vestidos y calzas hasta escoger una camisa de seda negra a la que Casiopea era muy aficionada.

Babucha olisqueó el tejido moviendo la cola, sin comprender lo que le pedían: «¡Busca! ¡Busca a Casiopea! ¡Busca!».

El pobre animalito no había sido entrenado para aquello, y giraba en círculo por la habitación con aire inquieto, las orejas bajas y la cola entre las piernas, sin saber lo que esperaban de él con tanta impaciencia.

Taqi miraba alrededor, receloso. Al distinguir el biombo tras el que se vestía Casiopea, pasó al otro lado y allí encontró las ropas que había llevado durante el día. En cambio, el maniquí sobre el que acostumbraba colocar su armadura estaba vacío. ¡Casiopea se había vestido para ir al combate!

—¡Es incorregible! —refunfuñó Taqi.

El sobrino de Saladino salió precipitadamente de la tienda y contempló el cielo de Jerusalén, y en concreto el de Haram al-Sharif, la explanada del Templo. Entonces le pareció distinguir una minúscula mancha de sombra que oscilaba por encima de Qubbat al-Sakhra y parecía arrastrar hacia allí un espeso sudario de nubes de tormenta.

—¡Esta mujer es la peste! —exclamó—. ¡Es incapaz de estarse quieta, siempre de un lado para otro!

Salió corriendo hacia su yegua y pidió a sus hombres que lo siguieran.

—¡Vamos a Jerusalén! ¡Y tanto peor si los hierosolimitanos nos descubren! ¡Los mataremos antes de que hayan tenido tiempo de dar la alerta!

Lanzando un grito, Taqi espoléó su montura y galopó en dirección a las murallas. Estaba furioso. «Ha debido de sorprender nuestra conversación cuando hablábamos en la tienda de mi tío... —se decía—. ¡Y no ha podido dejar de actuar!»

Dejaba atrás la tumba de la Virgen, a su derecha, cuando oyó:

—¡Taqi! ¡Taqi!

¡Aquella voz! ¡Era la de Masada! Pero en ella ya no había ninguna tristeza, nada ronco ni muerto. Al contrario, parecía jovial, joven y viva. Taqi se giró sobre su silla, y vio que el viejo mercader judío corría hacia él cojeando, tan deprisa como se lo permitían sus cortas piernas. ¿Qué le pasaba?

—¡Taqi! ¡Taqi!

Taqi tiró de la brida de su caballo y le hizo dar media vuelta para alcanzar a Masada rápidamente.

—¿Qué ocurre? ¡Habla rápido, tengo prisa!

—¡Estoy curado! ¡Estoy curado!

Masada bailaba y giraba sobre sí mismo, levantando los brazos para que Taqi viera sus dedos.

Taqi llamó a uno de sus hombres, que llevaba una antorcha.

—¡Tú, acércate! ¡Ilumíname a este individuo!

El soldado del Yazak bajó la llama hacia Masada, mostrando a todos aquel rostro horrible. Pero lo que interesaba a Taqi no era que estuviera enfermo: era que la enfermedad remitía. Sus dedos ya habían adquirido un color sonrosado, sobre su rostro las llagas empezaban a cerrarse y sus labios eran más carnosos.

—¡Por las barbas del Profeta! —exclamó Taqi—. ¿Cómo es posible?

—Es Morgennes —dijo Masada—. Es Morgennes. ¡Me ha tocado! ¡Me ha cogido entre sus brazos y me ha curado!

Taqi se despertó, como de un largo sueño, y dijo a sus hombres:

—¡Adelante! ¡No tenemos tiempo que perder!

Los hombres del Yazak se desvanecieron en la oscuridad de las murallas de Jerusalén. Masada se alejó, divagando, mirando cómo las nubes se agrupaban en el cielo.

El judío no lo sabía todavía, pero se había convertido.

—Giraaaad a la dereeeecha —vociferó Rufino cuando llegaron a una bifurcación, la novena desde que erraban por las profundidades de la ciudad en busca de una escalera que les permitiera salir de nuevo a la superficie.

Simón sentía que el cofre vibraba en sus manos con cada una de las palabras de Rufino, lo que encontraba sumamente desagradable. Además, estaba cansado y

desorientado. Tenía la sensación de que no hacían más que girar en círculos.

—¿No hemos pasado ya por aquí? —preguntó inquieto.

—Noooo, es la primeeeera vez...

Sin embargo, le parecía que ya había visto aquellos grabados, aquellos bajorrelieves. Por todas partes aparecían las mismas procesiones de cuerpos inmundos, sacerdotes humanos de otros tiempos a los que habían unido ahí una cabeza de toro, allí una de halcón, de gato o de ibis. Tenían unos ojos sorprendentemente relucientes, y siempre aquellas expresiones de las que resultaba difícil decir si infundían terror o lo manifestaban.

—Rufino —dijo Morgennes—, hace varias horas que estamos dando vueltas. ¿Estás seguro de saber adonde vas?

—Seguuuuro —dijo Rufino—. Si es laaaargo es porque...

Pero no tuvo tiempo de acabar la frase. Morgennes había distinguido, en lo alto de una pirámide de esqueletos, una forma que se destacaba, inmóvil y oscura.

Era una mujer, totalmente vestida de negro. Morgennes caminó hacia ella, apartando las osamentas con su espada. *Crucífera* brillaba en la oscuridad, haciendo retroceder las sombras. Morgennes escaló la funesta colina ayudándose con su hoja como si fuera un bastón, clavándola aquí en un cráneo y más allá en una caja torácica.

Los esqueletos eran de lo más inquietante. Restos de ropas se encontraban adheridos a sus miembros y un musgo extraño —una vegetación de las profundidades— tapizaba sus partes cóncavas. Filamentos de color pardo recubrían en parte los huesos y se agitaban bajo los pasos de Morgennes como bajo una brisa otoñal, dispersando un fino velo de partículas a medida que avanzaba. Cuando hubo llegado a la cima, puso la mano sobre la espalda de la joven y un estertor surgió del *hijab*.

¿Una mahometana? ¿Qué hacía allí?

—¿Estáis bien?

Morgennes se preguntaba por qué sortilegio habría llegado a aquel lugar. Un gemido le proporcionó dos informaciones de la mayor importancia: aquella mujer vivía, y no era una mujer.

—¿Al-Afdal?

Más jadeos roncós, esta vez más fuertes, seguidos de un temblor del cuerpo. ¡Desde luego, la suerte estaba de su parte! De otro modo no podía explicarse. La suerte y Dios. Mientras buscaban el camino para llegar a la ciudad, acababan de tropezar con el que buscaban. Así pues, los habitantes de Jerusalén se salvarían. ¡Morgennes podría volver a casa! No podía haber salido mejor.

Morgennes se volvió hacia Simón, que se había quedado en la base de la montaña de muertos.

—¡Simón! ¡Por aquí!

Simón dejó a Rufino a sus pies y emprendió la escalada de la macabra pirámide.

Rufino, que se había quedado solo, miró alrededor. Los muertos estaban por todas partes. Conocía aquella sala. Le daban el nombre de «gran cámara mortuoria», aunque los subterráneos tenían varias, y algunas de ellas eran cien veces más vastas. Numerosas galerías permitían a los sacerdotes que oficiaban aquí en otro tiempo asistir a ceremonias fúnebres consagradas a dioses sin nombre. «Hacían sacrificios a demonios que no son Dios, a dioses que no conocían», se dijo. Estos sacerdotes eran probablemente judíos que habían vivido poco antes de Abraham, o poco después. Renegados, de todos modos.

Simón trepaba trabajosamente, tropezando a cada paso en una maraña de miembros dispersos mientras hacía rodar cráneos y reventaba pechos de donde se evaporaban minúsculas nubes de polvo marrón. A la luz temblorosa de su antorcha, veía cómo se encendían y desaparecían tan deprisa como habían aparecido, semejantes a luciérnagas. Hizo un esfuerzo para no estremecerse y mantuvo los ojos fijos en Morgennes, que empezaba a bajar hacia él con una joven en brazos. Simón distinguió entonces una abertura en forma de pozo en el techo; y luego la vio aún mejor porque acababan de dejar caer una antorcha.

La antorcha cayó con un ruido sordo en la cima del montón de cuerpos, donde siguió ardiendo y arrojando chispas que inflamaron algunos jirones de ropa, aunque el efímero resplandor murió enseguida.

Morgennes se volvió hacia la antorcha y distinguió a su vez el pozo en el techo, tan próximo que casi hubiera podido tocarlo con la punta de una lanza. Hasta él llegaban ecos de voces que hablaban en lingua franca. Morgennes se llevó un dedo a los labios para ordenar a Simón que callara, y trató de impedir que al-Afdal hablara, lo que era difícil, pues el pobre deliraba.

—He creído ver una luz —dijo una voz que venía de lo alto.

Morgennes no se movió. Su única fuente de luz era la antorcha de Simón, ya que había devuelto a *Crucífera* a la vaina para coger en brazos a al-Afdal.

—No puede ser —dijo una segunda voz—. Será el reflejo de tu propia antorcha...

—¿Por quién me tomas? —contestó la primera voz—. No estoy loco, ¿sabes? Si he tirado mi antorcha a ese pozo, era para mirar: he oído voces. ¿Y si fuera el chico que buscamos?

—¡Claro, claro! ¡Seguro!

—¡Te digo que he visto luces!

—¡Esto mejora! —dijo la segunda voz en tono irónico.

Simón tuvo entonces la pésima idea de apagar su antorcha aplastándola en un tórax, lo que desencadenó una avalancha de esqueletos que descendieron con estruendo el montículo de muertos. Rufino se vio rodeado de osamentas.

—Bueeenos días... —le dijo a un cráneo que había caído justo frente a él.

Era también un modo de ocultar su miedo ante aquella invasión de semejantes, de hermanos de hueso a los que solo faltaba el don de la palabra.

El estrépito había sido tan grande que Simón se dijo: «¡Estamos perdidos!».

Morgennes lo miró sin moverse, y luego, con un silbido, la antorcha se apagó. Quedaron sumergidos en una oscuridad que se parecía a la nada. Esperaron pacientemente a que un ruido llegado de lo alto les indicara la partida del enemigo. Pero no sucedía nada. ¿Se habían marchado los hombres enviados en persecución de al-Afdal?

¿Cuánto tiempo esperaron?

Simón no habría sabido decirlo. En cuanto a Morgennes, seguía cargando con al-Afdal sin hacer un solo movimiento, tratando de olvidar el dolor que se extendía por sus brazos, pues el niño parecía volverse más y más pesado a medida que pasaba el tiempo. Se preguntó si no debería desenvainar a Crucífera y su cuchillo de combate y luchar, o bien parlamentar. Después de todo, los hombres que había oído tal vez no fueran templarios blancos.

Pero, en cuanto depositó al niño en el suelo, tres formas suspendidas de cuerdas descendieron por el pozo. Una sostenía una antorcha y las otras dos una ballesta, que apuntaban hacia adelante.

Al ver a Morgennes, una voz exclamó:

—¡Aquí está!

Entonces Morgennes y Simón desenvainaron sus espadas y se lanzaron al combate.

Dos cuadrillos salieron disparados silbando. El primero se clavó en la armadura de Morgennes, pero no pudo atravesarla, y el segundo acertó a Simón a la altura del estómago. El joven se derrumbó; se sujetaba el vientre con las manos y la sangre se filtraba entre sus dedos.

Morgennes levantó su espada para descargarla sobre uno de los asaltantes, pero un cuarto hombre se dejó caer en la sala y gritó:

—¡Ríndete!

Era Wash el-Rafid.

Morgennes lo miró y respondió:

—¡Jamás!

El persa apuntó su pesada ballesta de dos tableros hacia Simón y dijo lentamente:

—¡Deja tu arma o es hombre muerto!

Morgennes miró a Simón y luego a Wash el-Rafid, tratando de adivinar si estaba dispuesto a hacer lo que decía.

—¡Morgennes, no! —exclamó Simón.

Demasiado tarde. Morgennes había soltado a *Crucífera*.

Tras varias horas de marcha, Wash el-Rafid los condujo al interior de una gran sala circular. La mayor parte del espacio estaba ocupado por un pozo inmenso, abierto a ras de suelo, en el que la luz no conseguía penetrar. Sin embargo, un centenar de cirios similares a los que Morgennes había podido ver en el Krak de los Caballeros iluminaban el lugar. Su resplandor se reflejaba en decenas de cruces metálicas incrustadas en los muros, que sujetaban unas pesadas colgaduras blancas. Una miríada de chispas revoloteaban en el aire y parecían cubrir los cirios con un halo vaporoso.

Ocho columnas de basalto sostenían una descomunal bóveda convexa. Parecían ocho grandes dedos de piedra tendidos hacia un seno gigante de piel morena, con protuberancias engastadas en su superficie. Morgennes supo enseguida de qué se trataba: era el reverso de la roca sobre la que Abraham había aceptado sacrificar a su hijo. La roca desde donde Mahoma había realizado su «viaje nocturno», de la que se decía que había sido tocada por Gabriel. Morgennes había podido admirar en otro tiempo el lado opuesto de la roca: un agujero en forma de casco, testimonio de la potencia con que al-Burak, la yegua de Mahoma, se había lanzado hacia el cielo al encuentro de Moisés, Abraham y Jesús.

Era el año 620, y hasta 630 —fecha de la toma de La Meca por Mahoma— la roca había sido para los mahometanos el centro del mundo, el lugar hacia donde se giraban en la hora de la oración. En esa época la Cúpula de la Roca, que los cristianos llamarían más tarde *Templum Domíni*, el templo del Señor, todavía no existía. No se construiría hasta después de la muerte de Mahoma. Su arquitecto, Abd el-Malik, era un griego ortodoxo medio loco que se había convertido al islam para satisfacer las exigencias del califa Ornar ibn al-Khattab, segundo sucesor del Profeta, que le había encargado los trabajos. Abd el-Malik había recibido la orden de imaginar un edificio cuyo esplendor eclipsara al del otro lugar santo de Jerusalén: el Santo Sepulcro. El arquitecto había multiplicado, pues, al infinito las complicaciones de los ornamentos y decoraciones de la Cúpula. Para complacer a los mahometanos —apasionados por la geometría— e irritar a los cristianos —que en aquella época amaban la simplicidad—, se había esforzado en transmitir, mediante una arquitectura alta-mente simbólica derivada de las rotondas funerarias bizantinas, la idea de que el visitante se encontraba en la antesala de la muerte, en la entrada del paraíso. Con sus entrelazamientos de motivos árabes, esa construcción en forma de *martyrium*, adornada con numerosos mosaicos con fondo de oro y columnas con capiteles, respiraba lo divino, el fin de la humanidad.

Una escalera permitía descender a una gruta situada bajo la roca, llamada el Pozo de las Almas. Pero lo que Morgennes no sabía era que otras tres escaleras partían de esa gruta hacia los subterráneos del monte Moria, enlazando entre sí los tres edificios sagrados más importantes de Jerusalén: la iglesia de Santa María Magdalena, la

iglesia del Santo Sepulcro y la mezquita al-Aqsa.

Morgennes observó atentamente la piedra que servía de suelo a la Cúpula de la Roca y de techo al Pozo de las Almas, y vio que en su superficie podía distinguirse una marca en forma de mano; igual que por encima se encontraba la huella de al-Burak, debajo se encontraba la de Gabriel. «Entonces —se dijo Morgennes—, las chispas que centellean por encima del pozo son las almas de los muertos en suspenso, a las que Gabriel impide alcanzar el paraíso antes de que Dios haya emitido su juicio.»

Lanzó un profundo suspiro: todo aquello no prometía nada bueno. Luego miró a Simón, que los seguía cojeando, con una mano en el vientre. Si hubiera llevado su alforja, Morgennes hubiera podido curarlo, pero uno de los templarios blancos se la había quitado.

Un reflejo atrajo la mirada de Morgennes, que examinó el pozo. «No parece estar vacío...» En efecto, de vez en cuando, una especie de destellos irisados brillaban en la superficie, recubierta de un aceite opaco.

«¿Será pez?», se preguntó Morgennes. Pero parecía demasiado fluido para eso. De hecho, tenía el aspecto de un gigantesco ojo negro, líquido y ligeramente abombado. A veces la roca se reflejaba en él, confiriéndole la apariencia de una pequeña luna negra.

«¿Será la puerta de los infiernos?»

—¿Dónde estamos? —preguntó Morgennes.

—En la matriz de todas las iglesias —respondió Reinaldo de Chátillon.

Chátillon acababa de entrar en la gruta por la escalera diametralmente opuesta. Realzado por el brillo de decenas de cirios, Sang-dragon parecía escarlata. Varios hombres a pie lo seguían, entre ellos los templarios blancos. Uno de los templarios, Kunar Sell, sostenía la cruz truncada que Morgennes había entregado a Balian de Ibelin. De pronto, la yegua resopló y golpeó las losas con sus cascos. Chátillon la calmó con una caricia, murmurando:

—¡Paciencia, preciosa, paciencia!

Luego se volvió hacia Morgennes y. continuó:

—¿Crees que este lugar pertenece a los mahometanos? ¡Vamos, si ni siquiera pertenece a los cristianos! Aunque aquí precisamente venían a ocultarse los primeros sacerdotes cuando querían escapar de las persecuciones de los romanos, los judíos o los paganos... Desde su nacimiento, la cristiandad ha tenido que refugiarse en las catacumbas. Este era el mejor lugar para que los dejaran tranquilos: ¡las puertas del infierno de todas las religiones!

—Entonces, todo sigue como el primer día —dijo Morgennes—. Tenéis al emisario del Papa, a los templarios de corazón puro e incluso la Vera Cruz...

—¡Y te lo agradezco! También tenemos al cordero del sacrificio —añadió

Chátillon haciendo un gesto hacia al-Afdal—. Pues, en mi gran bondad, he decidido conceder una última oportunidad a Dios: ofreciéndole lo que más aprecia su peor enemigo, le doy la ocasión de redimirse ¡acudiendo a salvarnos!

—Dios no vendrá —dijo Morgennes.

—¡Entonces lanzaremos la Vera Cruz al infierno!

—Y será el Apocalipsis, ¿no es eso?

—¡El fin de los tiempos! ¡La venida de la Jerusalén celestial, por fin *Adveniat regnum tuum!* ¡Que tu reino llegue! *¡Fiat voluntas tua Sicut!* ¡Que se haga tu voluntad! Y que todos los demonios de los infiernos ataquen la tierra. Entonces se verá quiénes son los valientes y quiénes los cobardes. Se verá quién es amado de Dios y quién no lo es.

—¡Deja marchar al niño! —lo increpó de pronto Simón, acercándose peligrosamente—. ¡Se os respetará la vida!

—Pero si ya estamos muertos, mi buen Simón. Tú, yo, Morgennes, el niño, su padre... Place tanto tiempo que ya no deberíamos estar aquí... ¿No lo ves? Estamos en otro mundo...

—Entonces, ¿por qué no comenzar por el final, por el Apocalipsis justamente? —lo desafió Morgennes—. ¡Si te interesa tanto ser juzgado, si no temes a la muerte, Pruébalo, muere! ¡O lanza la Vera Cruz al infierno! Y si no ocurre nada, abandona.

Chátillon hizo dar unos pasos a su montura y se acercó a Kunar Sell.

—¿Es eso lo que quieres, Morgennes? ¿Que lance la Vera Cruz al infierno? ¿Tampoco a ti te asusta el Apocalipsis?

—No temo el juicio divino.

—De acuerdo —dijo Chátillon—. Si no sucede nada, renunciaré a mis proyectos.

Reinaldo de Chátillon cogió la cruz truncada de manos de Kunar Sell y se adelantó hacia el pozo de negrura que llamaba la puerta de los infiernos. Un silencio sorprendente reinaba en la caverna, donde todos habían dejado de respirar. Wash el-Rafid había soltado a al-Afdal, que se había desplomado, inconsciente.

En el momento en que Chátillon escrutaba el líquido en busca de un signo, de una ondulación que señalara su apetito, Simón —al que dos templarios blancos sostenían por los brazos— ya no pudo contenerse y exclamó:

—¡No es la Vera Cruz!

Morgennes lo miró, furioso. ¿Se había vuelto loco? Simón bajó los ojos, incapaz de afrontar su mirada.

—¿Qué estás diciendo? —replicó Chátillon, sorprendido.

—¡No es la Vera Cruz! ¡No despertaréis nada de este modo! —dijo Simón—. La Vera Cruz ha partido hacia Roma, ¡habéis fracasado!

—¿Qué me prueba que dices la verdad? Simón miró fijamente a los ojos a Chátillon, apretó los puños y declaró:

—¡Es la cruz de Hattin! ¡Morgennes ha querido engañaros!

Taqi se incorporó y volvió hacia su yegua. Según las huellas marcadas en el suelo, Morgennes y Simón se habían dirigido a la inmensa sala que distinguía en el borde extremo de las antorchas que sostenían sus hombros.

—¡Por aquí! —exclamó.

El terreno era tan desigual que avanzaban llevando a sus monturas de la brida. Numerosas galerías se habían hundido, y ya habían tenido que dar media vuelta varias veces, obligados a elegir caminos que Morgennes y Simón no habían recorrido, tal vez porque ellos se habían abierto paso arrastrándose o porque el techo se había hundido tras su paso. «¡Señor, haced que los encuentre!», rogaba Taqi en su fuero interno. Pero tenía la convicción de que volvería a verlos. Morgennes y él no podían separarse de aquel modo.

Después de conducir al puñado de hombres que lo seguían hacia la gran sala que habían divisado ante ellos, Taqi contempló estupefacto la pirámide de esqueletos que se levantaba en el centro. Algunos de sus guerreros intercambiaron a media voz palabras que hacían referencia a ogros magos y efrít. Muchos se llevaron a los labios la mano de Fátima para besarla; pero ninguno pensó ni por un momento en huir. Permanecerían con su jefe.

Un explorador que había entrado poco antes en la gran cámara mortuoria volvió junto a Taqi.

—Han pasado por aquí, señor, no cabe duda. Estos huesos han cambiado de posición recientemente, y... a menos que se hayan movido solos, la única explicación que...

De pronto un cráneo giró sobre sí mismo y clavó sus órbitas vacías en el soldado del Yazak. Este retrocedió instintivamente al mismo tiempo que Taqi, que confesó:

—Me ha asustado. Me ha parecido que...

Pero una voz se elevaba ya del cráneo, una voz que decía:

—¡Señor Taaaaqi! ¡Estoooooy taaaan contento de veeeeros de nueeevo!

Los hombres del Yazak se estremecieron, desenvainaron sus cimitarras y avanzaron por la cripta precedidos por Taqi.

—Conozco esa voz —afirmó este último.

La voz se dejó oír de nuevo con fuerza:

—¡Pooooor aquíiiii!

Taqi lanzó un violento puntapié a una caja torácica, que salió volando por los aires. Los huesos habían estado ocultando a Rufino, que exclamó al verlo:

—¡Pooooor fin aaaalguien con quieeen hablaaar!

Sohrawardi surgió por una tercera escalera con sus hombres.

—¡No le creáis! —gritó—. ¡Este muchacho miente! Lo noto en su voz. ¡Miente, miente! ¡Es realmente la Vera Cruz!

Pero Chátillon se negó a escuchar al mago.

—Conozco a este muchacho —explicó—. Es incapaz de mentir. Podrá traicionarnos, abandonarnos, a nosotros, sus hermanos. Pero mentir no. Aunque quisiera no podría hacerlo... ¡Tiene demasiado miedo de acabar en el infierno!

Simón permanecía con la cabeza baja. No sabía qué hacer. Había mentido, sí. Y no. En todo caso, no era lo que ellos creían. Para él, no había duda posible: no era solo la fe la que hacía la autenticidad del objeto, como decía Morgennes. Era el propio Morgennes. Si él se había tendido, herido, sobre la cruz que ahora sostenía Chátillon y se había curado, no había sido únicamente a causa de la fe o la Vera Cruz. Fue también a causa de Morgennes, que lo había dado todo para salvar esa cruz, incluidos su honor y su alma. Simón le debía más que la vida. Le debía el haberle abierto los ojos. Le debía la verdadera fe. Aquella cruz era verdadera porque era la de Morgennes y porque él, Simón, le había ayudado a llevarla; como en otro tiempo Simón de Cirene había ayudado a Cristo a llevar la suya. La historia se repetía, eso era todo.

Si Chátillon la tiraba al pozo, sería el Apocalipsis.

«No es momento de desfallecer, no es momento para tener miedo», pensó Simón, esforzándose en no apartar los ojos de Chátillon, en mantener la mirada recta como una lanza, tan dura como el acero que formaba su hierro. Y al parecer tuvo éxito, porque Chátillon se mostró confundido y murmuró:

—¿Que no es la Vera Cruz? Así, ¿nos habéis mentido desde el principio? ¿Habéis mentido incluso a los habitantes de Jerusalén?

Sohrawardi se acercó entonces a la cruz truncada y tendió la mano para palparla, pero Kunar Sell se lo impidió.

—¡No la toquéis!

Wash el-Rafid, señalando la cruz con su ballesta de dos tableros, preguntó:

—¿Os habéis vuelto locos? ¿Qué tenemos que temer? O es ella, y no hay ningún problema, o no es ella, y en ese caso solo se habrá perdido un pedazo de madera. ¡Tíradla al pozo!

—¡Dádmela! —insistió Sohrawardi, acercándose con pasos lentos, sostenido como siempre por sus dos mamelucos.

Seducido por el razonamiento del persa, Chátillon hizo girar la cruz truncada por encima de su cabeza, mientras Simón aullaba:

—¡Nooooo!

Pero Chátillon soltó la cruz hacia la puerta de los infiernos.

En ese momento un disparo la alcanzó en pleno vuelo e hizo que se desviara. La

cruz truncada rebotó sobre las losas, no lejos de Morgennes. Todos miraron, estupefactos, hacia los peldaños de la escalera que conducía al piso superior de la Cúpula de la Roca, desde donde Casiopea los desafiaba con su ballesta.

—Yo, de vosotros, me olvidaría de ella...

En ese instante, Wash el-Rafid ordenó a sus hombres:

—¡Cogedla!

Pero era demasiado tarde: Casiopea ya había desaparecido.

—¡No! —aulló Chátillon—. ¡Abatidla!

Wash el-Rafid miró al Lobo de Kerak con un resplandor maligno en los ojos.

—¡Cogedla viva! —ordenó.

—¡Matadla! —dijo a su vez Chátillon.

Los mantos blancos se miraron, sin saber a quién obedecer. Entonces Wash el-Rafid lanzó sus dos cuadrillos metálicos contra Chátillon. Los dardos lo alcanzaron en el pecho, de donde brotaron dos chorros rojos. Pero el Lobo de Kerak no vaciló, y desenvainó su poderosa espada vociferando:

—¡Demonio! ¡No serás tú quien me mate!

Y se lanzó contra Wash el-Rafid.

Kunar Sell había sacado su pesada hacha danesa y llamaba al combate a los templarios blancos, pervertidos por Wash el-Rafid, mientras Bernardo de Lydda y Gerardo de Ridefort se refugiaban en la oscuridad de los subterráneos del monte Moria.

Aprovechando la confusión, Morgennes lanzó un vigoroso codazo al guardia que lo sujetaba y corrió hacia la cruz truncada. Pensaba utilizarla como arma, como había hecho Simón en el oasis de las Cenobitas. Fue una buena idea, porque, antes que él, otro soldado había querido recuperarla; pero Morgennes la alcanzó primero. Tras apoderarse de ella, propinó un potente golpe con la cruz al templario y se volvió hacia Simón.

Wash el-Rafid y Chátillon estaban enzarzados en un combate a muerte. El persa se batía con *Crucífera*, que había arrebatado a Morgennes. Retrocedía, esquivaba, fintaba, se agachaba, sintiendo cien veces el aliento de la muerte junto a su cara, cien veces el roce de la espada bastarda de Chátillon. *Crucífera* brillaba con una luz extraña, como si la proximidad de la puerta de los infiernos la excitara.

—¡La veo, es ella! —exclamó Sohrawardi lleno de excitación—. ¡La espada de san Jorge! ¡Su luz resplandece!

Su cuerpo exudó enseguida un olor a macho cabrío tan potente que numerosos templarios blancos retrocedieron dominados por las náuseas. Pero Chátillon no parecía sensible al olor, como si su resurrección, o la cólera, lo hubieran privado del olfato. Y luchaba con más rabia aún porque acababa de ser traicionado, descargando golpes tan poderosos que su espada arrancaba a *Crucífera* chispas, las cuales se

sumaban a las de las almas de los muertos.

Tras haber dejado fuera de combate a un segundo guardia con la cruz truncada, Morgennes recuperó su alforja, extrajo de ella un frasco con un líquido azul oscuro y se lo tendió a Simón.

—¡Trágalo, esto debería curarte!

Simón cogió la poción y se la bebió. Un agradable calor lo envolvió y se sintió revigorizado. Rápidamente se apoderó del escudo y la espada del guardia caído a sus pies y se lanzó al combate.

Wash el-Rafid había acorralado a Chátillon, cuya montura no podía ya seguir retrocediendo sin caer al Pozo de las Almas. El Lobo de Kerak intentaba contraatacar, pero el persa esquivaba todos los golpes. Detrás de ellos, Sohrawardi murmuraba conjuros, y todos se preguntaban qué estaría preparando.

¿Invocaba, tal vez, a los yinn?

Acabado el sortilegio, las losas cedieron bajo los cascos de Sang-dragon, que empezó a resbalar hacia la puerta de los infiernos. El persa sostenía a *Crucífera* con las dos manos, parando cada uno de los golpes que asestaba el Lobo de Kerak sin tratar de golpear él mismo, cuando Sang-dragon cayó al Pozo de las Almas y sus patas traseras desaparecieron por completo en su interior. El animal tuvo un sobresalto, trató de levantarse, pero una parte de él ya no existía. Su mirada reflejaba un terror loco.

Poco antes de que el pozo se lo tragara, el Lobo de Kerak saltó de la silla y se arrastró frenéticamente por el suelo. Pero el-Rafid no lo dejaba acercarse, lo empujaba con el pie o con la parte plana de la espada cada vez que conseguía alejarse del abismo. A pesar de sus esfuerzos, Chátillon estaba demasiado débil para resistirse a la magia que lo atraía hacia el infierno, un infierno que, por la incandescencia de su mirada, parecía estar ardiendo ya en sus ojos.

—¡Malditos seáis! —chilló.

Ya solo se veían su torso y sus brazos, lanzados como amarras a una tierra que se alejaba. Luego sus manos se deslizaron también en la nada, y solo quedó de él una boca que aulló:

—¡Volveré!

También ella desapareció en la negrura, imperturbable y silenciosa. Ni una sola onda agitó la superficie del ojo de las tinieblas. Wash el-Rafid saludó al Lobo de Kerak con su espada y fue a apoyar a los otros combatientes, que tenían que enfrentarse a la resistencia feroz que les oponían Casiopea, Kunar Sell, Morgennes y Simón.

Los hombres que se habían lanzado en persecución de Casiopea aún no habían vuelto a bajar, y Kunar Sell, con la espalda apoyada contra un pilar, peleaba contra

tres templarios, a los que mantenía a distancia con su gran hacha. Como si estuviera dotado de vida, el tatuaje en forma de cruz de su frente se agitaba como una serpiente, fascinando a sus adversarios.

En cuanto a Morgennes y Simón, se habían colocado espalda contra espalda, y se defendían con rabia.

—¡Sohrawardi! —aulló de pronto Simón.

Morgennes dirigió una rápida ojeada al mago, y vio que recitaba nuevos conjuros.

—¡Repleguémonos hacia la escalera! —propuso Morgennes.

Los dos hombres trataron de abrirse camino a través del caos de armas que los rodeaba, pero eran tantos los golpes que se veían obligados a parar que no podían atacar a su vez. Sus enemigos eran demasiado numerosos, y además el-Rafid peleaba con increíble habilidad, obligando a Morgennes a utilizar la cruz truncada como un escudo.

—¡Por aquí! —gritó una voz.

¡Era Casiopea! La joven, al matar a uno de los soldados, había conseguido abrir una brecha entre sus asaltantes. Simón se escurrió por ella.

—¡Morgennes! —aulló—. ¡Date prisa!

Por primera vez en su vida, acababa de tutear a Morgennes, y ni siquiera se había dado cuenta. Morgennes no respondió nada, estaba demasiado ocupado en defenderse.

Sohrawardi se encontraba ahora envuelto en llamas. ¿Se había inflamado su cuerpo porque en el tumulto había caído alguna antorcha, o tal vez porque ese había sido su deseo? En cualquier caso, el fuego había prendido en sus ropas y el mago se había convertido en una hoguera viviente. Sohrawardi pareció saltar contra las colgaduras que adornaban la sala y la tela se inflamó también. Poco a poco el aire se había vuelto irrespirable. Hacía tanto calor como en un horno, y los hombres empezaban a retirarse de la pelea para retroceder en busca del frescor de la escalera.

La temperatura era tan alta que los cirios se fundieron y de la cera salieron serpientes parecidas a las del Krak. Silbando, reptando, los ofidios mordieron a todo aquel que se puso a su alcance, contribuyendo a la confusión. Y en ese momento, cuando Morgennes tenía ya menos adversarios contra los que combatir, ¡una tea que había caído de la pared se enganchó en la cruz y empezó a devorarla!

—¡Morgennes! —gritó Casiopea—. ¡Suelta tu cruz!

¿La había oído Morgennes? En todo caso, no respondió.

Casiopea se precipitó al interior de la sala. Repelió a los guardias que trataban de impedir que se acercara y se dirigió hacia Morgennes, que luchaba con un templario. Al buscar con la mirada a Wash el-Rafid, vio que apuntaba a Morgennes con su ballesta.

—¡Morgennes! —aulló—. ¡Cuidado, a tu izquierda!

¡Demasiado tarde! Wash el-Rafid había disparado contra la cruz truncada y la había clavado contra Morgennes.

—¡Morgennes! —gritó Simón, horrorizado.

Morgennes trató de separar la cruz de su armadura, pero no lo consiguió. Tambaleándose, se acercó peligrosamente al ojo negro del centro de la sala, y lo increíble se produjo: mientras el fuego se extendía por el conjunto de la caverna y el combate se trocaba en un desorden indescriptible, una mano negra surgió del Pozo de las Almas y lo agarró.

—¡Apocalipsis! —gritó una voz de ultratumba—. ¡Apocalipsis!

¡Reinaldo de Chátillon! El Lobo de Kerak había mantenido su promesa. Volviendo del fondo de los infiernos, trataba de arrastrar a ellos a Morgennes. Loca de rabia, Casiopea se lanzó contra Wash el-Rafid y lo obligó a retroceder en dirección al Pozo de las Almas, golpeando y golpeando sin descanso, con una fría determinación. Simón se unió a ella, y combinando sus esfuerzos consiguieron que Wash el-Rafid se encontrara finalmente acorralado al borde del pozo. Uno de sus pies resbaló al interior, y luego el otro. Pero el persa resistió y consiguió liberarse.

Entonces una segunda mano surgió de las tinieblas y se cerró sobre su tobillo.

—¡Apocalipsis! —gritó de nuevo Chátillon.

Su puño era un ancla, una pesada cadena de metal que tiraba de Morgennes y Wash el-Rafid, inexorablemente, hacia el Pozo de las Almas.

—¡Simón —aulló Casiopea—, hay que salvar a Morgennes!

Entre los dos trataron de arrancarle la cruz, pero parecía formar un solo cuerpo con su coraza.

—No lo conseguiréis —dijo Morgennes.

—No, no —exclamó Simón—. ¡No puede ser!

La cruz estaba ardiendo y les quemaba los dedos. Algunas ascuas corrieron por sus ropas; la barba de Morgennes se chamuscaba ya y empezaba también a inflamarse.

—¡Salvaos! —dijo Morgennes.

—¡Nunca! —replicó Casiopea.

—Marchaos, no estoy solo... —dijo Morgennes, como aliviado.

—¡Nunca! —dijo Simón.

—Simón, tenías razón... Esta cruz es, sin duda, la Vera Cruz. Simón estalló en sollozos, y trató desesperadamente de salvarlo. Pero Chátillon era el más fuerte. Por más que Morgennes se resistiera, se veía arrastrado hacia el Pozo de las Almas, donde las chispas crepitaban cada vez con más fuerza, ansiosas por acogerlo.

—¡Marchaos, de prisa! —insistió Morgennes, con llamas en la boca.

Cuando la sala amenazaba ya con derrumbarse, mientras bloques de piedra caían del techo y las columnas temblaban, una voz ordenó:

—¡Haced lo que os dice!

—¡Taqi!

Taqi y sus hombres entraron a caballo en la Caverna de las Almas, surgiendo de todos lados a la vez. Al verlo sobre su caballo blanco, Bernardo de Lydda exclamó, acobardado:

—¡Por san Jorge!

—¿Quién diablos eres tú? —le preguntó Taqi.

—¡Eeees mi hermaaaano! —respondió Rufino.

Taqi se volvió hacia Bernardo de Lydda, amenazándolo con su cimitarra.

—¡No me toquéis! ¡Soy un eclesiástico! —vociferó el obispo, levantando los brazos en señal de rendición.

—¡Precisamente! ¡Hace mucho tiempo que deberías haber muerto! —replicó Taqi, atravesándole el corazón con su cimitarra.

—¡Su cueeeerpo! —bramó Rufino al ver caer a su hermano—. ¡Su cueeeerpo!

Pero nadie lo escuchaba, ocupados como estaban en poner a salvo a al-Afdal y en matar a los templarios que aún no habían huido. Lenguas de fuego recorrían la sala como serpientes ígneas. Parecían dotadas de vida, como si una inteligencia las animara. Los sarracenos estaban persuadidos de que se trataba de Sohrawardi reencarnado en llamas.

Aquella hoguera tenía, sin embargo, una ventaja: atacaba también a los áspides, que morían rápidamente. Pero el calor se hacía sofocante y nubes de humo acre invadían la caverna.

—¡*Crucífera!*—aulló Morgennes, con el rostro en llamas.

Todo había acabado. No lo salvarían. Entonces, tras una última mirada, Simón y Casiopea retrocedieron, abandonando al hombre que habían aprendido a conocer y a amar en el curso de aquellos últimos días, y corrieron hacia *Crucífera*, que Wash el-Rafid había soltado cuando Chátillon lo había atrapado.

Apenas había recuperado Casiopea la espada santa, el persa desapareció en el infierno, con los ojos desorbitados por el terror.

—¡La tengo! —exclamó Casiopea blandiendo la espada.

—¡Amén! —dijo Morgennes con una voz irreconocible.

Y cerró el ojo.

Las dos manos de Chátillon se habían cerrado sobre sus tobillos y Morgennes había desaparecido a medias en el Pozo de las Almas. A su contacto, la cruz inflamó la superficie, que ardió con un fuego extraño. Una humareda acida, negra, densa, brotó de aquel sol negro, en el interior del cual Morgennes se debatía en vano.

—¡Aguanta, *dhimmi!* —aulló Taqi.

Y dejando atrás a Simón y Casiopea, a los que dirigió un violento «¡Largo de aquí!», se lanzó hacia Morgennes y desapareció entre el humo.

Casiopea tosió, dudó, pero Simón la cogió por el brazo, obligándola a retroceder.
—Ven —le dijo—. Ya no se puede hacer nada...

Las columnas cedieron. Con un crujido formidable, se partieron y arrastraron en su caída la roca de Abraham, que obstruyó el Pozo de las Almas; pero miles de chispitas habían conseguido salir volando en la noche.

¿Se habrían salvado algunas almas?

«Poco importa», pensó Simón.

Miró a su alrededor. Todo le parecía vacío. Los hombres de Taqi ya no se movían y Kunar Sell había dejado caer su hacha; había muchos prisioneros y todavía más muertos. En cuanto a Casiopea, difícilmente se podía estar más pálido. La joven había soltado a *Crucífera* y se había girado hacia la caverna, con algo de Morgennes en la mirada.

Epílogo

*¡No digáis de los que han caído por Dios que han muerto!
No, sino que viven. Pero no os dais cuenta.
Corán, II, 154*

Extenuados, Casiopea y Simón llevaron a al-Afdal al campamento de Saladino, donde los sarracenos encerraron en prisión a Kunar Sell y los saludaron como a los verdaderos liberadores de la ciudad, algo de lo que no supieron si debían alegrarse o entristecerse. Poco después, los habitantes de Jerusalén empezaron a rendirse. Saladino les perdonó la vida, tal como había prometido. Bajo una lluvia torrencial, interminables columnas de cristianos salieron por la Puerta de David para dirigirse a poniente, con la esperanza de coger un barco que los llevara a Provenza, a Italia, a uno de esos países, en fin, de los que la mayoría eran originarios pero que con frecuencia no habían visto jamás. Muchos de esos desgraciados no tenían con qué pagar su rescate, de modo que Balian dio cuanto poseía para liberar al mayor número posible. En cuanto a Heraclio, partió con los tesoros del Santo Sepulcro, rechazó dilapidarlos en la liberación de los indigentes, quienes, de todos modos, según decía, «no merecen, ¡qué digo!, no desean que estos preciosos tesoros que constituyen nuestra gloria sean entregados a los mahometanos».

—Con este sacrificio —explicaba—, prueban que son dignos de entrar en el paraíso. Ojalá los mahometanos se muestren clementes con ellos...

Su carreta quedó cubierta de inmundicias, lodo y escupitajos que le lanzaban tanto el ejército del sultán como los hierosolimitanos. Llovieron los insultos, los gritos de rabia y de cólera. Y Saladino tuvo que intervenir personalmente para que no destriparan al senil patriarca, quien, perdido en sus preocupaciones, no veía ni oía nada. Heraclio apretaba contra su pecho un incensario de oro, que acariciaba entre murmullos, llamándolo «mi pequeño» y «corazón mío». Paques de Rivari, su compañera, conducía el carruaje, que no llevaba toldo. Cubierta por completo de porquería, la mujer miraba fijamente el camino, con mirada apagada, sin atreverse a volver los ojos, sin mover una ceja, bajo las piedras y las chanzas.

Aquel día Saladino lloró mucho, de tristeza y de alegría.

De alegría porque al-Afdal se había salvado. De alegría también porque aquel 27 del *rajab*, aniversario del día en que el Profeta había visitado la ciudad en sueños para ser transportado al cielo, Jerusalén se había rendido por fin a los mahometanos.

De tristeza porque Morgennes y Taqi estaban muertos, aunque sintiera cierto

consuelo al imaginarlos juntos. Dos hombres de su valor no permanecerían mucho tiempo en el infierno. Sin duda encontrarían un medio de escapar.

—Alá no aceptaría que no hiciéramos nada. Debemos ayudarlos.

Un ulema propuso rezar por ellos, pero Saladino replicó:

—Que diez hombres valerosos se presenten. ¡A ellos corresponderá recorrer el mundo y hacer salir de los infiernos a los que cayeron en el abismo por error!

Más de un centenar de hombres se ofrecieron, y entre los elegidos se incluyó a Yahyah, porque traía suerte.

—Lo conseguireis —dijo Simón a Yahyah, poniéndole la mano en la cabeza y acariciando suavemente sus cabellos.

—¿Y tú? —preguntó Yahyah—. ¿Adonde vas?

—A Francia, con Casiopea.

—¿Volverás?

—¡Desde luego!

Babucha ladró, y Yahyah exclamó riendo: —¡Que ese día llegue pronto! ¡Si puedo, iré con vosotros! Casiopea besó la mano de Fátima que colgaba de su cuello y dijo:

—*Khamsa!*

—*Khamsa!* —repitió Yahyah.

En homenaje a Morgennes, Saladino permitió que diez hospitalarios se quedaran en Jerusalén para cuidar a los leprosos. Masada fue autorizado a trabajar con ellos: la lepra ya no le asustaba. El antiguo comerciante de reliquias irradiaba un fuego interior, como si una luz habitara en él. Si le preguntaban por su buen humor cuando ningún acontecimiento en particular parecía justificarlo, explicaba:

—Después de todo lo que he vivido, ya no puede ocurrirme nada malo. ¡Estoy condenado a la felicidad, y me parece magnífico!

Cualquiera hubiera dicho que hablaba Yemba. Su entusiasmo, su alegría, lo habían transformado. Todo el mundo buscaba su compañía, todos le preguntaban su opinión sobre diferentes asuntos y disfrutaban paseando o trabajando con él. Sobre todo se consideraba un honor ser autorizado a alimentar a Carabas, que Yemba había traído de vuelta, y asistir a la comida de aquel asno que tenía... ¡en fin, que tenía muchísimos años! Pasados los cincuenta, Masada había nacido.

Algabaler y Daltelar, que tanto habían ayudado a defender la ciudad, se sentían ya demasiado mayores para abandonarla. Antes habrían preferido morir. Saladino se mostró generoso con ellos y les ofreció alojamiento, poniendo a su disposición una de las casas más hermosas de Jerusalén para que acabaran allí sus días en paz. Los dos ancianos no cabían en sí de contento. En el fondo, les importaba poco que aquella ciudad estuviera dirigida por cristianos o por mahometanos, con tal de que no se preocuparan por sus almas.

Finalmente, mientras se dirigían a la Cúpula de la Roca, tras haber apagado el incendio y purificado las salas con grandes cubos de agua de rosas, el cadí Ibn Abi Asrun había dicho a Saladino:

—Ya ves, excelencia, que la profecía de Sohrawardi no se ha cumplido. Has entrado en Jerusalén y no has perdido un ojo.

—Te equivocas —respondió Saladino—. Porque he perdido lo que me era más precioso.

—¿Y qué es? —preguntó el cadí.

—He perdido a Taqi ad-Din.

Sorprendido por esta respuesta, el cadí se volvió hacia el sultán, que lloraba desconsoladamente.

A la mañana siguiente, al alba, Casiopea y Simón abandonaron la ciudad, se deslizaron como ladrones por la poterna de Santa María Magdalena y no dijeron adiós a nadie. Llevaban a Rufino en una alforja, con la boca tapada por una gruesa mordaza. Sentían un peso en el corazón, pero no querían mostrar su pena. Equipados con un salvoconducto y con dos bolsas que les había ofrecido Saladino (una llena de oro y la otra de diamantes), se dirigieron hacia el norte para coger el primer barco que atravesara el Mediterráneo. Ni Casiopea ni Simón tenían ganas de quedarse mucho tiempo en Tierra Santa. Sin embargo, decidieron pasar antes por el Krak de los Caballeros para saludar a Alexis de Beaujeu. Tuvieron que cabalgar tres días, bajo lluvias torrenciales, para llegar al Yebel Ansariya.

Una vez en presencia de Alexis de Beaujeu, cuyos soldados se esforzaban en proteger a las poblaciones del condado de Trípoli y no podían trasladarse a Tiro en número suficiente para ayudar a Conrado de Montferrat, le contaron el fin de Morgennes. Beaujeu, con el rostro cubierto de lágrimas, dijo que alimentaría a un pobre en su nombre durante todo un año, lo que constituía el mayor homenaje que pudiera rendirse a un hospitalario muerto.

Luego se dirigieron a Trípoli, de donde partieron para efectuar una travesía marcada por terribles tempestades. Ironías del destino, viajaban en uno de los diez navíos que habían transportado las tropas del famoso Caballero Verde, quien comandaba los refuerzos enviados a Tierra Santa por el rey de Sicilia, Guillermo II.

Tras llegar a Italia, poco antes del final del mes de octubre, pidieron audiencia al Papa, pero les respondieron que ya no había pontífice, ya que el último sucesor de Pedro había alcanzado su última morada: el cielo.

—¿Qué podemos hacer, pues? —inquirió Simón al arzobispo que los había recibido.

—Esperar...

Lo había dicho con una calma desconcertante, pero así era la vida en Roma: los

papas morían, y los asuntos se acumulaban durante un tiempo; luego se elegía a un nuevo papa y todo volvía a su curso. De momento los obispos esperaban, permaneciendo mano sobre mano o rezando, cuando no conspiraban. Y, a juzgar por el aspecto de su interlocutor y por el modo en que hacía girar los pulgares mientras mantenía cruzadas las manos, enguantadas de rojo, el hombre debía de formar parte de los que conspiraban, preocupados por lo que les reservaba el porvenir. ¿Camarero de Su Santidad? ¿Protonotario apostólico? ¿Nuncio? ¿Vicelegado? Legado tal vez...

Al expresar Simón su sorpresa por la contigüidad del fallecimiento de Urbano III y la caída de Jerusalén y preguntar si no habría ahí una relación de causa y efecto, el arzobispo respondió, en tono plácido, que, efectivamente, apenas Su Santidad había sido puesto al corriente de este drama, Dios lo había llamado a su lado.

Urbano III había muerto de pena.

Poco antes de morir, el Papa había tenido tiempo de dictar una bula que ponía fin a la orden de los templarios y distribuía sus bienes a medias entre la Iglesia y el Hospital.

—¡Así, el Hospital ha ganado! —exclamó Simón.

—No, al contrario, ha perdido —respondió Montferrat, que les había dado la noticia.

Habían encontrado al marqués Conrado de Montferrat, por azar, en una confortable posada de los alrededores de Roma. Era un edificio de un piso, con un techo de caña que ya empezaba a cubrirse de nieve, pues el invierno había sido particularmente precoz aquel año. El marqués recorría Europa en busca de apoyos y paseaba por todas las cortes una pintura que representaba el Santo Sepulcro hollado por un jinete sarraceno que hacía encabritar a su caballo.

—Se diría que es Taqi —señaló Casiopea.

—Es un simple jinete —respondió el marqués—. No pedí el retrato de nadie en particular.

Sin embargo, todos los detalles hacían pensar en Terrible y en Taqi: la capa blanca del caballo, el brial de brocado azul del guerrero, su cimitarra con diamantes engastados, su mirada de un azul intenso, su porte noble y orgulloso.

—Sin duda el pintor a quien encargué este cuadro ya lo había visto antes —dijo Montferrat—. Si queréis se lo preguntaré.

—¿Cómo se llama? —preguntó Simón.

—Hassan Basras. Es un artista de la corte del jeque de los muhalliq. ¿Os es familiar este nombre?

Respondieron que no.

—Yoooo lo conooooozco —dijo Rufino, al que acababan, de sacar la mordaza.

El antiguo obispo de Acre los contemplaba desde el otro extremo de la habitación. Cuando Montferrat había visto aquel prodigio por primera vez, poco antes

de la cena, se había resistido a creer en la existencia de semejante fenómeno y había querido palpar, con la punta del dedo, la textura de la piel de Rufino. Pero al ver que Rufino fruncía el ceño, temiendo que Montferrat lo hiriera, Casiopea había preferido quitarle la mordaza y dejar que se explicara por sí mismo. Aquello les había valido varias horas de parloteo, insultos y recriminaciones sobre el modo como le habían tratado en el curso del viaje.

—Es uuuno de los máaas brillaaantes artiiiistas de Tierrrra Saaanta. Un verdadeeeero geeeenio...

—Muy bien. Entonces iremos a verlo cuando volvamos —declaró Casiopea.

—Si el Temple ha ganado, ¿cómo es posible que recompensen al Hospital? —preguntó Simón a Montferrat.

—Con su fracaso, el Hospital ha demostrado que era la menos temible de las dos órdenes. Roma desconfiaba cada vez más de los monjes caballeros. Una de las dos órdenes debía desaparecer, y en ese caso mejor que fuera la más poderosa. Dicho de otro modo, la de los templarios.

—¡De modo que se honra a los perdedores y se castiga a los vencedores! ¡Y, sin embargo, ha sido el Hospital el que ha encontrado la Vera Cruz!

—¡Justamente! —confirmó Montferrat—. Por otro lado, no veo por qué os quejáis.

Luego, mirando por encima del hombro con aires de conspirador, prosiguió en voz baja:

—¡Escuchad, sobre todo no habléis de esto absolutamente a nadie! Un hombre ha sido encarcelado por orden del Papa...

—¿Quién? —preguntó Casiopea.

—Tal vez hayáis oído hablar de Tommaso Chefalitone.

—Lo conocimos —precisó Simón—. Debía llevar a Roma la Vera Cruz, en secreto...

—En efecto, y lo cierto es que llevó un ataúd al Papa, a Roma, pretendiendo que en su interior se hallaba la Vera Cruz...

Simón y Casiopea contenían la respiración. ¿Qué iba a revelarles Montferrat?

—De hecho, el féretro estaba lleno de serrín. Apenas si se distinguían aquí y allá algunos fragmentos, astillas muy grandes, apenas del grosor de un dedo.

Por haberse burlado de Cristo y de la religión, Chefalitone había sido azotado más de cien veces antes de ser encerrado en una celda, en lo más profundo de los sótanos del Vaticano.

—La Iglesia busca a su compañera —siguió Montferrat—. Pero Fenicia ha encontrado refugio con Eschiva de Trípoli. Dicen que se han dirigido a Provenza, a las tierras de los Ibelin.

Montferrat tosió, bebió un trago de vino y añadió:

—Las relaciones entre Venecia y Roma están envenenadas. Se teme incluso una guerra. Los templarios están furiosos. Habían prevenido al Papa de que, si no se echaba atrás en su decisión, la muerte se abatiría sobre él. Lo que efectivamente sucedió poco después.

Simón observó largamente a Montferrat, desconcertado, estupefacto. Luego deslizó la mano en su bolsillo y la cerró sobre su fragmento de la cruz de Morgennes.

Al alba, las campanas de las iglesias tocaron a vuelo. ¡Un nuevo papa había sido elegido! Su nombre: Alberto di Morra. Y aquel con el que ejercería sus funciones: Gregorio VIII.

Aquel papa era un hombre sabio, y le escribieron pidiendo ser recibidos lo más pronto posible junto con Montferrat.

La respuesta llegó: era positiva. Su Santidad les concedería audiencia poco antes de Navidad. Por el momento estaba redactando una encíclica dirigida a los soberanos europeos, en la que los animaba a escuchar a Josías de Tiro y a tomar la cruz. Gregorio VIII acariciaba, según decían, el proyecto de uno de sus predecesores, Gregorio VII: encabezar él mismo esa nueva expedición si los reyes no querían hacerlo. Así quedaría demostrada ante todos la cobardía de los soberanos europeos y el poco interés que concedían a la tumba de Cristo.

Casiopea y Simón vagaron por Roma, la ciudad eterna que no tenía rival en el mundo ni en la historia. Simón aprovechó la situación para hacer la corte a Casiopea, y ella para perfeccionar su aprendizaje de la cetrería. Así, a mediados de diciembre, Simón consiguió que el halcón le obedeciese.

—Habrà que pensar en darle un nombre —dijo un día Simón.

—No ahora —dijo Casiopea.

—¿Por qué?

—Porque, después de todo, tal vez ya tuviera uno... Cada cosa a su tiempo.

A Simón le pareció que estaba oyendo a Morgennes.

Un tiempo más tarde, los acontecimientos se precipitaron. El día de Santo Tomás, Gregorio VIII también falleció. Los guardias del palacio les explicaron que lo había mordido una serpiente. Nadie sabía de dónde había salido, pero todos vieron en ello la intervención del diablo. Dos días más tarde, el obispo de Preneste, Paolo Scolari, fue elegido papa. Bajo el nombre de Clemente III.

El nuevo papa empezó por redactar una primera bula con la que ponía fin al proyecto de Gregorio VIII de tomar la cruz, y luego otra por la que la Iglesia devolvía al Temple todos sus bienes.

«La Iglesia tiene dos espadas, una temporal y otra espiritual. Pero cada una de

estas espadas tiene dos filos. Los de la espada temporal tienen por nombre: el Hospital y el Temple. Y no deseamos privarnos de uno ni de otro.»

Clemente III justificaba así su decisión de no cambiar nada, y sin duda había que ver en ello el mantenimiento de un *statu quo* que a muchos les parecía saludable, mientras que otros lo condenaban con vigor: «Si Roma no se dota de un brazo armado suficientemente poderoso, Tierra Santa nunca será reconquistada y Jerusalén nunca volverá a ser cristiana», clamaban los detractores de este proyecto.

En cualquier caso, era evidente que aquel papa no los recibiría. Aprovechando la invitación de Montferrat a que lo acompañaran en su gira por las cortes europeas, Simón y Casiopea fueron a Francia pasando antes por el norte, donde Casiopea tenía asuntos que resolver. .

El condado de Flandes, donde Felipe de Alsacia residía entonces, dependía a la vez del rey de Francia y del emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. Allí tuvieron ocasión de ver ciudades magníficas, como Brujas, Arras y Douai, que debían su riqueza al comercio de los paños. Como la época de las grandes ferias de otoño había pasado, la mayoría de las calles estaban vacías, pues los habitantes preferían el humo de las posadas a las brumas invernales.

Felipe de Alsacia, que había encargado a Casiopea que fuera a ultramar en busca de Morgennes, y a quien ella explicó el fin de este último, se afligió por su pérdida y encargó dos estelas de granito que se colocarían a la entrada del feudo del hospitalario. La inauguración de aquel monumento debía tener lugar en primavera, pero Simón preguntó entonces:

—¿Por qué dos estelas? ¿Tiene dos entradas el dominio de Morgennes?

Felipe de Alsacia se ofreció a acompañarlos al lugar. Sin embargo, aquella mañana les pareció que era el halcón el que los guiaba volando por encima de sus cabezas, a la vez protector y cómplice. La niebla era tan densa que no veían nada, de modo que tuvieron que orientarse por los gritos del pájaro. Finalmente, cuando los cascos de los caballos resonaron sobre unas planchas de madera y de todas partes les llegó el rumor de las aguas de un río, Felipe de Alsacia declaró:

—Es aquí...

Pusieron pie a tierra y examinaron el lugar. Franqueando un río casi completamente helado, se levantaba un puente de madera con pilares de piedra, con una longitud de un poco menos de un arpende y lo bastante ancho para que dos carretas pudieran cruzarse. Aunque normalmente el río podía vadearlo —el agua llegaba apenas a las cinchas de los caballos—, sufría extraños desbordamientos cuando llovía, se convertía en un torrente cuando se fundían las nieves y se encontraba casi seco en verano. Además, su fondo era solo arena y grava, y como nadie se había ocupado de su mantenimiento desde hacía mucho tiempo, estaba intransitable.

—El dominio de Morgennes... —dijo Casiopea con un suspiro—.Tengo la sensación de que conozco este lugar.

—Él mismo construyó el puente —dijo Felipe de Alsacia—. Con sus propias manos... Es una hermosa obra, ¿no os parece?

Miraron el puente. Parecía que siempre hubiera estado allí. Se imaginaron a Morgennes metido en el agua helada trabajando en la construcción de su puente para unir las dos orillas...

Desde luego, la imagen era un poco ridícula, porque sin duda no habría trabajado en invierno. Sin embargo, era así como lo veían.

El dolor y la pena de Felipe de Alsacia palidieron ante otro dolor y otra pena incomparablemente más vivos. Los de Chrétien de Troyes. El artista, que por entonces tenía más de cincuenta años, se encontraba en uno de esos períodos de la vida en que la soledad crece hasta hacerse total. Cuando se enteró de la muerte de Morgennes, Chrétien de Troyes cayó gravemente enfermo. Una gripe fuerte, se creyó primero, pero el mal degeneró, y el *litterato* murió en Navidad.

No había acabado su obra. La última palabra que pronunció antes de cerrar los ojos fue:

—¡Perceval!

En su mente febril había confundido a Morgennes y al héroe de su libro, como si el muerto fuera este último: un personaje de ficción y no una persona de carne y hueso. Lo que lo mantenía atado a la vida se había extinguido por sí mismo. Perceval se había ido; había llegado el momento de morir.

Felipe de Alsacia, en cambio, no opinaba lo mismo. Una historia debía vivir con independencia de los que la habían inspirado, y también de aquellos que habían empezado a escribirla. De modo que hizo llamar a Casiopea y le dijo en tono grave:

—Si no salvasteis al hombre, salvad al menos la obra. Y, ya que sois por el momento su principal depositaria, seréis vos quien acabe la historia.

—¿Yo, una mujer, autora de una obra literaria?

—Puede ser una continuación anónima.

Y así Casiopea emprendió la redacción de una *Continuación y fin de Perceval*, que Chrétien de Troyes no había podido realizar por sí mismo y que ella no terminaría hasta muchos años más tarde. Descubrieron igualmente que otros se habían consagrado a esta labor, entre los que se contaban Wauchier de Denain, Manessier y Gerberto de Montreuil. Por respeto a su trabajo, y por discreción, Casiopea decidió no firmar su versión.

Mientras buscaba cómo continuar la historia de Perceval, una mujer les proporcionó un principio de solución: la madre de Casiopea, Guyane de Saint-Pierre. Cuando estaban a punto de dejar el condado de Flandes para ir a Borgoña, se cruzó en su camino un extraño mensajero, que se dirigió hacia ellos con la cara oculta por una

máscara. El personaje dijo a Casiopea:

—Sé quién sois. Vuestra madre me confió esta carta, hace mucho tiempo, y me pidió que os la entregara a vuestra vuelta. Creí que no os encontraría nunca. Afortunadamente, Felipe de Alsacia me comunicó que partíais hoy para Borgoña...

Luego se marchó tan misteriosamente como había llegado.

¿Qué decía el mensaje? Dos cosas. En primer lugar que, cansada de esperar la vuelta de su hija y deseando verla por última vez antes de entrar en el convento, Guyane de Saint-Pierre había ido a buscarla a Tierra Santa, donde había perdido ya a un marido: el padre de Casiopea. Y a continuación, y sobre todo, que no se había revelado a Casiopea una información de la mayor importancia cuando había partido en busca de Perceval. Algo lógico, ya que ni Chrétien de Troyes ni Felipe de Alsacia sabían nada de aquello, pero el hecho era que Perceval, el marido de Guyane de Saint-Pierre y el padre de Casiopea eran una única persona: Morgennes.

Al enterarse, Casiopea cayó en un estado de letargo profundo, del que las palabras de Simón solo con gran esfuerzo consiguieron arrancarla. Durante algún tiempo dejó por completo de alimentarse, y no hablaba más que para murmurar oraciones. ¿Qué pedía? Que Dios protegiera a su madre y ofreciera una esperanza a su padre, una salida. Se había prometido que encontraría a Morgennes, aunque tuviera que dejar la vida en el empeño. Su vuelta a Tierra Santa se había convertido en algo más que un proyecto, ahora era una certeza. Ya era solo cuestión de semanas. Montferrat les había propuesto que partieran con él, y los había citado en Marsella, con Josías de Tiro. Pero antes debían acudir a la cabecera del padre de Simón.

Simón no sabía, al acercarse al castillo, si su padre vivía todavía; pero la presencia de Casiopea a su lado lo reconfortó, al igual que los gritos del halcón, que daban un poco de animación a las tierras de Roquefeuille, aparentemente desiertas de vida animal.

El dominio se encontraba en un estado de gran abandono. La avenida que conducía al castillo, antes bien cuidada, estaba invadida por matorrales que no se habían cortado desde hacía meses. Tras escuchar unos ruidos a su derecha, Simón y Casiopea divisaron, en medio de un lago helado, a dos siervos que pescaban furtivamente en el lugar. Habían cortado el hielo y colocado algunas cañas. Al verlos, los campesinos se asustaron, pero Simón los tranquilizó. No les harían ningún daño ni hablarían a nadie de aquello.

—Solo quiero algunas informaciones —explicó.

Uno de los siervos, el de más edad, se acercó a Simón y lo observó con detenimiento. ¿Quizá lo reconocía? No era probable. Su cara había cambiado mucho desde su partida y, además, una barba corta le daba un aire adulto que entonces no tenía. De todos modos, el propio Simón era incapaz de decir si había conocido en otra época a aquel pobre hombre.

—¿Quién es el señor de estos lugares? —preguntó Simón.

—El conde Etienne de Roquefeuille, messire —respondió el campesino.

Hacía tanto frío que, cuando hablaba, nubes de humo blanco salían de su boca. El siervo tiritaba.

—¿Y sus hijos? —se atrevió a preguntar Simón.

—Muertos en Tierra Santa —dijo el hombre santiguándose.

Le dieron unos restos de carne para agradecerle la información y se dirigieron hacia la entrada del castillo. Las murallas estaban medio derruidas y el tejado se encontraba cubierto de nieve. De las ventanas colgaban carámbanos como estalactitas, que daban al edificio un aspecto sepulcral. Cuando se acercaron a la entrada, un sirviente vestido con un grueso manto, al que Simón no reconoció, salió a su encuentro. Simón le explicó quién era, pero el criado no quiso creerle.

—El conde Etienne de Roquefeuille no tiene ninguna duda.

Sus cinco hijos han muerto. Dice que es una gran desgracia, se acusa de haberlos matado y se pasa el día llorando. Confieso que yo no sé nada de todo este asunto, pero... Interrumpiéndolo, Simón ordenó:

—Id a decirle que su hijo pequeño está aquí, y que ha vuelto de ultramar.

El sirviente se alejó por una puerta lateral, que conducía a la sala principal del castillo, y volvió poco después:

—El conde os recibirá.

Entraron en una gran sala abovedada, donde habían corrido unas cortinas oscuras de manera que no llegara ninguna luz, con excepción de la que procedía de la chimenea. Hundido en un sillón había un hombre anciano, tan cerca del fuego que se hubiera dicho que su barba estaba revestida de llamas y que él mismo salía de la chimenea. Los leños crujían, interrumpiendo el espeso silencio con su reconfortante sonido.

Aquel anciano de tez macilenta, con una barba hirsuta que le caía sobre el pecho y le cubría la camisa, era el padre de Simón. El hombre no hizo ningún gesto cuando se acercaron, y siguió mirando el fuego fijamente, sin desviar la mirada. Entonces vieron sus ojos: dos globos completamente blancos, sin pupilas; dos ausencias de ojos. La edad, o el dolor, lo habían vuelto ciego. Simón le cogió la mano y la colocó contra su mejilla. Extrañamente, los dedos del anciano estaban helados, y, sin saber por qué, Simón los besó, desesperadamente, para calentarlos.

—Padre, soy yo —le murmuró al oído.

—¿Simón? —preguntó el anciano con voz temblorosa.

—Sí —dijo Simón—. Simón el corto, el pequeño... Simón, vuestro hijo más joven...

La mano del padre se cerró sobre la de Simón, calentándose poco a poco a su contacto y bajo sus besos. Con su mano libre, el conde acarició la cara de su hijo,

tratando tal vez de descifrar sus rasgos.

—Simón, cómo has cambiado... Ahora ya te pareces a tus hermanos...

—Sí —dijo Simón—. Y a vos cuando erais joven...

—Ah, hijo mío, deja que te estreche contra mi pecho, y di a la joven que te acompaña que venga más cerca...

Casiopea se acercó al anciano Roquefeuille, que le acarició suavemente el rostro sin decir palabra, con una leve sonrisa en los labios. Finalmente, después de haber dejado que su mano se perdiera un rato en los cabellos de Casiopea, declaró, como sorprendido:

—Soy feliz...

—Padre —preguntó Simón—, ¿no queréis saber...?

El anciano tendió las manos hacia el hogar, adelantándolas casi hasta el centro de las llamas, de modo que pareció que se inflamaban.

—¿Saber si has triunfado? Has triunfado, hijo mío, lo sé. En cuanto a mí, he tenido cinco años de soledad, sin mis hijos, para saber que me había equivocado. Os he echado en falta.

—Partimos por vos, padre. Aún hoy, aunque estén muertos, mis hermanos y yo estamos unidos y seguimos amándoos.

—¿Y yo? ¿Puedo morir en paz?

A modo de respuesta, Simón registró su bolsillo en busca del fragmento de la cruz truncada. Después de encontrarlo, lo puso en la mano de su padre y le cerró el puño sobre él.

—Aaah... —exclamó el anciano—. ¿Es la cruz de Cristo?

Simón dudó un momento antes de responder. Miraba a Casiopea, cuyos ojos y cabellos reflejaban el resplandor del fuego. Luego ella inclinó la cabeza, invitándolo a decir la verdad.

—Ahora es la vuestra —dijo Simón—. Pero antes era la mía y la de un hombre llamado Morgennes.

—Pero ¿me valdrá el paraíso?

—Sin duda.

—¿Sí? ¿Y por qué?

—¡Ah! —dijo Simón—, es una larga historia, larga y difícil de explicar.

—Tengo tiempo de sobra.

—Muy bien. Esta es, pues, la historia de esta cruz y del hombre que partió en su busca...

Un leño crujió en el hogar. Simón se interrumpió y pareció perderse en sus pensamientos, absorbido por una profunda tristeza. Después de unos instantes, su padre rompió el silencio.

—A ese hombre, Simón, ¿qué le ocurrió?

—Lo clavaron en una cruz y murió.

Inspirando profundamente, sujetando la mano de su padre y apretando con fuerza la de Casiopea, Simón empezó su relato:

—Dios tenía un hijo, y ese hijo murió...

FIN